

**Un testigo  
en la alborada de Chile  
(1826 - 1829)**



I. EDUARD POEPPIG (1798-1868).

Según un dibujo contemporáneo, publicado en el artículo de Friedrich Ratzel sobre "Aus Eduard Poeppigs Nachlass, mit biographischer Einleitung" (De los papeles dejados por Eduard Poeppig, con introducción biográfica), publicado en las "Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig", 1887 (Comunicaciones de la Sociedad Geográfica de Leipzig).

# Un testigo en la alborada de Chile

(1826 - 1829)

*p o r*

*Eduard Poeppig*

*Versión castellana, notas e ilustraciones de*

CARLOS KELLER R.

Con 109 ilustraciones, 6 planos y música contemporánea de un Cuando.

❖ ❖ ❖ Z I G - Z A G ❖ ❖ ❖

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

Título del original en alemán:

REISE IN CHILE, PERU UND AUF DEM AMAZONEN-  
STROME WAHREND DER JAHRE 1826-29.

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A. 1960. De-  
rechos reservados. Ins-  
cripción N.º 22593.  
Santiago de Chile.  
1960.

Compuesto con Linotype Bodoni 10/12 y Ludlow  
Bodoni en los títulos e impreso en las prensas offset  
de Empresa Editora Zig-Zag, en Santiago de Chile.

Proyectó la edición Mauricio Amster.

	Págs.
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR . . . . .	9
TABLA DE EQUIVALENCIAS . . . . .	15
PREFACIO . . . . .	17
CAPÍTULO PRIMERO	
<i>Viaje marítimo de Estados Unidos a Chile. Llegada a Valparaíso</i> . . . . .	21
Salida de Baltimore. El océano tropical. La Patagonia. El Cabo de Hornos; sobre la navegación alrededor del mismo. El Mar de Chile; infusorios que contiene. Primer aspecto de la costa chilena. Llegada al puerto de Valparaíso.— <i>Notas</i> : Habitabilidad de las partes más australes de la América del Sur. Los archipiélagos de los Chonos y de las Huaytecas. El olor de la tierra en el mar.	
CAPÍTULO SEGUNDO	
<i>Estada en Valparaíso</i> . . . . .	65
Primera impresión de Valparaíso. El desembarco. Excursión a La Lagunilla. Descripción de Valparaíso y de su puerto. <u>Temporales invernales</u> . Infertilidad del paisaje vecino. Arquitectura chilena. La población y su composición. Imágenes de la vida social. Periódicos.— <i>Notas</i> : Sobre la <i>Cephalophora glauca</i> Cav. (póquil). Sobre la <i>Pourretia coarctata</i> R. et Pav. El rápido desarrollo de Chile en sentido político y social.	
CAPÍTULO TERCERO	
<i>Estada en el valle del río Aconcagua</i> . . . . .	97
Comienzo de la primavera chilena. El valle de Concón. El río Aconcagua. Los ríos chilenos. Arenas auríferas. Visita a una hacienda. Las instalaciones de la misma. Negocios de los hacendados. El amansamiento de caballos. La trilla. Tejeduría campesina. <u>La bodega de vinos</u> . Escenas de la vida social en el campo. <u>La agricultura chilena, antaño y ahora</u> . Los mayorazgos. El sistema del inquilinaje. El regadío. Valor real de las tierras. La fertilidad. Límites del cultivo del trigo. Los cereales y sus rendimientos. Su comercialización. Otros cultivos. Las huertas. <u>La fruticultura</u> . La crianza de ganado; el comercio con sus productos. Los equinos. Investigaciones botánicas y zoológicas en los alrededores. Acumulaciones de conchas. Las dunas de Ritoque. El cucurrito. La Punta de Quintero. Las lagunas de Quintero. La flora del litoral y de las quebradas sombreadas. Situación de un naturalista solo.— <i>Notas</i> : La falta de un conocimiento preciso de la situación de pequeñas poblaciones en la América del Sur y la imprecisión de los mapas que resulta de ello. <u>La actividad volcánica en medio del Océano Pacífico. <i>Psammomys</i>. Nov. gen. <i>Glirtum</i>.</u>	
CAPÍTULO CUARTO	
<i>Viaje a los Andes de Santa Rosa</i> . . . . .	171
El verano en la parte boreal de Chile. Cómo se suele viajar. El camino a la capital, Santiago. Población de la República. Chiloé. Misiones. Composición de la población y comparación con el Perú. Inconvenientes de las castas. Su pequeño número en Chile: cholos, chinos, indios y negros. Enfermedades y estado de la medicina. Condiciones sociales en Santiago. Estado político del	

pueblo chileno. Finanzas. El Ejército y la Marina. Estado de las ciencias en Chile. La cuesta de Chacabuco. Santa Rosa de los Andes. La vegetación de cactáceas. La población radicada en la cordillera andina. Excursión de la Cumbre. Vegetación de la cordillera andina. La Cumbre de Uspallata. Carácter general de los Andes. El invierno en esa cordillera. Excursión a Petorca. **La minería de Chile.** Excursión a Aconcagua (San Felipe). Una fiesta de Navidad. Viaje con rumbo a Mendoza y regreso forzoso.—*Notas:* Observaciones sobre la situación de Chile en comparación con los países vecinos (estadística de Bolivia). **Las minas de plata recientemente descubiertas en la provincia de Coquimbo.** Sobre autoinflamación de minerales y carbones chilenos.

## CAPÍTULO QUINTO

*Viaje marítimo a la zona austral de Chile. Estada en Talcahuano durante el invierno*

Los fuertes vientos del sur del Océano Pacífico. Sobre las islas de Juan Fernández. Agradable impresión de la costa en la parte austral del país. Panorama de la bahía de Talcahuano. Descripción de los alrededores. Informaciones geológicas. La prodigiosa vida en el mar; la pesca. La balsa de los chilenos. Informaciones zoológicas. La caza de la ballena y de las focas. Los animales en el interior. Estudios botánicos. El invierno en Chile. Generalidades sobre el clima chileno. Comparación entre la parte boreal y la meridional del país. Expectativas de las provincias australes acerca de un brillante futuro: producciones, fertilidad, comercio. Concepción.—*Notas:* Observaciones sobre la historia del comercio exterior de Chile en tiempos antiguos y su importancia actual.

## CAPÍTULO SEXTO

*Viaje a los Andes de Antuco*

Hualqui. La hospitalidad de los chilenos. Vida campesina en la región austral. Estado de la religión. Rere. La palmera chilena. Yumbel. Primer encuentro con los pehuenches. La Travesía de Yumbel. Tucapel. Cruzamiento del río Laja. Llegada a Antuco. Descripción de su valle y del volcán. Ascensión al pico de Pilque. Generalidades sobre la flora de la cordillera andina austral; sus zonas. La parte superior del valle. Trubunleo; su cascada. El fortín. Basaltos. La Silla Velluda. La aldea de Antuco; su comercio, agricultura y clima. Sobre el pueblo de los pehuenches. Su propagación geográfica; la vivienda, las costumbres, las artes, la manera de hacer la guerra, el sacrificio de prisioneros, comportamiento en la paz; la religión; las supersticiones; la medicina; la valentía en la hora de la muerte. Excursión al río Quillaileo. Sobre la araucaria: su utilidad, propagación geográfica y características botánicas. Ascensión de la cordillera andina. Las *Acaenas* de Chile. La laguna del volcán. Los tábanos. La vegetación. La región de las nieves. El cráter. Diversas clases de vapores. Observaciones generales. Carácter popular de los chilenos, tal como se desprende de su historia. Regreso hacia la costa.—*Notas:* Los Pincheira y sus asaltos. Curioso afloramiento de basaltos. Sobre la zoología de la Cordillera de los Andes. La Isla de La Laja. Sobre los pueblos indígenas de Chile.

BIBLIOGRAFÍA: *Obras de Poeppig sobre Chile. Obras sobre Poeppig. Otras obras consultadas para esta edición. Obras citadas por Poeppig*

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES, DE PLANOS Y DE MÚSICA . . . . .	487
ÍNDICE TOPONÍMICO . . . . .	490
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	497
ÍNDICE ANALÍTICO . . . . .	499

## PROLOGO DEL TRADUCTOR

He aquí un libro destinado a cambiar, en más de un sentido, cuanto se haya escrito y pensado sobre Chile.

Publicado hace un siglo y cuarto, no interesa, sin embargo, como fuente histórica, sino por su actualidad. Con los ojos y el corazón muy abiertos, su autor recorrió el territorio chileno de aquel entonces —aprisionado entre la aridez del Despoblado de Atacama y el caudaloso Bío-Bío— y anotó cuanto encontró: paisajes, plantas, animales, cordilleras, llanuras, dunas y costas; pero también pelucones, pipiolos, pehuenches, araucanos, moluches, extranjeros, huasos, mineros, hacendados, arrieros, etc. Nada escapó a su mirada perspicaz y escudriñadora. Muy pocos escritores han logrado dar una imagen tan vívida de un país completo, con todo lo que representa.

Pero fue más allá. Estableció también contactos entre el mundo inerte y el orgánico; entre el orgánico y el del espíritu, y estampó aquella frase memorable: "La historia política de un pueblo es la historia de su carácter", y el carácter es un complejo en cuya formación participan muchos factores.

Así, el estudio adquirió pronto profundidad, y lo que veían sus ojos comenzó a tener existencia simbólica, era más que un simple reflejo de una realidad autónoma, se entrelazaba con todos los demás fenómenos. Pero el relato de lo contemporáneo perdió así también su aspecto único, casual, no reversible, para ser comprendido como el resultado de fuerzas eternas, que actuaban entonces y siguen actuando ahora y cuyos efectos tienen que ser, por ende, también los mismos.

Por eso digo que este libro interesa sobre todo por su inmensa actualidad.

El autor, Eduard Poeppig, nació en 1798, en Plauen, Alemania, y pertenecía a una familia de comerciantes. Su padre murió muy joven, de modo que la educación estuvo a cargo de la madre. Cursó la Landesschule de Grimma y estudió en Leipzig, donde se recibió, en 1822, de médico. Pero, más que la medicina, le interesaban las ciencias naturales.

Efectuó extensos viajes por Europa: a través de Austria-Hungría, hasta Italia; a Suiza, a Francia, hasta los Pirineos. Apenas recibido, aceptó un contrato como médico de plantaciones en Cuba, donde permaneció dos años, para dirigirse en 1824 a Estados Unidos, donde hizo otra estada de igual duración. En el otoño de aquel año se embarcó en Baltimore a Chile, en viaje directo de ciento quince días, doblando el Cabo de Hornos, sin una sola escala hasta desembarcar en Valparaíso.

Estaba, como se ve, bien preparado para conocernos. Había recorrido una parte importante de Europa, había vivido dos años en una colonia española y otros dos en el joven país gigante del norte. Conviene destacar estos viajes, pues nos indican las medidas de que disponía.

Estuvo entre nosotros dos años, embarcándose en mayo de 1829 al Perú, donde transmontó los Andes, viajando a Cerro de Pasco y al río Huallaga, para bajar en seguida por el Amazonas y llegar, finalmente, a Pará, donde se embarcó, en agosto de 1832, de regreso a Europa. De este modo, la experiencia chilena fue complementada por otra, en el Perú y en el Brasil.

Fruto de estos viajes fue una obra en dos volúmenes, de la que el lector conocerá el primero, dedicado únicamente a Chile. Se publicó en 1835, en Leipzig, siendo el autor catedrático en la universidad de esa ciudad, y lleva el título de "Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstrome während der Jahre 1827-32" ("Viaje en Chile, Perú y en el río Amazonas durante los años 1827-32"). Fuera de opúsculos breves y relativos a asuntos concernientes a las ciencias naturales, el autor no publicó otras obras. El segundo volumen se ocupa solamente del Perú y el Brasil. Además de atender la cátedra, Poeppig era director del jardín zoológico de Leipzig.

Parece que hubiera agotado su magnífico talento en esta obra, sobre todo en el primer volumen.

Pues debemos exponer, desde luego, un hecho esencial: Poeppig fue víctima de una gravísima obsesión: lo captó el embrujo de Chile, se chilenoizó hasta la médula de los huesos, y esto lo hizo medir de ahí en adelante todas las cosas con una sola medida, la de Chile.

Ello es algo curioso si se tiene en cuenta la época en que estuvo acá. Fue, en realidad, la peor de toda nuestra historia, la de la anarquía, en que los gobiernos cambiaban en eterna rotativa, en que no había seguridad alguna, en que la frontera austral se encontraba sin defensa. Experimentó él mismo en todo su espanto esa anarquía: la fustiga con absoluto realismo al ocuparse de Santiago y la experimentó en su propio cuerpo durante su permanencia en Antuco, en la frontera misma, donde los Pincheira, los pehuenches y los moluches no le dieron un día de tranquilidad, pues se vivía en permanente zozobra.

Pero es que Poeppig no contemplaba solamente lo pasajero, sino también lo permanente.

No hace secreto de sus ideales políticos: son los de la época de la Ilustración, en que se apoyó la Revolución Francesa, pero dulcificados por el humanismo de Goethe e iluminados por el romanticismo, a cuya escuela pertenece, sin lugar a dudas.

Para un autor de esa escuela había un problema apasionante: en América estaban surgiendo nuevas organizaciones políticas, recién emancipadas de España. ¿Qué iba a resultar de ellas? La experiencia inmediata era decepcionante. Todas las jóvenes hermanas se debatían en terrible anarquía; también Chile.

Pero debajo de la agitada superficie se hacían sentir fuerzas constructivas, destinadas a superar las perturbaciones momentáneas. Sobre todo en Chile, el alma popular revelaba descontento con el estado creado y estaba exigiendo un cambio de fondo. Poeppig comprobó la anarquía, pero vio surgir, al mismo tiempo, un Estado consolidado. Poco después de abandonar el país, estalló el conflicto en la forma que él había presentado, y cuando escribió su prefacio, en noviembre de 1834, Portales ya había realizado su obra. Poeppig mantuvo contacto con Chile después de su regreso y recibía desde acá buenas informaciones (sobre todo del cónsul hanseático en Valparaíso, August Kindermann, conocido por su participación en la inmigración alemana iniciada en 1846), que lo llenaron de íntima satisfacción: se había cumplido lo que él intuyera cuando estuvo en nuestro país.

Pero en esta obra no sólo se encuentra una intuición de Portales: se encuentra anticipada en él toda la época portaliana: Yungay, Magallanes, Aysén, e, incluso, el propio Dr. Palacios. Y, si vamos más allá, hallaremos en ella también al Chile actual y sus problemas, y nos llenará de asombro que, si bien hemos trocado la mula por el camión y el campamento al aire libre por un hotel de lujo, hayamos permanecido, en el fondo, exactamente iguales.

Me parece que el mayor elogio que se pueda dedicar a un autor consiste, precisamente, en poder decir de su libro que conserva su actualidad. Poeppig es insuperable en describir el Chile eterno.

No lo aventajó ningún chileno en este arte, pero es, sin duda, de justicia destacar la parte que le correspondió al romanticismo. Es posible que ninguno de nuestros contemporáneos esté en condiciones de contemplar un paisaje con una mirada tan

penetrante como lo hace Poeppig. Nos describe, por ejemplo, los tintes de oro del sol otoñal de nuestro Valle Central, como sólo pocos los han observado. Pero la mirada abarca el conjunto de la realidad, y penetra también en el alma humana. Esta intimidad es ajena a nuestra época. Había que vivir en aquel tiempo para ver lo que Poeppig vio. Todos aprenderemos mucho de él.

Y había también necesidad de ser un gran escritor para dar expresión a lo visto. Nuestro autor falleció en 1868, en Leipzig, y en 1887 le dedicó un estudio el más afamado de los geógrafos alemanes, Friedrich Ratzel, quien dice de él que su maestría como descriptor es superior, incluso, a la de Alexander von Humboldt.

Quien haya tenido oportunidad de traducirlo, confirmará este juicio en todas sus partes. Tiene nuestro autor, como es natural, un estilo personalísimo. Construye frases en que la cadencia de las palabras, los términos usados, la mayor o menor duración de la oración, todo está adaptado a la idea que se trata de expresar. Es, sencillamente, un virtuoso de la frase y de la palabra, pero no en el sentido del *art pour l'art*, sino en el de una herramienta usada sabia y prudentemente para exteriorizar un contenido real, siempre profundo, siempre contundente. He procurado conservar este estilo personalísimo, hasta donde lo permite la transcripción en otra lengua. No se extrañe el lector, por consiguiente, que los acápites sean siempre largos y que las frases sigan un ritmo peculiarísimo; he creído de mi deber respetar la intención artística, y no dudo de que el lector se acostumbrará luego a vibrar acompasadamente con la misma sensibilidad del autor.

En atención a este elevadísimo juicio que merece Poeppig como escritor, cabe preguntar por qué es tan poco conocido en su propio país; y si consideramos el contenido de su obra, debemos hacer extensiva la interrogación también al nuestro.

¡Son cosas del destino que tienen a veces los libros! Quizás sería nombrado por todos en su país si hubiera escrito algo sobre Estados Unidos (lo que jamás hizo), o si hubiera abarcado un panorama tan amplio como Humboldt.

En cuanto a Chile, es verdad que acá tomó nota de su obra el periódico "El Araucano", que reprodujo una crítica británica de la obra, y que don José Toribio Medina la utilizó profusamente al escribir sus "Aborígenes de Chile".

La ignoran, en cambio, todos nuestros historiadores restantes, sin excepción. Y, sin embargo, la historia de la época de la anarquía y del advenimiento de Portales tendrá que ser reescrita una vez conocido este libro. Y no sólo será preciso corregir la historia de aquel tiempo, sino que habrá necesidad de cambiar substancialmente muchísimas opiniones sobre el pueblo chileno mismo: acerca de sus orígenes, los elementos raciales que lo integran, sus rasgos sociológicos esenciales, etc.

Esta obra dará trabajo a toda una generación. De desear sería que ella hiciera suyo el sano optimismo del autor, que tanta falta nos hace.

También habrá necesidad de agregar el nombre de Poeppig entre los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad. Una vez leída su obra, se comprenderá fácilmente que ella representara el factor decisivo que hizo posible la llegada del elemento germano a nuestro país.

Debe subrayarse que el autor no llegó al país con fines propagandísticos. Vino simplemente para coleccionar plantas y animales, pues su viaje fue financiado por algunos amigos sajones que recibieron como retribución esos objetos de la historia natural. No venía como emisario de ningún gobierno, y apenas tuvo contacto con el de Chile. Su obra obedece, pues, estrictamente a fines científicos, como él mismo lo deja establecido. Si ella resultó un panegírico sin igual para Chile, ello se debió únicamente a la convicción acerca de este país que se formó el autor. Si hubiera tenido el propósito de lisonjearnos, habría aplicado idéntico criterio al Perú, al Brasil y a Argentina, países acerca de cuyas condiciones políticas y sociales se pronuncia de una manera muy desfavorable. Y debe notarse que su juicio al respecto estuvo muy de acuerdo con la realidad, pues aquellos países se mantuvieron durante un largo lapso en una anarquía que fue muy pasajera en Chile y de la que se libraron sólo en tiempos recientes.

En lo referente a Chile, no conversó con los estadistas de la época, y ni siquiera le interesó permanecer durante algún tiempo en la capital. En vez de estudiar a nuestra nacionalidad en sus representantes más destacados, lo hizo más bien en el extremo contrario, conviviendo con gente del campo y arrieros. Tuvo —por supuesto— también relaciones con personas de las clases superiores: hacendados, comerciantes, sacerdotes, etc. Pero podría decirse que prefirió estudiar el país por sus rincones, en el sentido que Latorre da a esta palabra. Pasó largas temporadas en Concón, Quintero, el valle andino del Aconcagua, Talcahuano y Antuco. Si se medita acerca de estas estadas, se verá que fueron estratégicamente bien elegidas: en el valle de Aconcagua dominaba la parte austral del Norte Chico y la septentrional del Valle Central, y en el Bio-Bío pudo conocer el extremo austral de este mismo valle y la extremidad septentrional de la zona boscosa austral. Por eso, sin haber viajado mucho en el país, lo llegó a conocer a fondo.

Una ventaja de su método consistió, precisamente, en haber permanecido durante largas temporadas en un mismo sitio, conociéndolo de modo perfecto, como también sus alrededores, y proporcionando una información completa sobre el particular. Gracias a él, todo el país llegó a estar representado en la obra, incluyendo las partes no visitadas.

Chile lo captó integralmente. Aun conservando siempre la objetividad y serenidad del científico, no hay línea en toda su obra que no refleje simpatía por lo chileno. Hizo suyo, asimismo, el espíritu antiespañol de la época, fruto lógico de la guerra de la emancipación. Pero, en realidad, Poeppig, que jamás se prestó para abandonar su elevado pedestal científico, tampoco es extremado a este respecto. Destaca, precisamente, que también los chilenos adoptaron un criterio muy elevado, pues no sólo no molestaron en lo más mínimo a tres mil españoles que quedaron en el país después de la revolución, sino que los trataron en la misma forma que a los hijos del país.

Para él, la divergencia con España era exclusivamente de índole ideológica: la madre patria había quedado terriblemente rezagada en el concierto de las naciones europeas, y la joven nacionalidad chilena aspiraba a cumplir un destino superior, lo que no le era posible dentro de los límites del dominio de España. Así, la guerra de la emancipación fue inevitable. Pero el mérito especial de Poeppig consiste en describir con insuperable maestría en qué consistía el atraso y de qué manera comenzó a surgir un nuevo mundo en medio de la decadencia del mundo español.

La traducción, como ya se expresó, ha sido lo más fiel posible. Esto rige también en lo referente a las ideas que expresa el autor, que han sido reproducidas sin cambiarles en lo más mínimo la tendencia. Se han conservado siempre las expresiones propias del autor, con una sola excepción: cuando se refiere a los vegetales, cita casi únicamente los nombres latinos de los géneros o especies. Conservando éstos (sin adaptarlos a la nomenclatura actual, que muchas veces es diferente), se han agregado los nombres vulgares de la mayoría de las plantas, para facilitar la lectura a aquellos no especializados en esta materia.

Por otra parte, se ha creído conveniente agregar a la obra algunas notas, destinadas únicamente a rectificar errores de hecho. Casi siempre provienen éstos de datos tomados de otros autores, citados por Poeppig, y se refieren a materias que no conoció personalmente, pues lo observado por él mismo está casi libre de tales defectos. De ninguna manera esas notas tienen por objeto discutir las ideas por él expresadas, que son de su exclusiva responsabilidad y que el lector podrá aceptar o rechazar, de acuerdo con su propio criterio. Además, las rectificaciones de hechos se refieren sólo a asuntos de importancia; afortunadamente, son muy pocas.

No sería justo dejar de mencionar la importancia que corresponde a Poeppig como naturalista. Son numerosas las plantas de nuestra flora que llevan su nombre. Looser da al respecto una buena información. Al parecer, le interesó únicamente la botánica, pero después se preocupó también de la zoología. Coleccionó con gran en-

tusiasmo en Cuba y Estados Unidos. En el verano de 1825, su amigo y corresponsal en Europa, el Dr. RADIUS, le anuncia la llegada de doce mil ejemplares.

Al embarcarse en viaje a Chile, escribió a sus amigos de Leipzig, RADIUS y KUNZE: "El sueño dorado, que me ha permitido soportar todas las penalidades, está en vías de realizarse, y yo, tres veces feliz, hollaré en pocos meses más el suelo inexplorado de Chile. La medianoche me sorprende inclinado sobre mi escritorio, y la mañana me hallará a bordo del "Gulnare", pues todo está preparado para zarpar. Avanzaré hacia el Oriente, hacia vosotros, más que nunca, para alejarme después mucho más; pero mi corazón estará con vosotros. ¡Pensad que a fines de marzo herborizaré en Chile! ¿No es algo superior a todo lo que puede ofrecer la vida? Gracias, dos veces gracias a todos mis amigos que me han ayudado. El cielo los recompensará mejor que lo que pueden mis pobres palabras".

Así partió: lleno de presentimientos, que pronto se iban a cumplir, dando a su vida un nuevo sentido.

Al ser designado catedrático de la Universidad de Leipzig, inició sus cursos con una clase en latín, que fue impresa bajo el título de "Fragmentum synopsis plantarum phanerogamarum", en que describió cincuenta nuevas especies que descubrió en Chile.

Junto con el presente libro, publicó también una obra botánica de gran trascendencia: "Nova Genera ac Species Plantarum", en colaboración con Stephan Endlicher, la que consta de tres tomos y lleva trescientas láminas de las especies descritas, muchas de ellas en colores. Se refiere a las colecciones de Chile, Perú y del Amazonas. Poeppig llevó a Europa una colección de novecientas plantas chilenas. No describió personalmente todos los grupos. Trinius estudió las gramíneas y Kunze los helechos.

Después de estas obras, sólo han salido de su pluma algunos artículos breves.

Es curioso el paralelismo entre las existencias de dos grandes alemanes de aquella época: Poeppig y Rugendas. Ambos habían incursionado en el hemisferio americano del Norte antes de venirse a Chile. Ambos se habían saturado del trópico, hacia donde los había dirigido Humboldt. Ambos se vinieron en seguida a Chile, y este país llegó a ser su destino, el sentido de sus vidas, su contenido definitivo. Nunca dos artistas —pues no sólo Rugendas lo era, sino también el naturalista, como el lector pronto verá— se identificaron de una manera tan completa con nuestro país.

Ambos regresaron después a Europa, para consumirse allá en nostalgia por el paraíso perdido, y ser incapaces de producir ya nada importante.

Esta polarización que produjo en ellos el tema Chile es, sin duda, un problema digno de ser meditado.

En lo referente a la ilustración de la obra, deben destacarse, en primer lugar, nueve dibujos del propio Poeppig, que se refieren a paisajes, y una escena al óleo, pintada por el oficial del ejército sajón Schubauer, basándose en un dibujo de aquél. El autor entregó a la imprenta dibujos confeccionados al natural, y ésta se encargó de hacer las litografías a base de ellos. Sin embargo, Poeppig se queja de que estas últimas no siempre reflejen debidamente el original.

Teniendo presente esta anotación, el traductor consideró de su deber verificar en el terreno la exactitud de los dibujos. Tomó, hasta donde las condiciones lo permitieron, fotografías desde el mismo ángulo en que Poeppig dibujó. Pudo comprobar, así, que las litografías son absolutamente fieles, pero resultó a la vez que los paisajes han experimentado, desde 1827-29, considerables cambios. El lector podrá cerciorarse personalmente de las sorpresas al cotejar los originales de Poeppig con las mencionadas fotografías.

Luego el traductor logró reunir un valioso material de dibujos de Juan Mauricio Rugendas, pintor que llegó al país seis años después de haberse ido Poeppig, y que visitó casi todos los parajes descritos por éste, dibujando y pintándolos, con su libro en la mano.

Por último, se agregó una gran cantidad de fotografías, procurando, en lo posible, excluir de ellas elementos actuales. De ese modo, pretenden ayudar a comprender

las descripciones del autor. Su sentido es hacer ver con ojos modernos lo que vieron miradas románticas. Esas fotografías serán, así, una comprobación del valor imperecedero y eternamente presente de lo que nos dice Poeppig.

Seguramente, el lector confirmará el título que se ha dado a la obra y que la resume cabalmente: "Un Testigo en la Alborada de Chile". Pues en este año, en que se celebra el sesquicentenario de la independencia patria, es interesante escuchar a alguien que presenció los inicios, la gestación de la nacionalidad y de la República. A alguien que escuchó lo que se decía y comentaba en aquel tiempo; que examinó la situación del país con sus propios ojos —muy vivos y muy abiertos—; que trató de sintetizar todo lo que escuchó y vio en una obra ordenada, seria y a la vez elegante, e incluso poética, componiendo algo así como una sinfonía nacional literaria...

Nadie mejor que Poeppig como testigo de aquellos tumultuosos tiempos, llenos de zozobras, pero también de grandes esperanzas.

CARLOS KELLER

## TABLA DE EQUIVALENCIAS

Se han conservado en el texto las medidas, pesos y valores que señala el original alemán, pero conviene indicar sus equivalencias en el sistema métrico y el de las monedas de la época.

### L O N G I T U D E S

Legua alemana . . . . .	7.363 m.	Toesa . . . . .	1,96 m.
Legua española (36 cuadras)	4.500 m.	Braza . . . . .	1,83 m.
Milla náutica . . . . .	1.852 m.	Vara . . . . .	0,84 m.
Milla inglesa . . . . .	1.609 m.	Pie . . . . .	0,28 m.
Cuadra . . . . .	125 m.	Pulgada . . . . .	2,33 cm.
Línea . . . . .	0,2 cm.		

### P E S O S

Cajón (64 quintales) . . . . .	2.944 Kg.	Libra española . . . . .	460 g.
Quintal español . . . . .	46 Kg.	Marco (½ libra) . . . . .	230 g.
Arroba (¼ quintal) . . . . .	11,5 Kg.	Onza . . . . .	28,7 g.

### M E D I D A S

Fanega . . . . .	97 l.
------------------	-------

### M O N E D A S

Peso, peso fuerte, duro . . . . .	Dólar oro o 48 peniques oro	Real (⅛ de peso) . . . . .	6 peniques oro
		Libra esterlina . . . . .	5 pesos fuertes

### T E M P E R A T U R A S

Poepig usa, en cuanto no indique otra cosa, los grados Celsius o centígrados, pero a veces señala las temperaturas también en grados Réaumur o Fahrenheit.

Grado Réaumur . . . . .	Más ¼ da °C.
Grado Fahrenheit . . . . .	Restando 32 y tomando 5/9 de la diferencia, da °C.

## P R E F A C I O

El conocimiento de la América del Sur ha aumentado desde su liberación del antiguo dominio español en el mismo grado en que la benéfica luz de la civilización expulsó de allá la antigua obscuridad e hizo posible que forasteros, que ya no necesitaban un permiso, difícil de obtener, y a menudo secundados por entusiastas patriotas, visitaran las maravillas de lejanos países, pudiendo presentar al mundo los resultados de sus exploraciones. También sobre Chile y el Perú se han publicado desde entonces numerosas relaciones, cuyos méritos u opiniones no es del caso juzgar aquí; pero debe destacarse que ninguna de ellas se ha basado en una estadía prolongada, con fines netamente científicos. Mientras que británicos y franceses no fueron parcos en sus juicios acerca del país que cantó antaño Ercilla y sobre el imperio de los antiguos incas, sólo rara vez algún alemán se hizo escuchar sobre ellos, aunque en el mejor de los casos los visitó fugazmente durante algunas semanas. Una dilatada permanencia, sin embargo, cambia a menudo el juicio, y con frecuencia uno quisiera no reconocer validez al final del año a lo que se le escapó prematuramente en sus primeros días. Así como uno avanza en forma lenta en el conocimiento de la naturaleza física de un país, ocurre también con el progreso en la apreciación fidedigna de sus habitantes, siendo preciso tener presente a este respecto que las características de estos últimos sólo son originadas, en gran parte, por aquélla. Bajo la influencia de un clima extraño, la capacidad comprensiva se adapta sólo gradualmente a la novedad de los ambientes.

Fue el propósito de este libro describir aquellos países en igual forma como se habían presentado al observador después de una permanencia prolongada. Cinco años de una vida muy agitada, transcurrida bajo condiciones no muy favorables, ni tampoco demasiado dificultosas, le habían conducido a regiones que eran, en parte, todavía desconocidas, o que jamás habían sido visitadas por un europeo científicamente preparado. La empresa fue motivada por un interés en las ciencias naturales, que le transmitió su tendencia especial y dará probablemente también su sello peculiar a la descripción. Un viajero que se presenta ante el foro mundial con sus experiencias, debe más que otro escritor a sus lectores una explicación acerca de la manera cómo empleó sus materiales y sobre las circunstancias en que em-

prendió y terminó el viaje mismo. Es menguado, empero, lo que cabe decir sobre la primera. Se basa en la certeza de la perfección de los ejemplos que dieron dos alemanes<sup>1</sup> al mundo y en las opiniones propias acerca de la misma materia, formadas hace ya bastante tiempo. Debe reinar otro espíritu en la descripción que trasplanta al lector a las palmeras de la selva virgen o a las maravillas de los Andes, que en las que refieren en tono familiar las escenas más conocidas de un país vecino. La naturaleza, en una amplia acepción de la palabra, ofrece al viajero que abandona a la Europa sobrepoblada y sobreilustrada la única —pero inagotable— materia para su descripción. La personalidad del autor desaparece en tales lucubraciones, sin que el lector pierda mucho por ello. Sin duda, ocurrirán hechos singulares al convivir con pueblos semicivilizados, pero rara vez el relato se compadecerá con la apacible sencillez y seriedad de las demás comunicaciones. Lo que pudiera ser de utilidad a un viajero futuro no enviado por un príncipe y que, por lo tanto, dispondrá de escasos recursos, será expuesto en su oportunidad, siempre que lo permita el espacio. Detalles concernientes a las ciencias naturales, sobre todo de indole sistemática, han sido evitados en lo posible, pues fue necesario tomar en consideración las exigencias de los lectores, que sólo en escasa proporción serán zoólogos o botánicos. Ellos encontrarán su lugar en obras especializadas, que deberán seguir a la relación del viaje en forma estrictamente científica y a la brevedad posible. Entre otras cosas, un herbario coleccionado por el propio autor, y que comprende más de cuatro mil especies, ofrecerá muchas novedades al botánico. Diversos pequeños ensayos que el espacio no permitió incluir en la relación del viaje, serán publicados separadamente. Entre ellos figuran investigaciones sobre las cinco zonas vegetales de Chile; sobre las características de la flora peruana; sobre la altitud de diversos cordones, basada en parte en mediciones barométricas y —después de la pérdida de todos los instrumentos—, en parte, en manifestaciones de la geografía, de la flora y la temperatura media; la descripción de algunos minerales del volcán Antuco, por un famoso mineralogista alemán, y observaciones sobre la temperatura de los vapores de ese cerro; fragmentos geológicos; y, finalmente, extensas observaciones meteorológicas, hechas durante un prolongado lapso a distintas altitudes, que parecían no ser apropiadas para su reproducción en esta obra.

El propósito del viaje fue la recolección de objetos de historia natural en cantidades apreciables. Para lograrlo, se había reunido en Alemania un pequeño número de entusiastas amigos de la naturaleza, encomendándome la realización del

<sup>1</sup>Se refiere el autor a Johann Georg Adam Forster y a Alexander von Humboldt. El primero publicó la obra "Beschreibung einer Reise um die Welt in den Jahren 1772-1775" (Descripción de un Viaje Alrededor del Mundo 1772-1775), hecho en la expedición de James Cook, con cuyo motivo fue visitada también la isla de Pascua. El segundo había publicado su célebre "Reise in den Aequinoktial-Gegenden des neuen Kontinents" (Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente).— Nota del Traductor.

plan con una confianza que debo reconocer agradecidamente. Diecisiete mil ejemplares de plantas secas, muchas centenas de animales vivisectados, y numerosos otros productos de la naturaleza, que han sido repartidos entre los fovorecedores del viaje; la distribución de plantas antes desconocidas y muy interesantes en nuestros jardines; tres mil descripciones de plantas, hechas en el lugar de su crecimiento mismo, sobre todo referentes a las partes florales, difíciles de examinar más tarde; treinta dibujos de panoramas; cuarenta hojas de dibujos de aroideas en gran tamaño; treinta láminas de orquídeas; diversos esbozos y una colección botánica particular de la más amplia extensión: he ahí una parte de los frutos de aquellos años. Puede afirmarse que para realizar el viaje se dispuso de la suma más ínfima, la más pequeña jamás invertida en una empresa de esta especie llevada a feliz término. La limitación ineludible no me permitió disponer de un acompañante, me condujo al interior de las selvas y me obligó a sufrir tranquilamente más de alguna insuficiencia dura y permanente. No obstante, estas circunstancias eran menos sensibles que la falta de equipo científico, pues después de haberse perdido los instrumentos propios en el comienzo del viaje, consideraciones severas no me permitieron reemplazarlos. En cuanto el éxito dependía, sin embargo, de la diligencia personal y de la buena voluntad, no faltaron jamás, aunque transcurrieran con lentitud los meses en lejanas aldeas indígenas de las selvas vírgenes, en que el solitario viajero ni siquiera pudo disponer de un mozo nativo y en que la alimentación, siempre problemática, dependía a menudo de su propia habilidad como pescador o cazador, ya que levantaba a veces su campamento nocturno sin ayuda en la cima de los Andes, o bien dirigía solo su pequeño bote en los majestuosos ríos del Nuevo Mundo por parajes bravíos, hasta regresar felizmente a su patria, con grandes riquezas naturales, como premio por todos los peligros experimentados.

EDUARD POEPPIG

*Leipzig, 24 de noviembre de 1834*

## CAPITULO PRIMERO

### *Viaje marítimo de Estados Unidos a Chile.— Llegada a Valparaíso.*

Luego de prolongada e inútil demora, habían llegado por fin, en agosto de 1826, cartas desde Europa que hicieron posible la iniciación de un viaje a la América del Sur, cuyos planes habían sido preparados mucho antes. La ciudad de Philadelphia, en la que, después de Boston, se encuentra probablemente más concentrada que en otros lugares la preocupación científica de los norteamericanos, dedicados sólo a actividades netamente prácticas, fue reemplazada por Baltimore. Durante cierto lapso, que se prolongó hasta 1830, era mucho más frecuente hallar allí oportunidad para viajar al Mar del Sur que en ningún otro puerto, y tal vez la causa de haber logrado los llamados patriotas sudamericanos armarse militarmente ya desde 1812, para oponerse a los españoles, se debió a las relaciones que habían establecido con los comerciantes de Baltimore. Un gran número de los corsarios salían de este puerto bajo las banderas independientes de la América del Sur, pero con frecuencia no se encontraba a bordo un solo ciudadano de las nuevas repúblicas. Precisamente, este espíritu especulador, aun cuando transgredía rara vez las leyes internacionales, no podía merecer la aprobación de la parte más formal del mundo comercial, y fue causa de que se mirara a Baltimore y a sus armadores con cierta desconfianza. Aquel contacto con la América del Sur al iniciarse la lucha originó especulaciones no siempre muy fundamentadas, cuyo desenlace funesto motivó, en parte, la ruina de ciertas casas comerciales y, en parte, un lento descenso del comercio en esa dirección. Lo que antes casi constituyó un monopolio de aquella ciudad, es compartido ahora por las cuatro grandes plazas comerciales de la mitad boreal de Estados Unidos.

Seis semanas transcurrieron en nostálgica espera de la salida del "Gulnare", nave en que había tomado pasaje al Pacífico, casi nueva, de 360 toneladas, construida en Newburyport. Pero aquella espera no transcurrió en la forma desagradable que conoce a menudo quien no sea comerciante, cuando, cansado de la agitación y el bullicio de las calles, que carecen de interés para quien haya viajado mucho, siente nostalgia por escenas que le agradarán mucho más por su sencillez y tranquilidad. Se había iniciado el pleno desarrollo de la temporada que todos los viajeros de la América del Norte reconocen como la más hermosa: era otoño, y había un encadenamiento ininterrumpido de días tranquilos y tibios, doblemente

agradables después de un verano tórrido en extremo, como se presenta normalmente en las costas atlánticas de aquel país. La temperatura suave del otoño se conservó sin variar durante algunas semanas, no obstante encontrarse el sol ya tan alejado, que en aquellas latitudes sólo se podían haber esperado fríos, temporales y aguaceros, como en el noviembre europeo. 6 a 12° C. de calor al día, 1 a 2° de frío en la noche, se alternan regularmente hasta bastante entrado diciembre, y sólo la iniciación de los terribles vendavales del noroeste introduce el invierno. Su llegada, empero, es tan inesperada como la de la primavera, pues la intensidad de los fenómenos atmosféricos, fáciles de reconocer en una estada prolongada en América, llama la atención tanto en las regiones septentrionales de los Estados Unidos (aunque bajo circunstancias diferentes) como en las más cálidas del mismo hemisferio. Aquellas intermitencias de una temperatura elevada a otra opuesta constituyen las causas principales de que sea tan desagradable al forastero la permanencia en muchas regiones de Estados Unidos, de la misma manera que en Buenos Aires. En determinadas temporadas podría decirse casi igual, y con idéntica razón, de las Antillas del Norte, pues yo mismo observé a menudo en Cuba (distrito de Laguna de Palos, cerca de Matanzas), en febrero de 1823, en la mañana temperaturas de 0 a 1°, en circunstancias que pocas horas más tarde el calor superaba al de un día de verano en Alemania. Las consecuencias inmediatas de tales condiciones meteorológicas en las latitudes más avanzadas de América son las enfermedades reumáticas, de que rara vez se escapa alguien. Bajo la influencia telúrica del suelo tropical se generan por la misma causa fiebres biliosas malignas, a las que falta solamente la relación con miasmas (tales como las desarrolla la humedad permanente en infinitos organismos destruidos) para transformarse en la forma más grave de la fiebre amarilla. Aquel período tan característico del año recibe por eso en las regiones centrales y boreales de la Unión Norteamericana el nombre de verano indígena (*indian summer*), y se distingue sobre todo por una condición todavía inexplicada, pero general y permanente, de la parte más baja de la atmósfera. El aire se presenta entonces, por cierto, casi siempre diáfano, pero carece de transparencia. Ocurre así que todos los objetos a no más allá de unos veinte minutos adquieren el colorido azul que, en otras circunstancias, indica sólo distancias mucho mayores. No se pierde, sin embargo, la precisión de los contornos, y la diferencia del obscurecimiento en un horizonte lejano es apenas perceptible. De este modo, el paisaje adquiere un encanto difícil de describir y muy característico. Pero se agregan a esta iluminación fantasmagórica las manifestaciones especiales que ofrece allá la vegetación. Por un lado, los árboles norteamericanos se distinguen por la cualidad de no perder casi nunca el follaje sin brillar antes con los colores más vivos; y, por otro, se desarrolla simultáneamente aquella maravillosa vegetación otoñal, que no tiene parangón en ningún otro continente. Las infinitas formas de los asteres y los representantes del género *Solidago* propagan sobre la naturaleza ya moribunda un engañoso barniz de una nueva y vigorosa resurrección, con-

cliando al observador mediante su lenguaje mudo con los síntomas inequívocos del invierno que se acerca. La contemplación de un paisaje norteamericano contiene tantos elementos agradables y afines a los de la lejana patria, que no dejará de producir su efecto incluso en el viajero menos impresionable.

Los alrededores de Baltimore son pródigos en atractivos y ofrecen en agradable cercanía cerros boscosos y angostos valles, de aspecto mucho más agreste y solitario de lo que podría esperarse en las vecindades de una ciudad populosa. Aun cuando la flora de la zona presentaba pocas novedades y no tuve éxito en la búsqueda del nuevo mineral llamado torreyita (a pesar de encontrarse en diversas canteras próximas), las excursiones sobre las serranías fueron continuadas hasta el día de la partida. Uno se siente atraído frecuentemente con predilección infantil, inconsciente de su causa, por algún paisaje o alguna característica de la vegetación. Duele separarse de las selvas de encinas, pues, aunque americanas, ostentan el sello de árboles de plantaciones del propio país. Apenas despedirse de los últimos objetos que evocan imágenes casi borradas de lejanos recuerdos, sobre todo cuando se sabe que el camino nos lleva a un escenario extraño, y que se ha de residir algunos años en él.

Soltamos las amarras de la orilla al mediodía del 26 de noviembre de 1826, reinando como siempre ese aparente desorden inseparable de la salida de un buque mercante. Raras veces la impaciencia permite a los marinos establecer un severo orden en las cosas que no sean de necesidad inmediata, pero ya a los dos días aquél se impone. La vaciante y una leve brisa nos alejaron pronto de quienes nos deseaban felicidad desde la playa, de acuerdo con una tradicional costumbre marina. A medida que nos abandonaba un bote tras otro, disminuía la aglomeración a bordo y en los camarotes, y pronto el pequeño grupo —excepción hecha del práctico— se componía sólo de aquellos que iban a cruzar el Océano Atlántico en toda su longitud, para tocar puerto únicamente después de orillar el Antártico y alcanzar el Pacífico, que había permanecido ignorado en la antigüedad. El equipo y la calidad de nuestro nuevo buque, construido totalmente de roble de Florida (*live-oak*), considerado también en Estados Unidos como un modelo del arte de la construcción náutica, prometían un feliz viaje. Coincidió el afán de conocer el mundo de nuestra tripulación más joven con ese sentimiento íntimo que en momentos tan emocionantes transmite aun al rostro del marinero de edad una expresión de alegría, de forma que ésta se manifestaba de una manera inequívoca en todos. Han pasado los tiempos, sobre todo en la emprendedora América del Norte, en que un viaje por mar de cierta duración era considerado con desconfianza. Haber cruzado simplemente el Atlántico ya no representa un rasgo peculiar en una biografía individual, y apenas se presta ya algún interés a alguien que nos hable de sus experiencias en los mares que visitaron Magallanes o Drake. Han caído las murallas de separación que la naturaleza había levantado entre los pueblos, pues la inteligencia de nuestra época, tan desarrollada, entrega incluso al más humilde pes-

cador los medios semimecánicos que le permiten traspasar con seguridad los límites en que no se aventuraba ni la fantasía en tiempos antiguos. Dos días fueron suficientes para alcanzar la boca de la bahía de Chesapeake, cuyas orillas, frecuentadas por fiebres epidémicas, se presentaban bajas y pobladas de bosques. Con igual presteza con que cada cual se acomodó en su camarote, se preparó el buque para salir al Atlántico. El 29 de noviembre nos encontrábamos a la altura del cabo Henry, en Virginia, el promontorio austral frente a la bahía, y un bote recogió al práctico, un veterano de cierta edad. De acuerdo con una antigua costumbre, se aprovechó esta última oportunidad para despachar cartas a tierra, de la que nos despedíamos por largo tiempo. Un viento favorable del oeste nos hizo avanzar con rapidez. Las costas de Virginia desaparecieron en pocas horas tras el horizonte, y cruzamos de esta manera, sin ser desviados hacia el norte, la inmensa Corriente del Golfo, cuya presencia no era indicada solamente por el termómetro, sino también por el movimiento visible de olas cortas y quebradas.

La descripción de largos viajes por mar es un asunto difícil e ingrato, sobre todo en nuestros tiempos, en que se dispone de tantas, algunas magistrales. De la mayoría podría, sin embargo, casi pensarse que la uniformidad de la vida a bordo ha influido en el estilo y la fantasía del viajero, haciéndolo descender de modo insensible a la monotonía de lo cotidiano. Lo que ofrece normalmente la vida náutica ha sido narrado con frecuencia, y a veces con buen humor. Los objetivos de la investigación científica, en particular los situados dentro del alcance común, se encuentran reducidos en igual proporción, pues los de más fácil acceso han sido tratados desde hace tiempo por numerosos exploradores que han tenido una estada permanente sobre las olas, en su calidad de acompañantes de expediciones de larga duración, viéndose obligados a concentrar su atención en fenómenos naturales y criaturas que bajo otras circunstancias difícilmente habrían merecido el mismo interés absoluto.

El viajero transoceánico menos favorecido se ve muy limitado en su radio de acción, sobre todo a bordo de un buque mercante. Raras veces éstos ofrecen oportunidades para investigaciones relacionadas con las ciencias naturales. Consideraciones vinculadas con la necesidad de ganar tiempo y con la finalidad del viaje prohíben a tales naves la menor permanencia innecesaria, e incluso la anatomía encuentra en ellos un enemigo en la ignorancia y los prejuicios de los marineros, aun cuando se la practicara sólo ocasionalmente y en la parte más alejada de la cubierta. Por consiguiente, será lícito pasar en silencio la sencilla historia del primer período de nuestro viaje por mar, pues sólo ofreció pequeños episodios ya relatados a menudo por otros: la caza de delfines, la aparición de los pájaros tropicales, la vista de especies de moluscos descritas hace ya tiempo y los pequeños acontecimientos del interior de la monarquía flotante, que sin duda son gratos para el viajero como interrupción de la monotonía, pero que difícilmente son adecuados para mantener el interés del lector que se encuentra en tierra.

Disfrutábamos de buen tiempo, pues a medida que avanzábamos en el Atlántico y que cambiaba la latitud, mejoraba la temperatura, que había sido, en parte, sensiblemente fría cerca de la costa norteamericana. Sólo una vez fue perturbada la tranquilidad, cuando el 6 de diciembre, próximo a las Bermudas, el fuerte viento del noroeste adquirió tal violencia, que a la puesta del sol se transformó decididamente en un temporal. Pero como el buque estaba preparado y no había por fortuna nadie a bordo que no hubiera realizado varios viajes por mar, no ocurrieron desórdenes en la cubierta, ni escenas de angustiosa desesperación en los camarotes. Como la tempestad se había desencadenado desde una dirección muy favorable, el capitán, en vez de esperar que disminuyera su violencia, adoptó la resolución algo temeraria de dejarse arrastrar por ésta, presentándole la popa y sin moverse del sitio. Era bien entrada la noche cuando comenzamos a navegar con extraordinaria velocidad bajo el impulso de algunas pocas velas de temporal. Avanzamos a razón de 11 a 12 millas inglesas por hora, rodeados por olas que tenían el mismo rumbo y que parecían querer hundirnos cuando se nos acercaban desde la popa con gran celeridad. Este experimento de dejarse arrastrar por el temporal (*scudding*) es peligroso por varias razones. Como el viento actúa sobre las velas paralelamente con el eje longitudinal del buque, éste ofrece menos superficie y exige la mayor precisión en el manejo del timón y gran destreza para gobernar la nave, a fin de impedir que gire y presente la proa al viento. Al ocurrir tal accidente, pueden ser arrojados en un instante los mástiles y las velas por la borda, y la embarcación quedar fuertemente inclinada o sumergirse por la popa, hundiéndose con suma rapidez. Otra gran desventaja son los inevitables golpes de mar en la popa, la parte más débil de la construcción, y la posibilidad de perder de esta manera el timón, difícil de reemplazar. Por estos motivos, reinaba gran expectación durante toda esta grave escena, que se prolongó hasta el alba. Todos, sin excepción, se encontraban en sus puestos correspondientes y observaban con gran interés y cuidado los movimientos del buque, pues reinaba una extraña luminosidad durante todo el lapso del temporal. El barco se precipitaba como dando largos trancos entre las olas, pero a pesar de este inmenso y prolongado esfuerzo, no se quebró ninguna verga ni se cortó ningún cable. Por dura que fuera la prueba, el "Gulnare" la rindió en forma gloriosa, y nuestros marineros le dedicaron por ello mayor cariño, desde entonces, expresando estar doblemente dispuestos a realizar el viaje más largo en "el buque valiente" (*the gallant ship*) y exponerse en él al tiempo más adverso. Casi siempre el marino tiene por su barco la misma preferencia que el recién casado por su esposa. Incorpora la embarcación probada a su persona y es exageradamente parcial a favor de ella. Es a menudo encantador oír hablar a ancianos marinos de sus buques como si fueran seres vivos e inteligentes. Entregándose a la voz del corazón humano, esta clase de gente, que con frecuencia es juzgada equivocadamente, traspasa su cálida dedicación a objetos que sin duda trocarían de buenas ganas por otros si lo permitieran las condiciones especiales

en que se desempeñan. La mañana siguiente nos trajo viento suave, y las observaciones hechas al mediodía nos comprobaron que aquella valiente resolución del capitán nos había hecho avanzar cerca de 180 millas inglesas en un día.

Para alcanzar la latitud a que es posible cruzar con seguridad el ecuador durante los últimos meses del año, los buques que se dirigen de los puertos norteamericanos al Atlántico austral se ven obligados a hacer un rodeo de que están exentos los europeos. En efecto, tienen que cruzar primero el océano Atlántico en una diagonal con rumbo al ESE., a fin de acercarse de esta manera a las islas del Cabo Verde, que el europeo alcanza en un viaje más corto. Dos tentativas de llegar al hemisferio austral antes de haber tocado esas islas motivaron sólo una pérdida de tiempo, pues nos encontramos con vientos alisios a una latitud extraordinaria (31° 45' N.) para esa temporada. La aproximación a las islas del Cabo Verde no se hizo de buena voluntad, pues aquellas aguas disfrutaban en aquel tiempo de una renombrada inseguridad. Se habían cometido frecuentes actos de piratería, en parte acompañados por grandes crueldades. Algunos buques habían sido encontrados semidestruidos, abandonados por su tripulación y con la cubierta manchada de sangre: testimonios mudos de las barbaridades ocurridas en ellos. Entre muchos otros males, la guerra de la independencia de la América del Sur tuvo también aquel de hacer reunirse aventureros apátridas en los puertos de Colombia y La Plata, obteniendo con gran facilidad patentes de corso en contra del poder marítimo de España. Especuladores de cierta ralea, sin conciencia alguna, se prestaron para armar buques muy veleros, tripulados con aquel conglomerado de hombres resueltos, pero por lo general muy inmorales. Una vez en alta mar, la destinación primitiva quedaba relegada a segundo término, y el pretendido corsario de Buenos Aires o Cartagena se transformaba en un vulgar pirata, que las emprendía contra todas las diferentes banderas. El número de estos bucaneros fuera de la ley fue aumentado todavía por los negreros (*slavers*), quienes, ahuyentados de la costa africana por buques de guerra extranjeros, empleaban sus naves bien armadas con el fin de encontrar en la piratería un sustituto de la ganancia que les impedía hacer por el momento su negocio primitivo, no menos despreciable. Un buque mercante se halla siempre en situación por demás precaria cuando navega por mares tan poco seguros. Los cañones y armas que se encuentren en ellos son de utilidad sólo limitada, pues los marineros por lo general nada tienen que perder, y tampoco esperan ganar más que el salario estipulado, por muy feliz que resulte un viaje comercial, ya que únicamente las tripulaciones de balleneros o de cazadores de focas son contratadas a veces bajo la condición de recibir cierta participación en las utilidades. Si resulta accidentado en la defensa de la propiedad ajena, no lo esperará la suerte del marinero herido en un buque de guerra. Se explica así su resistencia a luchar, pues en realidad un combate puede resultar funesto por el número reducido de la tripulación, la disciplina menos rígida y el desconocimiento del uso de las armas. Aun cuando estábamos muy bien armados (entre otros recursos, disponíamos de seis largos cañones

de a 12 libras), parece seguro que nuestra salvación habría dependido más bien de la rapidez del "Gulnare" que del entusiasmo guerrero de sus tripulantes. Después de estas consideraciones, fue para todos nosotros doblemente desagradable observar de pronto, en una mañana serena, una pequeña embarcación, que en seguida cambió de rumbo para acercárenos. Todos trataron de adivinar el verdadero carácter del forastero, sin atreverse a expresar de viva voz la sospecha que cada cual tenía. Al mismo tiempo, se tomaron con bastante orden las medidas de defensa, y también los pasajeros fueron invitados a atender uno de los cañones. Luego de algunas horas muy penosas, el bergantín fue reconocido como armado, y hubo una alegría general cuando en el preciso momento en que esperábamos recibir los primeros disparos, vimos descender el bote en que se hizo bajar a un oficial con el uniforme de la Marina de Guerra de Estados Unidos. Resultó que se trataba de un bergantín de guerra norteamericano, destinado a cruzar aquellos mares para perseguir a los piratas y negreros. Su presencia había amedrentado mucho a estos últimos, yofilamos, muy tranquilizados, rumbo al sur, después de haber avistado una de las islas del Cabo Verde, pero sólo como una tenue nube en el horizonte.

Habíamos esperado pasar al hemisferio austral antes que transcurrieran los días festivos con que termina el año, los que fueron celebrados también a bordo del "Gulnare" con gran entusiasmo, a fin de tener así motivo para una doble fiesta. Pero la flojedad de los vientos destruyó esta esperanza, aunque sin lograr perturbar nuestro buen ánimo. La constancia y uniformidad de todos los fenómenos naturales en aquellos bellísimos mares son de tal índole, que genera en el observador una idiosincrasia similar. Hablando en general, parece casi que la apacible uniformidad de las regiones tropicales impusiera tranquilidad a los movimientos que a menudo perturban el corazón humano. Bajo la influencia de esa naturaleza, uno se libra de las pasiones, y es posible que el alto grado de conformismo filosófico que uno adquiere y conserva en ese clima sea, en gran parte, la causa del malestar que siente todo viajero al regresar a nuestros países nórdicos. En ellos se siente afectado de una manera desagradable tanto por lo variable de un clima rara vez sereno como por la lucha de las pasiones a que se había desacostumbrado y a que jamás escapará del todo en una sociedad demasiado numerosa y excesivamente civilizada. En la región del ecuador (a gran distancia de la tierra), el tiempo es tan constante, que en aquella temporada rara vez ocurre una llovizna. El trueno es sumamente escaso. Incluso los vientos reducen su variabilidad normal en tal grado, que no se les pueden aplicar diversos proverbios populares alusivos a ellos. El mar obedece igualmente a este impulso imperturbable, y produce un movimiento tan insensible y regular de sus olas planas, que un viajero alemán reciente comparó ese movimiento con mucha razón con pulsaciones. Apenas se perciben algunos golpes más fuertes en las corrientes del viento. La gran uniformidad en la atmósfera produce tal admiración en los marineros jóvenes, que se entretienen a menudo con

una vela encendida, cuya llama es inclinada por el viento, pero sigue encendida, sin tremolar. La falta de vida en los mares nórdicos, que llama la atención sobre todo en días cubiertos, cuando sus pobladores, deprimidos por la falta del atractivo de la luz, se mantienen escondidos en grandes profundidades, cede su lugar en el ecuador a una superabundancia de los seres más variados<sup>1</sup>.

A bordo del buque reina durante la navegación en aquellas regiones una tranquilidad dominical. El marinero, dedicado a su trabajo, está sentado sencillamente en la proa, pues la firmeza del tiempo hace innecesaria cualquiera maniobra bulliciosa. Todos los asuntos se realizan con el tacto silencioso y puntual de un reloj. El día transcurre en tranquila uniformidad, siempre que no ocurra alguna interrupción muy deseada, como la contemplación de una lejana vela, o, con más frecuencia, de peces o de extraños moluscos. De esta manera se acerca la tarde, anunciada por una pequeña disminución en la corriente del aire. Sería inútil pretender describir con palabras los preciosos colores de una puesta de sol en aquellas latitudes. Trátase de la única hora del día en que se presentan en el horizonte las nubes maravillosamente bien formadas, pero tenues y transparentes, que el lenguaje popular denomina entre nosotros *Tauwolken* (nubes de rocío). Su efímera existencia favorece el desarrollo del juego de colores, pues la refracción de los rayos solares más inclinados produce a este respecto los fenómenos más extraordinarios. Aun cuando uno haya presenciado a menudo desde la cima de los Alpes europeos o de la cresta de los Andes la salida o la puesta del sol, dará sin titubeos preferencia al mismo espectáculo observado en el mar tropical. Mientras un costado del buque es iluminado por los últimos e inciertos rayos de la tarde, brilla en el otro, opuesto y obscurecido por la sombra de las velas, el mar. Un punto de fuego tras otro comienza a alumbrar, ascienden rayos luminosos imprecisos desde mayores profundidades, y con la obscuridad que cae parece despertar a la vida una nueva creación. Seres luminosos, muchos de ellos seguramente nocturnos, que se ocultan ante los rayos del sol en la negra profundidad, se mueven en las más diversas direcciones, a veces como una chispa, o radiantes como esferas, o bien cruzando el agua oscura con la brevísima duración del relámpago.

Cruzamos el ecuador en la noche del 9 al 10 de enero de 1827. No nos fue difícil separarnos del hemisferio boreal, lo que constituye uno de los momentos más solemnes y significativos de una larga vida de viajes. Aun cuando la razón de la excitación espiritual que acompaña esos instantes sólo existe en la idea, ya

<sup>1</sup>El tiburón parece que no se presenta en ninguna parte tan grande como en el mar que rodea las islas del Cabo Verde, y tampoco abunda tanto en otras partes, un hecho que menciona también el capitán Porter. Nos pareció destacarse sobre todo un molusco, probablemente de la familia Pelagia. Constituía un disco con diámetro de 5 a 6 pies, y era semitransparente. Fracasaron todas las tentativas de capturar uno de estos animales, pues a pesar de cuanto se afirma comúnmente de su organización interior, distinguen con gran facilidad a los enemigos que se les acercan, substrayéndose a ellos nadando de una manera perfectamente visible.

que tal período no está acompañado por síntomas exteriores y desvinculados de la persona, ella no deja de ser impresionante. Casi podría parecer al viajero que la entrada en un nuevo mundo implicara también una nueva vida, como si el hemisferio abandonado sólo representara ahora algo en el recuerdo. La existencia en este último se le presenta como un círculo cerrado de experiencias. El cielo de la región tropical ilumina al hombre con un brillo tan característico y atractivo, podría decirse, con una quietud tan significativa, que se hace sentir también en el menos sensible. Actúa bajo tales circunstancias con redoblada fuerza sobre quien esté dotado de fibras más finas. Las apacibles estrellas saludan como seres amigos al solitario viajero de los mares, quien, dirigiéndose a países lejanos, no puede adivinar el destino que lo espera. Si se experimentaran leves dudas y se manifestaran temores, bastará una mirada al brillante firmamento poblado de estrellas para percatarse de la escasa importancia de todos los sufrimientos humanos y para olvidarse del corto lapso que comprenden en medio de la contemplación de aquella eterna regularidad. Si así la mirada se separa con mayor resolución de la nebulosa imagen del futuro, regresará con mayor preferencia a los cuadros de un pasado muy remoto. Se generan imágenes de la fantasía; se vuelve a revivir la vida, y el espíritu cruza en breves instantes los inmensos espacios que el pesado cuerpo no sería capaz de recorrer en años.

La primera mañana del hemisferio austral nos recibió con su acostumbrada amabilidad. Nada supimos de aquellas calmas tan temidas que constituían la desesperación de los navegantes en tiempos en que la náutica era mucho menos perfecta y que sufrían cuando se acercaban demasiado a la costa africana, ya sea por temor o siguiendo una vieja costumbre. Sólo algunas horas permanecemos inmóviles en el sexto grado de latitud sur, durante la única calma que experimentamos en esa región. Inducidos por suaves brisas, a que atribuimos quizás demasiada duración, nos habíamos aventurado mucho al oeste, por lo cual cruzamos la línea a 29° 05' de Lat. W., es decir, dos grados más al oeste que lo que debe hacerse de acuerdo con la costumbre general. Si hubiéramos encontrado calmas o vientos contrarios, nos habría resultado muy difícil avanzar hacia el sur en contra de las corrientes que se presentan en la costa del Brasil. Pero la aventura tuvo feliz éxito y pasamos frente a la isla roqueña de San Pablo y del cabo de San Roque, siempre favorecidos por el tiempo. Navegando a una distancia de 150 a 200 millas inglesas de la costa brasileña, se nos aparecían los mismos magníficos fenómenos naturales que ya nos habían llenado de admiración en las partes orientales del mismo océano. Sólo a la latitud del río de La Plata cambió el tiempo de una manera muy ostensible. A medida que disminuía la intensidad del azul del cielo, las nubes se presentaban con mayor frecuencia, y el viento provenía más del sureste. Con el fin de corregir la longitud y, en parte, de acuerdo con el consejo de marinos experimentados, gobernamos hacia la costa de la Patagonia, que descubrimos, en

efecto, el 10 de febrero cerca del Cabo Blanco<sup>1</sup>. Nos aproximamos a tierra hasta una distancia de 6 millas inglesas, impulsados por una suave brisa del sureste, que a veces cesaba del todo y que casi no nos permitió otra determinación. Encontramos fondo a 40 brazas, con lecho de arena. El mar tenía el color verde característico que indica siempre la existencia de bajos fondos, y por esta misma causa estábamos rodeados de numerosos peces, muy raros en el mar abierto, en contra de la creencia popular. Estos animales —al menos las especies más pequeñas— buscan siempre ciertos puntos de apoyo, y así se explica que antiguos trozos flotantes de buques naufragados, incluso pedazos de mástiles, que uno encuentra de vez en cuando, estén casi siempre rodeados por cardúmenes de peces pequeños y comestibles, de modo que se les amarra en el buque en movimiento, en cuanto lo permita el tiempo, en la seguridad de que se disfrutará durante algunas horas del placer de una pesca bastante abundante. A nadie pareció mal que nos viéramos obligados a permanecer inmóviles durante algunas horas sobre el banco del Cabo Blanco, pues los anzuelos aportaron una gran cantidad de pescados, pero que pertenecían a pocas especies. El más sabroso llamó la atención por su peligroso armamento consistente en grandes espinas<sup>2</sup>.

La costa de la Patagonia se nos presentó formada por colinas, pero con superficies arenosas muy poco atrayentes. Estaba cubierta por una bruma azulina, y a pesar de que la temperatura era muy agradable a bordo (17°), se podía observar una vibración de las capas de la atmósfera a ras de tierra, como sólo se presenta en días muy calurosos en el horizonte. Por tal motivo, los contornos de las colinas se veían borrosos y disueltos en aquellas protuberancias semiesféricas que en otros lugares indican la existencia de un denso bosque en lejanos paisajes. Esta circunstancia nos indujo a considerar como boscosa a esta zona de la costa patagónica, a pesar de que todos los informes concuerdan en que a esta latitud es muy pobre la vegetación y en algunas partes totalmente estéril. El territorio conserva este carácter hasta distancias considerables. Así al menos lo dejaron establecido los miembros de una expedición del siglo XVIII, que penetró quizás mucho más que cualquiera otra en la Patagonia desde la costa oriental. Después

<sup>1</sup>Según observación propia, a 47° 16' 41" de Lat. S.

<sup>2</sup>*Holocentrus patagonicus*, n. sp.

*H. pinna caudali æquali; operculi dentibus 4, deflexis, præoperculi 3, rectis; corpore fusco flavescente, tenuiter maculato, fasciis castaneis notato.*

*Br. 5 - Dors. 29 - P. 16/18 - V. 6. - A. 11 - C. 17/18.*

*Longitudo corporis poll. saxon. 18, cranii 3½. Diameter operculorum ab angulo oris ad angulum superiorem spinosum 4, ormitæ 1 1/8.— Oculi maximi. Dentes multiseriati, exterioribus maioribus remotis, interioribus minoribus numerosis, contiguis. Linea lateralis indivisa, dorso parallela. Pinnae pectorales obovatæ; ventralis ovata, acuminata, radio primo reliquis fortiore, spinoso; dorsalis spinis anterioribus 12 brevioribus, emergentibus, posticis immersis, subcartilagineis.*

de diversas tentativas fracasadas de explorar desde Buenos Aires el interior de la Patagonia, ordenó Felipe V que se despachara desde Cádiz un buque al Estrecho de Magallanes, en parte a fin de anticiparse a la posibilidad de una ocupación extranjera, por medio de la construcción de un fuerte, en parte a fin de propagar el cristianismo en aquella región<sup>1</sup>. La expedición fue acompañada por el jesuita Quiroga, el padre Matthäus Strobl, nacido en Bruck an der Muhr, y el padre Cardiel, un español, en calidad de misioneros. Una penetración hacia el oeste desde la bahía de San Julián, continuada hasta una distancia de siete jornadas, sólo permitió conocer un territorio arenoso y pobre en agua y leña, sin indicios de pobladores. Esta última circunstancia no tiene nada de extraordinario, pues no cabe duda de que la población de la Patagonia, probablemente poco numerosa, vive muy al interior, sobre todo al pie de los Andes. En todo caso, la costa atlántica de la Patagonia se encuentra totalmente despoblada, pues también los navegantes de una época reciente reconocen que todas las visitas que recibieron en las bahías de San Julián y San Jorge habían procedido del interior. Durante una permanencia prolongada en Chile, uno tiene a menudo oportunidad de conocer gentes de las clases inferiores que han tenido la desgracia de vivir largos años como prisioneros entre los patagones. Aun cuando aquel país —La Patagónica, como lo llama el campesino en la frontera suroriental de la república— será para ellos siempre el escenario de leyendas extraordinarias, todos concuerdan en que la población nómada de la Patagonia emprende correrías hasta la costa atlántica sólo en pequeños grupos y en casos excepcionales. Las condiciones naturales de aquella región impiden, sin embargo, que aun el indígena, que es tan suficiente, se establezca permanentemente en ella, pues ofrece menos que la parte septentrional de la Patagonia, aquella que limita con la frontera de Buenos Aires. Esta última consiste sólo en desiertos de arena, que incluyen lagunas extensas, bajas y salinas, como asimismo pantanos en que se pierden los ríos que provienen de los Andes. En los grupos de arbustos espinudos, entre los cuales predominan el algarrobo (*Prosopis*), las *Adesmias* y ejemplares achaparrados de *Berberis*, se encuentra rara vez agua potable, y a menudo falta también el matorral, de que proviene la leña. Todas estas dificultades no han impedido, empero, que los europeos realizaran expediciones de descubrimiento por tierra. Seguramente fue una de las más importantes la que se efectuó por el año 1780 desde Buenos Aires hacia las lagunas de sal y al Curileuvu (Río Negro). Diversas tentativas, en parte ordenadas por el gobierno español, han sido hechas con el fin de reconocer el interior de la Patagonia, sobre todo al sur del paralelo 43; pero no tuvieron éxito, por lo cual se ha conservado sólo escasas veces algo más que el nombre de sus jefes o participantes, y en muchas ocasiones ni siquiera el año en que se realizaron. A pesar de ser bastante grande el número de criollos de las Pampas que han vivido en la Patagonia, es muy difícil recibir de

<sup>1</sup>Dobrizhofer, "Paraguay", I, pág. 188.

ellos una información acerca de aquellas zonas menos conocidas que se encuentran más al sur. Los indígenas, después de sus correrías, conducen a los prisioneros a sus domicilios al pie de los Andes por el camino más corto, a través del brazo superior del Río Negro. Los jesuitas, tan meritorios por la civilización de la América del Sur, procuraron igualmente establecerse en la Patagonia, pero las condiciones del país y la naturaleza de sus pobladores les opusieron dificultades insalvables. Tales tentativas de propagación de la fe ya habían sido hechas a mediados del siglo XVII, pero terminaron con el asesinato de los sacerdotes. Por el año 1723 existían no menos de nueve misiones al pie oriental de los Andes, a la altura de Chiloé, relacionadas con las existentes en Chile, pero separadas de ellas, por páramos y sin contacto con Buenos Aires, situado a menor distancia<sup>1</sup>. Entre 1740 y 1745, los jesuitas fundaron otro grupo de misiones, que fueron consideradas como matrices para una futura expansión hacia el sur<sup>2</sup>. Estas tentativas fueron dirigidas por el ya nombrado y meritorio jesuita alemán Strobl, que vivió, a igual que el inglés Falconer, muchos años en aquellas regiones. Estas últimas misiones fueron dotadas de sacerdotes desde Buenos Aires, pero desaparecieron con la expulsión de la orden. Desde entonces no ha ocurrido nada de importancia en relación con la Patagonia, pues las victoriosas expediciones de 1832 y 1833 avanzaron poco más allá del Río Negro, de modo que aquel país constituye un escenario novedoso, aunque quizás poco interesante, para un futuro explorador.

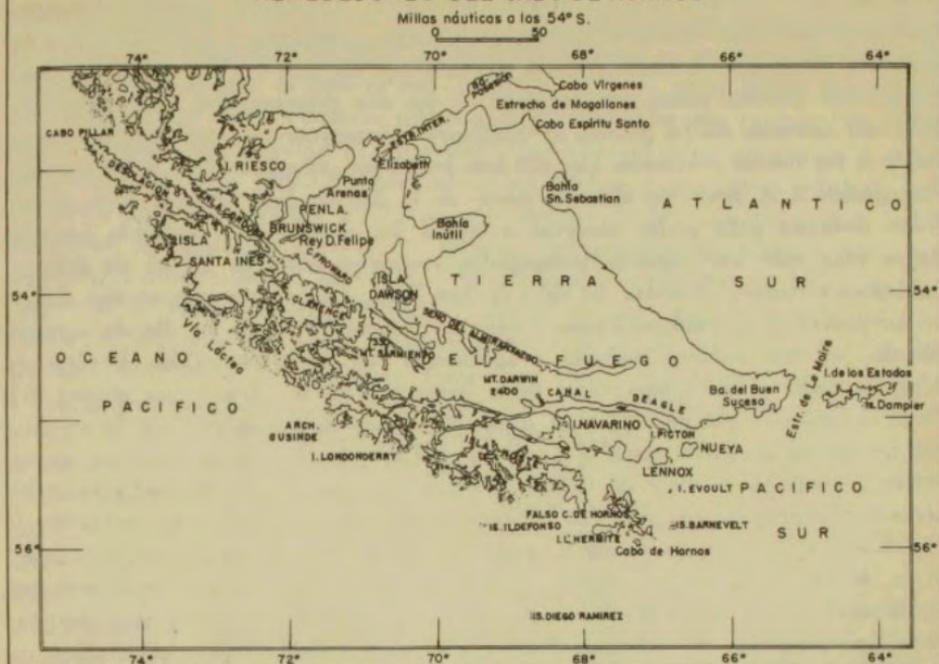
Diversos indicios señalaban desde aquí en adelante que habíamos alcanzado un clima muy diferente. Ya a la latitud de 31° nos había abandonado la holoturia, observada en el hemisferio boreal cerca de siete grados más al norte en la temporada mucho más fría del mes de diciembre. Había sido reemplazada por el albatros, y el mar estaba poblado por infinitas bandadas de aves marinas desconocidas, ocupadas de apoderarse en vuelo rapidísimo y horizontal de los pobladores del océano que se acercaran demasiado a la superficie, mientras que otras seguían, aparentemente sin esfuerzo alguno, la profunda estela que deja en el agua un buque velero. Nos encontramos con grandes campos de algas marinas de las enormes dimensiones que caracterizan a las especies antárticas: fueron las primeras que

<sup>1</sup>Las misiones de los jesuitas de Chiloé en la zona del lago Nahuelhuapi se encontraban a una distancia mucho menor de Chile que de Buenos Aires, y la razón de no depender de la actual capital argentina consistía en que estaban separadas de aquella ciudad por una cuña que los araucanos habían introducido desde Chile en las pampas argentinas, separando la Patagonia y las regiones occidentales de Argentina de la capital.— Nota del Traductor.

<sup>2</sup>Nuestra Señora de la Concepción, a 322° 20' de Lat. E. de Ferrol, y 36° 20' de Lat. S.\* Nuestra Señora del Pilar, a 70 leguas al SW. de Concepción y a 110 leguas de Buenos Aires. Nuestra Señora de los Desamparados, cerca de la segunda misión.

\*No debe confundirse esta fundación patagónica con la ciudad de Concepción en Chile.— Nota del Traductor.

## ALREDEDORES DEL CABO DE HORNOS



volvimos a ver desde que cruzamos la Corriente del Golfo. Impulsados por brisas suaves, pero favorables, nos acercábamos diariamente más al temido Cabo de Hornos. Sólo dos miembros de nuestra tripulación habían tenido el honor de haberse encontrado en su parte occidental: el uno era un marinero que había pasado muchos años solo en las islas Fidji, hasta aburrirse de la vida errante y regresar a Europa en un ballenero; el otro era un oficial de marina. Mientras el primero, sentado como en un trono sobre el torno del ancla, con indiscutida autoridad, atraía hasta horas avanzadas de la tarde a la juventud de la tripulación con sus relatos, se escuchaba simultáneamente en la popa aristocrática la información del otro relator, con igual interés. Más de una mirada escudriñadora se dirigía entre tanto por el cielo otoñal hacia el sur, donde siempre se acumulaban nubes grises y quizás nos esperaba también a nosotros un triste destino. Los prejuicios suelen imponerse a la inteligencia más preclara cuando se apoyan en circunstancias exteriores que les den un tinte de verosimilitud, por mucho que se oponga el juicio tranquilo de la razón. No había nadie entre nosotros que no hubiera contemplado a menudo el mar en estado agitado, y a pesar de ello nadie se acercaba a aquel Cabo con indiferencia, pues todos habían leído o escuchado de sus temporales, y la suerte de ciertos navegantes se conserva sobre todo como una tradición. De ma-

drugada se iniciaron al día siguiente los preparativos para una navegación tempestuosa. Los mástiles fueron asegurados mejor, agregando cables adicionales (*preventer-shrouds*); fueron eliminadas las vergas superiores y todas las velas livianas, y cuanto podía tener a bordo contacto con las olas fue afirmado en forma triple. Aun cuando observamos claramente los dos promontorios que indican la boca del estrecho de Le Maire, se consideró conveniente cambiar el rumbo, por temor a las fuertes corrientes que allí han puesto en peligro a veces a los buques. Navegamos a lo largo de la costa norte de la isla de Los Estados, pero demasiado distantes para poder observar a través del obscuro velo formado por las nubes algo más que algunos puntiagudos roqueríos nevados. El 14 de febrero habíamos alcanzado la altura del cabo de San Juan, y habríamos encontrado abrigo en su puerto si el cielo, clemente y celeste, comparable al de un día de octubre alemán, no nos hubiera invitado a aprovechar las horas favorables. Porque en ninguna parte el navegante tiene tanta necesidad de ser avaro con el uso del favor del instante que en ésta, pues se conocen casos en que la pérdida de un solo día de tiempo favorable elevó el paso por el Cabo de Hornos al rango de un terrible y tempestuoso viaje de cuatro semanas. La costa rocosa se nos presentaba elevada e impresionante, pero nos inspiraba terror. Aparecía pobre en vegetación y sin indicios de pobladores, ya que ninguna humareda o la punta de algún mástil anunciaba la existencia de un pequeño establecimiento británico que, según nuestras informaciones, se habría fundado ese mismo año, aunque para fines sólo transitorios, por cazadores de ballenas. Habría sido para todos nosotros un motivo de gran alegría encontrar en este último rincón del mundo habitable algún vestigio de civilización, que por fin se propagara sobre la mayor parte de la superficie terrestre.

Se acercó la tarde bajo síntomas favorables, y todos esperaban que doblaríamos en forma rápida y feliz el promontorio. Pero ya a medianoche el violento movimiento del buque señaló también a quienes se habían acostado que había ocurrido un cambio desagradable. En efecto, el viento soplaba ahora desde el sur, es decir, con rumbo opuesto al nuestro. Este había sido modificado oportunamente, y cuando aclaró el día nos hallábamos a 5 ó 6 millas inglesas de algunas pequeñas islas situadas a este lado como las más exteriores del archipiélago de Tierra del Fuego: las de *Barnevelt* y *Evout*. El cielo nos cubría con un espeso gris, como en un día que amenaza con nevazón en el noviembre alemán. Se nos oponía una corriente con olas cortas y violentas; soplaba un viento fuerte, húmedo y frío desde el sur, amenazando cambiar hacia el oeste, destruyendo así toda esperanza de doblar rápidamente el Cabo. Como de costumbre, el mar era una fiel imagen del firmamento, pues se extendía frente a nosotros negruzco y sin brillo, y casi no se le podía distinguir del horizonte, que ostentaba el mismo color, tan inmensamente distinto de aquel bello océano entre los dos paralelos del trópico, cuya contemplación atrae siempre de nuevo, incluso a quien haya viajado mucho, con el

brillante juego de sus colores y su expresión de una tranquilidad noble e imper- turbable. La tierra a que éramos empujados con alguna preocupación, nos parecía espantosa. Las inhóspitas murallas rocosas de la costa se yerguen abruptamente y negras desde el mar, al parecer sin ofrecer en ninguna parte playas sin peligro para desembarcar. Están rodeadas por todas partes por olas que se quiebran y que tienen la altura de la mitad de un mástil (las observábamos claramente a pesar de la distancia, pues formaban protuberancias blancas y espumosas sobre el mar oscuro). Están descartadas las líneas redondeadas de los contornos, pues todas las formas son agudas y terminan en ángulos; las delgadas murallas rocosas están ordenadas como bastidores sucesivos, o bien tratan de superarse. El fondo de este cuadro de la inhospitalidad lo forman montañas elevadas y puntiagudas, que pertenecen a islas más extensas. Todas estaban cubiertas en sus cumbres y en las grietas y hendiduras de sus faldas, hasta muy abajo, con nieve reciente, que se destacaba marcadamente de la roca negra, aumentando la impresión desagradable de tratarse de una región inhabitada. Entre la perspectiva que ofrecían los canales se elevaban, en parte, densas neblinas, ascendiendo lentamente e incorporándose a la masa de las oscuras nubes, hasta que éstas se posaban por último sobre el paisaje como una faja infinita y horizontal. Fue inútil tratar de escapar contra el viento de este golfo que nos tenía aprisionados. Como el viento aumentara en intensidad, nos vimos obligados a capear el temporal usando las velas apropiadas para el caso. La pequeña esperanza que todavía se conservaba, de poder doblar en forma rápida y sin peligro el Cabo, fue desbaratada por una violenta corriente de olas desde el suroeste, que, de acuerdo con todas las experiencias, constituía aquí un síntoma inequívoco del acercamiento del temporal. Cuando, tras larga e incómoda noche, la mañana aclaró más tarde que de costumbre a través de un aguacero que caía con baja temperatura y mezclado con granizos y copos de nieve, nos encontrábamos de nuevo frente al cabo oriental de la isla de Los Estados. La corriente marina y el temporal habían hecho retroceder el buque más de 6 millas geográficas. Fracasó una nueva tentativa de imponer la ruta al sur, pues la agitación extraordinariamente violenta a que se vio expuesta la nave, cuya proa desaparecía a menudo bajo el agua, nos demostró el peligro a que nos exponíamos.

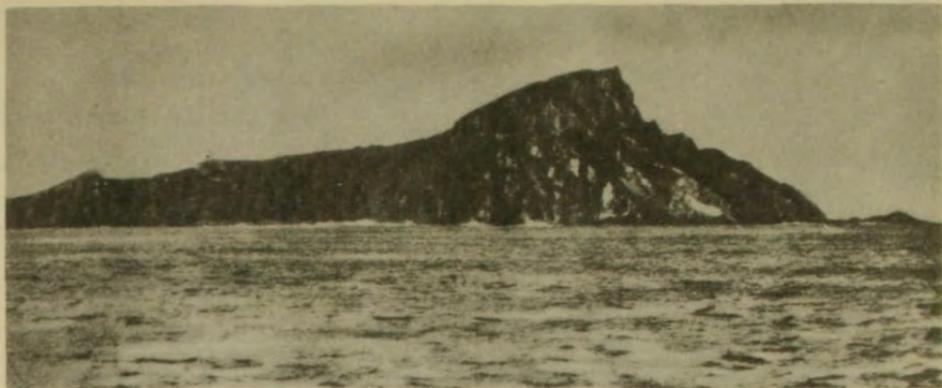
De esta manera pasó otro día tan emocionante como el anterior. Cerca de las 11 de la noche, la tempestad adquirió tal violencia, que en corto tiempo las olas que rompían sobre la embarcación habían arrastrado consigo todos los objetos móviles que se hallaban a bordo, y muchos otros fueron destruidos. Aun cuando se había dado la alarma a toda la tripulación, los violentísimos golpes de viento apenas le permitieron recoger las escasas velas, a fin de mantener el buque inmóvil con sólo las vergas (*bare poles*), el último recurso en tales situaciones. Casi habría ocurrido el naufragio de una parte de los que estaban ocupados a bordo, pues rompió sobre ellos una ola tan inmensa, que sólo les fue posible salvarse del espumoso precipicio sujetándose de los cables. En un instante arrastró consigo dos de

nuestros botes, a pesar de haber sido amarrados cuidadosamente, y destruyó la baranda a lo largo de un costado en casi toda su longitud. El segundo oficial tuvo la desgracia de ser arrojado por el temporal durante estas terribles escenas desde la parte superior del mástil central. Nadie lo había visto en la obscuridad, y se le encontró por casualidad en cubierta, aparentemente sin vida. Fue transportado al camarote a fin de tratar de salvarlo. Cubierto de sangre, intensamente pálido, el cabello y el vestuario chorreando agua de mar, estaba tendido frente a nosotros, casi sin hálito y en el trance en que, después de dura lucha, la fuerza vital escapa lenta e irrevocablemente. A pesar del incesante movimiento lateral de la nave, fue posible hacerle una sangría a la miserable luz de un farol del buque. Lo había acompañado dos veces la suerte, pues pudo haber sido arrojado desde aquella considerable altura al mar o haber sido arrastrado desde cubierta por las olas, o bien pudo haber perdido la vida con la caída. Pero escapó con una simple fractura de una pierna y algunas contusiones sin importancia, y aun cuando los permanentes temporales no permitieron tratarlo en todo de acuerdo con el arte, se consiguió restablecerlo en tal forma, que pudo abandonar el lecho cuando llegamos a Chile.

La turbulencia de los elementos y la escena tan impresionante no permitieron pensar en dormir. El ruido a bordo era ensordecedor, de tal modo que era imposible darse a entender al vecino más cercano. La tripulación se hallaba reunida en la popa; se habían colocado fuertes cables de un lado a otro, a fin de poder cogerse a ellos cuando rompían las olas, que habrían arrastrado consigo al desprevenido. La obscuridad era impenetrable, y sólo los rayos de las luces de la brújula iluminaban a veces los rostros extremadamente pálidos de nuestros marineros más jóvenes y las fisonomías cicatrizadas de los de más edad. Los primeros reflejaban el temor del inexperienced; los últimos, la imperturbable resignación de la creencia en la predestinación, de que rara vez se libra un marino. Nunca, en mis largos viajes marítimos, un mar me pareció tan luminoso como éste. Producía verdadero espanto la brillante luz, blanca como la nieve y encandilante, que corría a lo largo de la cima de las prolongadas olas, cuando, hinchadas a ambos lados hasta más arriba de nuestra cubierta, parecían querer sepultar al barquito hecho por el hombre al chocar la una contra la otra. Uno podía creer reconocer en ellas a los espíritus de la tempestad, tal como se presentaron antaño al valiente Vasco da Gama, urgiéndolo a no seguir adelante y descargando sus iras sobre el hombre incansable y empeñado en avanzar hasta aquellas regiones que deberían estarles reservadas para siempre a juzgar por las manifestaciones ininterrumpidas de las fuerzas naturales desencadenadas:

*Tu, que por guerras cruas, tâes, e tantas,  
E por trabalhos vãos nunca repousas,  
Pois os vedados caminos quebrantas  
E navegar meus longos mares ousas...*

LOS LUSÍADAS, v. 41.

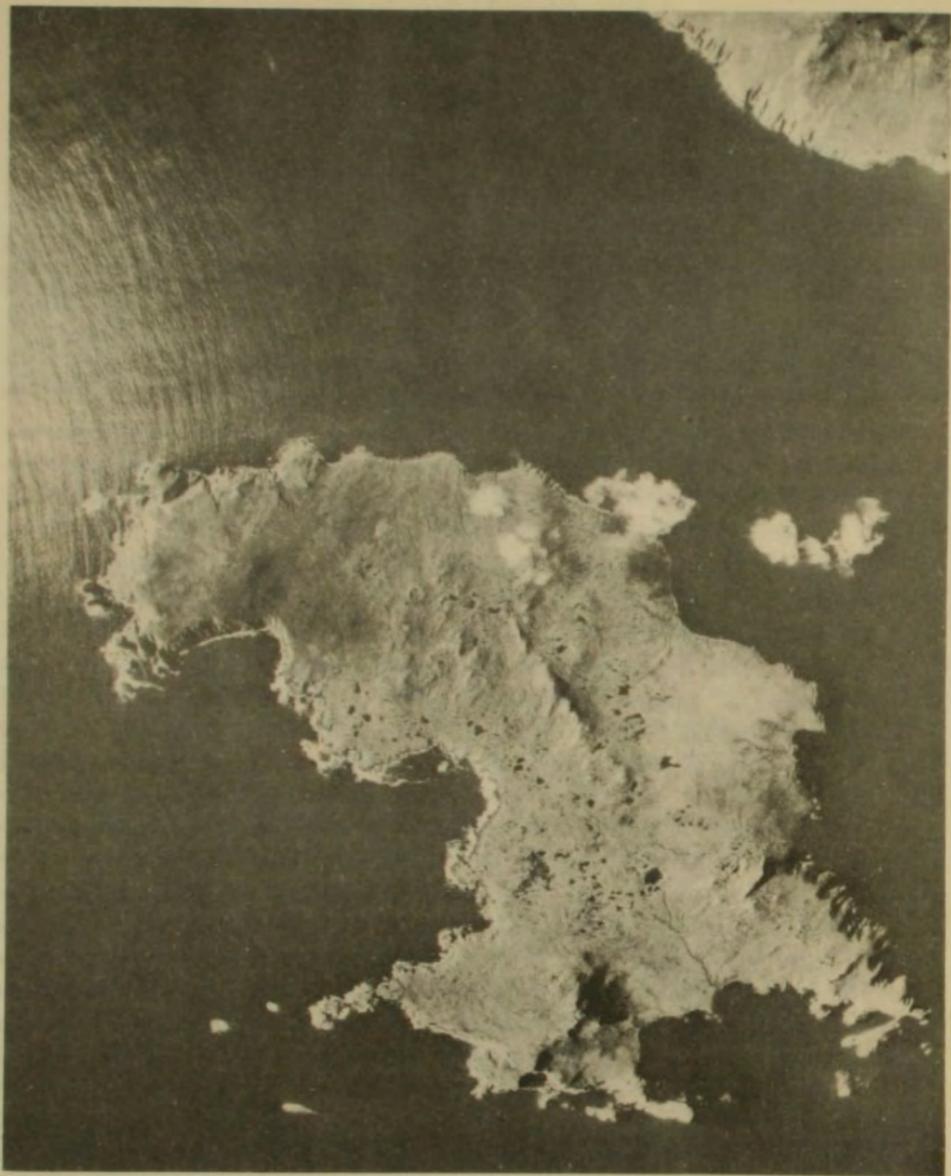


2. EL CABO DE HORNOS, MIRANDO HACIA EL ESTE.

La isla se eleva en forma paulatina hacia el sur, hasta alcanzar una altitud de 406 m. El promontorio cae luego verticalmente hacia el mar. *Fotografía publicada en la obra de Felix Riesenberg, "Cabo de Hornos", Buenos Aires, 1946.*

En la opaca luz de la tormentosa mañana reconocimos a nuestra derecha una masa negruzca de contornos imprecisos, parecida a una tierra elevada. En pocas horas nos habíamos acercado lo suficiente para poder reconocer los detalles. Era el Cabo de Hornos. Este famoso promontorio se encontraba a una distancia de apenas 4 millas inglesas de nosotros, mereciendo un doble interés: como punto terminal de un gran continente y como testigo de algunas de las grandes empresas por medio de las cuales el perseverante europeo trasplantó su poder y su civilización hasta las regiones más remotas. El promontorio es realmente digno de constituir el extremo límite de un continente tan grande. Por donde se le contemple, se presenta como una masa aislada, pero majestuosa, que avanza airoosamente en el siempre tempestuoso Mar del Sur, exteriorizando al parecer por medio de su tranquila grandeza el triunfo de lo sólido sobre lo líquido. La extensa y solitaria masa de rocas que forman el Cabo no está separada en múltiples grupos, como la de Tierra del Fuego o de la isla de Los Estados. La tierra que asciende desde el nordeste se junta para formar una sola cima redondeada, y cae casi verticalmente al mar hacia el sur, una vez alcanzado el punto más elevado. De color negruzco y casi lisa, pero al mismo tiempo sin el menor indicio de vegetación, la inmensa roca presenta su cerviz a los temporales antárticos, despoblada desde siempre y quizás inaccesible también para los salvajes<sup>1</sup>. Ni siquiera las infinitas bandadas de aves marinas que pueblan estos mares nidifican allá, pues se encuentran lugares

<sup>1</sup>Se encontraba despoblada la isla del Cabo de Hornos, pero no es de difícil acceso desde el NE., donde se puede desembarcar en ella pudiendo llegarse igualmente hasta la cima que describe Poeppig. Se sabe que el grupo austral del pueblo de los yamanas recorría los mares vecinos, y sin duda llegaron hasta la isla del Cabo.— Nota del Traductor.



### 3. LA ISLA DEL CABO DE HORNOS.

El Cabo de Hornos se encuentra sobre una isla, que tiene una superficie de 22,50 Km.<sup>2</sup> y que es abordable en la costa N. y NE., desde donde se puede llegar al promontorio del Cabo. Está cubierta por una densa capa de turberas, con líquenes y musgos, y que lleva numerosas lagunas intercaladas (manchas negras). Arriba, a la derecha, se ve la isla Herschel, del archipiélago del Cabo de Hornos, separada por un canal de 4 Km. de ancho. *Fotografía aérea tomada desde 6.000 m. de altitud.*

más abrigados para formar sus colonias en las islas más bajas y entre los pastos espinosos y las plantas de la flora antártica que crecen en cojín.

A mediodía perdimos de vista el Cabò de Hornos, pero el tiempo continuó malo, aunque nos permitió al menos usar algunas velas. Al atardecer avistamos las islas de Diego Ramírez, peñascos bajos en que rompe la mar con extraordinaria violencia. Todavía reinaba un fuerte temporal, pero venía más desde el oeste, lo que fue suficiente razón para tomar rumbo más al sur, a fin de buscar a latitudes más avanzadas aguas menos intranquilas y, en lo posible, un viento más favorable, en atención a haber fracasado dos veces las tentativas de doblar el Cabo cerca de la tierra. Sólo en el curso de este día pudimos darnos cuenta de los perjuicios sufridos. De nuestros botes sólo nos quedaba el grande, el que tampoco habría resistido mucho, pues ya habían cedido varios de los anillos extraordinariamente sólidos con que estaba amarrado. El recinto de la cocina había sido destruido, y en ambos costados faltaba casi en todas partes la baranda. También los cables habían sufrido bastante; por otro lado, a pesar de la agitación permanente a que estaba expuesto, el buque no hacía más agua que en condiciones normales. De nuevo nos vimos obligados a detenernos, y el trabajo de la tripulación fue pesado, debido a las constantes maniobras y a la necesidad de reparar el daño en todo lo posible. Sólo al tercer día después de abandonar el Cabo de Hornos y de haber gobernado en parte hacia el sur y en parte algo más hacia el oriente, alcanzamos aguas tranquilas, teniendo así oportunidad de continuar con algo más que puras velas de temporal. Al tiempo fresco se agregó ahora el frío, para nosotros doblemente sensible, ya que hasta la costa patagónica teníamos que quejarnos más bien del calor. El termómetro no subía al mediodía casi nunca sobre dos grados, una temperatura extraordinariamente baja, aun para estas latitudes, si se considera la temporada, que correspondía al mes de agosto del hemisferio boreal. Teníamos así motivo para suponer la vecindad de los hielos, pues de acuerdo con las experiencias de antiguos cazadores de ballenas, su influencia sobre el descenso de la temperatura es tan grande en el mar, que el termómetro libre comienza a bajar a una distancia de un grado y medio de latitud. Aun cuando en nuestro viaje hacia el sur, hecho con muchas precauciones, no encontramos los temidos témpanos, los trozos de capas de hielo comprobaron que no podían hallarse muy lejos. A medida que avanzaba la latitud, las olas eran menos impetuosas que en el Cabo de Hornos, pero la navegación era muy desagradable, tanto por los repentinos y violentísimos golpes de viento como por el tiempo húmedo y obscuro. Al mediodía el cielo se aclaraba muy pocas veces lo necesario para hacer una observación. Las islas Shetland del Sur fueron anunciadas por una abundancia indescriptible de aves marinas, pero no fueron avistadas debido a nuestra mayor longitud occidental. Estábamos rodeados por grupos de ballenas de la especie que los cazadores de esos cetáceos llaman *humpbacked whale*. Trátase de una especie muy temida por su valentía y

su afán de venganza, y como es muy precavida y rápida, encontrándose, además, sólo a latitudes muy avanzadas y tempestuosas, raramente se intenta cazarla.

De esta manera alcanzamos el 28 de febrero con bastante trabajo la latitud de  $62\frac{1}{4}^{\circ}$ , a la que se acerca muy de tarde en tarde un buque mercante en estos mares. Sólo una determinación muy independiente o una necesidad imprescindible alejará tanto a un navegante habitual de la ruta que se sigue comúnmente. Se manifestó en todos cierto miedo cuando ocurrió un notorio cambio del tiempo, que podía traernos fácilmente un franco viento del oeste. Nuestra situación era incierta; la mitad de la tripulación estaba incapacitada para prestar servicio, pues algunos se encontraban indispuestos como consecuencia de la humedad del frío y del duro trabajo, y algunos novicios, en parte hijos de buenas familias de Baltimore, se habían lastimado de tal manera las manos con los cables, que eran incapaces de trabajar. También se había enfermado el capitán, y el segundo oficial se encontraba inmóvil en su lecho. Las nubes se acercaban amenazantes, grises y oscuras, desde el sur, y las ballenas, afectadas igualmente por las influencias atmosféricas en su elemento más denso, subían en grupos a la superficie, nadando sin cesar e intranquilas de una parte a otra. Apenas se pudo advertir el instante en que, casi sin transición, el viento del suroeste se trocó en un fuerte viento sur. El estridente grito del piloto en el timón hizo renacer en todos la alegría, que había estado ausente durante tanto tiempo, e incluso nuestros enfermos parecieron olvidarse de sus dolores. En breves momentos fue cambiada la posición de las velas, y no obstante el peligro de que el viento se llevara consigo a un mástil (como dicen los marinos), debido a un exceso de velas con viento fuerte, se corrió ese riesgo, en la esperanza de escapar cuanto antes a estos tristes parajes. Pero por más que se doblaran los mástiles bajo la presión extraordinaria, el "Gulnare", obediente a la mano que lo gobernaba, navegó velozmente en sentido contrario, siguiendo el rumbo anhelado (véase la nota 1 al final del capítulo). El 5 de marzo nos encontrábamos por fin a la altura del cabo Pilar, una circunstancia que casi dio motivo para una fiesta a bordo y que aportó al menos a los marineros una ración doble de su bebida predilecta. A pesar del frío bastante sensible, reinaba en la proa de la cubierta una alegría bastante bulliciosa, pues corresponde al carácter de los marinos olvidarse de inmediato de los males sufridos y vivir sólo para el fugaz momento. Sin duda, es una suerte que la vida en el mar genere ese carácter. Si los marinos, sobre todo los de las clases inferiores, fueran capaces de conservar la reflexión y prudencia que se desarrollan a menudo en el habitante terrestre, como consecuencia de la experiencia, se transformarían de seguro en seres muy desgraciados, pues su existencia jamás es de aquellas que puedan satisfacer las exigencias de una sensibilidad más profunda o de un refinamiento moral, y puede calificarse en varios sentidos como carente de alegría. Es una creencia muy divulgada que al alcanzar la boca occidental del Estrecho de Magallanes se puede considerar como terminada la navegación alrededor del Cabo de Hornos y que una nave se en-

cuentra de este modo fuera de peligro. Si se considera que no es fácil que un buque sea obligado a retroceder de nuevo hasta el meridiano de aquel promontorio, ni mucho menos hacia el oriente de él, se puede admitir que se logró, en efecto, el triunfo. Pero los peligros con que amenaza la costa entre el Cabo de Hornos y Chiloé son igualmente muy grandes, pues en su rededor existen en muchos lugares rocas todavía no descritas y en su mayor parte desconocidas. Periódicamente, las bajas mareas producen violentas corrientes en dirección al Estrecho de Magallanes, hacia tierra, y los numerosos canales que separan el archipiélago de la costa ocasionan corrientes similares y extremadamente irregulares. Si al mismo tiempo se levanta un fuerte temporal del oeste o del suroeste, será harto difícil para un buque escapar de esa vecindad tan peligrosa al mar abierto. Por tal motivo, la regla observada por lo general consiste en navegar todo lo posible hacia el oeste después de haber doblado el Cabo, para aproximarse de nuevo a tierra sólo al alcanzar latitudes más moderadas. Aun cuando los vientos del sur derramaban a menudo



#### 4. ARCHIPIÉLAGO GUSINDE.

Los hielos que corrieron en la época glacial sobre las islas, las despedazaron en la forma que refleja esta fotografía, en que aparece sobre el primer plano la isla Londonderry, limitada al norte por el trozo del canal Beagle que se conoce con el nombre de canal Ballenero, y al este por la bahía Cook. La cumbre cubierta de nieve que aparece a la izquierda, arriba, tiene una altitud de sólo 885 m., no obstante lo cual el hielo es permanente. *Fotografía aérea tomada desde 6.000 m. de altitud.*

granizadas y nevazones con granizo sobre nosotros, eran suficientemente fuertes para acercarnos con gran velocidad a nuestro destino. Se había observado ya en el Cabo que el cronómetro de a bordo funcionaba mal, quizás debido a la agitación del buque, o sobre todo por los grandes y bruscos cambios en la temperatura. A fin de corregir la longitud, se acordó aproximarnos brevemente a tierra. El 9 de marzo reconocimos el cabo de Tres Montes, una planicie extendida en que se elevan tres cumbres similares a cúpulas, lo que nos permitió corregir la marcha muy cambiada de los relojes. Luego se volvió a gobernar hacia el noroeste, para evitar la demasiada cercanía del continente.

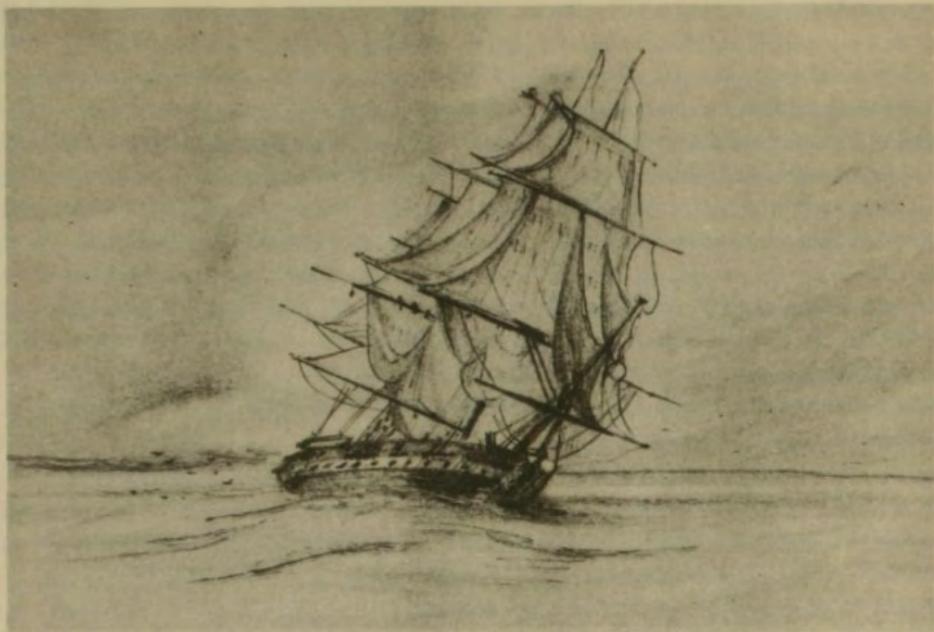
De este modo había terminado para nosotros la navegación alrededor del Cabo, que había constituido durante el viaje casi diariamente el objeto de la conversación. Aun cuando no habíamos escapado sin recibir daños, como algunos más favorecidos, que por tal motivo tratan de negar en sus descripciones todo lo desagradable que tiene el viaje, los perjuicios ocasionados no eran tan graves en nuestro caso. El viaje alrededor del Cabo de Hornos ha perdido en los últimos años muchísimo de los terrores que hacían temblar hace un siglo al más valiente de los navegantes europeos; pero siempre sigue requiriendo cuidadosos preparativos. El peor peligro que se presenta en la punta austral de América proviene sin duda de la violencia e irregularidad de las corrientes, capaces de arrastrar al buque en pocas horas a la vecindad muy desagradable de la elevada costa roqueña, sobre todo cuando el viento sopla con igual rumbo, y en aquella costa sólo se puede anclar al interior de los puertos<sup>1</sup>, pues en todas las demás partes cae casi verticalmente a profundidades inconmensurables. Si los relatos de antiguos navegantes, referentes a esta circunnavegación, son tan difíciles de entender e informan de cosas imposibles de adivinar sobre las longitudes después de haber alcanzado las aguas al oeste del Cabo, la causa de estos errores debe atribuirse, precisamente, a aquellas corrientes extraordinarias, que hacen inútil todo cálculo de la longitud basado sólo en las mediciones de la barquilla. El cielo cubierto impide frecuentemente durante mucho tiempo las observaciones más sencillas de la latitud, lo que hace comprensible que antiguos navegantes confundieran la Tierra del Fuego con nuevos descubrimientos hechos por ellos y que llenaran las regiones antárticas con continentes inexistentes, al volver a observar a aquélla después de algunos días, cuando según sus cálculos tenían que encontrarse a gran distancia de ella. La Pérouse ha expresado una opinión muy parecida, tratando de aclarar con éxito la geografía de aquellas regiones, tal como se presentaba hace dos siglos, sobre todo

<sup>1</sup>Las costas de la Tierra del Fuego y de la isla de Los Estados, aparentemente inhóspitas en grado sumo, ofrecen, con todo, algunos recursos al navegante accidentado. La caleta de San Juan en la isla de Los Estados tiene casi 2 millas inglesas de saco y ofrece buen fondo para anclar, agua y leña. Esta última consiste en los troncos de las fagáceas antárticas, que alcanzan un diámetro considerable en las islas interiores de la Tierra del Fuego. Lo mismo puede decirse de la bahía de San Francisco, inmediatamente al lado del Cabo de Hornos, y el capitán Wedell nos ha dado a conocer varios excelentes fondeaderos en aquella región.

en relación con la legendaria Tierra de Drake (1578). Aquellas corrientes entre el oeste y sur, dirigidas hacia el Cabo y el océano Atlántico, no son siempre de igual velocidad y tampoco están sujetas a un rumbo invariable. Siguen siempre la dirección del viento predominante. Como éste tiene en aquel mar, aun con el mejor tiempo, una fuerza de a lo menos 5 nudos, y la corriente más regular corre con igual velocidad, resulta que un buque debe vencer una resistencia de 10 millas inglesas por hora para doblar aquel promontorio, y esto considerando circunstancias no del todo desfavorables. Pero cuando aquellos vientos se transforman en un terrible huracán, al que ni siquiera son capaces de resistir los mástiles achicados; cuando flotan al mismo tiempo témpanos que se han desprendido de la zona del Polo Sur, y cuando a todo eso se agregan el frío, la nieve, la lluvia y los días cortos del invierno de aquellas avanzadas latitudes, el viaje se hace muy difícil y está lleno de peligros, que la habilidad humana no siempre logra esquivar, y sufrimientos que sólo puede soportar una gran resistencia. La navegación puede ser facilitada mucho eligiendo una temporada más favorable y cambiando a menudo la ruta, según lo requieran las circunstancias; pero ambos factores no constituyen una garantía segura, pues cerca del Cabo, que avanza aisladamente entre dos inmensos mares, existen causas suficientes para que el tiempo sea muy variable. El capitán James Wedell<sup>1</sup> es de opinión —que, dicho sea de paso, es compartida por casi todos los navegantes experimentados— que los meses de verano (desde noviembre hasta fines de enero) serían los más propicios para doblar el Cabo desde el este, porque en ellos los vientos con componente occidental soplarían más raramente y sin perdurar. El carácter desagradable de aquel viaje es mejorado considerablemente en ellos por la temperatura más elevada y sobre todo quizás por la mayor duración del día. Sigue a este período muy favorable, sin embargo, casi sin transición, otro muy difícil, pues desde principios de febrero se presentan los vientos contrarios con gran intensidad. Puede ocurrir así que dos buques que salieron del mismo puerto europeo con sólo quince días de diferencia, realicen travesías de una duración muy variable, y así se explica que algunos navegantes consideren las informaciones de Anson como manifiestas exageraciones, mientras que otros reconocen que, a pesar de la náutica tan desarrollada de nuestros días, todavía se repiten experiencias como las que hizo aquel almirante<sup>2</sup>. Otro período al parecer

<sup>1</sup>“A voyage to the South Pole”, Londres, 1825, pág. 232.

<sup>2</sup>Ejemplos de lo que se acaba de decir se encuentran en las obras de los mejores navegantes. La Pérouse (quien estuvo en el Cabo de Hornos a fines de enero de 1786) se expresa de una manera escéptica acerca de los peligros que se presentarían al doblarlo. El capitán B. Porter, navegante muy experimentado, quien, como se sabe, efectuó una correría muy perjudicial para los británicos al Océano Pacífico en la fragata norteamericana “Essex”, llegando al Cabo en marzo de 1814, dice: “No obstante la rapidez con que lo doblamos, nuestros padecimientos fueron tan grandes, que quisiera aconsejar a aquellos que estén destinados a



5. VELERO, 1834. Juan Mauricio Rugendas.

En un buque similar a éste, el "Gulnare", Poeppig realizó su viaje alrededor del Cabo de Hornos a Chile. Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.

a menudo muy propicio es el de los meses de junio y julio, no obstante comprender el pleno invierno antártico. Los meses de agosto y septiembre son considerados tan desfavorables como los opuestos de febrero y marzo, y se aconseja no intentar el paso a embarcaciones que no sean suficientemente resistentes o que no dispongan de la tripulación necesaria. La resistencia del buque es sometida en cualquier temporal del Cabo de Hornos a una prueba muy dura, pues los golpes de mar son los más extraordinarios, como lo reconocen los marinos más experimentados. Las circunstancias muy diferentes en que se puede hacer el viaje han motivado una gran disparidad de opiniones acerca de la ruta más adecuada. Dejando a un

aquel océano, no intentar el viaje por el Cabo de Hornos si disponen de cualquiera otra ruta para alcanzarlo". Muchas experiencias han demostrado, sin embargo, que el tiempo puede favorecer también a los buques en la peor temporada, y es fácil recogerlas diariamente en Valparaíso en las informaciones de famosos navegantes. El capitán B. Hall dobló el Cabo entre el 12 y el 17 de agosto de 1822, de regreso a Europa, con vientos del NE. y NW. y buen tiempo. El capitán Beechey encontró buen tiempo tanto en su viaje hacia occidente (el 16 de septiembre de 1825) como en el de regreso (30 de enero de 1828). Precisamente, el mes de junio suele ser en el Cabo de Hornos el más tempestuoso.

lado los numerosos juicios a favor o en contra del cruzamiento del estrecho de Le Maire, existe una viva discusión acerca de la conveniencia de doblar el Cabo mismo por dentro o por fuera. La primera ruta se refiere a una especie de navegación costera a pocas millas de distancia, ya sea entre las islas de L'Hermite y Diego Ramírez, o a pequeña distancia al sur de estos últimos grupos rocosos. Como ruta exterior se entiende la navegación desde el cabo de San Juan hacia el sur, hasta 60 grados de latitud, dirigiéndose al W. y NW., una vez alcanzado ese punto. Se pueden alegar razones a favor y en contra de ambas opiniones. Anson exige en forma perentoria que los buques alcancen siempre una latitud mínima de 62 grados, sin hacer caso a los atractivos de un tiempo aparentemente favorable, para emprender el viaje por la ruta interior. En efecto, no se puede negar que es siempre lo más ventajoso cambiar de inmediato el rumbo al sur cuando se presentan los vientos del oeste o suroeste, cuya duración es siempre de varios días. En aquellas latitudes más avanzadas las olas son más largas y uniformes, la corriente es menos fuerte, y con frecuencia se encontrará un viento que cambiará con mayor rapidez de dirección.

Apenas dos grados al norte del cabo Pilar sentimos un cambio brusco y sensible de la temperatura atmosférica, como también de la del agua del mar. Como nos acompañaba el viento sur con un frío invariable, ese fenómeno sólo podía explicarse por medio de las corrientes, que provienen de los archipiélagos de los Chonos y de las Huaytecas (véase la nota 2 al final del capítulo), las que chocan al salir en el océano con otras que provienen periódicamente desde el NW. Aun cuando la existencia de estas últimas ha sido comprobada sin dejar lugar a dudas, en particular a la latitud correspondiente a la parte central de Chile, no observamos que tuvieran alguna influencia sobre nuestro rumbo, pues sólo a la altura de Valdivia, y después de haber alcanzado 77° Long. W., nos dirigimos al nordeste, hacia el puerto. La navegación se hizo de nuevo muy agradable, pues nuestra velocidad era raras veces inferior a 8 millas por hora, y un cielo sereno, cuyo azul puro sólo se veía interrumpido por nubes veleras en las primeras y en las últimas horas del día, anunciaba nuestro acercamiento al clima tan elogiado de la Italia americana; el incansable acompañante del buque, el albatros, que nos había seguido fielmente desde la costa patagónica por todas las tempestades, se presentaba en número cada vez menor, para desaparecer cuando alcanzamos 36° de Lat. S. Aun cuando el cielo marino no posee en esta parte el magnífico brillo de las regiones tórridas, se caracteriza por una extraordinaria transparencia. Tampoco faltan en este mar no tropical algunas maravillas del reino animal. Nos encontramos con un delfín<sup>1</sup> muy gracioso, con listas negras y blancas puras, que se presentó en una abundancia que parecía inverosímil, pues a menudo no era posible observar desde la punta del mástil mayor dónde terminaban los cardúmenes bastante extensos. Nos

<sup>1</sup>*D. leucoramphus* Illig.

rodeaban durante varios días; sus elegantes piruetas y su presencia repentina, rápida como el rayo, nos deleitaban en nuestros momentos de ocio. Mucho más que otras especies similares del mismo género, se caracterizan por su cautela, y son tan observadores, que sólo uno pudo ser cazado con un arpón, cuya carne fue entregada por supuesto a los marineros. La observación de que el cardumen se dirigía hacia el suroeste hace difícil adivinar la causa de su migración, pues en los mares situados en esa dirección tenía que iniciarse en pocas semanas el invierno antártico.

Hubo otro fenómeno, en cambio, que atrajo todavía mucho más nuestro interés. El 12 de marzo, justamente al mediodía, tuvimos un gran susto provocado por un súbito bullicio a bordo y por la orden de detener de inmediato la marcha del buque. Un color rojo sucio del mar había motivado la justificada suposición de que nos encontrábamos sobre un bajo. Pero el escandallo no halló fondo a 130 brazas de profundidad. Desde la punta de los mástiles se presentaba el agua con un color rojo obscuro hasta el horizonte, en una faja cuyo ancho fue estimado en 6 millas inglesas, y que se separaba de vez en cuando en cortos brazos laterales. Al continuar navegando lentamente, encontramos que el color se transformó en púrpura brillante, de modo que incluso la espuma que siempre se forma en la proa de un buque que avanza tenía una coloración rosada. El hecho de destacarse la corriente purpúrea nitidamente del mar azul le daba un aspecto muy llamativo, y esta circunstancia fue fácil de reconocer, pues nuestro rumbo cruzó la faja, que se extendía de NW. a SE. Muestras de agua extraídas se presentaban en el balde completamente claras, pero al agitar algunas gotas a la luz del sol en un recipiente de porcelana blanca, se podía observar un débil brillo purpúreo. Una ampliación mediana demostró que aquellos puntitos colorados, que se podían observar aun a simple vista al prestarles alguna atención, consistían en infusorios de figura esférica y carentes de órganos de movimiento exteriores. Sus vivos movimientos ocurrían sólo hacia arriba o hacia abajo, siempre en espirales. La falta de un microscopio más fuerte impidió un examen más cuidadoso, y fracasaron todas las tentativas de conservar estos animalitos dejando que se secase una gota de agua sobre el papel, pues parecían disolverse en nada. Eran extraordinariamente sensibles al ácido nítrico, pues una sola gota de él, disuelta en un vaso de esta agua vivificada, terminaba casi intantáneamente la existencia de millones de esos seres. Antes de alcanzar el final de esta corriente, navegamos cerca de cuatro horas a través de ella, cuyo ancho era de 7 millas, y como nuestra velocidad media era de 6 millas, aquellos infusorios cubrían una superficie de cerca de 168 millas inglesas cuadradas. Si se agrega que estos seres diminutos se encontraban repartidos por parejo en los 6 pies de la capa superior del agua, deberá reconocerse que su número superaba a todo lo que la inteligencia humana es capaz de comprender. Parece poco probable que estos infusorios hubieran constituido la causa

de la ya mencionada migración de los delfines en el mismo lugar. Este fenómeno del agua marina coloreada ha sido observado de vez en cuando también en otras regiones<sup>1</sup>, pero es muy raro en las costas de Chile. Se presenta con mayor frecuencia en las partes más boreales, situadas más cerca del ecuador, del Océano Pacífico, sobre todo en el golfo de Panamá e incluso en las proximidades de la costa de California. Entre los muy numerosos marinos que operaron en las costas de Chile y del Perú y que fueron interrogados durante dos o más años acerca de aquel fenómeno, se encontró uno solo que lo había observado, lo que había ocurrido casi en la misma temporada en la costa de Valdivia.

Nos aproximamos ahora al destino de nuestro largo viaje. Es necesario haber navegado largamente a países muy alejados y poco conocidos para formarse una idea acerca de la tensión en que se encuentra el viajero en los últimos días antes de alcanzar la meta. Se produce una conjunción: nostalgia por la amable madre tierra, que siente al final también el marino de edad; expectación ante el primer efecto que causará la costa ascendente, y aburrimiento motivado por la uniformidad de la vida a bordo, generándose así un alegre desasosiego en el ánimo, de que difícilmente escapará alguien. Todo se pone entonces en actividad, con redoblado y diligente esmero. Los preparativos por el acercamiento de la tierra, la desocupación de la cubierta, la colocación de las pesadas anclas en sus cadenas, el ordenamiento de los papeles y de los camarotes, hasta la precaución de los marineros de aselear sus uniformes de gala para hacer pronto uso de ellos: todo esto en conjunto produce también en el adulto la misma sensación que todos conocen de su juventud, cuando un breve viaje está destinado a interrumpir la uniformidad de la vida del hogar. Uno se lo pasa durante horas a la altura de los mástiles, para ser el primero en descubrir la costa. Esta alegría se cumplió el 15 de marzo, pues poco antes de amanecer los vigías habían reconocido la tierra muy elevada. Nos encontrábamos a una distancia de unas 15 millas de la costa, cuya proximidad no nos había sido revelada en la tarde anterior por ninguno de los indicios normales. Sólo nos habían rodeado algas (*Laminariae*) de mayor tamaño que las que veíamos generalmente, mensajeros bastante inseguros en estos mares; pero las aves habían sido las mismas que ya observáramos cerca de las islas Shetland del Sur. Nos habíamos reunido temprano a bordo, y reinaba aquel silencio sin un solo

<sup>1</sup>Entre otros, el capitán Kotzebue observó en su primer viaje alrededor del mundo una curiosa corriente de tal agua coloreada en la costa del Brasil, algo al sur del Cabo Frio. Apareció en la superficie del mar un camino de la figura de una serpiente y de color café oscuro, con ancho de algunas brazas y que se extendía hasta donde alcanzaba la mirada. El agua examinada contenía un sinnúmero de camarones microscópicos y las semillas de una planta que, según la afirmación de los naturalistas de la expedición, sólo crecería en el fondo del mar. Posiblemente, estas últimas también eran seres animales, emparentados con los descritos. (Kotzebue, "Entdeckungsreise nach der Südsee und der Behringsstrasse", Weimar, 1821, I, pág. 104.)

ruido que se genera de improviso aun en la mayor aglomeración de gente, cuando la presencia de alguna escena muy llamativa relega a segundo término el recuerdo de las cosas secundarias. Brilló el primer rayo del sol, cuya intensidad iba en aumento de instante en instante, detrás de los Andes, cuyos contornos reconocíamos fácilmente, en circunstancias que la tierra del litoral, situada mucho más cerca, y el espejo inmenso del Océano Pacífico, permanecían aún informes y oscuros. El efecto del sol bajo este cielo es indescriptible, cuando dibuja los contornos de las montañas eternamente nevadas como con fajas doradas, al elevarse algunos grados sobre el horizonte. Por fin se hicieron visibles también los cerros más bajos y la sombra del buque, el que avanzaba sin ningún ruido, pero con gran velocidad, con todas sus anchas velas, impulsado por un viento sur regular, y el horizonte se separó nitidamente del hermoso mar, que se movía y brillaba a la luz de una mañana de estío chilena. En el mismo momento en que el sol se había elevado triunfal sobre las últimas cumbres andinas, teníamos repentinamente frente a nosotros la costa roqueña, con todas sus escotaduras y bahías y su aspecto abrupto. A sus pies se quiebra el mar azul, cuyas olas no son detenidas por ninguna isla, por insignificante que sea, hasta enormes distancias, y el cordón nevado de los Andes se eleva a los aires como muralla. Los instantes en que se disfruta de tales espectáculos no se olvidarán ya más en toda la vida e indemnizan plenamente al viajero por lo que con anterioridad tuvo que padecer. Una vez claro el día, tratamos de determinar por medio de una medición superficial la altura de las más notables cumbres, pero el método que fue necesario adoptar era demasiado inseguro para poder considerar como satisfactorios los resultados. Carecíamos de una barquilla de precisión, y aun cuando se procuró facilitar el trabajo por medio de una reducción de las velas, la medición de la base resultó tan imperfecta, que los datos obtenidos sólo pueden ser estimados como aproximados. Se agregó la gran desventaja de que resultó imposible dar a la base la longitud que requería la distancia de las montañas, pues a medida que nos acercábamos en ángulo casi recto a la costa, surgían muy pronto las montañas de altitud mediana, cubriendo las cumbres andinas. No obstante, coincidieron las mediciones hechas simultáneamente por cuatro personas, en cuanto determinaron la altitud media del cordón nevado entre 34 y 33° de Lat. S. en cerca de 14.000 pies ingleses, una observación que está más o menos de acuerdo con lo que se sabe acerca de aquella parte de los Andes chilenos. Se presentaron menos picos de los que esperábamos. Uno de ellos, cuya latitud era muy aproximadamente de 33° 55' (derivada de la nuestra en el mar), alcanzaba unos 16.000 pies, y era tal vez el volcán Chillán<sup>1</sup>, al que

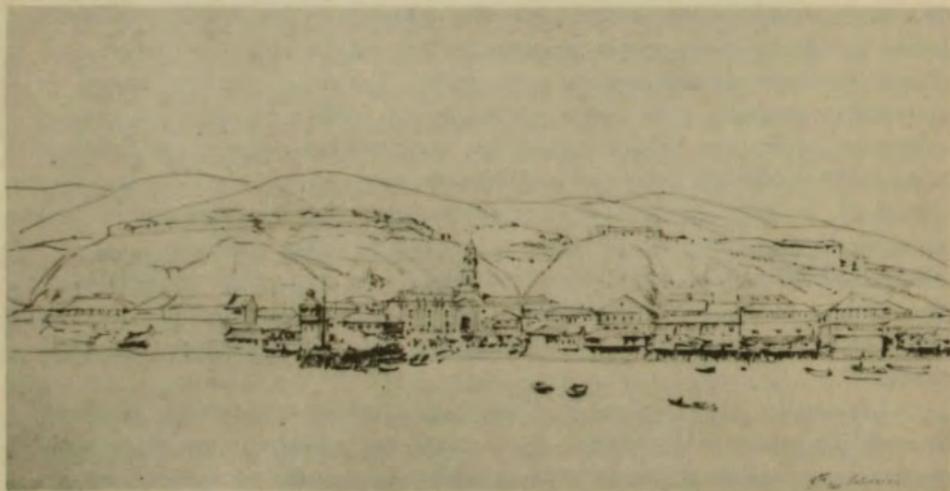
<sup>1</sup>El volcán Chillán no corresponde a esa latitud, pues su cumbre mayor se encuentra a 36° 50' de Lat. S. y tiene sólo 10.433 pies de altitud. Cerca de la latitud que señala Poeppig hay, en cambio, dos cerros que corresponden a la altitud calculada por él: uno a 33° 58', con 15.115 pies, y otro a 33° 59' de Lat. S., con 17.995 pies. Se les conoce con el nombre de cerros del Castillo.— Nota del Traductor.

Molina atribuye una altitud de 20.000 pies, pero sin duda a base de una simple estimación. Pero no siempre uno tiene la suerte de poder acercarse a esta majestuosa costa bajo condiciones tan favorables, pues ese mismo mar que nos rodeaba con olas que se henchían de una manera tan uniforme, pierde su belleza cuando amenaza la seguridad de los buques, azotado por los temporales del norte en invierno, cuando sólo permite al navegante aproximarse gradualmente a tierra, avistada a menudo, pero que con frecuencia vuelve a desaparecer. En la zona del pequeño puerto pesquero de San Antonio nos acercamos tanto a tierra, que fue posible examinar con curiosidad los detalles de la costa. Pero a pesar de usar catalejos, no se ofrecía a la mirada nada de todo aquello que más atrae tras largo viaje por el océano desierto. En ninguna parte descubrimos el menor rastro del hombre y de su actividad. La costa de Chile se nos presentó tan abandonada como la de Tierra del Fuego, que avistáramos hace tan corto tiempo en triste cercanía. Casi la única diferencia entre esta tierra y las islas antárticas, rodeadas por murallas rocosas abruptas y lisas, consistía en que la Cordillera de la Costa está separada por numerosas quebradas. Algunos errores fueron aclarados en forma sensible a medida que nos aproximábamos, pues lo que habíamos interpretado como cumbres boscosas por los contornos, se disolvía ahora en faldeos amarillentos, en que se encontraban frecuentemente diseminadas grandes masas rocosas sin rumbo determinado. Sólo de vez en cuando se observaban pequeños arbustos en las murallas uniformes y grises, y algunas caídas menos abruptas habían sido ocupadas en forma casi exclusiva por una planta parecida a la agave<sup>1</sup>. Todas las cumbres superiores se presentaban desnudas y formadas por cascajo, y estaban surcadas por canales de color rojo ladrillo, que habían formado los aguaceros invernales en sus flancos. Faltaban valles verdes que saludaran amablemente, como en Europa, entre las oscuras quebradas, y faltaba incluso el olor característico que se aspira con redobladas ansias de vivir cuando uno se acerca a la playa de países tropicales y que es percibido también por los animales con tal intensidad, que se vuelven intranquilos y creen haber alcanzado la meta de la prolongada prisión, procurando a veces ganar la vecina tierra por medio de un salto sobre la borda (véase la nota 3 al final del capítulo).

Las señales con banderas que bajaban y subían rápidamente en las cumbres de los cerros más elevados de la costa nos revelaron que se comunicaba nuestra aproximación al puerto, todavía oculto, y asimismo en nuestros mástiles se había colocado la bandera multiestelar de la Unión Norteamericana. Pero aun bajo tales circunstancias, no es muy fácil encontrar la entrada de la bahía. Falta todavía una carta de ella, en que estén representados todos los detalles de la costa hasta alguna distancia hacia el sur. No hay ninguna isla, como tampoco ningún cabo que se proyecte lo suficiente para reconocer la entrada en el puerto, que sólo es

<sup>1</sup>*Puya chilensis* Mol.

observada en forma completamente abierta por el buque que se acerca desde el sur, cuando se halla ya casi al NW. de ella. A veces los navegantes pasan de largo frente al puerto, ya sea por ignorancia o por la obscuridad de la noche, llegando a las peligrosas bahías de Concón o Quintero. Nos aproximamos a tierra hasta algunos miles de pasos, y pasamos frente a una batería baja de sólo cinco cañones. Cerca de ella queda una punta angosta de rocas, que se proyecta bastante en el mar y en que se quiebra siempre el océano, que nunca permanece tranquilo. Es Playa Ancha, antepuesta al oeste de la bahía, cuya boca más exterior observábamos ahora ampliamente extendida frente a nosotros. Pero nada señala, aun a tan escasa distancia, la presencia del mayor y más visitado de los puertos americanos del Pacífico. Faltan aquí la aglomeración de los pequeños buques de cabotaje de Europa y las flotillas de los pescadores que pueblan el mar en la desembocadura del Delaware, del Hudson y de la Themse. A lo sumo se distinguen con cierta dificultad entre las elevadas olas algunas insignificantes canoas de la costa, que ofrece exactamente el mismo color. Pero el panorama general no carece de interés. Hacia el norte se extiende una costa baja de arena, que ya pertenece a la otra orilla de la bahía. Ascenden sobre ella lentamente algunos cordones de las montañas, y el punto más elevado es el pico de Aconcagua, cubierto de nieve durante todo



6. PANORAMA DE VALPARAÍSO, 1834. *Rugendas.*

Era éste, exactamente, el aspecto que ofrecía Valparaíso cuando Poepig avistó el puerto en 1827. La parte representada es la antigua caleta de Quintay, el puerto propiamente tal. La parte central corresponde a la actual plaza Sotomayor. Hacia la izquierda, el "Cabo de Hornos", con la Cueva del Chivato, promontorio que separaba el puerto del barrio del Almendral. Hacia la derecha, el recinto que ocupa ahora la aduana; y detrás de él, el barrio comercial más antiguo, desde donde se dirigía el camino a Santiago, subiendo a los cerros. Estos ya se encontraban desprovistos de vegetación y ostentaban escasos edificios. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

el año. Primero se descubren los altos mástiles de los buques de guerra, que se alzan sobre las últimas rocas, pues siempre se encuentran ancladas estas embarcaciones a mayor distancia de tierra. Poco después se abre repentinamente una amplia bahía, ocupada por buques mercantes en extraordinario número, que disfrutan de acceso desde hace sólo pocos años, gracias a haber terminado los monopolios y la desconfianza de España. El cuadro se presenta cerrado por un anfiteatro de escarpados cerros, al pie de los cuales se extiende una masa desordenada de edificios. Nos encontrábamos en la meta de un viaje marítimo ininterrumpido de 110 días, pues estábamos avistando Valparaíso. Favorecidos por una suerte especial, nos fue posible gobernar hacia el centro del puerto en navegación rápida y que nos llenó de orgullo, pues no necesitamos cruzar. Pocos instantes después se bajaron las velas, ya disminuidas, y cayó la pesada ancla, que no había vuelto a tocar fondo desde nuestra salida de la bahía de Chesapeake, recorriendo en el viaje más de 10.000 millas.

#### NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

*Nota 1. La habitabilidad de las partes más australes de la América del Sur.*— Es sin duda llamativo que la parte más austral de América, no obstante encontrarse a una distancia relativamente corta y ser accesible, todavía no haya sido visitada por una expedición propiamente tal, y menos por una preparada y equipada para un prolongado viaje terrestre. Las lejanas regiones al oeste del Mississippi ya son mucho mejor conocidas, pues aun cuando pueblos guerreros constituyen una amenaza no pequeña para grupos reducidos de blancos, no pasa ningún año sin que se emprendan reconocimientos hacia allá por los vigorosos y valientes pobladores de las extremas fronteras de Estados Unidos. En el transcurso de tres siglos, el gobierno español ha hecho poco por la exploración de la Tierra de Magallanes, y sólo en los últimos tiempos se organizaron algunas,

como la del almirante Córdova, pero que perseguían únicamente fines hidrográficos. El hecho que los pobladores de Chile no realizaran a aquel territorio viajes de descubrimientos por tierra y en sociedades particulares, como se han efectuado con frecuencia en la historia del Perú y de Colombia (y a las cuales debemos a menudo las únicas noticias acerca de regiones más tarde otra vez descuidadas), se explica seguramente en primer lugar por no haberse atribuido a él una riqueza mineral; tampoco en las leyendas de los campesinos, siempre crédulos y muy adictos a ellas. Es posible que el conocimiento tampoco sea favorecido en nuestro tiempo, y menos por alguna preocupación de parte de los gobiernos de los países más cercanos, que son Chile y Buenos Aires, pues ambos están suficientemente ocupados con sus propios asuntos. Aun cuando la primera de estas repúblicas

declaró como parte integrante de su territorio a todas las tierras situadas al oeste de los Andes, hasta el Cabo de Hornos, parece tratarse más bien de una maniobra diplomática, destinada a evitar discusiones tan desagradables como las que se produjeron en 1833 entre el gobierno británico y el de Buenos Aires acerca del dominio de las islas Malvinas; pero debe tenerse presente que su importancia política e hidrográfica parece ser mayor que la de un archipiélago en la costa occidental de la Tierra de Magallanes. Aunque es probable que debido al rápido crecimiento de la población de Chile, su territorio (me refiero al efectivo, es decir, al que se encuentra dominado por los blancos) sea en sesenta u ochenta años demasiado estrecho para un pueblo netamente agrícola, la tentativa de una expansión se dirigirá primero al territorio indígena entre el Bio-Bio y Chiloé, en parte porque un pueblo robustecido no aceptará la vecindad de salvajes tan dados a la rapiña y que jamás cumplen su palabra, y en parte porque aquellas regiones casi superan a las mejores de la república en cuanto a fertilidad. Por consiguiente, se aplazará la colonización del continente situado más al sur, hasta una época muy posterior, y sólo será el resultado de una sobrepoblación y de un progreso muy grande de la civilización en Chile. Pero a pesar de todo, no carecen de interés una investigación acerca de las expectativas que ofrece aquel territorio al cultivo y el examen de la posibilidad de poder radicar en él una población más numerosa.

Ocurre con las suposiciones acerca del clima de Magallanes lo mismo que con otras que carecen de lógica y han sido, en parte, refutadas, pero que vuelven a ser presentadas siempre de nuevo y que conservan su lugar en obras de valor. Es cómodo afirmar que, debido a la crudeza de su clima, aquel territorio no sería habitable por el hombre civilizado, al menos para que prospere allí alegremente; pero tal aseveración no merece ser tomada más en cuenta que otra, aunque de diferente índole, que atribuye a todo el continente americano la condición de ser muy joven y nuevo. Por más que tales juicios se encuentren en la categoría de libros que merecen la atención, no extrañaría que se propagara la creencia de que sería posible observar allá la naturaleza, por así decir, en el estado de formación y ser testigo de la lucha en que la materia es refundida, para volver a presentarse en forma organizada. Aun cuando el territorio situado al sur de 46° de Lat., hasta el Estrecho, no producirá frutas subtropicales ni vino, ello no significa que no esté en condiciones de ofrecer al blanco, tan industrioso, múltiples recursos, no sólo para asegurar su existencia, sino para participar activamente en el comercio de los países boreales. Zonas en que se han conservado los duraznos en forma silvestre, como únicos y débiles testimonios de poblaciones europeas muy efímeras, no pueden ser consideradas de ninguna manera como inhabitables debido a condiciones climáticas demasiado rigurosas. Sin duda, experiencias de esta índole, tomadas

de la fitogeografía, constituyen criterios mucho más seguros para apreciar la temperatura que observaciones termométricas esporádicas hechas por viajeros aislados, a menudo bajo condiciones muy engañosas y desfavorables. Hasta un punto tan austral como la península de Tres Montes (47° de Lat.), pescadores y cazadores de focas chilotas han encontrado duraznos y manzanos que volvieron a la vida silvestre, como testimonios de antiguas tentativas de cultivos, cuyo recuerdo no se conservó, y acerca del tiempo en que se hicieron se buscará inútilmente una información en los archivos de Santiago. Si bien la última clase de árboles frutales tolera una temperatura más baja, no ocurre lo mismo con los primeros, pues aun cuando los caracteriza en Chile una curiosa tendencia a hacerse silvestres, no se presentan como árboles emigrados e independientes del cuidado humano en las partes superiores de los Andes, es decir, en un clima alemán. Es efectivo que el archipiélago de Chiloé recibe sus frutas desde el continente, sobre todo de Valparaíso, pero quien dedujera que aquel territorio no es capaz de producirlas cometería un error que sólo se justificaría por un desconocimiento del carácter del sudamericano, tal como existía antes de la independencia de España y como todavía se ha conservado en gran parte. Si no se han realizado en Chiloé ensayos serios para independizarse más por medio del cultivo de los cereales y las plantaciones frutales, ello se debe al pequeño desarrollo industrial, a la desidia como mal nacio-

nal y a la resistencia contra las innovaciones y los experimentos, raras veces promovidos por el gobierno. Es sabido que también en Europa existen muchos prejuicios muy difíciles de extirpar, que tienen los habitantes de ciertas provincias acerca de su clima y su productividad, y hay muchas ramas de la agricultura a que se oponía el prejuicio, declarando que era imposible introducirlas, pero que ahora prosperan debido a que la presión demográfica obligó a incrementar artificialmente los recursos insuficientes mediante la introducción de nuevos medios y procedimientos.

Si se cumplieran estas condiciones en el futuro, muchas zonas ahora desdichadas, o acaso declaradas como inhabitables, estarían en condiciones de alimentar una población activa, y eso quizás con mayor facilidad de lo que se sospecha en la actualidad. Por lo demás, no es exacto deducir el clima del continente situado frente a Chiloé del de este último, ni menos el de las regiones situadas más al sur, cerca de los Andes. La extraordinaria humedad del archipiélago, su lluvia proverbial, se explican, en parte, por las densas selvas, pero sobre todo por las grandes corrientes marinas que rodean la Isla Grande casi circularmente. También en el continente de Chile se observa que la intensidad de las lluvias disminuye hacia el interior, y aun en aquellos lugares en que los fenómenos meteorológicos se presentan en forma mucho más regular que en los países australes de Europa, se reconoce una diferencia

entre su aumento en la costa y al interior. Siempre son más uniformes al pie de los Andes que cerca de la orilla del océano. Este solo hecho ya nos autoriza para esperar mejores condiciones climáticas al interior de la Tierra de Magallanes que en la costa, única parte conocida. En ningún caso puede suponerse que el enemigo de los colonos pudiera serlo el frío, pues la antigua e infundada suposición según la cual los países cercanos al Polo Sur estarían sujetos a condiciones de temperatura mucho más desfavorables que los del hemisferio norte de igual latitud, está perdiendo cada vez más sus defensores: según ella, el clima del Cabo de Hornos representaría el de San Petersburgo, y a la latitud de Chiloé sólo se presentaría el calor de Alemania. Los informes de los viajeros, basados únicamente en determinados puntos que tocaron desde el mar, ni siquiera concuerdan en cuanto a sus juicios sobre el clima de la Tierra de Magallanes, sobre todo del Estrecho mismo, y esto no podrá extrañar si se tiene en cuenta que el juicio debe estar influido en forma extraordinaria por la temporada y la individualidad del observador. Ya en la vida cotidiana el estado de debilidad induce frecuentemente al hombre a dejarse influir en su juicio general por hechos parciales que lo afectaron desagradablemente. El mismo caso se presentará en forma multiplicada cuando un navegante, sombreado por un cielo obscuro, arrojado durante días por amenazantes olas de un punto a otro y quizás en un estado correspondiente al enorme esfuerzo que

ha tenido que realizar, observa por fin por algunas horas la tierra, o mejor dicho, algunas rocas inhóspitas situadas en su parte más exterior y de las que le gustaría encontrarse separado cien millas. Un español oriundo de la parte austral de su país se expresará de una manera muy distinta sobre el rigor y el carácter desagradable de aquel clima, que un alemán o un sueco, nacidos bajo un cielo menos favorecido, más endurecidos y que hacen exigencias mucho menores. Cerca de la extremidad austral de América, el predominio casual de un determinado viento ya es causa suficiente para producir fenómenos y contradicciones extraordinarios; pero como esa influencia sólo se manifiesta con mayor intensidad en la costa, se podrá afirmar con toda razón que el clima de la parte interior debe corresponder más o menos a la latitud. Estas casualidades no han sido tomadas debidamente en cuenta, y cuando Córdova informa haber observado en el verano durante quince días en la medianía del Estrecho raras veces más de 9° R., se olvida de atribuir a la vez la debida importancia a la dirección del viento. El capitán Wedell, quien defiende también el clima de aquellos países contra la afirmación de caracterizarse por un rigor insoportable, observa que una temperatura agradable de verano puede descender rápidamente por el aparecimiento repentino del viento sur, de modo que el mercurio bajó hasta pocos grados sobre el punto de congelación (38° F.). Las experiencias a bordo del "Gulnare" coincidieron con esta observación, pues aun a la latitud

de las islas Shetland del Sur el frío era poco sensible; sin embargo, cuando el viento cambió de una manera brusca, pero favorable, hacia el sur, tuvimos que quejarnos de una temperatura de sólo 2º C. Se explica así el fenómeno de granizadas e incluso de pequeñas nevazones al sur del Cabo durante los meses de verano, muchas veces mal interpretadas. No alcanzan al continente, y menos a la parte interior del mismo, pues se desprende de Córdova que la nieve no perdura en las partes bajas durante mucho tiempo ni siquiera en invierno.

Debido a esta reputación de una gran inhospitalidad y rigurosidad, como asimismo, sobre todo, de ser muy pobre en oro y plata, los españoles y sus descendientes americanos se mantuvieron siempre alejados de este territorio. Pero es posible que el propio gobierno español estimara que correspondía a su interés describirlo en los colores más desalentadores, a fin de mantener distantes a los británicos y holandeses, muy inclinados a fundar colonias en la extremidad austral de América. En las obras más antiguas se informa de una sola tentativa realizada en mayor escala para explorarlo, y acerca de expediciones más pequeñas que se hicieron desde Chiloé a las partes vecinas del continente, todavía hasta mediados del siglo pasado, sólo existen informaciones manuscritas. En gran parte, su valor no compensa el trabajo de descubrir las, lo que es difícil, pues se encuentran en manos de particulares ignorantes de Chiloé. La empresa a que se ha hecho alusión fue

la de Simón de Alcazaba, portugués, caballero de Santiago y camarero de Carlos V. Poseía amplios conocimientos geográficos para su época, y había prestado servicios públicos durante muchos años, como navegante. Celebró un asiento con el emperador, por medio del cual se le entregó un millar de leguas cuadradas españolas en feudo. Su límite septentrional era la línea en que terminaba la concesión de Almagro. Las condiciones eran las usuales de una encomienda, es decir, debía descubrir el país, poblarlo y propagar la fe. Salió de San Lúcar el 21 de septiembre de 1534, en cinco buenos buques y con 250 hombres. Hasta la desembocadura del río Gallegos la expedición no avistó tierra y padecía en grado extremo por la falta de agua. Entró felizmente en el Estrecho de Magallanes, satisfecho de hallar una gran cruz, que Magallanes había colocado casi veinte años antes en el lugar en que perdió uno de sus buques, cuyos destrozos fueron igualmente descubiertos. La cercanía del invierno los obligó a buscar un puerto seguro, el que encontraron efectivamente, pero al parecer fuera del Estrecho: se le llamó Puerto de Lobos y Leones, ignorándose su situación, que debe buscarse en el estrecho de Le Maire o en su vecindad inmediata. En el curso del invierno, es decir, en una temporada muy poco apropiada, se efectuó una incursión al interior, en que participó la mayoría de las tropas, bien armadas, pero sin la intervención de Alcazaba. Encomendó el mando a un teniente, que era menos respetado por los demás. La consecuen-

cia fue que la gente, amargada por la falta de víveres, se rebeló después de haber recorrido 250 leguas, regresando a los buques. Continuó la insubordinación, se apoderaron violentamente de las embarcaciones, pero perdieron luego la almiranta, y cayeron por último en manos de las autoridades españolas, posiblemente en la isla Trinidad, de las Indias Occidentales, donde fueron castigados por su rebelión<sup>1</sup>. El peligro de que los holandeses se establecieran en alguna parte de la costa occidental de la América del Sur y la enemistad con la reina Isabel de Inglaterra motivaron la única tentativa importante de poblar esta parte austral, ordenada por el gobierno español. Se trataba de cerrar el paso por el Estrecho de Magallanes, a lo que obedeció la fundación de la colonia fortificada de Rey Don Felipe (Philippeville; Port Famine de Cavendish, 1587, y de navegantes posteriores), fundada en 1581 por Sarmiento y que fue abandonada tres años más tarde. De 400 colonos, murieron 377; los restantes trataron de dirigirse por tierra a Buenos Aires, pero perecieron en este intento. Si de este modo esa colonia tuvo un desenlace muy triste, no debe atribuirse la causa al clima, sino a la indolencia, a la incapacidad y a la ociosa espera de ayuda desde Europa. Los españoles se mantuvieron allá durante tres años, tiempo suficiente para iniciar el cultivo del suelo y producir algo para poder mantenerse, a pesar de la injustificada despreocupa-

ción de parte de la Madre Patria. Las colonias militares no han producido buenos resultados en ningún lugar de la América del Sur, y mucho menos las de siglos pasados, pues el español, guerrero por excelencia y que había madurado en el ruido de las batallas u otras escenas igualmente brillantes y aventureras, no pudo acostumbrarse al arado y a una vida que ofrecía muy poco al ambicioso, en comparación con la actividad militar, en especial en aquella época tan movida. Byron (1764) y diversos navegantes de tiempos recientes están de acuerdo en considerar las tierras en los alrededores de Port Famine como muy fértiles y pintorescas. Incluso Córdova, por lo general inclinado a expresarse más bien de una manera desfavorable sobre aquellas regiones, no niega la gran fertilidad de determinadas zonas. La sola circunstancia de encontrarse poblado con bosques bien desarrollados de hayas, abedules, etc., no sólo el interior, sino también la costa de la Tierra de Magallanes, comprueba su fertilidad. Por analogía, puede deducirse que el territorio situado al norte del Estrecho, sobre todo el que se encuentra al pie de los Andes (cuya altitud disminuye mucho, no alcanzando su última prolongación en el archipiélago de Tierra del Fuego a unos 3.000 pies), debe ser especialmente fértil, pues la zona subandina de Chile supera a este respecto también a los llanos. Sin duda, son posibles los cultivos, pues en las partes más elevadas, situadas al interior, no se tropieza con el impedimento de extensos pantanos y lagunas que un marino británico señaló como una de

<sup>1</sup>Ovaglio, "Rel. del R. di Cile", Roma, 1640, pág. 130.

las características más destacadas del país<sup>1</sup>; a la altura de Chiloé y dos grados más al sur, no se distingue el país de las serranías de la parte austral de Chile. Según informaciones de chilotes, y de acuerdo con informes manuscritos de los franciscanos de Chillán, que trataron de establecer misiones allá, el territorio situado al este de los Andes es igualmente habitable entre 45° y 46° de Lat. S. Aun cuando estas buenas condiciones disminuyan cada vez más hacia el sur, aquellas regiones de ninguna manera serán tan rigurosas e ingratas como muchas de la parte boreal de Europa, las que, a pesar de todo, alimentan una población densa. Los futuros pobladores no se alimentarán sólo de los cultivos, sino también de la ganadería, y posiblemente constituya la pesca en grande escala una rama importante de las actividades de las colonias que florecerán en el futuro. A medida que uno se aleja de las costas del Perú hacia el sur, aumenta la abundancia de la fauna marina. Mientras en aquel país la población inferior de la costa sólo recibe una alimentación parca del mar, y faltan o se encuentran pocas especies de pescados en la mesa del rico en Lima, la población costanera de la región austral de Chile vive en gran parte de los productos del mar, y el chilote depende casi exclusivamente de ellos. En relación con el descenso de la temperatura como condición para que se desarrollen organismos superiores, allá aumenta el número de especies

<sup>1</sup>United Service Journal", Londres, 1830, pág. 796.

menos desarrolladas. Todos los viajeros informan de que en el Estrecho de Magallanes se halla una gran cantidad de crustáceos, y el navegante holandés Georg Spilberg (1615) elogia la extraordinaria abundancia de ostras, que probablemente son muy diferentes de las mal llamadas ostras del Chile austral. Las focas son allí todavía tan abundantes, que pequeñas embarcaciones de Inglaterra y Estados Unidos realizan viajes de muchos meses de duración para cazarlas, pero esta incesante persecución reducirá muy pronto su número, como ha ocurrido también en otras partes. Por lo general, una población marítima encontrará incluso cerca del Estrecho de Magallanes numerosos recursos para sus fines, que no se hallarán en tal proporción en las costas de Noruega. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre los rigores del clima, es indiscutible que el bosque se desarrolla muy bien en todos aquellos puntos que disfrutan de abrigo contra los violentos y helados vientos del sur. Vi en Talcahuano un bote de gran tamaño que un ballenero había construido en el Estrecho de maderas indígenas, que se caracterizaba por su pequeño peso y su resistencia y que había sido hecho, en parte, con la madera de la haya antártica y, en parte, con la de una especie desconocida, afín al *Podocarpus* chileno<sup>2</sup>. Córdova y Byron mencionan las cantidades sorprendentes de madera flotante que se encuentran en el Estrecho y en la costa de la Patagonia

<sup>2</sup>Se refiere al ciprés de las Huaytecacas.— Nota del Traductor.

Occidental, lo que comprueba que tanto las orillas de los numerosos ríos al interior como también la costa del mar deben ser muy boscosas. Las listas de plantas de aquellos países, que han sido bastante completadas en años recientes, demuestran que deben comprender muchos recursos útiles para el poblador civilizado, que no fueron usados por los salvajes. Se justifica aún más esta conclusión si se conoce la flora de las partes más elevadas de la región austral de Chile, donde se encuentra a una altitud de 8.000 a 9.000 pies una zona que ofrece plantas idénticas o muy afines a las de la Tierra de Magallanes. Las regiones superiores de Chile tienen de común con aquella Tierra mucho más austral un aspecto muy característico y, en parte, elegante de las plantas. La propiedad de numerosos arbustos chilenos (de los géneros *Escallonia*, *Myrtus*, etc.) de arder con facilidad en estado verde, como consecuencia de la textura coriácea de las hojas y de su riqueza en resina, se encuentra asimismo en muchos árboles de la extremidad austral del continente; llamó la atención a los acompañantes de Magallanes, y fue mencionada también como algo especial en un informe que presentaron los sobrevivientes cuando fueron llamados, después de su regreso a Coruña, a la corte de Carlos V. Los *Arbutus*<sup>1</sup>, que constituyen un rasgo tan destacado en la vegetación del Chile austral, abundan hasta 50° de Lat. S., pues las bayas rojas que encontró allá

Spilberg en gran cantidad y cuyo arbusto ha sido descrito por Córdova y otros, son especies de ese mismo género. Estamos, por consiguiente, autorizados para deducir que la fertilidad del suelo y el clima deben ser muy análogos a los de regiones de Chile en que aparece la misma flora, regiones de que se ocupará con mayor extensión esta obra; y sin duda aquel lejano territorio es, en gran parte, más fácil de poblar por el hombre que lo fue Alemania hace dos mil años, cuando estaba cubierta de bosques no descampados.

Muy diferente es la habitabilidad del archipiélago situado al sur del Estrecho, que parece ser mucho más montañoso que el continente y estar sometido mucho más a la influencia de las corrientes y de los temporales. A pesar de que aquellos cerros no tienen una altitud que exceda de 3.000 pies<sup>2</sup>, la capa de nieve que los cubre influye sin duda de una manera muy desfavorable sobre el clima, y hay razones para poner en duda de que algunos ensayos de cultivar allí papas realizados por cazadores de focas resultaran siempre tan satisfactorios como ocurrió efectivamente. Por eso, aquellas islas permanecerán sin duda durante siglos en su estado actual, es decir, constituirán el territorio de salvajes difíciles de civilizar, que demuestran en todas sus inclinaciones y costumbres semejanza con los habitantes de las regiones más avanzadas del Artico. Es posible que

<sup>2</sup>Según Wedell, obra citada, pág. 187, y según comunicaciones verbales de otros navegantes.

<sup>1</sup>Género llamado ahora *Pernettya*.—  
Nota del Traductor.

en tiempos futuros disminuya la navegación alrededor del Cabo de Hornos, por lo cual habrá menos necesidad de establecer en su cercanía una colonia para auxiliar a los naufragos, pues ahora se suele cruzar con más frecuencia el Estrecho de Magallanes, como una consecuencia del mayor conocimiento que se tiene de él y que le restó mucho del terror que inspiraba antiguamente. Faltan noticias sobre los pobladores de la costa occidental patagónica, y algunas regiones parecen carecer de ellos. Los cazadores de focas y los chilotos, en sus relatos verbales, como también los británicos que escaparon al naufragio de la "Wager" (la expedición de Lord Anson), concuerdan en describirlos como gente muy animal, pero muy pacífica. Los tiempos pasados, más propicios a creer leyendas, iban más allá, pues en un mapa muy imperfecto de Chile, cuya hoja original sólo vi una vez en este país y que llevaba el nombre de Sevilla y el año de 1608, pero que mandó copiar Ovalle (Ovaglio) treinta años más tarde, con todos sus errores, sin mencionar la fuente, aparece en la zona del cabo llamado ahora Pilar la figura de un hombre con cola corta, lo que comprueba la edad de la leyenda referente a tales seres, que se ha conservado intacta hasta ahora entre los campesinos del Chile austral. En la extremidad sur de la Tierra del Fuego el mapa reproduce incluso un hombre desnudo, que se encuentra acostado sobre la espalda y extiende los brazos y las piernas, con el ingenuo título de:

"Ex luto confecta vestimenta exsiccata ad solem".<sup>1</sup>

*Nota del Traductor.*— La nota precedente comprueba la extraordinaria perspicacia de Poeppig para determinar el futuro valor de la parte austral de Chile, pues representa un pronóstico del papel que desde hace algunos decenios comenzaron a desempeñar Aysén y Magallanes. Basándose en datos muy esporádicos y simples deducciones y conjeturas, se enteró de que la importancia económica de aquellos territorios no podía deducirse del aspecto que ofrecían desde el mar.

No es del caso completar en detalle las informaciones del autor, pues la nota tiene valor en sí, como testimonio histórico escrito en el primer tercio del siglo pasado, antes de conocerse los resultados de la expedición de King y Fitz-Roy. Pero conviene añadir algunas breves observaciones para orientar mejor al lector.

En cuanto al clima, las conclusiones de Poeppig son, por lo general, exactas. Dele agregarse, sin embargo, que la parte austral del continente está sujeta al régimen de vientos permanentes del oeste, con variaciones hacia el norte y sur, siendo raros los de los cuadrantes orientales. Aquellos vientos chocan, saturados de humedad, con el relieve andino y descargan su humedad en su flanco occidental, para continuar soplando hacia el este como vientos secos. Esto explica un cambio brusco de un régimen de exuberantes precipitaciones en la Patagonia Occidental al de un semidesierto en la oriental. En lo referente a las temperaturas, este régimen de vientos implica un clima isotérmico, con temperaturas bajas en el Pacífico y oposiciones térmicas más fuertes al interior. En comparación con Europa, el verano es relativamente frío y el invierno, cálido, al extremo de que también en Tierra del Fuego el ganado puede permanecer al aire libre durante todo el año, al menos en las tierras bajas, mientras que, por otra parte, en Magallanes no alcanzan

<sup>1</sup>"Seca al sol su vestuario, confeccionado de barro".— Nota del Traductor.

a madurar los cereales (salvo variedades especiales).

No menciona Poeppig, entre los viajes de exploración, los organizados desde Chile, apenas ocupado el país por los españoles, que fueron los de Francisco de Ulloa (1553-54) y Juan Ladrillero y Francisco Cortés Ojeda (1557-59), quienes revelaron que, para aquel tiempo, la región en cuestión no tenía interés. La exploración de la Patagonia Oriental fue imposible hasta los días de Poeppig, por la cuña araucana ya mencionada, que impedía llegar a ella desde Chile.

En contradicción con la opinión de Poeppig, la Isla Grande de Tierra del Fuego ofrece, en realidad, un interés similar que el territorio situado al norte del Estrecho de Magallanes. No debe olvidarse que la Cordillera de los Andes se dirige por su parte occidental al Cabo de Hornos, quedando al oriente de ella las mismas pampas que se prolongan a través del Estrecho a la Patagonia.

La información de que disponía Poeppig sobre la expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa era muy incompleta. En realidad, este navegante cometió el error de suponer que los cereales europeos crecían en Magallanes, y la expedición los cultivó, incluso el maíz, debiéndose su pérdida en gran parte a este error. Sarmiento, por su parte, hizo lo humanamente posible para llevarle auxilios, pero fracasó ante una resistencia invencible de las circunstancias, entre las cuales desempeñaban un papel preponderante los temporales, que no le permitieron volver a acercarse al Estrecho.

Con respecto a las corrientes marinas, debe agregarse que los vientos del oeste impulsan a la del Pacífico Sur, que se dirige a la costa austral del país, donde se divide en dos ramas: una que corre hacia el SE. por la costa austral de Magallanes y doblando el continente en el Cabo de Hornos (muy bien observada por Poeppig en el presente capítulo), y otra que toma, desde más o menos la altura de la Isla Mocha, dirección al norte y es conocida con el nombre de Corriente Chileno-Peruana (impropiamente llamada de Humboldt).

*Nota 2. El archipiélago de los Chonos y el de las Huaytecas.*— Los productos naturales que se encuentran en la provincia de Concepción a diversas alturas sobre el nivel del mar parecen ser los mismos hasta lejos hacia el sur. La actividad volcánica, que se limita en las provincias del norte de preferencia a las cavidades profundas y sin boca de la costra terrestre, se destaca mucho más cerca de la superficie hacia el sur, siendo muy llamativa próximo al Estrecho de Magallanes. A ella se debe el aspecto agreste, proveniente de destrucciones extraordinarias, que caracteriza, en parte, a aquella región. El archipiélago situado al sur de Chiloé, como también aquellos que acompañan el continente hasta el cabo Pilar, formando numerosos grupos todavía no reconocidos, están compuestos casi únicamente por masas de rocas quemadas de origen volcánico, que constituyen, en parte, acumulaciones de lavas porosas, o que se presentan en la forma de inmensos depósitos de basaltos. Los chilotos informan de algunas pequeñas islas en el grupo de los Chonos, que ofrecen fenómenos tan curiosos como el Tajamar Gigante de Irlanda y la gruta de Fingal del hemisferio boreal. Este predominio de los basaltos, que representa los productos volcánicos más difíciles de destruir por influencia atmosférica, condena los archipiélagos nombrados a una gran infertilidad, o promete poco de bueno a futuros colonos. Don José de Moraleda, oficial de la marina española, recibió el encargo de reconocer aquellas islas, cumpliéndolo en los años de 1793 y 1794,

para cuyo efecto salió con su pequeña expedición desde Chiloé. Su informe, que es poco conocido, comprueba una gran afinidad de la vegetación de las islas con la del continente situado más al norte. Las bambúceas formaban espesuras impenetrables, y se encontraron numerosos matorrales espinudos de arbustos sin hojas (*Colletia*), grandes superficies de quiscos (*Cactus coquimbanus* Mol.), el temú (*Temus* Mol.), las mirtáceas, cipreses (*Thuja andina* Poepp.), la luma (*Myrtus luma* Mol. *nec auct.*), el avellano (*Guevina*) y muchos otros arbustos y árboles de la zona subandina de las provincias australes de Chile. Las islas mayores todavía están pobladas, pero por un pueblo nómada y que vive normalmente en el continente. Ovalle informa que a mediados del siglo XVII se encontraban en esa parte algunos pocos misioneros de la Sociedad de Jesús. La gente era de buena disposición, pero muy pobre y muy desaseada, y el territorio fue calificado como extraordinariamente infértil. Al parecer, éstas son las misiones más australes que han existido en la América del Sur, pues aun cuando otras parecen haber sido proyectadas, no se las realizó. Los españoles abandonaron aquel archipiélago ya mucho antes de la revolución, y tampoco el actual gobierno se preocupa por él.

*Nota del Traductor.*— La acción glacial, extraordinariamente intensa en la Patagonia Occidental, ha producido una transformación del relieve, que transmite al paisaje, si se le contempla desde alguna distancia y sin preocuparse de la calidad de las rocas, el aspecto de una actividad volcánica. Se debe

el mismo sobre todo a los circos glaciales emplazados en muchas partes cerca de las cumbres y que pueden ser confundidos fácilmente con cráteres volcánicos. En realidad, no existe en los archipiélagos australes casi en ningún punto la actividad volcánica a que se refiere Poeppig. En efecto, el archipiélago de las Huaytecas y el de los Chonos consisten casi totalmente en micacitas, anfibolitas, gneises y filitas, posiblemente permo-carboníferas, con pequeños afloramientos del batolito patagónico de diorita andina y de arcillas y areniscas marinas del mioceno (estratos de Navidad). Al sur del golfo de Penas se encuentra a lo largo del litoral, hasta el Estrecho de Magallanes, una faja compuesta por estratos de pizarras arcillosas, areniscas cuarcíferas y calizas, en parte transformadas en mármoles, pertenecientes al permo-carbonífero. La formación predominante hasta el Cabo de Hornos es, sin embargo, el batolito patagónico ya mencionado, compuesto por diorita cuarcífera, gabro, granodiorita y granito, con filones aplíticos, pegmatíticos y lamprofíricos del cretáceo medio o superior. Constituye toda la parte occidental de la cordillera andina y aflora en el continente frente a los archipiélagos de las Huaytecas y de los Chonos y de la península de Taitao, al oriente de la faja paleozoica ya nombrada, y al sur del Estrecho de Magallanes, también en el litoral. Faltan por completo manifestaciones volcánicas recientes en los archipiélagos, pues los escasos volcanes existentes están situados únicamente en la parte continental. Debe recordarse que Poeppig repite en esta nota lo afirmado por otros autores, pues él no conoció esa región.

Los viajes de Moraleda fueron en realidad cuatro y se efectuaron en 1787, 1788, 1792 y 1794. En ninguna parte, este célebre navegante informa haber encontrado en los archipiélagos por él visitados ejemplares de género *Colletia*, ni mucho menos quiscos.

*Nota 3. El olor de la tierra en el mar.*— Quien haya realizado un viaje a la América del Sur o a las Indias Occi-

dentales recordará siempre con placer la sensación recibida al acercarse a tierra. Posiblemente, ninguno de los sentidos es afectado entonces en forma tan intensa como el olfato, sobre todo cuando uno se acerca a tierra en las primeras horas de una mañana tranquila de estío. En la costa septentrional de Cuba, primer país americano que avisté, el 30 de junio de 1822, llamó a bordo a todos la atención un fuerte olor a violetas, que desapareció cuando se presentó la temperatura más elevada del día, o que se esfumó entre muchos otros olores que se hicieron sentir a mayor proximidad de la costa. Una estada más prolongada en aquella isla permitió conocer más tarde la planta que producía aquel olor tan agradable y tan intenso, hasta una distancia de dos o tres millas inglesas. Pertenece al género *Tetracera*, y está caracterizada, entre otras cosas, por la gran dureza y aspereza de sus hojas, empleadas por los ebanistas y otros artesanos indígenas para diversos fines técnicos. Como mata trepadora, alcanza la copa de los árboles más altos de la selva, creciendo entonces hasta considerable distancia, y se cubre en la temporada de las lluvias con infinitos ramos de flores muy olorosas, pero que exhalan su olor sólo de noche, siendo casi inoloras durante las horas más calurosas del día. Esta última característica, para la que no faltan ejemplos también en Europa, permite clasificar a esta planta en la clase de las dormilonas diurnas, que se encuentran en las zonas tórridas en número mucho mayor que en los climas más fríos. Debido a las altas tem-

peraturas que corresponden a los rayos solares directos entre los paralelos del trópico, muchas plantas de una textura más fina tienen que cerrarse necesariamente frente a ellos, o al menos ser sometidas bajo su influencia en un estado de pasividad, que es incompatible con la intensa actividad que determina, tanto en la vida de las plantas como en la de los organismos superiores, el punto culminante de su existencia y el cumplimiento de su fin esencial, es decir, de la propagación. Sólo durante el mismo la mayoría de las flores exhalan olor, y se puede observar que cuando termina el orgasmo erótico, es decir, cuando revientan los utrículos y se derraman los granitos de polen, el olor cesa casi de inmediato. Este hecho se observa sobre todo, y es fácil de comprobar, en las palmeras, como ocurre especialmente en una especie muy grande del género *Maximiliana*, del Amazonas superior, que tiene hasta ese período una exhalación extremadamente fuerte, de olor casi espermático, como también en diversas orquídeas herbáceas con grandes flores (*Chloræa* Lindl., *Gavilea* Poepp.), que habitan las regiones más elevadas de Chile.

En general, la abundancia de diversos aromas es extraordinariamente notable en las selvas de las regiones tropicales, y debe buscarse en ellos quizás la causa de las curiosas sensaciones corporales que se tienen cuando se penetra en ellas y que se experimentan también después de una adaptación más prolongada. Al lado de las exhalaciones de las flores, no deben olvidarse las que producen las cortezas

resinosas y las hojas, y posiblemente debe atribuirse a las numerosas familias de las terebintáceas, lauráceas y mirtáceas el agradable olor de la atmósfera en aquellos países de que jamás se alejan mucho los benéficos rayos solares. Si se rechazara la influencia del olfato, sería imposible explicar la causa de la intranquilidad de los animales a bordo de un buque que se ha acercado a tierra hasta algunas millas. Los marinos son de opinión de que los animales descubren la tierra siempre mucho antes que el hombre, una suposición que encuentra su confirmación en el hecho de ser sobre todo los animales dotados de un olfato especialmente desarrollado, como los cerdos y perros, los que se muestran más intranquilos al aproximarse a tierra. Lo que escriben antiguos viajeros acerca del olor de las especerías de las Molucas, que se habría percibido hasta a cien

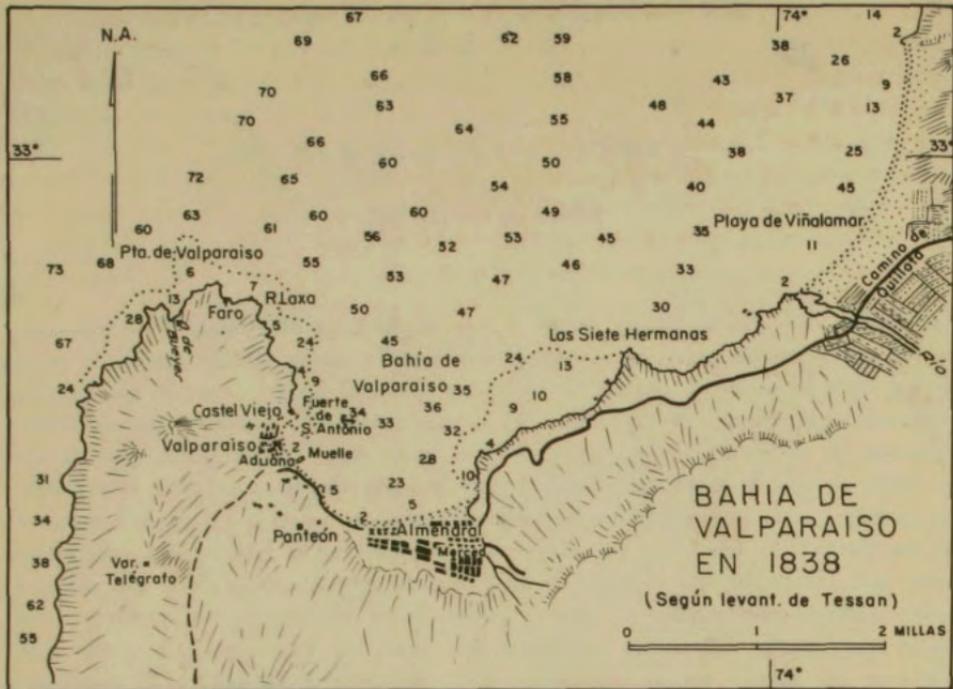
millas de la costa, está inspirado demasiado en las exageraciones de tiempos pasados para merecer una discusión. Pero es efectivo que también el hombre es capaz de percibir desde el mar el olor de plantas que crecen en sociedad, bajo condiciones secundarias favorables, hasta una distancia de una y media o dos millas geográficas. Al navegar frente a Colares (en agosto de 1832), aguas abajo de Pará, nos llamó mucho la atención el olor del mirí (*Humiria*), que crece allá en gran cantidad y que conocía muy bien. Nos encontrábamos a sotavento, pero a una distancia de cerca de tres horas de tierra. Las exhalaciones mefíticas de ciertos puertos de países más cálidos y de los extensos pantanos de mangle, aunque producidas por otras circunstancias, pertenecen a las causas de índole desagradable del olor de la tierra.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### *Estada en Valparaíso*

La rapidez con que entramos desde el mar en la tranquila bahía de Valparaíso apenas nos permitió examinar el paisaje con aquella aguda mirada que se le suele dirigir cuando se desea retener la impresión perenne de una escena novedosa y extraordinaria. Pasada la agitación del primer momento, pudimos, sin embargo, disponer de suficiente tiempo para este fin, pues pasó mucho hasta que hiciera su visita el bote de la aduana, esperado con impaciencia, para permitir ir a tierra. Es posible que la primera impresión que producen en nosotros las cosas exteriores no sea siempre la más justa, y rara vez se conservará en el futuro, pero este hecho tiene una excepción con respecto a la influencia que corresponde a los paisajes sobre nuestros sentimientos y nuestro juicio. Entre los numerosos forasteros que tocan anualmente Valparaíso, no habrá uno solo, sin embargo, que olvide más adelante, por mucho que se acostumbre a los alrededores del puerto, la impresión desfavorable que recibió de ellos al contemplarlos por primera vez. La sensación de la esperanza amargamente engañada que tuvo en aquel momento, no la volverá a olvidar más. Por otra parte, es difícil que ello no ocurra así. Mucho antes de alcanzar las tempestuosas latitudes del Cabo de Hornos, el viajero habrá tratado de abreviar el lento pasar de los días de los viajes en los mares tropicales leyendo los libros que existen sobre Chile. Casi en todos aquel país aparece retratado como el jardín siempre verde de América, como una segunda Sicilia, en los colores más brillantes. Solicitamente, la fantasía se apodera de esta engañadora imagen, recorriendo con ansias la superficie azul oscura, inducida a ello por la uniformidad de la escena e imaginándose en su límite extremo el país anhelado como una segunda Citera, surgiendo con juvenil y amable frescura del seno del mar. Los peligros y padecimientos de los temporales antárticos sólo contribuyen a aumentar el engaño, pues a igual que el hombre lo hace en otras circunstancias, también el viajero marítimo llena su fantasía con bellísimas imágenes plenas de esperanza y que lo indemnizarán en el futuro por las pesadas penurias que está pasando en el momento.

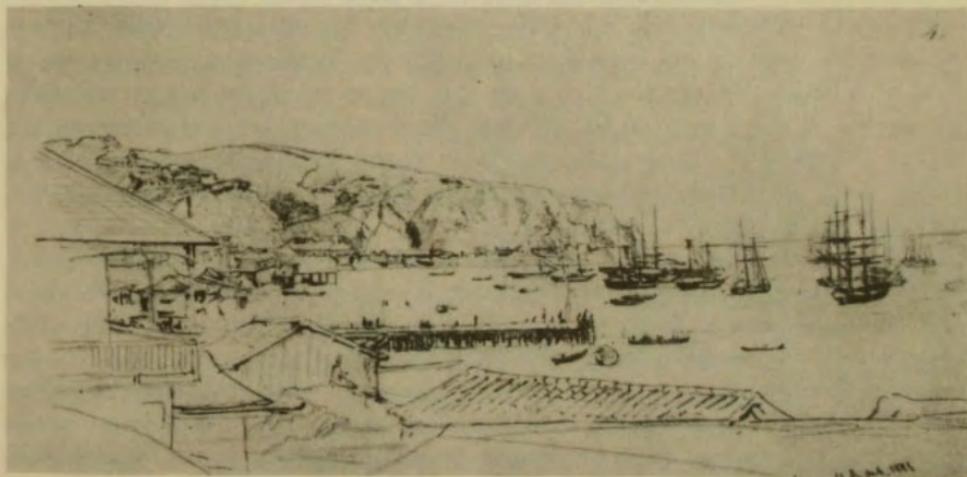
El sitio en que largamos primero el ancla, y que sólo fue elegido hasta que las autoridades del puerto señalaran otro más conveniente, se encontraba en la boca misma de la bahía, entre el hermoso buque de línea británico "Warspite" y



el buque mexicano "Asia", un par de colosos, al lado de los cuales nuestro "Gulnare" parecía muy poca cosa. En apretadas filas se encontraban más de 80 embarcaciones de todos los desplazamientos frente a nosotros, dedicadas a los múltiples trabajos que transmiten al interior de un puerto marítimo con gran movimiento una imagen atrayente de la actividad humana. Sobre nosotros se elevaba la cúpula de un cielo azul inmaculado, y los vigorosos rayos del sol fueron mitigados por una corriente proveniente de los cerros, de modo que sólo creíamos sentir el agradable calor de un día de primavera. Pero lo hermoso del cuadro se limitaba

El "Asia", o como fue rebautizado por los mexicanos, "El Congreso", era un buque de línea de 64 cañones, construido según un modelo un poco anticuado. Había sido enviado junto con el bergantín "Aguiles" al Océano Pacífico durante la Guerra de la Revolución. Los oficiales, que eran en su mayoría constitucionales, lo entregaron al gobierno mexicano en San Blas (California), y el "Aguiles" se pasó a los chilenos. Después de una reparación muy costosa, que se realizó en Valparaíso, por falta de operarios adecuados en los puertos mexicanos, el primero de estos buques dio la vuelta por el Cabo de Hornos y llegó felizmente a Veracruz, para luchar bajo el comodoro Porter contra los españoles. El "Warspite", que tenía 74 cañones, había llegado desde Nueva Gales del Sur, y fue el primer buque británico de este tamaño que realizó el viaje alrededor de la tierra.

únicamente a lo que ocurría en el primer término cerca de nosotros. Después de haber encontrado en el largo viaje sólo algunas islas roqueñas, terriblemente negras y estériles, situadas bajo un cielo triste, buscábamos en vano un árbol verde, o siquiera un faldeo pastoso. Por donde se mirara, sólo se presentaban murallas rocosas, grises y sieníticas, que se transformaban poco a poco en una serranía semicircular. En los faldeos y en la cumbre de esta última predominan los colores café y colorado ladrillo, y no existe algún grupo de árboles que interrumpa esa triste uniformidad, pues la ingrata tierra sólo es capaz de alimentar arbustos con ramas leñosas y hojas grises. Muchas faldas anchas carecen incluso de ellos, y están cubiertas con escombros de piedras o surcadas por profundos canales de color rojo-café. Senderos estrechos y visiblemente difíciles de subir permiten a los peatones alcanzar hasta la cima de las serranías, y alrededor de ellos se levantan nubes de un polvo rojizo, a través del cual se perciben de vez en cuando prolongadas recuas de mulas cargadas, que están bajando al puerto. Las profundas quebradas oscuras que descienden desde la cima de los cerros hasta el mar parecen no contener arroyos alimentadores, pues sus paredes verticales son aún más desnudas que el resto del paisaje. Sólo en sus fondos existe alguna sedimentación, y únicamente en él se observa una débil coloración verde, como síntoma de algunas pobres huertas que los campesinos cultivan durante un tiempo limitado del año. La angosta costa arenosa está cubierta por un laberinto de construcciones irregulares, mezcladas con ranchos bajos y no interrumpidas por algún edificio público grande o por alguna torre, y que casi no se destacan de la oscura roca que se eleva



7. PANORAMA DEL PUERTO DE VALPARAÍSO, 1841. *Rugendas.*

Dibujo confeccionado desde el English Marine Hotel, en el que se hospedó también Poeppig. El muelle de pasajeros. Al fondo, los cerros de Playa Ancha, al pie de los cuales se construyó el puerto actual.

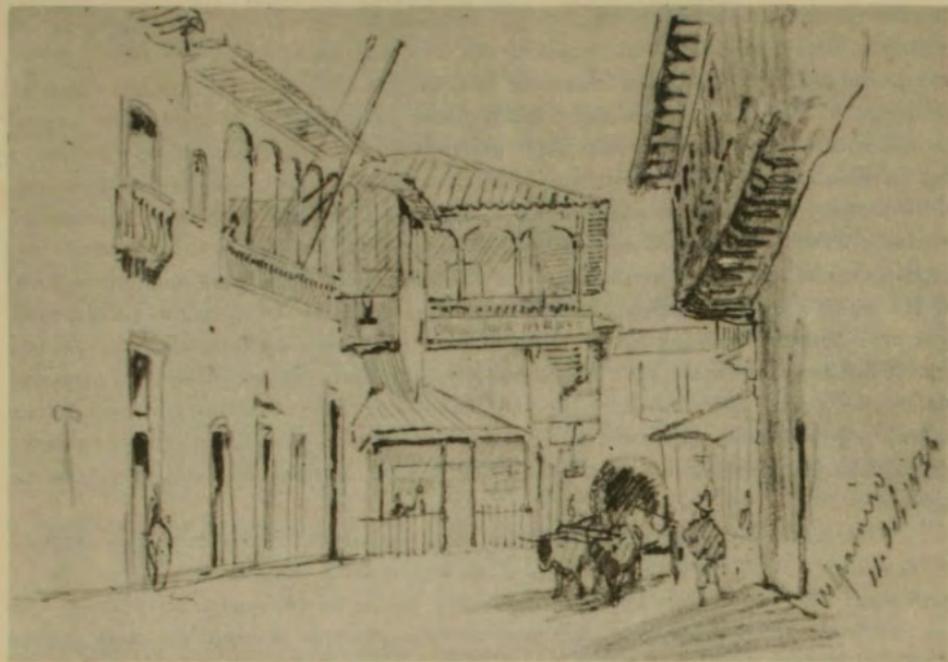
*Original en la Staatliche Graphische Sammlung. Munich.*

detrás de esa costa. Casi comparables a nidos de aves, se hallan suspendidas numerosas pequeñas casas, escalonadamente, en la roca emparejada, pero son tan estrechas y reducidas, que no sugieren la idea de ser habitables. Más allá, a la izquierda, se presenta un llano arenoso, amplio y ancho, en que se encuentran diseminadas largas hileras de edificios que poco prometen, pero por sobre cuyos polvorientos techos se eleva de vez en cuando un árbol. Trátase del barrio del Almendral, que sería sin duda la parte más activa de la ciudad, debido a su extensión, si la costa, que se aplana muy lentamente, permitiera el desembarque de botes cargados. Hacia el oriente, la bahía está cerrada por cerros rocosos desnudos, en todo sentido similares a los anteriores, hasta que finalmente se pierde en el mar la última de las puntas del continente que se proyectan como bastidores. El accidente más distante de este panorama poco atrayente es la Silla del Gobernador, una punta con dos cimas situada lejos hacia el norte, que indica a los porteños en el invierno los síntomas más seguros de un cambio del tiempo y la proximidad de alguno de los temporales del norte, tan temidos. En este ropaje de una infecundidad desalentadora se nos presentó Chile, tan largamente esperado. Pero debe observarse que nos habíamos acercado a sus costas en la temporada menos favorable del año. El mes de marzo pone término en Chile a un prolongado verano, casi siempre sin lluvias, y es aquel mes en que los vientos permanentes del sur substráen al suelo rocoso y pobre la escasa humedad que todavía le hubiera quedado. Si bien Valparaíso y sus alrededores inmediatos jamás cumplirán las esperanzas que uno abriga respecto de Chile, debe destacarse que el paisaje se presenta algo más amable en la segunda mitad del invierno, o, mejor dicho, en los dos meses que corresponden en aquella zona a la breve primavera. Las alturas se cubren entonces con un pasto corto, el que desaparece más tarde sin dejar rastro, quemado por el calor y la sequía del verano. Pero antes que éste se inicie, las lluvias invernales han lavado el polvo rojo de los arbustos. Puede ocurrir entonces que el recién llegado contemple el paisaje con una mirada menos descontenta, sobre todo si se acerca desde las costas inmensamente tristes del Perú, sujetas a la irrevocable maldición de un espantoso desierto.

Después de haber recibido a bordo las visitas oficiales usuales, fuimos por fin autorizados para desembarcar. Al pie de la aduana de Valparaíso volvimos a tocar tierra sólida por primera vez después de 115 días. Mientras que los compañeros de viaje estaban preocupados por el hospedaje común, la curiosidad me indujo a hacer inmediatamente un paseo por las calles y las quebradas más próximas. Cuando uno desembarca por primera vez en un alejado continente, espera encontrarse con escenas que recuerden la gran lejanía de la patria, atrayendo la atención en esa forma absoluta que constituye, sin duda, uno de los mayores encantos del viajar. Se corresponde del modo más perfecto a estas expectativas en los países tropicales, pues la naturaleza y la gente se presentan allá en formas insólitas. Siempre esta primera impresión es grandiosa, y por más que uno se acos-

tumbre a recibir sucesivamente nuevas impresiones en viajes incesantes, no se olvidará jamás de aquella que experimentó con toda su intensidad cuando, neófito inexperimentado de la región boreal de la tierra, se halló por primera vez entre las extrañas o brillantes formas del trópico. Debe atribuirse a su excitación grande y poderosa el recuerdo que nos deja, prefiriéndolo a todo otro, conservándolo, y sintiendo una predilección, muchas veces comprobada, por el primer sitio en que desembarcamos, lo que se explica por la tendencia humana a ligar los recuerdos, en lo posible, a hechos materiales. Damos a menudo, después de largos años, preferencia a su recuerdo, frente a muchas escenas más bellas que tuvimos oportunidad de conocer en el transcurso del viaje. En las Indias Occidentales, en el Brasil, y frecuentemente también en el Perú, el recién llegado es impresionado de una manera desacostumbrada por el número extraordinario de africanos; la gravedad de los indígenas, de color café; los colonos más blancos, vestidos en trajes nacionales; la edificación diferente; la abundancia de aves, pescados y frutas extrañas que llenan los puestos de venta, y, por fin, todo lo curioso de las costumbres nacionales.

No ocurre lo mismo en Valparaíso. Uno recorre la única calle que conduce al mercado, de insignificante apariencia. A ambos lados hay tiendas llenas con los productos de la industria europea, exhibidos en parte con igual buen gusto que en nuestras ciudades mayores. Alternan con las grandes bodegas de casas comerciales británicas de primer rango y con las tabernas de los marineros, de las que salen sonidos que también se podrán escuchar en Londres o Hamburgo. Es cierto que, excepción hecha de las horas caniculares del mediodía, la gente se aglomera en esa calle de gran movimiento comercial, pero en su mayoría son extranjeritos, y casi se oye hablar más la lengua de Inglaterra que los sonidos más sonoros de la península hispana. Los trajes nacionales desaparecen entre el vestuario para mí inexpresivo de la moda del norte de Europa, e incluso los puestos del mercado no ofrecen nada que recuerde las costas del Océano Pacífico. El mercado está ocupado por cosas que uno ha visto crecer desde niño en su país, o como se producen en cualquier lugar en la parte austral de Europa. Por excelentes que sean las uvas y las naranjas del país, les falta el atractivo de la novedad. Incluso la esperanza de encontrar algo característico en las quebradas próximas se ve amargamente defraudada. Los escasos árboles de este suelo rocoso, cubierto sólo por una delgada capa vegetal, cuidadosamente protegida contra el peligro de ser arrastrada por el agua y el viento, son los mismos de nuestro continente. No hay ningún mango cargado de frutas, ningún tamarindo con anchas ramas o alguna elevada palmera que nos recuerden que hemos cruzado océanos; apenas algunos olivos grises testimonian la suavidad del clima. Incluso las escasas plantas de jardín son europeas, y entre ellas la ruda ha encontrado un ambiente tan propicio, que emigró, propagándose a los cerros pelados, haciendo aún más viva la imagen de las costas mediterráneas, que se impone por todas partes. Por lo demás, este primer



8. EL ENGLISH MARINE HOTEL EN VALPARAÍSO, 1834.  
Rugendas.

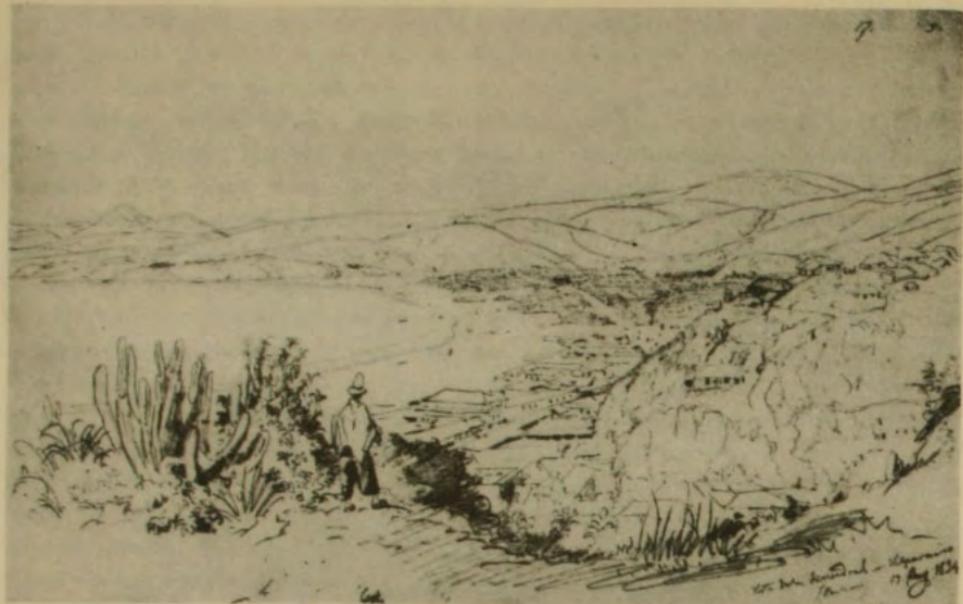
Es el mismo hotel en que se hospedó Poeppig, un edificio de dos pisos, con alguna influencia de la arquitectónica limeña contemporánea, desaparecida más tarde. También la ostentan los edificios vecinos.  
Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.

paseo, forzosamente muy corto, tampoco ofrece nada digno de ser destacado en cuanto a lo botánico. Las únicas plantas<sup>1</sup> que cabría mencionar eran arbustos pequeños e inaparentes, que ostentaban sólo de vez en cuando todavía en esta temporada desfavorable una miserable flor y que se presentaban semisecos y polvorientos.

Durante los primeros días me alojé bastante mal en el llamado Hotel Inglés. Las casas de la ciudad son en su mayoría tan estrechas e incómodas, que uno tiene que conformarse con un cuartito sin ventana. Hace sólo pocos años que existen dos hoteles para recibir a los forasteros. Antes de la llegada de los europeos del norte, o mejor dicho, antes de abrirse los puertos al comercio, no se conocían ni en el principal de ellos ni en la capital las comodidades que tales albergues ofrecen al viajero. Según la costumbre del país, uno dependía de la hospitalidad de

<sup>1</sup>*Calceolaria rugosa* R. et Pav., en todas partes en las rocas, detrás de las casas; *Baccharis genistelloides* Pers.; *Eugenia ferruginea*, *E. stenophylla* Hook.; *Cristaria betonicaefolia* Pers.; *Adesmia balsamica* Bertero; *Acacia cavenia* Hook.

familias conocidas cuando pertenecía a las clases superiores, y el pobre se alojaba entonces como todavía lo hace: debajo de un techo saliente que le ofrezca algún abrigo extiende su poncho, se envuelve en él y pasa la noche en tranquilo sueño. Cuando un campesino procedente del interior lleva consigo mulas, abandona la ciudad al atardecer, para preparar su campamento en un sitio libre de los alrededores inmediatos. En la temporada apropiada se les puede observar diariamente entre los caminos rodeados por olivos del barrio del Almendral, y sin necesidad de una descripción imperfecta, se puede aprender en ellos idéntico método de viajar y los procedimientos que uno mismo empleará al abandonar la ciudad. La llegada de un número creciente de extranjeros y la carestía resultante de una ampliación del mercado han tenido que limitar por supuesto la hospitalidad, a pesar de haberse conservado todavía la costumbre de que los capitanes de buques consignados con fuertes partidas de productos a los comerciantes sean hospedados en las casas de éstos durante su estada en Valparaíso. Debido a la preocupación de algunos compatriotas alemanes, que viven desde hace años en el puerto y que están familiarizados con las costumbres del país, conseguí pronto una casa en el barrio del Almendral. Era pequeña, y había estado desocupada durante mucho tiempo, por lo cual se hallaba tan llena de pulgas —lo que es inevitable en este clima—, que fue necesario, antes de poder ocuparla, cubrir durante algunas mañanas el piso de piedra de la pieza con paja, a fin de quemarla en seguida, pero sin lograr disminuir mucho de esta manera la cantidad de esos molestos convivientes. En general, lo que se padece por estos insectos es casi insoportable. Si bien se trata de la única plaga de esta naturaleza que se conoce en Chile, tiene de desagradable que uno no se puede proteger contra ella por un mayor aseo y cuidado. Se presenta también en las casas de las mejores familias, amargando bastante la vida. Los campesinos, en quienes la limpieza no es una virtud especial, están obligados a dormir en verano fuera de sus ranchos, y por la misma razón el viajero se cuidará de no levantar su campamento nocturno en el corredor de una casa de campo. Casi no hay ningún escritor que se haya ocupado de Chile que no mencione este hecho tan desagradable, que —dicho sea de paso— se extiende a lo largo de toda la costa occidental, para alcanzar en algunas regiones del Perú una magnitud realmente insoportable. Contribuyen a ella la mala costumbre de los chilenos de rodearse siempre con verdaderos rebaños de perros inútiles, y la construcción anticuada de sus casas, en que el piso sólo raras veces está cubierto de tablas limpias de madera, pues por lo general es de ladrillos polvorientos o consiste simplemente en tierra apisonada; pero no son ésas las únicas causas, pues también los patios asoleados están poblados por los mismos insectos molestos. El clima seco, junto con un calor relativamente muy parejo, contribuirá probablemente a conservar aquella plaga, a pesar de lo que pueda contribuir el aseo, como corolario de mejores hábitos. Los poco numerosos muebles caseros, sencillos de acuerdo con la costumbre del país, pero suficientes para el naturalista contentadizo, fueron ad-



9. VISTA DEL ALMENDRAL, 1834. *Rugendas.*

Mirando desde el cerro de La Esmeralda hacia el este, se contemplaba al frente el cerro en que ahora se encuentra el cementerio y más allá el barrio del Almendral, con amplia playa. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

quiridos en pocos días. Estaba avanzando la temporada invernal, y, según la opinión general, los viajes al interior serían en ella no sólo difíciles, sino también infructuosos. De modo que no había otra solución que pasar algunos de los peores meses en el propio Valparaíso. Por casualidad, las primeras excursiones fueron hechas en compañía.

En el mismo día en que llegamos a Valparaíso tocó el puerto también la corbeta rusa "Moller", al mando del capitán Stanikowich, desde Río de Janeiro, y destinada a las posesiones rusas en la costa del noroeste, para llevarles provisiones de guerra, abastecimientos y dinero. Los oficiales a bordo de este buque eran en su mayoría jóvenes pertenecientes a las mejores familias y tan bien instruidos como entusiastas. Al segundo día después de nuestra llegada común, subimos a los cerros detrás de la ciudad, y continuamos el camino hasta un valle situado más allá. Los jóvenes marinos lamentaron sólo encontrarlo todo tan pelado y sin poder hacer botín, pues, ausentes del buque por pocos días, y con la expectativa de no volver a tocar tierra antes de alcanzar las latitudes frías del hemisferio boreal, anhelaban aprovechar bien el plazo de esparcimiento que se les había concedido, casi con el ánimo de hacer diabluras propias de un muchachito. Corrían

dando saltos sobre los cerros y las rocas, expresando a lo sumo por medio de breves exclamaciones su descontento por el escaso uso de sus escopetas tan relucientes que podían hacer en este país. En ninguna temporada los alrededores de Valparaíso abundan en aves, pero se encuentran casi despoblados de ellas al final del verano, cuando se han secado los arroyos y las plantas, cuando ningún insecto evoca con su alegre zumbido la vida general, y todos los animales superiores han emprendido la fuga. Apenas alcanzaron a cazar aquellos cazadores algunas lloicas y traros<sup>1</sup> silbantes, que poblaban el seco matorral. La vista es hermosa desde el cerro de las señales detrás del puerto, pero sólo la que se dirige a la lejanía, pues el observador se encuentra sobre un suelo desnudo y de color ladrillo, cuya superficie, endurecida hasta la consistencia de una roca, ha sido abierta por infinitas grietas por el sol sin nubes y los vientos secantes. Semiencogido y difícil de reconocer fue para nosotros el aromático póquil (véase la nota 1 al final del capítulo), como única planta herbácea que se había conservado, pues de las gramíneas que esperábamos hallar sólo vimos algunos fragmentos. Una de ellas, el curioso colihue, una bambúcea impedida en su crecimiento por la esterilidad del suelo y aplastada por los eternos vientos fuertes, se encuentra tendido en el suelo como arbusto inaparente, impidiendo marchar con rapidez e incluso lastimando los pies del caminante con las puntas de sus ramas. Los únicos habitantes de estas alturas son arbustos aislados, que exteriorizan un aspecto seco y espinudo muy característico—adesmias, proustias, bacaridas y eupatorias—, provistos en parte de hojas grises, o bien de un triste color oscuro, y sólo de vez en cuando aparecía quizás una mirtácea inaparente. Aunque se intensifique mil veces la civilización en Chile, esas serranías no ofrecerán un campo propicio al empeño del campesino. Sin agua y sin sombra, están sujetas a la desventaja especial de encontrarse muy expuestas a las lluvias invernales. Por tal motivo, se han abierto en ellas numerosas grietas en que los trozos de rocas redondeadas y acumuladas testimonian claramente, también en la temporada más seca, la violencia de aquel elemento en los meses invernales, una violencia a que en vano trata de oponerse la fuerza humana por medio de diques de escasa eficiencia. Pero doblemente bella era la vista a la distancia. Apenas se ve Valparaíso, sustraído en gran parte a la mirada por los abruptos faldeos rocosos. Sólo se observan con toda nitidez las quebradas con sus casas incómodas, más allá una pequeña parte del desembarcadero y por último el arrabal del puerto. La bahía se extiende en forma amplia con sus variadas embarcaciones; sus promontorios se proyectan hasta muy adentro del mar, en cuyo inmenso espejo azul se pierde el ojo en lejanías extrañas, pero solitarias. Más allá de la cima de la serranía, comenzamos a descender por un sendero estrecho y difícil, observando debajo de nosotros la faja angosta y verde del valle, la meta de nuestra excursión, y que debía —como todas las partes semejantes que se carac-

<sup>1</sup>*Sturnus militaris*; *Falco tharus* Mol.

terizaran por una vegetación más viva— su existencia a un arroyo perenne, rodeado de las mismas colinas de color café que habíamos reconocido como el rasgo más típico en el paisaje de esta región. Otras serranías se elevaban en todas direcciones, con poco orden o de formas difíciles de interpretar, y sólo las humaredas ascendentes dejaban adivinar que se encontraban en su seno pequeños oasis similares, cerca de domicilios humanos. Aun cuando la vegetación que ostentaba el valle no correspondía de manera alguna a la que el viajero marítimo había esperado ansiosamente encontrar hace sólo pocas semanas, no era del todo ingrata. Entre las grandes y hermosas matas de los chilcos (fucsias), de las ruizias y de las mirtáceas, que son higrófilas, corre un angosto arroyo, que a veces se amplía en pequeños pantanos, los que serían incapaces de resistir al calor solar si no estuvieran protegidos por el tupido enjambre que forman las hojas de la nalca (*Gunnera*), una planta que tiene mucho parecido en magnitud y aspecto general con nuestra bardana común. Entre ellas se observa el berro, representado en Chile por numerosas especies, difíciles de distinguir. Los cazadores rusos tuvieron aquí la satisfacción de cazar algunas aves de pantano y el loro común chileno, que por lo general no es frecuente tan cerca de Valparaíso.

Por fin nos encontramos frente a los edificios de la hacienda de Lagunilla. Si la experiencia unida con la arquitectura de Valparaíso ya le había advertido a uno que no esperase mucho en cuanto a elegancia, acogedora amabilidad y expresión rústica, la realidad dejaba muy atrás las exigencias más modestas. Ni siquiera en la proximidad inmediata de sus ciudades más grandes, el chileno ha sabido dotar a las casas de sus fundos de un aspecto cómodo y compatible con la vida hogareña moderna; de acuerdo con la manera de vivir que se seguía hasta hace poco, se conformaba con el mobiliario antiguo, adaptado al estado cultural muy bajo de los tiempos pasados. Entre pircas de poca altura y semidestruidas, mediante las cuales se trata de proteger los campos cultivados —cuyos rendimientos son muy pobres— contra la invasión de los rebaños hambrientos, se halla una pequeña aglomeración de casas inaparentes o, mejor dicho, de ranchos chatos. Las murallas de arcilla café, a menudo ni siquiera blanqueadas, sostienen un techo muy poco inclinado, con un peso tan grande, que este solo hecho explica por qué los edificios se derrumban con tanta facilidad en los terremotos. Ese techo sobresale un poco a un lado, para formar un corredor, apoyado en postes de madera sin arte alguno, y tanto esa galería como el interior de la casa tienen pisos de greda apisonada. Rara vez existen ventanas, pero su lugar es ocupado por grandes puertas, con hojas muy torpes para moverse. Paredes que tienen la altura de las murallas principales separan al interior las escasas piezas, pero como no existe un cielo raso entre ellas y el espacio debajo del techo, se puede escuchar al menos todo lo que se conversa en las demás divisiones del edificio. Conduce a esta casa un camino no pavimentado, que es peligroso incluso para un jinete en la época de las lluvias, por su carácter pantanoso; está rodeada de ranchos bajos y feos, cubiertos por

un techo de paja, y posee a veces un pequeño jardín descuidado. El interior corresponde al exterior, pues antes el chileno, aun el de las ciudades, se había acostumbrado tanto a la vida rústica del campo, y le agradaban tanto los procedimientos simplísimos y primitivos de los huasos, que no intentó jamás trasladar el menor refinamiento de las ciudades a sus propiedades rurales. Pero ahora está aumentando el número de casas nuevas y bien construidas en el campo, y una experiencia posterior permitió conocer numerosas casas de haciendas agradablemente arregladas, sobre todo cerca de la capital. En la ausencia de los amables dueños, que habíamos llegado a conocer en Valparaíso, nos acogió con muchas atenciones el mayordomo de la hacienda, que al parecer estaba acostumbrado a recibir tales visitas de cazadores.

De una pequeña mesa, cuyo reducido diámetro recordaba la falta de madera de esta provincia, subía el vapor de la cazuela (un pollo con papas y una buena dosis de ají), el guiso más usual, de mejor sabor y más fácil de preparar cuando un chileno tiene que recibir a un recién llegado, hambriento, de las clases superiores. De la mejor manera que se pudo, sentados en el suelo o sobre piedras y sin necesidad de ningún ceremonial, la sociedad nórdica dedicó mucha atención al producto del arte culinario chileno, al parecer para la satisfacción no pequeña de los campesinos, que se habían reunido con amables sonrisas alrededor de los rubios rusos, deleitándose mucho sus tentativas, siempre inútiles, de darse a entender en castellano.

Se acercaba la tarde cuando volvimos a alcanzar la difícil cima del cerro que nos separaba de Valparaíso, empleando esta vez otro sendero. Y cuando observamos la ciudad a nuestros pies, ya había cerrado la noche. Habíamos avanzado durante bastante tiempo sobre estos dorsos pelados, sin seguir un camino propiamente tal, y ahora tuvimos doble dificultad para descubrir un sendero que nos condujera a la ciudad a través de los rocosos escombros de las faldas y junto a precipicios y grietas. Diversas peligrosas caídas nos dieron a conocer lo arriesgado de estas tentativas, y después de cruzar durante largo tiempo y sin éxito de un lado a otro, no nos quedó otra alternativa que alojar al aire libre por primera vez en Chile, y eso a pesar de que veíamos claramente frente a nosotros las luces de los buques y de alcanzarnos algunos sonidos desde la profundidad. Mis juveniles acompañantes adoptaron alegremente esa resolución, a pesar de constituir para ellos algo inesperado y ajeno a sus costumbres, pues seguramente su educación no les había dado nunca oportunidad de someterse a esas duras condiciones y de renunciar a las comodidades de una vida más refinada. Pero la experiencia no se encontraba a la altura de su buena voluntad, ya que ninguno conocía las sencillas reglas del arte que permiten al viajero experimentado acomodarse más o menos bien en tales situaciones. Pero los destinados a prestar sus servicios se empeñaron con todo el entusiasmo que se apodera del joven todavía susceptible de interpretar románticamente la vida salvaje del primitivo, cuando

se encuentra por primera vez en la situación de emplear sus propias fuerzas. Mientras que algunos acumulaban piedras para abrigarse del viento nocturno, otros estaban ocupados en cortar colihues para preparar un lecho común, y un tercer grupo recolectaba las escasas y delgadas ramas de la leña para el fuego del campamento. Cuando finalmente éste formó una elevada columna ardiente, que ascendía al obscuro cielo nocturno, gracias a las escamas de las raíces del chagual (*Puya*) (véase la nota 2 al final del capítulo), que se caracteriza por su contenido de resina, fácil de inflamar, todos manifestaron gran alegría, y seguramente ninguno habría cambiado la escena de esta aventura de su primer campamento bajo el cielo libre por una cómoda cama de San Petersburgo. Sólo muy tarde se estableció el silencio en el grupo que se había apretujado alrededor del fuego, y los cansados se entregaron al sueño, a pesar de no disponer de un lecho blando.

El jefe de una casa comercial alemana (Huth, Grüning y Cía.), el señor S. F. Scholtz, a quien estaba especialmente recomendado, junto con los demás compatriotas, muy poco numerosos, se preocupó mucho de darme a conocer los alrededores de Valparaíso y de proporcionarme consejos y facilitarme los caminos para poder realizar mis planes acerca de mis actividades y viajes en el país. Muchas informaciones útiles me fueron proporcionadas por Alexander Cruickshanks, Esq., cuyo nombre como entusiasta coleccionista botánico se había hecho célebre por sus colaboraciones en las obras de Hooker. Ocurrió así que en algunas semanas conociera los alrededores, o al menos los pocos sitios verdes, evitando sacrificar más tiempo que el indispensable para lograr las escasas colecciones posibles. Este conocimiento local fue de gran utilidad cuando pocos días después de mi llegada tocó el puerto la "Siniavin", otra corbeta rusa, que había acompañado a la primera, siendo separada de ella por los temporales en el Cabo de Hornos. No fue pequeña la sorpresa que el naturalista del buque resultara ser no sólo un alemán, sino un conocido, con quien había mantenido antes relaciones en Europa: el Dr. Mertens, hijo del célebre botánico alemán, acompañaba a la expedición en calidad de médico y botánico, y se encontraba también a bordo, como zoólogo, el barón Friedrich von Kittlitz.

El espíritu muy diferente que animaba a los oficiales de los dos buques rusos se manifestó de inmediato. El capitán de la "Moller", ruso nato, y sin duda un excelente marino, se había conformado con permanecer pocos días en Valparaíso; preocupado sólo de la finalidad precisa de su viaje, se abasteció de alimentos frescos y regresó al mar abierto, sin sacar provecho de la posibilidad de realizar prolongadas exploraciones que se le ofrecía. El capitán Lüttke, de la "Siniavin", un personaje que se caracterizaba tanto por su amabilidad como por su preparación científica, acordó permanecer en Valparaíso durante un tiempo más largo, lo que le agradecieron vivamente sus oficiales y los naturalistas. Arrendó en el barrio del Almendral una amplia casa, y con la ayuda de un numeroso destacamento del buque se la equipó en un día de todo lo necesario, desde un

observatorio y los laboratorios de los naturalistas hasta la cocina y una instalación típicamente rusa: una carpa para tomar baños a vapor. Al segundo día, este centro ya ofrecía el aspecto de un animado cuadro de intenso trabajo. El capitán realizaba experimentos con el péndulo, con la ayuda de varios oficiales, usando para el efecto el mismo instrumento que había acompañado a Basil Hall a estos mares; y los naturalistas, aunque desengañados al igual que yo en sus esperanzas, estaban plenamente ocupados, al menos durante los primeros días, con el material reunido en los alrededores inmediatos. Diariamente efectuábamos excursiones comunes, en que participaban a menudo los oficiales, seleccionados al parecer con gran acierto por el almirantazgo. Algunos pequeños episodios transmitieron especial interés a nuestras correrías, entre los que no faltó un naufragio. Nos habíamos dirigido en un gran bote a la costa del norte, aproximándonos con precauciones a la playa, ya que ninguna experiencia teníamos en el litoral chileno. La resaca, que siempre es fuerte, hizo volcarse el bote, afortunadamente tan cerca de la orilla, que nos fue posible alcanzarla sin tener que nadar, con el agua hasta debajo de los brazos. Fue sensible que uno de los marineros fuera herido gravemente por el bote, cuando éste se dio vuelta, y los cazadores se quejaron de viva voz por haberseles mojado la pólvora. Costó algún trabajo hacer flotar otra vez el bote, que fue enviado de regreso al mando de un oficial, mientras que nosotros, intimidados por esta experiencia de excursiones en el mar, preferimos volver de a pie desde Viña del Mar



10. VISTA DE VALPARAÍSO DESDE EL CERRO DEL BARÓN, 1835. *Rugendas.*

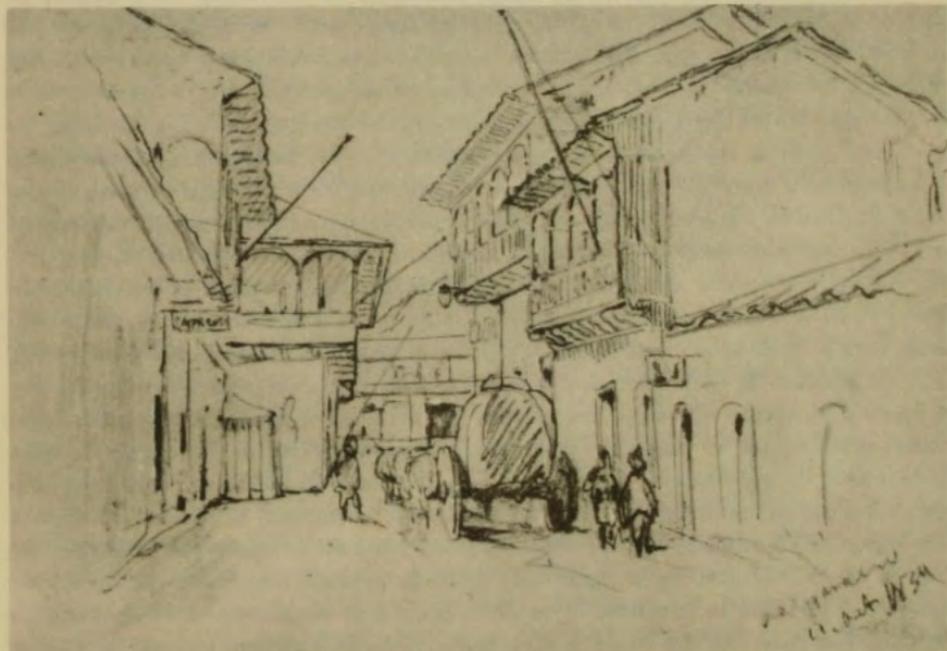
En 1835, la ciudad no ocupaba todavía todo el plano hasta el pie del cerro del Barón. Por los campos des poblados al interior del barrio del Almendral se dirigen recuas de mulas y una carreta al puerto. Este está separado del barrio del Almendral por el "Cabo de Hornos", al pie del cual existía una hilera de casas. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

al puerto, por un camino de tres leguas de longitud que conduce sobre los cerros pelados de Las Siete Hermanas. El alegre episodio terminó con una excursión de dos días a Quillota. La "Siniavin" salió a su destino, después de quince días de estada, acompañada por los más amables parabieses de los numerosos europeos con que sus oficiales habían tenido contacto.

De ninguna manera Valparaíso corresponde a las expectativas que se podrían cifrar en atención a lo que parece prometer su bello nombre. El sitio mismo es el menos adecuado para construir una ciudad destinada a concentrar el comercio marítimo de un gran país. Ha comenzado a crecer sólo en años muy recientes, pues todavía Vancouver encontró en el lugar una población insignificante. Donde ahora el espíritu activo de la industria europea y las bendiciones del comercio libre han reunido a miles de personas en una actividad útil, donde hay a menudo flotas de 80 o más veleros al ancla, el holandés Van Noort encontró en 1599 sólo una bodega, quejándose de no haber sabido qué hacer en un lugar tan solitario. Por otra parte, es posible que los españoles no sospecharan en los tiempos de su primer desembarco qué importancia iba a adquirir Chile gracias a sus recursos y a su situación geográfica. Muchas circunstancias revelan que, en general, los españoles menospreciaron y desatendieron mucho a Chile, pues, seducidos por la riqueza metálica del Perú y partiendo del principio que sólo ella constituye algo valioso en el dominio de un país, se aburrieron pronto de prestar atención a un reino que ofrecía tales riquezas sólo en pequeñas cantidades y que las mantenía ocultas, en gran parte, en montañas de clima invernal riguroso y de difícil acceso.

Dejando a un lado que el puerto no pertenece a los más seguros, el sitio impide construir una ciudad extensa. Ya en la actualidad, en que el comercio de Chile está muy lejos de haber alcanzado su pleno desarrollo, falta espacio, a pesar del cuidado con que se aprovecha todo lugar habitable. Paralelamente a la costa roqueña, y apenas a una distancia de 200 pies de ella, se elevan por doquiera cerros parados, con flancos a menudo perpendiculares como una muralla y que dejan libre en su base, en la parte occidental de la bahía, un camino que sólo está seco cuando baja la marea. En este reducido espacio se encuentran la única calle de Valparaíso, torcida y estrecha; una pequeña plaza inaparente y algunas callejuelas, que constituyen en conjunto lo que allá se llama, específicamente, El Puerto o centro de todos los negocios. Desde la cima de los cerros bajan a menudo quebradas profundas y oscuras, originadas visiblemente por los grandes torrentes de lluvias que descienden por ellas y que todavía amenazan casi todos los inviernos la seguridad de la ciudad. Aun cuando son muy angostas y extremadamente paradas, la desembocadura es lo bastante ancha para contener callejuelas cortas, sucias e incómodas, en que vive una densa población en casas poco acogedoras. Los faldeos más accesibles del dorso de los cerros han sido excavados con gran trabajo a una altura de 60 a 100 pies sobre la calle del puerto. La falta de espacio ha obligado a construir en esa parte una nueva ciudad, suspendida al borde del precipicio, poco

más o menos sobre las cabezas de la población del puerto. Donde se ofrecía oportunidad para hacerlo, algún chileno afirmó su casa también en las rocas mismas. A menudo hay que subir por medio de escaleras a un estrecho y artificioso patio frente a estas viviendas batidas por el viento, y algunos de los senderos de las quebradas más alejadas son tan empinados, que se requiere un gran esfuerzo para llegar hasta los edificios más elevados. En la parte oriental de la ciudad, el promontorio rocoso se proyecta tanto al mar, que ha sido necesario volar con mucha dificultad una fracción de él, a fin de ganar espacio para un estrecho camino de comunicación, el único que pueden usar las carretas. Al otro lado se retira, sin embargo, bastante la montaña, dejando un llano entre su pie y la playa, la que es horizontal y formada casi únicamente por una fina arena blanca. En él se encuentra el arrabal del Almendral, de extensión mucho mayor que el puerto propiamente tal. Sólo en algunas direcciones es posible dar a Valparaíso una amplitud algo mayor, pero para ello se requieren trabajos que serán tan ingeniosos como caros. Sobre la superficie actual, la población ya no tiene cabida, y mientras el pobre vive en un desaseo indescriptible por falta de espacio, el comerciante y los habi-



11. CALLE PRINCIPAL DE VALPARAÍSO, 1834. *Rugendas.*

La ordenación arbitraria de las líneas, con fachadas salientes, produce efectos risueños y pintorescos. El carácter aldeano de la vida queda de manifiesto por las carretas de bueyes que cruzan las calles.

*Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

tantes de mayor renta pagan sumas extraordinarias por viviendas relativamente incómodas. Asimismo las intermediaciones no corresponden de ninguna manera a lo que exige un puerto grande y con mucho movimiento. La montaña que lo rodea en semicírculo es en todas partes suficientemente parada y elevada para dificultar la construcción de una carretera útil, que establezca la comunicación con el interior, o al menos requerirá la inversión de cuantiosas sumas. La infertilidad de los alrededores inmediatos es tan grande, que se hallan despoblados, a pesar de la atracción de las enormes sumas de dinero que circulan en Valparaíso. Debe atribuirse a estas circunstancias, en especial, la notable carestía, como también la falta de alimentos que se observa de vez en cuando. Es tan difícil llegar en invierno por sobre los cerros y entre las quebradas a Valparaíso, que frecuentemente los campesinos no lo pueden hacer.

Otras grandes desventajas son la falta de leña y de agua, esta última mucho más sensible que aquélla en este clima. Poco después de iniciarse la temporada seca dejan de correr los arroyos, que se precipitaban por las quebradas mientras duraban las lluvias. Sólo en uno o dos lugares se conservan pequeñas arterias de agua, alrededor de las cuales se aglomera el pueblo desde las primeras horas de la madrugada hasta la noche. Mientras las mujeres de las clases más bajas lavan en ellas, semidesnudas, su ropa, y se conducen allí las mulas y los caballos para apagar la sed por un día, el aguatero llena sus barriles con el mismo elemento ensuciado, para venderlo caro en las calles de la ciudad. Sólo la clase pudiente está en condiciones de ocupar a un mozo exclusivamente para traer el agua desde lugares más apartados. Por tal motivo, la población pobre se caracteriza por un ahorro mayor en su consumo que el que se practica necesariamente en los viajes marítimos, y las embarcaciones extranjeras, sobre todo los buques de guerra, tienen que pagar un precio muy elevado para conseguirla. A fin de reducir este gasto, las naves estacionadas en las costas chilenas suelen aprovechar sus viajes al sur, a la bahía de Concepción o a Chiloé, para abastecerse de ese elemento por algunos meses. Allá se paga poco o nada por el agua, y se elogia con razón su pureza. Para este mismo fin, las corbetas rusas habían visitado en su viaje a Valparaíso la pequeña aldea de Tomé, en la boca de la bahía de Talcahuano. En Valparaíso, los pozos de la ciudad contienen sólo agua bastante salina o salobre, a pesar de las rocas macizas en que está edificada esta parte de la ciudad; los del Almendral, construidos a igual nivel con el mar y en la arena, suministran un agua muy potable, pero en cantidades que se agotan fácilmente. Por eso, la posesión de un pozo abundante constituye una fuente segura para hacerse rico. De esta manera, el propietario de la casa que arrendó el capitán de la "Siniavin", que había sido el dueño de un pobre rancho, había logrado adquirir uno de los edificios más valiosos y poseía una fortuna bastante apreciable.

El puerto de Valparaíso sólo ofrece seguridad en verano. Su amplia boca está abierta hacia el norte, donde no existe ninguna punta o isla protectora que

ataje las gigantescas olas impulsadas por los temporales invernales a través del Gran Océano. El hecho de poder anclarse casi en todas partes de esta extensa bahía, que tiene configuración casi cuadrada, presta escasa utilidad. El fondo de arena o de cascajo, apropiado para que agarre el ancla, se encuentra interrumpido sólo en la zona del fuerte occidental por un dorso submarino rocoso, que es menos favorable. Pero por excelentes que sean las amarras de un buque, siempre será cuestión de suerte que pueda resistir a uno de esos temibles temporales invernales, sin sufrir daños o ser arrojado contra la costa. Nunca pasa un invierno sin que ocurran tales accidentes, a veces acompañados por episodios trágicos. Por eso, los navegantes procuran acelerar sus negocios cuando se acercan los meses peligrosos (mayo y junio), a fin de escapar a los peligros del puerto, que entonces es visitado mucho menos, siendo esquivado incluso por los buques de guerra. Los vientos del norte soplan sólo en esa temporada con la fuerza de huracanes. Son los causantes de las lluvias, a que el país debe su resurrección en agosto; pero ocasionan también un movimiento de las olas a que no resiste nada. En los pocos meses que pasé en Valparaíso naufragaron dos buques que se habían soltado en el puerto. Al atardecer, el cielo occidental se presentaba negro y amenazante, y la violencia del viento disipaba temprano los grupos de los campesinos, que en otros días se reunían alegres y llenos de vitalidad para presentar sus bailes característicos bajo los árboles y frente a las puertas de las tabernas, después de haber vendido sus productos, y permanecían de pie hasta horas avanzadas, resistiendo al cansancio con auténtica viveza austral.

Los preparativos realizados por los buques para afrontar el mal tiempo amenazante eran intensos, y varios de ellos, incluso dos de guerra, aprovecharon los últimos momentos para abandonar el traicionero puerto, prefiriendo capear el temporal en el mar abierto. La tierra, que en Chile nunca se mantiene completamente tranquila, temblaba debido al bramido del mar, que aumentaba cada vez más en la lejanía, y bajo el rugido del viento, como ocurre con frecuencia en la época húmeda; pero en aquel día se sentía el temblar con más violencia. Amaneció tardé en medio de una lluvia torrencial, y las nubes formaban una capa debajo de las cumbres de los cerros vecinos. En la noche, el temporal había alcanzado una intensidad inusitada, impulsando olas a la bahía, sobre las que bailaba incluso el pesado "Asia" como un bote pescador. En tales días se suspenden todos los negocios, pues cesa toda comunicación con los buques, y es también muy peligroso desembarcar, aunque sea en los rincones más escondidos de los promontorios rocosos. La terrible resaca destroza en tales momentos el bote mejor equipado a la menor imprudencia del timonel. Es entonces muy difícil prestar ayuda a una embarcación que se encuentra en peligro. Poco después ya se veían señales pidiendo ayuda en varios de los buques. Sólo el elevado precio que los jefes del arsenal están autorizados para cobrar por anclas suministradas puede en tales circunstancias inducir a la tripulación de un bote, ansiosa de ganar dinero, a exponerse a la furia de esas

olas indomables en una embarcación frágil y fácil de volcar. Pero si el huracán aumenta hasta el último grado, se hace imposible esa peligrosa tentativa también para los más temerarios, pues las olas avanzan hasta muy lejos de la playa o rompen a muchas varas de altura sobre las rocas. Varios buques se encontraban a la deriva; llegados cerca de la costa, algunos fueron salvados por una casualidad, otros por el esfuerzo y los conocimientos náuticos de la tripulación. Sin poder ser sujetado, un buque norteamericano se movió, sin embargo, a través de la flota anclada, y comprometió a otros dos barcos, cuyos cables y cadenas no pudieron resistir al doble peso. Los cables más gruesos proporcionados por el vecino más próximo para asegurar el buque se rompieron como si fueran delgados hilos. La catástrofe parecía ahora inevitable, y las centenas de expectadores se sintieron sin duda aliviados al observar entre las elevadas olas los botes por medio de los cuales la tripulación de los buques que se habían soltado logró salvarse en otras embarcaciones que habían permanecido en sus lugares. Cada ola nos acercaba más los buques destinados al naufragio. Por fin se aproximaron a las rocas, en cuyas cimas se habían reunido densos grupos de espectadores, que observaban la escena con muy diferentes sentimientos.

Un violentísimo e indescriptible estallido, que se escuchó a pesar del tronar de la terrible resaca, señaló el choque y la destrucción inmediata de estas bellas construcciones, una de las cuales había llegado sólo pocos días antes de Inglaterra, ricamente cargada. El golpe hizo trizarse los mástiles como si fueran cañas, y sus puntas casi hacían peligrar la vida de los observadores situados en las rocas. En pocos instantes, el mar en agitación había arrasado con todo lo que se encontraba en la cubierta, abriéndose también los flancos de los buques, a pesar de sus vigas de madera de encina y de las trabazones de fierro, como si su resistencia no fuera mayor que la de un bote pesquero. Para el populacho, que abunda excesivamente en Valparaíso, esta escena era una fiesta, y es posible que sin la presencia del poder público se hubieran manifestado allí abiertamente las pasiones más detestables. Incapaz de dominar a la codiciosa masa con la fuerza de que disponía, el gobernador de la ciudad había aceptado la ayuda de buques de guerra británicos. Desembarcaron botes con marinería, y con el desagrado de miles de interesados en hacer rapiña, se movían guardias británicos a lo largo de la playa, a fin de proteger la propiedad que fue arrojada a ella en grandes cantidades por las olas.

Acercándosele desde el mar, el fondeadero de Valparaíso sólo puede ser alcanzado desde el sur, por lo cual el viento que sopla desde esa dirección durante las tres cuartas partes del año es bastante molesto para entrar en el puerto, pues obliga a bordear en forma fastidiosa. Otros fenómenos poco gratos para los buques son los violentos golpes de vientos que bajan a veces de improviso por las quebradas en medio de una aparente calma. Pero una desventaja muy grande que proviene de haberse fundado el puerto principal de la costa occidental de la América del Sur precisamente en este punto, consiste en que esta provincia es una de las menos

fértiles de Chile, de modo que las mercaderías que constituyen la exportación chilena provienen del norte o del sur del país. Además del menosprecio que tuvieron por el país, circunstancia que ya fue mencionada, los conquistadores fueron quizás también inducidos a situar su puerto principal en Valparaíso por el hecho de constituir la región austral un dominio muy poco consolidado. Las incesantes guerras con los indígenas motivaron allá una gran inseguridad de la propiedad. En el norte, en cambio, la población autóctona era mucho menos guerrera, pues mientras que los indígenas australes han sido capaces de conservarse hasta nuestros días como pueblo, los mapuches del norte desaparecieron ya pocos años después de la primera expedición de Almagro, al parecer destruidos a causa de su propia falta de unión. Por lo demás, muchas de las desventajas relatadas no existían en los primeros tiempos, al menos en número tan desagradable como en el presente. Todavía en tiempos de Frezier, las quebradas, ahora casi desprovistas de vegetación, estaban cubiertas por una densa formación de arbustos, y es además seguro que la misma serranía pelada, que sólo alimenta arbustos degenerados y aislados, estaba poblada hace tres siglos y medio por los mismos bosques tupidos que aún se encuentran en los cerros a escasa distancia de la bahía de Quintero. Una destrucción desconsiderada, como todavía se practica en este país tan seco y pobre en leña, ha tenido como consecuencia que dejaran de correr los arroyos y que los aguaceros invernales lavaran la capa de tierra vegetal de las rocas graníticas. De este modo no debería extrañar si los alrededores de Valparaíso se vieran sujetos al mismo destino de la isla de Pascua. Los daños que tal procedimiento descuidado y tal ignorancia de las influencias climáticas pueden ocasionar a un país lo comprueban, entre otras cosas, los desiertos arenosos de la costa peruana, que era más verde y más capaz de producir frutos cuando llegaron los primeros conquistadores que en la actualidad. Por el momento, la decisión a favor de Valparaíso como puerto principal fue motivada por la cercanía de la capital, la población más densa de la provincia de Santiago, los pasos andinos de Santa Rosa y Los Patos, únicas comunicaciones comerciales con Argentina, y, finalmente, la existencia de la única carretera artificial de que dispone Chile, construida entre Valparaíso y la capital. Agrégase la poderosa influencia que corresponde a la dirección que toma el comercio como consecuencia de acostumbrarse a caminos conocidos. Si fuera posible encontrar en las provincias centrales de la república un puerto mejor, es probable que Valparaíso volvería a descender a su insignificancia anónima de tiempos antiguos. El puerto de Coquimbo es superior al de Valparaíso en diversos sentidos. Pero es tan grande la infertilidad del suelo, rico en metales, de las provincias del norte, cuya superficie está formada en sus tres quintas partes por rocas inaccesibles y peladas, que el número de sus habitantes será siempre muy reducido y los alimentos extremadamente caros. La distancia hasta la capital es mayor desde Coquimbo que desde Valparaíso, y el territorio intermedio es inadecuado para la construcción de carreteras, debido a su falta de agua y a sus

frecuentes y abruptas serranías rocosas. Pero como punto de exportación del cobre nacional, Coquimbo aumentará su importancia en la misma proporción en que se desarrolle la minería.

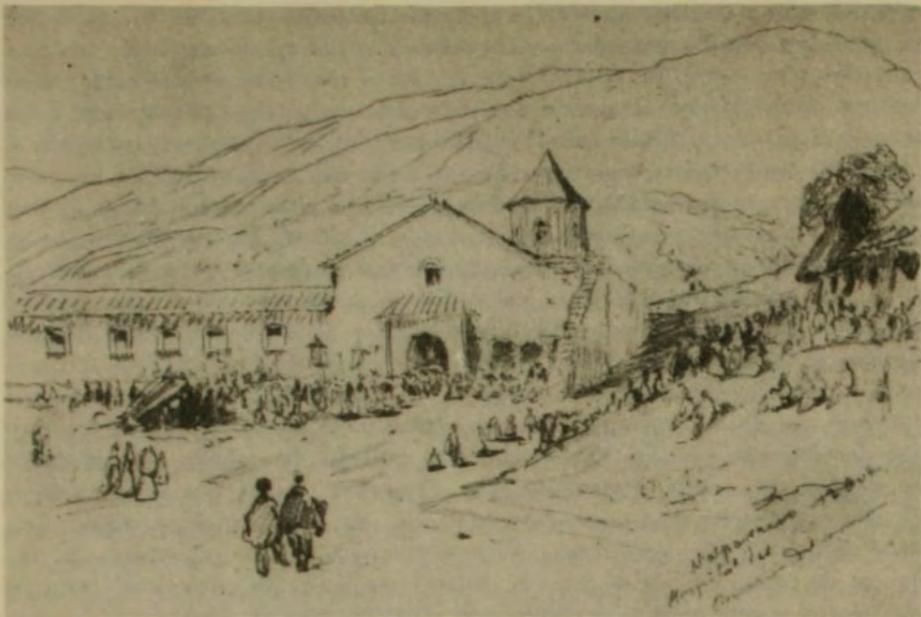
Si el pequeño puerto de Maule fuera seguro para los buques en invierno y de más fácil acceso para las embarcaciones mayores —ambas cosas pueden lograrse artificialmente—, es difícil imaginarse una situación más favorable para desempeñar el comercio al por mayor en Chile. Situado en una región poblada de bosques y muy fértil, en un río ancho, que botes de poco calado pueden recorrer durante casi todo el año hasta 4 ó 5 millas geográficas al interior, en medio de la población numerosa e industrial del sur, separado sólo por serranías bajas de los habitantes de la capital, a quienes gusta una vida lujosa, y a igual distancia de los pasos andinos del norte y del sur, ofrece este punto extraordinarias ventajas al comercio. Cuando Chile tenga en el futuro la suerte de aumentar su población y de incrementar su industria bajo un gobierno consolidado, de modo que sea posible usar sus recursos con más dedicación que en la actualidad, los puertos sureños, sobre todo la segura y hermosa bahía de Talcahuano, surgirán como peligrosos rivales de Valparaíso, y es posible que lleguen a predominar por la importancia de su comercio. Por lo demás, el puerto de Valparaíso carece casi de defensas. El fuerte de que Frezier suministró un croquis, y que formaba una ciudadela, se derrumbó en el terremoto de 1822, y ha sido demolido para ser ocupado por casas particulares. Cuando durante la revolución se presentó inesperadamente en la costa el ya mencionado buque de línea español, el "Asia", se afirma que el temor de las autoridades de Valparaíso fue tan grande, que se discutió mucho si era preferible defenderse o huir al interior. Finalmente se acordó lo primero, levantando en la playa dos nuevas baterías, una de las cuales se encuentra, empero, a demasiada altura para ser eficaz. Se voló y emparejó una parte de una muralla rocosa casi perpendicular que se alza sobre el mar<sup>1</sup>, y construyó un fuerte en una de las cumbres más elevadas, que ofrece una amplia vista sobre el puerto, la ciudad y el océano. Sólo las baterías han sido conservadas en los actuales tiempos pacíficos, y una de ellas, el fuerte de San Antonio, fue mantenido con su armamento. Está situado apenas a 20 pies sobre la marca de las más altas mareas y contiene unos doce cañones del calibre más pesado, en su mayor parte fundidos en Lima en bronce y de excelente confección. Atendida por buenos artilleros, esta batería puede contribuir mucho a la defensa del puerto.

La libertad del yugo español, el rápido desarrollo del comercio y la sensa-

<sup>1</sup>En esta muralla rocosa, a unos 80 pies sobre el mar, crece, entre otras plantas interesantes, un nuevo helecho de aspecto muy elegante (*Nothochlæna hypoleuca*, Kunze en *Linnaea*, 1834). Este helecho fue casualmente descubierto con motivo de una tentativa de escalar por el lado del mar esta muralla sin vegetación y que se desmoronaba bajo el pie, lográndose ascenderla con el mayor peligro de vida.

ción del valor personal y nacional han tenido influencia en Chile no sólo sobre la moral del pueblo, sino que han modificado también muchas manifestaciones exteriores y las formas de vida. Por eso, los pocos años transcurridos desde entonces han cambiado más el aspecto de Valparaíso que el siglo transcurrido desde la visita de Frezier y Feuillé. Desde la independencia se ha duplicado al menos el número de los habitantes y de las viviendas. Cada año desaparecen más los miserables ranchos en que antaño vivía incluso el pudiente en forma sencillísima, y aun cuando no han sido reemplazados por palacios, el chileno ha aprendido a encontrar agrado en la comodidad de casas amobladas a la europea, y las imita, siendo de esperar que en pocos decenios Valparaíso no se asemejará en lo más mínimo al caserío desaseado y repugnante que vieron los primeros extranjeros llegados después de iniciarse la revolución (véase la nota 3 al final del capítulo). Por lo demás, un viajero no necesita mucho tiempo o espacio para describir una ciudad sudamericana. Quien espere encontrar en alguna parte del Nuevo Mundo la cantidad de excelentes edificios que ostentan aun ciudades de segundo o tercer rango en Europa, se sentirá defraudado. Los existentes revelan que han transcurrido sólo pocos siglos desde que el conquistador, que era un soldado contentadizo, cedió su lugar a sus descendientes indolentes y separados de la cultura europea; uno se da cuenta de que se halla en países cuya población permaneció cerca de 350 años al mismo nivel de la cultura que existía en Europa a principios del siglo XVII. Necesariamente, tiene que faltar el gran interés histórico que caracteriza a muchas de nuestras ciudades antiguas, a veces milenarias, a los lugares de los reinos transatlánticos, que carecen literalmente de historia e incluso de tradiciones verbales. Las etapas del desarrollo artístico, que somos capaces de contemplar con gran participación interior, hasta algunas generaciones hacia atrás, no ofrece en América materiales a la investigación o algún campo a la fantasía. La inconstancia característica del modo de vivir, que acompaña al estado primitivo de la sociedad, se expresa por doquier en las viviendas y construcciones de los reinos de fundación reciente. Pero muy especialmente ha sido el flagelo de los terremotos el que ha impedido en las costas del Pacífico que las edificaciones perduren, pues no existe ninguna ciudad que no hubiera sido gradualmente destruida por ellos en cada siglo. No obstante haber demostrado la experiencia que es posible construir edificios sólidos y no expuestos al peligro de ser derribados, el tiempo desde que se conoce esa técnica es demasiado breve para que se hubieran abandonado los antiguos prejuicios a este respecto. Pero jamás logrará el arte levantar construcciones tan sólidas, que siendo muy altas sean capaces de resistir las violentas ondulaciones del suelo, y por eso las ciudades de Chile y del Perú deberán carecer para siempre del impresionante adorno de elevadas torres y de sobresalientes edificios públicos.

Valparaíso, que no fue en otros tiempos el domicilio de familias muy nobles o ricas de Chile, se caracteriza muy en especial por su pobreza en



12. HOSPITAL DE VALPARAÍSO Y PROCESIÓN DEL CARMEN, 1834. *Rugendas.*

Una muestra del dominio artístico asombroso de Rugendas para reunir paisaje, edificios y grupos humanos en una composición armónica y llena de movimiento. Dentro de su sencillez, casi campesina, la capilla del hospital impresiona por el vigor de sus formas. Para observar la procesión del Carmen, que sale de ella, se han agrupado espectadores en la falda de la colina a la derecha. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

atracciones, a la que se agregaban antiguamente su desaseo y miseria. Las autoridades no disponen de algún edificio público que sea más que un simple galpón, y ni siquiera las iglesias merecen el elogio de ser decentes. La llamada catedral<sup>1</sup> es una construcción de dos pisos que se asemeja a una bodega, pequeña, irregular y construida de barro, y lo mismo puede decirse de todas las demás iglesias. La elegancia, la abundancia de ornamentos y el exceso de adornos, que dan su nota llamativa a las iglesias católicas en otros países, faltan en Chile casi en todas partes. Ni la inclinación espiritual del pueblo ni la situación financiera eran, en Chile, comparables a las existentes antes de la revolución en Lima, donde se adornaban las iglesias con riquezas casi semejantes a las descritas en "Las Mil y Una Noches". En los tiempos actuales, una ilustración cada vez mayor y, sobre todo,

<sup>1</sup>Indudablemente, debe decir matriz, pues Valparaíso sólo era parroquia en aquel tiempo.— Nota del Traductor.

una creciente actividad industrial, en que participa cada vez más todo el pueblo, han contribuido a generar un espíritu que es adverso a conceder grandes donaciones voluntarias para construir iglesias, y como las fuentes de entradas de éstas han sido destruidas frecuentemente del todo por saqueos revolucionarios, hay pocas probabilidades de que Chile construya en los próximos años templos nuevos y decentes.

Las casas particulares de la mejor clase están edificadas en el estilo de la España austral, que se repite en forma idéntica en casi toda la América del Sur. En Santiago, Lima y La Habana, puntos muy distantes entre sí, las viviendas de familias antiguas y nobles son muy semejantes. Cuando una casa está dotada de un segundo piso, éste siempre está rodeado por balcones o galerías, en que los pobladores pasan comúnmente más tiempo que en el interior de las piezas. A menudo el amoblado es muy incómodo, y las paredes de barro café y los pisos fabricados del mismo material sólo han comenzado a ceder su lugar desde la llegada de los extranjeros a los papeles pintados para los aposentos, a pisos de madera y a ricas alfombras, que adornan ahora cada casa de la buena sociedad, con frecuencia en franca contradicción con la fachada. Las viviendas populares en las quebradas y callejuelas del arrabal siguen siendo, como antaño, ranchos bajos e incómodos, con techos a veces sólo cubiertos con juncos. Algo ruda en sus maneras de vivir, una gran familia realiza en ellos sus múltiples negocios en una sola gran pieza pelada, que se abre sin zagúan a la calle. Las ventanas de vidrio, aunque aquí muchísimo más baratas que en los países del interior de la América del Sur, todavía no son conocidas en todos los edificios. Una tosca reja de simples barras y abigarrados postigos detrás de ella reemplazan su lugar, y cuando en el invierno sopla el viento norte con sus fríos aguaceros, los pobladores, reunidos en torno al brasero, se ven obligados a cerrarlas y a pasar el molesto tiempo aburriéndose en la semiobscuridad.

La población de Valparaíso fue calculada en 1827 en 20.000 almas, incluyendo los extranjeros, cuyo número se estimó ser de 3.000<sup>1</sup>. Estos datos se basaron en un censo realizado poco antes, pero que la más alta autoridad (el gobernador don Francisco de la Lastra) consideró como dudoso. Otro censo, efectuado en 1828, y posiblemente más exacto, arrojó 17.500 habitantes permanentes. Un tercer recuento, cuyos resultados se dieron a conocer en forma oficial dos años más tarde<sup>2</sup>, indicó curiosamente el mismo número, de modo que casi se podría creer que se habrían reeditado los antiguos materiales en nuevas formas. Por una cuarta vez (en forma semioficial), el número de aquella población se estimó en 1831 en 25.200 almas, lo que, en conjunto, parece constituir una prueba suficiente acerca de la pequeña fe que merecen estos datos. Los elementos de esta población

<sup>1</sup>Almanaque de Valparaíso para el año de 1828.

<sup>2</sup>"El Mercurio" de Valparaíso, septiembre de 1830.

son múltiples, como en todo puerto con mucho movimiento, y no se caracterizan por una calidad que se pueda atribuir a todo el resto del país, sin cometer el error de proceder de una manera muy unilateral o injusta. Ha transcurrido poco tiempo desde que se consideran los negocios comerciales, en Chile y en el Perú, como compatibles con un nacimiento noble o con pretensiones de valer algo en la sociedad. En tiempos antiguos, esa actividad era desempeñada, por lo general, por las clases medias y los españoles, y si alguna familia pudiente se rebajaba a realizar negocios comerciales, sólo ocurría en cuanto mantenía agentes en Valparaíso, mientras que ella misma seguía llevando en la capital una vida compatible con su dignidad.

El orgullo de poseer títulos o de ocupar cargos, que el chileno compartía antaño con los americanos tropicales, no se compadecía con los quehaceres comerciales que requerían menores consideraciones y los inevitables contactos con medio mundo de un puerto marítimo. Por eso faltaban también en Valparaíso hasta tiempos recientes familias antiguas caracterizadas por su educación, y así se explica que las costumbres groseras e inmorales de todos los puertos del Pacífico se basaran en este lugar en un suelo doblemente fructífero. La conjunción de extranjeros de todas las naciones, entre las cuales nunca faltan aventureros envilecidos, y las características que son siempre inseparables de la vida en un puerto, continúan siendo la causa de que el tono de la sociedad y la índole de la población no constituyan un modelo, a pesar de haberse domiciliado en Valparaíso familias decentes del país en número cada vez mayor. Si bien ellas se distinguen por su mucha amabilidad y atención para con los forasteros, se dará siempre preferencia a las buenas maneras que se practican en la capital. Los europeos domiciliados son numerosos y pertenecen a todas las clases de la sociedad, siendo en su mayoría británicos y franceses. Por supuesto, ocupan el rango más alto entre ellos los jefes de las grandes casas comerciales, muy pocos de los cuales están casados. Esta sola circunstancia hace comprensible que el goce sensual de la vida se encuentre entre ellos a la orden del día, exteriorizándose a veces de una manera un poco loca. Quien conozca, sin embargo, la vida de los europeos en las Indias Occidentales y tenga en cuenta que aquellos hombres, que en gran parte son muy ilustrados, deben renunciar a muchos goces del espíritu que les ofrece su patria, disculpará que en Valparaíso se rinda homenaje con una liberalidad un poco exagerada a la buena mesa. La clase de los artesanos europeos y los numerosos marineros se entregan muy pronto a la bebida. Las cafeterías, poco abundantes, están por esta razón siempre repletas con bebedores de las clases superiores, como las chinganas con marineros. El hombre ilustrado no disfruta de goces refinados, ni siquiera de unos pocos, al terminar su dura jornada en todos estos países recientemente civilizados. El edificio del teatro de Valparaíso era en 1827 indecente y ruinoso, y las representaciones que se hacían en él eran aburridoras o repugnantes.

A pesar del cariño y del talento nacional por la música, se carece todavía de una buena orquesta, y las tertulias en las familias criollas no satisfacen a la larga las exigencias que hace el conocedor o el hombre serio a una conversación. Estas privaciones son quizás, en parte, la causa por la cual los extranjeros mantienen relaciones muy cordiales entre sí, y restan importancia a muchos prejuicios nacionales o aristocráticos. Los escasos forasteros se mezclarán sólo poco con los criollos mientras observen muchos rasgos extraños en las costumbres nacionales y su influencia no sea suficiente para hacer predominar las formas civilizadas de su país. Cada cual siente entonces doblemente su situación aislada y la gran distancia que lo separa de su patria, por lo cual busca un contacto más íntimo con aquellos a que atribuye los mismos sentimientos, pero también la misma necesidad de un acercamiento. La segunda categoría de porteños chilenos comprende los almaceneros, artesanos, etc., y se distingue por su pulimento y habituación a los extranjeros, pero está lejos de poseer la honradez y sinceridad que caracterizan al chileno del interior. El numeroso populacho no sólo está muy degenerado, sino que es extraordinariamente peligroso, aun cuando se le hayan atribuido crímenes no cometidos por él, sino por delincuentes llegados a Valparaíso desde Lima, Guayaquil, etc., y para quienes, por falta de policía, es fácil llevar una vida vagabunda. Cuchillazos como respuesta a insultos sin trascendencia, no constituyen casos raros, y en ciertos períodos las mismas calles son muy inseguras en la noche. Pero el forastero puede eludir fácilmente todos estos disgustos si prescinde de concurrir a aquellas partes del barrio del Almendral en que la infinidad de chinganas de la categoría más baja y sucia son frecuentadas por innumerables grupos de vagabundos muy resueltos, sobre todo en las noches de los domingos, y donde la ebriedad los induce a insultar al extranjero que pasa tranquilamente. A pesar de ello, la visita de una o de varias de estas casas, realizada con las precauciones que aconseja la prudencia, es para el forastero no sólo interesante, sino indispensable.

Muy ostensible es en nuestros días la gran influencia que la civilización europea ha tenido sobre la vida social de las clases superiores de Chile. Es cierto que frecuentemente se observan todavía en las costumbres, como también en el menaje de las casas, las contradicciones bruscas e inconexas que han tenido que resultar por la penetración rápida y sin preparación previa de la cultura europea en los anticuados hábitos nacionales, pero diariamente desaparecen más estas disparidades, y en pocos años la clase superior de Chile no se distinguirá en nada de la europea que ocupa igual nivel. Sólo el chileno de las clases populares conserva fielmente sus costumbres nacionales. Con alegre bullicio se aleja el campesino al atardecer, vendidos ya sus productos, obteniendo por ellos buenos precios, y como un entusiasta de las atrayentes y novedosas mercaderías que Europa entrega cotidianamente al puerto, habrá empleado a menudo su dinero para abastecerse de ellas

antes de regresar a su hogar. Prolongadas recuas de mulas descargadas pasan al trote por el arrabal, alcanzando luego a sus afueras, y el dueño, sentado de traveso y lleno de alegría sobre la gran montura de su animal de monta, les permite seguir la marcha sin preocupaciones y sin apremiarlas. Canta, guitarra en mano, alguna tonada burlona nacional, trotando detrás de la tropilla, con el mejor buen humor. El camino lo conduce frente a una chingana, como se las encuentra en todas las salidas del arrabal, y rara vez un chileno de esa clase pasará sin apearse. La sala más grande del bajo rancho de barro está repleta de compatriotas, con sus trajes pintorescos y vistosos. A lo largo de la muralla café se encuentra un sencillo banco, en que han tomado asiento los huéspedes, que esperan impacientes el comienzo del baile, que les proporciona la mayor alegría de su vida a cualquier hora del día. Por fin aparecen las tocadoras de las vihuelas, que representan aquí una casta propia, privilegiada, adornadas con las más extravagantes baratijas, sin las cuales es difícil que obtengan aplauso por su música poco artística de parte de los sencillos huasos. Se concede el sitio más distinguido a estas dadoras de alegría social, y pronto se sienta un huaso quemado por el sol a sus pies, a fin de golpear con ambas manos al compás, mientras cantan, sobre el fondo de la vihuela, que sale formando un amplio arco hacia abajo, produciendo así un acompañamiento característico, que nunca debe faltar. Las escasas luces alumbran débilmente: consisten a menudo sólo en una astilla de madera fijada en la áspera pared, pues el chileno de esta clase no necesita todavía de las múltiples instalaciones de gran elegancia y de un gusto artístico refinado, para deleitarse mediante una improvisación y pasar algunas horas alegres, sin ninguna preparación previa. Se forman grupos que se mueven con una gracia innata en los bailes nacionales, y reinará la paz, y no habrá peligro alguno mientras no se incorporen individuos del más bajo populacho del puerto o marineros, que no conocen la misma moderación del campesino. De una naturaleza mucho más brutal, beben pronto, y a menudo la tranquila escena se verá interrumpida por una lucha seria, a que el forastero se sustraerá con rapidez. No obstante, este último puede esperar casi siempre ser recibido con gran amabilidad, sobre todo cuando exterioriza por medio de su idiosincrasia que es un recién llegado, que ha concurrido con bien inspirada curiosidad para conocer las costumbres del pueblo. Todos se apresurarán entonces a ofrecerle algo, y el uso requiere que no se le niegue a nadie, probando al menos lo que se le brinda. Asimismo en estos casos se admirará uno del tino natural y del sentimiento por lo permitido, que exteriorizará en alto grado también el menos educado de los chilenos. Por poco que sea lo ofrecido, por pobre que sea el obsequio, nadie se desatará en repugnantes excusas, que someten en otras partes a menudo al huésped a una desagradable confusión. Pero no todos los presentes se conforman con estos placeres sencillos e inocentes. En un rincón de la pieza se

encuentra alrededor de mesas bajas un grupo apretujado de hombres de edad. Guardan silencio, hasta que una causa que el observador todavía ignora motiva exclamaciones fuertes, pero rápidamente contenidas. Están jugando. De acuerdo con la cortesía nacional, se ofrece asiento al forastero también entre ellos. Diversos pequeños artificios, distintos de los que inventó entre nosotros la misma funesta pasión por el juego de azar, motivaron en los presentes las reacciones más opuestas, a juzgar por sus sugestivos ademanes. Una sola luz, muy débil, estaba colocada al centro, reflejándose sus rayos inciertos en las caras de color café, que se distinguían por aquella expresión tan viva que la naturaleza ha transmitido a la fisonomía del hombre del sur, distinguiéndolo en forma tan marcada de las formaciones inexpresivas del del norte. Uno observa con cierto secreto pavor la poderosa acción de una violenta pasión, pero que trata de ocultarse en el más absoluto silencio, como fruto de un intenso esfuerzo, de acuerdo con la costumbre nacional. La contemplación de estos jugadores lo oprime a uno, llenándolo de desagrado, por lo cual aprovecha la primera oportunidad para escapar al aire libre, separándose del siniestro grupo. Sólo después de la medianoche vuelven los huéspedes, uno tras otro, a las mulas que los esperan, y pronto se escucha desde la altura de los senderos que serpentean la montaña los compases, que se van perdiendo en la lejanía, de las alegres tonadas con que inicia su fresco camino nocturno el huaso que regresa a su hogar.

Los quehaceres de un puerto comercial con mucho movimiento impiden que se cultiven en él las ciencias, en cuanto no estén relacionadas directamente con la vida comercial misma. Por eso se cometió una gran injusticia al figurarse que los demás chilenos se identificaran con los porteños, suponiéndolos indolentes por el estudio de las ciencias superiores, superficiales y contrarios a la educación. En su situación actual, Valparaíso ofrece a cada cual tanta ocupación en el comercio directo o en ramas vinculadas con él, que nadie tiene tiempo para otras cosas. El forastero preguntará inútilmente por bibliotecas, sociedades de lectores, etc., y ni siquiera las cafeterías ofrecen periódicos. Los comerciantes extranjeros los reciben de Europa, y los chilenos, o entienden muy poco las lenguas de la Europa boreal, o no se interesan por noticias que no se refieren a su propia actividad. Pero aparecen en Valparaíso diversos diarios, pertenecientes a diferentes partidos políticos, a menudo de vida muy efímera y por lo general redactados e impresos por extranjeros. Son en todo sentido de menor importancia que los diarios europeos, y repugnan con frecuencia por su pequeñez de miras o por su rudeza. A menudo se refieren por odiosidad a los asuntos más íntimos de las familias, y son interminables las polémicas entre particulares totalmente desconocidos. Estas últimas llaman aún más la atención en los periódicos que se publican en Lima, y si bien esta inclinación está más de acuerdo con el carácter de los peruanos que con el de

los chilenos, estos últimos no están libres de ella. Sin duda, las ideas más profundas y viriles que se están arraigando en el pueblo chileno, que se encuentra en rápido progreso, pondrán pronto término a esta inclinación a tales frivolidades, sólo explicables en un pueblo afeminado y enemigo del trabajo. Los ataques violentos y vulgares en contra de hombres públicos, no siempre soportados con igual tranquilidad que en la América del Norte republicana, son, en parte, de una índole que las acusaciones que contienen, al ser comprobadas, deberían tener como consecuencia que se castigara a los autores a lo menos con el envío a los presidios. El hombre de la calle, sin embargo, no lee estas cosas, y sólo cierta clase de gente se deleita con ellas. Esta excesiva falta de consideraciones para con los gobernantes ha inducido al gobierno, hace algunos años, a establecer tribunales juramentados que castigan severamente los delitos de prensa y admiten reclamaciones, una institución que honra al país, la primera de su índole en la América del Sur y que constituye una prueba del bien dirigido e inteligente afán de progreso que caracteriza a los chilenos, distinguiéndolos tan honrosamente de los demás sudamericanos. Sólo en los últimos años, los diarios chilenos han comenzado a reemplazar aquellas inserciones de mal gusto por artículos políticos bastante parcos y a dar a conocer cosas útiles, aunque traducidas de otras lenguas. En todos los países en que la civilización más elevada todavía se halla en formación y está, por lo tanto, expuesta a luchas, que son inseparables del período inicial y poco vigoroso de toda existencia, los diarios representan el medio más seguro para lograr el progreso de las costumbres, para protegerlo y para impedir un retroceso. En regiones con una población poco densa, los libros circulan con dificultades mucho mayores y no constituyen objetos a que el solitario habitante de los bosques esté dispuesto a destinar una parte de sus entradas. Pero los diarios encuentran su camino a todas partes, y no son concebibles distancias suficientemente grandes para que no penetre a través de ellas el llamado de la vida social de las ciudades. Si al interior de países tan extensos como el Perú y el Brasil incluso los pobladores blancos no aparecen ligados por una unión fraternal con sus conciudadanos de provincias más civilizadas, y si no participan en la suerte de su patria, cuando casualmente reciben alguna vez una noticia al respecto, ello se explica por un desconocimiento general de las cosas, por una falta de medios sencillos para transmitir noticias. Existen varias imprentas en Valparaíso, pero han salido de ellas hasta ahora sólo obras que obedecían a la necesidad del momento, en la forma de panfletos políticos, proclamas y edictos. Ha habido poca preocupación por la educación popular, pues si bien, de acuerdo con las últimas transformaciones (1830), se devolvió la propiedad de los monasterios, bajo la condición de mantener escuelas gratuitas, tres o cuatro de las cuales funcionan en Valparaíso, en las que recibe instrucción un número apreciable de niños, esta educación se limita a las nociones más elementales, y por diversas razones se ha concentrado en Santiago la enseñanza superior.

*Nota 1.* El póquil (*Cephalophora glauca* Cav.; *Græmia aromática* Hook.) es una de las plantas más propagadas en las tierras secas de Chile septentrional, y encuentra allá un ambiente mucho más propicio que en las húmedas provincias australes, donde, en efecto, es más rara. Largos trechos del suelo endurecido de greda se encuentran a menudo cubiertos únicamente por esta planta, sobre todo en Quintero. Constituye un ejemplo característico de la curiosa flora chilena en sus regiones infértiles, de una flora que en su género es tan interesante y está bien dotada para resistir influencias climáticas muy desfavorables, como la mucho más célebre de los campos de carro del Africa del Sur. Con pocas excepciones, las plantas perennes de Chile se distinguen a primera vista por un aspecto enjuto y leñoso, una tendencia que ya se manifiesta en la forma precedera de las herbáceas, pues éstas adquieren a menudo al final de su existencia en sus partes inferiores un carácter leñoso. La papa silvestre (*Solanum tuberosum*, una planta "espontánea de Chile" en el sentido botánico estricto) muestra frecuentemente un desarrollo semiarabustivo incipiente, y parece que también muchísimas otras plantas procuraran protegerse por el desarrollo de una textura leñosa de su tallo y de una médula que conserva el agua (un elemento poco común en otras plantas) contra la influencia mortífera de la sequía que luego se presentará. Este carácter enjuto, estas forzosamente mayores compre-

sión y complejidad de los vasos, como asimismo la influencia del calor, explican posiblemente por qué la mayoría de las plantas chilenas que crecen en un ambiente seco —predominando sobre las demás en la misma proporción en que lo hacen los suelos que se secan hasta adquirir la consistencia de una roca, en comparación con los fértiles— contienen resina y son a menudo muy aromáticas. Basta revisar la lista de la flora cercana a Valparaíso, que conocemos bastante bien, para comprobarlo. Los numerosos representantes del género *Baccharis* son casi todos resinosos, como también muchos representantes de las *Senecio*, *Erigeron*, *Escallonia*, *Calceolaria*, *Eupatorium*, *Adesmia*, *Sphacele*, *Gardoquia* y otras. Se distinguen por su olor aromático especialmente los géneros *Adesmia*, *Teucrium*, *Gnaphalium* (*G. citrinum* Hook.) y una maravilla que se presenta como un arbusto bajo en gran abundancia en los cerros de la costa marítima. Trátase de la maravilla chilena, una especie ya mencionada por Molina, pero mal interpretada recientemente (*Helianthus thurifer* Mol.; *H. glutinosus* Hook.), la que, como es sabido, secreta una resina que por cierto no se usa en Valparaíso, pero que se emplea a veces en apartadas aldeas del interior como incienso. En todas partes en que se presentan condiciones climáticas idénticas o muy parecidas, la vegetación desarrolla el mismo carácter, sin que exista al respecto un comportamiento diferente que fuera influido por la altitud. En los

Andes de Santa Rosa, que están situados a la misma latitud de Valparaíso, pero a una altitud de 4.000 a 6.000 pies, la mayoría de las plantas se presentan en la forma señalada, pero en muchas partes el territorio es allá tan seco, que los alrededores de Valparaíso podrían ser considerados como fértiles en comparación con él. Uno se admira cuando se encuentra en medio de las selvas vírgenes húmedas, donde todas las plantas tienen una maravillosa tendencia a crecer verticalmente, de pronto en paredes rocosas y desnudas, expuestas al sol, con una flora de cierta manera extraña y que consiste en arbustos y semiarbustos bajos, leñosos, de hojas pequeñas y resinosas. En los densos bosques de cinchones en los alrededores de Cuchero y Casapí, en la región oriental del Perú, donde hallan su *habitat* representantes bajos de los géneros *Peperomia*, *Besleria*, orquídeas herbáceas, begonias y aroideas, muy propicio para su tendencia a buscar la sombra y la humedad, se elevan algunas rocas peladas (el cerro de San Cristóbal) muy por encima de la región húmeda, con una flora que ofrece las mismas formas enjutas y el mismo carácter achaparrado, leñoso y resinoso que caracteriza a las plantas chilenas, lo que hace explicable que a primera vista la flora de este país haya sido comparada con la de la Provenza. El póquíl, ya mencionado, se emplea efectivamente para producir un color verde amarillento de poca duración, lo que ha sido negado recientemente<sup>1</sup>, y no sólo

<sup>1</sup>Hooker, "Bot. of Beechey's Voy.", pág. 32.

se le estima en el uso tanto como la manzanilla, sino que se le emplea también por los campesinos como un sudorífico.

*Nota 2.* Los tallos del chagual (*Puya chilensis* Mol.; *Pitcairnia coarctata* R. et Pav.) son largos, ramificados y achaparrados, consistentes en su mayor parte de escamas de aspecto romo, ordenadas en forma saliente y claramente simétrica. Estas escamas tienen color café y mucho brillo, ardiendo como la corteza del abedul, y son muy apreciadas por los viajeros, por permitirles encender rápidamente el fuego del campamento, como asimismo por algunos artesanos, como los forjadores del cobre, por el gran calor que produce. Los tallos del chagual son muy semejantes a los de la agave y transmiten al paisaje un aspecto especial, pues se presentan, sobre todo en las provincias australes, frecuentemente como un enjambre de serpientes gigantes en el suelo. En el sentido fisiológico, el tallo del chagual es también interesante porque presenta la transición de la cebolla a la formación del tallo. La parte del tallo propiamente sólida y no consistente en escamas parecidas a hojas tiene muy pequeño diámetro y es suberosa. Esta última propiedad induce a los campesinos a usar esta planta útil para diversos fines. Suficiente con cualquier suelo, adaptada de preferencia a los más secos, el chagual contribuye a interrumpir la uniformidad de ciertos paisajes. Ocurre esto sobre todo en la época del florecimiento, cuando se desarrolla una

caña que alcanza a una altura de 8 a 10 pies, que se cubre con un sinnúmero de flores de color amarillo intenso y muy melíferas. Por lo demás, el mismo país posee varias especies de grandes pourretias, y sobre todo parece existir cerca de Talcahuano un segundo chagual, igualmente de flores amarillas, pero por desgracia se encontraba, con motivo de una visita posterior a aquella provincia, en un estado que no permitió analizarlo en debida forma. Especies con flores azules se hallan tanto en la costa como al interior, en este último caso también en zonas situadas a bastante altitud, como los Andes de Santa Rosa, en la parte boreal, y en los de Antuco, en la austral de Chile<sup>1</sup>. Junto con el quisco (*Cereus*), los leoncitos (cactáceas de forma esférica de los Sub-Andes), las mirtáceas y las sinantereáceas, que forman matorrales o son arbustivas, el chagual constituye sin duda uno de los elementos más característicos del paisaje chileno.

*Nota 3.* Este pronóstico, hecho cuando todavía me encontraba en Valparaíso, ya se cumplió en gran parte, antes que estas hojas alcanzaran a abandonar la prensa. Quien tenga el propósito de informar al mundo sobre un pueblo que

<sup>1</sup>*Pourretia alpestris*, n. sp. *P. acaulis*; *foliis linearibus, margine parce aculeatis, subtus candidis; thyrsis terminali, floribus spicatis.*

*Scapus pedibus 2 vix unquam altior. Perianthium thalassino - caeruleum, extus viride. Amtheræ aurantiæ. Bractæe alborufarinnæe.*— *Crescit in Andibus Chile australis ad Antuco.*

se encuentra, como el chileno, bajo la influencia favorable de nuestra época actual, tiene que luchar con curiosas dificultades, que sólo pueden esquivar los periodistas por medio de su información rápida, pero poco profunda. Por mucha atención y cuidado que el viajero haya prestado a una interpretación exacta de tales naciones, su relato dejará de ser verídico antes que transcurra algún tiempo. Cada año, podría decirse cada mes, produce visibles transformaciones y enormes progresos en aquel pueblo, que, después de haber despertado a una clara conciencia de su misión, dejará muy atrás a sus vecinos. Puede ocurrir que uno tenga la suerte de observar a un pueblo en aquella etapa de su desarrollo que se puede comparar, como la más interesante y activa, con aquel período de la existencia individual en que se presenta la pubertad y en que, junto con la sensación de la vigorización corporal, se hace irresistible la tendencia a crear y lograr una independencia absoluta. Justamente en este período de su existencia se encuentra el pueblo chileno, y así progresa para lograr una formación sólida en todas las acepciones de la palabra. Pronto ocurrirá en Chile que las generaciones de más edad apenas se reconocerán en su propio país, y en pocos años el visitante europeo lo encontrará totalmente diferente de lo que lo describen los relatos de los viajeros de nuestro tiempo, sin excluir a aquellos que por su conocimiento de los hechos y de la lengua, como asimismo por una estada más prolongada, estaban más autorizados a pronunciar un juicio compe-

tente que esos otros que juzgaron al país a base de prejuicios o de odiosidades personales que habian experimentado. Pero también un relato que se haya vuelto anacrónico podrá conservar el valor de un documento histórico. Suministrará al partidario de una libertad racional una prueba, acogida en silencio, pero con agrado, de que el desarrollo a formas mejores, por densa que haya sido la bruma de tres siglos que envolvía al pueblo, será siempre e indefectiblemente la consecuencia de la liberación del espíritu, en todos aquellos casos en que éste, no afectado por circunstancias secundarias perniciosas, se salve de hundirse sin remedio en el charco de la sensualidad.

Aun cuando la naturaleza no depende en su acción general de la influencia transformadora del género humano, el trabajo y la perseverancia de este último son capaces de imprimir a los ambientes un carácter muy extraño y a menudo mejorado. Aquellos cerros pelados anteriormente descritos ofrecerán en algunos decenios al recién llegado un aspecto menos desconsolador, pues desde 1831 se iniciaron en ellos los primeros cultivos y plantaciones, los que ya interrumpen aquellas tristes soledades, que por fin se cubrirán en su mayor parte de verde bajo la influencia de un cielo propicio. Según el modelo

de los peruanos, se ha conducido el agua desde grandes distancias, la que se reparte ahora por medio de pequeños canales, en forma vivificante, por sobre aquellas capas endurecidas de arcilla. El aspecto de la ciudad misma se hace más agradable cada verano, pues ya han desaparecido casi todos los ranchos con techo de paja, y se han levantado muchos edificios grandes, gracias a la circunstancia de que el ciudadano enriquecido, inspirado en el espíritu de una civilización en rápido progreso, no sólo piensa en su comodidad, sino también en el embellecimiento público. Donde se encontraba antiguamente un galpón poco seguro, en que las lluvias y las inundaciones destruían anualmente mercaderías de gran valor, se levanta ahora una aduana de bello aspecto y sólida, provista de dieciséis grandes bodegas, y se ha sabido salvar por medio de la construcción de un muelle la gran dificultad que existía antes para desembarcar mercaderías cuando el mar estaba intranquilo. Se trata de corresponder a la necesidad de establecer una buena comunicación con el interior, que sea transitable a todo tiempo, por medio de la construcción de caminos modernos. Uno de ellos, ancho y carril, se dirigirá dentro de poco desde Valparaíso por Quillota y el valle de Aconcagua hasta el pie del paso andino de Santa Rosa.

## CAPÍTULO TERCERO

### *Estada en el valle del río Aconcagua*

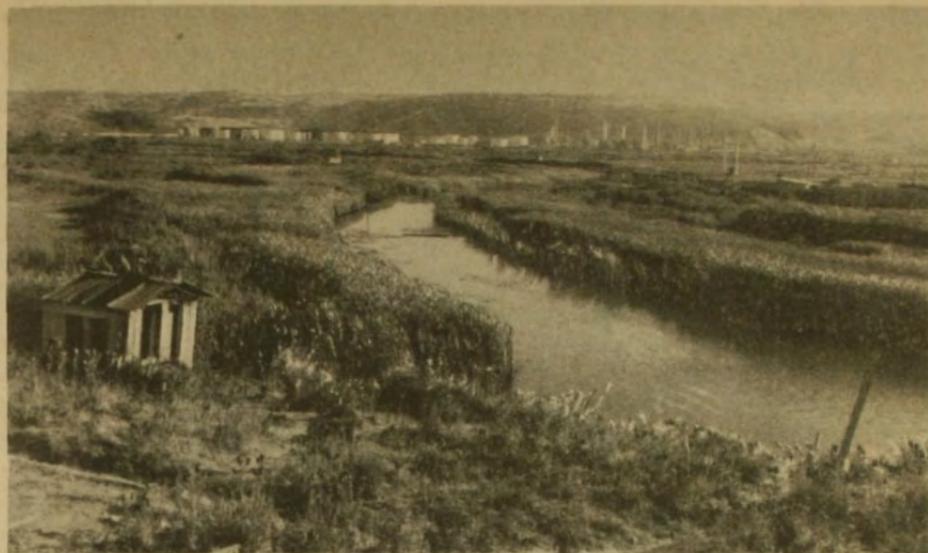
Los temporales y los violentos aguaceros condenaron a pasar más de un día en relativa inactividad, lleno de ansias, pero finalmente terminó el invierno. Aun cuando los temporales son acompañantes inseparables del invierno en Chile, éste no alcanza ni de lejos el intimidante terror del nuestro. Sólo algunas pocas veces hubo necesidad de recurrir en la tarde a la calefacción, pero, en cambio, la seguridad de la ciudad estuvo sometida a grandes peligros por los aguaceros, que alcanzaron extraordinaria violencia, y ese mal tiempo destruyó parcialmente el arrabal. Se presentó el final de julio, y aparecieron leves vientos del oeste. Pronto triunfaron sobre los del norte, que impulsaban siempre nubes grises, y los días más claros fueron desde entonces más frecuentes. Se presenta en esa temporada el firmamento azul purificado de exhalaciones, y sólo raras veces la velera nube interrumpe su monotonía. Pero en ese tiempo se hace sensible el frío en la noche y en las primeras horas de la madrugada, y frecuentemente se ve brillar el rocío nocturno a la luz del sol matinal en los cerros más elevados<sup>1</sup>. Si bien fácil de distinguir de las demás temporadas, la primavera no es anunciada en Chile por tantos indicios como en las latitudes más frías, donde forzosamente los extremos del calor y de las heladas tienen que ser conectados por un período más rico en formas. Pero por breve que sea en Chile la primavera propiamente tal —pues a las seis semanas después de haber cesado las lluvias ya se hace visible la sequía en los cerros asoleados—, ella es magníficamente bella. El mar azul oscuro se extiende como si hubiera salido cual nueva creación de la lucha de los elementos invernales. Millones de gaviotas se deleitan en alegres juegos, mientras el torpe alcatraz se deja caer vertiginosamente a las olas, hundiéndose profundamente por la violencia de la caída, pero de seguro no sin regresar con algún pez, descubierto por su agudo ojo a gran elevación. El ave más grande del mundo, el cóndor, abandona entonces la costa más cálida, volando en ocasiones a tanta altura hacia

<sup>1</sup>Se observan entonces incluso en la costa temperaturas de sólo 2°. En Valparaíso, el rocío es muy raro, en parte por su situación inmediata al lado del mar, en parte por la protección que ofrecen los elevados cerros contra los vientos del este, que enfrían el ambiente. En la primera posta del camino a Santiago (en Peñuelas, que se encuentra según Miers a 941 pies de altitud) observé los techos de las casas cubiertos totalmente por un rocío blanco en agosto.

los Andes, que aparece como un puño, para nidificar allá, desde donde sólo lo expulsa la nieve. En el parrón, cuyas hojas presentan un color verde claro y que no falta en los patios de la mayoría de las casas, cantan amablemente las diucas, pájaros pequeños, vestidos con el modesto traje de los climas moderados. Cuando muy de madrugada un rayo cálido del sol alcanza el valle, se produce una aureola de la más magnífica iluminación, y por primera vez uno contempla a Chile en el bello ropaje de que hablan los libros. Ya no se ve ninguna colina pelada, pues están cubiertas por una vegetación que ha nacido como por encantamiento; se asoma planta tras planta; y todas parecen ansiosas de mostrar al sol sus bellísimas coronas floridas, después de larga y secreta prisión debajo de la arcilla endurecida. Lo que parecía muerto, contenía los gérmenes de una vida inmensamente rica. Los dorsos colorados y secos de las serranías, y a menudo incluso el suelo apisonado de un camino, contienen infinitas cebollas de plantas liliáceas, de las más variadas formas y flores. Amarilidáceas con corona floral de tres colores y caña que alcanza a la altura de un hombre, pequeñas flores campanudas similares a la hiacintina, calceolarias herbáceas y una gran cantidad de delicadas plantas efímeras aparecen como por un acto de magia. En los jardines y los potreros de las aldeas se perciben entonces los olores del naranjo en flor, y casi más intensos aún son los de la preciosa flor de aroma, tanto la silvestre como la de jardín, que rodea las cercas. Por centenas de millares se abre la flor de la perdiz, una pequeña *Oxalis* de una sola flor, que pierde en pocas semanas hasta las hojas; y entre las plantas más delicadas llaman la atención las dioscoreas, que crecen achaparradas y tienen finísimas hojas, siendo las primeras anunciadoras de la primavera. Los huasos llegan entonces a la ciudad con los sombreros adornados con los zarcillos florecidos de una de las plantas más finas del país, el relicario, de color rojo purpúreo. En todas las rocas y lugares secos florece la siempreviva de Chile<sup>1</sup>, cuya flor se destaca por su color azul celeste, pero que es aún más notable por el hecho de secarse sin perder su brillo y conservando el engañoso aspecto de la vida joven cuando se encuentra muerta ya desde años. Por este motivo la elige el campesino de regiones apartadas del sur como intérprete mudo de sus sentimientos en sus relaciones con las mujeres, que comprenden perfectamente el sentido más profundo del obsequio que se les hace. El habitante de países de clima más suave es siempre más ingenioso y delicado que el de regiones frías, pues lo que este último posee a este respecto como consecuencia de una mejor educación, caracteriza al primero por la influencia de una naturaleza más amable.

Pocas horas al norte de Valparaíso se encuentra el valle de Aconcagua, y cerca de su desembocadura, la hacienda de Concón, de extensión mediana y que ha

<sup>1</sup>Flor de aroma = *Acacia farnesiana* L., que se encuentra en casi toda la América más calurosa, y *Mimosa cavenia* Mol.— Flor de la perdiz = *Sassia perdicaria* Mol. (*Oxalis lobata* Sims.)— Relicario = *Tropæolum tricolorum* Sweet.— *Dioscorea humifusa*, *D. heterophylla*, *D. saxatilis* Poepp.— Siempreviva = *Triptilion spinosum* R. et Pav.



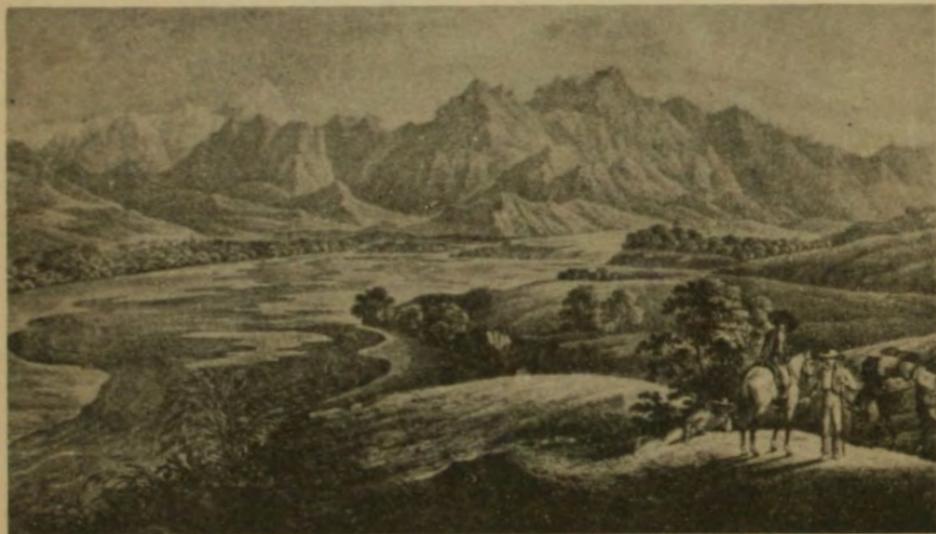
13. VALLE DEL RÍO ACONCAGUA, EN CONCÓN.

Mirando hacia el sur, se ve un brazo del río, y detrás de él, los cerros de Concón, que representan una terraza litoral. Al pie de ellos se había instalado Poeppig. Ahora se encuentra en esa parte una refinería de petróleo. *Fotografía: Carlos Keller R.*

dado también su nombre —como es usual en Chile— a los alrededores, con sus pequeñas casas diseminadas y que a menudo pertenecen a dueños independientes de la hacienda. Por varias razones fue elegido Concón como domicilio durante los primeros meses del verano, hasta que la temporada permitiera un viaje a los Andes. Se encontró una vivienda solitaria, pero bastante cómoda, en una casa del mismo predio que había pertenecido antiguamente a John Miers, conocido por su libro sobre Chile. Fue amoblada rápidamente, y ya al segundo día se iniciaron excursiones, que se repitieron desde ese momento y que suministraron buenas colecciones. El valle del río Aconcagua (llamado también río de Quillota; en los Andes, río de Chille) es uno de los más accesibles para forasteros y es visitado de preferencia por ellos, por encontrarse tan cerca del puerto. Muchas de las opiniones expresadas sobre el interior de Chile se basan casi únicamente en una breve visita a Quillota, el lugar principal en la parte baja del valle. La considerable diferencia en los juicios se explica por la temporada en que se realizaron aquellas visitas. Feuillé, Frezier y, entre los más recientes, Caldcleugh, Mrs. Graham y John Miers, parecen haber conocido del interior de Chile poco más que este valle y los alrededores de la capital. Dejará buena impresión aun en los meses secos en aquel que, cansado de un largo viaje marítimo, y desengañado terriblemente al desembarcar

en Valparaíso, haya emprendido la fuga al interior. Dentro de pocas horas, uno se puede trasladar de un desierto de cerros, por lo general pelados, a un valle en que los cuidadosos cultivos obligan a mantener durante todo el año el suelo regado y verde. Se le considera como uno de los más fértiles en la parte boreal de la república. Los cultivos y el dominio de la tierra han adquirido gran importancia en este valle y motivado la aglomeración de una población muy densa y trabajadora, debido a la vecindad del puerto, que consume mucho, como también de la capital, que recibe gran parte de sus abastecimientos desde Quillota. La población autóctona a la llegada de los conquistadores, los quillotanos, una tribu indígena desaparecida sin dejar rastros, ya se caracterizaba por su mayor número, su moral y su dedicación al trabajo, cultivando sobre todo el suelo. Los españoles encontraron aquí casi los mismos métodos de cultivo de la tierra que ya habían observado en el Perú y que se han conservado invariablemente hasta ahora, excepto algunas pocas modificaciones relacionadas con el cultivo de los cereales europeos, antes desconocidos.

En todas partes de este prolongado valle se trabaja la fecunda tierra con especial cuidado, una circunstancia que no contribuye poco a transmitir a la región un aspecto agradable y pintoresco. Un examen más preciso demuestra, sin embargo, que no existen muchos terrenos fértiles y que si algunas zonas aparecen adornadas con



14. PANORAMA DEL RÍO ACONCAGUA, HACIA EL INTERIOR.  
Según un dibujo de Poeppig.

El autor comenta su dibujo así: "Ha sido diseñado desde una cerca que deslinda el molino de Concón (construido por John Miers) hacia oriente. Puede transmitir una impresión de la relativa ausencia de vegetación en el paisaje de la parte septentrional del país, como también de los grandiosos panoramas cordilleranos". El dibujo se encuentra en el Atlas de la obra de Poeppig.

prometedoras sementeras o viñedos, ello se debe en gran parte al río y al regadío. La capa de tierra vegetal propiamente tal no alcanza mucho espesor, excepción hecha de los estrechos y cortos valles laterales, y en muchas partes el suelo es sólo poco más fértil que cerca de Valparaíso. Pero es aquí mucho más fácil el regadío artificial, y la configuración del relieve expone el suelo mucho menos a su destrucción total por factores externos. En alto grado llamará la atención a todo forastero recién llegado la vista que se ofrece desde las colinas cubiertas por un matorral poco denso detrás de Concón, pues lleva el sello característico del país<sup>1</sup>.

El río, que es de considerable anchura, ocupa gran parte del valle; está dividido en muchos brazos separados, por islas pedregosas, que desaparecen cuando se producen repentinas crecidas. Hay numerosas pequeñas chozas diseminadas en el suelo más plano o en los faldeos, compuestas por las ligeras viviendas de los inquilinos de la hacienda, o que constituían las herencias de los campesinos más activos, que, estimulados por la ventaja de un doble mercado cercano, dedicaban más cuidado y atención a las mejoras de su propiedad que el huaso más indolente que vive en las regiones más aisladas del interior. Aun cuando la mirada no descansa en bosques tupidos y verdeantes, el paisaje se presenta variado debido a una faja de un bajo matorral a lo largo de las orillas del río, en la parte superior del valle, y a menudo atrae el ojo un grupo de árboles mayores, aislados y relativamente raros. Pero los terrenos cultivados no constituyen una bella e ininterrumpida sucesión a lo largo del valle, como ocurre en las orillas de los ríos de países más fríos. Las verdes sementeras y los atrayentes viñedos son interrumpidos por prolongados espacios ocupados por acarreo estéril, dejado por el río en la época de sus perniciosas inundaciones o que los aguaceros invernales arrastraron consigo desde los cerros, fáciles de destruir. En otros puntos se presentan praderas cuidadosamente cercadas, en que raras veces se encuentra un árbol y que durante el breve lapso primaveral contribuyen con su verde frescura a acentuar el alegre aspecto del paisaje, en igual grado en que espantan en el estío avanzado por su color amarillo y el lento morir que reflejan. Caminos poco transitables y cruzados a menudo por profundas zanjas se extienden a través de los grotescos quiscos de candelabros, que predominan sin competencia en los terrenos infecundos; y entre ellos son visibles los huasos en sus vistosos trajes, que se dirigen al galope de casa en casa, como si estuvieran muy apurados y que en realidad tienen poco que hacer, y se saludan mutuamente, continuando su camino hacia la ciudad, a la cual conducen las largas filas de recuas de mulas cargadas con una cantidad casi increíble de frutos.

<sup>1</sup>La primera plancha del Atlas, Panorama del Valle de Concón y de la Campana de Quillota, ha sido dibujada desde un punto relativamente bajo, es decir, desde la cerca que limita al oriente el terreno perteneciente al molino de Concón. Es también apropiada para dar una idea del aspecto relativamente pelado de un paisaje en el norte de Chile y de los magníficos contornos de las montañas. (Véase la reproducción al frente).

Desde la misma orilla del mar se elevan prolongados cordones de colinas, casi siempre paralelos con él. Más arriba en el valle se asemejan, sin embargo, al lecho del río que limitan, a pesar de constituir productos inconfundibles de su sedimentación. A escasa distancia de ellos se elevan otros cordones, que, de procedencia menos dudosa, indican ya por su rumbo, paralelo a los Andes, haber sido cortados perpendicularmente por el río, pero cuyo origen debe atribuirse a un proceso más grandioso de la naturaleza. Por lo general desnudos o conteniendo a lo sumo en sus valles invisibles una tierra más fértil, complementan el cuadro en forma de enormes cerros rocosos de fantásticos contornos. En su punto culminante, la Campana de Quillota, un amplio macizo de rocas estériles, de apenas 3.500 pies<sup>1</sup>, se desarrollan las formas peculiares de los paisajes panorámicos del Chile boreal. Pelados y rojizos, de agudos contornos exteriores, revelan ya desde larga distancia la falta de humedad de sus inútiles y abruptas laderas. Estos cerros rocosos forman el fondo, que se destaca agradablemente del valle verde y el límpido cielo azul. Los Andes de Santa Rosa se presentan en engañadora cercanía, a pesar de encontrarse en realidad a considerable distancia, elevándose mucho sobre los cordones de las partes centrales del país. El pico de Aconcagua<sup>2</sup>, de hermosa configuración, se eleva a mayor altitud que el cordón fronterizo casi horizontal; está siempre cubierto de nieve hasta bastante abajo, la que nunca se derrite, lo que justifica una leyenda muy propagada que le atribuye 16.000 pies de altitud<sup>3</sup>. Aun cuando corresponde en su configuración a un cono, no ha sido comprobado de manera alguna el prejuicio que ve en él un volcán activo, pues si bien su cumbre puede haber propagado alguna vez el resplandor de un fuego interior, es absolutamente seguro que ya no ocurre. Está situado muy adentro de los Andes, no lejos de los caminos que conducen de Santa Rosa de los Andes a los pasos andinos, por medio de los cuales el viajero se dirige desde Chile a la provincia de San Juan o Mendoza, para llegar más allá, después de cruzar tristísimos desiertos, a Tucumán y Buenos Aires. Se derrama sobre este cuadro cautivador una luz muy curiosa, una especie de reflejo rojizo difícil de describir, que desaparece en la época de los grandes aguaceros invernales y que tampoco se observa en días de sol, que alterna también en aquella temporada a menudo con los días turbios. Esta observación conduce a la suposición de que el fenómeno proviene de una sequedad muy grande del aire, y se robustece esta creencia cuando uno observa más tarde el mismo colorido característico, pero más intenso, en las costas sin lluvias del Perú, pero allá en la época del mayor calor. El mismo fenómeno se conoce en Egipto.

A igual que los demás ríos del Chile septentrional, el Aconcagua es simultáneamente el dador de la fertilidad y el destructor irresistible de numerosas pe-

<sup>1</sup>Son 6.300 pies o 1.900 m.— Nota del Traductor.

<sup>2</sup>Aparece en algunas cartas con el nombre de volcán de La Ligua.

<sup>3</sup>El Aconcagua tiene en realidad 22.835 pies de altitud.— Nota del Traductor.

queñas heredades. Su pendiente es extraordinariamente grande, pues, incluyendo todos los meandros, hay una distancia de 13 millas<sup>1</sup> desde el punto de su origen, cerca de La Cumbre, en los Andes limítrofes de Santa Rosa, hasta su desembocadura en el mar, distancia que corresponde a una diferencia de nivel de 9.000 pies<sup>2</sup>. Su agua es limpia y pura, pero hacia el interior casi demasiado fría para bañarse en ella. Los cambios del tiempo en los Andes producen en él repentinas crecidas, que constituyen un peligro bastante grande para los terrenos del valle. Se encuentran rastros de esas aguas en sus orillas hasta una altura de 15 pies, las que llenan anualmente potreros fértiles con su acarreo y arrastran consigo a otros. El lecho cambia constantemente, y mientras que se forman nuevos brazos, se secan otros. Pero éste es el carácter de todos los ríos chilenos, que de esta manera son poco aptos para ser usados en molinos y mover otras máquinas. Aun cuando la profundidad en verano sólo en pocas partes excede de 8 pies, la potencia de la corriente es tan fuerte, que toda tentativa de vadear el río donde el agua alcance hasta encima de los estribos representa un manifiesto peligro. Las inundaciones han transformado el valle en algunos puntos en un desierto. Existen campos que se hallan cubiertos por un acarreo consistente en piedras de río y que cansan al jinete y a su bestia irradiando en días de sol un calor casi insoportable. El botánico considera que apenas vale la pena dirigirse a ellos, pues fuera del matico (*Buddleja glubosa* L.), una *Baccharis* con hojas semejantes a las del sauce, de las proustias y del sauce sudamericano (*Salix humboldtiana* Willd.), no se encuentra ningún arbusto mayor. Pero plantas cuyas semillas han sido propagadas por el agua del río y que representan pobladores de las zonas montañosas más elevadas, florecen a veces también en este suelo ingrato. Como ocurre con casi todos los ríos chilenos que provienen de la cadena andina misma, afluye siempre una gran cantidad de arena con las aguas, generándose de esta manera amplios bancos, que forman una barra en la desembocadura del Aconcagua, como en muchos otros ríos del país. Sin duda, la utilidad de los ríos es muy grande en Chile, pues si no se les repartiera artificialmente por medio de canales, no crecería en muchas partes ninguna planta cultivada; pero ella no va más allá. En las provincias boreales no existe un solo río que sea navegable hasta más allá de una o dos horas aguas arriba de la desembocadura en botes cargados, y tampoco esto se puede hacer siempre sin correr peligro. En las provincias centrales, el Maule es el único al que pueden entrar en todo tiempo, durante la alta marea, bergantines con desplazamiento hasta de 150 toneladas, pero su calado no debe ser mayor de 6 pies, y tampoco pueden entrar mucho más allá de la desembocadura. El Bio-Bío representa, a pesar de su magnífica anchura, una corriente baja y que varía constantemente, la que describire-

<sup>1</sup>Debe decir 93 ó 103 millas.— Nota del Traductor.

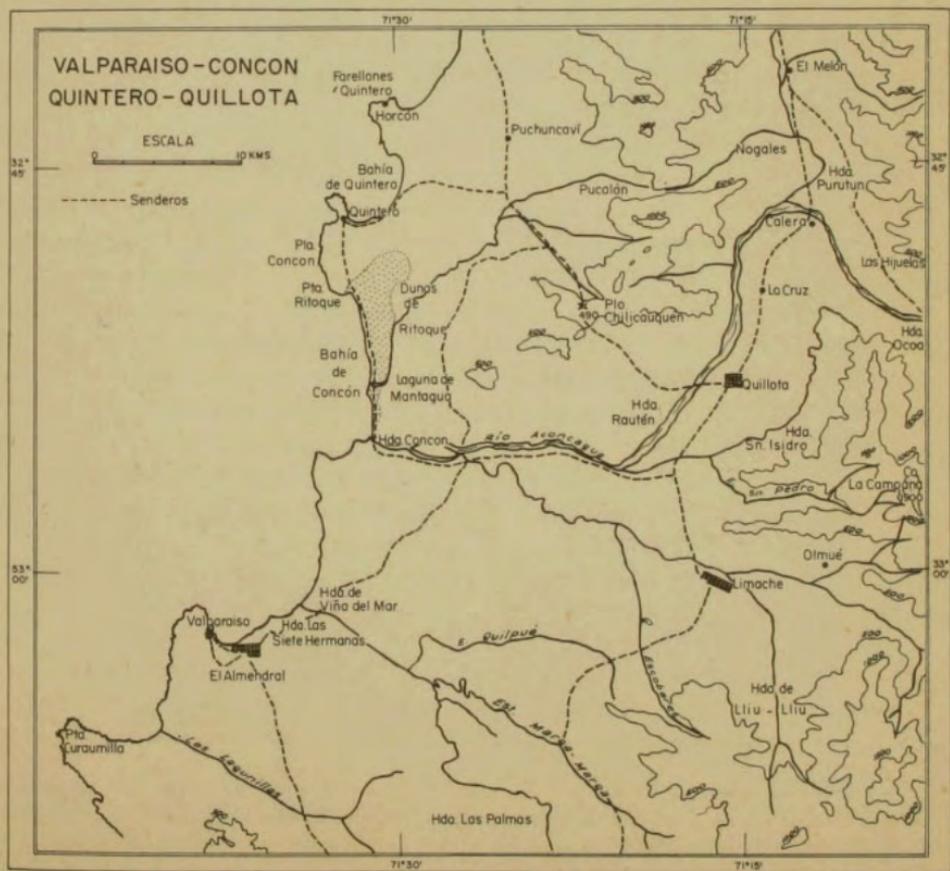
<sup>2</sup>La Cumbre queda a 3.800 m. u 11.600 pies. El río Aconcagua nace en el cerro Juncal, de 6.060 m., o 18.390 pies.— Nota del Traductor.

mos con más detenimiento. El río Calle-Calle (llamado también río de Valdivia) es el único en que pueden entrar buques hasta de 60 cañones, sin correr mucho riesgo. Pero aun cuando es navegable en botes hasta muy arriba, no hay movimiento de embarcaciones en él, pues corre por una provincia cuyo dominio reclama la república, pero en la que posee sólo algunas poblaciones mal defendidas e inseguras, cuya perpetuación, excepción hecha de Valdivia, depende del todo de la voluntad de los indios salvajes del sur. Pero si todos estos numerosos ríos, que se asemejan mucho los unos a los otros, no favorecen las comunicaciones en general, hay muchos otros que las dificultan. El número de puentes mayores no excede en todo Chile de tres o cuatro, pues de aquellos que construía a veces el gobierno español se han conservado por lo general sólo las ruinas, como recuerdos de la guerra de la revolución y del empobrecimiento de las cajas fiscales. Los viajeros se ven obligados a vadear los ríos más peligrosos de la mejor manera que sean capaces de hacerlo, y no pasa año sin que se les tributen numerosas víctimas, pues entre las artes que un europeo debe aprender ya al principio de sus viajes en Chile, se cuenta muy en especial aquel de conducir su caballo sin miedo y con la mayor habilidad a través de correntosas aguas. Cerca de la costa, los lechos de tales ríos están a menudo llenos de acumulaciones de arenas movedizas, que a lo menos tienen de bueno que desaparecen en ciertos años por completo, de modo que en su lugar se forman pozas de una profundidad tan grande, que la engañadora apariencia de un piso firme no inducirá a ningún jinete a su perdición. Tales lugares se hallan incluso en los alrededores de Valparaíso. La desembocadura ampliada—se les designa en Chile con el nombre de esteros— del arroyo de Viña del Mar, que es bastante insignificante, era por tal motivo muy peligrosa en 1827. Al año siguiente se encontraban trechos de esa índole en la desembocadura del Bío-Bío, que eran aún más peligrosos por las plantas salinas que crecían en ellos, en circunstancias que debajo de aquéllas sólo había una mezcla de agua y arena, en que se podían perder instantáneamente el jinete y su caballo. Al año siguiente habían desaparecido esos bancos, y en su lugar existía una profundidad considerable.

Sin embargo, la arena que se halla en el lecho de los ríos a cierta distancia de la costa, sobre todo en la vecindad de cerros de tercer rango que se encuentran en rápida disolución, es aurífera en el Aconcagua, el Maule, el Bío-Bío y casi todos los ríos que provienen del interior. Aquellos cerros con 2.000 a 3.000 pies de altitud, como casi todos los de la región costanera de Chile, están sujetos a una disolución y descomposición extraordinariamente rápidas de sus masas rocosas debido a las influencias atmosféricas. La sienita<sup>1</sup>, de que consisten casi de modo

<sup>1</sup>De acuerdo con la clasificación actual, la Cordillera de la Costa de los alrededores de Valparaíso pertenece a la formación de diorita andina del cretáceo medio a superior y comprende rocas que varían en la forma que ya fue señalada al final de la nota 2 del Capítulo Primero.— Nota del Traductor.

exclusivo, no constituye casi nunca murallas prolongadas, sino que se presenta en forma de acumulaciones y masas irregulares, unidas por inclusiones de una arcilla o marga ferruginosa, que ofrecen muy a menudo el aspecto de sedimentos aluviales. La descomposición de la sienita chilena es tan profunda y completa, que muchas variedades no son aptas para construcciones expuestas a la atmósfera. Si bien esta propiedad de la roca puede contribuir bajo determinadas condiciones a aumentar la superficie del terreno cultivable, se echan a perder, por otra parte, muchos potreros útiles por derrumbes y por la erosión de la tierra fértil. Dicho sea de paso, para los andinistas aquellas murallas en descomposición se vuelven fácilmente peligrosas, sobre todo cerca de la playa, pues, adornadas con una vegetación atractiva, sus escalones se desmoronan con facilidad debajo del pie, pudiendo precipitarse el entusiasta explorador en el precipicio. Debido a esta facilidad



con que se descompone la roca predominante, ocurre también que las aguas de las lluvias invernales, que se tiñen con un color café rojizo, conduzcan consigo los granos de oro contenidos en las montañas. En las regiones andinas más elevadas, donde la sienita se descompone en forma más reducida y lenta, los arroyos contienen mucho menos oro que a mayor proximidad de la costa. La explotación del mismo constituyó hasta hace pocos años una actividad desempeñada con mucho interés por los pobladores del valle del río Aconcagua, pero dejó de serlo —lo que era fácil de prever— cuando el desarrollo industrial ofreció al obrero la expectativa de una ganancia más segura y mayor. En un principio, era justamente la riqueza de oro contenida en las minas, de las cuales ahora se trabajan sólo pocas en forma seria, y en las arenas de los ríos, la que indujo a los españoles a radicarse por primera vez de modo permanente en el valle de Quillota, una población que ocurrió treinta años antes que la del llano elevado de Santiago<sup>1</sup> y que precedió, por consiguiente, también a todas las demás de las provincias centrales. Desde hace algunos años, se lava oro sólo al pie del cordón de la Campana de Quillota, produciéndose una cantidad muy reducida de ese metal, en comparación con la de tiempos antiguos. Toda tentativa de señalar numéricamente la producción será, sin embargo, vana, pues debido a las dificultades que se presentan para el control de una minería de esta índole, casi todo el oro es entregado al comercio en forma ilegal, y sale también así del país. El polvo de oro de los ríos se presenta en las provincias boreales de Chile, por lo general, con leyes similares a las de las minas, siendo recuperado el metal de estas últimas por medio de la amalgama, y el de lavaderos lo superaba a lo sumo en uno o uno y medio quilate<sup>2</sup>; pero en las provincias australes de la república, como cerca de Rere, en la provincia de Concepción, su ley excede siempre a la del oro de minas en dos o tres quilates. El oro de lavaderos de Quillota, de los cerros al norte y noroeste de Santiago (de los cerros de Lampa, La Vizcacha, la cuesta de Chacabuco y La Dehesa) y de los distritos mineros de Coquimbo contiene, en promedio, 21 a 22½ quilates, mientras que el de las minas contiene 18 a 20 quilates; sólo los yacimientos de Illapel constituyen una excepción, pues su oro de minas es el más fino de las regiones conocidas, con 22 a 23 quilates. La ley del oro de minas de la región austral jamás contiene, sin embargo, menos de 23 a 23½ quilates, pero no aparece casi nunca en el comercio en cantidades de alguna consideración.

<sup>1</sup>Almagro llegó a Quillota en 1536; Valdivia en 1540. Este fundó al año siguiente Santiago.— Nota del Traductor.

<sup>2</sup>John Miers ("Travels to Chile...", II, pág. 399) supone como un hecho sin excepciones que el oro de minas sea de leyes inferiores que el de lavaderos, e indica, de manera general, para ambas clases leyes un poco diferentes. Al parecer, no conoció las minas de Illapel.



15. VALLE DEL RÍO ACONCAGUA FRENTE A QUILLOTA.

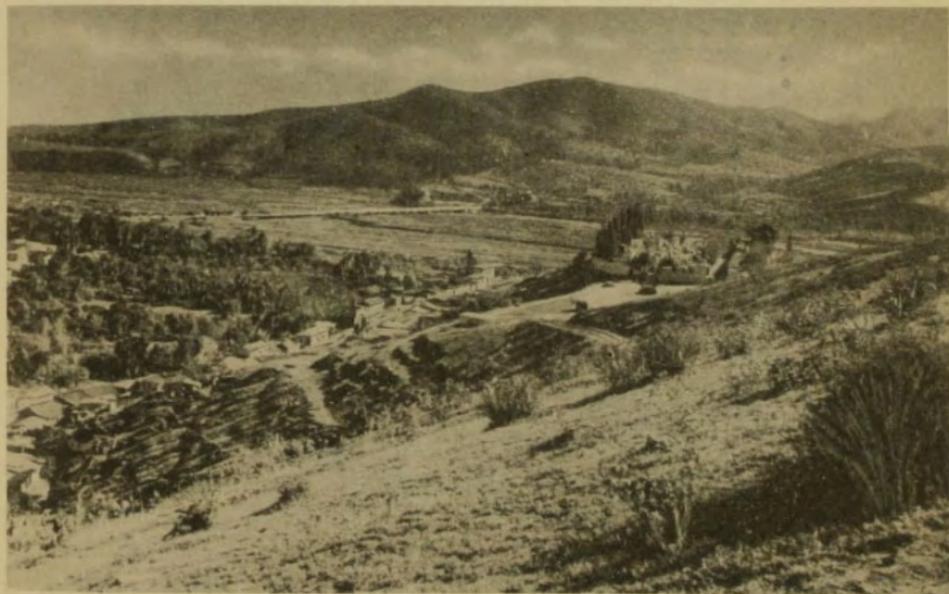
Fotografía tomada desde el cerro Moyaca. Al fondo, Bozo (que significa fértil en quechua), coronado por el portezuelo de Chilicauquén, por donde bajó Poeppig al valle de Quillota, cruzando en seguida el río. Fotografía: Carlos Keller R.

El valle de Quillota contiene numerosas haciendas de gran hermosura, y es capaz de suministrar una idea bastante clara de la agricultura de las provincias centrales, donde el clima y las características del suelo obligan a adoptar métodos muy diferentes de los del sur; pero antes de entrar en una discusión seria de diversas materias pertinentes, estrictamente científicas, será lícito realizar una visita a una hacienda grande de esta región. Tales descripciones gráficas ofrecen al relator diversas ventajas, difíciles de lograr de otra manera, y ayudarán al lector a obtener una idea más clara que por un tratamiento sistemático de la misma materia. Aun cuando no siempre es conveniente reproducir la primera impresión, el relato llevará el sello de la verdad si el viajero prescinde desde un principio de todo prejuicio. El hecho de haberse descuidado a menudo este principio es la razón de muchos juicios absolutamente injustos y de numerosas observaciones odiosas. Donde la vida social en el sentido europeo de la palabra, con todos sus pequeños detalles, todavía se halla en gestación; donde la civilización aún está empeñada en una lucha por su existencia, continuando las discrepancias entre la rudeza antigua y la saturación moderna, las causas modificadoras se manifestarán de un modo más violento sobre las apariencias exteriores que entre nosotros, donde las formas

habituales desde los tiempos de remotos antepasados se encuentran demasiado consolidadas y desarrolladas para ser afectadas por cualquiera pequeña influencia. Tienen que generarse aparentes contradicciones, que inducirán al observador superficial a sacar conclusiones equivocadas, y habrá mucho que se presentará como falto de ligamiento, destacándose en muy vivos colores, que terminará, sin embargo, por constituir una consecuencia lógica del proceso de formación de aquel pueblo; pero para comprenderlo así será necesario someterlo a un examen más minucioso. No obstante, sin necesidad de estudiar con mucha profundidad el estado moral, se observará ya al entrar en la casa de un hacendado chileno una falta de armonía en su aspecto exterior, lo que permitirá comprender asimismo las situaciones menos tangibles y por ello más difíciles de entender, para llegar por último a un juicio más prudente y más humano. En efecto, se observarán simultáneamente, los unos al lado de los otros, sin coherencia entre ellos, testimonios de un gusto muy refinado y objetos burdos, excluidos en otras partes de la buena sociedad; se reciben pruebas de un progreso espiritual importante, observando al mismo tiempo restos de un primitivismo que se ha conservado.

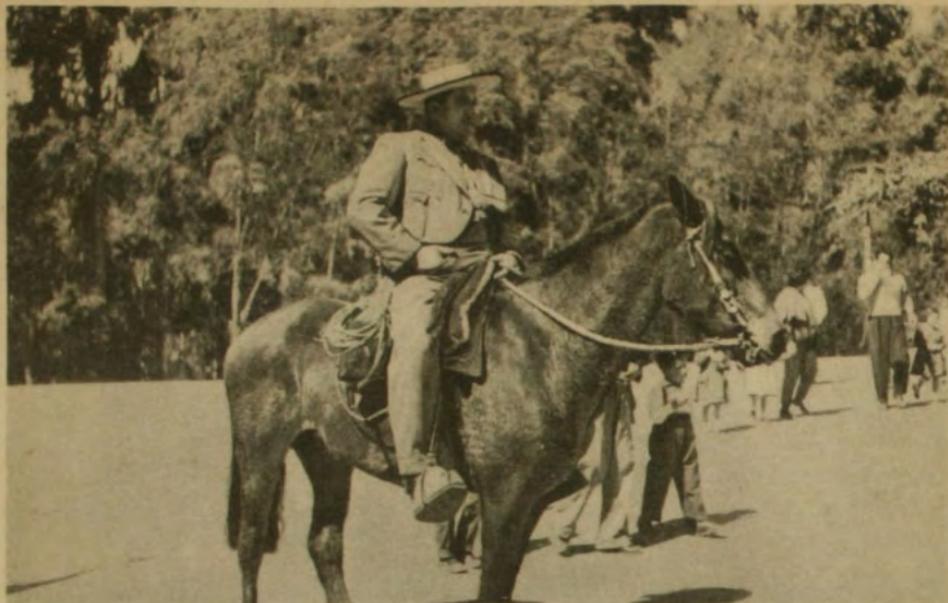
En el mes de septiembre, en un período en que había dejado de llover durante un tiempo prolongado y la humedad invernal sólo se había conservado en los valles, se realizó desde Concón un breve viaje a una de las mayores haciendas en el valle de Aconcagua. Por razones que nunca debería perder de vista el viajero, no se indicará el nombre del dueño. Después de una cabalgata que duró un día, larga y penosa, por cerros pelados, en que el calor del sol y el aire inmóvil casi producían el efecto de un desierto, intensificado por la gran sequedad del aire, muy molesta para los pulmones, por la falta de agua potable y por la falta general de vida, divisamos por fin muy por debajo de nosotros un valle verde. Saludado con alegría por el pequeño grupo, fue objeto de diversas suposiciones al ser avisado desde un desfiladero, para volver a desaparecer luego entre las rocas graníticas recalentadas y en descomposición que nos rodeaban. Nos costó trabajo hacer bajar nuestros cansados caballos por el pedregal de nuestro camino: aun cuando era la entrada principal de la propiedad, sólo representaba una zanja, ocupada en invierno como lecho por un torrente que desciende de la montaña. Tales obstáculos parecen preocupar muy poco a los huasos chilenos, pues pasan a grán velocidad y con un amable saludo al lado de los europeos, no poco orgullosos del arte con que manejan sus caballos, que resta todo peligro a aquellos senderos. Tras muchas vueltas y muchos incómodos saltos de nuestros caballos, a los que uno se puede encomendar, sin embargo, con absoluta confianza, alcanzamos el valle, y al mismo tiempo un río que corría rápidamente entre grandes peñas invernales arrastradas desde los cerros por la violencia de los torrentes y con una profundidad nada despreciable. Sin mayores precauciones, lo cruzamos en el auténtico estilo del país, felizmente guiados por un campesino que conocía el vado. En la otra orilla, una sencilla tranca cerraba el camino. Consistía en pesadas vigas unidas que formaban un por-

tón, pero que se movían en un marco desplomado hacia arriba y colocado en el suelo de una manera tan oblicua, que se requiere bastante fuerza para levantarlo, pero permaneciendo a caballo al hacerlo. Apenas éste pasa a medias por esa tranca sólo un poco abierta, acostumbrado a ella, da de inmediato un salto para esquivar su golpe al cerrarse sola. Tales trancas se encuentran en Chile en todos los potreros, y a menudo se interponen en los caminos públicos, a fin de evitar que el descuido de los jinetes que pasan facilite el acceso al ganado a los campos cultivados. Sin sombra, se extendía un gran llano frente a nosotros, y el grupo galopó, por lo general envuelto en polvo, entre cardos que tenían la altura de una vara y algunos cañaverales, desde los que se oía de vez en cuando el agudo grito de la cerceta europea, que es también endémica en Chile. Era éste casi el único que se escuchaba en la soledad del mediodía, cuando todo se vuelve inerte bajo el poder de los inclementes rayos solares. Habríamos preferido seguir el camino más próximo, que pasaba por medio de un rebaño en reposo, pues, rodeados por una nube de polvo rojizo, casi muertos de sed y fatigados por un viaje a caballo de diez horas, nos habría gustado llegar cuanto antes a una casa baja, cuyos contornos imprecisos percibíamos entre las capas recalentadas y vibrantes del aire. Pero se levantaron



16. LA CIUDAD DE QUILLOTA (IZQUIERDA) Y EL CERRO RAUTÉN.

A la derecha, el cementerio, detrás del cual Poeppig cruzó el río, para dirigirse al sur de la ciudad, probablemente al fundo de San Isidro (no indica el nombre del fundo visitado, a fin de no herir susceptibilidades). El panorama ha variado desde entonces, sobre todo por faltar en 1827 el puente sobre el río y el cementerio. *Fotografía: Carlos Keller R.*



17. HUASO CHILENO EN 1959.

La indumentaria no ha variado desde los tiempos de Poeppig, como tampoco la silla, freno, lazo, etc., del caballo. *Fotografía: Carlos Keller R.*

simultáneamente varios grandes toros, acercándose con indicios inequívocos de querer pelear, pues con notable instinto estos animales distinguen de inmediato al extranjero, dejando, en cambio, pasar al chileno sin molestarlo. A pesar del cansancio, uno se ve entonces a menudo obligado a alejarse al galope, para evitar el peligroso encuentro. Pasando al lado de árboles frutales aislados, de gran desarrollo y considerable producción, pero que no revelaban haber sido tratados de acuerdo con la técnica moderna, o haber sido sometidos siquiera al cuidado corriente, como también frente a una huerta muy tupida de duraznos, alcanzamos por fin la casa. Numerosos perros nos saludaron con manifiesto desagrado, y sólo el profuso empleo de sus lazos que hicieron los mozos que nos acompañaban, logró despejar un sitio para bajar de los caballos. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, y nadie se acercó para recibirnos, como lo prescribe siempre la buena educación que prevalece en las modalidades del país. La casa parecía inerte, como si sus habitantes hubieran huido. Pero un edificio separado y que revelaba escaso arte, pues descansaba en pilares y sólo tenía delgadas paredes de cañas, demostraba indicios de su existencia, pues desde el interior salía el olor poco agradable del charqui, que el chileno suele tostar en el campo a cualquier hora, para entretenerse o como golosina, lo mismo que el niño del campesino nórdico se divierte asando su

papa. Cuando entramos todos juntos, observamos a un chileno de elevada estatura, bien proporcionado, pero curtido por el sol y de aspecto un poco desaliñado, que se levantaba lentamente de un banquillo. Tratábase de uno de esos huasos que andan siempre a caballo y pertenecientes a la clase inferior de los campesinos, que mantienen los hacendados para el cuidado de sus rebaños. De modo que nos encontrábamos en la cocina de la hacienda, la que en el día constituye, según la costumbre nacional, el lugar en que se reúnen todos los convivientes de una hacienda que no pertenecen a la clase aristocrática. La expresiva sonrisa del huaso, quien demostró de inmediato su buena educación, consiguiéndonos asientos —simples trozos de madera—, parecía revelar que hacía en su interior sus glosas sobre los europeos del norte. La impaciencia y falta de tiempo de los extranjeros ya no llaman la atención en las ciudades, debido a su desarrollo industrial, pero para el campesino sigue siendo incomprensible que alguien se dedique a errar por el país, sin necesidad alguna, en las horas de calor, en que ningún cristiano, es decir, ningún chileno piensa en otra cosa que en dormir la siesta. En realidad, habíamos llegado justamente a esa hora en que todos los habitantes se encuentran en un sueño tan profundo como el de medianoche.

Pero parece que la bulla de los caballos despertó finalmente a los pobladores. Se abrió la casa baja, de un piso, y los huéspedes fueron recibidos con las amables palabras que todo chileno suele dirigir a los recién llegados. Poco a poco se llenó el agradable corredor, elevado por el clima durante el verano al rango de la sala de recepción propiamente tal, con los miembros de la familia, y todos reconocieron, sin excepción alguna, haber sido despertados del sueño más profundo. Si bien se hace todo lo imaginable por ser grato a los llegados, con manifestaciones de la mayor amabilidad, con testimonios de la mejor buena voluntad y con la hospitalidad más desinteresada, será raras veces posible ofrecerles una pieza propia. Aun en haciendas muy valiosas, se considera que la edificación de sus mansiones cumple con todas las exigencias si la casa es fresca y amplia y dispone al menos de una pieza separada para las mujeres de la familia. Por eso, el forastero, sobre todo cuando es un auténtico hijo de la tierra, preferirá siempre acampar al aire libre, por lo menos en verano. Dado el magnífico clima que reina en esa rinconada, no representa para él un sacrificio rechazar la hospitalaria invitación, que le hace el amable anfitrión, de aceptar un lecho que se le preparará para la noche en medio de la gran pieza ocupada en el día por la familia. Pero todo lo que se observa en una hacienda de regiones más apartadas es altamente curioso. Un techo de tejas inmensamente pesado, que se encuentra tanto en todos los edificios públicos como en las casas más sencillas del país, descansa en murallas bajas de barro apisonado, que carecen de todo ornamento arquitectónico. En la mejor pieza, las paredes han sido adornadas por un pintor nacional en forma tan estridente, que se impone indefectiblemente la idea de que los arabescos no representan una etapa de desarrollo superior del arte, sino que corresponden a su infancia. Amplias y grandes puer-

tas, abiertas durante todo el día, reemplazan a las pocas ventanas y permiten que se forme una corriente de aire agradable y no nociva. En ninguna parte deja de reconocerse la mezcla de lo antiguo y de lo nuevo, el lento reemplazo de las costumbres inveteradas por otras nuevas, que se manifiestan por la contradicción que existe en los hábitos y goces, como resultado de la introducción de modas antes desconocidas y de nuevas comodidades recién llegadas de Europa. El piso de simple tierra de la mejor sala de recepción está cubierto por ricas alfombras inglesas; una elegante lámpara de araña, de cristales, está colgada de una tosca viga que se extiende debajo del techo a través de la pieza. Valiosos muebles importados desde la América del Norte o Francia contrastan curiosamente con los ornamentos semidorados y de pésimo gusto que adornaban hasta hace poco la casa, destinados a ostentar la fortuna de la familia. Entre los marcos dorados que contienen aguafuertes inglesas, se encuentran muy a menudo los pequeños cuadros de los santos familiares, que no son de mejor calidad que aquellos que produce diariamente la industria de Nuremberg. El sitio principal de la sala está ocupado por un piano vertical, procedente de la manufactura de Broadwood, que rara vez valdría menos de mil pesos fuertes, pero que no ha sido capaz de reemplazar del todo el instrumento preferido del país, la vihuela poco artística.

Los chilenos no se conforman con recibir amablemente a los forasteros, sino que han conservado otra costumbre muy sugestiva. Poco después de la llegada, las mujeres entregan al huésped un pequeño regalo, de cierta manera como un testimonio de la amabilidad y buena voluntad con que podrá contar, siempre que éste se les haya acercado desde un principio en forma atenta e interesada, como lo requiere la costumbre. A veces se tratará de una rosa o de una simple fruta, o en otros casos será una esfera de cera, llena de agua olorosa, en cuya preparación las mujeres chilenas empeñan una buena parte de sus conocimientos caseros. Otro viajero que logró describir e interpretar los hábitos de este pueblo en forma ingeniosa e inteligente<sup>1</sup> ha expresado con razón que esa costumbre tan simbólica y simpática es común a todas las antiguas colonias españolas de la América del Sur y que pertenece a la categoría de aquellas pequeñas atenciones que no saben hacer en ninguna otra parte con tanta gracia.

Es una costumbre del país —que sin duda desaparecerá poco a poco— que las mujeres se vistan sólo raras veces en forma completa en la mañana. Mientras se dedicaban a ello, nuestro grupo recorrió los alrededores inmediatos en compañía del dueño. Pero todavía no se conocen en Chile aquella comodidad del menaje, aquel orden que se exterioriza en todas partes y aquel cariño que se profesa a miles de pequeñas cosas, con que se procura hacer agradable y variada la vida del campo en Europa. Logrado su fin principal, todo lo demás queda relegado

<sup>1</sup>El capitán Basil Hall, el más libre de prejuicios y más amable de los numerosos viajeros ingleses que han escrito sobre la América del Sur.

como algo secundario a un segundo plano. Por eso existe pocas veces un jardín de mayor extensión, ni siquiera en las haciendas más grandes, y este hecho sorprende sobre todo si se tiene en cuenta que no se pueden negar condiciones poéticas al sudamericano y sobre todo al chileno. Se encuentran tupidos grupos de árboles frutales, cargados de frutas, pero han crecido casi espontáneamente gracias al favorable clima del país, y los exuberantes parrones parecen repudiar las limitaciones de una pirca baja. Trepan hasta la copa de las higueras, que producen en este país anualmente dos cosechas de las frutas más dulces, bajo doble nom-



18. JOVEN DE LA SOCIEDAD FRENTE AL BRASERO. *Rugendas.*

Las jóvenes con que bailó Poeppig en la hacienda situada cerca de Quillota eran semejantes a la que Rugendas eternizó en este dibujo. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

bre. Entre las anchas hojas de estos árboles se observa el valle, intensamente cultivado, y al fondo se eleva el cordón de los Andes nevados, siempre nuevo y siempre interesante. Casi todas las haciendas bien situadas ofrecen alrededores similares, y en la mayoría de ellos habrá oportunidad de contemplar con entusiasmo la belleza de la naturaleza austral. En efecto, la situación de un hacendado acaudalado es altamente satisfactoria, siempre que no sea perturbada por la lucha de las pasiones, en especial por la ambición y el partidismo, como resultado de la situación civil de todo el pueblo. No puede esperarse un amor propiamente tal por la naturaleza, o mejor dicho, una inclinación poética a ella, de parte de un hombre robusto que se formó en condiciones muy diferentes que el europeo, educado con exceso de regalos y delicadezas; pero el amor a la independencia, una afición a los más violentos movimientos corporales, a lo temerario y al vagar sin limitaciones de los huasos, son rasgos que se han conservado hasta ahora en gran parte de los chilenos nacidos en la ciudad. Representan las causas de su nostalgia por la vida de campo, expresada a menudo incluso por los habitantes más pudientes de la capital, y explica la existencia de una ilustración relativamente grande y que sorprende en un principio en muchos aparentes campesinos, que se presentan a caballo con su ancho sombrero de paja, su poncho y sus botas, para darse a conocer sólo mucho más tarde como vecinos de la capital. Uno se admira con frecuencia ver que uno de estos hombres, mejor educado y perteneciente a la sociedad superior, suba a su caballo con la mayor pasión, para galopar en forma excitadísima, exhortando, ordenando, regocijándose o maldiciendo la mala suerte de un principiante, detrás de un rebaño que huye, en medio de sus huasos, que en la excitación no guardarán siempre el debido respeto a su patrón.

Después de haber recorrido la huerta frutal descuidada, llegamos a algunos ranchos diseminados, que constituyen las viviendas de aquellos huasos que podrían ser calificados como los campesinos de la clase inferior, en que se conservó la nacionalidad integral, quienes se han radicado bajo condiciones más o menos favorables en las tierras del hacendado, con la obligación de cumplir determinados servicios. La escena que se presentaba no carecía de viveza. Un huaso estaba ocupado en domar un caballo de su patrón, haciéndole sentir el vigor de su lazo y la fuerza de su voluntad. El animal era hermoso y valiente; cogido en un potrero alejado, había costado trabajo traerlo a este lugar. Habría sido imposible colocarle el freno como se hace de costumbre. Se le había maneado y volcado al suelo. Apenas se levanta de él, libre de la atadura, el huaso se coloca sobre su lomo con un solo salto rápido. Por más que el animal se irrite por la insólita carga, por más que salte, se yerga o galope, el jinete no se mueve de su sitio, conservando una tranquilidad bastante flemática. Es para reírse escuchar las pláticas que aquel huaso dirige en auténtico dialecto del país al caballo semicansado, acerca de la torpeza de sus iras, y si no estuviera de manifiesto la expresión de



19. JOVEN DE LA SOCIEDAD, COMO HUASO. *Rugendas.*

Poeppig destaca en el texto que numerosos jóvenes de las familias pudientes que vivían en las ciudades tenían una gran afición por la vida campesina, llevando —al menos durante parte del año— la vida de auténticos huasos. Le sorprendió la ilustración de muchos de ellos, que contrastaba con la vida sencilla que llevaban. Rugendas dibujó a uno de esos jóvenes, con poncho y piñeras (como protección contra los arbustos espinudos de la zona central del país). Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.

una seriedad bien intencionada, se podría interpretar el conjunto como una amarguísima ironía. Los movimientos más locos del animal indómito apenas logran perturbar un poco el equilibrio del jinete, y cuando el caballo se cae o se arroja intencionalmente al suelo, el hombre casi siempre queda de pie al lado de él, para no dejar de aprovechar el instante en que el animal, creyéndose libre, vuelva a saltar, ocupando de nuevo con la velocidad del rayo su lugar enfadoso sobre su lomo. Sólo cuando el caballo se cansa demasiado por sus propios esfuerzos, el jinete lo obliga a correr, y por lo general lo despide después de esta prueba, ya muy sumiso. Dos o tres ensayos de esta índole son suficientes para someter al animal obedientemente a la voluntad más fuerte del hombre.

Un poco más allá observamos un sitio que está rodeado por una cerca circular, que contiene otra concéntrica. Entre los dos anillos se encuentran al galope numerosas yeguas y mulas, espantadas en tal forma por muchachos juguetones, que siguen incesantemente el movimiento. El suelo estaba cubierto por gavillas regulares de trigo, pues ésta es la manera que se usa en Chile para la trilla, para lo cual se corta la caña poco debajo de la espiga, pues sólo en las haciendas situadas cerca de las grandes ciudades se ha aprendido a aprovechar la paja. Un campesino anciano, de cabello gris, el mayordomo, sentado a la sombra de una tara (*Cassia*) de anchas ramas, un árbol que suministra a los chilenos un exce-



20. TRILLANDO A YEGUAS.

En las zonas apartadas del país se ha conservado la costumbre de trillar a yeguas, como se practicaba en forma general en tiempos de Poeppig. Fotografía: Carlos Keller R.

lente colorante, contemplaba con ostensible placer los violentos gestos de los muchachos, que prometían transformarse en aquello que estima en tanto el campesino, intrépidos jinetes y hombres dedicados a una vida semiprimitiva. Sin mostrarse inclinados a exagerar en su trabajo, diversos hombres estaban ocupados en confeccionar artísticamente los irrompibles capachos de cuero de forma cuadrada, en que el chileno de los distritos mineros transporta sus minerales y en los agrícolas sus cereales y leguminosas. Las mujeres estaban muy empeñadas en aplicar los misterios del arte de la tintorería del país, que es muy interesante, o bien ocupadas en tejer una lana gruesa y sucia. Se elevaba sobre este grupo homérico una tejendera, nómada, de acuerdo con la usanza del país, dedicada a confeccionar un poncho en un telar muy sencillo. Nuestro anfitrión se mostraba muy orgulloso de haber sido el primero en introducir en esta región una preparación más inteligente del vino. Se habían conservado, por cierto, todavía, en un galpón abierto, las filas de fondos de cobre bastante grandes, en que se cuece el vino según la costumbre antigua, a fin de proporcionarle mayor graduación alcohólica y dulzura, propiedades que lo hacen desagradable y quizás también pernicioso para el no habituado. Pero no faltaban los barriles para producir la fermentación, cuyo precio es muy elevado, a fin de obtener vinos similares a los europeos. Al lado se encontraba un galpón semiobsuro, con largo de unos cuarenta trancos. En su interior se hallaba una cuádruple hilera de grandes tinajas de greda roja, con altura de unos ocho pies y que contenían tanto como dos barriles. Estaban llenas del vino de los dos últimos años, pues es todavía tan imperfecto el procedimiento de su elaboración, incluso en las haciendas mejor administradas, que pocos caldos se conservan más allá de ese periodo. En el rancho del arriero de la hacienda, que visitamos a continuación, se encontraban acumuladas, unas encima de otras, las sillas de carga, que son muy torpes para el manejo, y las botijas, confeccionadas de cueros de cabras y revestidas al interior con brea vegetal, en que se transporta el vino, cuya claridad y aroma no mejoran con este procedimiento. Un breve paseo en la frescura de la noche nos condujo a la viña, donde las vides se sostienen en bastidores bajos o rodrigones plantados desordenadamente, pero no dejando de suministrar grandes cosechas aun cuando no se les dedique mucho cuidado. Los alfalfares en flor recuerdan las praderas de la lejana patria, siendo ésta la única planta forrajera herbácea que se cultiva en todas las regiones templadas de la América hispana. De esta manera regresamos de nuevo a la casa-habitación, donde ya se habían realizado todos los preparativos para pasar bien la noche, es decir, aquella parte del día en que en los países más cálidos el hombre despierta realmente para realizar alguna actividad, o —lo que allá significa lo mismo— para gozar la vida.

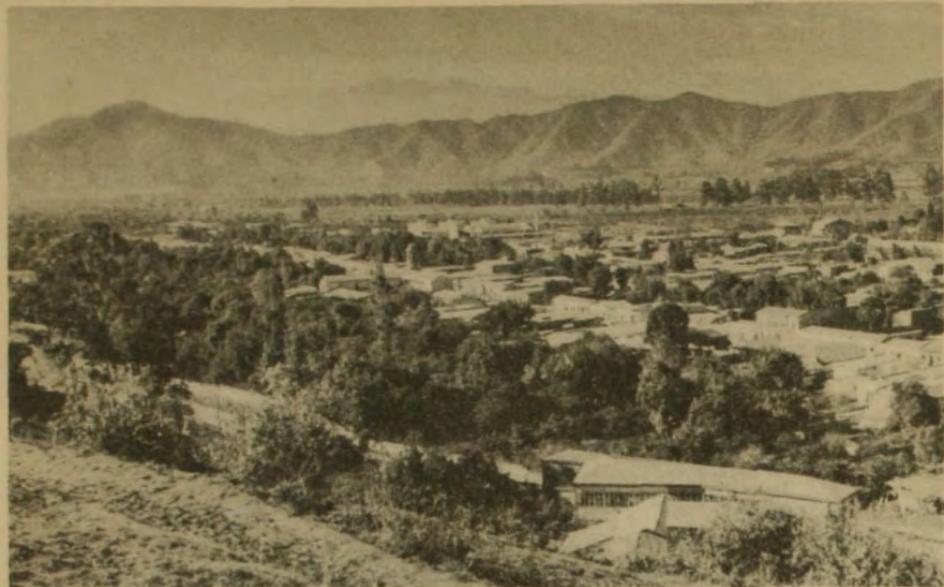
Caballeros y damas habían llegado en gran número en sus huidizos caballos. Casi podría extrañar al extranjero, no habituado a ella, esa costumbre conservada

desde tiempos antiguos, que obliga a las mujeres a sentarse en una larga fila, no mezclada, a lo largo de las murallas, casi sin hablar, mientras que los varones, por lo general propicios a la intimidad, forman, al menos al principio, grupos separados en los rincones más alejados de la amplia sala. Tales limitaciones impuestas por la etiqueta tradicional ceden, sin embargo, muy pronto a la viveza general del carácter, difícil de reprimir. Desaparece el comportamiento aparentemente tieso, y sigue una conversación graciosa, que a menudo aumenta de tono, y mientras las personas de más edad chupan el mate por medio de bombillas, circula entre la generación joven la taza de té chino, cuyo consumo se ha propagado desde hace algunos años gracias a la influencia de los extranjeros. Pero el carácter nacional no permite permanecer así por mucho tiempo, y luego alguna mano, no siempre muy experta, toca el piano o la guitarra. Una vez dada esta señal, se expresa el placer de vivir en los ojos oscuros y brillantes, y caen las mantillas, que una curiosa costumbre impuso a las mujeres, obligándolas a colocárselas en la cabeza, de modo que cubren parte de la cara. Se inicia el baile. Si representa para las sociedades boreales un entretenimiento bien recibido, constituye una verdadera necesidad para los habitantes de países en cuyo cielo resplandece un sol más bello. Gracias al impulso de la pasión austral, desaparece para aquellas gentes el mundo, y nadan visiblemente sobre las olas de su deslumbramiento. Y si finalmente ocurre una pausa, el sudamericano, sea cual fuere su clase social, está poseído por una poesía natural demasiado vigorosa, para encontrar de nuevo deleite en la quietud de la conversación, después de haber sido excitados sus más vivos sentimientos. Sin necesidad de ser invitado para ello, alguien toma la vihuela de doce cuerdas, aquel curiosísimo instrumento de España, ya conocido en tiempos en que, extrañamente, se unían un marcado primitivismo con el refinamiento, generándose así un espíritu totalmente desconocido en nuestra época, por lo general más tranquila y aburguesada. El español trasplantó este instrumento a todos los países que sometió, y sus lejanos descendientes saben arrebatárselo, también en América, melodías nacionales. Su carácter predominante es la simplicidad, que se manifiesta asimismo en las palabras que está destinado a acompañar, pero a menudo las imágenes poéticas de los cantos no carecen de fuego o fineza. La poesía lírica se presenta en medio de esta naturaleza como orgánicamente vinculada con ella, mientras que, por lo general, constituye un producto artificioso en el bullicio de las ciudades populosas de Europa. No se excluyen de manera alguna las ocurrencias y los chistes, y graciosas alusiones a uno u otro de los presentes demuestran la agilidad de los cantantes improvisados, siendo premiadas con alegres risas.

La concurrencia se había disipado poco a poco, y nosotros los europeos nos admiramos cuando cerca de la medianoche se nos invitó a una cena familiar, con que debía terminar la fiesta, de acuerdo con una severa costumbre. La buena

educación exige que los forasteros ocupen los asientos de honor, frente a los cuales sube el vapor de numerosas fuentes, cargadas de guisos de carnes. Uno está feliz de poder escapar al aire libre después de placeres tan inusitados y tardíos, que no afectan la tranquilidad nocturna del chileno. La meta del paseo fue la cumbre de una roca muy saliente, que alcanzamos pronto. En la serenidad de un clima semitropical había caído la noche sobre el extenso paisaje. Un viento refrescante había seguido al bochornoso día, susurrando a través de las palmeras nacionales de color de plata, que prefieren, como muchas otras de sus parientas, las alturas más expuestas. El amplio y fértil valle brillaba claramente debajo de nosotros, aparentemente limitado por el cordón andino, que resplandecía en luz blanquecina, pero que en realidad se encuentra bastante lejos. A cierta distancia se extendía el amplio mar, comparable a un llano negro sin divisiones, pero separado nitidamente en el horizonte del estrellado cielo de color claro. Sólo en una parte parecía iluminado por una centelleante faja de la luna que se ponía, y una solitaria vela blanca se deslizaba como un fantasma sobre su superficie inmóvil. Se había participado también a ella el reposo que comprendía a toda la hermosa naturaleza. Es fácil que la contemplación de un paisaje tan grandioso presente a la excitada fantasía imágenes del pasado romántico de estos países. Se puede entregar uno a la ilusión de estar mirando, en larga y pomposa fila, las heroicas figuras de los primeros conquistadores, llenos de crímenes, pero también inmortales por sus magníficas acciones, y el recuerdo de muchas escenas idílicas de la prehistoria americana interrumpe la impresión general esencialmente trágica que produce siempre la historia de este continente. Su destino proporciona a la reflexión un material tanto más rico cuanto más incierto y oscuro es el futuro de tantos de sus países. Fue tarde cuando abandonamos nuestro solitario mirador, después de un día muy movido, a fin de disfrutar de algunas horas de reposo sobre los lechos que la amable atención de nuestros anfitriones había preparado en los corredores, bajo las ramas floridas del amarillo jazmín.

Hasta hace pocos años, Chile era un país en que el empeñoso se podía dedicar sólo a dos actividades: la minería y la agricultura. Fue muy desfavorable para la formación del carácter popular que las posibilidades de dedicar a ellas la aplicación fuesen muy pequeñas, pues para trabajar una mina se necesitaban más recursos que los que jamás podía reunir un hombre de las clases bajas, mientras que leyes curiosas, y casi podría decirse inhumanas, le impedían sacar provecho de la tierra en pequeñas explotaciones, como dominio independiente. Los mayorazgos sólo fueron derogados por el Congreso y la Constitución de 1828, y ellos fueron la causa que explica, por una parte, el desaseo, la pobreza y la falta de cultura de los campesinos más pobres, como, por otra, el gran descuido de la tierra, aun en provincias muy fértiles. Trátase de hechos que deben ser tomados muy en cuenta cuando uno se propone juzgar una materia tan importante como



21. LA CALLE LARGA (AHORA AVENIDA 21 DE MAYO)  
DE QUILLOTA.

La calle comunica La Cruz (izquierda) con Quillota. Detrás de las casas existen huertos frutícolas y hortícolas, en que la producción alcanza los mayores rendimientos en el país, como ocurría ya antes que llegaran los españoles (en 1942-43 se cosecharon 170 qqm. equivalentes de trigo por hectárea). A la izquierda, el cerro de La Calera. *Fotografía: Carlos Keller R.*

es la agricultura de todo el país. Experiencias desagradables han obligado incluso a los más decididos críticos de Chile a admitir la conveniencia o suficiencia de la forma cómo se practica la minería en el país, a pesar de que en los comienzos no faltaron amargas acusaciones. Lo mismo rige respecto de la agricultura, desempeñada sin duda de una manera muy distinta que en la Europa boreal, lo que se explica por el clima y las condiciones políticas. Las experiencias de pocos años que han transcurrido desde la llegada de los extranjeros a Chile han demostrado que era posible eliminar las causas exteriores de un aparente descuido de los cultivos y que bajo condiciones favorables es posible aumentar mucho la producción y mejorar considerablemente los procedimientos usuales. Estos progresos se generalizarán tan pronto el aumento de la población y la extensión de las empresas exijan mayores esfuerzos a cada cual, obligándolo a no quedar rezagado respecto del movimiento general, para no exponerse él mismo a grandes desventajas. Sostener la opinión de que el pueblo chileno manifieste una inclinación a una incorregible inactividad es tan injusto e inhumano como es unilateral la afirmación de que sólo una pequeña parte del suelo sea susceptible de ser cultivada. Es posible

que antaño lo primero haya aparecido así al observador con prejuicios y podría explicarse, en cuanto se basara en un hecho real, por la situación muy oprimida de las clases bajas, debido a que no se hacía nada para estimular que ellas desarrollaran la industria, asegurándoles una utilidad adecuada; esta última sólo existía en las provincias septentrionales, pero en ellas el chileno no se dedicó nunca primordialmente a la agricultura. Para poder juzgar acertadamente la fertilidad del país y las posibilidades que ofrece para el futuro de su creciente población, se requieren conocimientos de las provincias australes. El lector libre de prejuicios podrá apreciar más tarde las grandes diferencias que existen entre ellas y la mitad boreal más pequeña del país, en cuanto a clima y suelo, como también en lo referente al relieve. La situación actual de la agricultura ya constituye un mentís para una plétora de presunciones desconsoladoras y las profecías de ciertos libros, cuya existencia aún no alcanza a diez años. Representa siempre una empresa difícil sacar cálculos respecto de un pueblo que todavía se encuentra en desarrollo. Si una nación de esa índole muestra, a pesar de toda la opresión anterior y de su antigua dedicación a la indolencia, un grado tan grande de agilidad, de viveza y de fácil comprensión, se corresponderá mejor a la probabilidad en los pronósticos si, considerando prudentemente las dificultades que pudiera oponer la naturaleza misma, se espera siempre más y no menos. Es posible que los pueblos experimenten una decadencia después de haber alcanzado un grado muy alto de cultura, pero ocurrirá muy rara vez que, por así decir, pudiera caer un ponzoñoso tizón sobre la flor de su desarrollo, para motivar su detenimiento, o quizás su perdición. La energía vital de un pueblo que se encuentra surgiendo en plena juventud resiste muchas influencias que podrían hacerse sentir muy desfavorablemente a una edad avanzada. En la existencia de las masas se repite la ley que rige la vida individual. Se manifiestan una reducción de las fuerzas y una mayor sensibilidad por las perturbaciones externas, como es natural, desde el lapso en que se alcanzó la plenitud formativa. De acuerdo con lo que se acaba de decir, los chilenos se están desarrollando con gran rapidez, y es improbable que puedan detenerse, y menos aún que pueda ocurrir un retroceso. Muchos pronósticos unilaterales u odiosos ya han quedado sin cumplirse, y si ello ocurrió en el sentido moral, no será menos cierto también en lo industrial, que es un asunto más bien civil.

Hasta la época más reciente ha faltado en Chile, sobre todo a su parte boreal, un campesinado independiente propiamente tal, este nervio que da poder a todo país civilizado. Se ha buscado la verdadera causa de este hecho con toda razón en el oprobioso sistema del feudalismo y en el dominio de grandes territorios entregados a las familias más antiguas del país, que debido a ellos incrementaron más bien sus preocupaciones y penurias que sus fortunas. La prohibición de vender grandes haciendas mientras viviera todavía un miembro de la familia, y, en especial, la estricta prohibición de vender partes pequeñas, ha tenido una influencia muy desfavorable sobre la riqueza del país y ha impedido el progreso

de las clases bajas; pero, por otra parte, estas condiciones han sido pintadas sin duda en colores demasiado oscuros. El gobierno español fue severo en conservar la ley sobre mayorazgos, sobre todo en las colonias más alejadas y donde, por consiguiente, tenía que ser más difícil de dirigir y orientar la opinión pública. Parece que se tuvo la idea bastante aceptada de que, mediante el impedimento de la constitución de la propiedad pequeña e independiente, las clases inferiores permanecerían siempre dependientes en tal forma de las superiores, que jamás sería de temer que despertara en ella un anhelo de independencia. Por muy excelente que haya sido el gobierno español en América, por muy previsor que haya actuado, es un hecho que las ideas de independencia no tenían cabida en el sistema que realizó, por lo cual las combatió en todo sentido. Dado el antiguo estado cultural de los americanos, no era difícil lograr que los dueños de aquellas propiedades indivisibles apoyaran el interés del gobierno europeo, y por medio de la cooperación de la clase aristocrática se logró un poder absoluto, aunque indirecto, sobre las clases inferiores. La mejor prueba de la influencia que la aplicación de estas medidas tenía sobre el pueblo fluye del comportamiento que observaron los campesinos del sur al estallar la guerra civil y en las operaciones bélicas siguientes. Sólo cerca de la frontera austral o indígena el gobierno se había reservado territorios, los que repartió también a campesinos no aristocráticos. La vecindad de los indígenas, siempre dispuestos a hacer rapiña por medio de sus *malocas*, restaba a esta propiedad mucho de su valor, pero transmitió a sus vigorosos dueños el sentimiento de independencia que se genera siempre cuando la propiedad es libre, una sensación a que se asoció un rasgo muy viril, como consecuencia del ejercicio de las armas desde temprana juventud, como consecuencia de su posición geográfica cerca de aquella frontera. Por un sólido sentimiento de lealtad, no reconocido como corresponde por los orgullosos españoles y que provenía manifiestamente, en gran parte, de la gratitud, los chilenos del sur apoyaron en un principio la causa del rey. Cuando se pasaron por último al bando que les era más afín y que estaba más de acuerdo con sus propios intereses, se batieron con más valentía que todos los demás, y hasta nuestros días la población de las pequeñas aldeas australes es mucho más enérgica que la del norte, donde las tierras están repartidas casi por completo en grandes haciendas. Si la situación del chileno pobre que vive en el campo era antes muy limitada y no disponía de medios para mejorarla, sus necesidades eran también mucho menores; pero la cultura de las clases que disponían de mando y fortuna se encontraba en relación directa con la de las clases baja y pobre. Ahora ambas han progresado, y a medida que aumenta el comercio y que se produce una expansión de la industria, se amplían, por una parte, las necesidades y, por otra, el conocimiento. Todo esto ha contribuido a aniquilar la relación de antigua dependencia, con una rapidez mucho mayor de la que se podía esperar, y la época impuso y no permitió un aplazamiento de la ley que derogó en 1828 los mayorazgos, concediendo así también a los pobres la

posibilidad de adquirir tierras. La oposición en contra de aquella modificación de la Constitución del país fue muy violenta durante ocho años, pues uno de los partidos, el de los llamados pelucones o representantes de los principios anticuados y egoístas del régimen colonial, consideró gravemente amenazado su interés. Pero triunfó la voz más fuerte de la razón, y la consecuencia inmediata fue la venta de algunas haciendas demasiado grandes en lotes pequeños. No se había esperado que todos los habitantes del país se hicieran dueños de tierras, y una colonización independiente de todo no habría constituido un acontecimiento muy conveniente, en atención a la necesidad de disponer de cierta cantidad de jornaleros para la ganadería, que exige bastante vigilancia y trabajo. Aun cuando el jornal ha aumentado mucho, por la reducción del número de los que carecían de casa y tierra, siempre queda una gran cantidad de hombres solteros que llevan una vida nómada hasta una edad avanzada, para someterse sólo muy tarde a las preocupaciones de un padre de familia, pensando en un domicilio permanente y un hogar propio. De esta manera, el sistema que reinaba antiguamente con respecto a la clase inferior de los campesinos ha perdido gran parte de su influencia opresora, y continuará haciéndolo en proporción aún mayor, a medida que se robustezca la idea de la li-



22. ESCENA CAMPESINA, 1835. *Rugendas.*

Una joven campesina se encuentra en el borde del arroyo, y se le acerca un huaso, empeñado en conversar con ella, quien inicia el coloquio con las palabras que Rugendas colocó debajo del dibujo:

“—¿Conque lavando?... ¡Y con jabón!”

El dibujo sirvió de base a Gay, para incluir un cuadro en su Atlas.

bertad personal, mediante la costumbre y el olvido de las condiciones reinantes bajo el régimen español, hasta que el más humilde campesino haya aprendido a encontrarse con la frente elevada con el hacendado más rico.

El único procedimiento por medio del cual un chileno podía radicarse antiguamente en el campo, que era en casi todas partes el mismo, podía ser anulado por la mentalidad del hacendado en sus efectos, o bien podía hacerlos contraproducentes, y sólo era una copia del sistema feudal europeo en nueva edición. El hacendado estaba interesado por múltiples razones en radicar un gran número de familias en su propiedad, ligadas a él por medio de la relación del vasallaje. Por una parte, resultaba así una mayor seguridad en contra del cuatrерismo a que estaban expuestos los rebaños, debido a que el chileno común consideraba este delito siempre como el de menor gravedad; y luego se obtenía de esta manera, mediante una costumbre bastante dura, una especie de adscriptos a la gleba (*Fronbauern*), a quienes se les podían exigir, según el trato que les diera el patrón, servicios de mayor o menor monto. A aquellos que deseaban radicarse en una hacienda se les entregaba un pedazo de tierra, por lo general de muy pequeña extensión y situado comúnmente en las colinas más peladas, donde podían edificar en pocos días su sencillo rancho. Sólo en casos excepcionales se les permitía cultivar los frutos del país en mayor cantidad, un permiso que —dicho sea entre paréntesis— apenas unos pocos habrían podido aprovechar, dados sus escasos recursos y las arbitrariedades a que podían ser sometidos en todo caso. A veces se determinaba la cantidad que un tal inquilino podía producir o vender libremente. El hacendado estaba siempre muy interesado en conservar un monopolio dentro de un gran radio, lo que explica las injustas limitaciones a que fueron sometidos los inquilinos, toleradas por el gobierno. Como retribución por esas ventajas no muy valiosas, se comprometía el inquilino a prestar ciertos servicios, acerca de cuya extensión faltaban reglas fijas en el Código Civil. Pero existía al menos algún orden, por cuanto no se le podía obligar directamente a prestar más jornadas sin remuneración que a las que se había comprometido a trabajar desde un principio. Si se ha descrito la situación de estos campesinos, que no era de ninguna manera brillante, como inferior a la de un negro en las Indias Occidentales, ello corresponde a la categoría de aquellas exageraciones deliberadas y mal intencionadas por medio de las cuales uno de los partidos ha procurado denigrar a los habitantes de Chile de la misma manera como otro, no menos unilateral, se excedió en elogios en esta materia. El número de jornadas impagas variaba de una hacienda a otra, y también la manera cómo se exigían las prestaciones dependía únicamente de los patronos. La mayor o menor benevolencia de éstos podía ser adivinada por el número de inquilinos de que disponían, pues mientras que algunas haciendas, de familias caracterizadas por su noble espíritu, disponían de ellos en abundancia, otras se encontraban casi abandonadas. Así se explica que la relación entre el inquilino y el hacendado pueda ser observada tanto bajo la forma patriarcal

como bajo la de una explotación desconsiderada y odiosa. He conocido varios ejemplos del primer caso, muy pocos del segundo, y es posible que futuros viajeros los observarán con frecuencia aún mucho menor, por cuanto bajo la influencia de las nuevas instituciones, una de aquellas dos clases tendrá que aprender a reducir sus exigencias, mientras que la otra se acostumbrará a sentir su dignidad humana, encontrando mejores expectativas de ganarse la vida en forma independiente, como consecuencia de una creciente demanda de obreros activos, que sometiéndose ciegamente a una voluntad ajena, como ocurría antes. Las condiciones en que vivían los inquilinos explican que sus posesiones fueran siempre inciertas, pues aun cuando la ley prohibía que se les despidiera sin más trámites (al menos, no se lo podía hacer antes de haber cosechado el inquilino lo que había sembrado), estaban expuestos a este peligro cada semestre. El odio de un mayordomo, que estaba a cargo de la hacienda durante la ausencia del dueño, era suficiente para despedir a un campesino inocente con su familia, sin más trámite, y en otros casos, en que el hacendado procedía con injusticia o no se preocupaba de la administración del fundo, se aplicaba el medio de exigir al odiado tantas prestaciones de servicios, que éste prefería alejarse voluntariamente. La administración de justicia fue siempre muy deficiente en las colonias españolas, sobre todo en relación con los pobres, pero era extremadamente partidista en todos los casos en que existía un litigio entre el hacendado y el inquilino.

Tales eran el sistema de los mayorazgos y la situación de los habitantes hasta que se modificara la ley en la forma ya referida, influyendo esta reforma de tal manera sobre el campesinado, que todo lo que se ha escrito en Chile sobre los mayorazgos pertenecerá en breve tiempo al caudal de reminiscencias históricas y antigüedades del pasado de este pueblo. De este sistema se ha derivado, seguramente *con razón*, la manifiesta inclinación que tiene el chileno por la vida errante, su preferencia por vagar sin ocupación, a menudo sujeto a grandes privaciones, sin plan y sin sentido. Se explican por la misma razón la pobreza y el desaseo de las viviendas de la clase inferior en el campo, pues nadie se tomará la molestia —y menos lo hará bajo un cielo que no exige mucha previsión angustiosa— de instalar una casa cómoda y destinada a una permanencia prolongada, cuando no puede saber cuánto tiempo se le dejará sin molestarlo en su posesión. Aquel sistema poco inteligente se oponía también decididamente a un incremento de la población. El hombre casado, deseoso de ofrecer un techo a su familia, estaba obligado a someterse a la voluntad y a los caprichos de un hacendado, por lo cual muchos preferían la vida independiente y en cierta manera mejor retribuida de la soltería. Ofrendaban sus servicios al hacendado, vivían en pequeños ranchos cerca de las casas de la hacienda, y recibían una remuneración por su trabajo, que el casado tenía que prestar con frecuencia gratuitamente. Para los dueños de las tierras, por su parte, el número de inquilinos que vivían en sus predios representaba una ventaja sólo aparente, pues las tierras que se entregaban a éstos, aún suponiendo un reparto

liberal, se encontraban en un estado descuidado e improductivo. Nadie plantaba un árbol, pues cada cual estaba convencido de que ni él ni sus descendientes gozarían de los frutos, y, por el contrario, todos estaban empeñados en lograr una ventaja momentánea de la posesión incierta, lograda a menudo por procedimientos de mala fe en contra del dueño o sus vecinos inmediatos, pero no por medio de un trabajo honrado y tranquilo. De esto se derivaban discusiones sin fin, arbitrariedades por una parte y un sometimiento servil por la otra, procurando esta última una indemnización secreta por medio del fraude: en una palabra, reinaba un sistema que era igualmente pernicioso para los dos partidos y que constituía la fuente de ciertos rasgos inmorales en la idiosincrasia de las clases bajas, que, por tal motivo, sólo deben ser juzgadas teniendo presente el yugo que pesaba sobre ellas hasta hace muy pocos años.

Aun cuando los rendimientos de la agricultura en las provincias centrales no son tan elevados como en las australes, algunas circunstancias, sobre todo la población más densa y la cercanía de grandes ciudades, han tenido como resultado que los cultivos se realicen con más esmero y que se hayan comenzado a adoptar algunas innovaciones extranjeras. La agricultura chilena se distingue a primera vista de la que se practica en las regiones de clima suave de Europa por la destacada característica del riego artificial, que constituye una condición ineludible para lograr buenos rendimientos. La primera condición para determinar en aquellas regiones el valor de un predio es siempre la abundancia de agua, o al menos su relativa facilidad y el bajo costo a que se la pueda obtener, aunque sea desde cierta distancia. Por fértil que sea el suelo, sobre todo al pie de los Andes, donde la descomposición y desintegración de masas volcánicas antiquísimas han generado en el transcurso de milenios un suelo muy productivo, es un hecho que el clima implica una aceleración extraordinaria en el crecimiento de la vegetación gracias a las lluvias invernales, pero que la sequía casi ininterrumpida que le sigue de inmediato provoca que desaparezca sin rastros en las regiones menos favorecidas. Antes que maduren los cereales, esta temporada ya se ha iniciado, y aun cuando se logra a veces que madure el trigo sin riego, de modo que se le puede cosechar, ello no ocurre siempre en todas partes y no es posible respecto de otros productos del país, que requieren un tiempo mucho mayor para su crecimiento o están destinados a suministrar cosechas sucesivas. Plantas de la primera índole son la vid, el cáñamo y todas las hortalizas; a la última pertenece la alfalfa, que tiene en el país una importancia extraordinaria como forraje. Gracias a una experiencia muy prolongada, los chilenos han aprendido a sacar provecho con gran habilidad hasta del más delgado hilo de agua. A igual que los antiguos peruanos, saben construir sus canales sin nivelar artificialmente y sin los instrumentos que se usarían en Europa para este fin, haciéndolos pasar sin equivocarse por un terreno muy accidentado; son esos canales de importancia extraordinaria para el predio, lo que motiva frecuentes litigios, con una tramitación tan demorosa, que a menudo

no se pronuncia sentencia en el transcurso de media vida humana, por haberse conservado las antiguas leyes españolas. De madrugada y en la tarde se abren las bocatomas, construidas con escasa técnica, y el agua se reparte entre los diversos canales, hasta perderse en infinitos canalizos que transmiten nueva vida a las plantas semimarchitas. Pero como no todos los predios están situados cerca de ríos caudalosos, se ha tratado de remediar en algunos lugares esta falta por medio de la construcción de lagunas artificiales, las que representan, sin embargo, un recurso de pequeña importancia, pues se secan antes de haberse logrado el objeto propiamente tal para que fueron proyectadas. Una prueba del carácter imprescindible del regadío artificial en la parte boreal de Chile, y de que no hay sustituto para él, son las sumas que se pagan en las regiones que carecen más de agua o que se encuentran más densamente pobladas, por el derecho de derivar canales. Según una ley del tiempo del Presidente O'Higgins (del 19 de noviembre de 1819), un regador del canal principal del río Maipo valía 750 pesos, suma que se debía pagar al contado en la primera compra. Y si se tiene presente que aquella ley indica con gran precisión las dimensiones del mismo, ello comprueba el valor de algunas toesas cúbicas de agua que recibirá, aproximadamente, cada dueño. Un regador de aquel precio debía tener un ancho de una cuarta (de vara) y una profundidad de un sesmo (de vara). La misma ley autorizó también al comprador para hacer pasar su canal por cualquier predio ajeno hasta sus tierras, con la única excepción de plantaciones de algodón, con cuyos dueños debía celebrarse un convenio. La sociedad que se hizo cargo en 1832 de las acciones del canal de Maipo se obligó ante el gobierno a cumplir aquella ley. La mayor o menor abundancia de agua determina, como es natural, la superficie cultivable del país, pero sería muy erróneo deducir de la cantidad actualmente usada que ella no fuera susceptible de ampliación, pues ni la industria ni la población han crecido en tal forma que hubiera sido necesario realizar un esfuerzo extraordinario. Aun cuando las serranías peladas, hasta de 1.000 pies de altitud, permanecerán para siempre sin ser cultivadas en Chile central, no cabe duda de que en el futuro se cultivarán muchos valles ahora no aprovechados, por ser demasiado difícil y costoso conducir el agua hasta ellos.

Prescindiendo de estas casualidades que aumentan o reducen el valor de las haciendas, éste cambia también con sus dueños. Es por eso difícil de determinar qué distritos de las provincias centrales deben ser considerados como los más ricos y mejor cultivados, pues suministran a menudo ejemplos de excelentes propiedades, muy bien administradas, al lado de otras que mantienen escasamente a sus dueños y que se encuentran con frecuencia en un estado muy descuidado. No es fácil realizar mejoras en Chile, sobre todo en la agricultura, pues exigen siempre un capital más cuantioso que aquel de que disponen las familias, por ricas que éstas sean. Como prueba de esta afirmación puede citarse la hacienda situada en la orilla derecha del Maipo, de don Francisco Ruiz Tagle, que tiene tantos méritos para su



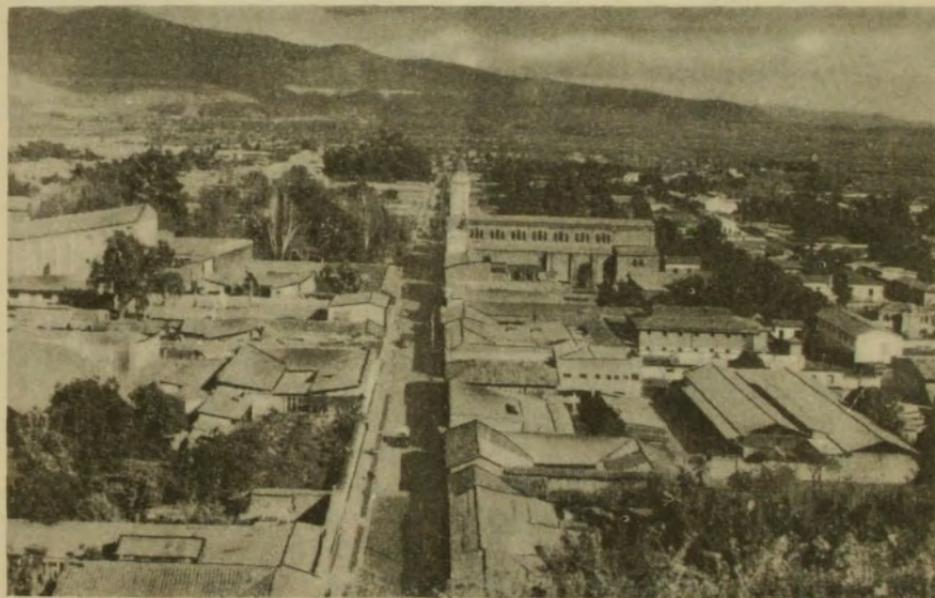
23. PARTE DE LA CIUDAD DE QUILLOTA.

Este barrio, que es popular, ha cambiado relativamente poco desde que Poeppig lo conoció, sobre todo el edificio a la derecha. Detrás de cada casa se encuentra un huerto frutal, en que predominan paltos y chirimoyos. *Fotografía: Carlos Keller R.*

país. Por fértil que sea, las mejoras realizadas y la introducción del sistema europeo de cultivos han exigido tales inversiones, que está endeudada por muchos años.

Por lo general, la provincia de Aconcagua es considerada como una de las mejor cultivadas, pues de ella proviene la mayoría de los cereales que se transan, junto con los de las provincias australes, en el mercado de Valparaíso, para ser exportados, en parte, gracias a un comercio reciente, a países cuyos nombres apenas conocían los chilenos hace pocos decenios. Pero las difíciles comunicaciones entre los distritos productores de cereales y el puerto restan casi todo su valor a los productos y motivan un repudio de su cultivo, que es mucho más penoso y más incierto en sus resultados que la ganadería, la otra rama de la agricultura. En la provincia nombrada existen algunas ampliaciones del valle, que tienen la forma de ollas, en que la tierra es cultivada con extraordinario cuidado. Pertenecen a esas partes los alrededores de la ciudad de Aconcagua (San Felipe) propiamente tal, el valle de Santa Rosa de los Andes y Quillota, las dos primeras famosas por sus cultivos de cereales, la última por su abundancia en vino, cáñamo y frutas subtropicales.

En la provincia de Santiago, el valle de Melipilla (un brazo del valle del Maipo) es el mejor cultivado. La hacienda de Aculeo, perteneciente a la familia Larraín, es considerada en la misma provincia como la propiedad mejor aprovechada y de mayores rendimientos; pero una que perteneció a los jesuitas, la hacienda de La Compañía, que ahora es de propiedad de la familia Correa, parece ser actualmente la más extensa dentro de los límites de la república. Santo Domingo, antiguamente propiedad del monasterio de ese nombre, de la capital, era antes de la revolución la más rica de todas las haciendas chilenas, y podría ser citada como un ejemplo de la excesiva extensión de algunos predios y de la extraordinaria riqueza de la Iglesia en la América del Sur, aun cuando la chilena era sólo un pariente pobre en comparación con la peruana. A pesar del sistema de dilapidación sin paralelo que reinaba durante la revolución con respecto a los bienes de la Iglesia, un gobierno temporal vendió aquella hacienda en 500.000 pesos, según se cree, a la mitad de su valor que tendría ahora. Este valor es, sin embargo, algo muy relativo, pues depende de muchas circunstancias secundarias, cuya mención sin duda nadie consideraría necesaria en las tasaciones que se realizan en Europa. La ya mencionada posibilidad de regar los terrenos tiene su influencia en el precio,



24. PARTE CENTRAL DE LA CIUDAD DE QUILLOTA.

La parroquia (centro) ya existía en tiempos de Poeppig, frente a la cual se encuentra la Plaza de Armas (entonces sin árboles). Los edificios eran todos bajos, salvo la parroquia. Al fondo, a la izquierda, la hacienda de San Isidro, que es la que probablemente visitó Poeppig. *Fotografía: Carlos Keller R.*

de modo que se acepta la norma de hacer pagar al comprador la expectativa de una mayor producción, sólo posible después de que éste realice mejoras por su cuenta. Otras circunstancias que aumentan el precio son: la mayor o menor distancia del mercado para la venta de los productos, e incluso la posibilidad de que el gobierno, a medida que realice una política de fomento más enérgica, construya una carretera hasta la vecindad de la hacienda por vender. Desde que se proyectó (en 1832) la construcción de una carretera desde Valparaíso en línea en lo posible recta a Aconcagua (San Felipe) y al término del paso andino a Mendoza, cuya utilidad reconoció el activo O'Higgins, pero que tuvo que dejar inconcluso, las haciendas del valle de Aconcagua han subido apreciablemente en valor. Por medio de la construcción efectiva de aquella carretera, las mejoras introducidas lograrán su verdadero valor, pues hasta ahora se solían hacer los transportes con mucha dificultad, llegándose en mulas al menos hasta Santiago y sólo desde ahí en carretas a Valparaíso, lo que requería un costo equivalente entre el 33 y el 50% de los precios a que se podían vender los productos cuando alcanzaban el puerto. No es posible realizar en las provincias centrales transportes en los ríos, pues éstos, como ya se informó, no representan vías de comunicaciones, sino que dificultan, por el contrario, los viajes y los transportes. Se estima, por lo general, que el valor de las haciendas en las partes más accesibles de la república aumentó dos a cuatro veces desde que se logró un gobierno independiente, y así se explica que haciendas de alguna extensión, pero en las cuales se han realizado muchas mejoras desde aquel tiempo, y que valían antes de la revolución 10.000 ó 15.000 pesos, ahora se estimen entre 30.000 y 40.000 pesos. Sin duda, estas tasaciones se basan en un principio equivocado, pues estima todas las haciendas a un valor superior al real. En efecto, existe la costumbre de multiplicar la renta anual por veinte y de suponer que el valor así obtenido es el real del predio. Este método sería exacto si el rédito del capital fuera en Chile de sólo 5% (que es la suposición en que se basa la tasación), pero como nunca baja de 12%, y sube a menudo hasta 18 ó 24%, se comprenderá el error sin necesidad de mayor comentario. Al igual que en Europa, la república ha conservado la legislación existente en la época española en contra de la usura, y de acuerdo con ella la tasa de interés legal es en Chile de 6%; pero ocurre, como con todas las medidas que se oponen a la marcha natural del comercio, que esas leyes no son cumplidas. Se hizo en 1832 la tentativa de suprimir esas limitaciones legales, pero encontró resistencia en el Congreso, y dio motivo para promulgar una ley muy insuficiente, que permitió la libertad de comercio con el dinero en determinados casos. Los peruanos, que por lo general tienen pocos motivos para enorgullecerse de haber realizado ideas luminosas en su administración pública, se han anticipado en esta materia por casualidad a los chilenos, estableciendo la libertad absoluta del comercio con el dinero, lo que produjo un repentino descenso de la tasa del interés de 50 a 24 y finalmente a 12%. Pero, sin duda, es éste el valor que corresponde al dinero por ahora en

Chile y en el Perú, sea cual fuere el fin a que se le destine. Pocas haciendas producen más del 6%, de acuerdo con estimaciones sinceras de sus dueños, y, por consiguiente, nadie tendrá interés en invertir un capital propio o prestado en la compra de propiedades relativamente tan caras.

Si bien se justificaban, en parte, las críticas de cultivar la tierra en forma muy descuidada y mediante procedimientos muy primitivos, que fueron hechas con alguna exágeración por antiguos viajeros a los chilenos, debe reconocerse que también a este respecto se observan notables progresos. Diversos autores han descrito la manera chilena de arar, que en realidad consiste sólo en abrir superficialmente el suelo por medio de un instrumento muy poco ingenioso, que el pobre fabricaba a menudo con una rama encorvada de un árbol y que reemplazaba para él el arado. Pero ahora se han importado frecuentemente desde Europa o la América del Norte, o se han imitado en el país, arados ingleses y alemanes, en parte provistos de mejoramientos introducidos por una experiencia más perfecta, reemplazando, al menos en todas las haciendas grandes, aquel instrumento que ha sido reproducido por Miers y otros. Sólo alrededor de las viviendas de los más pobres puede ocurrir que se observen todavía procedimientos que provoquen la risa por su primitiva sencillez. Entre ellos figura la operación de tapar la tierra por medio de un montón de ramas amarradas del resistente espino (*Mimosa cavenia* Mol.), que presta al campesino múltiple utilidad, también en otros sentidos. El bulto es arrastrado por sobre las semillas desparramadas, con piedras colocadas encima de las ramas. Pero a menudo el campesino coloca un cuero de vaca arriba de este curioso implemento, y se sienta encima de él con su familia, que expresa su contento por medio de risas, para dejarse arrastrar todo el tiempo que sea necesario hasta que estén tapadas la totalidad de las semillas. Se siembra tan pronto las lluvias invernales hayan ablandado el suelo, permitiendo trabajarlo, un período que depende de la iniciación, la duración y la intensidad de aquellas lluvias, factores que varían, pero que se cumplen, por lo general, en la segunda mitad de julio o los primeros días de agosto. El trigo florece en octubre, y la cosecha ha madurado por completo cerca de la Pascua de Navidad. En las provincias australes, en que las lluvias son mucho más prolongadas, se siembra un mes más tarde, cosechando el trigo en la segunda mitad de enero y la cebada cerca de la Navidad.

Se confirma en Chile, una vez más, la maravillosa condición de los cereales, de adaptarse a casi todos los climas con temperaturas no extremas y a casi todas las clases de suelos, pues el trigo rinde cosechas tanto bajo el secante cielo de Coquimbo, como bajo la influencia de las neblinas y lloviznas de Chiloé; pero tales cosechas no deberían ser consideradas como medidas para apreciar la productividad general del suelo. En el archipiélago nombrado, estos cultivos son muy limitados, pues la humedad del breve verano es tan grande, que la cosecha con frecuencia no alcanza a madurar, por lo cual el chilote cultiva el trigo más bien como un lujo que como un alimento permanente, viéndose obligado a secar las espigas

cosechadas en chozas construidas especialmente para el efecto, por medio de un fuego lento. En las provincias boreales, en cambio, la sequía en años menos favorables es tan grande, que a menudo no vale la pena hacer la cosecha, y se da acceso a los rebaños a las sementeras fracasadas. Sólo las provincias centrales producen suficiente trigo para su población y un excedente para la exportación; sin embargo, la zona austral, el verdadero granero de todos los países de la costa occidental de la América del Sur, también produce en años normales cantidades tan grandes y siempre en aumento, que su comercio está adquiriendo una importancia cada vez mayor. El cultivo de cereales europeos en estas regiones no está muy limitado por la altitud de las tierras situadas al interior. Se pueden ver sementeras de grano situadas tan cerca del mar, que estarían expuestas a una inundación si las mareas de sicigias fueran de importancia al norte de 32° de Lat. S., y de la misma manera, una observación exacta demuestra que al interior es posible cultivar los cereales aun a altitudes donde, de acuerdo con la suposición corriente sobre el clima que debería reinar allí a la latitud nombrada, no habrían de cifrarse muchas expectativas en las cosechas. No se sabe todavía hasta qué elevación sobre el nivel del mar se puede cultivar el trigo en los Andes chilenos, pues la falta de espacio no ha inducido aún a la población a radicarse en las cordilleras boreales, generalmente estériles, a fin de hacer penosos ensayos de cultivos. Pero es probable que los cereales del Viejo Mundo, sobre todo la cebada, que se cultiva en el Perú con buenos resultados a 9° de Lat. S. hasta altitudes de 8.758 pies ingleses, suministraran buenas cosechas hasta 5.200 pies de altitud, a 22 grados más al sur. El punto más elevado de los Andes de Chile central en que prospera bien el trigo se encuentra cerca de la guardia chilena en el camino a Mendoza (en la Guardia de Los Hornillos), a que Miers atribuye una altitud de 5.148 pies ingleses<sup>1</sup>. Un poco más abajo, en la ladera occidental del mismo camino (en el puente del Río Colorado, en la Primera Quebrada, en la ladera de Los Loros, etc., entre 3.200 y 4.300 pies), el trigo parecía haber encontrado un ambiente muy apropiado, y acaso se podría cultivar con buen éxito en todas partes en los Andes a esa altitud si no lo impidieran ciertas características de aquella montaña, imposibles de salvar aun por el más empeñoso: la esterilidad sorprendentemente grande del suelo rocoso y la imposibilidad de hallar las menores superficies planas en los flancos rocosos, abruptos y a menudo verticales. En el Chile austral, las cosechas son aún extraordinariamente buenas hasta cerca de 3.000 pies de altitud, pues en aquella región ofrece todavía el seno de los Andes más elevados valles fértiles con tierra vegetal, y se puede suponer, por lo general,

<sup>1</sup>En Europa termina el cultivo del trigo a altitudes de 900 y 1.100 toesas, sobre todo en las montañas de la costa del Mediterráneo (Alpes Maritimes de France, entre 43° 10' y 43° 30' de Lat. N.), según informa Alex. v. Humboldt, "Distrib. géogr. des plant.", 1817, pág. 161.

que en Chile propiamente tal, al sur de 30° de Lat. S., el límite superior para el cultivo de los cereales se encuentra entre 3.700 y 5.200 pies.

El cultivo de los cereales está limitado en Chile a sólo pocas especies. En muchas partes, sobre todo en el norte, el trigo es el único cereal a que se presta una atención permanente. Se distinguen dos variedades del mismo, el trigo blanco y el candeal<sup>1</sup>, ambas provenientes al parecer de la España austral, pero de distinto valor, por lo cual el campesino prefiere el cultivo del segundo, cuyo grano es más duro y tiene un aspecto vidrioso al quebrarse, pero que rinde más. La cebada sólo se cultiva en más grande escala desde que existe una mayor demanda por haberse instalado en los últimos años algunas cervecerías, pero proviene principalmente de las provincias australes. La avena sólo se conoce por experimentos hechos en algunas haciendas, y aun cuando los resultados han sido favorables, no es probable que se le cultive en mayor escala, debido a que en Chile se alimenta a los caballos en el campo casi siempre con forraje verde, o se les mantiene en los potreros, dándoles cebada en las ciudades. Pero existe una variedad silvestre de la avena en los Andes<sup>2</sup>, que crece tan exuberante y suministra un forraje tan bueno, que este solo hecho permite deducir que las especies afines prosperarían muy bien. El centeno todavía es desconocido, y seguramente encontrará como grano para el pan tan pocos adeptos como en los demás países meridionales; el maíz es cultivado poco, en relación con el clima favorable, y no ocupa en la economía de los campesinos ni de lejos la importancia que le corresponde en los Estados Unidos, donde los agricultores de las regiones más apartadas, sobre todo en las poblaciones más recientes, obtienen de él quizás la mitad de sus medios de subsistencia. La variedad denominada curagua, que se considera de vez en cuando como una especie independiente, se distingue sólo por sus menores proporciones, y es cultivada exclusivamente en las huertas, en parte como alimento para las aves, en parte para tostarla junto con el café, sosteniéndose que mejora su sabor. El trigo es el cereal más cultivado, sobre todo en las provincias del sur, donde se produce mucho más de lo que los habitantes puedan consumir. Sin embargo, la gran fluctuación de los precios a que está sujeto tiene una influencia muy desfavorable sobre la situación económica de los agricultores, induciendo a algunos a renunciar a su cultivo y dedicarse a la ganadería, que deja relativamente más utilidad. La famosa hacienda de San Pedro, en el valle de Quillota, por la que se pagaban 10.000 pesos de arriendo anual, ha sido sometida desde hace algunos años a una transformación de esta índole.

Cierto número de circunstancias, al parecer insignificantes, hacen subir o bajar los precios de los cereales en una proporción desconocida en Europa y que allá

<sup>1</sup>El trigo candeal se identifica probablemente por *Triticum brachystachyum* Lag.

<sup>2</sup>*Trisetum berterouanum* Kth., confundida por los chilenos con diversas especies afines, que llevan el nombre común de teatina.

tampoco ocurre en tan leve lapso. Debido a prolongadas lluvias invernales que impiden que el campesino llegue a la ciudad —por muy insensible que sea a tales influencias atmosféricas—, y la destrucción de las pocas carreteras, por inundaciones, etc., se producen a veces en pocos días alzas del 75%. La falta todavía existente de bodegas de mayor capacidad en los puertos, o al menos la imposibilidad de mantenerlas siempre llenas, motiva una escasez de productos, con el efecto de que una demanda regular hace subir el precio de una manera poco natural y no favorable para su venta. Por tales motivos, los precios han variado desde hace algunos años, constantemente, y con grandes irregularidades, en Valparaíso y Concepción, entre 12 y 20 reales de plata por la fanega, una medida según la cual el contenido de trigo limpio y de buena clase es en las provincias septentrionales de 150 a 160 y en las australes de 175 a 180 libras de granos, debiendo suministrar 5 arrobas (o 125 libras) de harina floreada. En agosto de 1827, el precio fue en Talcahuano de sólo 9 reales; al año siguiente, que se caracterizó por grandes lluvias que hicieron intransitables los caminos en todo el país, se elevó a 24-28 reales. Al interior, el precio está sujeto a menos variaciones, pero el campesino pierde a menudo mucho por los costos del transporte hasta el puerto, que varían entre 2 y 6 reales. Con un precio medio de sólo 12 reales, el productor apenas dispone de un excedente de 6 a 7 reales, es decir, trabaja sin utilidad. Pero a veces se presentan también coyunturas que pueden aumentar incluso el precio de una hacienda. Cuando el gobierno británico favoreció en 1827 el comercio de cereales con la Nueva Gales del Sur, debido a que aquella colonia, no obstante las múltiples ventajas que ofrece en otro sentido al colono, está expuesta a malas cosechas y necesita, por consiguiente, importar trigo, aumentó el valor de las haciendas chilenas, pues se supuso que aquella exportación perduraría y aumentaría, cuando en realidad el gobierno de Sydney sólo la autorizó apremiado por las circunstancias. Consideradas en conjunto, estas circunstancias no permiten indicar para Chile un precio medio del trigo propiamente tal, pero es posible que corresponda más a la realidad uno de 13 a 14 reales por la fanega.

La exportación principal del trigo se dirige desde Concepción a Lima, a las provincias boreales de Chile, a los pequeños puertos intermedios en la costa peruana, y a veces también a Río de Janeiro, Buenos Aires, Sydney y Guatemala. La producción de las provincias centrales es consumida en su mayor parte en el propio país, y sólo la agricultura de la zona austral vivifica y mantiene ese comercio de cereales, acerca de cuyo volumen no existen datos fidedignos, siendo necesario conocer a lo menos la suma de las exportaciones en un lapso de seis años, para calcularlo con alguna seguridad<sup>1</sup>. Antiguamente, este comercio era mucho más reducido, pues faltaban molinos, los que eran en oca-

<sup>1</sup>En el quinquenio de 1785-89, la suma del trigo importado en Lima desde Chile fue de 1.159.185 fanegas.

siones casi incapaces de suministrar la harina que consumía el propio país. Pero a pesar de las dificultades representadas como insalvables, se logró sacar provecho de los ríos, tanto en las provincias centrales como en los alrededores de Concepción, y molinos de la mejor construcción reemplazan la máquina primitiva cuyo croquis se encuentra reproducido en la obra de Miers. Su harina es considerada en Lima como idéntica a la mejor de la América del Norte, y uno de ellos, construido en 1829 cerca de Concepción por un comerciante muy honorable, el señor Liljevalch, suministra actualmente 100 toneladas de harina al día. Se produce bizcocho para las necesidades de los buques en tales cantidades, que los norteamericanos han perdido este comercio, pues tanto los buques de guerra como los mercantes se abastecen actualmente de los depósitos que los chilenos han instalado en Valparaíso y Lima. Además del trigo, la agricultura suministra también otros productos de cierta importancia para el comercio exterior. Al lado de las leguminosas, cuyo consumo es muy grande en los buques y en los países boreales, donde se encuentra una numerosa población negra, las provincias septentrionales producen el cáñamo, un producto que no se cultiva en ninguna otra parte alrededor del Océano Pacífico y que promete adquirir extraordinaria importancia para el país. Esta planta fue cultivada desde tiempos remotos en el valle de Quillota y en los alrededores de Santiago, pero se le dedicó por lo general poca atención, pues un prejuicio injustificado consideró su calidad como muy mediocre. Recientemente se ha comprobado, sin embargo, que el cáñamo chileno es de una calidad muy superior al ruso, y que la pequeña duración de los cables confeccionados en el país se debía únicamente a una elaboración deficiente, pero no al material. Si se observa el crecimiento extraordinariamente alto de los tallos y su gran exuberancia aun en suelos relativamente malos, debe reconocerse que se justifica el gran interés que el gobierno ha dedicado desde hace algunos años al fomento de esta rama de la agricultura. En 1831, el Congreso promulgó una ley que eximió a este artículo por los próximos diez años de derechos de exportación y de la pesada contribución del diezmo, lo que indujo a diversos hacendados emprendedores a cultivar grandes superficies con la planta. Hasta ahora sólo se han exportado pequeñas cantidades a Gran Bretaña y a los Estados Unidos, porque no se entendía limpiar y empaquetar debidamente el producto. Se fue más allá, estableciendo un premio de 3.000 pesos fuertes para aquel que introdujera en Chile la mejor máquina para limpiar el cáñamo. La consecuencia fue que en corto tiempo se presentaron diversas máquinas inglesas a la comisión designada para examinarlas, mientras que otras se encontraban en camino.

Otro producto curioso de la agricultura chilena es el ají (*Capsicum*), cultivado sobre todo en el valle de Aconcagua, que es objeto de un comercio al por menor de importancia, el que antiguamente era aún mayor, basándose en la gran afición que los sudamericanos de todas las clases tienen por este condimento tan excitante. El ají de las provincias boreales es más fuerte que el del sur, por lo

cual se le prefiere. El fruto, una vez seco, es transformado en un polvo fino, siendo expendido en pequeñas botellas que no son sino el fruto de una variedad especial de calabaza, cuyo largo no excede de tres pulgadas. Trátase de un producto barato (el precio es de un real de plata por unas seis onzas) y fácil de cultivar, siendo vendido en grandes cantidades a otras regiones, hasta Lima.

El cultivo de las hortalizas se encuentra en Chile mucho menos desarrollado que el de los campos, y está casi totalmente en manos de los inquilinos. El hombre del pueblo se conforma con una comida muy sencilla, en que predominan las leguminosas, y es seguramente, por lo general, demasiado indolente para cultivar legumbres y hortalizas de calidad, a fin de disponer en su cocina de vegetales de mejor sabor. Los extranjeros han introducido numerosas semillas europeas; es maravilloso con qué facilidad prosperan en el país y permiten ser reproducidas sin degenerar. Incluso las coliflores, difíciles de adaptar en América, y que el arte y cuidado de ningún hortelano han logrado cultivar entre los paralelos del trópico, encontraron en Chile un suelo propicio. Sólo en los alrededores inmediatos de la capital y en los puertos, los huertos se encuentran en mejor estado, pues en esos lugares se obtienen mejores precios, y no admite duda que la mayoría de las hortalizas y legumbres europeas podrían prosperar en Chile con la misma facilidad con que están expuestas a la degeneración en las regiones tropicales de América. El número de hortalizas y legumbres indígenas no es muy grande, aun cuando Molina habla de la variedad de un fréjol a que da el nombre de la especie grande chilena. La investigación precisa sólo permitió conocer los *Phaseolus*, que se hallan en el país en numerosas variedades, como ocurre también en otras partes. El pallar (*Phaseolus pallar* Mol.), un arbusto con ramas retorcidas y del grueso de un brazo, no fue observado por mí jamás en Chile, pero sí en el Perú, donde se le cultiva mucho con ese mismo nombre. En cambio, no se encuentran en las regiones nombradas del Perú las especies europeas de los fréjoles, sino en su lugar el útil y rendidor poroto (*Dolichos glycinoides* Hb. Kth.). Llama la atención la quínoa (*Chenopodium quinoa* Willd.), una planta todavía no introducida en Europa, a pesar de merecerlo, la que prosperaría fácilmente en las regiones australes de nuestro continente. Se la cultiva en las provincias australes de Chile hasta altitudes considerables, siendo consumida gustosamente por el campesino; sus semillas se asemejan mucho al mijo europeo. Pero es necesario lavarlas con agua hirviente antes de consumirlas, pues las cáscaras poseen un sabor muy amargo, que sólo puede ser eliminado de esta manera. En el Perú, donde se conservó desde el tiempo de los incas mucho más que en Chile el arte de preparar bebidas fermentadas de diversas substancias vegetales, se emplea la misma semilla para confeccionar chicha, que tiene un sabor algo semejante al vino, de buen gusto, refrescante y considerada por el pueblo como diurético y como un remedio para los cálculos.

Las plantaciones de árboles frutales están casi aún más descuidadas que los huertos de hortalizas, a pesar de que el suelo es muy apropiado para obtener excelentes frutas. Por lo general, éstas son de calidad muy mediocre, pues poquísimos agricultores se dedican a hacer injertos y operaciones similares. Con escasas excepciones, se encuentran todos los árboles frutales, aunque en parte en estado muy degenerado, o bien limitados a determinadas provincias. Así, las variedades europeas de los ciruelos no se adaptan al clima demasiado cálido de las provincias del norte y la naranja no prospera en el ambiente demasiado frío de las australes. Hay en Chile pocas frutas propiamente tropicales, pues aun cuando reina en Coquimbo y Copiapó un calor mucho mayor que en la zona tórrida, la sequedad de la atmósfera constituye un obstáculo para el crecimiento de plantas que provengan de las partes más húmedas de la tierra. Los manzanos y duraznos parecén hallar en Chile las condiciones de temperatura y suelo que necesitan, pues ambas especies han emigrado de los huertos y forman a menudo bosques silvestres. Como es sabido, los duraznos han llegado a ser tan endémicos en las pampas de Buenos Aires, las que carecen de leña, que suministran en muchas partes el único combustible; pero tanto allá como acá sus frutas son de mala calidad, no obstante lo cual constituyen un objeto importante del comercio en estado seco. El olivo prospera admirablemente, a igual que las demás frutas de la Europa austral, y las cosechas son abundantes. Pero el aceite es medio rancio, lo que se debe a la misma preparación descuidada que emplean los campesinos españoles. Las provincias centrales son muy apropiadas para las plantaciones de este árbol, y frecuentemente se observan en las alamedas o en las plazas públicas hermosos ejemplares, que se caracterizan por un exuberante crecimiento de la copa, que lleva las flores color de fuego y tan decorativas del quintral (*Loranthus tetrandrus* R. et Pav.), ofreciendo un aspecto mucho más agradable que en la Europa meridional. El clima y la clase del suelo corresponden allá a los de la Provenza inferior; pero en las partes más elevadas del interior, como en la zona de Santa Rosa de los Andes, este cultivo no es remunerativo, pues en invierno el frío es mucho más sensible. Los habitantes de la costa occidental de la América del Sur prefieren el aceite de Arica al de cualquiera otra procedencia; dicho sea de paso, es ése el lugar en que se habrían plantado según la tradición los primeros olivos en América, y a pesar de haberse establecido la pena de excomunión para quien los hurtara, se habría logrado sustraer un ejemplar, que fue llevado a Chile y del que habrían procedido todos los demás.

Cada país de América tiene el orgullo de poseer una fruta que se caracterizaría en él por una calidad superior a la de otras regiones del mismo continente. De esta manera han adquirido fama Nueva Orleans y la Florida oriental por sus naranjas, Cuba por sus piñas, el Perú por sus chirimoyas, y Chile aventaja quizás a todos los países por la excelencia de sus melones y sandías. Estas últimas crecen con mucha facilidad en las regiones más secas del norte, suministrando frutas en una cantidad tan abundante, que representan un deleite insustituible para la clase

de los campesinos más pobres durante los meses más calurosos del año, enero y febrero. Sólo cuando se ha observado con sincera admiración cómo uno de estos hombres consume en pocos instantes dos o tres de estas enormes frutas, se comprenderá cómo es posible que se puedan consumir todos los cargamentos de sandías llevados diariamente a las ciudades por largas filas de mulas.

Tal es la situación de la agricultura chilena en la época actual, que sin duda debe ser estimada como muy mejorada, si se la compara con la observada por los viajeros del siglo pasado, quienes la describieron en colores no muy brillantes. Un estudio sin prejuicios revela que progresó considerablemente en poco tiempo, modificándose y mejorándose también los mismos métodos que apenas eran conocidos por sus nombres quince años atrás. Va a mejorar mucho más, y tendrá que serlo, pues Chile dispone en su agricultura de una fuente natural y fácil de desarrollar de su riqueza nacional, que no le puede ser arrebatada por ningún país vecino. El progreso rápido es retardado todavía por ciertas trabas, pero la más desfavorable, que es la falta de una clase media en el campo, es decir, de pequeños propietarios, ha sido eliminada por la derogación de las leyes sobre mayorazgos. Los diezmos representan una contribución que constituye otro obstáculo y una dura carga para la clase más pobre de los campesinos, desmoralizándola, y producen, con todo, una entrada muy pequeña para el Estado. Se ha propuesto cobrar a los hacendados una contribución directa, que se elevaría sólo a la mitad de los diezmos que se pagan ahora, lo que constituiría una ventaja para la caja fiscal y para los contribuyentes, pues se eliminaría el sistema de la cobranza por medio de arrendatarios, en que entran en juego las pasiones más odiosas. Los hacendados tienen a su cargo la cobranza del diezmo que deben pagar sus inquilinos, lo que ha motivado que existan en los fundos toda clase de enredos, de engaños mutuos, de espionaje permanente de parte de unos y de embustes de parte de otros, como también mucha injusticia, y el que está sujeto a ella está empeñado en indemnizarse, abusando de las leyes poco claras. Se estima que el total del diezmo que grava a los productores se eleva a la suma de un millón, siendo percibidos al final por las cajas del gobierno apenas 300.000 pesos fuertes.

En muchas regiones de la república, la mayor parte de la riqueza de los hacendados consiste en sus rebaños, pero sólo en años recientes aprendieron a aprovecharlos en forma racional. Al lado de valles muy fértiles y de llanos bien regados, que se dedican a los cultivos, o en que esto se hará en el futuro, queda siempre una fracción importante del suelo, cuya calidad no justifica su trabajo. Todos aquellos cerros pelados y sin sombra, pertenecientes a la tercera y cuarta categoría de los suelos, y cuyas infinitas ramificaciones ocupan una parte más extensa del territorio en las provincias centrales que en las australes, que son más planas, se prestan casi exclusivamente para el talaje. Si bien se cubren en la primavera con una vegetación tupida, la nutritiva humedad desciende pronto y sin dificultad a través de las capas sueltas que las componen en su interior, hasta el

nivel de los valles y quebradas, por lo cual el suelo se seca, se agrieta, y a veces hasta se disgrega en un polvo fácil de transportar por el viento, en cuanto se presenten los calores, lo que impide el cultivo de los cereales. En lugares en que la tierra es de mejor calidad, la fuerte inclinación de las laderas aconseja a menudo no destinarla a los cultivos; pues la tierra arada podría ser lavada fácilmente por los aguaceros del invierno o estaría expuesta a ser cubierta por arena gruesa o piedras. Si por estas razones gran parte del territorio se presenta durante la mitad del año con el ropaje de la esterilidad y sequía, el tiempo que reina durante el invierno chileno lo hace valioso durante los meses desde mayo hasta septiembre. Las numerosas pequeñas hierbas y el exuberante pasto, que han germinado como una vegetación muy efímera en ese suelo, ofrecen al chileno oportunidad para mantener en él sus rebaños durante algún tiempo. Cuando se agota esta fuente de talaje, se abren a la inmensa cantidad de animales los potreros, rodeados por cercas de espinos y que hasta entonces no habían sido usados; son de gran extensión, y son capaces de suministrar también en la temporada menos favorable del año un talaje suficiente, ya sea por su situación más protegida, por encontrarse en suelos naturalmente más ricos, o gracias al regadío. Una variedad del cardo proveniente de la España austral, trasplantada casualmente primero a Buenos Aires, crece en los potreros, desplazando en parte a todas las demás plantas. Alcanza a veces tanta altura, que un campesino a caballo desaparece bajo ella, y es conceptuada como una planta forrajera nutritiva y que se propaga sola, como una verdadera bendición del cielo. Más favorecidos se encuentran los predios situados más al interior, sobre todo al pie de los Andes, pues carecen menos de agua, y comúnmente les pertenecen, además, amplios valles de la "cordillera brava" o des poblada. Hacia allá se conducen los rebaños en el verano más avanzado, para alcanzar los valles fértiles después de dos o tres días de viaje, donde permanecen los animales unos dos meses al cuidado de algunos vaqueros de vida bastante ruda. El clima del país permite y la cantidad de animales requiere que éstos vivan al aire libre durante todo el año, por lo cual no se conocen ni siquiera vestigios de establos en ninguna parte del campo, cuya construcción cuesta sumas tan considerables a los agricultores europeos. Una consecuencia inevitable de esta vida vagabunda de los animales consiste en que se vuelven en alto grado bravíos y hasta peligrosos, sobre todo en regiones más apartadas. Uno a veces es atacado repentinamente por toros muy bravos, viéndose en la necesidad de buscar la salvación huyendo a la carrera por los caminos más ásperos y peligrosos.

Por un doble motivo, la ganadería es aquella rama de la agricultura a que el chileno da preferencia ante todas las demás. Por un lado, satisface más su inclinación hacia una vida libre e independiente y su predilección por todo lo que es aventurero y valiente, exigiendo una actividad violenta y no uniforme. El caballero mejor educado de la ciudad se aficiona durante su estada en el campo

por perseguir los rebaños y participar en las movidas escenas que comprenden la existencia propia del vaquero. El hombre del pueblo en el campo no conoce un placer más grande que los rodeos, que se realizan en la primavera, en septiembre u octubre, y el hacendado que necesite hacer uno, puede estar seguro de disponer gratuitamente, y sin necesidad de tener que invitarlos, de todos los campesinos a caballo que vivan en los alrededores, quienes concurrirán vestidos como si fueran a una fiesta y le prestarán su concurso con peligro de sus vidas en las correrías más locas. El chileno, sobre todo el de las clases bajas, es de carácter muy enérgico y libre, lo que fue mal interpretado por el gobierno anterior, o al menos no fue aprovechado por él; lo predestina en igual grado para aquellas ocupaciones, como deberá pasar bastante tiempo antes que sea capaz de realizar una industria angustiosamente uniforme y sedentaria. Una segunda causa, casi más importante, consiste en que la ganadería puede ser desempeñada con más ventaja que los cultivos desde la expulsión de los españoles y la introducción de la libertad de comercio. El ganado en pie, el charqui, los cueros, la grasa y el sebo han tenido siempre muy buenos precios y disfrutaban de un buen mercado. Su producción requiere mucho menos brazos, es relativamente fácil y deja una utilidad mucho más segura que el cultivo del trigo. En las provincias centrales han sido destinadas a ella todas las haciendas apropiadas; en el norte se ha hecho lo mismo, en cuanto lo permitían las condiciones locales; sólo en el sur predominan los cultivos, debido a que las tierras son muy fértiles y no necesitan ser sometidas al regadío, el que es caro y dificultoso, a lo que se agrega que los incesantes ataques de los indígenas enemigos eran muy desfavorables para el aumento de los rebaños, o se oponían a la crianza, en atención a que la posesión de ganado era el medio más eficiente para estimular la rapiña de las hordas cobrizas. Existen en la provincia de Concepción haciendas del mejor suelo, que se cultivan sólo en forma muy reducida y que se encuentran despobladas y sin uso, justamente debido a que por las razones indicadas no se les puede destinar a la ganadería, a pesar de lo cual se comenzó un desarrollo más favorable de ella también en esa parte del país desde 1829. El número de animales pertenecientes a un solo dueño sería considerado como fantástico por un agricultor europeo. Se menciona como algo que no llama la atención la existencia de rebaños consistentes en un millar o un millar y medio de vacunos, y no se considera como rico a un dueño que posee tres veces más. Las haciendas de las provincias centrales comprenden a menudo 10.000 a 15.000 cabezas, a veces hasta 20.000, y hay un gran número de propiedades más pequeñas, que sólo tienen 4.000 a 5.000. Gracias al incremento habido en el comercio desde la revolución, el valor de este dominio también ha logrado multiplicarse, y han pasado difinitivamente aquellos tiempos en que se beneficiaba un animal sólo por su cuero, entregando la carne a los cóndores, como ocurría

ant año<sup>1</sup>. Para poder dedicarse en Chile a esta rama de la agricultura, no es necesario poseer el conocimiento y la práctica de un sistema difícil de aprender. Basta que el campesino sea un buen jinete, que sepa manejar el lazo y que conozca el procedimiento, bastante sencillo, para fabricar charqui, conservando así la carne para su uso posterior. Sólo la mayor o menor fertilidad del suelo o la cercanía o lejanía de la capital o del puerto pueden motivar pequeñas variaciones en los métodos aplicados. Las haciendas que disponen de más agua ofrecen oportunidad para cultivar alfalfares de mayor extensión, es decir, se prestan para la engorda. Sus dueños compran, por consiguiente, animales flacos, a fin de venderlos en las ciudades una vez gordos, o reciben animales ajenos en talaje, a un precio determinado. En las haciendas de cría se hace únicamente la crianza de animales de tiro o de novillos o vaquillas para su venta a otras propiedades, que son abastecidas de esta manera con ganado; una tercera clase reúne ambos fines; y una cuarta, que predomina a grandes distancias de los puertos, prepara el charqui de los animales beneficiados, cuyo consumo es tan grande, que representa uno de los objetos principales del comercio chileno, como también el sebo, empleado desde tiempos antiguos en el país para fabricar jabón en mayor escala<sup>2</sup>. La utilidad que una hacienda de este tipo produce a su dueño se estima en 25%; es decir, si está en condiciones de alimentar 4.000 vacunos, se pueden beneficiar anualmente 1.000 cabezas, sin que ocurra una reducción sensible. Es fácil comprender, sin embargo, que la mayor o menor fertilidad del suelo tiene que influir sobre este resultado, y es efectivo que sólo pocos dueños conocen el número de sus animales con alguna seguridad, y en la mayoría de los casos la falta de una contabilidad ordenada impide conocer con precisión la ganancia, pues en las haciendas grandes no interesa a los dueños una diferencia de algunas centenas de animales.

Será inútil buscar por ahora antecedentes estadísticos acerca de esta materia en Chile, como asimismo acerca de muchas otras, y sólo la exportación de los cueros puede determinarse con alguna precisión por las listas que confeccionan las aduanas. El valor de los cueros ha aumentado mucho por un mejor

<sup>1</sup>Los precios medios de 1829-33 eran en Valparaíso los siguientes:

Vacunos de beneficio, gordos, por cabeza . . . . .	\$ 12 — 16
Vacunos de cría, por cabeza . . . . .	6 — 10
Charqui, por quintal español de 100 libras . . . . .	4 — 7
Grasa, por quintal español de 100 libras . . . . .	7 — 8
Cueros de vacunos, por pieza . . . . .	2½ — 3

<sup>2</sup>La exportación de sebo era en 1785-89 de 111.891 quintales españoles, y la de cueros, de 16.999 unidades ("Viajante Universal", Lisboa, 1804, tomo XIV). Actualmente ha disminuido la primera, debido a que la fabricación del jabón, como objeto del comercio, consume en el país mucho más sebo que antes. La de los cueros, en cambio, ha aumentado en la misma medida que el comercio directo con Europa, alcanzando en 1832 a 125.500 unidades.

procedimiento y un mayor cuidado al secarlos, y se les coloca ahora en mayor cantidad en Europa, pero de preferencia también en los Estados Unidos. Por otra parte, no faltan peligros a esta rama de la industria chilena, y aun cuando no se presentan con frecuencia, pueden ocasionar grandes daños. Desde hace algunos años, se ha observado que el clima cambia mucho, produciéndose las lluvias invernales mucho más tarde y en menor cantidad. Un tiempo demasiado seco representa, sin embargo, lo más pernicioso que pueda ocurrir al dueño de rebaños numerosos, pues no estará preparado para limitar el efecto de tales accidentes por medios artificiales. En los años de 1829-32 murió una cantidad extraordinaria de animales por una sequía sin precedentes que se propagó sobre todas las provincias de la parte central y boreal de Chile. Resulta de un recuento oficial que únicamente en el año 1831 murieron en las provincias de Coquimbo y Copiapó 515.326 animales por hambre, debido a que todo el territorio no ofrecía una sola matita verde<sup>1</sup>, una desgracia producida, en parte, a causa de que el espíritu especulativo había inducido a muchos en los años anteriores a aumentar la dotación de ganado, sin considerar las posibilidades de mantenerlo. Aun cuando el número quizás sea algo exagerado, debido a que algunos hacendados tenían interés en aparecer lo más perjudicados posible, la pérdida fue en todo caso extraordinaria y sensible.

Se practica poco la crianza de ovejunos, a pesar del pasto corto que crece en las serranías, que podría ser aprovechado para ello, por ser inadecuado para el talaje de vacunos. Los ovejunos son de raza muy inaparente, y debido al gran descuido en que se les mantiene, su lana es de tan mala calidad, que todavía no se han realizado tentativas de exportarla, al menos con éxito. Es corta y gruesa, y es empleada exclusivamente en el país mismo, donde su precio suele ser de 12 a 14 reales de plata por la arroba (25 libras), confeccionándose con ella ponchos y un casimir de lana larga, llamado bayetilla, que se usa para el vestuario femenino.

La lechería es casi totalmente desconocida, y los campesinos mismos sólo suelen consumir la carne de sus rebaños. En las provincias australes, sobre todo en Maule, se prepara algo de queso, exportado al norte y sobre todo al Perú; en las provincias centrales se consume la escasa producción de este artículo por la población misma, y sólo en los alrededores de las poblaciones mayores la demanda de los extranjeros ha motivado desde hace algunos años la elaboración de una mantquilla de muy buena clase. En el futuro, estos artículos alcanzarán una gran importancia en el comercio del país, y sin duda se abandonará la costumbre, vigente hasta ahora, de dejar los terneros con las vacas hasta que las nuevas crías los reemplacen, como ocurre anualmente, lo que explica, junto con la precocidad de estos animales, que ya son fecundos al segundo año después de

<sup>1</sup>76.943 vacunos, 9.920 caballares, 5.193 mulares, 8.319 asnales, 203.376 ovejunos y 211.575 cabríos

la parición, el incremento fácil y considerable de la dotación del ganado. Por lo demás, los terneros no son nunca beneficiados, pues la opinión popular es contraria a su consumo, sólo conocido entre los extranjeros de Santiago y Valparaíso.

La crianza de caballares y mulares ya no se practica con igual interés que como bajo el gobierno español, pues era muy peligroso poseerlos durante los años de desórdenes y guerras civiles, por exponer al dueño a un incesante saqueo. Los caballos se propagan con igual facilidad que los demás animales domésticos, por lo cual su número es muy grande. En los primeros años después de la conquista española eran tan caros, que sólo el más pudiente podía adquirirlos. Según informa Antonio de Herrera, en aquel tiempo su precio era de 1.000 pesos duros en Chile, siendo aún más elevado en el Perú, donde, según Garcilaso Inca de la Vega, un caballo sólo se hacía vendible cuando fallecía su dueño, pagándose entonces con 4.000 a 6.000 pesos. Más tarde, el gobierno español adquiría caballos domados para la caballería chilena a 2 pesos, y el general San Martín pagó 3 al organizar la Expedición Libertadora del Perú. Actualmente, el precio es más elevado que antes, como consecuencia de la guerra, pero se puede adquirir incluso en las ciudades un animal apropiado por 24 a 34 pesos; en las provincias australes se le podrá comprar, sin embargo, por la tercera parte de esta suma. El chileno dispone de un gran número de nombres para los diversos colores de sus caballos y sus variaciones. Una variedad especialmente apreciada son los tordillos (los *strawberry-greys* de los ingleses, los *pilitú* de los pehuenches del Chile austral), cuyo colorido extremadamente bello es el resultado de una mezcla muy fina de colores que, aisladamente observados, se presentan como moho, blanco y negro. Aunque menos frecuentes que otros, son muy solicitados, debido a que se les considera como particularmente fuertes. Los bayos, de color de paja, pero con cola y melena negras, tienen la misma reputación de ser excelentes. Parece que estas variedades provienen de la raza legítima de Andalucía, una suposición que se ve reforzada si se tienen en cuenta la forma pequeña de la cabeza, el cuello elevado y encurvado y la anatomía corta y enjuta del cuerpo. Por lo general, los caballos chilenos sólo son de estatura media, faltando por completo los animales gigantes que son indispensables a los carretoneros europeos, y es incluso difícil conseguir caballos de suficiente tamaño para tirar coches. Desde hace algunos años, se han comenzado a exportar caballares y mulares a Nueva Holanda (Australia) y al cabo de la Buena Esperanza, donde se obtuvieron, en parte, precios muy altos por ellos; pero existe siempre un gran peligro de pérdida por el largo viaje y otras dificultades relacionadas con tal empresa y que provienen de la índole del cargamento. También se exportan caballos a veces a la costa del Bajo Perú, debido a que, por trabas poco amistosas impuestas por los gobiernos de Lima y La Paz al comercio con Tucumán, han mermado bastante los arrees de mulares y caballares que se hacían antiguamente hasta Trujillo, a lo que se ha agregado que el número de esos ani-

males ha disminuido mucho a causa de las incesantes guerras civiles de los Estados de La Plata.

Las cabras son mantenidas en Chile sólo por los campesinos más pobres, quienes obtienen de ellas un provecho muy pequeño. Se crían muy pocos porcinos, excepto en el archipiélago de Chiloé, el que produce y exporta una cantidad bastante importante de jamones desecados o semiahumados. Son magros, pero de buen sabor, y provienen de una raza muy pequeña, la que ha sido reemplazada cerca de Valparaíso por animales de la variedad británica grande. La salazón de la carne se hace desde algunos años en los puertos, y aun cuando esta mercadería no es tan buena como la de la América del Norte, por ser menos durable, todos los buques se abastecen de ella, por lo cual ya no deja cuenta traerla de Estados Unidos, y esto mismo ocurre con el bizcocho para los buques, la harina y productos similares, que hasta poco tiempo atrás eran el objeto de un comercio muy remunerativo de los norteamericanos en la costa occidental<sup>1</sup>.

La abundancia de cosas nuevas o todavía no vistas, pertenecientes a todos

<sup>1</sup>Los precios de los alimentos de los proveedores de buques (*ship handlers, procureurs*) eran en 1833 en Valparaíso los siguientes:

Carne fresca de vacuno, el quintal . . . . .	\$ 5,—
Carneros, la unidad . . . . .	1,50
Carne de cerdos, la libra . . . . .	0,12
Pavos, la docena . . . . .	9,—
Patos, la docena . . . . .	6,50
Pollos, la docena . . . . .	3,50
Carne de vacunos en salmuera, el barril de 200 libras . . . . .	8,—
Carne de cerdos en salmuera, la tonelada de 200 libras . . . . .	22,—
Bizcocho, el quintal . . . . .	3,50
	a 4,50
Pan de camarote, el quintal . . . . .	5,—
Pan fino, fresco, el quintal . . . . .	7,—
Papas, la fanega . . . . .	2,50
Sal, el quintal . . . . .	1,50
Mantequilla, la libra . . . . .	0,25
Tocino, la libra . . . . .	0,12
Fréjoles, la fanega . . . . .	2,50
Coliflores, la docena . . . . .	1,—
Cebollas, el ciento . . . . .	0,75
	a 1,50
Hortalizas surtidas, el quintal . . . . .	3,—
	a 4,—
Garbanzos, la fanega . . . . .	5,—
Lentejas, la fanega . . . . .	3,50
Maíz, la fanega . . . . .	2,50
Cebada, la fanega . . . . .	2,—
Nueces, la fanega . . . . .	3,50

los reinos de la naturaleza, que ya se pudo comprobar después de una permanencia de pocos días en Concón, motivó el incansable fervor que constituye el goce principal para un naturalista en viaje, y gracias al cual se soportan con indiferencia numerosos sinsabores. Se efectuaban las excursiones en rápida sucesión, y aun cuando el desconocimiento del país las pudo haber dificultado, se las realizó siempre sin acompañamiento y frecuentemente a lugares no visitados por los mismos vecinos. A veces tratábase de las dunas de la costa, o bien se efectuaban paseos botánicos a las cumbres más elevadas situadas al interior, o se obtenían buenas colecciones en las quebradas escondidas, verdes y boscosas, que nadie sospecharía en el seno de las peladas serranías de color café. Sólo raras veces estas excursiones fueron hechas a caballo, ya que la experiencia demostró pronto que no son convenientes, pues se pasa por alto más de alguna plantita y se omiten senderos secundarios a través de quebradas de difícil acceso, pero dignas de ser visitadas, o a lo largo del borde de peligrosos precipicios. Cansa tener que bajarse con frecuencia, y es desagradable el cuidado con que se debe amarrar el caballo, no evitándose siempre que éste se suelte y arranque. El naturalista radicado en el país sólo debería hacer viajes a caballo cuando se tratara de visitar un punto lejano y ya le fuese conocido el territorio intermedio. Llegado a la meta, convendrá entregar el animal a alguien que se encargue de su cuidado, para continuar la excursión de a pie, y si va acompañado por mozos, puede también preparar su campamento, encontrando en los alrededores un goce superior que los hijos del país, que se dedicarán a dormir la siesta a la sombra de los árboles durante las horas ociosas. El prejuicio popular se opone en la América del Sur a tales excursiones de a pie, e incluso el campesino más pobre será capaz de contemplar al caminante con mucho orgullo, o en el mejor de los casos con alguna compasión, como un hijo de Dios al que se debe tener lástima por haberle denegado la fortuna la propiedad de un caballo. Pero, por otra parte, se le estima a uno mucho más cuando se le conoce mejor, pues el chileno del pueblo admira a los valientes y perseverantes, y se siente también no poco halagado al enterarse de que un extranjero se entusiasme en tal grado por su país que sea capaz de hacer los mayores sacrificios para conocerlo mejor.

Estas circunstancias me indujeron muy a menudo a vadear el río en Concón, no sin peligro, pues al norte de él comienza una zona muy interesante. Era preciso hacerlo con mucha precaución, pues el vado cruza el profundo y correntoso río en zigzag y cambia después de cada crecida. Al norte del río se extienden amplias colinas de arena a lo largo de la costa marina, comparables a las dunas de Holanda y Gran Bretaña. Consisten en una arena fina y blanquizca, en que no es difícil reconocer las substancias que forman la sienita, que es la roca predominante en esta costa; en su superficie se separan en hojas, con una facilidad desconocida en nuestros países, y éstas se descomponen en una roca que se desmorona y desintegra muy fácilmente. Sin estar sujetas a un determinado rum-



25. CONCHAS MARINAS EN LA BAHÍA DE CONCÓN.

Poeppig hace ver que a varios metros sobre el nivel actual del mar existen en esta parte conchales de gran extensión, constituidos principalmente por conchas de locos, que revelan que el mar cubría las dunas hace no mucho tiempo, geológicamente hablando. En realidad, la transgresión marina ocurrió en el último interglacial, cuando el océano ocupaba un nivel a lo menos 25 m. sobre el actual. Los conchales eran aprovechados en tiempos de Poeppig para la fabricación de cal, vendida en Valparaíso.

*Fotografía: Carlos Keller R.*

bo, aunque al parecer paralelas a los barrancos rocosos más sólidos que se encuentran al interior y que constituyen los verdaderos límites del antiguo continente, estas acumulaciones movilizadas de la más fina arena cambiarían constantemente de posición si no se hubieran aglomerado alrededor de núcleos fijos, en los que se forman a uno u otro lado, de acuerdo con el impulso que reciban del viento. Estos núcleos están constituidos por inmensas capas de conchas, unidas en brecha por una arcilla ferruginosa o por arena endurecida, formando nidos o cadenas más prolongadas, que se hallan diseminadas a lo largo de la costa. Pero no están propagadas sólo en la superficie o hacia arriba, cubriendo los faldeos de las serranías que bajan al mar, como parece desprenderse de la información superficial o copiada a otros de algunos autores, sino que alcanzan asimismo una profundidad desconocida, pues hasta 20 pies debajo del nivel del mar no se ha localizado todavía su límite. Por otra parte, se las observa también como una capa compacta y rodeada por las dunas, hasta 40 pies sobre el espejo del océano. Es bastante extraño que estas acumulaciones de animales marinos sólo comprendan especies que, aun cuando se las encuentra vivas en los mismos lugares, son mucho

menos frecuentes que los pobladores exclusivos de la profundidad. Entre éstos merece nombrarse sobre todo el loco (*Murex* Mol.), fácil de reconocer, el que por cierto aún es recolectado vivo por el pescador, pero que antes debe haber existido en cantidades sencillamente incomprensibles en ese punto, pues aquellas capas de conchas, que ocupan una longitud de 3 millas geográficas, considerando sólo la cadena de colinas fáciles de observar al norte de Concón, consisten en muchas partes únicamente de esa especie. Raras veces aparecen otras mezcladas con ellas, siendo menos frecuentes los bivalvos, que también se identifican con especies conocidas y vivas; es difícil decir qué causas hicieron posible que se acumularan de una manera tan extraordinaria animales de una misma especie en un espacio reducido, pues los conglomerados de conchas que se encuentran sobre todo en la parte austral del país, a veces a gran distancia del mar, o a gran altitud sobre él, revelan una composición muy distinta. En ellos se hallan especies y géneros de una creación antediluviana, muy variada, y en el interior del Perú, allende los Andes, donde se descubrieron (en La Ventanilla), entre las montañas compuestas por pizarras de Casapí (provincia de Huánuco), cerros completos de conchas y otros animales marinos, no existe rastro alguno de los crustáceos —muy poco numerosos— que todavía pueblan el mar, pobre en especies, de la costa peruana. Aunque incluidas en gran número en la roca de origen posterior, sólo una feliz casualidad las pone en descubierto al quebrar aquella roca, y son fáciles de distinguir las desaparecidas formas pertenecientes al maravilloso mundo de las pentacrinitas y de corales de magnífica figura, lejanamente parecidos a los de las islas del Océano Pacífico.

En un país que casi no ofrece otras rocas que las graníticas y volcánicas, como Chile boreal, la cal es un objeto de gran importancia, y de esta manera el dominio de estas dunas, tan inútiles en la superficie, suministra una renta no despreciable. Pertenecen al dueño de la hacienda de Quintero, quien explota regularmente aquellos conchales por medio de piques cortos y que se desmoronan con facilidad, suministrando de este modo una parte muy importante de la cal que necesita Valparaíso. El campesino más pobre de los alrededores de Quintero se aprovecha de esta misma riqueza natural, obteniendo permiso para extraer conchas, contra pago de una regalía, cargando con ellas su mula.

Es posible que primitivamente la costa del mar de esta zona consistiera en un barranco rocoso vertical, lo mismo que más al sur, como todavía lo indica el límite antiguo, que queda a cierta distancia del océano. Entre el pie de ese barranco y el mar se extienden las dunas ya descritas, que se han cubierto poco a poco en algunos sitios con un suelo más sólido y más prometedor. Sin duda, este último se formó en un período relativamente reciente, y debe ser atribuido a dos causas. La primera y más llamativa ha sido mencionada a menudo, aunque se le haya atribuido demasiada importancia como medio de una explicación general. Consiste en el solevantamiento rápido y repentino de zonas completas a lo largo

de la costa, que se ha observado con motivo de cada terremoto ocurrido en Chile y que constituyó también un fenómeno muy característico en los grandes movimientos sísmicos de 1822. Yo mismo he buscado frecuentemente animales marinos en una serie de rocas que afloran en medio de la bahía de Concón, con motivo de mareas muy bajas, sobre todo las graciosas chitonas, en sitios en que hace seis años el pescador no habría sido capaz de tocar fondo, ni siquiera en las más bajas mareas: prueba suficiente de que en esa parte ocurrió un sollevamiento de a lo menos 6 pies en dirección vertical. Pero no puede atribuirse en forma tan exclusiva a este solo fenómeno innegable la formación de zonas amplias y regularmente planas, cubiertas sólo por arena. Se ha pasado por alto hasta ahora el fenómeno menos llamativo del lento retiro del mar de la costa chilena, a pesar de no ser desconocido a muchos pobladores de edad que viven en las playas del país. Más adelante veremos que en la parte austral de la república se han formado incluso llanos completos (la vega de Concepción) por medio de un retiro del mar, dentro del lapso transcurrido desde la llegada de los europeos, tratándose, pues, de hechos susceptibles de ser probados como una evidencia histórica. En las rocas que se encuentran al norte de Concón paralelamente al océano, pero separadas de él por dunas y una playa ancha y estéril, es fácil reconocer los indicios del trabajo de las olas en capas vecinas, una prueba de un lento retroceso de las aguas, pero no de un sollevamiento repentino del suelo, para lo cual éste debe ser poco apropiado, pues está compuesto sólo de una arena suelta hasta una gran profundidad. Llama la atención de un modo particular la formación de tierra firme en todos aquellos lugares donde se elevan hileras de rocas a cierta distancia de la costa, y es evidente que muchos cabos fueron antiguamente islas, las que han sido unidas con el continente por playas bajas, como productos de la sedimentación y del retroceso del mar. El embancamiento de las bocas de grandes ríos, como la del Bío-Bío, y las dificultades cada vez mayores que ofrece el acceso de algunos puertos, como el del Maule y de la Boca Chica del puerto de Talcahuano, son otros indicios en el mismo sentido. Con ello no se trata de negar que en las profundidades le Océano Pacífico exista una concentración extraordinaria de fuerzas volcánicas inactivas y que sólo se hacen sentir de vez en cuando, aunque entonces de una manera espantosa, las que quizás todavía son capaces de hacer surgir grandes islas hasta la superficie. El capitán Beechey ha observado islas volcánicas de origen muy reciente en el Océano Pacífico, y otras fueron descubiertas y exploradas casi en el momento de su origen (véase la nota número 2 al final del capítulo).

El hecho de existir una abundante caza en los alrededores de la hacienda de Quintero, donde hay diversos arroyos y lagunas, motivó ya en el primer tiempo de la llegada a Concón muchas excursiones, repetidas más tarde a menudo, que siempre ofrecían novedades y compensaban con creces las no pequeñas penurias. Aquellas dunas de color blanquizco reflejan los rayos con tal potencia, que afectan sensiblemente los ojos después de corto paseo y se recalientan en tal gra-

do bajo los rayos directos del sol, que los propios campesinos, acostumbrados al ambiente, se ven obligados a defender sus pies por medio de ojotas, que son una especie de sandalias, consistentes en un trozo de cuero amarrado encima del pie. Enterré termómetros de precisión previamente verificada, repetidas veces en la tarde, hasta una profundidad de 13 pulgadas, y estas observaciones, realizadas con todo cuidado, comprobaron temperaturas que variaban entre 40 y 58°, según que la mañana se hubiera presentado más nubosa o despejada, o si en la noche hubiera caído una leve lluvia. Sólo cuando en el invierno reina viento turbio durante largo tiempo y se desencadenan incesantes aguaceros, este suelo arenoso se caracteriza por temperaturas más bajas, pero en la mayor parte del año éstas son mucho mayores que las que se observan en la superficie terrestre entre los paralelos del trópico. Numerosos experimentos han demostrado que la temperatura del suelo corresponde en las regiones tropicales a 4 pulgadas debajo de la superficie, aproximadamente al calor medio del aire, pero esta ley —dicho sea de paso— tiene sus excepciones, pues influencias locales pueden provocar diferencias sensibles. Cerca de Pará, la temperatura del suelo en una huerta cultivada, pero que disponía de alguna sombra, era en julio de 1832 casi igual a la temperatura media anual, encontrándose la relación de 20 a 22° con ella; esta última fue de 18 a 22° en las selvas muy húmedas y oscuras del Amazonas superior, en Omaguas, en agosto de 1831; en el Perú, a una altitud de 6.000 pies (en Cúchero, provincia de Huánuco), ella fue de 14 a 17° en noviembre de 1829, y en lugares muy sombreados de profundos valles, de 12 a 17°. Sin duda, la composición misma del suelo modifica mucho su capacidad de absorber y conservar calor, y casi parece que en la zona tórrida las montañas de calizas permiten reconocer mejor la coincidencia entre el calor del suelo y la temperatura atmosférica media que las pizarras arcillosas, que, por lo general, la acusan más fría.

Este candente suelo de las dunas chilenas, que en verano tiene siempre un calor equivalente al doble del de la atmósfera, mantiene en lugares más abrigados, a pesar de todo, cierta cantidad de plantas muy interesantes, muchas de ellas caracterizadas por la finura de sus formas o la belleza de sus flores, la mayoría de las cuales se encuentran únicamente en este *habitat*. Las nolanas azules tejen guirnaldas con sus propios tallos, apoyándose en las matas bajas de las liliáceas (*Eucrosia*), que tienen una corona floral bicolor. Abundan ejemplares multiformes de los géneros *Astragalus* (yerba loca, etc.) y *Phaca*, a menudo provistas de hojas de un fieltro blanquizado, como nuestras plantas de playa, con flores azules y moradas, pero que no logran distraer el ojo botánico de las pequeñas calandrinias, pegadas al suelo y que sólo muestran sus flores rojas de madrugada, de acuerdo con sus parientes, y como también una *Oenothera*, sin tallo (dondiego de la noche), que se extiende cerca del suelo como un círculo blanco como la nieve y con diámetro de casi un palmo; estas dos últimas especies se cierran ante los rayos del sol. Las partes más estériles de la movediza arena, en que se encuentran indicios

de humedad sólo a mayor profundidad, se hallan adornadas por las adesmias (jarilla, etc.), con sus frutos cubiertos de plumas y de cabellos suaves como la seda; por las conanteras (ngao, pajarito del campo), que viven en sociedad y tienen flores estrelladas azules, similares a las del azulejo, y por los zarcillos argentíferos de las dichondras (pocha). Extraordinariamente sorprendente es el aspecto de la doca (*Mesembryanthemum*), un representante de forma extraña de la flora africana, única especie de un género muy propagado que se encuentra en el Nuevo Mundo, en medio de las formas indígenas de una *Salicornia* (sosa o brea), de la salsola (monte espinoso) y de las armerias. El encanto multicolor es aumentado por representantes arbustivos del género *Senecio* (hualtata, romero, etc.); entre ellos abunda la cuscuta (cabello de ángel), con sus olorosas flores, y en cuya sombra transcurre también la existencia de muchas otras plantitas contentadizas.

El camino a lo largo de la playa de arena fina, mojada y endurecida por las olas del mar, es fácil y agradable, más parejo y seguro que el más cuidado de los senderos de un jardín, permitiendo avanzar rápidamente al caminante. Pero su pena será triple si, ignorando el estado de la luna, inició la marcha en el preciso instante en que el mar volvió a crecer y cada nueva ola sube algunos palmos más arriba en la costa plana, hasta que finalmente se desvanezca toda esperanza, por más que apresure los pasos. Aun cuando no amenaza una muerte irremisible, como en los traicioneros bancos de arena de la costa de Escocia, donde, por medio de una rapidísima fuga, acelerada por el temor a la muerte, más de algún incauto intentó en vano escapar a las olas que se acercaban cada vez más, tampoco acá quedará otro remedio que subir a las dunas y continuar en ellas la penosa marcha, hundiéndose en cada paso hasta las rodillas en la ardiente arena. Pero tal marcha es a menudo la causa de encontrarse de improviso con extrañas criaturas, que indemnizan pródigamente todas las penurias. La playa se encuentra animada por un gran número de curiosas aves. Escaparían al ojo del cazador los cholitos enanos, del mismo color que la arena, en que se mueven apresurados en línea recta y siempre reunidos en pequeños grupos, que corren simultáneamente en la misma dirección: se les descubre por la gran rapidez con que avanzan cuando la aproximación de una ola los obliga a emprender la fuga, esquivándola con gran habilidad. El perrito (*Himantopus nigricollis* Vieill.), muy similar al europeo, observa solitario, con ojo agudo, los pequeños animales marinos que deja cada ola al retroceder y que con frecuencia le arrebatan las gaviotas, que son mucho más rápidas, antes que recorra lerdamente, con grandes y vacilantes trancos, el camino hasta acercarse a su botín, lo que parece serle penoso. Infinitos pequeños camarones viven en horadaciones cilíndricas de la arena, al acecho de su participación en la ofrenda que brindan las olas cuando sube la marea, amenazados ellos mismos por los halcones de patas largas, que persiguen con extraordinaria voracidad a los crustáceos y, en general, a todos los animales marinos en la costa chilena, quizás por necesidad, o bien por depender de ellos. Pero únicamente su aproximación por

medio de un veoz vuelo les puede suministrar un crustáceo, que también el empeñoso naturalista sólo logra mediante un cuidadoso cavar, pues el menor temblar de la tierra bajo sus pasos o la sombra que proyecta quien se le acerque sirve de advertencia del peligro al animalito, y éste se recoge con la celeridad del rayo, retrocediendo, en su cavidad protectora. Cardúmenes de pejecillos se dejan arrastrar hasta muy arriba por las olas, intencionadamente, y parecen deleitarse con ese juego, pues son tan rapidísimos y tan precavidos, que se intentará en vano capturar alguno o cortar la retirada a un grupo en la resaca. Sólo las solemnes garzas logran engañarlos con su imperturbable tranquilidad, pero que, interrumpida en el instante oportuno por un movimiento convulsivo, ocasiona la muerte del afectado.

Entre las elevadas colinas arenosas vive una curiosa ave de rapiña, el concón, un murciélago, que tiene la costumbre de perseguir a sus víctimas sólo de día y de construir nidos subterráneos, bastante artísticos'. Su aspecto es extraño en la plenitud del brillo del mediodía, pues parece increíble que sus grandes ojos semiglobulares estuvieran en condiciones de tolerar rayos solares tan intensos. Observa incesantemente al cazador que se acerca con mucho cuidado, y permanece tranquilo en el suelo, pues jamás se le observa en un árbol, ni siquiera cuando se ve apremiado por una tenaz persecución. Larga un grito silbante, que es como si procurara mofarse y atraer a la vez; vuela algunos pasos, y vuelve a pararse en el suelo, pero luego queda aclarado el error de que fuera ciego de día. Inútilmente se tratará de acercársele; observa a su enemigo con aguda mirada, y se hace a menudo indistinguible del suelo, que tiene un color semejante, hasta que por último, cansado del juego, desaparece de repente en una de las cuevas con que ha llenado los faldeos arenosos.

Las numerosas especies de lauchas y el degu, un animalito gracioso, del aspecto de la ardilla enana norteamericana, que es un conviviente muy activo, poco temeroso, pero muy perjudicial de las haciendas chilenas, parecen servir con frecuencia de alimentación al número sorprendentemente grande de aves de rapiña en el litoral del país. Debido a su vida sociable, que no abandona incluso en las vecindades de grandes ciudades, el degu llama sin duda la atención a todos los extranjeros. Debajo de las raíces de árboles viejos y en grupos más densos de arbustos construye su madriguera poco artística, corriendo con especial viveza por las praderas verdes a la hora canicular, que induce a todos los demás animales a esconderse. A menudo se reúnen pequeños grupos, que juegan de una manera por demás graciosa, pero que, advertidos por la agudeza de su oído,

<sup>1</sup>*Strix coquimbana* Mol., que es distinto de una especie observada en la parte occidental de Estados Unidos, la que tiene costumbres idénticas o al menos muy parecidas y que se encuentra descrita en la "Ornitología Americana" de Wilson con el nombre de *burrowing owl*.

huyen instantáneamente al más leve ruido, para volver a mirar poco después, como haciendo burla, con sus ojos negros desde sus escondites.

Sin duda existen mamíferos pequeños todavía desconocidos en estas solitarias playas, donde el naturalista se encuentra abandonado a sí mismo y donde sólo raras veces alterna el ruido de un huaso que pasa al galope con el uniforme tronar de las olas y el grito aislado de algunas aves marinas. Un animal de esa índole, el cucurrito (véase la nota 3 al final del capítulo) de los chilenos, había escapado hasta ahora a la atención de los investigadores, no obstante sus frecuentes visitas a las partes más accesibles del país, pues si bien no es escaso, sus costumbres sólo permiten apoderarse de él cuando uno ha estado bastante tiempo en el país y tiene alguna experiencia. Los vecinos, por cierto, le proporcionan a uno noticias sobre animales y plantas, con mucha amabilidad, refiriéndose a aquellos que en su opinión son curiosos, pero justamente la circunstancia de que a menudo les parece sin interés algo notable, no enterándose de lo que en realidad merece la atención, tiene la consecuencia de que se obtengan relativamente pocas ventajas de esa gentileza, que parece muy difícil que un campesino alemán tenga para un extranjero. Al extraer de la tierra las cebollas de liliáceas, que florecieron más tarde alegremente en Alemania, descubrí por casualidad un nido artificial, cuyas numerosas salidas estaban unidas por canales en forma de una estrella con el centro propiamente tal, la vivienda. Fue necesario conseguir un pequeño perro, pasar algunas horas de guardia nocturna entre las solitarias dunas y vadear el ancho río a medianoche, a fin de lograr algunos ejemplares del habitante desconocido. El cucurrito, así llamado en imitación de sus gritos refunfuñantes, en algo parecidos a los de los cuyes, es un pariente cercano del género *Bathyerga*, y suministra un complemento a la observación que se impone en Chile en todas partes, de existir un parentesco, cierta semejanza de familia, entre la flora y fauna de la punta austral del Africa y la de Chile, como también la de Nueva Holanda. El cuerpo mide apenas algo más de 6 pulgadas, pero esta pequeñez no afecta en lo más mínimo el desarrollo de una idiosincrasia extraordinariamente provocativa y peleadora. Es posible que este animal tenga un carácter tan amargado debido a sus peleas subterráneas, a igual que el topo europeo, cuya voracidad y ferocidad han sido demostradas últimamente de una manera fehaciente por medio de experiencias cuyo conocimiento deja en el lector un sentimiento de repugnancia. La mitad de los cucurritos, capturados con tanta dificultad, se encontraban mutilados, faltándoles a veces un pie y en otros casos la piel (que es negra brillante y está cubierta de pelos finos como la seda) estaba llena de cicatrices mal sanadas, como consecuencia de mordiscos proporcionados por dos dientes roedores marfileños y muy salientes, que permiten distinguir al animal a primera vista. Parece difícil que estas luchas subterráneas tengan su causa en una falta de alimentos, pues el guiso preferido, las raíces tuberosas del género *Oxalis* y las cebollas de las liliáceas, existe en tal abundancia, que no hay motivo para disputarlo por medio de desavenencias tan sangrientas. La observación de

algunas características anatómicas<sup>1</sup> hace suponer que los motivos de esas luchas sean de índole muy diferente. Destinado a vivir en la obscuridad, como incansable cavador, y acostumbrado a subir a la superficie del suelo, que lo alimenta y lo protege contra sus enemigos más agudos, sólo cuando el sol ya se ha puesto, el cucurrito no necesita un ojo muy desarrollado; pero éste no es tan pequeño y tan imperfecto como el del topo, que lleva una vida bastante ordenada. Uno lo puede mantener algunos días en prisión, pero no logrará domesticarlo; siempre se mantiene entonces tranquilo y con la espalda encurvada, y sólo si se le excita lanza sus gritos refunfuñantes y proporciona un doloroso mordisco a su adversario, o bien se arrastra lentamente a un rincón protector, sin cambiar mucho su postura.

Cuando por fin se ha dejado atrás la planicie arenosa de la playa, se ve una punta rocosa y aislada, que se proyecta bastante al mar, con algunas mezquinas chozas de pescadores a su pie. Lleva el nombre de punta de Quintero, y merece ser examinada, pues las rocas en que se quiebra la mar con gran violencia ofrecerán sin duda al buscador algunos interesantes pobladores, mientras que su cima atrae por un enjambre de las plantas más curiosas. Suspendida de las piedras, se encuentra una *Holothurie*<sup>2</sup> de color de carne, y donde haya algún lugar fangoso entre ellas se descubrirá indefectiblemente un pequeño trucho<sup>3</sup>, que si bien carece del largo aguijón de la cola de otras especies, que ocasionan peligrosas heridas, es considerado como venenoso por los campesinos. Entre los largos tallos de una hermosa alga marina que crece en las rocas, ajustándose a cada movimiento de las olas y permaneciendo siempre en la superficie, vive una cantidad sorprendente de pequeños camarones, cuya sola recolección requeriría varias excursiones; pero llama más la atención un representante de la familia de los moluscos, que ofrece tantas formas maravillosas, el que se caracteriza por su caparazón. Se observan entre las grietas de las rocas o sobre las piedras, adaptándose al mayor o menor espacio de que dispongan, semiesferas de color azul acero y verrugosas, o costras

<sup>1</sup>*Testiculi amplissimi, in nonnullis fere penduli, genitalia pro animales mole in universum satis magna, arteriæ earundem partium nervique insignis tumidi, pugnas istas acerrimas feminarum causa iniri, nobis comprobare videntur.*

<sup>2</sup>*Pentacta peduncularis, n. sp.*

*P. pyriformis; carnea, glabra, pedunculo anali incurvo.*

*Viva clavata, mortua pyriformis, succo sanguineo ad quantitatem unciarum duarum usque scatet. Longitudo decimetr. 1 - 1½.*

<sup>3</sup>*Raja lima, n. sp.*

*R. dentibus obtusis, asperis; cauda compresso-triquetra supra simplici spinarum serie tecta; linea dorsali, regione frontali et margine corporis anteriore scaberrimis, reliquis partibus puitoso-glabris.*

*Corpus obtuse rhomboideum, lat. centim. 15, long. cent. 11, cauda cent. 9. Color supra hepaticus, subtus pallidior; margo posterior striatus. Pinnæ caudales ellipticæ, 2; spinæ albæ fortes, 10-12.— Chilensibus audit "trucho".*



26. COSTA GRANÍTICA DE LA PENÍNSULA DE QUINTERO.

El mar, siempre en movimiento, que se quiebra en las rocas, permite la vida a una rica fauna marina, que constituyó una atracción para Poeppig. Fotografía: Carlos Keller R.

parecidas a líquenes, o bien formaciones semejantes a hongos, de diferentes espesores y magnitudes, pero que se encogen y adquieren el color de la roca al menor contacto, de modo que es muy difícil reconocerlas de nuevo, sobre todo cuando pasan olas más grandes. Todo el interior consiste en células, en que viven animales que tienen forma de bolsas, asociados, pero separados. Cada uno está dotado de una boca, y mientras el conjunto no sea tocado, sale de cada cual una trompa, que tiene la forma de un embudo, caracterizada por un color rojo brillante, con anillos, y que está rodeada por un círculo de órganos articulados de aprehensión. Emparentado de cerca con los piures de Molina, es posible que este animal constituya un grupo especial dentro del sistema de los moluscos, junto con otras especies que viven en las costas más australes.

A mayor altura, donde sus agudas laderas están expuestas a los vientos que nunca descansan, se encuentran sólo pocas plantas en las rocas. Las partes más peladas están adornadas por un líquen de gracioso aspecto, recientemente descubierto<sup>1</sup>, y se encuentran talinas con flores rojas encarnadas y efímeras. En los lugares más protegidos, a menudo algún representante arbustivo del género *Oxalis* deja colgar sus largos zarcillos por las rocas, y sus carnosas raíces, que alcanzan la longitud de un pie y la dimensión de un brazo humano, se hunden profundamente en las

<sup>1</sup>*Rocella loriformis* Dr. G. Kunze MS.

grietas de la roca, en busca de nutrición, mientras que las hojas, que tienen color verde claro están cubiertas con tupidas burbujas cristalinas y brillantes y que son consideradas por el campesino como un remedio infalible en contra del escorbuto, vuelan sin dañarse. Más allá se extienden campos interrumpidos por acumulaciones de bajos matorrales, con enredaderas del clavel del campo (*Mutisia*). Donde el suelo es algo más pantanoso se yerguen en tupidos grupos los troncos blanquizcos del canelo (*Drymis*), que ya llamó la atención a los navegantes más antiguos, al extremo de llevarse en el siglo XVI cantidades de su corteza a Europa, como prueba inobjetable de la riqueza del país. Tal idea estaba muy de acuerdo con la mentalidad de tiempos antiguos, en que el Oriente, con sus drogas y especias se presentaba como la única parte romántica del mundo, preocupando su visión en tal forma la fantasía, que al propio Colón el descubrimiento de los primeros países americanos sólo le parecía de importancia porque le señalaban la cercanía del anhelado imperio del Mogul. Pero aún el chileno se resiste a usar esa corteza, pues es mucho más fuerte y de sabor mucho menos agradable que la auténtica canela. Presta, en cambio, una utilidad innegable como remedio casero en forma de una cocción que prepara el campesino, usándolo para enfermedades de la piel de sus caballos o perros; y para el indígena independiente del sur, las hojas son insustituibles para preparar con ellas un vapor embriagante durante sus actos mágicos y conjuraciones. El canelo desempeña un papel importante en el paisaje de Chile, pues sus numerosos copos florales blancos son muy característicos al lado de las hojas grandes y brillantes, que tienen abajo un color gris azulino, y al lado de los pecíolos rojos, destacándose no menos que las mirtáceas, que ocupan a veces en forma exclusiva algunas serranías completas.

El paisaje tiene un aspecto extremadamente estéril y muerto por la falta de insectos, aun cuando ostente todo el esplendor de la efímera primavera y sea iluminado por los rayos de una luz solar semitropical. Esto llamará la atención a toda persona acostumbrada a observar la naturaleza y que recorra los campos chilenos en septiembre u octubre. Seguramente parecerá inverosímil a un entomólogo europeo que una extensa pradera en medio de un bosque alemán permita recolectar más insectos que zonas completas en Chile. Pero debe tenerse presente que hay sólo nueve especies de mariposas, ninguna de las cuales se puede vanagloriar de poseer un traje festivo. Una gran cantidad de flores que están dotadas de depósitos de miel se encuentran como huérfanas, y no atraen las inmensas cantidades de activos huéspedes que se observan en los países tropicales en las lantanas, mimosas y liliáceas en flor, y que ofrecen también la imagen de una vida alegre, de una incansable actividad y de una cariñosa previsión en las zonas de clima más moderado de ambos mundos, en todas las partes en que prevalecen las flores de copete y las sinantereáceas. No se comprende cómo pudo generarse y desaparecer aquel gran aparato destinado a alimentar infinitas criaturas sin haber alcanzado la finalidad que la naturaleza se había propuesto a través de él.

Este fenómeno sólo puede explicarse por la sequedad de la atmósfera durante seis meses y la falta de corrientes de agua como consecuencia de ella, por la rareza de bosques más extensos y quizás por la considerable fuerza de los vientos del sur. Es posible que estas mismas causas expliquen la poca frecuencia de plantas criptógamas, sobre todo de órdenes inferiores, con la única excepción de las algas marinas, en la parte septentrional de Chile.

En la temporada de invierno, la bahía de Quintero no es mucho más segura que la de Valparaíso, y ofrece mayores peligros al que no la conozca, pues algunas hileras de rocas se proyectan hasta bastante afuera en el mar. El almirante holandés Georg Spilberg la visitó en el siglo XVII, y construyó un fortín en forma de una media luna, para la protección de su tripulación, dedicada a obtener agua y leña. Los holandeses lograron hacer una gran pesca, y estaban tan contentos con el puerto, que se expresaron en su informe con mucho entusiasmo sobre el clima agradable, las ventajas del país, la bondad del agua y la seguridad del fondeadero. Todavía es Quintero la única región cercana a Valparaíso en que una selva de cierta importancia y poco alejada de la costa cubre las serranías y donde un enemigo que desembarque se podría abastecer de leña. Estos bosques no son hermosos, pues los troncos elevados y robustos son escasos, aun cuando el número de especies de árboles es mucho mayor que en Sicilia, que está situada a la misma latitud. Se presenta tan solitaria y falta de visitas como las de otras partes de América, y con la excepción de algunas culebras no peligrosas, se tratará en vano de encontrar animales, pero el ojo acostumbrado descubrirá con facilidad la diferencia con respecto a otras de las inmensas regiones frías de la América del Sur. Incluso en los árboles más elevados y vigorosamente sanos faltan la cubierta de musgos, la copa amplia y desarrollada y la exuberancia agreste que se observa tanto en las selvas tropicales como en el clima húmedo de las provincias australes chilenas. A pesar del aparente abandono, todo indica la vecindad del hombre, que vive más aglomerado cerca de este punto y se ve obligado a usar con mayor parsimonia los bienes de la naturaleza, teniendo que calcular cuidadosamente el provecho que pueda obtener de ellos. Por este motivo no se pudre en este bosque ningún tronco derribado por el temporal, y es difícil que permanezcan en el suelo las ramas que se han acumulado en él, para testimoniar así la indiferencia de los habitantes o —como en otras partes— una densidad muy pequeña de la población.

Entre las dunas que se prolongan también más allá del promontorio de Quintero, pero que alternan ahora con mayor frecuencia con campos agrícolas, que producen diversas pequeñas plantas, se extienden a lo largo del mar diversas lagunas bajas, algunas de cierta extensión. Ya desde lejos se observa una inmensa cantidad de aves de pantano y acuáticas, y con gran curiosidad me acerqué a esta zona, que prometía un rico botín. Pero no todas dependen del elemento prevaleciente, pues es común el águila chilena (*Falco eguia* Temm.), que

es extremadamente hermosa. De todas las restantes se destaca el bellissimo cisne, que cubre estas lagunas semisalobres en infinitas asociaciones; es de color blanco, pero la cabeza y el cuello son de un negro aterciopelado y brillante. No es una exageración decir que en una sola de estas lagunas (llamada, quizás por equivocación, la Laguna de la Hora, por los campesinos), que tiene una superficie de una milla cuadrada, nadaban más de dos mil de ellos con todo su orgullo: mediante el recuento de los más cercanos y visibles, hasta algunas centenas, es fácil hacer tal estimación con bastante precisión y sin mucha dificultad. Pero no es fácil cazar una de estas aves por medio de un hábil disparo, pues las incesantes persecuciones por los chilenos, que tienen mucha estimación por su carne, las ha hecho extremadamente desconfiadas. Y mucho más difícil es conseguir un animal muerto que sea tan blanco como lo es cuando se encuentra vivo, y las dificultades que uno tiene como coleccionista de tales objetos son muy grandes, perteneciendo a aquella clase de preocupaciones acerca de las cuales otros sin duda se reirán y que corresponden afortunadamente a las peores que puedan afectar al naturalista en su agradable existencia en las siempre gratas maravillas de regiones lejanísimas. Esta abundancia de aves induce con frecuencia a grupos de cazadores a concurrir desde Valparaíso, que queda a una distancia de nueve horas, quienes son acogidos en seguida en la forma hospitalaria que prescribe la costumbre del país en la casa de la hacienda, situada más al interior, pero poco atractiva. La propiedad misma es grande, pero el suelo no se presta para los cultivos, pues es medio pantanoso y medio salino, ofreciendo mejores tierras sólo en las partes más elevadas. Por eso se da preferencia a la ganadería, que produce una buena renta, gracias a la cercanía de Valparaíso. Antiguamente, la hacienda perteneció a Lord Cochrane, que todavía es recordado por el pueblo con el nombre de El Almirante Inglés. Un cisne negro, proveniente de Nueva Holanda, a que dio la libertad, y que nada en una de las lagunas solo entre sus parientes bicolors, es casi el único recuerdo que se ha conservado de él y de un tiempo en que se escuchaba un bullicio mucho mayor y reinaba una incesante actividad naval, pero en que también el lujo y las diversiones se encontraban a la orden del día. A menudo se hallaba fondeada, en aquel glorioso período de la joven República, toda su escuadra en la bahía de Quintero. Un número apreciable de distinguidos extranjeros y los numerosos oficiales se reunían en torno al admirado jefe, y se escuchaba música festiva en la elegante casita que el almirante había mandado construir en la costa. La destruyó el terremoto de 1822; el dueño se alejó para siempre del país. La escuadra ha sido disuelta, los oficiales se encuentran diseminados en todos los puntos cardinales, y pronto el exuberante cardo cubrirá los últimos restos libres del jardín, haciendo invisibles también las últimas ruinas. Uno se pone triste cuando descansa solitariamente en estos escombros abandonados. Apenas un modesto bote pescador cruza a gran distancia la bahía sin vida, en la que se veían antaño las fragatas arreba-

tadas al enemigo y la escuadra, desde la cual se escuchaba la alegre grita de los marineros. Reina otra vez la antigua y profunda soledad sobre esta costa despo- blada, y sólo el grito de las gaviotas interrumpe el triste silencio.

Un paisaje y una flora muy diferentes ofrecen las zonas de la costa en que el terreno se eleva en terrazas y se extienden pequeñas planicies, limitadas hacia el mar por barrancos rocosos perpendiculares. Han sido sometidas raras veces a cultivos por el campesino, a pesar de ser una de las consecuencias de los métodos imperfectos del trabajo del suelo que se cambie frecuentemente la tierra. No habrá necesidad de usarla con parsimonia donde la propiedad tenga todavía un valor relativamente bajo y los costos sean tales, que el escaso rendimiento de terrenos semiagotados y la dificultad del cultivo no guarden relación con los gastos. Como no se realizan en ninguna parte del país cultivos que rindan menos de quince veces lo sembrado, ni sería quizás posible hacerlo sin pérdida, se observa a menudo cómo las tierras cultivadas, pero agotadas por falta del uso de abonos, son de nuevo abandonadas, para preparar nuevas a fin de cultivarlas. Aun cuando esta labor es sencilla y no requiere mucho trabajo, pues en pocas ocasiones hay necesidad de descampar bosques o matorrales de mayor extensión, no deja de producir muchos perjuicios en el territorio en general. El monte bajo y poco desarrollado, una vez descampado, no se repone en este clima, por lo cual se establece una triste esterilidad cuando se deja de cultivar la parte descampada, y el dueño dirige a otro lugar el hilo de agua, a que puede dar ahora mejor destinación. El descanso no restablece, sin embargo, la fertilidad del terreno rápidamente agotado, pues bajo la influencia del calor seco y de los violentos vientos, aumenta en pocos decenios la esterilidad, hasta ser ya incorregible. Se introduce entonces una vege- tación curiosa en esas partes, que sólo pueden ser usadas ahora para el talaje, pero que suministran su escaso forraje sólo durante un breve lapso. Existen amplias zonas que ya no se prestan ni para la una ni para la otra de estas finali- dades. Trátase de los extensos espinales en los faldeos de la Cordillera de la Costa; ofrecen al naturalista un interés tan bien premiado, como son molestos para el viajero.

Con peligro de perder la vida, se sube por las rocas de una quebrada, a cuyo pie brama la eterna resaca, y empleando alguna fuerza, uno logra apoderarse de la planta más bella de los parientes de la piña, la chupalla, una bromeliácea, que crece preferentemente en esa parte. Apenas uno pase por los amenazantes gru- pos de gigantescos quiscos de candelabros, que crecen, por lo general, en la orilla del rocoso barranco, se encuentra en medio de una asociación de plantas que per- tencen a las más desagradables que se puedan hallar. En posición traicionera ya- cen en el suelo los leoncitos, a veces no mayores que avellanas, como ocurre cuando son jóvenes y viven asociados en densos grupos, semienterrados en la arena mo- vediza, pero más fáciles de eludir cuando alcanzan un mayor tamaño con la edad.

Sin embargo, un enjambre verdaderamente enemigo está constituido por las asociaciones de los extraños representantes del género *Colletia* (abrojo, crucero, yaquil, etc.), que son arbustos bajos, enjutos y divididos en infinitas ramas, cada una de las cuales termina en una larga espina, y que tienen color gris ceniza. Se les podría creer muertos si sus ramas no se cubrieran con incontables flores blancas y si a principios de la primavera no crecieran en ellos hojitas, tan efímeras que los botánicos han descrito a estos arbustos, aunque sin razón, como carentes de hojas. Su madera es tan dura e inquebrable, sus ramas se extienden tan tiesas en todas direcciones y están enmarañadas en tal forma, que es casi imposible colocar el pie en el suelo entre ellos sin ser herido. El menor traspie o una caída puede resultar funesto para el no precavido, pues las heridas casi no sanan.

Pero vale la pena introducirse en estos amplios espinales grises, a que no se escapa sin pagar un tributo sangriento, pues en ellos crecen plantas de bellas flores, que no existen en otras partes. Figuran entre ellas el clinclín o quelenquelen (*Polygala*), representantes del género *Asclepias*, y aparecen en el suelo las formas europeas de las arvejas silvestres y el clarincillo (*Lathyrus*). A menudo en el lado opuesto de estos espinales se encuentran rocas en posición más libre y cubiertas con pasto bajo, y en ellas sorprende el aspecto de una de las orquídeas más extrañas del país, la azucena del campo (*Chloroxa fimbriata*, n. sp.), o los bellos representantes de las solanáceas, con sus grandes flores de color azul amatista. Donde se pierde más al interior la arena en la greda colorada, que se ablanda en el invierno debido a las lluvias, haciendo intransitables los caminos, los que adquieren en el verano, después de breve sequía, una dureza que resiste las herramientas corrientes e imperfectas de los campesinos, uno queda sorprendido de encontrar cubiertos estos estériles faldeos por una gran cantidad de pequeñas liliáceas. Al alcanzar finalmente la terraza superior de las serranías, con planicies disectadas en muchas partes, el panorama se vuelve cada vez más monótono y menos agradable. Se extiende un paisaje cubierto de polvo y que carece de agua, de modo que le falta una vegetación herbácea, creciendo a lo sumo algunos grupos aislados de las ya mencionadas sinantereáceas arbustivas y el molle (*Duvaua*), cuyos frutos se ha tratado de emplear en la preparación de un aguardiente de calidad muy mediocre, para reemplazar al importado de Europa y fabricado allá con la enebrina, que tiene igual olor, pero que suministra un producto de calidad muy superior. Pero, también en esta parte, la vegetación primaveral es muy agradable, a pesar de ser mucho más modesta que en las quebradas profundas y protegidas contra el sol. El huilmo (*Sisyrinchium*), que es realmente magnífico, tiene un tallo bajo y apenas perceptible y una sola flor, que alcanza el tamaño de una pulgada y tiene un color azul de añil, que se abre a las ocho de la mañana a la luz del sol, para cerrarse al mediodía, cuando aumenta la intensidad de aquél, y no volver a abrirse nunca más. Por lo demás, la abundancia de plantas de este género coloca al botánico

en duros aprietos, pues la separación de las diversas variedades — muy fáciles de distinguir cuando se las ve en la naturaleza— es casi imposible por medio del virtuosismo de las palabras. Las laderas de los valles y quebradas son a menudo secas y pastosas, y se encuentran cubiertas en algunas partes por el colihue (*Chusquea*), una gramínea arbustiva, que crece aquí en lugares abrigados hasta una altura mayor que en los cerros siempre azotados por los vientos de Valparaíso. Se opone como un obstáculo muy cansador en las excursiones, como los representantes de los géneros *Ipomoea* de la América del Sur tropical y *Pisonia* de las Indias Occidentales, que se tejen en forma de gruesos tallos horizontalmente de un árbol a otro, o como los rododendros de grandes flores, que hacen impenetrables las serranías al interior de la América del Norte.

Si por fin se alcanzan a través de todos estos obstáculos las quebradas mismas, que comienzan en una planicie, profundizando con rapidez, hasta desembocar como valles importantes en el valle principal, uno se halla a menudo frente a escenarios que hacen olvidar instantáneamente todas las penurias y llenan al solitario naturalista con aquellos sentimientos mediante los cuales la naturaleza compensa en forma silenciosa, pero pródiga, la lealtad que se le ha demostrado. Sorprende al botánico que después de corta permanencia en el país pudo haber creído que éste sólo es capaz de producir arbustos inaparentes, encontrar una exuberancia en el crecimiento de plantas herbáceas y un verde que sólo se ve en las zonas más templadas del hemisferio boreal, de modo que se le ofrece muy pronto la oportunidad de saludar con extraordinario interés también arbustos verdes y llenos de savia. Se baja por las paradas laderas entre mirtáceas que crecen cada vez más altas, a medida que el suelo se vuelve más fértil, y que están cubiertas por una nevazón de flores, pero que no poseen todas la forma constante de las hojas que caracterizan a las especies europeas, y entre arbustos muy variables que se encuentran en flor, hasta alcanzar al fondo del estrecho valle un correntoso arroyo, donde un fantástico desarrollo de los árboles y arbustos da testimonio de la fertilidad de las orillas. Laureáceas y otros árboles con hojas tiesas y color oscuro<sup>1</sup> se destacan del verde amable y jugoso del maitén, que deja caer las largas ramas casi como nuestros sauces llorones. Numerosas enredaderas, bellas como las del trópico, pero mucho menos molestas y que jamás se oponen como decididos enemigos a quien tenga la osadía de penetrar, suben por los troncos y se extienden de una copa a otra. Uno se detiene admirado ante el martillo del carpintero (*Tropæolum*), con sus flores escarlatas, pues todas las partes de esa planta merecen admiración: las graciosas y delgadas ramas que cuelgan libremente desde los arbustos a qué ha trepado y que se mecen en el viento, la fineza del follaje muy irregular y el brillo de las flores, todo atrae simultáneamente la atención. En la sombra crecen pequeñas violetas, con flores amarillas, y barbas de gato, con sus umbelas aplastadas (*Bowlesia*), y los

<sup>1</sup>El arrayán macho, *Citharexylon cyanocarpon* Hook. (*Pæppigia* Berter.)

géneros poco conocidos en Europa de las *Miersia* y *Gilliesia*, mezclados con cebolletas (*Scilla*), de flores celestes; representantes amarillo-pálidos del género *Ornithogala* o listados con blanco y morado del *Triteleia*; numerosas calceolarias (argenita, capachito, topatopa, etc.); valerianas (papilla), cuyas raíces representan una esfera de gran tamaño y transparente, gelatinosa, que alternan con las centellas (*Anemone* y *Ranunculus*), que hacen recordar vivamente las formas ya casi olvidadas de la lejana patria. Se ofrecen también al coleccionista algunos helechos de hojas finas. Pero no están limitados sólo a estos lugares sombreados y húmedos, pues, en contradicción con las costumbres de sus familias, algunas especies vegetan también en suelo ingrato y endurecido, y una de ellas (*Adiantum sabrum* Kaulf.), cubierta de polvo blanco, hasta le da la preferencia. Si bien en esta parte las aves que transmiten un encanto extraordinario al paisaje de la América tropical son mucho menos frecuentes, se observan a menudo pequeños picaflores con brillo de oro, que vuelan con fantástica rapidez de mata en mata y que se alimentan especialmente del tabaco del diablo y de la tupa (*Lobelia*), plantas arbustivas que poseen flores purpúreas y son melíferas y bastante venenosas. En la obscura sombra de los arbustos, sobre todo donde éstos se ramifican hasta el suelo, se mueven con gran actividad gallitos, que son aves pequeñas y llenas de confianza, de color café y afines a nuestro reyezuelo; su nombre proviene de sus divertidas peleas, que libran con las plumas de la cola levantadas. El degu, que es el turón del país, ha instalado también en esta parte sus colonias, pues en los meses en que escaseen frutos para alimentarse, los que en realidad abundan aquí más que en otras partes, el valle le suministrará las hojas del mayu (*Sophora*), que es frecuente y que le agradan; los campesinos las emplean para preparar un color negro.

Si bien la naturaleza ofrece a sus adeptos múltiples placeres en estas regiones, no se puede disfrutar de ellos sin pagar el precio de ciertas privaciones permanentes y de algunos sacrificios de consideración. Las condiciones del país no permiten todavía en Chile solucionar en forma tan fácil como en Europa un problema tan sencillo como el descubrimiento de una habitación adecuada. Aun el menos exigente puede encontrarse en apuros y tener que renunciar a satisfacer las exigencias más moderadas al tratar de permanecer durante algún tiempo en un lugar. Sólo en las ciudades, en que el naturalista, como es obvio, no querrá establecerse, es posible arrendar casas pequeñas, que de acuerdo con la costumbre del país sólo ofrecen murallas peladas. A menudo uno debe considerar como una verdadera suerte encontrar una vivienda de ese tipo, con algunas piezas sin ventanas, pero cuyo techo protege al menos contra la lluvia. Mucho más difícil todavía es encontrar una habitación en el campo, donde el naturalista necesita algún espacio para poder preparar sus colecciones, aun cuando acepte toda clase de privaciones personales. No será del gusto de todos acogerse por largo tiempo a la hospitalidad, indudablemente muy grande, de los hacendados chilenos, y los ranchos

de los campesinos más pobres son tan pequeños, que a menudo apenas tienen el espacio suficiente para una familia. Pero por medio de la oferta de dinero se logrará inducir a los pobladores a ceder una choza cubierta de juncos, en que se disfrute de alguna seguridad contra las bandas de perros hambrientos y muy maltratados, pero en cambio muy raposos, con los que se rodean los campesinos. No es pequeña la dificultad con que se logran satisfacer las más sencillas necesidades de la vida aun en la cercanía de ciudades más grandes, y uno está obligado a preocuparse de tener siempre algunas reservas. A pesar de la fertilidad del suelo, los campesinos son tan pobres y viven tan al día, que frecuentemente no se puede conseguir nada por dinero hasta una distancia considerable. En las pulperías — una especie de fondas, administradas a favor del hacendado por un inquilino dependiente de él—, que en parte son muy desaseadas, se buscarán, por lo general, en vano la comodidad y las provisiones que se encuentran en el más modesto de los albergues de un páramo desierto de la Alemania septentrional. A veces se logra inducir al dueño por medio de mucha insistencia, o mejor dicho, aceptando un precio bastante exagerado, a compartir con los hambrientos viajeros las pocas libras de charqui con que la familia tenía el propósito de preparar su comida de gala. A veces es totalmente imposible hallar hospedaje en lugares que por otras razones son muy atractivos. En tales casos no será, sin embargo, difícil obtener del dueño del terreno el permiso para construir una choza en el sitio apropiado. Yo mismo mandé construir una cerca de la hacienda de Concón, y aun cuando la superficie apenas medía 50 pies cuadrados, era suficiente para sus fines, pues concedí independencia y tranquilidad, y los días pasados en su reducido espacio, en el goce de la mayor satisfacción y de un trabajo ampliamente retribuido, pertenecen, todavía después de años, a la clase de los recuerdos más agradables.

Los campesinos se entienden en la construcción de una casa de esta índole, en que sólo el esqueleto es de algún costo, debido a que los pocos y delgados árboles que se necesitan tienen todavía un elevadísimo precio en esta comarca sin bosques, por lo cual el dueño suele destruir las murallas, a fin de llevarse la madera cuando se traslada de un lugar a otro. Los intersticios son llenados con un tejido de ramas de la chilca o romerillo (*Baccharis*) y recubiertos de barro; el cuero de un vacuno reemplaza a la puerta, según la costumbre del país; cualquier objeto sirve para sentarse, y una armazón cubierta de un cuero representa la tan necesaria mesa de trabajo, en esta región tan pobre en tablas. Trozos de la caña del colihue, que se colocan encima de una tarima confeccionada de ramas (de la barbacoa) y unidas con tiras de cuero vacuno fresco, representan el catre, sobre el cual se extienden las diversas cubiertas de lana que pertenecen a la montura chilena, ya frecuentemente descrita por otros. Todo lo demás que necesita el viajero, de acuerdo con los fines que persigue, como las instalaciones para secar las hojas mojadas del herbario y para preparar y conservar los objetos de sus colecciones, hasta que

se encuentre una oportunidad para despacharlos a Europa, todo eso lo enseña a solucionar una prolongada experiencia, incluso con los escasos recursos del país.

Siempre que no se descuiden las medidas más elementales de precaución y que no se provoque innecesaria e ingenuamente la mala voluntad o que se infunda la sospecha de estar viajando con grandes riquezas, la seguridad del viajero se verá poco amenazada entre los campesinos de Chile, y por lo general no estará expuesta a ningún peligro. Si bien en lugares apartados será preciso renunciar a toda vida social, désele el nombre que se quiera, siempre tendrá el ermitaño la satisfacción de haber cambiado la renuncia a todo otro placer de la vida civilizada y de sus comodidades por una libertad absoluta. El solo hecho de poder observar con la mayor independencia los numerosos y extraños fenómenos naturales de los alrededores dejará casi inadvertidas todas las demás penurias de su situación. La frescura de la madrugada conduce sobre los cerros y a través de los valles, en que Flora brinda con mano pródiga sus más bellas criaturas al amigo caminante. Siguen horas de trabajo casero, y la tarde vuelve a encontrar al naturalista como cazador en la playa del hermosísimo mar, en que se apagan los últimos rayos del sol. Y cuando tras prolongada y laboriosa jornada descansa frente a la baja puerta de su choza, mientras todo el amplio paisaje ya se entrega al silencioso reposo nocturno, surgen en él sentimientos que le testimonian claramente que el hombre es más que aquello que le atribuyó alguna vez un poeta británico: más que "un juego de la esperanza y de la casualidad".

#### NOTAS DEL CAPÍTULO TERCERO

*Nota 1.* A pesar de constituir sólo una hacienda, y todavía una no muy extensa, aparece *Concón* en algunas cartas más recientes, e incluso en un texto alemán de geografía, como caserío. Aldeas, o caseríos, en el sentido estricto de la palabra, es decir, como una aglomeración de viviendas de vecinos que practican la agricultura en tierras cercanas, son cosas tan raras en el Perú y en Chile, como las praderas naturales de alguna extensión, y ambas transmiten al paisaje boreal, a primera vista, un sello peculiar. Lo que llamamos aldea en Europa por su pequeñez, es con-

siderado allá como pueblo, o lleva el pomposo nombre de ciudad, y no tiene nada de común con nuestras aldeas, en cuanto a las actividades de sus habitantes y las condiciones generales que imperan. A pesar de todo, aparecen en los mapas numerosos nombres con el signo de aldea, cuya existencia es dudosa en el mejor de los casos. A menudo ni siquiera existen. Los originales de cartas enviadas a Madrid por los capitanes generales y otras autoridades en tiempos pasados, han sido dibujados en su

<sup>1</sup>*A thing of hope and chance.* Byron.

mayor parte como una prueba de haberse contribuido mucho, bajo ésta o aquella administración de las apartadas colonias, a aumentar el poderío real por medio de la fundación de poblaciones, etc. Su inclusión en los mapas y catastros se basaba únicamente en una invitación pública hecha a los campesinos de radicarse en un determinado lugar bajo condiciones favorables y ciertos privilegios, o en la orden impartida a una autoridad subalterna, de preocuparse de la colonización de un determinado punto. Era a menudo indiferente si la primera era acogida o esta última cumplida, pues en todo caso se registraba la nueva población por quien correspondía. En otros casos se procedió en forma más honrada, pero con frecuencia se presentaban tantos obstáculos con que no se había contado, que era necesario abandonar el proyecto. A pesar de ello, esos puntos se conservaron en todos los mapas, lo que se explica si se tiene presente que en la América del Sur española no había otra manera para disponer de cartas geográficas que copiarlas siempre de nuevo de las ya anticuadas. De este modo encontraron su sitio lugares sólo proyectados, que aparecen en nuestros mapas en sitios donde jamás un hombre civilizado construyó una habitación permanente. Otros, que antiguamente eran florecientes, han vuelto a desaparecer, como consecuencia de fenómenos naturales (como los cambios de las mareas, que preocupan a la población de América, a pesar de su reducido número, tanto como a la inmensa

población de nuestro hemisferio) y de revoluciones políticas, que llenan la historia reciente de aquel continente; y este desaparecimiento ha ocurrido tan rápidamente, que ello nos indica, mejor que otros hechos, la escasa profundidad que han alcanzado allá las raíces de la civilización. Esto rige respecto de todas las partes de la América española. El viajero siente cierta nostalgia cuando pregunta por lugares que adquirieron interés histórico debido a que pocos decenios antes los eligió un antecesor, a menudo más famoso y más meritorio, como escenario de su utilísima actividad. Las misiones del curso superior de los ríos Orinoco, Atabapo y Casiquiare, que pertenecen a un país de las maravillas, cuya descripción entusiasmó sin duda a muchos lectores, y de la que sólo fue capaz la pluma de un Alexander von Humboldt, seguramente no recibirían al intrépido viajero de las selvas vírgenes con la misma amabilidad que antes. Los hospitalarios monjes han desaparecido de aquellas regiones, y las chozas abandonadas de los indígenas son destruidas por la influencia de un clima aniquilador con tanta celeridad, que quizás en menos de medio siglo sólo uno que otro árbol frutal, otra vez silvestre y conservado en medio de la selva que ha vuelto a invadir los llanos, indicará al explorador los sitios en que se encontraban antaño Atures, Maipures y Esmeraldas. Una estada en la Barra do Río Negro, en el Brasil (en abril de 1832), demostró que todas aquellas poblaciones habían sido ca-

si totalmente aniquiladas y que sangui-  
narios caribes habían vuelto a ocupar  
un país de que habían sido desalojados  
mucho tiempo atrás, pero que había  
sido abandonado por los blancos y por  
la civilización superior, volviendo tam-  
bién a amenazar la seguridad de aisla-  
dos viajeros que solían llegar ocasion-  
almente del interior de Colombia  
hasta el límite con el Brasil. A esta cate-  
goría de las poblaciones sólo proyecta-  
das y jamás realizadas con seriedad  
pertenecen numerosos puntos supuesta-  
mente poblados a lo largo de los gran-  
des ríos al interior de la América del  
Sur tropical, como asimismo todos los  
lugares que figuran al sur de 40° de  
Lat. S. Lugares como Nahuelhuapi ni  
siquiera han sido misiones, sino a lo  
sumo, como todos los de la Patagonia,  
domicilios de construcción ligera y  
pronto abandonados de tribus nómades.  
Las ciudades que aparecen al sur del  
Bío-Bío ya fueron destruidas hace dos-  
cientos años (entre 1598 y 1613), y ni  
aun se ha podido pensar en recons-  
truir las desde entonces, con la única  
excepción de Osorno. Han desapareci-  
do La Imperial, Angol y Villarrica, y  
sólo de la primera de estas ciudades  
se podían observar todavía restos de  
las viejas murallas. Las posesiones de  
los chilenos al sur del Bío-Bío se limi-  
tan a Arauco, que es un miserable vil-  
lorrio, defendido por un fortín, des-  
truido infinitas veces, es decir, una  
plaza fuerte que apenas puede conte-  
ner doscientos hombres y que sólo está  
fortificada por medio de un ancho foso  
y una muralla; a San Pedro, que consis-  
te en un grupo de haciendas frente a

Concepción; a Nacimiento, con apenas  
veinte familias; a Valdivia, con un ter-  
ritorio insignificante y misiones ahora  
muy descuidadas; a Osorno, con Cal-  
buco y Carelmapu, frente a Chilóe,  
poblaciones que en conjunto probable-  
mente no contarán con mucho más de  
7.000 habitantes. Todo el territorio in-  
termedio está poblado por indígenas,  
y aun cuando todavía son independien-  
tes, parece imposible que sean capaces  
de prestar a la República de Chile la  
misma resistencia que fue el terror de  
los capitanes generales españoles. Nu-  
merosos nombres en la carta de la  
Araucanía se refieren a los domicilios  
cambiantes de aquellas tribus, y mu-  
chos lugares designados con un nom-  
bre y conocidos por él por los chi-  
lenos no han contado nunca con un  
rancho o habitantes permanentes. Pro-  
viene esto de la costumbre de los arrie-  
ros y de otros viajeros de dar un nom-  
bre a ciertos paraderos conocidos por  
su aguada, su talaje, su vado o por  
alguna anécdota popular, y esos nom-  
bres se derivan o de la religión predo-  
minante en el país o de un producto  
característico de la naturaleza. Así se  
explican los nombres de Cruces, Ar-  
mas, Sauces, Robles, Guanacos, Leones,  
Honduras, Nieves, Piedras, Arenas, con  
que se designan determinados puntos  
que se encuentran en medio de gran-  
des territorios yermos, pero que es  
posible hallar por medio de ellos. Con  
mayor frecuencia existe esta topo-  
nimia a lo largo de los grandes ríos  
de la América tropical y uno se admi-  
ra del gran número de nombres que  
se conocen en un solo día de viaje por

el Marañón, en regiones en que las poblaciones están separadas por una soledad densamente poblada por selvas de veinte o más millas, y donde el europeo es incapaz de descubrir el menor rasgo característico que permita distinguir una región de otra, siendo todas igualmente uniformes.

Con escasas excepciones, las cartas que se han publicado hasta ahora sobre Chile merecen muy poca confianza, pues en lo referente al interior todas son copias de antiguas hojas, originales deficientes que poseían los españoles. De las cartas especiales, sigue siendo la mejor una de la parte austral de Chile, dibujada por un autor nacional (bajo el seudónimo de Poncho Chileno), y que acompaña la traducción española de la "Historia Civil", de Molina. La carta general de Chile de Molina, que aparece en su "Historia Natural", está llena de errores, no obstante lo cual constituyó durante largo tiempo la base para todos los trabajos geográficos en Europa. Miers publicó una carta que contiene correcciones en las provincias centrales, pero que es tan deficiente como las anteriores en lo referente a la zona austral. Su carta del camino andino entre Santa Rosa y Mendoza sólo representa una copia ampliada de una hoja que publicó Wm. Faden, en Londres, según un croquis que le envió un comerciante alemán de Valparaíso. Este último fue descubierto por casualidad en Santiago, y está basado probablemente en observaciones hechas por don Felipe Bauzá y algunos ingenieros militares españoles, que trataron de alcanzar por este ca-

mino (en 1794) la expedición de Malaspina. En realidad, el gobierno español poseía croquis originales referentes a una parte considerable del faldeo occidental de los Andes, sobre todo acerca de la zona desde Santiago hasta las fuentes del Bío-Bío, en que figuraban todos los pasos y boquetes por los cuales podían entrar los indígenas. Pero todos los empeños que se han hecho en Santiago para encontrarlos han sido vanos, pues o han sido destruidos por los españoles, o se han perdido a principios de la revolución en el desorden que reinaba en las oficinas. Ultimamente se ha anunciado en repetidas ocasiones que el gobierno se haría cargo de la confección de cartas, pero en serio no se ha hecho nada en este sentido, a pesar de tratarse de un asunto fácil en un país en que la ejecución de tales mapas no requiere la difícil determinación de muchas observaciones de longitud, siendo el trabajo principal la rectificación de las latitudes, y donde los elevados hitos de las cumbres andinas, en combinación con la precisión con que se ha determinado la posición de los puntos de la costa, facilitan mucho el trabajo. Se tropezaría con mayores dificultades dentro de los Andes, por su carácter agreste y solitario, y sobre todo por lo inaccesibles que son algunas zonas. Aún durante la guerra no se consideró necesario disponer de cartas más precisas. Por una parte, se la hizo de una manera muy distinta que en Europa, y por otra, los ejércitos eran tan pequeños, que los obstáculos naturales, que sólo se habrían podido salvar por

medio de conocimientos geográficos exactos, eran de escasa importancia para sus movimientos. Los oficiales, de los cuales sólo una pequeña parte tenía suficiente preparación para comprender un mapa, se basaron en sus conocimientos locales. La guerra en la montaña, que se prolongaba en 1828 desde hacía siete años, era llevada a cabo sin los recursos que habría exigido cualquier oficial subalterno en Europa. En el cuartel general del Ejército del Sur no se encontraba en aquel tiempo una sola carta. Don Manuel Bulnes, el jefe de las expediciones en contra de los Pincheira, por lo demás un oficial muy valiente, que logró vencer finalmente a los bandidos, parecía atribuir poca importancia a tales recursos y no estaba en condiciones de informar con claridad acerca de las distancias hasta donde había penetrado en los Andes, lo que hizo, al parecer, hasta muy al sur. Sólo el general Viel, un oficial de la guardia de Napoleón, poseía una especie de plano de las interesantes cordilleras entre Chillán y la zona de Santa Bárbara. Era muy imperfecto y se basaba en meras estimaciones, pues su dueño no tenía la costumbre de participar en las penosas correrías a las montañas.

*Nota 2.* La actividad volcánica en el Océano Pacífico, lejos de toda isla, es un fenómeno muy notable, y ha sido reconocida como tal por los chilenos, quienes estiman que los terremotos que provienen del oeste son más peligrosos que los restantes. Desde esa dirección procedían también los maremo-

tos que destruyeron antiguamente Callao (1746) y Penco Viejo (1751), y la experiencia propia me demostró durante una permanencia de dos años en Chile que la mayoría de los temblores —que por fortuna eran poco importantes— provenían en ese período desde el oeste y suroeste. Todos los testigos oculares del extraordinario terremoto de 1822 concuerdan en que su rumbo varió igualmente entre el suroeste y el noroeste<sup>1</sup>. Si las partes australes del Océano Pacífico fueran cruzadas en todas direcciones por tan numerosos buques como el Atlántico, es probable que se tuviesen informaciones más frecuentes acerca de erupciones volcánicas en medio de él. Merece sin duda mención un curioso ejemplo de estas últimas, pues constituye un corolario del surgimiento y desaparecimiento de nuevas islas en las costas de Sicilia y de las Azores. El capitán Thayer había emprendido en los años 1824 y 1825 un viaje a las regiones polares australes en la goleta norteamericana "Yankee", con el fin de visitar las focas y elefantes marinos

<sup>1</sup>Miers, "Travels", I, págs. 392-94. Mrs. Graham ("Residence in Chile", pág. 306), cuyas escasas observaciones propias son, por lo general, muy poco dignas de fe, señala como rumbos el noroeste y sureste, un error que se basa en una conclusión equivocada a que llegó debido a la posición cambiada de algunos muebles, pero que, con todo, señala también el océano como punto de origen de las ondas Schmidtmeier ("Travels", pág. 360) indica, pero sin señalar la fuente (su libro fue publicado dos años antes que el de Miers), que las ondas sísmicas de 1822 provenían del suroeste.

en las islas más apartadas, hacia donde han sido expulsados por una constante persecución. Había alcanzado una latitud más avanzada que cualquier otro buque mercantil antes de él, con excepción del capitán Wedell. Después de cruzar durante cuatro meses entre témpanos, las enfermedades de su tripulación lo obligaron a regresar. En su viaje a las islas Fidji observó inesperadamente el 6 de septiembre de 1825 una pequeña isla roqueña, de la que provenía un espeso humo. Suponiendo que se podrían encontrar en aquel lugar inhóspito algunos náufragos, largó el ancla y se dirigió a tierra en su bote. Al acercarse más, no vio sino una roca negruzca y totalmente desprovista de vegetación, que apenas salía algunos pies de la superficie del mar. Consistía en un ancho anillo, con una laguna al centro, pero ésta estaba unida en un punto por el mar. Desembarcó en esa parte, y los marineros saltaron al agua, para tirar el bote por sobre el bajo. Pero, terriblemente asustados, regresaron con la mayor rapidez a la embarcación, pues el agua caliente quemaba sus pies. Un examen preciso dio como resultado que el agua de la laguna tenía una temperatura de 68° F. y que el humo salía de diversas grietas que se encontraban en el anillo. Excepción hecha de una sola parte, en que se había acumulado una cantidad de arena negra brillante, la orilla estaba compuesta únicamente de lava; su configuración era casi circular, con un diámetro de más de 800 pasos, pero la profundidad aumentaba hacia

afuera con tanta rapidez, que el escandallo no encontró fondo a 100 brazas de distancia. El agua de la laguna, aun cuando era muy caliente, no tenía otro sabor que la del mar; pero hasta una distancia de 4 millas inglesas de este cráter se pudo observar que la temperatura del agua del mar excedía en 10 a 15° F. a la que se había observado como normal en esa latitud. Con una precisión muy rara a bordo de un buque mercante, se habían realizado durante todo el viaje tres observaciones termométricas al día, anotando los resultados. El peligro que esta isla desconocida y de origen probablemente muy reciente representaba para el navegante indujo al capitán Thayer (dicho sea entre paréntesis, el mismo que observó en 1825 las islas Aurora, cuya existencia había sido puesta en duda o que era discutida, lo que dio motivo a su inclusión reciente y exacta en las cartas marinas norteamericanas) a determinar su posición. Resultó una latitud de 30° 14' S. y una longitud de 178° 55' W., determinada esta última por medio de la distancia de la luna y el cronómetro. Esta isla, que entre tanto quizás ha vuelto a desaparecer y que se encuentra casi exactamente al sur de la isla Macquarries, recibió el nombre de Brimstone (azufre), debido a que se encontró mucho azufre en la orilla del cráter. Un examen cuidadoso del libro de bitácora de aquella goleta, que me fue permitido en Talcahuano, pone fuera de duda la veracidad de la información y la precisión de las observaciones. Un

descubrimiento similar, pero cuya autenticidad está menos comprobada, fue hecho en 1828 en la parte septentrional del Océano Pacífico. Un buque (probablemente peruano), al mando de un inglés, destinado desde Guayaquil a los puertos intermedios, encontró a 22° de Lat. S. y 91° de Long. W. una isla bastante grande, baja y sin vegetación, de cuyo centro salía una nube de humo y en la noche una columna de fuego. En la época en que se propagó en Chile la noticia de este descubrimiento no fue posible obtener mayores detalles acerca de él.

*Nota 3.* Este animal, que consideré antes<sup>1</sup> como una nueva especie del género *Bathyergus*, se distingue de una manera tan destacada de aquellas criaturas africanas, que debe ser considerado como un nuevo género, que tiene las siguientes características:

#### PSAMMOMYS

**DENTES:** *Incisores superiores labiis octies longiores, læves scalpriformes; molares utrinque octo, truncati. Auriculæ ovales, erectæ, liberæ. Cauda pedibus posterioribus longior, pilosa.*

1. *P. Noctivagus:* *Hab. in collibus ex arena mobili conflatis ad littora Chile borealis.*

<sup>1</sup>Froriep, "Notizen a. d. Gebiete d. Nat. und Heilkunde", tomo XXIII, pág. 279. Ejemplares preparados del cucurruto, enviados por mí, se encuentran en diversas colecciones de Alemania, sobre todo en la rica del profesor de historia natural Dr. Schwägrichen, en Leipzig.

#### DIMENSIONES ANIMALIS RECENTER MORTUI

<i>Longitudo a naribus ad apicem caudæ</i>	164 millim. gall.		
<i>Longitudo caudæ</i>	36	"	"
<i>Longitudo capitis ad crist. occipital. usque . . . . .</i>	40	"	"
<i>Longitudo aurium</i>	10	"	"
<i>Longitudo dentium incisorum . . . . .</i>	7	"	"
<i>Longitudo pedum anteriorum . . . . .</i>	44	"	"
<i>Longitudo palmarum</i>	19	"	"
<i>Longitudo digitorum</i>	10	"	"
<i>Longitudo pollicis</i>	2	"	"
<i>Longitudo unguium</i>	3	"	"
<i>Longitudo pedum posteriorum . . . . .</i>	64	"	"
<i>Longitudo tarsi . . . . .</i>	27	"	"
<i>Longitudo digitorum</i>	10	"	"
<i>Longitudo unguis . . . . .</i>	2	"	"
<i>Latitudo inter oculos . . . . .</i>	19	"	"
<i>Latitudo inter aures</i>	28	"	"
<i>Circumferentia ad humeros . . . . .</i>	78	"	"
<i>Circumferentia ad hypochondria . . . . .</i>	57	"	"

*Diferentia hujus generis a Bathyergo Illig. imprimis in forma incisorum superiorum, qui in illo acute triquetri in animali nostro utrinque plani, in molarium numero, in auricularum et caudæ magnitudine posita est.*

**DESCRIPTIO:** *Truncus subcylindricus. Caput magnum, ovatum; facie quadrata; nasu truncato; auribus externis nudis, oblique ovatis, nigrescentibus;*

apertura palpebrarum elliptica, parva; oculis atris; genis tumidis; mystacibus longissimis, caput adæquantibus, albidis, patulis. Dentes incisores æquales, labiis octies longiores, eburnei, læves nec sulcati, leviter curvati, truncati; molares postici sensim minoris, anteriores tres obtuse quadranguli, lateribus utrinque sulcati, corona plana margine prominulo, centro paullisper excavato, postremo (quarto) triangulari, facie exteriori retuso. Planta et palma cute lævi, nigrescente tecta; haud barbati ut in *Bathyergo*. Digi inæquales, tertio longissimo. Pollux pedum ante-

riorum brevissimus, ungue rotundato, aliquando obliterato. Ungues acuti, convexi, basi compressi, apice subtus complanati et canaliculati. Pedes posteriores vix diversi, nisi pollice longiore. Genitalia maris scroto pendulo, pro mole maximo, insignia. Cauda quartam fere corporis partem adæquans, squamulis obtusis minutis imbricata, teres pilis rigidioribus, sparsis, tecta. Vellus mollissimum, sericeum, nitidum, nigrum, in nonnullis fere atrum, nitore ferrugineo aut castaneo præditum. Pili singuli basi grisei, pedum incani, rigidiores, digitorum subsetacei.

## CAPÍTULO CUARTO

### *Viaje a los Andes de Santa Rosa*

Una actividad ininterrumpida, pero ampliamente compensada, había hecho transcurrir la época del florecimiento de la zona de la costa con redoblada velocidad, y muchas circunstancias aconsejaban cambiar el domicilio por otro igualmente pródigo. Pocas semanas de un tiempo seco y sin nubes habían sido suficientes para poner término al traje de gala de la naturaleza ya a fines de septiembre. Con el comienzo de la nueva temporada desaparecieron las alegres criaturas de la primavera con similar mágica velocidad con que habían despertado a la vida. Luego sólo quedaban los arbustos grises y resinosos, interrumpiendo con sus extrañas formas la uniformidad del suelo arcilloso rojo y las rocas graníticas que se desmoronan. Se secaron casi todos los arroyos; nubes de un denso polvo o de la peor arena movediza eran impulsadas por la violencia del irresistible viento del sur y cubrieron en todas partes el verde negruzco de las plantas perennes con una fea capa gris. Los pajarillos que habían sido atraídos por el breve período de la florescencia se alejaron, para encontrar viviendas más amables en las regiones de mayor altitud o en la zona austral, de clima suave y suelo fértil. En la gran actividad de la naturaleza se pudo observar repentinamente un cansancio: en una palabra, había entrado el verano, tal como se presenta en la parte boreal de Chile. Con muchas dificultades, motivadas por la falta de recursos, fue empaquetada la primera colección, muy numerosa e importante, acompañándola a Valparaíso y abandonándola a bordo de un velero listo para partir. Como todas las demás, alcanzó a Europa sin daño alguno, pues tuve la rara suerte de no sufrir pérdida alguna en las colecciones una vez embarcadas.

Si ya el aspecto de los valles regados era menos favorable, Valparaíso había adquirido el barniz de sequedad y quemazón del marzo anterior, y ese colorido se propagaba también en sus alrededores, induciendo antaño a un viajero norteamericano a dar a Chile el nombre de "País Café", no mal elegido. Un fenómeno muy desagradable del verano avanzado son en aquella ciudad los casi insupportables vientos del sur, cuya fuerza no va en aumento gradual, como podría creerse, sino que se presentan después de las diez de la mañana en forma de violentísimos torbellinos, levantando el polvo y la arena en tupidas nubes. Frecuen-

temente, uno tiene dificultades para manerarse en pie, cuando se acercan huracanados, sobre todo en las calles más anchas del arrabal, y lo obligan a uno a cambiar a menudo el vestuario. Su violencia sólo disminuye después de la puesta del sol, para ceder su lugar a un terral mucho más leve. Con frecuencia soplan como un temporal en el mar, sobre todo en los meses del otoño, desde febrero hasta abril. El indicio más infalible de que se presentarán con atraso, según la experiencia de los habitantes de la costa, es una salida del sol descubierto en el firmamento transparente y un aspecto característico del horizonte occidental marino, que no debe presentarse nitidamente destacado, como ocurre de costumbre en la madrugada, sino que debe ostentar una vibración típica e incierta, que en otros días sólo se observa en las horas caniculares, cuando reina calma absoluta. Aun cuando estos vientos se presentan especialmente fuertes en la costa occidental, se les conoce asimismo en otras regiones al sur del trópico del Capricornio, también con gran violencia, y ésta parece aumentar hasta la latitud de 60°. Aún en el Paraguay su fuerza es tan grande, que han llegado a destruir los vidrios de las ventanas australes de las iglesias de las misiones, lo que obligó a los jesuitas a renunciar al lujo de emplear vidrios. Fueron reemplazadas por planchas transparentes de un alabastro muy delgado, conseguido en el Perú con grandes costos<sup>1</sup>.

Bajo tales circunstancias, la estada en el puerto era particularmente desagradable, por lo cual se apresuraron los preparativos para una permanencia más prolongada en el interior. Algunos de los consultados expresaron sus dudas acerca del esperado verde de la cordillera andina, meta del viaje. A menudo, la contemplación de esta gigantesca muralla cubierta de nieve —pues así se presentan los Andes desde la distancia— había incitado al solitario botánico. Se encontraba demasiado cercana para poder renunciar al anhelo de conocerla con algún deteni- miento. Se proyectó emplear el verano para realizar investigaciones botánicas desde un lugar adecuado en las montañas superiores de Santa Rosa y Mendoza. Existía el propósito de escapar al invierno chileno siguiente y a sus desagradables aguaceros, mediante una prolongada estada en las fronteras del Alto Perú, o quizás en Tucumán, para pasar el verano siguiente en las provincias boreales de Chile y dirigirse a continuación a Chiloé. Un accidente inesperado impidió más tarde realizar este plan, obligando a escoger otro camino, que en definitiva fue quizás más conveniente. Los preparativos para el primer viaje al interior del país requirieron varios días y una suma de dinero bastante apreciable, en relación con las circunstancias. Quien persiga en estos países los objetivos de un naturalista y desee, por consiguiente, llevar una vida independiente también en las regiones más apartadas y en medio de los ranchos más pobres, tiene que prepararse y equiparse de una manera que el europeo no conoce, el que sólo se mueve en un continente agraciado con una civilización antiquísima. Por más

<sup>1</sup>Dobrizhofer, "Paraguay", I, pág. 269.

que se reduzcan las necesidades y que se aprenda a sacar mayor provecho de los recursos por su propia actividad y experiencia, el naturalista tendrá forzosamente que proveerse de muchas cosas que no podrá adquirir pagándolas con oro en regiones poco visitadas, de modo que tiene que cargarse con ellas. Ya se mencionó lo difícil que es hallar a cierta distancia de las ciudades una vivienda que ofrezca las ventajas de la independencia y tranquilidad, como también las pequeñas comodidades que requiere el trabajo para tener éxito. En el Perú y en Chile existe un solo procedimiento para lograr esta finalidad mientras uno se encuentra en viaje. Deben contratarse los servicios de un mozo del país, quien, mediante el pago de un jornal muy bajo para aquellos países (de siete a diez pesos al mes), cumple las múltiples funciones de un cocinero, arriero, camarero, arquitecto y mensajero, realizándolas harto bien, pues cada chileno adquiere, gracias a su vida en la naturaleza desde la primera juventud, una cantidad de experiencias y capacidades que ignora el europeo de la misma clase. Tales hombres, designados con el nombre de peones, se encuentran en gran número en Santiago y las demás poblaciones mayores, y están siempre preparados para ponerse en marcha, pues los viajes cada vez más frecuentes de los extranjeros les han demostrado lo que pueden ganar al ofrecer sus servicios, que, por lo demás, están muy de acuerdo con su inclinación a una vida vagabunda. Si no se contrata a una persona desconocida por completo, y si se usa la precaución de celebrar un contrato formal, se tendrá raras veces motivo para quejarse del acompañante. Sólo se volverá negligente y se entregará a excesos cuando se llegue casualmente a un lugar en que se celebre alguna de las numerosas fiestas religiosas. Pero cuando uno se encuentra con su peón en parajes solitarios, no habrá razón alguna para estar descontento con él, pues demostrará siempre buena voluntad, buen genio; no se resistirá a hacer grandes esfuerzos corporales, y en situaciones peligrosas exteriorizará siempre resolución y energía, donde un acompañante europeo no sabría qué hacer; el sudamericano sabe cómo escapar de las situaciones más difíciles, y es también capaz de mostrarse ingenioso cuando se carece de suficientes recursos. Si se trata al chileno de las clases bajas con justicia, pero con resuelta seriedad, uno puede tener la certeza de contar con su leal compañía durante largos meses, pues la revolución ha desarrollado en él un sentimiento definido del propio valer. Seguirá a su patrón a cualquiera lejanía, siempre que esté seguro de poder regresar solo a su patria si se le ocurriera a aquél no volver al lugar desde donde emprendieron el viaje. El placer de viajar de los chilenos de esta clase es tan grande, que frecuentemente abandonan a sus familias por largo tiempo, después de haber exigido que se entregue a éstas anticipadamente el jornal de algunos meses. En la parte boreal de Chile se pueden encontrar con facilidad peones que han acompañado a naturalistas y que, por consiguiente, no consideran como inmoral o como obra del diablo la preparación

de animales y plantas. En seguida es necesario preocuparse de conseguir mulas. Pero pronto se aprenderá que tal negocio es muy inapropiado para un extranjero, pues por una parte uno es engañado indefectiblemente por la astucia del vendedor y, por otra, el dominio de esos animales trae consigo muchas molestias. Si se permanece durante un tiempo relativamente prolongado en un lugar, es difícil y costoso encontrar talaje para la tropilla; luego se pierden algunos animales, y muchas veces son robados, pues la conciencia chilena no se hace en todas partes extensiva al respeto de esta clase de propiedad del extranjero. Por tales motivos, es mucho más conveniente seguir el ejemplo de los chilenos, que en la mayoría de los casos arriendan los servicios de un arriero con su recua, o que se incorpora a una de éstas. Es necesario proveerse también de una pequeña cocina transportable, pues a menudo el rancho de un campesino no es capaz de satisfacer a este respecto las exigencias más modestas. El equipaje más pequeño y los escasos libros son repartidos en las petacas, que son mucho más apropiadas que las europeas y que se confeccionan en su forma más perfecta en las pampas de Buenos Aires. Dos de ellas constituyen la carga de una mula, y en el espacio intermedio, a espaldas del animal, el botánico colocará las resmas de papel secante, que son para él imprescindibles y que no encontrará al interior del país. Los víveres son repartidos en pequeños paquetes. Consisten en charqui, porotos, algunas vejigas con grasa de vacuno, una provisión de sal, que es muy rara en algunas regiones, y un pan bizcochado, que sabe fabricar todo campesino. A los artículos de lujo pertenecen una botija de vino, azúcar, yerba mate, etc., a los que se agregan a veces algunas onzas de añil, o en el Perú tabaco en rollos de Saña y Bracomoros, como el medio más seguro para lograr la cooperación de los habitantes en regiones aisladas. Se coloca un largo saco de cuero, impermeable, sobre el equipaje de una mula. Contiene un colchón pequeño y delgado, y si bien no es usado en los campamentos, contribuye a hacer más agradable la permanencia del viajero en su cuartel botánico. Las demás cargas son cubiertas con cueros livianos, como protección contra la lluvia, o bien como techo al pasar la noche con mal tiempo en los Andes. No debe olvidarse de proveerse también de algunas herramientas europeas, pues aun cuando el chileno sabe confeccionar miles de cosas sólo con la ayuda de su cuchillo, y reemplaza a menudo perfectamente la falta de una ligadura metálica por una tira de cuero mojado, pueden presentarse situaciones en que esos recursos no sean suficientes. El viajero y su peón están vestidos y equipados a la manera del país, muchas veces descrita, y ofrecen un aspecto pintoresco, con su poncho, su ancho sombrero de color café, confeccionado con la lana de la vicuña peruana, sus gigantescas espuelas y su elevada montura, que representa en la noche la cama, en la que se duerme magníficamente después de haberse acostumbrado a ella, lo que ocurre luego.



27. AUTORRETRATO EN TRAJE NACIONAL. *Rugendas.*

Vestido de una manera similar, emprendió su viaje Poeppig. Se cubrió la cabeza con un gran sombrero de copa. El poncho protegía contra el frío y la lluvia. Su abertura era llenada por un chal. La parte inferior de los pantalones era protegida por pierneras de cuero, imprescindibles debido a las numerosas especies espinudas de la región central del país. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*



28. EN LA CARRETERA, 1842. *Rugendas.*

Un campesino regresa al campo, con su mula cargada. Una familia avanza lentamente en la carreta tirada por bueyes. Una pareja de las clases pudientes se pasea elegantemente. Un arriero sigue a la recua de mulas. Un peón viaja a pie. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

Cuando después de todos estos preparativos se acerca por fin la mañana del viaje, se reúne la tropilla, y los animales son cargados con una rapidez y habilidad que admiran todos los europeos. Los campesinos entre los cuales se vivió creen tener que entregar al apreciado extranjero un testimonio de recuerdo, por lo cual se acercan a menudo con pequeños obsequios, y sería una amarga ofensa no aceptarlos. Los más pudientes aumentan las provisiones de alimentos del viajero con sus regalos, y las mujeres entregan algunas flores o frutas. Por lo general se le invita a volver a bajarse del animal en las casas más conocidas, por lo que frecuentemente se ve obligado a dejar avanzar solas las mulas por el camino. Inducidas por su indisciplinada testarudez, se dispersan en la lejanía, hasta que el patrón y el mozo, una vez acalladas las últimas exclamaciones por medio de las cuales se les desea un buen viaje, apresuran a sus caballos y se aproximan al galope a la tropa desordenada. Pero apenas las mulas se enteran de la llegada del peón y del lazo que hace girar, regresan dócilmente al camino que habían abandonado, y no volverán a quebrantar de nuevo el orden de la marcha. El viajero se coloca ahora a la cabeza del grupo, seguido por la recua, siendo el último el mozo, pero éste estará raras veces obligado a viajar solo. Pronto se le agrega algún campesino que sigue el mismo camino, y las risas y la animada conversación demuestran la viveza de sus relaciones, que allá constituyen una necesidad absoluta.

Así se viaja a través de serranías y valles, hasta que el calor de mediodía aconseja dividir en mitades la larga jornada. Se descansa en alguna parte;

mientras los animales pastan, el chileno dedica algunas horas a la siesta, y el viajero tendrá bastante que hacer si ha aprendido a ocuparse con la naturaleza. Siempre uno puede tener confianza en el conocimiento local del arriero, pues el chileno que haya recorrido alguna vez un camino recordará aun después de años dónde se encuentran talaje, agua y leña. En todos los caminos más frecuentados existen tales paraderos, que los arrieros siempre prefieren, pues la experiencia les enseña que representan las mejores divisiones de la jornada o de las que saben que son apropiadas para acampar de noche. Si el extranjero, que no conoce estas circunstancias, no está de acuerdo con la sugerencia de acampar temprano, el chileno proseguirá su camino en silencio. Puede ocurrir entonces que en medio de tramos peligrosos cierre la noche, y los pasos falsos de las mulas demostrarán su creciente cansancio. Se estará entonces obligado a pernoctar en lugares en que los animales, después de gran esfuerzo, apenas encontrarán un poco de forraje, y uno mismo se tenderá de malas ganas sobre el suelo duro, sin poder reconfortarse a veces con un trago de agua fresca o una alegre fogata. Pero si uno acepta el consejo del arriero, se acampará siempre a la hora más oportuna en el lugar más apropiado. En todo caso, ofrecerá algo de leña, talaje y agua. Se quita la carga de los animales, y se les permite moverse a entera libertad cerca del campamento, pues no es de temer que abandonen a su madrina, amarrada con una campanilla en el cuello. En breves instantes se eleva la llama de la leña rápidamente juntada y que el torrente que bajó de los cerros colocó en su lugar, y de las ramas cortadas de arbustos con hojas tiesas, que crecen asimismo en las zonas más secas, suministrando una llama clara y calurosa también en estado totalmente verde, gracias a su contenido en resina. En la parte más plana del suelo, el mozo prepara en seguida el lecho para el viajero, procurando abrigarlo contra el frío viento nocturno por medio de las cargas, que se colocan con una precisión casi militar. Entre tanto se ha preparado el mate, esa bebida refrescante, cuya utilidad uno sólo llega a apreciar plenamente en estos viajes, y el peón sirve primero su porción al viajero, quien recibe desde el momento en que se inicia el viaje el nombre de patrón. La sencilla comida se prepara con rapidez y sin mucho trabajo. Uno siempre lleva consigo en una bolsa de cuero una mezcla de cebollas cortadas, harina tostada de trigo, ají y charqui tostado y en seguida molido entre dos piedras. Algunas cucharadas cocidas en agua suministran una porción suficiente de un alimento tan nutritivo como sano, que por cierto no encontrará una aprobación inmediata del *gourmand* europeo. Un vaso del fuerte vino del país remata la cena, y pronto cada cual se tiende sobre su lecho, para pasar casi siempre una noche tranquila y sin tropiezos, pues en la parte boreal del país las lloviznas de verano son bastante raras. De madrugada, al iniciarse el alba, el grupo ya se encuentra en plena actividad, pues, como a todos los habitantes de países relativamente cálidos, agrada al chileno levantarse muy temprano. Mientras se toma el desayuno, las mulas han sido reunidas, y se les

está ensillando y cargando. Ya antes de la salida del sol, todo se encuentra en orden y preparado para el viaje, y la tropa avanza al trote, a fin de aprovechar las horas más frescas. Sólo para corresponder a urgentes invitaciones, o para visitar antiguos amigos, uno se aloja a veces de noche en una hacienda. El chileno prefiere acampar al aire libre, pues en los meses de estío una hacienda no ofrece más comodidades que un campamento bien preparado. Así se viaja en Chile. Con pequeñas variaciones locales, se hace también en el Perú y Colombia, lo que justifica su descripción detallada en este lugar. Sólo en los Estados del Río de la Plata se distingue un poco por la rapidez con que se avanza, que dificulta el transporte del equipaje.

El camino seguido para alcanzar los Andes fue el que conducía por la capital del país a Santa Rosa de los Andes y Mendoza. Es el mismo que ha sido descrito por la mayoría de los viajeros recientes, y aun los más superficiales han tratado de hacerlo. No muy interesante en sí, ofrece en esta temporada aún menos. Apenas han sido transmontadas las serranías que encierran el puerto de Valparaíso como una olla, se abre un panorama que se repite con pequeñas variaciones hasta el pie de los Andes. Se extienden planicies onduladas y angostas, limitadas por cordones por los que es penoso pasar, sin ganar mucho con ello, pues al otro lado comienza otra planicie, que por lo general es apenas más elevada que la que se acaba de cruzar. Pero los cordones, por su parte, van adquiriendo altitudes cada vez mayores, en forma escalonada. El aspecto tan extraordinariamente grandioso que ofrecen los Andes debe atribuirse a que se les contempla desde altitudes muy bajas, en relación con ellos, a pesar de la considerable distancia a que uno se encuentra desde el mar y la cercanía del pie de aquella montaña. En el Perú ocurre lo contrario, sobre todo a la altitud de la capital; cada paso que uno avanza hacia el interior lo hace subir, y faltan por completo los amplios y bajos escalones que se extienden entre el mar y el pie de los Andes chilenos. Miers ha observado con razón que no se justifica la creencia tradicional, de acuerdo con la cual Chile sería un país constituido por valles longitudinales claramente definidos y paralelos a los Andes, que formarían sucesivos escalones de altitud creciente. Este error está basado en las informaciones de Molina, y ni siquiera tienen una justificación en las provincias australes, que tenía casi únicamente en vista el autor de la "Historia Natural" de aquel país, cuando habla de sus condiciones generales. En la provincia de Concepción, en que la distancia entre el mar y la cordillera andina es muy considerable, ese paralelismo de los cordones se presenta mucho menos que más al norte, y las serranías, que incluyen planicies de configuración irregular, no alcanzan altitudes superiores a 400 varas hasta el pie de los Andes. Existen contrafuertes de la cordillera andina que cruzan a veces todo el país en ángulo recto, con respecto a la línea básica de los Andes, o que tienen en parte rumbo diagonal, terminando repentinamente, mientras que serranías bajas se elevan también a veces sin ninguna relación con aquella cor-

dillera y sin corresponder a un determinado orden en medio del país, sin estar sujetos a un sistema definido, como tampoco lo hacen los cerros de Huánuco y los de Rere (provincia de Concepción). Es ésta la razón por la cual no es frecuente el número de auténticos valles, y menos de aquellos que se extiendan de modo ininterrumpido a lo largo de grandes distancias y conservando el mismo ancho. Cuanto más uno haya cruzado el país en diversas direcciones, reuniendo experiencias, que por cierto no podrán ser tan sólo el resultado de un breve viaje a Santiago, tanto más se aceptará una opinión frecuentemente expresada, de acuerdo con la cual Chile es uno de los faldeos de la cordillera andina, compartiendo, por consiguiente, también todas las irregularidades que caracterizan al flanco de una montaña.

La carretera de Valparaíso a la capital es en Chile la única que podría ser calificada como artificial. Construida en los años de 1794 a 1796 por don Ambrosio O'Higgins, fue mantenida con mucho cuidado por el gobierno español hasta el estallido de la revolución; con la iniciación de ésta terminaron las reparaciones en el mismo grado en que la guerra contribuyó a su destrucción. Sólo en los últimos tiempos se han preocupado de su restauración los gobernantes del país, sobre todo el Presidente don Manuel Pinto<sup>1</sup>. Se afirma que los costos de su primera construcción habrían sido demasiado elevados, mucho más altos de lo que se consideró oportuno reconocer públicamente, debido a que la escasa experiencia en la construcción de una carretera en un terreno muy desfavorable obligó a muchas modificaciones costosas de lo ya terminado. En esta temporada no transmitía al extranjero una impresión muy favorable del país que fue quizás durante años la meta de sus anhelos y el escenario a que su fantasía trasladó la realización del idilio que todos buscan sin duda en vano en el Viejo Mundo.

A lo largo de cansadores trechos, sin agua y sin sombra, se extienden las mismas planicies de color café que rodean a Valparaíso, pero que forman allá los faldeos de una serranía que al menos tiene contornos pintorescos, impidiendo la mirada a la lejanía, único medio para olvidar la tristeza de los alrededores inmediatos. Durante la primera jornada, el botánico ni siquiera tiene el agrado de observar plantas de especies aún no vistas, pues o se cruzan planicies secas, en que los rebaños apenas encuentran un miserable talaje, u hondonadas bajas, en que prospera casi únicamente el espino, cuya posesión tiene para el agricultor, sin embargo, una importancia mucho mayor de lo que se podría suponer a primera vista. Hay haciendas que tienen una entrada anual de miles de pesos por la venta del excelente carbón que suministra aquella acacia del país, consumido sobre todo en las ciudades en grandes cantidades, pero también muy bien pagado. En otros casos uno se mueve a lo largo de infinitas hileras de bajas y feas tapias, que rodean las propiedades, o pasa por

<sup>1</sup>Alude a don Francisco Antonio Pinto.— Nota del Traductor.

caseros o frente a postas de aspecto poco habitable y con una población menos ejemplar, lo que no contribuye a favorecer la impresión que se recibe. No tiene nada de extraordinario que los extranjeros, sobre todo aquellos a quienes se nota su desconocimiento absoluto del país, estén expuestos al cobro de precios absolutamente injustificados en esta carretera más frecuentada de Chile, pero tales hechos no autorizan para juzgar el carácter del pueblo en general. Aun cuando el camino a Santiago no es siempre muy seguro —en el estrecho valle de Curacaví hubo en los tiempos de intranquilidad pública y del empobrecimiento civil algunos asaltos y ocurrieron también algunos asesinatos—, no se podrá sostener por ello que cada chileno esté predestinado a ser un salteador de caminos. Cuando uno se ve obligado a escuchar o leer tales juicios, le cuesta reprimir la indignación, sobre todo al enterarse de que el dictamen de quien juzga se basa en su desconocimiento del país. Es increíble en qué formas repugnantes o al menos ridículas se presentan en estos países muchos de los extranjeros que llegan a ellos. O son una inconfundible imagen de una arrogancia que lo condena todo, o se presentan con esa torpeza que distingue tanto al europeo que no ha viajado y que es objeto de una sonrisa de parte de sus propios compatriotas en aquellos lejanos países. A este tipo pertenece la mayoría de los jueces e informantes.

Cuando se ha avanzado con bastantes penurias casi una jornada y media y ha sido desengañado repetidas veces en sus esperanzas de lograr la contemplación de un paisaje maravilloso, el impaciente es indemnizado con creces en el segundo de los cordones más elevados que separan los llanos del Maipo de la costa. Cansado del polvoriento camino, que no ofreció como premio una sola plantita todavía no vista, había abandonado al pie de la cuesta Lo Prado al mozo y a sus mulas, con el fin de transmontar la cima del cordón por medio de un sendero poco usado y solitario. Sin esperar otra cosa que una repetición de las serranías que impiden la visión a la distancia, había alcanzado un punto elevado cerca del flanco oriental. El camino se había extendido durante mucho tiempo en un terreno rocoso y cubierto por un denso matorral, pero repentinamente se abrieron las rocas, y se presentó en la lejanía, hacia el sur, todo el amplio valle de Santiago, llenando la mirada de maravilloso asombro. Contemplado desde este alto mirador, se asemejaba a un jardín verdeante, pues la población más densa ha obligado a introducir cultivos más cuidadosos de la tierra, y dos caudalosos ríos, repartidos sobre todo el territorio por un enjambre de canales, lo han hecho posible y rentable. Los campos están divididos por álamos italianos<sup>1</sup> en potreros casi iguales, y la

<sup>1</sup>Aun cuando el álamo de la Lombardía (*Populus dilatata* Ait.) ha llegado a ser muy común en los países no tropicales a ambos lados de los Andes, y si bien prospera muy bien en ellos, no se le conoce todavía en el Perú. Un extranjero propuso a las autoridades de Lima en 1829 reemplazar una parte de los árboles que adornan cerca de la ciudad la carretera al Callao, y que habían sufrido mucho, por álamos que prometió traer a sus expensas desde Chile. Al parecer, la oferta no fue aceptada, y parece difícil que este árbol sea apropiado para el clima del Perú.

cantidad de viviendas dispersas en el llano, que tienen un aspecto más agradable que todas las conocidas anteriormente, es infinita, e interrumpe su uniformidad; está cubierto de sementeras de maíz y trigo y de viñedos. Más allá se eleva la capital, aparentemente sobre una planicie baja; es más vistosa que otras ciudades del país; la adornan numerosos magníficos edificios e incluso una cúpula, y brilla hasta considerable distancia por el blanqueo que ostentan sus construcciones, prometiendo más de lo que cumple cuando se la conoce de cerca. Pero todo esto sólo representaba un sector del panorama completo, pues la cadena andina estaba oculta detrás de densos vapores. Un viento favorable los cortó poco después, e inesperadamente se presentó la cordillera en engañadora cercanía, como un encadenamiento continuo de cumbres nevadas. Cuando se creyó haberla contemplado en su integridad, una mirada casual al firmamento que se extiende sobre ella demostró pronto el error. A través de nieblas en dispersión, se veían cerros gigantes, todavía a una altitud a la que el ojo sólo está acostumbrado a buscar "los presurosos navegantes del aire", las fugitivas nubes. En severa majestad, vestidos con el traje del eterno invierno, parecen contemplar compasivamente las pequeñas preocupaciones del género humano y sus obras percederas. A medida que los vapores se separaban de las cumbres que los atraían y que se elevaban una tras otra las leves y livianas nubes, aparecía cerro tras cerro y se acentuaban sucesivos contornos, hasta que por último toda la cadena se presentó descubierta, comparable a una gigantesca muralla, a un mar que se congeló de repente en medio de una tormenta, y era visible en una extensión de a lo menos tres grados de latitud.

Al mediodía de la tercera jornada, nuestra tropilla había alcanzado por fin la puerta de Santiago, donde en aquel tiempo el viajero se veía detenido por las tramitaciones relacionadas con la existencia de una aduana interior, teniendo así oportunidad de hacer curiosas experiencias acerca de la irregularidad con que los servidores del Estado prestaban sus servicios y sobre arbitrariedades y soborno. Desde que un gobierno autoritario ha establecido el orden y control que no conocían los españoles y que no fue posible instituir en medio de la intranquilidad de la revolución, estas cosas son ahora mucho menos frecuentes. No es de manera alguna muy favorable la impresión que la capital produce en el recién llegado, aun cuando éste haya vivido suficiente tiempo en América para olvidarse de las instituciones policiales de Europa. Las calles menos anchas por las que se entra desde la parte occidental en la ciudad, dedicadas de preferencia a la industria, están llenas de artesanos, que trabajan, por lo general, frente a sus puertas, debajo de techos que les suministran sombra, y de almacenes (llamados esquinas, por encontrarse comúnmente en edificios esquinales), de los que salen olores no muy agradables. El calor era muy sensible, pues mientras que algunas horas antes el termómetro había marcado sólo 19° en la amplia planicie sin sombra entre la laguna semiempantanada de Pudahuel y la puerta de la ciudad, señalaba en las calles de ésta 6° más. La población se encuentra concentrada en Santiago de una

manera desconocida en países algo cálidos y el desaseo en las viviendas de las clases bajas y de los artesanos más pobres parece ser aún mayor que en Valparaíso. Es una suerte para la ciudad que el jote cumpla acá su misión con igual valentía y libre de persecuciones, lo que se debe más a la opinión pública que a la ley, a igual que en las calles apestadas del puerto de La Habana, donde los forasteros que desembarcan son recibidos en calurosos días de estío por una atmósfera en realidad venenosa. Santiago es considerado como un lugar relativamente malsano<sup>1</sup>, lo que se explica, por una parte, por la falta de aseo público y, por otra, por las influencias climáticas, acerca de las cuales todavía faltan investigaciones precisas. A este respecto ha alcanzado a ser mejor conocida quizás una sola ciudad en toda la costa occidental: Lima, y ello se debe a las preocupaciones de un meritorio vecino, don Hipólito Unanue. Existiendo influencias tan perniciosas como aquellas que sufre a diario la población de Santiago, deberían desarrollarse las epidemias más mortales bajo un cielo menos benigno. Dicho sea de paso, la suma de que dispone la policía es tan pequeña (se elevó en 1832 a sólo 196 pesos fuertes, de los que se invertían 150 en el aseo de las calles, etc.), que no es posible mejorar el servicio. El número de habitantes ha sido estimado de una manera poco concordante, y lo que se dijo anteriormente acerca del número incierto de almas que tiene

<sup>1</sup>MORTALIDAD DE SANTIAGO EN DIEZ MESES  
(Número de enterrados)

1831: 29 de agosto a 25 de septiembre . . . . .	347
26 de septiembre a 30 de octubre . . . . .	367
31 de octubre a 27 de noviembre . . . . .	312
28 de noviembre a 31 de diciembre . . . . .	318
Total . . . . .	<u>1.344</u>

De éstos: 389 hombres, 343 mujeres y 612 niños; 529 murieron en los hospitales.

1832: 1.º de enero a 29 de enero . . . . .	313
30 de enero a 4 de marzo . . . . .	434
5 de marzo a 1.º de abril . . . . .	455
Total . . . . .	<u>1.202</u>

De éstos: 397 hombres, 373 mujeres y 432 niños; 478 murieron en los hospitales.

2 de abril a 29 de abril . . . . .	565
30 de abril a 3 de junio . . . . .	731
4 de junio a 1.º de julio . . . . .	515
Total . . . . .	<u>1.811</u>

De éstos: 668 hombres, 534 mujeres y 609 niños; 870 murieron en los hospitales.

Total de fallecidos . . . . .	4.357
-------------------------------	-------

Esta lista, formada a base de datos aislados publicados en los diarios de Santiago, no permite deducir de una manera precisa la población de la capital, pues fallecen en ella muchos forasteros con motivo de visitas ocasionales y debido a que aquellos años se caracterizaron por una mortalidad más alta que otros.



29. PANORAMA DE SANTIAGO DESDE EL CERRO SANTA LUCÍA. *Rugendas.*

El Santa Lucía era entonces una colina roqueña, sin vegetación. La torre a la izquierda corresponde a la iglesia de La Compañía, que se incendió, en 1863. Siguen hacia la derecha: la catedral (sin torres); la Plaza de Armas (sin jardines); las fachadas de los edificios al norte de ella, que han cambiado poco; las iglesias de Santo Domingo y La Merced, y el Puente de Cal y Canto. Al fondo (a la derecha), los cerros de Renca. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

Valparaíso, rige también para la capital. Faltan todavía recuentos precisos, por lo cual es imposible decir cuál de los muchos datos dados a conocer es el verídico, existiendo entre ellos diferencias hasta de 10.000 personas. La estimación más reciente (no basada en un recuento), del año 1831, admite que la capital propiamente tal tiene 60.000 almas y que la población de todo el valle bajo en que se encuentra se eleva a 110.000.

La población de la República de Chile no podrá ser señalada jamás con precisión mientras no se realice un censo oficial, hecho con todo cuidado y sin perseguir finalidades políticas secundarias. Las tentativas hechas por extranjeros para determinarla han podido suministrar sólo resultados aproximados, aun cuando no se efectuaron con fines partidistas. Parecerá raro que las estimaciones existentes no se aproximen las unas a las otras en tal forma que permitan calcular valores medios, pero sus diferencias son tan enormes que acusan a menudo la relación de 1: 4. No son compatibles entre sí estimaciones que indican para un mismo año y país una población que varía entre 300.000 y 1.200.000 habitantes. Casi no vale la pena enumerar en orden histórico tales datos estadísticos imperfectos, y será suficiente saber que P. Schmidtmeier da el primero de estos números, cuyo error

queda ya de manifiesto por el solo hecho que el archipiélago de Chiloé, que únicamente representa una pequeña provincia, tiene una población que se eleva a la séptima parte de ese total, según cuadros muy minuciosos, realizados con una diligencia digna de todo elogio. Ya antes de este viajero, don Antonio J. de Yrisarri había estimado la población en 1.200.000, y aun cuando se le podría hacer el cargo de no haber dado a conocer con mucha honradez la situación de las finanzas de su país, por razones obvias, en su calidad de comisionado de Chile para obtener un empréstito británico, no tenía ningún motivo para señalar un número de almas superior al real, salvo aquel de considerarlo exacto. Otro censo, muy poco auténtico, de 1813, efectuado en la época de la revolución y, por consiguiente, de la desconfianza, arrojó 980.000 habitantes<sup>1</sup>. El viajero norteamericano Brackenridge<sup>2</sup> se atiene al dato de Yrisarri, que es, en efecto, el que se admite en tiempos recientes en forma casi general. John Miers, quien se caracteriza por sus juicios duros sobre Chile y los chilenos, se considera autorizado también para reducir el número de sus habitantes, afirmando que son sólo 560.000<sup>3</sup>. Sería posible ampliar en tal forma esta enumeración de las estimaciones, que se encontrarían autoridades especiales para todos los valores intermedios entre 300.000 y 1.400.000, con diferencias de 50.000 almas entre ellos. Es imposible que un extranjero, por inteligente que sea, pueda estimar acertadamente la población de Chile o de cualquier otro país de la América del Sur, mientras los propios gobiernos no tengan un conocimiento preciso de esta materia. Es cierto que se sostiene que el gobierno español disponía de datos muy precisos al respecto, pero en Santiago no se conocen tales antecedentes, y sería inútil hacer averiguaciones en las reparticiones públicas. Por una parte, es problemático que hubieran existido tales cuadros, pues en ningún lugar se encuentran anotaciones sobre un censo que se habría realizado hace ochenta o más años; y, por otra, es difícil que los funcionarios españoles, al alejarse de Chile, no hubieran destruido documentos tan importantes, como lo han hecho en otras partes. El gobierno republicano realizó ya varios censos (en 1813, 1823 y 1828), pero los resultados de todos fueron siempre tan incompletos y contrarios a las probabilidades, que se consideró más conveniente no publicarlos y conformarse con estimaciones<sup>4</sup>. En el año 1832 se ordenó efectuar un nuevo censo, y se han ob-

<sup>1</sup>Alexander von Humboldt, "Reise", IV, cap. 24. Schmidtmeier, "Travels", pág. 355.

<sup>2</sup>"Voyage to South-America", Londres, 1820.

<sup>3</sup>Miers, "Travels", I, pág. 481.

<sup>4</sup>En realidad, hubo recuentos de la población bajo la administración española, hechos sobre todo en 1777, 1779, 1785 y 1791, todos ellos parciales, pero que permitieron conocer con bastante exactitud la población del país. El censo de 1813 se realizó sólo al norte del río Maule, pues el territorio situado más al sur estaba ocupado en gran parte por los españoles. No se conservó tampoco en forma completa, habiéndose publicado las partes conservadas sólo en 1953 por el Archivo Nacional, Santiago. De los censos de 1823 y 1828 que menciona Poepig parece no haberse conservado mayores antecedentes.— Nota del Traductor.

tenido ya numerosos cuadros, confeccionados con muchas dificultades como tentativa de mejorar el método aplicado, pero que todavía dejan mucho que desear. Existe el propósito de presentarlos al Congreso en julio del próximo año y de imprimirlos en caso de ser aprobados. El prejuicio popular y el relieve ofrecen a las autoridades de estos países serios obstáculos para realizar censos que merezcan alguna fe. El primero se opone decididamente a tales ensayos, pues ignorando su propósito, los ciudadanos de las clases bajas ven en ellos un preparativo para imponer nuevas contribuciones u otra clase de gabelas personales. Los huasos piensan de inmediato en una obligación para prestar servicio militar, que les desagrada en forma extremada y que, en efecto, impone a los afectados el cruel yugo de la pobreza y de las más duras privaciones. Por tales motivos procuran sustraerse en lo posible al censo, incluso pagando como precio para lograrlo un exilio voluntario durante algún tiempo. De este modo, los cuadros adolecen de una doble imperfección, pues enumeran menos habitantes de los que el país tiene y aumentan la proporción de las mujeres, de modo que sin un conocimiento de la causa que produce este fenómeno, uno podría dudar en Chile de su propio sano juicio por la desproporción que señalan ambos sexos, contraria al equilibrio que observaciones exactas han comprobado en otros países. Otra dificultad especial está representada por fluctuaciones, comparables a las mareas, bajo cuya influencia se encuentra la población de países menos civilizados, no sujeta a la vida sedentaria que impone al europeo el desempeño de la industria en domicilios fijos. A veces aumenta con extraordinaria rapidez la población de determinados distritos o de provincias completas; en otros casos disminuye en igual lapso, y se pueden citar casos de regiones de la América del Sur en que la población era antaño tan grande como ahora es insignificante. Tales manifestaciones son a menudo el resultado del repentino descubrimiento de una rica mina, que a veces se agota pronto; y, por otra parte, puede ser también la consecuencia de medidas impuestas a los habitantes o de la situación política del pueblo. Si en el Perú o en Chile se descubre en algún lugar una veta argentífera prometidora, el rumor se propaga con gran celeridad hasta considerables distancias, y desde todos los puntos afluye una población fluctuante, a fin de participar en el reparto de las riquezas, siempre consideradas como inagotables, aunque nada lo justifique. En la región más estéril, donde jamás se radicó antes un hombre, se levanta en pocos meses una aglomeración de chozas, generalmente muy mal construidas, a que se da el nombre de asiento. Cuando la explotación aumente, ese centro se asemejará a menudo a una feria ininterrumpida, o, mejor dicho, al escenario de las mayores licencias y depravaciones, que obligan a veces a las autoridades a intervenir con mano armada. Una vez que disminuya el rendimiento y que desaparezca de nuevo la aglomeración humana, afluida sólo por su afán de enriquecerse prestamente, permanecerán todavía algunas familias en el centro minero, pero éste declinará con tanta rapidez, que un censo, por exactos que fueran sus datos, ya no reflejará la verdadera situación en pocos

años. Así se explica también que un censo que no se termine dentro de muy breve lapso en tales regiones, pueda contar dos y quizás hasta tres veces a un mismo individuo, y por tal motivo la población de los distritos mineros aparece en Chile y el Perú como más numerosa de lo que en realidad es.

Otra causa que induce a estimaciones falsas es la emigración, que ahora se hace voluntariamente, como consecuencia de ventajas y favores prometidos, pero que antaño fue motivada a menudo por órdenes del gobierno. El gobierno español parece haber estado interesado desde tiempos remotos en aumentar la población en las provincias boreales de Chile, es decir, en regiones que sólo puedan atraer por sus riquezas minerales, pues tienen escaso interés para las demás actividades, siendo capaces a lo sumo de alimentar una pequeña población con la producción de su suelo. Existen indicios de un traslado forzoso de reducciones completas a aquellas regiones, por orden del gobierno, a que nadie podía oponerse en tiempos antiguos. Estas colonias, como todas las organizadas por la fuerza y no basadas en el interés de los colonos mismos, pudieron mantenerse sólo corto tiempo, ocasionando a un país pobre más gastos que los que pudieran compensar más tarde, aún suponiendo que prosperaron. Tan pronto sus fundadores se cansaron de ellas, volvieron a desaparecer, pero seguían figurando con frecuencia en los catastros con su antigua población. El incremento de la población que no lograron las preocupaciones de los capitanes generales, con o sin el empleo de la fuerza, fue conseguido en las provincias boreales por las violentas conmociones de la revolución, cuyas luchas, realizadas sin contemplaciones de ninguna especie, transformaron en breve tiempo la zona austral, densamente poblada y fecunda, en un páramo humeante y despoblado. Las vengativas tropas del rey; sus aliados, los inhumanos indios, a quienes se instigó y ayudó para que se dedicaran al pillaje, y los guerrilleros, bandas de asaltantes que hacían sus correrías con el nombre de "patriotas", se alternaron en asolar el territorio, de modo que no quedó a sus pobladores empobrecidos y sometidos al asesinato otra alternativa que la de abandonar su verdeante país, para emigrar a la región boreal, seca y estéril, donde sólo en los lugares más favorecidos se logra hacer producir al suelo con gran trabajo una pequeña cosecha. Tan poco ofrece aquella mitad de la república, que, a pesar de su larga duración, la guerra jamás fue trasladada a ella, por no poder mantener siquiera a pequeños ejércitos. Se desarrolló transitoriamente una agricultura harto difícil en aquellas regiones, y la joven república creyó poder felicitarse por un aparente aumento de la población en ellas, que sólo se había logrado a expensas de las provincias arrasadas. Pero apenas restablecida alguna seguridad en el abandonado teatro de operaciones de la zona austral, se volvió a producir una migración hacia allá. En los años de 1827 y 1828 ella era especialmente notable, y sin duda ha continuado hasta la actualidad, luego de haber sido eliminadas

las últimas causas de la intranquilidad, que todavía subsistían en aquel tiempo, liquidando después de varios años de esfuerzo, por fin, a los hermanos Pincheira, jefes de bandidos de que se hablará más adelante.

De lo dicho se desprende —espero—, con bastante claridad, que faltan antecedentes suficientes para señalar una estimación precisa y fehaciente de la población de Chile, y que para lograrla el gobierno se encuentra frente a dificultades tan grandes e ignoradas en Europa, que no es posible suplirlas por la buena voluntad y un conocimiento cabal del país. Por tal motivo, no deberá esperarse hallar en estas hojas un nuevo dato, ni mucho menos uno que —como los demás presentados— reclame ser reconocido como exacto, a pesar de los hechos bien notables que explican su insuficiencia. El Ministro del Interior (de acuerdo con una comunicación personal directa) creyó poder estimar la población en 1832 en 1.400.000, lo que representa un número mayor que las apreciaciones anteriores, pero que parece justificarse, pues se basa en la suma de los cuadros de la población, recibidos hasta febrero de 1833, y en una estimación, basada en ellos, de los pobladores de las provincias restantes<sup>1</sup>. Las provincias centrales comprenden la mayor parte de ese número, pues en ellas se radicaron de preferencia, después de la expulsión de los españoles, aquellos que se vieron obligados a abandonar la zona austral por la lucha con los indígenas, y sólo los que carecían de recursos se resolvieron a dirigirse a la boreal, donde podían conseguir a menudo gratuitamente el suelo, que, por cierto, producía muy poco. Desde aquí en adelante, sin embargo, la población de la zona austral comenzará a aumentar, y pronto representará quizás la mayoría, pues a medida que ha incrementado su poder la república, parece difícil que los indios del otro lado del Bío-Bío vuelvan a sublevarse de nuevo en la forma como lo hicieron en el siglo XVII, cuando avanzaron hasta los llanos de Maipo<sup>2</sup>. Los extranjeros, que llegan en número cada vez mayor al país, en cuanto no estén vinculados con los puertos por su actividad comercial, se radican de preferencia en las provincias australes, propagando allá la cultura y civilización. La población de esa parte se conoce con precisión algo mayor que la del norte, y lo que se sabía en 1828 al respecto en Santiago, como resultado de recuentos hechos con alguna exactitud, merece ser incluido en este lugar, pues tendrá valor hasta

<sup>1</sup>Si se atribuye a Chile (sin incluir el territorio al sur de Chiloé) una superficie de 14.240 leguas cuadradas (a base de 20 por grado; véase Alexander von Humboldt, "Reise", IV, cap. 26), la densidad sería de casi 100 habitantes por legua cuadrada.

<sup>2</sup>No hubo un avance de los araucanos hasta las puertas de la capital en el siglo XVII, pero es electivo que Lautaro emprendiera en el siglo anterior una ofensiva contra la capital, que fue aniquilada a orillas del río Mataquito. En todo caso, los españoles tenían hasta el siglo XVIII un levantamiento general de los indígenas, que les arrebatará el dominio del país.— Nota del Traductor.

ser supeditado por la publicación del nuevo censo<sup>1</sup>. De los censos parciales que han sido dados a conocer públicamente por el gobierno en Santiago, no se distingue ninguno tanto como el de Chiloé por sus detalles, pero que sólo se darán a conocer en resumen en este lugar, por falta de espacio. El intendente de aquella provincia, don José Santiago Aldunate, tiene el mérito de ser el primero que realizó un censo en aquel archipiélago desde los tiempos de la Conquista<sup>2</sup>. Llama la atención que en los cuadros de 1826 aparezcan menos mujeres que hombres, en circunstancias que en el continente chileno el número de mujeres prevalece en una proporción mayor que la observada en otros pueblos monogámicos. Ello no se explica únicamente por la prolongada lucha que siguió a la emancipación de Chile, pues aun cuando costó muchas vidas, no justifica por sí sola la desproporción. Si en Chile se hicieran sentir en igual grado que en nuestro continente las causas que reducen el número de los varones, como ser, el comercio marítimo, el desempeño de industrias peligrosas y las enfermedades motivadas por una sobrepoblación, la diferencia en la relación de los sexos sería mucho mayor. Si también en Chiloé se pudo observar un excedente de mujeres, ello se explica, en primer término, por

<sup>1</sup>POBLACIÓN DE LA PARTE AUSTRAL DE CHILE EN 1827

	Hbrs.	Mujrs.	Total
<b>I. Provincia de Maule</b>			
Deptos.: 1. Cauquenes . . . . .	14.614	16.547	31.161
2. Itata . . . . .	14.484	14.101	28.585
3. San Carlos . . . . .	4.804	6.746	11.550
4. Parral . . . . .	5.528	6.175	11.703
5. Linares . . . . .	8.920	9.209	18.129
Totales	<u>48.350</u>	<u>52.778</u>	<u>101.128</u>
<b>II. Provincia de Concepción</b>			
(Sin detalles. Distrito de La Laja: 1.950; ciudad de Concepción: 4.380 habts.) . . . . .			102.000
<b>III. Provincia de Valdivia</b>			
Deptos.: 1. Valdivia . . . . .	1.551	1.372	2.923
2. Los Llanos . . . . .	1.132	1.071	2.203
3. Osorno . . . . .	901	753	1.654
Totales	<u>3.584</u>	<u>3.196</u>	<u>6.780</u>
<b>IV. Provincia de Chiloé</b>			
10 partidos: 1826 . . . . .	21.260	21.130	42.390
1827 . . . . .	21.523	21.767	43.290
1829 . . . . .	—	—	43.320
1831 . . . . .	21.547	22.258	43.805
Total de las provincias australes . . . . .			<u>253.198</u>

<sup>2</sup>En realidad, se efectuaron varios censos en Chiloé bajo el gobierno español. El último fue el de 1784 y arrojó 26.703 habitantes.— Nota del Traductor.

las condiciones políticas, pues el archipiélago se encontró hasta el último momento en poder de los españoles, quienes reclutaban a los chilotos para llenar las pérdidas de sus ejércitos y sobre todo de su escuadra. Desde tiempos remotos, ellos disfrutaban de la reputación de ser excelentes marinos, y la experiencia demuestra que después de breve aprendizaje están en condiciones de prestar su servicio en forma satisfactoria, lo que ocurre incluso en buques británicos, en que existe una mayor disciplina que en los chilenos que se dedican al cabotaje. La duración de la vida es muy elevada en Chiloé, pues en 1826, cuando la población era de 42.000 almas, había 700 individuos de más de 70 años. No indican los cuadros cuántos mestizos vivían en Chiloé, y posiblemente no será fácil fijar un límite para separar las dos razas, pues en las fronteras australes de la república se han formado tantas castas, por la mezcla con los indígenas, que sólo existen transiciones graduales, pero casi nunca se presentan las formas completamente puras del indígena en las ciudades pobladas por los blancos<sup>1</sup>. La instrucción se encontraba mucho mejor desarrollada en aquel lejano rincón del mundo que lo que se podría esperar, de acuerdo con lo que se observa en esta materia en el continente sudamericano. El número de los escolares era en 1826 de 3.511, y al año siguiente, de 4.489. Aun cuando una escuela de primeras letras sólo imparte una instrucción que apenas equivale a la de una escuela de aldea alemana, constituye siempre una ventaja muy grande si un hombre de las clases más bajas aprende a lo menos a leer y a escribir en regiones tan poco civilizadas. Cuando se dieron a conocer aquellos cuadros, un periodista chileno hizo la observación muy acertada de que no constituía un título de honor para la capital del país, que cuenta con 10.000 habitantes más que todo el archipié-

<sup>1</sup>Si Chile no fue tratado con mucho afecto por el gobierno español, podría decirse que éste tuvo por Chiloé los sentimientos de una madrastra, pues ese territorio, que sólo exigía gastos, fue mantenido únicamente por el interés de España en impedir que se estableciera otra potencia cerca del Perú y su gran producción de plata. El comercio de aquel archipiélago, que ahora comienza a experimentar un incremento, estaba hasta fines del siglo pasado a cargo de sólo dos buques enviados desde el Callao. En tiempos más remotos todo el grupo de islas estaba dividido en cien encomiendas, que habían sido entregadas a españoles como recompensa. Los pobres indígenas eran siervos de los encomenderos, y eran tratados en forma más severa que en el Perú, donde reinaba un sistema parecido, cuya fracasada introducción en el continente chileno fue la causa de las prolongadas y sangrientas luchas con los araucanos. Los pobres chilotos tenían la obligación de tejer mantas de plumas (dicho sea de paso, un arte ahora desaparecido) y sembrar fréjoles, cebada y arvejas para sus déspotas, recibiendo como retribución nada más que el alimento, el vestuario y "enseñanza de la religión cristiana". Los encomenderos estaban autorizados para tratarlos a su gusto, pudiendo venderlos, entregarlos en trueque y trasladarlos ocasionalmente de una isla a otra. Sólo estaba prohibido sacarlos de su territorio. *Journal van de Reyse, etc. naar de Custen van Chili onder Hendr. Brouwer, etc., Amsterdam, 1646, pág. 51.*

lago de Chiloé, reunidos en pequeño espacio, pero que tiene un número de escolares sensiblemente menor que aquellas miserables islas.

El recuento de los pobladores de la aislada provincia de Valdivia fue hecho por el intendente, don Ramón Picarte, y parece coincidir con las informaciones de militares que permanecieron durante algún tiempo en la guarnición de Valdivia. Debe tenerse presente que en su población no se encuentran incluidos todos los blancos que viven entre Arauco y el canal de Chiloé. El territorio propio de Valdivia es pequeño, pero en tiempos pacíficos se encuentran muchos blancos en el territorio indígena que comienza al sur del Bío-Bío. La población del lejano Osorno consiste preferentemente en españoles que emigraron a la Araucanía debido al odio político que reinaba en tiempos de la revolución y que no regresaron, domiciliándose por fin en Osorno, donde ostentan un comportamiento pacífico y son conceptuados como chilenos. Las autoridades de Valdivia consideraron que no era posible indicar el número de los indígenas de su distrito, cuyos límites parecen haber ampliado por cierto más allá de donde se extendía su poder militar. Se creyó, sin embargo, poder estimarlos en 40.000, a base de la suposición de que los indios que viven en las misiones (13.393) representan a lo sumo la tercera parte del número total. La mayoría de los indígenas de esta clase son cristianos, es decir, han sido bautizados y representan las tropas auxiliares de la provincia. No se puede contar con ellos, sin embargo, en los meses de febrero y marzo, pues se entregan entonces en tal forma al consumo de la chicha de manzana, realizando grandes borracheras (este vicio inextinguible del americano cobrizo), que muchos abandonan por esta causa su cosecha, sin preocuparse de las consecuencias. Sacrificarían todo a él, pero el gobierno impide al menos que puedan vender sus tierras, las que constituyen su solo medio de subsistencia y que representan para la mayoría de ellos lo único que poseen. Estas misiones han sido conservadas desde el tiempo de los españoles, siendo las únicas que existen en aquellas regiones desde tiempos antiguos, pues en ninguna parte de América la propagación de la religión católica ha tropezado con dificultades tan grandes como en Chile. El salvajismo de los indígenas ha costado la vida a numerosos sacerdotes, y las costumbres nómadas de los indígenas andinos, pertenecientes a los pueblos moluche y pehuenche, se oponían a la acción permanente y exitosa de los bien inspirados y valientes misioneros, en igual forma que las leyes de la república aristocrática establecida en forma primitiva entre los llamados araucanos (indios costinos). Primitivamente, estas misiones estaban a cargo de los jesuitas, que fueron reemplazados más tarde por los franciscanos del Colegio de Chillán. Actualmente están encomendadas a algunos sacerdotes de La Recoleta, pero su número ha sido reducido como consecuencia de la guerra con los indios, siendo ahora sólo seis, en las que se encuen-

tran concentrados también los neófitos de las misiones abandonadas<sup>1</sup>. Se ocupa á los indios en la agricultura y la confección de ponchos y otros géneros sencillos de lana, empleándose el producto de la venta para mantener las misiones. Cierta excedente es entregado al indígena. De acuerdo con la ley, los misioneros reciben mensualmente treinta pesos por su estada; pero al igual que los demás servidores públicos, han quedado impagos durante varios años; en cambio, disfrutaban de una gran independencia, y no están sometidos a las autoridades militares.

Ningún país de la extensa América disfruta en igual grado que Chile de las ventajas que benefician a un Estado por disponer de una población homogénea y no contar con la presencia de castas. Si esta joven república supeditó con mayor rapidez que ninguna otra de sus numerosas hermanas el estado anárquico de la lucha revolucionaria, y si ya alcanzó, con una celeridad sin parangón en aquel continente, un grado superior de civilización y orden, se lo debe en primer lugar a la circunstancia de contar con muy pocos ciudadanos de color. En ella no se conocen las múltiples transiciones de una raza a otra, cuyo distingo se hace difícil para el forastero y que en países como el Brasil provocarán pronto o más tarde una terrible lucha de aniquilamiento, posponiendo en el Perú y Colombia la consolidación de una cultura general a tiempos muy lejanos. Los chilenos mismos conocen esta circunstancia y se felicitan que las condiciones climáticas del país y las medidas de sus antepasados los hayan preservado de la génesis de una población que represente una amenaza para la felicidad de sus descendientes más remotos, por cons-

<sup>1</sup>Los nombres de las misiones que todavía existen son los siguientes:

1. Misión del pueblo de Valdivia, fundada en 1769;
2. Misión de la costa de Niebla, al NW. de Valdivia, fundada en 1777;
3. Misión de Río Bueno (comprende también Osorno), a 28 leguas al SE. de Valdivia, fundada en 1779;
4. Misión de Dallipulle, a 25 leguas al S. de Valdivia, fundada en 1787;
5. Misión de Cudico, al N. de Valdivia, fundada en 1787; y
6. Misión de San José, a 7 leguas al NE. de Valdivia.

El editor español de la "Historia Civil de Chile" de Molina (Madrid, 1795, un volumen en cuarto), don Nicolás de la Cruz y Bahamondes, incluye un cuadro auténtico de las misiones que existían en 1792. Enumera doce, pero dos de ellas, Santa Bárbara y Tucapel, aunque sólo fueron abandonadas en 1818, en realidad no debieron haber sido incluidas, por encontrarse en la provincia de Concepción, muy lejos de las misiones de Valdivia. Según él, el número de indios bautizados era en aquel tiempo de 8.000, de modo que, si merece fe la estimación de ellos ya citada, el número de los reducidos habría aumentado bastante desde entonces. Si se tiene en cuenta la influencia desfavorable que la guerra de la revolución tuvo no sólo en Chile, sino en toda la América Española, sobre la existencia de éstas y otras instituciones civiles que necesitaban ser subvencionadas anualmente por las cajas fiscales, podría llegarse a la conclusión de que el dato más reciente merece poca fe. Yo lo debo a una comunicación de uno de los ayudantes de don Ramón Picarte, quien parecía encontrarse libre del afán, muy notable en todos los sudamericanos, de exagerar todo lo que se refiere a su patria.

tituir un mal permanente. Si ya es una gran desventaja para un Estado estar constituido por ciudadanos que pertenecen a dos razas muy diferentes, el desorden se generaliza y se le agregan las más perniciosas tensiones, cuando, a base de un mestizaje inevitable, se generan razas que no pertenecen ni a uno ni a otro de los partidos y que heredan, por lo general, casi siempre, todos los defectos de sus múltiples ascendientes, pero rara vez algunas de sus virtudes. Si la población del Perú consistiera solamente en blancos e indígenas, la situación del país sería menos desesperada que la que se presenta a todo observador desapasionado. Aun cuando el indio de la Sierra peruana es una criatura de inteligencia limitada (tan limitada, que sufrió durante siglos el yugo de sus incas), sin aspiraciones superiores y sin disfrutar siquiera de los beneficios de una propiedad definida, es mucho más indiferente y, por lo mismo, mucho menos molesto y peligroso que su producto híbrido, el mestizo, o que el negro y el mulato. Destinado, según parece, por la naturaleza misma, a constituir una raza que se conservará sólo durante un lapso limitado sobre la tierra, los indígenas se están extinguiendo con gran rapidez, tanto en el norte como el sur del gran continente, a pesar de todos los arbitrios a su favor dictados por el espíritu humanitario, y cederán en pocos decenios el dominio indisputado y solitario de su territorio. No ocurre lo mismo con el negro, quien encontró en América una nueva patria que le agrada más que el continente de que proviene, de modo que su número se halla en casi todas partes en alarmante aumento. En la misma proporción en que éste crece y la población blanca no es incrementada como antes por una frecuente inmigración desde la Península Española, aumenta el número de la gente de color o de casta, cuyos matices se encuentran entre el blanco y el negro y entre el blanco y el cobrizo, ofreciendo también diversas otras diferencias, que no se manifiestan en el aspecto exterior. Odiados por la madre de cutis obscuro y mirados con desconfianza por el padre blanco, los mestizos retribuyen a aquélla con desprecio y a éste con aversión, y aun cuando las circunstancias pueden evitar que estos conflictos estallen, serán siempre insuperables, pues se ven fustigados por un elevado grado de orgullo innato. Han sido inútiles todas las tentativas de crear instituciones basadas en una larga experiencia y buen criterio político, que permitan, si bien no amalgamar, al menos coordinar aquellos elementos tan heterogéneos de la población, a fin de evitar las fricciones y permitir su cooperación en la conservación de la colectividad. Lo que a este respecto separó definitivamente la naturaleza, no será unido en un conjunto beneficioso por el hombre: esta tesis será sostenida sin reticencias por todo aquel que haya vivido en América durante un tiempo prolongado, aun exponiéndose al peligro de ser considerado como un inhumano defensor de los prejuicios raciales. Ya en el primer período de la colonización fueron promulgadas leyes que separaban estrictamente los diversos componentes de la población. Los tiempos cambiaron: desaparecieron los conquistadores, y a medida que en el Antiguo Mundo se propagó la luz de una mayor ilustración, se adoptaron también en América medidas para

reconciliar las diversas partes de una gran población sometida a una sola corona. Pero todo fue en vano, e incluso el destino más reciente de aquellos países ha contribuido más bien a ampliar la separación y a hacerla irremediable. Aun cuando la relación ahora se ha invertido y muchas veces han llegado a dominar los que antes se encontraban sometidos, sigue perdurando la antigua enemistad, y no promete nada de bien a las futuras generaciones. Es engañoso el argumento con que a menudo los americanos tratan de demostrar los pequeños inconvenientes que representaría una población tan abigarrada, que es el mismo a que recurren aquellos que, cual profetas iluminados, hablan de la futura grandeza de la América tropical. Según su opinión, tal mezcla contribuye más bien a la prosperidad del Estado, pues comparan las diversas razas con los diversos pesos y contrapesos de una máquina bien regulada. Pero el hecho es que la igualdad, incluso la de sentido enemigo, no se establece jamás entre las razas, pues siempre predominará alguna de ellas, lo que puede variar en el transcurso del tiempo o en los diferentes distritos de un mismo país. Al alegar el equilibrio racial, parece tenerse en vista el ideal de una ascendencia pura, sin considerar que los mestizos se presentan en igual número y que a menudo predominan. Es difícil entender cómo el Estado, dadas estas infinitas subdivisiones, cada una de las cuales trata de superar a las demás en exigencias, las pueda emplear como medios y fines para lograr una competencia mutua, pues cada una de esas ramificaciones se considera como un elemento aislado y se niega a cooperar con las restantes. Tendrán que perdurar forzosamente todas las enemistades y odiosas fricciones de las clases multicolores, como un obstáculo para el Estado, como una desgracia para la suerte de cada ciudadano y quizás como causa para la decadencia de pueblos completos. Es más fácil que el indígena, que es indiferente, aunque siempre disimulado, se someta al blanco, que lograr la cooperación y buena voluntad de la clase ruin de los mulatos, o que renuncie, junto con su odio al blanco, a muchos de los vicios innatos que la caracterizan. Es la misma naturaleza la que parece oponerse a todo cruzamiento entre extraños, pues donde se manifiesta sin ser perturbada, trata de restablecer siempre de nuevo las formas originales, o hace estériles los productos híbridos, y si bien no ha impuesto al hombre limitaciones tan estrictas como a otros organismos, lo castiga con la degeneración moral del producto de su concupiscencia. Por eso, el americano blanco tiene que purgar las culpas de sus antepasados, y se encuentra en una lucha permanente, cuyo desenlace es incierto.

Acerca de las desventajas que resultan de la existencia de un gran número de negros en un país ocupado por blancos, parece existir en nuestra época una sola opinión. Es posible que el Perú y Colombia no experimenten con igual facilidad el destino que estará deparado en un lapso más o menos breve a una gran parte de la América tropical, ocupada por esclavos negros, y que inundará de sangre las regiones más bellas del extenso Brasil, sobre todo las provincias del

norte, transformándolas en un desierto en que el blanco ilustrado no volverá a poner pie; pero aquellos países van a tener que sufrir siempre por los inconvenientes de la presencia de una raza ajena y que forma un Estado dentro del Estado. Si aun países como los Estados Unidos se sienten deprimidos e impedidos en su desarrollo por una población negra relativamente menos numerosa, y si tampoco allá, donde la prudencia y el poder del gobierno son secundados por el espíritu público, no ha sido posible encontrar medidas para remediar el mal, éste tiene que hacerse mucho más sensible en países en que, como en el Perú, el carácter poco enérgico de los pobladores blancos favorece incesantes revoluciones, y los transitorios mandatarios no se caracterizan ni por inteligencia ni por verdadero patriotismo. El negro, que es muy primitivo, sólo se caracteriza por su fuerza animal, pero ella lo hace doblemente peligroso en aquellos países en que la moral se halla muy poco desarrollada. El y su medio descendiente, el mulato, cooperaron con el peruano blanco para expulsar a los españoles, pero aprovecharían la primera oportunidad para dirigirse contra sus antiguos aliados, lo que en este momento todavía no ocurre, pero sólo porque les faltan la fuerza moral y la instrucción necesarias para hacerlo. Pero estas condiciones serán establecidas en el futuro, pues los negros y los pueblos de color, que por naturaleza son más enérgicos que el criollo blanco, obtendrán pronto, favorecidos por las circunstancias, una instrucción e idiosincrasia que les permitirán equipararse con los blancos que viven en el país, los que no progresan en igual proporción para conservar la ventaja que tienen. Al lado de estos habitantes de origen africano se encuentran en el Perú los numerosos indígenas, mestizos y otras castas. Las infinitas graduaciones del color los unen únicamente en el aspecto exterior, pues la menor variación en el color del cutis origina otras exigencias y aumenta la aversión de una variedad por las demás. Jamás podrá pensarse así en la unidad del pueblo mismo, necesaria en el régimen republicano más que en cualquier otro para lograr la prosperidad. Por tal motivo, reina en el Perú desde los mejor situados hasta las clases más bajas una eterna lucha por la autoridad, pues mientras que en Lima las revoluciones, que por fortuna no son sangrientas o requieren pocas víctimas, colocan a cada momento a otro mandatario a la cabeza del Estado, este mismo partidismo se manifiesta también en las aldeas más alejadas de la Sierra. A veces gobierna un blanco con el látigo, a veces un mestizo oprime a los indígenas, y a medida que aumenta la arbitrariedad casi increíble, se amplía la separación y acrece el odio mutuo, y jamás un pueblo de esta índole será capaz de lograr la unión de todos los corazones, a fin de procurarse, por un esfuerzo colectivo, conocimientos y bienestar al interior y poder y respeto al exterior.

Chile se encuentra libre de todos los males que resultan de la incorregible aversión de las diferentes castas, pues su población no está integrada ni por in-

tranquilos negros ni por indígenas inservibles para muchos fines políticos. Debe agregarse como ventaja, ya en sí suficiente para compensar todas las demás, la uniformidad de la lengua en todas las provincias. En el Perú, la administración pública y los progresos de la ciudadanía se ven inmensamente dificultados por la gran variedad de lenguas, conservadas con verdadera obstinación y que a menudo ya no se entienden a una distancia de pocas jornadas. El vecino de Lima no entiende una sola palabra de la lengua del indio de los Andes, quien, separado apenas por una distancia de 10 millas alemanas de la capital, no habla el castellano, o al menos aparenta no hacerlo. Sólo los habitantes de la costa que han vivido algún tiempo en los Andes conocen el idioma de los peruanos, y ninguno, ni siquiera el vecino de Maynas, tiene conocimiento de los numerosos dialectos muy primitivos usados de preferencia, a pesar de estar prohibidos y de todos los empeños de los jesuitas, por los xibitos, los panos, los cocamas y otros pueblos de las misiones. La propia y antiquísima lengua de los peruanos ha sido dividida en dos muy diferentes, pues en la actualidad el indio de Chachapoyas, que dice hablar el dialecto quechua, ya no entiende al indio del Cuzco, quien se enorgullece, quizás con razón, de haber conservado la lengua de los incas en su pureza. Un recurso de gran importancia, las proclamas, por medio de las cuales los gobiernos de países menos civilizados pueden ejercer una influencia casi más vigorosa que los europeos sobre sus ciudadanos, dirigiéndose directamente a ellos, no es aplicable en el Perú. Es extraño que entre millares de personas que hablen el quechua en las regiones andinas, muchas de ellas a menudo muy instruidas, se encuentren muy pocos que sean capaces de escribir esta lengua, dicho sea de paso, un arte que cayó en desuso desde la expulsión de los jesuitas. Por este motivo, la comunicación y traducción de todos los documentos oficiales destinados a los indígenas y redactados en Lima en castellano, deben ser hechas por las autoridades del interior. Es necesario que uno mismo haya sido testigo, en provincias muy apartadas del Perú, de la forma cómo individuos en extremo rudos e ignorantes, que representan allá al gobierno, solucionan ese problema, para comprender la absoluta inutilidad de todas las comunicaciones oficiales. Dejando a un lado que frecuentemente las órdenes son mal comprendidas, sin mala intención, ocurren a veces engaños, fáciles de cometer por carecer el indio de los medios necesarios para comprobarlos. Fue suficiente un conocimiento no muy completo del quechua, adquirido como consecuencia de una permanencia de dos años en el interior del Perú, para que descubriera en Maynas la mala fe con que se traducían a los indios en asambleas públicas los decretos del gobierno, decretos que se referían, en parte, a un mejoramiento de su situación, pero que por lo mismo no estaban de acuerdo con las intenciones y costumbres del gobernador del distrito. Por tal motivo, faltan al gobierno central, cuyos miembros conocerán raras veces la antigua lengua del país, los medios para ponerse en comunicación directa con los indígenas, y por la misma razón carecen también de un

control sobre los funcionarios de aquellas provincias en que es necesario encomendar esas funciones a individuos de la misma región, debido a su conocimiento de la lengua, y que están acostumbrados desde tiempos remotos a oprimir a los indios. Tales situaciones son totalmente desconocidas en Chile, pues el castellano es la lengua de todas las clases, e incluso en la frontera austral, donde existen frecuentes relaciones con los indígenas, sólo pocos entienden el araucano con sus dialectos. Si bien el castellano de las clases bajas no es el clásico, es en todo caso mejor que el del gallego o del catalán. Así como se habla el inglés en la América del Norte con una pequeña variación, que sólo descubren un buen oído y la práctica, tanto en la frontera con el Canadá como en Georgia, el castellano es el mismo en todas partes de Chile, presentándose sin dialectos provinciales en el norte y en el sur.

En todos los países de América en que los conquistadores encontraron un grado algo superior de civilización y donde, por consiguiente, el europeo ilustrado tuvo que imponerse menos sacrificios para tener relaciones con mujeres indígenas, las que pudo justificar mejor por esa razón, se halla una gran población de mestizos. No ocurre lo mismo donde se le opusieron pueblos salvajes, crueles e indomables, como los caribes en las Guayanas, los indios bravos en Choco y México, o donde su aspecto era tan feo que ahuyentaba aun al soldado común, como ocurría con los indígenas de las pampas australes. En el Perú, los conquistadores encontraron un pueblo bien educado y apacible, cuya parte aristocrática se caracterizaba por formas tan bellas y el sello de un origen distinto, como hasta el día de hoy las castas más favorecidas en las islas del Pacífico. El español de origen más bajo podía reclamar estas mujeres, sin excluir a la familia de los incas. De esta manera se generó en el Perú un número extraordinario de mestizos. En Chile ocurrió todo lo contrario. Los indígenas rechazaron con valentía los ataques españoles, y sin duda emigraron algunos de los pueblos vencidos, pues no es de creer que se hubieran sometido a la presión de los españoles, lo que históricamente no está comprobado, como ocurrió en Cuba. Es difícil establecer hacia dónde se dirigieron los indígenas menos guerreros o menos felices de las provincias situadas al norte del Maule, pues desde entonces ha transcurrido mucho tiempo y faltan documentos históricos, pero es probable que se hayan refundido con alguna de las naciones australes, dedicadas también a la agricultura, como la de los huilliches. Con los indios del sur jamás mantuvieron los conquistadores relaciones amistosas, por lo cual no se formó una población de colonos. Esto explica quizás por qué la población de Chile experimentó en los primeros tiempos un incremento tan extraordinariamente lento. Sólo pudo aumentar por medio de la inmigración, y según la tradición fueron sobre todo los gallegos quienes se radicaron con sus familias en Chile en el primer siglo después de la Conquista, haciendo el viaje por el istmo de Panamá. Expulsaron pronto los últimos restos del pueblo autóctono,

sometidos ya por la primera expedición de Almagro, pero por las razones antes indicadas estaban obligados a propagarse ellos mismos, por numerosos que hubieran sido los indios. La gran cantidad de estos últimos queda comprobada por la toponimia de las provincias centrales, que señala, con escasas excepciones, los lugares en que se encontraban las antiguas reducciones. Existen al respecto una infinidad de tradiciones. El mayor número de los topónimos han sido tomados de la lengua de los araucanos, comprobando su antigua propagación.

Se desprende de lo dicho hasta aquí que en las provincias boreales el mestizaje tiene que haber sido muy pequeño. Aunque se conocen también en Chile los nombres con que se designan las castas en el resto de América, será muy difícil tener oportunidad para aplicarlos a un determinado individuo. Sólo en las clases más bajas se observa de vez en cuando un colorido café muy marcado, y por lo general distingue a un individuo que proviene de las provincias australes. En la provincia de Concepción, la mezcla con los indígenas ha sido algo más frecuente, ya sea porque ciertos mestizos nacidos en territorio indígena se domiciliaron más tarde en el de los blancos, o bien porque existían en aquellas regiones reducciones importantes de indios convertidos y trasplantados. Como en todas las zonas fronterizas parecidas, la mezcla con los indígenas se limita casi únicamente a las regiones al sur del Bio-Bío, donde las últimas poblaciones de los blancos se encuentran en los cerros de San Pedro, y cerca del villorrio de Arauco, el que tiene muy escasa importancia. La pobreza de los indígenas de esas zonas apartadas es tan grande, que se presentan a menudo en las ciudades para solicitar trabajo, radicándose por lo general en ellas por el resto de su vida. Con más frecuencia que los hombres emigran las mujeres, que no sobrepasan el nivel moral de las indias propiamente tales y que se dedican a la prostitución en ciudades como Concepción, Chillán y quizás también Valparaíso. Las obliga a ello la miseria, y la opinión pública, que piensa en este punto en Chile por cierto de una manera distinta que en la frígida región boreal, las justifica. Cuando durante mi permanencia en Talcahuano un alcalde, adoptando medidas policiales, trató de impedir que estas mujeres continuaran aumentando y molestando al vecindario, resultó que las cuatro quintas partes de las detenidas pertenecían a la clase de mestizas que provenían desde la Frontera más lejana. Muchos mestizos de aquella región les deben su origen a las guerras realizadas desde hace trescientos años en la Frontera. Así como los indígenas robaban mujeres chilenas de acuerdo con su costumbre, cuya posesión era a menudo la causa de sus despiadadas correrías de rapiña, emprendidas sin declaración de guerra, los chilenos imitaron su ejemplo y llevaban consigo durante algún tiempo a las mujeres indígenas capturadas. En las provincias australes se conocen dos variedades de colores entre el blanco europeo y el café americano, designando a los individuos correspondientes con los nombres de cho-

los o chinos<sup>1</sup>. El primer nombre equivale al término de mestizo del peruano y de mamaluco del brasileño, refiriéndose a la mezcla directa de blancos e indios. Tales individuos son muy fáciles de reconocer, pues aun cuando el color de su cutis no siempre corresponde a su origen, siempre se conservan suficientes características inconfundibles. De un cuerpo menos enjuto que el indio, a menudo de estatura mucho mayor, el cholo es de espaldas anchas, cuello corto, brazos relativamente cortos, y tiene las pequeñas manos y pies de su madre cobriza. Su cabello es el del indio; es largo, tieso y duro, de color negro brillante, y crece hasta bastante debajo de la frente, la que es pequeña. Casi siempre tiene los pómulos salientes y la nariz algo aplastada y muy amplia en la base, debido a las ventanas grandes y ovales. Mucho más difícil es decir lo que sea un chino, pues incluso numerosos chilenos sostienen que este nombre es sinónimo del primero, mientras que otros afirman que este término debe aplicarse exclusivamente a los descendientes de blancos y cholos, es decir, que sólo tienen una cuarta parte de sangre indígena. Tienen color de oliva, y se distinguen por los ojos algo oblicuos, lo que constituye una característica muy marcada de todos los indígenas australes. Pero no se conservan como una variedad propia, pues se confunden luego con los mestizos o con los blancos. La diferencia que los separa en cuanto al color es tan pequeña, y los chilenos que llevan una vida a la intemperie, como los campesinos y arrieros, se presentan tan tostados por el sol, que parece imposible trazar una línea muy definida de división.

Todos los mestizos disfrutaban de la reputación de ser excelentes mozos, por lo cual son muy solicitados en el norte y sobre todo en la capital, siendo conocidos con el nombre ya señalado de cholos. La pobreza y la sumisión en que se criaban les daban un aspecto de modestia y humildad, que no posee siempre el chileno blanco de la clase sirviente. Existe en el sur un sistema especial para preparar buenos mozos. Los más pobres de los campesinos de origen no bien puro venden sus hijos a los pobladores de la ciudad, recibiendo un pago en dinero. Renuncian a toda reclamación, pero fijan la condición de que sus hijos sean educados con suavidad y que se les use únicamente como sirvientes. La ley no reconoce este trato, y si algún discípulo huye de la familia a que pertenece, no se le puede perseguir como en otros países a los esclavos negros. A pesar de la falta de un contrato obligatorio, ocurre raras veces que se aleje uno de estos niños adoptados y que son educados como sirvientes, antes de ser capaces de ganarse la vida por su propia actividad. Muchos permanecen en la familia que los adoptó hasta la edad de dieciocho a veinte años, sirviéndoles con lealtad, pues, por lo general, el chileno trata a los subalternos con suma amabilidad y en oca-

<sup>1</sup>Estas designaciones han desaparecido en Chile. Posiblemente se habían conservado hasta los tiempos de Poeppig, después de haber sido introducidos por tropas que luchaban en la Frontera y que habían sido reclutadas en el Perú, donde todavía se les conoce.— Nota del Traductor.

siones con una confianza que llama al principio grandemente la atención al europeo, que no la imita, por no estar acostumbrado a tal relación, y por lo cual dispone muy escasas veces de una buena servidumbre. Estos pequeñuelos comprados se crían desde la primera juventud junto con los hijos de la familia, y son tratados en la clase media de la misma manera que éstos. Sólo cuando tienen más edad reciben una pequeña remuneración, y muchos permanecen durante la mitad de su vida en la familia como mozos, más leales, por supuesto, que individuos extraños, cuyos servicios se han arrendado. El precio de estos niños varía de acuerdo con la edad, el sexo y el aspecto. Mestizos de Arauco, Nacimiento, etc., venden sus niños a veces por seis pesos fuertes, y yo mismo vi cómo el capitán de un buque mercante adquirió un muchacho bastante vivo por trece pesos, ganando mucho con este trato, pues se transformó dentro de corto tiempo en un excelente mozo. Es muy raro que los padres vuelvan a preguntar por sus hijos, pues las familias son tan prolíferas y pobres, que la nueva prole no les deja tiempo ni ánimo para recordarse de los descendientes que se han alejado. Los extranjeros se han admirado frecuentemente sobre este trato que existe en Chile, expresándose en oportunidades en forma de crítica acerca de la falta de cariño de parte de los padres, capaces de vender a sus propios hijos. Pero debe tenerse presente que muy pocas veces lo hacen blancos de descendencia pura, y es necesario haber sido testigo del cuidado y de la preferencia con que se trata a estos "cholitos" en las familias, para comprender por qué sus padres pobres se separan de ellos con facilidad, encomendándolos en la forma descrita. Si se prescinde de la remuneración en dinero, que es muy pequeña, este procedimiento es muy similar al que se usa en Europa, donde también los padres pobres lo consideran como una suerte poder desprenderse de sus hijos por medio de una especie de semiadopción, a menudo a base de condiciones mucho menos ventajosas. La obligación de prestar servicios que se practica en toda la América del Norte y que no afecta solamente a niños, sino también a adultos (*indenture*), es sin duda más severa y limita mucho más la libertad personal, pues quienes no la cumplan pueden ser perseguidos por la policía, siendo restituidos a su patrón.

Una situación muy diferente corresponde, sin embargo, a los "indiecitos", que se encuentran a menudo en familias chilenas. Es de conocimiento general que la mayoría de ellos han sido raptados, pues los indígenas que viven cerca de la Frontera se dedican al negocio de apoderarse de ellos al interior de la Araucanía, manteniéndolos en seguida algún tiempo en sus chozas, para venderlos finalmente al norte del río limítrofe. Igual suerte corren todos los niños que caen en manos de los indígenas de Arauco en sus frecuentes reyertas con los nómades de los Andes. El gobierno español no se ha preocupado de este negocio, o quizás no lo ha querido impedir, debido a que de esta manera muchos indios reciben una educación que difícilmente se les podría impartir en sus serranías y selvas. El gobierno republicano, sin embargo, ha limitado la venta de niños araucanos a la

provincia de Valdivia. Creyó de esta manera impedir el robo de niños, que tiene como consecuencia pendencias particulares sin fin y por lo general muy sangrientas. Al permitir las ventas en Valdivia, se supuso que sólo pocas familias de la cabecera de esa provincia estaban en situación de adquirirlos, pero ése fue un error, pues todos los veranos los indígenas conducen a sus prisioneros al Bío-Bío, aunque secretamente, donde se encuentran siempre con compradores, debido a que en Santiago se considera como un lujo poseer algunos de esos niños como sirvientes.

Como Chile jamás poseyó un número apreciable de esclavos negros, los mulatos nacidos en el país son muy raros. El clima, la forma como se trabaja la tierra y la situación política del país han sido, desde tiempos remotos, factores contrarios a la introducción de negros, o bien lo han impedido del todo. Sólo las familias más pudientes poseían uno que otro esclavo, más bien como una ostentación de nobleza que por su utilidad, y jamás se les ha empleado en el país para los trabajos no domésticos. No les hace bien el clima templado, y se encuentran sólo pocos en Valparaíso, Santiago y sus alrededores. En 1827 vivían en Valparaíso apenas ocho negros nacidos en el país, y en todo Chile su número no alcanza de ninguna manera a algunas centenas. Antiguamente eran algo más frecuentes, pero la guerra de la revolución ha reducido mucho su número. El general San Martín había organizado un fuerte batallón con los negros de las provincias de La Plata, antes de iniciar su célebre paso por los Andes. Una de sus primeras medidas consistió en derogar en Chile la esclavitud<sup>1</sup>. Los negros chilenos se incorporaron a la sección negra del Ejército Libertador, y cayeron en el Perú o en Chile bajo la espada española. Se afirma que habría existido una orden secreta de encomendarles siempre las misiones más peligrosas y de exponerlos al fuego más violento, pues habría habido el anhelo de librarse de ellos. Es posible que estas afirmaciones no confirmadas tengan su origen en el odio que los chilenos sienten ahora —no sin razón— por su libertador. Pero es seguro que regresaron muy pocos negros a Chile. En la provincia de Concepción han sido siempre tan raros como en el centro de Alemania, y muchos campesinos de esa provincia no han visto jamás uno. En Concepción no existía en 1828 ningún negro, y sólo en Talcahuano vivían tres o cuatro, llegados a Chile como sirvientes de extranjeros y permaneciendo en el país; provenían de las Indias Occidentales y Norteamérica.

Si, por una parte, la población de Chile se encuentra favorecida por las múltiples ventajas de su situación política y progresa con gran rapidez, lo que nadie podrá negar, está, por otra, menos expuesta a las influencias atenuadoras que se manifiestan en otros países en forma de las numerosas enfermedades que la afectan. No cabe duda de que los exagerados elogios prodigados por viajeros más antiguos al clima chileno sólo pueden ser admitidos con algunas restricciones, pero

<sup>1</sup>La esclavitud fue derogada en Chile en 1811.— Nota del Traductor.

puede aceptarse sin limitaciones cuanto se haya dicho sobre su relación con la salud. Es difícil hallar en todo el globo terrestre otro país de igual extensión cuyos habitantes se encuentren en igual grado libres de enfermedades. Ni la gran sequía de las provincias septentrionales, ni las prolongadas lluvias invernales del sur, desempeñan una influencia sensible sobre la duración de vida y la salud de los habitantes.

Algunos de los países vecinos sufren por males epidémicos que será difícil extirpar por medidas policiales o prescripciones médicas. En Mendoza y San Juan, dos provincias sólo separadas de Chile por el cordón andino, el bocio se encuentra propagado en tal forma en todas las clases sociales, que el aspecto de muchos individuos es repugnante, y también el cretinismo es frecuente. Este último es desconocido en Chile, y de la primera enfermedad se observan muy raras veces algunos indicios entre campesinos que viven en la parte boreal al pie de los Andes, pero no existe entre la población de los valles andinos siempre verdes de la provincia de Concepción.

Apenas se cruza el trópico del Capricornio y se desembarca en la costa del Perú, el viajero se encuentra expuesto al peligro de las tercianas, de que no escapará ningún extranjero si permanece durante un tiempo prolongado en el país; cualquier descuido es suficiente para contraer esa fiebre, difícil de sanar, aun prestándole el mayor cuidado y el plan de curación más inteligente. En el clima de Chile, en cambio, no sólo no existe el peligro de poder contraer esta enfermedad, que nunca termina sin dejar algunas consecuencias, sino que es fácil sanar de ella sin necesidad de medicamentos, por lo cual se dirigen anualmente algunos peruanos al país para volver sanos.

El excelente estado de su salud, que de ninguna manera es sólo una herencia de las clases bajas, y en todas partes más robustas, se lo deben los chilenos, parcialmente, a la regularidad de los fenómenos meteorológicos, a las graduales transiciones de una temperatura a otra y a la falta de saltos violentos, capaces de conmover en la Europa boreal incluso a las constituciones más fuertes. Los propios individuos pudientes de Santiago no conocen las plagas tan comunes en la burguesía acomodada de las ciudades. La pureza del agua potable, la falta de pantanos y de selvas húmedas y, por último, los vientos que nunca descansan, contribuyen, por su parte, a mejorar el estado sanitario del país. Las epidemias ocasionalmente introducidas pierden pronto bajo el cielo de Chile su carácter virulento. A pesar de las frecuentes comunicaciones, las calenturas pútridas infecciosas de Guayaquil han sido propagadas muy raras veces a Valparaíso. Se recuerda haberse presentado una sola vez, a principios de nuestro siglo. Aquella enfermedad causó entonces numerosas víctimas en los puertos boreales, y todos estaban de acuerdo en que se trataba de una epidemia introducida. Conforme a la descripción, era parecida a la fiebre pútrida que se desarrolla anualmente en la zona tórrida y que se propaga a menudo a países vecinos; en Chile no ha vuelto a presentarse.

Sólo las viruelas son frecuentes, ocasionando en algunos años muchas víctimas. Nadie está en situación de indicar con precisión de dónde provienen después de haber desaparecido durante largo tiempo, pues una opinión traslada su lugar de origen al Perú y otra a la Araucanía. La primera es la más verosímil, pues las comunicaciones con el Perú son más corrientes, y la enfermedad se presenta casi siempre primero en los puertos marítimos. Las epidemias aparecen comúnmente a fines del invierno, entre julio y noviembre, adquiriendo un carácter maligno cuando las lluvias se ven interrumpidas con una frecuencia mayor que la normal por días serenos y calurosos, y se cree en forma general que un tiempo permanentemente húmedo de invierno favorece la extinción de la epidemia en mayor grado que el tiempo cambiante y mucho más agradable que se presenta a principios de la primavera. El desaseo de las viviendas y los hábitos de las clases bajas entre los pobladores de los puertos favorecen la propagación de esta peste, que suele presentarse en forma muy benigna cuando vuelve a reaparecer, pero que se torna casi siempre maligna después de haber durado algún tiempo. Esta única enfermedad epidémica del país se puede volver fácilmente peligrosa por un tratamiento equivocado de parte de la población. Se abusa con toda clase de medicamentos caseros, se coloca al enfermo en el rincón más estrecho y oculto de toda la casa, donde se le rodea de braseros, casi asfixiándolo debajo de frazadas de lana, y se impide toda renovación del aire, lo que representa en conjunto un tratamiento observado con cada enfermedad. Por lo demás, la peste no se presenta todos los años en forma tan perniciosa, y se afirma haber observado que su carácter general ha mejorado desde hace algunos decenios. A veces se presenta sólo en determinadas provincias, sin propagarse mucho más allá de sus fronteras, a pesar de no establecerse cordones sanitarios o adoptarse otras medidas para impedir su propagación. De vez en cuando sus estragos son enormes, como ocurrió en 1828 en la provincia de Concepción, donde la sola capital contó cerca de 500 muertos, es decir, casi la novena parte de la población. Muy raros son los casos de una mortalidad tan espantosa como la que hubo en 1831 y 1832. La inoculación de la vacuna se conoce en Chile desde hace más o menos treinta años, cuando llegó por primera vez al país en un buque de guerra enviado por el gobierno español. A pesar de no existir entre los campesinos un obstinado prejuicio en contra de la aplicación de la vacuna, como ocurrió antaño en la Europa civilizada, se hizo poco para difundirla en el pueblo, pues se consideraba innecesario hacerlo en los lapsos entre una epidemia y la siguiente. La indolencia de los campesinos fue siempre muy grande a este respecto, y los débiles empeños del gobierno español para vencerla no tuvieron éxito. El grado que alcanzó el mal (en 1832) y en especial el espíritu público que se desarrolla en el país de una manera cada vez más enérgica, permitieron organizar juntas de vacuna que, ayudadas por el gobierno, tenían por objeto propagar la vacunación y proporcionar este beneficio gratuitamente a los pobres. Fueron establecidas en Santiago, Val-

paraíso, Rancagua, Aconcagua (San Felipe), Santa Rosa (Los Andes), Concepción, Valdivia y Chiloé (Ancud), contratando en estos lugares médicos para aplicar la vacuna, pero uno solo en cada provincia, debido a que los recursos no permitieron realizar mayores gastos<sup>1</sup>. Fue una suerte que el médico Alvear, uno de los contratados, descubriera la vacuna también en las vacas chilenas, de modo que ya no fue necesario importarla desde Francia o Norteamérica. Inducido por el temor, el pueblo se presentó ahora en masa, sin necesidad de ser invitado, de modo que el número total de vacunados entre junio de 1830 y 1832 se elevó a 37.834. Entre los indígenas, la peste produce mayores estragos que entre los chilenos, de modo que no es de extrañar que manifiesten un verdadero terror ante esta enfermedad. Tan pronto se observan síntomas de las viruelas en un miembro de una horda nómada, ésta abandona rápidamente el lugar, que se encuentra por lo general al lado de alguna corriente de agua. El afectado, a quien se deja harina de maíz para alimentarse y un caballo, es abandonado a su suerte, y se le prohíbe acompañar a los que se alejan; si sobrevive a la causa de esta triste expulsión, podrá más tarde volver a reunirse con los suyos. Entre los pueblos que viven al oriente de los Andes, el temor es mucho mayor, y se afirma que bajo su influencia actúan en forma tan inhumana que queman sin misericordia a los enfermos con todos sus haberes en sus chozas.

Es difícil indicar cuáles son las enfermedades predominantes en Chile, pues las listas de los hospitales e incluso las nóminas de las causas de muerte de las clínicas particulares de la capital, que se dan a conocer al público de acuerdo con la ley, suministran poco material aprovechable para juzgarlas, pues no se puede tener una confianza absoluta en los diagnósticos de todos los médicos. Pero parece desprenderse de ellas, como también de observaciones propias, obtenidas en una permanencia prolongada, que las enfermedades agudas son menos frecuentes y pocas veces mortales, excepción hecha de las fiebres tifoideas. E incluso en afecciones de esta última índole, los mejores médicos, entre quienes debe nombrarse en primer lugar el meritorio protomédico Dr. G. C. Blest, un inglés, opinan que raras veces se extingue repentinamente la fuerza vital, como ocurre en los países más fríos de Europa o en la zona tórrida, asegurando que por tal motivo se presenta un campo favorable para usar medicamentos. La mortalidad es más grande en las ciudades que en el campo, pero parece que la duración de vida en todo el país fuera mayor que en el Perú, donde sólo la gente de color y los indígenas alcanzan a una edad avanzada. Un número apreciable de los campesinos mueren por agotamiento, a una edad que no están en condiciones de precisar. Un

<sup>1</sup>El sueldo de los médicos contratados para la vacunación variaba, de acuerdo con la actividad que les correspondía desempeñar, entre 240 y 480 pesos anuales. La institución exigió un gasto total de 4.952 pesos al año. Es éste el dato oficial publicado en el diario de Santiago ("El Araucano", 1832, N.º 97).

número no pequeño de individuos sufren una muerte más o menos violenta, en parte por caídas del caballo, a los que hacen correr en forma loca sobre todo en las fiestas, justamente cuando el consumo de vino los incapacita para ello, y muchos mueren de las heridas que se infieren entre ellos cuando se insultan con palabras relativamente moderadas.

Entre las enfermedades crónicas, la más frecuente es la sífilis, aquel terrible mal a que algunos atribuyen un origen americano, y que se conoce en Europa desde hace algunos siglos. Debe ser considerado como epidémico en Chile, pues se presenta también en las aldeas más alejadas. El hecho de que esta enfermedad, que en toda la América del Sur es mucho menos espantosa que en la Europa boreal, no provoque los estragos que podrían ser motivados fácilmente por su tratamiento inadecuado, debe atribuirse a una influencia muy benéfica del clima. El campesino observa una dieta, consume una cocción de zaparrilla y sana frecuentemente por completo sin emplear medicamentos metálicos; pero en las ciudades esta enfermedad se presenta en forma menos benévola, lo que sin duda se debe atribuir, en parte, a la charlatanería, representada aquí, como hasta en los rincones más alejados del mundo no europeo, por el remedio universal de Leroy, con razón mirado de reojo, como también por muchos otros *Nostrum*, que se han conservado desde la época de los españoles. Los médicos de todos los buques de guerra se quejan que en ninguna parte de la costa sudamericana la tripulación se contagia con más frecuencia de la sífilis que en Valparaíso. En las listas de los hospitales aparecen a menudo la mitad de los enfermos como contagiados por esta enfermedad. No es frecuente entre los indígenas de Chile, y se dice que es desconocida entre las tribus que viven al otro lado de los Andes.

Hasta una época reciente, muchas de nuestras enfermedades europeas eran desconocidas. Casi parece, sin embargo, que con la propagación de la civilización superior de nuestro continente hubieran sido trasplantados a Chile también muchos males que pocos se inclinarán a considerar como una consecuencia del estado en que se encuentra nuestra sociedad. Como una enfermedad de esta índole debe nombrarse sobre todo la escarlatina, desconocida hasta 1831, pero que en ese año se presentó repentinamente como una epidemia violentísima, que causó más víctimas en las clases inferiores, por lo que se desprende de las listas oficiales<sup>1</sup>. Si bien esta enfermedad desapareció entre tanto, es posible que reaparezca en el futuro, una vez que se vuelvan a conjugar las causas atmosféricas que la generan. La opinión

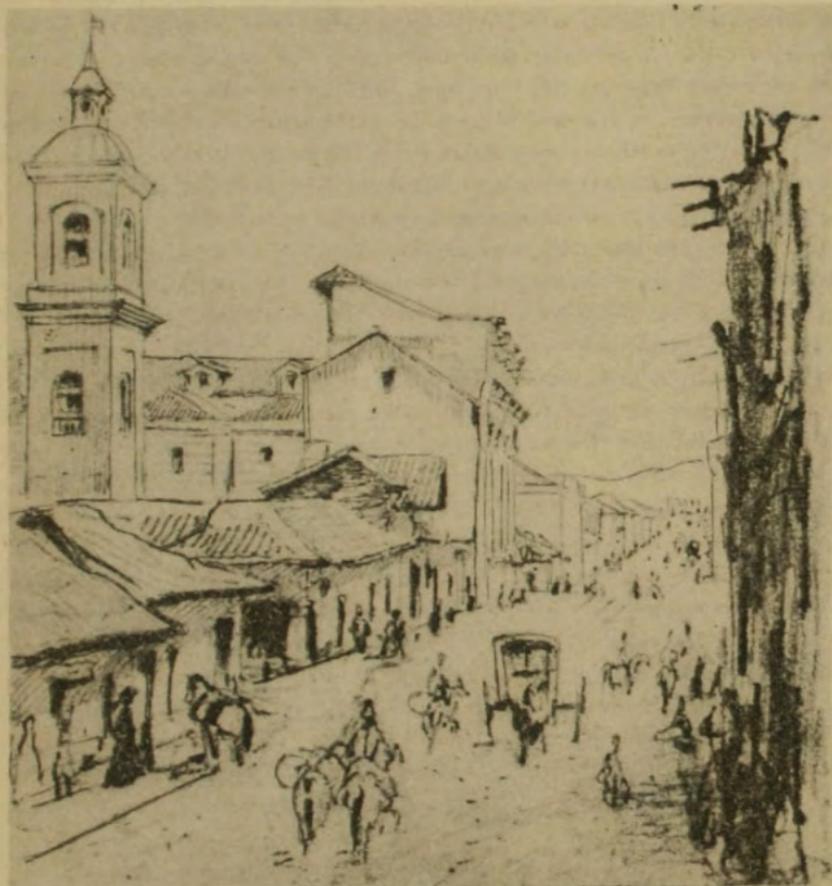
<sup>1</sup>Sólo en Valparaíso se enfermaron 547 personas entre el 2 y el 8 de enero de 1832. A la cabeza figuran las mujeres, con 183 casos, correspondiendo la menor frecuencia a los niños, con 118. Pero la epidemia fue benévola, pues según el informe del ya nombrado protomédico hubo sólo 25 casos malignos (en la forma de la *F. scarl. miliaris*), en que se presentó una transición hacia el tífus. Pero aun de ellos falleció sólo la cuarta parte, y de todos los enfermos, la duodécima.

muy generalizada de los chilenos, según la cual la enfermedad habría sido introducida por un buque llegado desde Europa, no necesita ser refutada<sup>1</sup>.

La práctica de la medicina se encuentra en Chile todavía en un estado muy bajo, pues sólo en los tiempos más recientes los médicos disfrutaban del respeto público. Hace unos veinte años, esta actividad se hallaba todavía en manos de gente muy ignorante o de color, conceptuada a un nivel sólo poco superior a la de un barbero. Faltaban entonces mucho más que ahora los institutos para preparar médicos científicos. La administración de los hospitales estaba en manos de monjes, que aplicaban las medicinas de acuerdo con antiguas tradiciones, y los escasos médicos preparados, que tenían que obtener sus conocimientos en Europa, encontraban en Lima un campo mucho más ventajoso que en alguna parte de Chile. Ahora ocurre lo contrario, pues el número de los médicos, en su mayoría extranjeros, es casi demasiado grande para el país, y en Santiago existe un colegio en que se enseña la medicina, aunque conforme a un plan algo compendioso. Pero en el campo hay una escasez tan grande de médicos, que la llegada de un europeo que revele conocimientos de la naturaleza es como una señal para que concurran todos los enfermos de los alrededores a fin de pedirle consejos, que aceptan con la mayor credulidad. Si uno lleva medicamentos consigo y reparte algunos ocasionalmente, puede estar seguro de recibir visitas desde todas partes y de ser invitado a sanar muchos antiguos males, para lo cual serán insuficientes los instrumentos que llevará consigo y que tal vez ni siquiera un médico experimentado del centro de Europa sería capaz de mejorar. La medicina es desempeñada entre los campesinos sobre todo por las parteras, que no trepidan en pedir en caso de duda el consejo de indias ancianas, por atribuirles, en parte, mayores conocimientos de las yerbas indígenas y, en parte, tener la certeza de que poseen conocimientos mágicos. Los campesinos conocen muy bien las propiedades medicinales de las plantas chilenas, cuyo número es, en efecto, extraordinariamente grande para un país no tropical. A ciertas plantas se atribuyen aun propiedades que no poseen, y otros remedios han sido consagrados por la superstición. Aquellas partes de los animales que se presentan como muy desarrolladas son consumidas en diversas preparaciones cuando se enferman las partes correspondientes del cuerpo humano. Así, los ojos de aves de rapiña, transformados en carbón, se emplean para sanar enfermedades de la vista; las garras del cóndor, para tratar dolores de gota en las manos, y se comen lagartijas de cuero liso para hacer desaparecer enfermedades sarnosas. Para los casos corrientes, es suficiente la simple materia médica del país, y es de desear que pasen muchos años antes que llegue a ser insuficiente por la introducción de nuevas enfermedades, por las consecuencias del mayor lujo y por el incremento de la población.

<sup>1</sup>La escarlatina, como enfermedad infecciosa, no tiene su origen en factores atmosféricos, sino en un bacilo, que bien pudo haber sido introducido por un buque llegado desde Europa, como afirmaba la opinión pública.— Nota del Traductor.

Santiago es tan accesible y tan atrayente para los extranjeros que llegan a Valparaíso, y ha sido visitado con tanta frecuencia, que parece difícil agregar mucho a las descripciones que ya han intentado tantos. Situada en una región muy pintoresca, disfrutando de un clima que es considerado como excelente aun en Chile, pero que llama la atención al porteño por sus inviernos más fríos; rodeada por los campos mejor cultivados del país, esta ciudad reúne, como sede del gobierno y de las familias más antiguas y mejor situadas del país, una serie de ventajas que inducirían a todos los extranjeros a domiciliarse de preferencia en



30. CALLE AHUMADA EN SANTIAGO. *Rugendas.*

El dibujo representa la esquina de la calle de Ahumada con la de La Compañía. El edificio grande es la catedral, que no tenía torres y cuyo campanario se encontraba aislado. Sigue hacia el fondo la calle Puente, así llamada por desembocar en el Puente de Cal y Canto. La capital tenía un aspecto aldeano. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

ella, si sus negocios no los obligaran a permanecer en el puerto. Los institutos científicos, que existen en Chile no sólo en proyectos, sino que han comenzado a florecer alegre y prometedoramente bajo la dirección de inteligentes directores, han sido concentrados con razón en Santiago, pues en realidad las ciudades de las provincias todavía no ofrecen las condiciones necesarias para que prosperen tales instituciones en su seno. Pero no faltan en la zona austral dos liceos, que se encuentran en Talca y Concepción. La universidad propiamente tal de Santiago no dio nunca señales de vida de alguna importancia y murió de una muerte natural. Su lugar no estaba ocupado en 1827 por ninguna otra institución, pero más tarde el gobierno enérgico instaurado en el país supo satisfacer una exigencia general por medio de la creación de un llamado colegio, en que la enseñanza se imparte al parecer en forma algo enciclopédica, por falta de un número suficiente de profesores, pero donde se aprende en muchos sentidos más que antes en la universidad. El sistema de enseñanza está reglamentado en forma detallada por el gobierno, correspondiendo la supervigilancia al Ministerio del Interior. A pesar de los recursos limitados de que se dispone, se ha logrado instalar incluso un jardín botánico, antes sólo existente nominalmente. En 1827 ya existía el proyecto de fundar una escuela militar, llevado a efecto más tarde, lo que permitió cumplir así una verdadera necesidad, pues los oficiales del ejército chileno pertenecían en gran parte a las clases bajas, debiendo los grados que ocupaban a su valentía en el campo de batalla. Al relatar la estada en el teatro de guerra austral, habrá oportunidad para dar a conocer diversos antecedentes que retratan en forma precisa el estado del ejército republicano. Cuando yo estuve en Chile, había entre el número relativamente considerable de oficiales un solo chileno que había recibido una enseñanza militar superior y que personificaba casi solo el cuerpo de ingenieros militares: el general Borgoño, un personaje que se caracterizaba también en su vida particular por su educación y amabilidad.

Gracias a los mayores recursos de que dispone, la sociedad de la capital se distingue por su mejor educación y costumbres más refinadas, pues si bien se buscarán en ella en vano ciertos hábitos que llamaban la atención hace todavía pocos años a los extranjeros y que merecían de parte de ellos un juicio no siempre muy benevolente, no desaparecieron junto con esas costumbres anticuadas y extrañas la amabilidad nacional y la obsequiosa urbanidad que caracterizan a todo el pueblo. El extranjero, sobre todo aquel que llega al país persiguiendo fines científicos, hallará siempre la más amable acogida, y si no encuentra el apoyo que precisa para lograr sus objetivos —un apoyo que le será menos necesario en Chile que en las regiones no civilizadas de la América tropical, pero que en todo caso le será de gran utilidad—, deberá atribuirse la causa de ello a sí mismo en la mayoría de los casos.

Como en todas aquellas repúblicas de reciente formación, la política desempeña un papel importante en todas las conversaciones, y para el

extranjero es a veces difícil participar en ellas sin que se trate de comprometerlo a favor de uno u otro de los partidos. A menudo, le son formuladas preguntas que revelan la intención de solicitar un pronunciamiento directo de parte del europeo, a quien se atribuye un juicio más tranquilo sobre el objeto en discusión; cuando ella se refiere a asuntos públicos, participan también las mujeres con gran apasionamiento.

Los pueblos de la América del Sur han cambiado substancialmente su régimen político, conservando muy poco de las instituciones anteriores en la nueva situación creada, ya fuera para su beneficio o perjuicio, de modo que no se consideran ligados con el pasado. Una consecuencia forzosa de este hecho consiste en que los miembros de la sociedad que han sido capaces de absorber las nuevas ideas y que se encuentran, por lo tanto, por así decirlo, bajo la influencia de una juventud espiritual, han logrado una clara mayoría, aunque muy discutida. Por esta razón, se observa a menudo que personas de cierta edad reconocen con alguna vergüenza su situación de inferioridad, expresándose en forma menos favorable acerca del nuevo orden, que las ha postergado a segundo lugar. Es muy importante tener siempre en vista estas situaciones al juzgar el carácter popular, o al menos las relaciones existentes entre las clases superiores de un país que se halla en esta situación. No puede aplicarse nuestra medida europea a pueblos que están todavía en formación y acerca de cuya historia cultural anterior no disponemos de los documentos escritos desde hace siglos por testimonios oculares, a que podemos recurrir cuando tratamos de estudiar el desarrollo de un pueblo europeo. Una parte muy considerable de la población actual había alcanzado la edad madura antes que estallara la revolución, por lo cual se encontraba nutrida de ideas y opiniones que no cedieron fácilmente su sitio a las nuevas doctrinas. Fue imposible evitar que se generara el partidismo, donde se lesionaron numerosos intereses particulares por el cambio radical de las condiciones existentes desde tres siglos y que eran una consecuencia de la política realizada por los españoles en sus colonias. Cuanto mayor había sido antes la opresión, tanto más desenfrenadas tenían que estallar las pasiones; y cuanto menos desarrollada estaba la educación, tanto mayores tenían que ser algunos desaciertos lamentables. Debido a que el partido adicto a la causa antigua era poderoso, le fue posible resistir durante largo tiempo, y lo que no podía lograr por la fuerza, lo procuró conseguir por la astucia e intriga. Estas luchas se desarrollaron sobre todo en Santiago, donde adquirieron también a menudo un carácter sangriento, y esto habría continuado así durante largo tiempo si el carácter nacional no se distinguiera por su inclinación a meditar sobre los problemas y llegar a conclusiones precisas, un rasgo que se encuentra mucho menos desarrollado entre los demás sudamericanos y que falta por completo a los vecinos peruanos.

En el tiempo cuando yo estuve en Chile, ya la capital estaba cansada de la agitación revolucionaria, y el contenido de las apasionadas discusio-

nes que se libraban no era la emancipación de España, sino las medidas necesarias para establecer un nuevo orden en el caos imperante. Con toda claridad se reconocía que la experiencia práctica no correspondía de ninguna manera a las teorías proclamadas, pues la Constitución del Presidente Pinto, promulgada poco después (en 1828), era un instrumento netamente teórico, muy poco apropiado para el país, y expuesto, por consiguiente, a ser revocado, lo que se esperaba ya en aquel tiempo de un modo general y que ocurrió al segundo año. El partidismo, que existía sólo en forma latente o se limitaba a discusiones vanas en la sociedad, estalló de nuevo; el Presidente trató de reconciliar a los partidos, con el resultado de transformar a ambos en sus enemigos, y finalmente una transgresión de la Constitución dio motivo para que estallara una guerra civil, para la cual todos se habían preparado mucho antes. Se formó un doble gobierno. Los generales, los soldados y el pueblo se adhirió a uno u otro; siguieron campañas militares, combates terrestres y marítimos y todas las demás consecuencias de una guerra civil, hasta que se restableció la tranquilidad en 1830. Triunfó el partido de los pelucones o estancieros, quizás para el bien del país, pues a pesar de haber sido acusado de tener simpatías por los principios españoles anteriores a la revolución, le pertenece la gran mayoría de las personas ilustradas y pudientes, y está sin duda mucho más preparado para hacerse cargo del gobierno que el partido contrario, que es demagógico, ignorante y está compuesto principalmente por militares inútiles, es decir, por elementos muy análogos a los que gobiernan desde años en Buenos Aires y Lima, con resultados funestos y provocando un espantoso desorden. Ha sido un título de honor a favor de la prudencia y del espíritu humanitario de este partido triunfante haber demostrado una gran moderación después de la victoria lograda, pues no tuvo culpa directa en asesinatos cometidos a sangre fría, como el del coronel Tupper, de origen británico.

Esta revolución, que fue probablemente la última violenta que experimentara Chile, ocasionó, como es natural, muchos males, pero produjo también muchos beneficios. Como de costumbre, el partido triunfante encontró las cajas fiscales vacías al asumir el mando, pues los recursos del país se encontraban agotados, y el único más estable de ellos, el comercio, estaba arruinado, o al menos muy deprimido por la falta general de confianza; la opinión pública se hallaba muy excitada, siendo difícil de tranquilizar, y numerosos enemigos, aunque vencidos, esperaban el momento propicio para provocar una nueva conmoción. Se reconoció que sólo era posible evitar otra catástrofe por medio de una gran vigilancia y energía y, sobre todo, por una ordenación de las finanzas públicas. En todo país en que se juntan la ignorancia con el partidismo, para producir incesantes cambios, es sin duda una gran ventaja que se generalice la convicción acerca de la necesidad de establecer un orden definido, aun pagando como precio algunos sacrificios. Si hasta entonces los chilenos se habían preocupado poco por los cambios en el gobierno y contemplaban con indiferencia peruana

las despreciables maquinaciones que muchas veces no se extendían más allá de la Plaza de Armas de la capital, quedó en claro en 1830 que habían pasado en Chile los tiempos en que un coronel podía hacer revoluciones a su gusto a la cabeza de un batallón. El pueblo se mostró ahora resuelto a no admitir más tales hechos como simples niñerías y a oponerse decididamente, con mano armada, tanto a los perturbadores demagógicos del orden como a los opresores de la libertad del pensamiento; la consecuencia de este descubrimiento fue la confianza pública, pues mientras que la clase superior de la población se convenció de que había terminado el juego con las revoluciones, que desde entonces tenían que resultar muy sangrientas, los gobernantes comprendieron que su salvación sólo podía consistir en una administración justa y honrada; y estas convicciones fueron de beneficio para todos.

Una vez restablecida la tranquilidad, la primera preocupación del gobierno consistió en ordenar las finanzas, pues esta arma del Estado se encontraba en completo desorden. Faltaban circulante y crédito; no se podían imponer por la fuerza nuevos empréstitos forzosos de parte de un gobierno amenazado desde diversos puntos, y no se podía pensar bajo tales circunstancias en lograr nuevos empréstitos ordinarios. De este modo, sólo la reducción de los gastos y las economías eran los medios adecuados para restablecer el equilibrio, y por primera vez desde la revolución resultó que no sólo eran suficientes las entradas del país para sufragar los gastos, sino que era posible pagar al mismo tiempo antiguas deudas y hacer gastos extraordinarios para el progreso del país, y si Chile ha hecho tan grandes progresos desde hace dos años, la causa consiste únicamente en este mayor orden conseguido.

En todos los libros sobre Chile citados hasta ahora se encuentran estimaciones de las entradas y gastos del Estado. Lo dicho más arriba acerca de la población rige también respecto de todos los datos estadísticos de estos países. Faltan suficientes antecedentes, pues si bien de vez en cuando la administración ha procurado conseguir datos e introducir el orden, ocurría que las autoridades subalternas la engañaban, o se mantenía tan corto tiempo en el poder, que no alcanzaba a conocer la verdadera situación. Incluso el gobierno actual no se ha atrevido a presentar todavía un presupuesto, excusándose con el gran desorden en que se encontraban las diversas ramas de la administración. Lo que se escribe aquí sobre esta materia, en especial en lo referente a números, se basa en las estimaciones de don Diego Portales, un personaje de gran categoría, ilustrado y realmente meritorio, jefe del partido de gobierno. Deben considerarse como comunicaciones privadas, pero el Ministro no consideró necesario someter las cifras a muchas modificaciones al hacerlas públicas, pues en la estimación se había prescindido de toda expectativa no justificada, ateniéndose a los hechos. Se logró desde la revolución de 1829 hacer coincidir los gastos con las entradas, pero todos los años se había

producido un pequeño déficit, debido a que el gobierno no se resolvió a contraer deudas en efectivo, ni a usar las emisiones de papel moneda, ajustándose en forma estricta al principio de hacer todos los gastos al contado. Sin duda, era éste un camino seguro para hacer economías, pues parece increíble la exorbitante tasa de los intereses que tenía que pagar antiguamente el gobierno para lograr un poco de crédito. Este déficit fue cubierto hasta 1833 por medio de pequeños e inocentes arbitrios, esperándose lograr excedentes desde ese año en adelante. En tiempos de O'Higgins (1822), se contrató en Londres un empréstito por valor de 1.000.000 de libras esterlinas, al 6% de interés anual. Se había pensado destinarlo al fomento de la industria y de las escuelas, pero posiblemente no se gastó un solo peso en esos objetivos, pues las expediciones terrestres y marítimas bajo San Martín y Cochrane consumieron casi todo el dinero, y un pequeño resto fue derrochado bajo la administración del general Freire, que vino a continuación. Los intereses de este capital están vencidos ya tantos años, que el gobierno británico se ha visto obligado a hacer serias advertencias. Por otra parte, Chile reclama 5.000.000 de pesos fuertes al Perú, como contribución a los gastos de las guerras libertadoras en este último país, pero tal deuda no ha sido reconocida, siendo probable que jamás se la pagará, en atención a la situación desesperante en que se encuentra el Perú. De todas las cargas que afectan al nuevo gobierno de Chile, ninguna es más pesada que aquel empréstito contratado en forma tan imprudente y derrochado de una manera tan loca, el que será preciso pagar tarde o temprano y acerca del cual ya se trata de llegar a un acuerdo con los acreedores europeos.

En 1828 se creó una deuda interna. Desde la expulsión de los españoles, un número muy grande e innecesario de oficiales del ejército consumían una parte considerable de las entradas, como verdaderos zánganos. Por lo general sin educación, a menudo sin ocupación, acostumbrados a una vida errante, enemigos de toda actividad civil y más contagiados por el vicio nacional del juego que cualquiera otra clase, esta gente era incansable en hacer exigencias, en parte justificadas, pero que no los libraban del cargo de carecer de disciplina. Muy distantes de poseer el espíritu militar de los pretorianos romanos, los superaban en su inclinación a hacer revueltas y a modificar la Constitución por la violencia, y estas intervenciones no se basaban de ninguna manera en exigencias políticas, por equivocadas que fueran, sino exclusivamente en el afán de saquear las arcas públicas. Cada nuevo cacique de un grupo militar que lograba el reconocimiento, no se olvidaba de gratificar en forma magnífica a sus partidarios victoriosos a expensas de la nación, y cuando hacía esta remuneración general, no se olvidaba tampoco de su propia persona. El Presidente Pinto, que también llegó al poder por una revolución militar, reconoció ya en 1828 los peligros de tales instrumentos, tratando de neutralizarlos después de haberse servido de ellos. Se propuso reducir el cuerpo de oficiales por medio de una indemnización, pero los "oficiales reformados" estaban con

ello tan poco conformes, que durante su permanencia en medio del ejército de la Frontera, el descontento había adquirido tales proporciones, que se esperaba un estallido. El partido revolucionario que triunfó en 1829 aprovechó de inmediato su supremacía. Disminuyó el ejército, dando de baja a todos los generales y oficiales del partido contrario, sin perdonar a los neutrales que se habían negado en un principio a reconocer al nuevo gobierno, y este procedimiento lo colocó en situación no sólo de pagar mensualmente en efectivo en 1831 a sus funcionarios y a los militares que permanecieron en el servicio, sino de cancelar poco a poco lo que se debía a los dados de baja hasta el día en que habían sido borrados de las listas del ejército. A todos los oficiales ya innecesarios, pero que tenían haberes a su favor, o que creían tenerlos, se entregaron determinadas sumas, según su rango y merecimientos, en forma de títulos de la deuda pública creados al efecto, debiendo renunciar expresamente a toda reclamación posterior. Esos títulos (papeles de reforma) se emitieron hasta un total de 600.000 pesos, con el 6% de interés anual, desahuciando en esa forma un número equivalente de oficiales. Al mismo tiempo fue creado un fondo de amortización, y se anunció que se emitirían otros títulos para el mismo fin, una vez amortizados los anteriores. El gobierno ha pagado estrictamente los intereses y amortizaciones, de modo que en diciembre de 1832 sólo circulaban títulos de estas obligaciones por valor de 418.500 pesos fuertes.

Además de estas dos deudas públicas consolidadas, hay otras que provienen de tiempos antiguos, reconocidas en parte, y, en parte, consideradas como injustificadas, cuyo servicio no ha sido atendido. Los reclamos reconocidos por el Congreso Nacional han sido amortizados en su mayoría desde 1830, como también todos los emolumentos adeudados, cuyo total no excedía de 400.000 pesos. Estos títulos son cotizados en el comercio del 25 al 28% de su valor, mientras que el de los no reconocidos es mucho menor, pues sólo en los casos autorizados por el Poder Ejecutivo es posible venderlos al 5% de su valor nominal. Los papeles de reforma son cotizados al 50% de su valor nominal, es decir, a la par, pues como devengan sólo el 6% de interés, no pueden tener en Chile una cotización superior, de acuerdo con el interés vigente en el país. No existen en el país asignados u otro papel moneda de uso público, pues el gobierno hace todos los pequeños pagos al contado y los mayores por medio de letras giradas a las aduanas, pagaderas en cuatro meses, las que sólo circulan en las casas comerciales más importantes.

Las entradas del Estado han sido conceptuadas comúnmente en 1.500.000 pesos; en el promedio de 1825 a 1830 fueron de 1.736.800 pesos. Como consecuencia de las revoluciones, de la gran sequía del año anterior que arruinó el ganado en la zona norte y de los precios extraordinariamente bajos del trigo (en 1831 se pagaron al interior sólo 13 reales por la fanega de trigo), la

entrada del Estado fue en 1831 de sólo 1.509.000 pesos. Por medio de economías y del buen orden establecido, se logró impedir las consecuencias desfavorables en tal grado, que a fines de 1832 las entradas volvieron a aumentar a 1.634.633 pesos<sup>1</sup>.

El Ministerio de Hacienda estimaba las entradas de la república para 1833 de la siguiente manera:

Aduanas de Santiago y Valparaíso <sup>2</sup> . . . . .	\$ 800.000
Diezmos de las provincias boreales y centrales . . . . .	200.000
Diezmos de la provincia de Concepción <sup>3</sup> . . . . .	60.000
Estanco (monopolio del gobierno en el tabaco, licores, naipes, etc.) . . . . .	350.000

<sup>1</sup>Mensaje del Presidente Prieto al Congreso Nacional, de 1833.

<sup>2</sup>Entradas brutas de las aduanas de

	Santiago	Valparaíso
1828 . . . . .	\$ —	\$ 365.380
1829 . . . . .	412.088	547.254
1830 . . . . .	378.801	466.941
1831 . . . . .	329.346	369.838
1832 . . . . .	370.054	470.947

<sup>3</sup>Diezmos del trigo de la provincia de Concepción en 1827:

Partidos	Fanegas	Partidos	Fanegas
Quinlue . . . . .	4.000	Conuco . . . . .	1.500
Cauquenes . . . . .	5.000	Florida . . . . .	2.500
Linares . . . . .	5.000	Pemuco . . . . .	1.500
Parral . . . . .	3.000	Rere . . . . .	1.800
San Carlos . . . . .	3.000	Hualqui . . . . .	1.200
Chillán . . . . .	3.000	Yumbel . . . . .	500
Quirihue . . . . .	3.000	Tucapel . . . . .	500
Ninhue . . . . .	2.000	Total . . . . .	<u>37.500</u>

<sup>4</sup>Esta estimación de los diezmos, que fue suministrada por los señores Palma y Mathieux, este último francés, quienes fueron durante mucho tiempo los arrendatarios de la cobranza, demuestra la importancia que correspondía a la entrada en las provincias australes aun en el triste estado en que se encontraban en aquel tiempo. La permanencia entre los campesinos de aquella provincia me permitió conocer más tarde numerosos fraudes que se emplean para eludir una contribución tan gravosa, de modo que la entrada efectiva de aquella provincia parece ser superior en 25.000 fanegas, lo que también admiten los arrendatarios, y es muy probable que la producción efectiva sea de 420.000 fanegas, en vez de las 375.000 por las que se pagó el diezmo. Si se admite un precio medio del trigo de 18 reales de plata, el verdadero valor de los diezmos efectivamente cobrados habría sido ya en 1827 de 84.375 pesos fuertes. Como desde entonces la agricultura de la zona austral ha mejorado en forma muy sensible, es fácil de comprender lo que pierde actualmente el gobierno debido al equivocado sistema de cobranza de aquella renta.

Papel sellado . . . . .	\$	25.000
Patentes <sup>1</sup> . . . . .		20.000
Catastro y alcabala . . . . .		100.000
Aduanas de Coquimbo, Huasco y Copiapó . .		100.000
Aduanas de Concepción . . . . .		20.000
Aduanas de Valdivia y Chiloé . . . . .		10.000
Total . . . . .	\$	<u>1.685.000</u>

Se desprende de estos datos que la mayor parte de las entradas fiscales provienen de las aduanas, pues las entradas directas, es decir, los diezmos, el catastro y la alcabala (esta última, aunque representa una contribución indirecta, grava exclusivamente las haciendas), ascienden a sólo 360.000 pesos. La renta proveniente de los diezmos, antes percibidos por la Iglesia, pero ahora pagados al gobierno, era pequeña durante varios años:

1821 . . . . .	\$	134.698	1827 . . . . .	\$	207.402
1824 . . . . .		215.835	1828 . . . . .		196.842
1825 . . . . .		179.700	1829 . . . . .		200.069
1826 . . . . .		243.133			

Se considera que la entrada bruta de estos diezmos es tres veces superior, pues las cajas fiscales perciben sólo una pequeña parte de lo que el país paga bajo este nombre. Las dos terceras partes se pierden como costos de cobranza, debido a que esta entrada es obtenida por arrendatarios generales, designados por distritos, que ocupan subarrendatarios. Si se pudiera transformar este impuesto en una contribución territorial, ganarían con ello el Estado y el contribuyente por iguales partes, pues el gran número de arrendatarios de diezmos constituye una gabela para el bienestar y la moralidad del pueblo.

El mismo Ministro estima los gastos para el año 1833 entre 1.400.000 y 1.600.000 pesos. La mayor parte corresponde al ejército, pues el Ministerio de Guerra recibe aproximadamente la mitad de ellos. La administración civil como

<sup>1</sup>La mayor parte de esta suma corresponde a los permisos de que deben estar premunidos hasta los dueños más pobres de pulperías, es decir, de un rincón, a menudo muy sucio, en que se venden vino y aguardiente al por menor. Como estos permisos son exigidos también a los almacenes (esquinas), en que se venden comestibles, y a las tiendas, que venden vestuario, y que se deben renovar anualmente, pagando entre 3 y 80 pesos, es probable que el total indicado en el cuadro superior sea demasiado bajo. Un dato oficial, pero a todas luces inexacto, sobre la renta del Estado de Chile (véase "La Aurora de Chile" del 11 de agosto de 1827), que no obstante fue reproducido crédulamente en Inglaterra (véase el "London Courier" del 20 de diciembre de 1827) y que desde entonces ha sido reproducido también en varios libros alemanes, estima en este caso, con razón, que la renta producida por las patentes es mucho mayor.

tal no es cara, pero podría ser mucho menos onerosa si se redujera el número de los funcionarios innecesarios. En relación con las condiciones del país, las remuneraciones no son altas<sup>1</sup>.

Ganan al año:

El Presidente de la República . . . . .	\$ 21.000
Cada uno de los tres ministros . . . . .	4.000
El gobernador de Valparaíso . . . . .	6.000
El intendente de una provincia . . . . .	4.000
Los jueces de las Cortes de Apelaciones . . . . .	3.000
El juez de letras de Valparaíso . . . . .	1.200
El juez de comercio de Valparaíso . . . . .	1.200

El gasto extraordinario, y que llama la atención en un país tan joven, es la suma de 6.000 pesos anuales que se entrega al Presidente (desde 1831) "para gastos secretos del Estado", y que casi hace pensar en la introducción de una policía secreta o de agentes similares, que quizás se hayan hecho necesarios, imitando a algunos imperios europeos. El Presidente está autorizado para usarla como quiera, con el consentimiento de dos de sus ministros, sin tener que rendir cuenta al Congreso. Aun cuando se ha reducido mucho el gasto que demandaba antes el ejército, por la disminución que experimentó desde la última revolución, es siempre muy gravoso. El ejército podría ser considerado como demasiado grande para un país de la superficie y población de Chile y para asegurarlo contra ataques europeos, pero constituye un mal necesario por la vecindad de los indígenas, siempre intranquilos, pero sin duda ya no más invencibles. Consistía en 1828 en 4.800 hombres de todas las armas, y en 1832, en 3.200, a lo sumo, incluyendo los cadetes de la Escuela Militar, recientemente fundada en Santiago<sup>2</sup>. Este ejército se encuentra bajo el mando de ocho generales y coroneles graduados, éstos últimos del Estado Mayor y con rango y sueldo de un general mientras se hallan en servicio

<sup>1</sup>El gobierno estaba interesado en aumentar el sueldo de los ministros a 6.000 pesos al año, pero la proposición fue rechazada por el Congreso con la frase oficial de que "no ha lugar". Los intendentes no ganan todos lo mismo, y es digno de anotarse que el juez de letras de Valparaíso es el único juez para una población de quizás 20.000 personas.

<sup>2</sup> Ejército del sur (con cuartel general en Chillán) . . . . .	1.500 hombres
Guarniciones de Chiloé y Valdivia . . . . .	500 "
Guarnición de Santiago, pasos andinos de Santa Rosa y Portillo, parque de artillería y Escuela Militar . . . . .	600 "
Guarnición de Valparaíso y de las provincias boreales . . . . .	120 "
Guarnición de Juan Fernández . . . . .	80 "
Veteranos . . . . .	400 "

activo. Casi todos están en la actualidad nombrados<sup>1</sup>, pero a igual que todos los demás oficiales que el gobierno emplea ocasionalmente en cargos administrativos, deben optar por uno de los dos sueldos, pudiendo preferir el de su rango o el de la ocupación temporal, pero nunca ambos en forma simultánea. Los generales perciben su sueldo completo sólo cuando comandan alguna división, y en caso contrario, el de un coronel, y también los demás oficiales ven reducidos sus emolumentos en la misma proporción<sup>2</sup>. La Marina de Guerra de Chile consistía en 1827 en cinco embarcaciones, pero se encuentra reducida ahora al bergantín "Águiles", de 22 cañones, y a un bergantín-goleta de cuatro caronadas. Esta pequeña fuerza marítima requiere un gasto anual de 8.000 a 10.000 pesos. Se ha llegado recientemente de nuevo a la convicción de que un Estado costanero como Chile no debe permanecer sin un poder marítimo, y se tiene el propósito de emplear los primeros excedentes que se obtengan en las finanzas para adquirir algunos buques de guerra. Aun cuando siempre ha habido milicias en Chile, hablándose en muchos libros antiguos de un número muy importante de ellas, su disciplina y preparación militar eran tan pequeñas, que no se les podían encomendar misiones militares de alguna importancia<sup>3</sup>. Sólo en la frontera de las provincias australes la necesidad había

<sup>1</sup>Presidente de la República, 2 intendentes, 1 comandante de armas del norte, 1 comandante de armas del sur, 1 vicealmirante (cargo no proveído), 1 expulsado del país y 1 jefe del ejército del sur.

<sup>2</sup>Sueldos mensuales del ejército de Chile en 1833:

	Infantería	Caballería	Artillería	Cuerpo de Ingenieros
General . . . . .	\$ 226	\$ —	\$ —	—
Coronel . . . . .	190	210	226	210
Teniente coronel . . . . .	120	150	140	150
Mayor . . . . .	80	108	108	108
Capitán . . . . .	48	76	66	76
Primer ayudante . . . . .	42	52	52	52
Teniente . . . . .	35	38	44	38
Subteniente . . . . .	24	33	33	33
Soldado (al pagarse la ración en dinero efectivo) . . . . .	8	10	10	—

<sup>3</sup>Desde la revolución de 1829, el gobierno y el pueblo consideraron indispensable crear un poder que pudiera oponerse al ejército desmoralizado. Para este fin no bastaban las milicias organizadas en la forma antigua, y se procedió a la formación de nuevas. Santiago sólo posee ahora cuatro batallones, bien uniformados, armados y preparados. Cada uno tiene una dotación de unos 400 hombres y posee su banda de músicos, sus efectivos y su cuerpo de oficiales pertenecientes al estado civil, pues sólo los jefes pueden ser militares. Se informa que las milicias son el orgullo de Santiago, pero sólo la experiencia demostrará si constituirán una protección o una plaga para el país, una vez que se presente la ocasión. La misma institución se encuentra en todas las poblaciones mayores, pues esta guardia cívica presta sus servicios alternativamente con las tropas regulares, recibiendo en tal caso un sueldo. Normalmente no se hallan destacamentos del ejército en Santiago, con la única excepción de uno pequeño de caballería,

transformado al campesino en medio soldado, que se batió excelentemente mientras se luchaba a la manera de los indios, que le era mejor conocida, pero que no se exponía a las balas.

A pesar de ser la capital de la república, que debe ser considerada como el lugar que concentra en mayor grado la ilustración y quizás también los talentos del país, parece difícil que un extranjero que llegue a Chile en misión estrictamente científica y que persiga objetivos serios, se pueda sentir bien dentro de las murallas de Santiago durante un tiempo prolongado. Por agradable que sea el trato social en tal ciudad, carece todavía de profundidad, y uno se retira pronto insatisfecho. Aunque muy distante de la superficialidad y frivolidad del limeño, el santiaguino carece por lo general de conocimientos sólidos o —lo que es más importante— de una participación cálida y perseverante en ellos. Con mayor frecuencia que en la capital, uno se encuentra en las ciudades provinciales, sobre todo en las del sur, con personas cuya conversación es provechosa y que, por su parte, tratan de adquirir conocimientos ajenos. La vida política, la lucha de los partidos, relegada a segundo término cuando visité la capital, pero por ello no menos apasionada, y un afán utilitario de todas las clases sociales, se oponen a un estudio más profundo.

Si bien Santiago posee una biblioteca, los conocimientos que facilita son tan escasos como los de la de Lima. La suposición de que los libros antiguos, cuya capa de polvo revela que no han sido consultados, contengan algo interesante acerca del pasado de estos países, no se encuentra confirmada. La mayor parte de la literatura más antigua comprende polémicas de siglos pretéritos, obras de monjes y tratados ascéticos, y se hallan sólo los conocidos historiadores españoles que han escrito sobre América, pero faltan las antiguas crónicas o manuscritos, que quizás se espera encontrar. Quien viaje a la América del Sur con la esperanza de hallar abundantes antecedentes desconocidos sobre la historia de aquellos países, quedará defraudado. Los únicos sitios en que se les descubrirá son los archivos españoles, sobre todo el de Sevilla. Aun cuando se encuentra uno que otro manuscrito, cuyo pomposo título prometerá a menudo mucho, el examen revelará que sólo se trata de descripciones muy floridas de hechos sin interés y pequeños, insuficientes para quien desee estudiar la historia política de estas colonias o de informarse sobre su desarrollo moral. Se atribuye una importancia no

que forma la guardia de honor y se emplea para ordenanzas. También Valparaíso fue obligado a organizar dos batallones, con gran descontento del pueblo, más inclinado en ese puerto a la vida comercial que a la militar\*.

\*Tres años después de escrita esta nota por Poeppig, las milicias de Valparaíso tuvieron que afrontar el levantamiento que estalló en Quillota en el ejército expedicionario que se había concentrado para combatir a Santa Cruz y que asesinó a don Diego Portales, que se había dirigido a aquella ciudad para inspeccionarlo. No faltó un solo hombre de sus efectivos cuando cubrió posiciones en el cerro del Barón, cerca del puerto, donde batió al ejército sublevado.— Nota del Traductor.



31. LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA, 1839. *Rugendas.*

Construida en el siglo XVIII, la iglesia ostentaba un estilo barroco poco definido, pero era considerada, antes de la llegada de Toesca, como el edificio más representativo de la capital. La destruyó un catastrófico incendio, el 8 de diciembre de 1863, en el que fallecieron más de dos mil mujeres que llenaban el templo. Al lado se encontraba el colegio máximo de la orden. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

merecida a numerosos cuadernos antiguos, resultando así muchos errores que se mantienen. A menudo, las historias de tiempos antiguos han sido escritas en versos, que representan descripciones altisonantes de una guerra de bandidos, en que las reyertas entre unos pocos españoles y una horda de salvajes, a quienes se atribuyó una civilización que no poseían, han sido transformadas en episodios puestos en parangón con la batalla de San Quintín, con licencia poética, incluso por un Ercilla. Si este poeta es el Homero de Chile, su ejemplo ha sido imitado por un gran número de homéricos. El interés de su epopeya es tan local, que los propios adeptos de la literatura española lo conocen poco en Europa; sus imitadores son hojeados también en Chile con bastante impaciencia. Excepción hecha de algunos breves episodios, la historia de la América del Sur sólo es interesante en el período de la primera conquista y a principios de la revolución a que estos pueblos deben ahora su independencia. Todo el resto es tan aburrido y uniforme, como los asuntos que relata la crónica de una pequeña ciudad europea. Lo que ocurrió en el Perú, en Chile, en Colombia o Buenos Aires después de la expulsión de los españoles es una repetición interminable de fricciones, de pequeñas ventajas de un grupo sobre otro, de tumultos sin motivo, en una palabra, un enjambre de hechos sin importancia, en que uno mismo, testigo contemporáneo, tratará en vano de establecer un orden cronológico y que el futuro historiador sólo designará con el nombre de una anarquía de muchos años, afortunadamente no muy sangrienta, de la que se libran ahora por fin algunos pueblos. El resto de lo que ofrece la capital, ya sean sus pequeñas colecciones o sus institutos públicos, se presenta como algo nuevo, pues ha sido una consecuencia de la revolución que este pueblo, atrasado en doscientos años, no se pudiera adaptar gradualmente a la civilización europea, cuya ventaja era demasiado grande, sino que se viera obligado a arriesgar el paso de derribar de golpe todo lo existente, para colocar en su lugar lo nuevo sin ninguna preparación. En Chile, esta decisión fue favorecida por el carácter popular, o perdió mucho de sus peligros, pero en el Perú sus consecuencias fueron funestas. En el primero de estos países se desvaneció el embrujo revolucionario. Así como se procura lograr ahora instituciones políticas bien fundamentadas y estables, se propagará este mismo espíritu en todos los institutos científicos. El ligero oropel de obras superficiales de la literatura francesa moderna cederá en las bibliotecas su lugar a libros más profundos, y en el sistema de la educación pública se reemplazará la brillante superficialidad de conocimientos enciclopédicos, a que se atribuía valor, por un estudio más profundo, como lo exige un joven Estado en formación.

Santiago ofrece algunos edificios que podrán llamar la atención al oeste del Cabo de Hornos, pero que no tienen suficiente importancia para justificar una nueva descripción en este lugar. Uno de ellos, caracterizado más por su gran utilidad que por su belleza, el tajamar y malecón (un terraplén y una acequia), destinados a neutralizar el Mapocho, que a veces crece mucho, habían salvado en

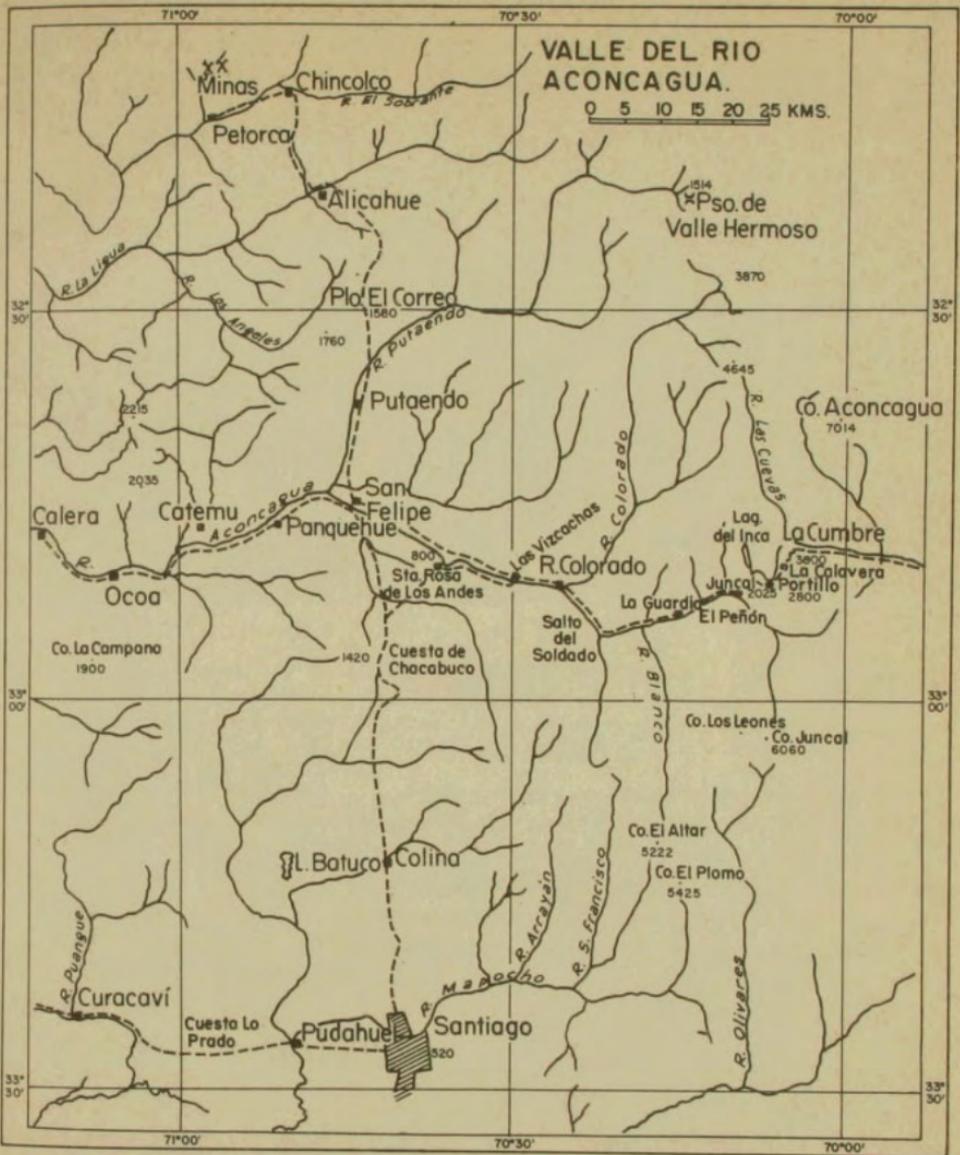


32. LA POSADA DEL CORREGIDOR, EN SANTIAGO.

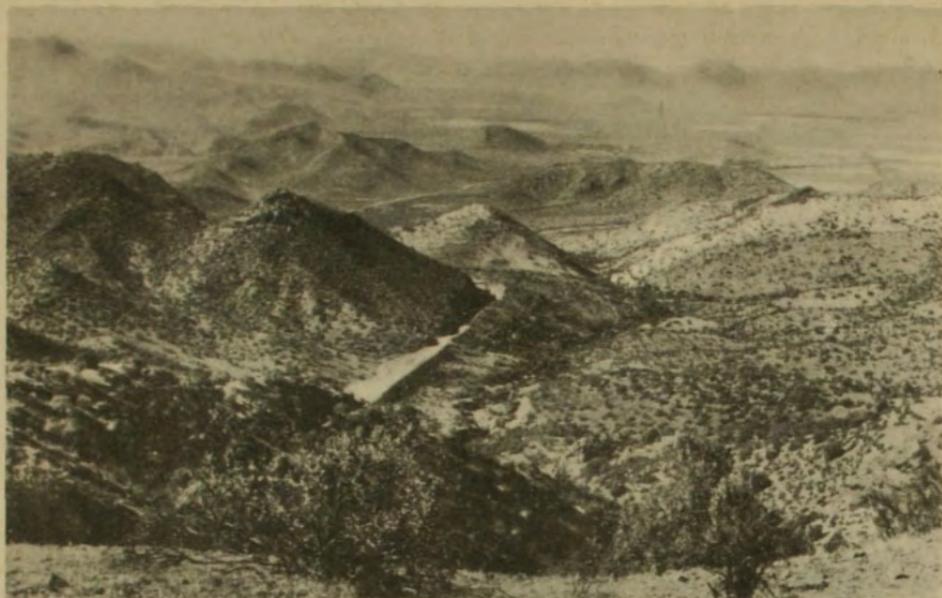
Uno de los pocos edificios antiguos que se han conservado en la capital, que perteneció a una de las familias más acaudaladas, testimoniando la sencillez de la vida en el país, que todavía conoció Poeppig y dibujó Rugendas. *Fotografía: Baltazar Robles Ponce.*

el invierno anterior a la capital, cuando también Valparaíso corrió gran peligro, pero se encontraban dañados en tal forma, que la restauración exigió un gasto de 1.300 pesos por cada cuadra de longitud (la cuadra equivale a 150 varas españolas, o 428 pies ingleses).

Después de pocos días abandoné de nuevo la capital, pues inmensamente más de todo lo que podía ofrecer me atraían los Andes, ya no muy lejanos. Pero la esperanza de encontrarme en ellos con una segunda primavera resultó vana, pues todos los interrogados expresaron que la temporada ya había avanzado demasiado para hallar muchas plantas en flor en las laderas rocosas y no regadas de las montañas. Esta información contribuyó a apresurar el viaje, y renuncié incluso al deseo de visitar previamente los baños de Colina, pues estaba empeñado en llegar cuanto antes a la cordillera. Muy poco interesante es la región desde Santiago hasta cerca de la ciudad de Santa Rosa. A la derecha se presentan serranías bajas, poco pintorescas en sí, pero suficientemente elevadas para impedir la vista de los



Andes. Una molestia son el polvo y la falta de agua durante las dos jornadas; raras veces es interrumpida la monotonía de los campos cultivables por árboles verdes, y la mayor parte de esos campos se encuentran en descanso, pasándose entre largas cercas construidas con ramas de espino y frente a modestos ranchos



33. CAMPO DE BATALLA DE CHACABUCO.

Fotografía tomada desde el portezuelo de la cumbre de la cuesta de Chacabuco, mirando al sur. Al pie del cerro cónico del centro se reunió la división O'Higgins y atacó el 12 de febrero de 1817 a las fuerzas españolas, que cerraban la salida al Valle Central al pie de la serranía que sigue detrás de aquel cerro, a la derecha de él. Fotografía: Carlos Keller R.

que se hallan de vez en cuando en el camino. El ya muchas veces mencionado cavén crece en cantidades increíbles en las superficies secas y pedregosas, y se contemplan con algún agradecimiento los grupos aislados del algarrobo chileno, que elige siempre el suelo más estéril, escondiendo su triste aspecto con sus ramas de amable verdor. La chupachupa (*Eccremocarpus*), de flores purpúreas, trepa, junto con algunas ortigas (*Loasa*), sobre las cercas y constituye casi la única novedad del reino vegetal que llama la atención al viajero. A pesar de viajar al pie de los Andes hacia el norte, paralelamente a ellos, se sube en forma insensible, hasta llegar a la cuesta de Chacabuco, un cordón que se separa perpendicularmente de los Andes. Aunque se alcanza una altitud considerable<sup>1</sup>, la vegetación no corresponde a las esperanzas y no compensa la penosa ascensión. Pero las vistas que se logran desde arriba son magníficas, asemejándose en muchos sentidos a

<sup>1</sup>2.656 pies ingleses, según medición propia con un barómetro de Fortin, que se perdió pronto. La altitud fue calculada en el lugar mismo según las tablas de Oltmann, que se encuentran —con algunos errores de imprenta de importancia— en las ediciones antiguas del "Annuaire du Bureau des Longitudes", que llevaba conmigo. Miers señala para la cima de la cuesta 2.896 pies.

aquellas que sorprenden a los forasteros en la cuesta de Lo Prado. La sequía de los alrededores inmediatos contrasta con el aspecto agradable y atrayente del valle de Santa Rosa, que tiene una configuración casi triangular y que anuncia por sus cultivos altamente intensivos y su aspecto verde la vecindad de un río fertilizante.

Hacia el sur, el panorama comprende las planicies hasta Santiago, que se pierden en las neblinas de la lejanía, pero sin el adorno de una vegetación tan vigorosa, pues aun cuando ella no falta del todo, desaparece en la gran extensión de terrenos estériles.

En pocas horas, el viajero llega sin premura a la Villa Nueva o Santa Rosa de los Andes, una pequeña ciudad de campo, pudiente y situada en un valle muy pintoresco. A ambos lados del camino que conduce a ella, y que se conoce en la región con el nombre de la Calle Larga, alternan fundos durante varias horas de viaje. El cultivo más importante es la alfalfa, pues en todas las chacras la fuente principal de entradas de los dueños es el talaje por cuenta ajena. Una recomendación verbal fue suficiente para ser acogido con gran amabilidad en la villa. Se cede al forastero un corredor y en casas más grandes quizás también

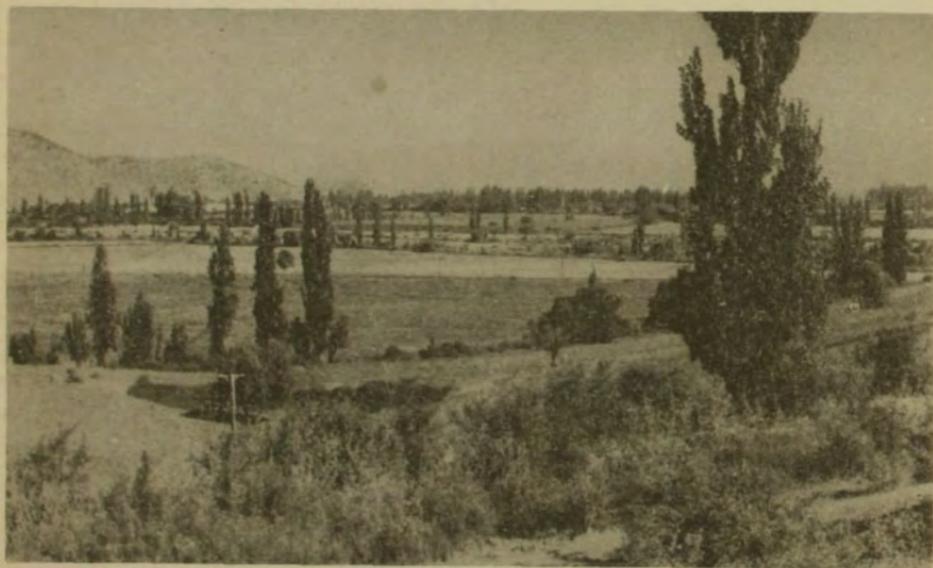


34. EL RÍO ACONCAGUA CERCA DE LAS VEGAS.

Valle aluvial de extraordinaria amplitud y gran anchura de la vaguada, dentro de la que las aguas —normalmente muy modestas, sobre todo por ser vaciadas casi totalmente a los canales de regadío— cambian frecuentemente de curso en las avenidas. *Fotografía: Augusto Grosse.*

una pieza, molestándolo lo menos posible con un exceso de atenciones, pero sin olvidarse jamás de la buena educación, de modo que si su estada no resulta agradable, debe atribuirse él mismo la culpa de ello. Después de dos días, mis mulas estaban de nuevo en condiciones de continuar el viaje, pues las que se encontraban en mal estado después del corto recorrido desde la capital, fueron cambiadas aquí por otras mejores, pagando un precio adicional por ellas, y así tuve por primera vez oportunidad de hacer una experiencia un tanto desagradable sobre la inconveniencia de estos tratos y de la posesión de tales animales para el extranjero.

Apenas se sale de Santa Rosa y de sus viñedos, donde el regadío permite el crecimiento de una vegetación exuberante, uno se acerca a la desembocadura del valle, en un principio muy ancho, que luego se estrecha y se transforma más allá en una quebrada, la que se extiende hasta el cordón limítrofe. En el centro baja el *correntoso río*, mucho más bravo en esta parte que al desembocar entre las dunas de Concón en el mar. El sendero que sube a la cordillera es bastante incómodo, pero representa por muchas razones el más frecuentado de los tres pasos andinos más usados. Tan pronto uno se acerca al pie de los cerros, desaparece el aspecto amable que alegra la vista en el paisaje de Santa Rosa, y parece que al alcanzar el zaguán de la gigantesca arquitectura de los Andes chilenos ya se recibieran su-



35. CAMPOS CULTIVADOS AGUAS ARRIBA DE LOS ANDES.

Se destacan dos terrazas a diversos niveles a ambos lados del río. Campos de extraordinaria fertilidad, divididos en potreros por alamedas simétricas. En tiempos de Poeppig estaban cultivados en su mayor parte con alfalfares, para alimentar los miles de mulas que hacían el tráfico a través de los Andes a Cuyo. Fotografía: Carlos Keller R.

gestivas indicaciones acerca de aquello que pronto se reconocerá como una característica general del territorio. Por todas partes se encuentran diseminadas peñas de gran tamaño, pues aun cuando las rocas de los Andes, por las influencias atmosféricas, se descomponen químicamente con menor facilidad que las de la costa, están más expuestas a las causas que destruyen su solidez mecánica. Las lluvias lavan las capas de tierra entre los diversos estratos de las rocas, y cuando una masa comienza a rodar o a deslizarse en la cima, se pone en movimiento poco a poco toda la ladera de la montaña, y de esta manera se generan las peligrosas faldas de escombros que se hallan en todas partes de la cordillera. El pie de las montañas roqueñas está rodeado por una faja verdeante, constituida por grupos aislados de árboles indígenas, entre los que se deben mencionar de preferencia el utilísimo quillay y un pariente cercano de él, el olivillo (*Kageneckia*). En torno a ellos el suelo es bastante estéril, pues consiste hasta gran profundidad en un cascajo grueso, que alimenta en su superficie sólo plantas poco interesantes, entre las que llaman la atención el rehún de la cordillera (*Calceolaria*), con flores de color negro rojizo, y algunos representantes del género *Oxalis* (culle, ojos de agua, churco, etc.). Más arriba se abandona esta angosta faja de una vegetación más bien arbórea, para encontrarse luego en medio de los pobladores comunes de tales suelos, los que pertenecen a los géneros espinudos *Colletia* (abrojo, crucero, etc.), *Trevoa* (el trevú) y *Ceanothus*, y se observa cómo ciertas formaciones florales se desarrollan de preferencia sobre los suelos más malos, como si estuvieran empeñadas en ceder los terrenos más fértiles a otros vegetales más útiles. Hay plantas a las que se toma enemistad en estos viajes. Cada país relativamente caluroso conoce ciertos grupos de esa índole, en que el botánico reconoce indicios seguros de la esterilidad del suelo, que le es poco grata, o bien enemigos que se oponen a sus excursiones, mientras que ellas, por su parte, sustituyen a todos los demás vegetales. Pertenecen a aquéllas en Chile los quiscos gigantes o de candelabro (*Cereus*), que son arbóreos y que dominan el paisaje en muchas partes con sus columnas, que alcanzan 15 a 20 pies de altura. Se presentan en asociaciones numerosas, ofreciendo un aspecto triste y tieso, buscando al parecer su nutrición en las capas superiores de la atmósfera, pues no la encuentran en la acumulación suelta y candente de piedras desmenuzadas. De color gris y, como es sabido, sin hojas, ofrecen durante todo el año el mismo aspecto uniforme, recordando en forma desagradable la sed y el calor, pues donde crecen se buscará inúltimente una vertiente refrescante. Pero cuando se aproxima el término del período de las lluvias, se adornan con un vestido festivo. Se desarrollan entonces, en gran cantidad, en estas columnas espinudas, flores blanquísimas de forma muy elegante y del largo de un pie. Durante la noche propagan un aroma bastante agradable, pero antes de que el sol haya recorrido la mitad de su camino, la delicada flor ya se muestra marchita, para no volver a abrirse más. Apenas son dignas de mención las plantas que crecen en esos quiscales, todas las cuales tienen un

aspecto enfermizo y seco. Pero por grandes que sean los obstáculos que estas curiosas plantas presentan al coleccionista y por monótono que hagan el paisaje, no dejan de prestar alguna utilidad. Por una parte, son siempre las primeras que crecen en el suelo más estéril, y cuando perecen poco a poco, generan entre las grietas de las rocas algo de tierra vegetal, en que se pueden radicar plantas más delicadas. Las espinas, que alcanzan el largo de un pie y que son muy duras, se usan todavía en las zonas más apartadas como palillos para tejer, y los tallos secos, cuya textura parece ser demasiado filamentososa, suministran un excelente combustible, empleado en todas partes de la zona boreal del país, que carece de leña, pero sobre todo en los alrededores de Copiapó, para fundir los minerales de cobre. De ninguna manera es el quisco el único representante del numeroso género de las cactáceas. Cada mil pies que se sube en los Andes, presenta nuevas formas de ellas, de las que se conocen hasta ahora sólo tres o cuatro en los jardines europeos. A veces se trata de pequeños cilindros, los leoncitos, que apenas alcanzan una altura de una pulgada, formando un denso grupo que amenaza hacia todas direcciones con sus espinas, y se encuentra cubierto en forma traicionera por un pasto corto. Otras especies, las tunas, se presentan como grandes esferas, las que se asemejan sólo en sus contornos exteriores a los enanos de nuestros invernaderos. Alcanzan a un adulto hasta las caderas, tienen flores de color naranja, se hallan defendidas por largas espinas de color blanco de plata, que crecen en su superficie, de color gris de ceniza, y están rodeadas por una gran cantidad de vástagos.

Algunas horas más arriba de Santa Rosa se estrecha el valle, y pronto el viajero está obligado a cruzar el río, ya muy correntoso, en un angosto puente de cimbra. Los viajeros lo conocen con el nombre de Las Vizcachas, siendo muy bien recibido por ellos, pues representa una de las pocas mejoras con que se ha tratado de salvar algunos de los peligros que ofrece. Cuando yo estuve allá, había sólo dos puentes en la parte occidental de la montaña, en circunstancias que el camino cruza unos quince esteros, cuyo caudal aumenta a veces repentinamente, y que el sendero es frecuentado por millares de mulas, que transportan a menudo cargas muy valiosas. En esta parte del valle, que es un poco más fértil, se encuentran reunidos algunos ranchos en un caserío, rodeados pintorescamente por árboles frutales, que se destacan muy bien de las rocas peladas. Los cerros alcanzan ya considerables alturas, y a través de las vueltas que describe la quebrada se contemplan las cumbres nevadas del próximo cordón. Las rocas, compuestas en su mayor parte de pórfidos, muestran un colorido abigarrado muy fuerte, y sobre todo llama la atención el color rojo de sangre de muchas cumbres elevadas. La quebrada es estrecha, permitiendo sólo en pocos puntos algunos breves cultivos, pues las pequeñas terrazas a ambos lados del río, que son de origen sedimentario, son demasiado pedregosas o están excesivamente expuestas a su destrucción por el río, para que la escasa población del valle procure sacar provecho de ellas.



36. PUENTE COLGANTE DE LAS VIZCACHAS SOBRE EL RÍO ACONCAGUA.

La construcción de este puente en 1790 acortó el camino entre Cuyo y Santiago, pues hacía innecesario el rodeo por San Felipe. Como consecuencia de su construcción se fundó la villa de Los Andes en 1791. Poeppig describe detalladamente el puente. Al gastarse las sogas, a veces se interrumpía el tránsito por él. *Dibujo contemporáneo, inserto en la obra de John Miers, "Travels in Chile and La Plata", Londres, 1826.*

Según parece, antiguamente los últimos ranchos se encontraban en la desembocadura del valle; ahora hay varios hasta el Río Colorado, que queda a seis leguas de Santa Rosa. Y más arriba existen algunas chozas de pobladores muy pobres hasta cerca de La Guardia, que mantienen algunos vacunos y cultivan pequeñas superficies, dirigiéndose en invierno a la parte inferior del valle. Fue imposible hallar hospedaje en algunas de estas viviendas, a pesar de mis exigencias extraordinariamente modestas.

Cerca de un cuarto de hora aguas abajo de la desembocadura del Río Colorado se encontraba, al lado del miserable rancho de un campesino, un simple galpón, sin murallas, destinado a guardar algunos pocos productos e instrumentos. Con más atención de la que hubiera dedicado en Europa a la fachada de un hotel,

había observado ya antes ese edificio, al que regresé cuando después de una búsqueda de dos días no fue posible conseguir en ninguna parte, ni siquiera en el puesto militar de La Guardia, una vivienda apropiada. Mediante el pago de una suma moderada, el dueño me cedió el galpón y me ayudó a transformarlo, con el empleo de barro, cueros de vacunos y algunos enrejados, en algo habitable, haciendo con aquella ligera construcción una casa, que bajo tales circunstancias podía equipararse a un palacio. Apenas terminada esta labor indispensable, se reiniciaron las excursiones, interrumpidas desde la salida de Concón. Mucho más penosas que en la tierra baja, y expuestas, en parte, a grandes peligros, ofrecieron resultados bastante más modestos. Las pocas plantas recolectadas tuvieron que ser logradas con gran trabajo, pues no se presentan tan variadas y en formaciones tan heterogéneas, como en los Alpes de Europa. Para lograr algo nuevo, es necesario subir a un estrato que se encuentra 2.000 ó 3.000 pies más arriba, y debido a que en esta región casi despoblada faltan los caminos secundarios, y las laderas de los cerros son tan abruptas que se hacen casi inaccesibles, no queda otro remedio que subir o bajar por el valle angosto y muy disparejo. Existen pocos valles paralelos al cordón principal andino, es decir, que se dirijan en ángulo recto al valle del río Aconcagua, lo que se debe a que la vertiente occidental de la Cordillera es, por lo general, demasiado abrupta para permitir su génesis.

Cuando se abandona el valle para subir por la ladera que lo limita, se llega pronto a faldas de escombros que son tan inseguras, que se abandonará el propósito



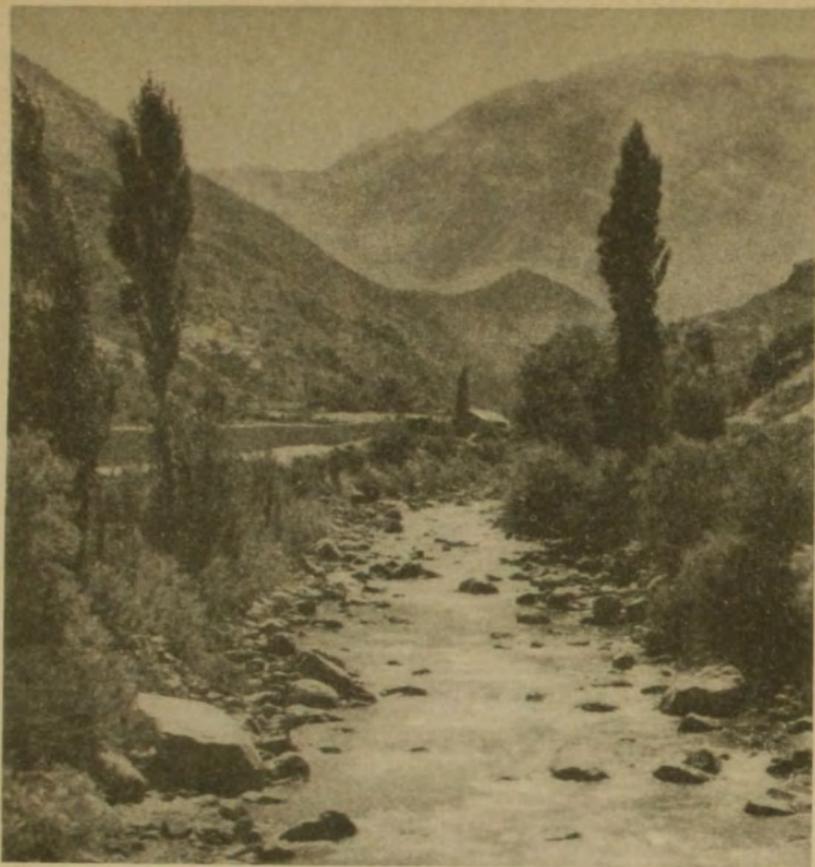
37. CHOZAS DE CAMPESINOS EN RÍO COLORADO.

Casas de adobe, bodegas de quinchas, que todavía se encuentran en la zona. Fotografía: Carlos Keller R.

de seguir avanzando, lo que tampoco es necesario por el escaso número de plantas encontradas, que requieren ser preparadas a la brevedad posible. Lo que ofrecen los alrededores inmediatos de la choza se repite, con pocas variaciones, hasta muy arriba, y sólo la proximidad de la nieve aporta algunas novedades. Cerca del furioso torrente, que ocupa a menudo el fondo del valle en forma tan completa, que el sendero tiene que abandonar la parte baja, que es mucho más cómoda, para subir a faldeos abruptos y peligrosos, crecen solamente sauces, que abundan en todos los lugares; el matico (*Buddleja*), el quillay y algunas mirtáceas. No se descubre nada importante entre las acumulaciones de grandes piedras redondeadas de esos mismos sitios. Y sólo los barrancos en descomposición ofrecen algunas plantas interesantes, como los claveles del campo (*Mutisia*), con flores muy diferenciadas; el *Diplopappus* y las numerosas calceolarias arbustivas (argentita, capachito, topatopa, relbún de la cordillera, etc.). Faltan árboles de alguna altura, pero también los menos elevados son muy raros, no porque el clima sea demasiado frío, sino porque el suelo es extremadamente estéril. En los alrededores de la choza predominaban la roca pelada y la vegetación de aspecto enfermizo, y aun cuando estaba situada en una ampliación de la quebrada, no ofrecía una vista agradable sobre montañas más alejadas, de modo que se caracterizaba por una condición generalizada dentro de la cordillera andina, donde el viajero no disfruta casi nunca de una vista libre, al extremo de poder cruzarla en pleno verano sin haber contemplado uno solo de los gigantescos cerros cubiertos de nieve eterna, que puede admirar desde la distancia y cerca de los cuales pasó su sendero. Por tales motivos, aquella vivienda andina no era muy agradable, a lo que se agregaba la circunstancia de que carecía de un espacio plano, por pequeño que fuera, desde el cual se pudiera contemplar la puesta del sol, en breve paseo tras laboriosa jornada.

El camino a Mendoza, bastante frecuentado, pasaba muy próximo a la choza, obligando a tomar muchas precauciones desagradables, pues en estas regiones poco pobladas, los viajeros que pasan suelen cometer actos que no se les ocurrirían en otras partes, ni quedarían impunes al hacerlos. Fue por ello necesario dejar al mozo en la vivienda para que vigilara el escaso patrimonio, mientras yo recorría los Andes sin acompañamiento, hasta considerables distancias. Las mulas habían sido despachadas entre tanto a los potreros de Santa Rosa, y como disponíamos de abastecimientos para varias semanas —pues no se podía conseguir nada en los diversos ranchos de la quebrada—, se reinició la misma vida solitaria pero independiente de antes, con la única diferencia que la naturaleza no ofrecía tantos agradables placeres como en la zona del litoral, que es mucho más bella, ni compensaba en forma tan pródiga como allá la renuncia a todo trato social.

Después de algunas correrías de extensión más limitada, se inició en los primeros días de diciembre una excursión, cuyo objeto era La Cumbre, es decir,



38. VALLE DEL RÍO COLORADO.

El río, que en enero conduce mucho menos agua que el Aconcagua, suele tener un caudal similar a éste después del deshielo. Lo acompaña una terraza bien constituida. *Fotografía:*

*Carlos Keller R.*

el punto más elevado en el camino a Mendoza. De madrugada se ensilló la única mula que había quedado cerca de la choza, en cuyos alrededores encontró un talaje poco abundante. Los pequeños instrumentos y útiles que necesita un naturalista fueron distribuidos con ingenioso orden en la montura; sus amplias alforjas contenían una pequeña provisión de alimentos y un trozo de madera semi-carbonizada, para encender con más facilidad el fuego del campamento, y en el pomo del arzón se encontraban colgadas una pequeña caldera de cobre y el hacha, sin la cual no se hacen excursiones. Con el alegre ladrido del perro que me acompañaba, salí a la frescura del alba, mientras Antonio, quien se quedaba en la choza,

torcía un cigarrillo y contemplaba con un movimiento de cabeza al que se alejaba, por arriesgar la vida para conseguir algunas insignificantes plantitas. El Río Colorado, que se encuentra primero, es un furioso torrente y, como todos los demás, ni hondo ni ancho, pero tan correntoso, tan lleno de piedras sueltas, que es imposible vadearlo sin exponerse al mayor peligro. Debe su nombre a una mezcla de tierra de color café rojizo, proveniente quizás de lavas descompuestas, como en algunas regiones de la parte austral del país. En un lugar en que dos rocas bastante altas estrechan el lecho del río, se han colocado entre ellas dos troncos, trabajados en forma sencilla, cubriéndolos con faginas. Es éste el último puente en los Andes, pues más arriba se debe encargar el propio viajero de vadear los torrentes en la mejor forma que pueda, y si los hallara demasiado crecidos, podrá esperar algunos días hasta que pase el peligro. Como este angosto y movedizo puente carece de una baranda, se baja uno de la mula, pero el peligro de cruzarlo disminuye poco, pues a menudo es difícil lograr que lo siga a uno el temeroso animal, que se niega a hacerlo.

Donde comienza la ladera de Los Loros, a que se llega luego, se encuentra la última vivienda poblada aun en invierno. Con el nombre de ladera se designa en el Perú y en Chile un angosto sendero que corre por las faldas<sup>1</sup> casi verticales, muy resbaladizas, a veces a grandes alturas, comparables a delgados hilos, y que representan los únicos caminos para seguir a lo largo de los valles, pues en el fondo de ellos el espacio está ocupado totalmente por el agua. Estas prolongadas laderas están constituidas, por lo general, por un suelo a que uno no se encomienda sin peligro. Se deslizan a menudo desde arriba grandes masas de arena y escombros, y frecuentemente se desprenden grandes peñas, que obstruyen el sendero, en sí ya muy angosto. Tales sitios, llamados tembladeras, consisten en acarreo suelto y son traicioneros; las mulas suelen detenerse al llegar a ellos, examinando con cuidado el suelo antes de pisarlo. Al otro lado continúa el precipicio, igualmente abrupto, y está cubierto de rocas sueltas y movedizas, de modo que no crece en él ningún arbusto, por lo cual una persona que se deslizara hacia abajo no encontraría el menor punto de apoyo. Pero cuando no ha llovido durante mucho tiempo y se ha formado así un camino más definido, las laderas son menos peligrosas que las llamadas escaleras, es decir, aquellas partes en que el valle cambia de rumbo y las rocas forman una esquina aguda y saliente. En el Perú se construyen en tales puntos las barbacoas, que son instalaciones de madera realmente espeluznantes. En los Andes chilenos, la falta absoluta de maderas ha obligado a tratar de salvar el obstáculo por medio de rodeos, pero sin que desaparezcan todos los peligros. Mediante un trabajo manual, se ha eliminado una parte

<sup>1</sup>Se ha derivado de este sustantivo un verbo desconocido en España: faldear, andar faldeando, empleando esta misma expresión para indicar que un río, el borde de una selva, etc., llevan el rumbo de un cordón.



de las rocas, serpenteando el sendero a lo largo de su borde exterior. Su ancho máximo es de cinco pies, y conduce sobre las piedras laminares e inclinadas hacia el precipicio, las que se elevan a veces en forma de escalones desiguales y penosos, a lo que deben su nombre. La mula se mueve siempre en el borde extremo del sendero, pues su instinto la hace temer que pudiera chocar con la roca del lado opuesto, perdiendo así el equilibrio. Con saltos bien calculados, sube de un escalón al siguiente. Entre tanto, uno de los pies del jinete está colgando sobre el oscuro precipicio, desde cuya profundidad se escucha el tronar del torrente. Quien dé un paso en falso en esos lugares, desaparecerá para siempre, y ni siquiera se encontrará su cadáver, pues los torrentes andinos tienen tantos saltos y pozas extraordinariamente profundas, que las cargas o mulas que caigan en ellas desaparecerán en un instante. Poco a poco se vuelve a bajar en el valle ampliado, y se encuentra entonces con estrechos valles laterales, de que provienen siempre arroyos tributarios, a veces difíciles de vadear.

En la zona del Salto del Soldado se presentan detalles interesantes. Un contrafuerte de las rocas une las laderas que limitan al valle, cortándolo perpendicularmente. El río ha formado en esa parte un corte vertical y muy estrecho, y la leyenda sostiene que un desertor habría saltado sobre esta horrible boca en su fuga, pero ello sería imposible aun para un guanaco. Por primera vez, después de varias horas de camino, se encuentra ahí una vegetación de mejor calidad, pues la vista es atraída por nuevas especies de mirtáceas, con hojas que tienen en la parte interior un color de moho, y por una gran cantidad de representantes de los géneros *Senecio* (hualtata, pajarito, romero, etc.) y *Cacalia*, siendo estos últimos arbustivos y manifestando preferencia por los cerros. Por fin se llega a La Guardia de los Hornillos, último centro poblado a este lado de los Andes, destinado a impedir el contrabando y a ejercer las funciones de una especie de policía respecto de los viajeros entre Chile y Buenos Aires. Se encuentran en ella durante el verano un oficial de la aduana y diez a doce soldados; una vez entrado el invierno, ni el más codicioso sería capaz de cruzar los Andes con cargas pesadas. La naturaleza cierra entonces en forma absoluta el sendero por medio de grandes acumulaciones de nieve, bajando avalanchas por las laderas rocosas, y aun cuando estas últimas caen en los Andes con menos frecuencia que en los Alpes, no dejan de constituir un peligro mortal en diversos puntos de este camino. La pequeña guar-

---

39. SALTO DEL SOLDADO, ENTRE RÍO COLORADO Y RÍO BLANCO.

Un dique de porfiritita cruza el valle del río Aconcagua. Detuvo durante algún tiempo un ventisquero que bajaba por éste en la época glacial, el que depositó la morrena de Los Azules aguas abajo de él (izquierda). Hacia arriba se formó un lago, cuyo desagüe formó un corte a través del dique, hasta su base. Las paredes del corte se acercan en algunas partes hasta pocos metros, pero arriba están separadas por más de 15 m., siendo imposible saltar de un borde al otro. *Fotografía: Carlos Keller R.*

nición, que considera su permanencia en La Guardia sólo como un triste exilio, se retira entonces a la parte más baja del valle, donde se halla otro cuerpo de guardia cerca de Santa Rosa. En La Guardia, el valle es más plano que en otros lugares, y está rodeado por cerros tan parados, que una pirca que lo atraviesa de un lado a otro lo cierra en su totalidad. Aun a pie será difícil trepar suficientemente alto en los cerros para escapar a la vigilancia. La guarnición ocupa algunas casas con techos de tejas, cuyas puertas se sacan en el invierno, a fin de transportarlas más abajo, para que no sean usadas como leña por los viajeros que cruzan a veces la montaña en esa temporada, aunque de a pie. Se habían instalado en esta parte algunos habitantes pobres del valle de Santa Rosa, quienes hicieron en aquel verano el primer ensayo de cultivar trigo a esta altitud. Los granos maduraron, y la cosecha pudo ser conceptuada como buena, considerada la mala calidad del suelo. Por apartado que sea el lugar, nunca faltan viajeros en tránsito, pues éstos suelen salir de Santa Rosa a una hora que les permita acampar en él.

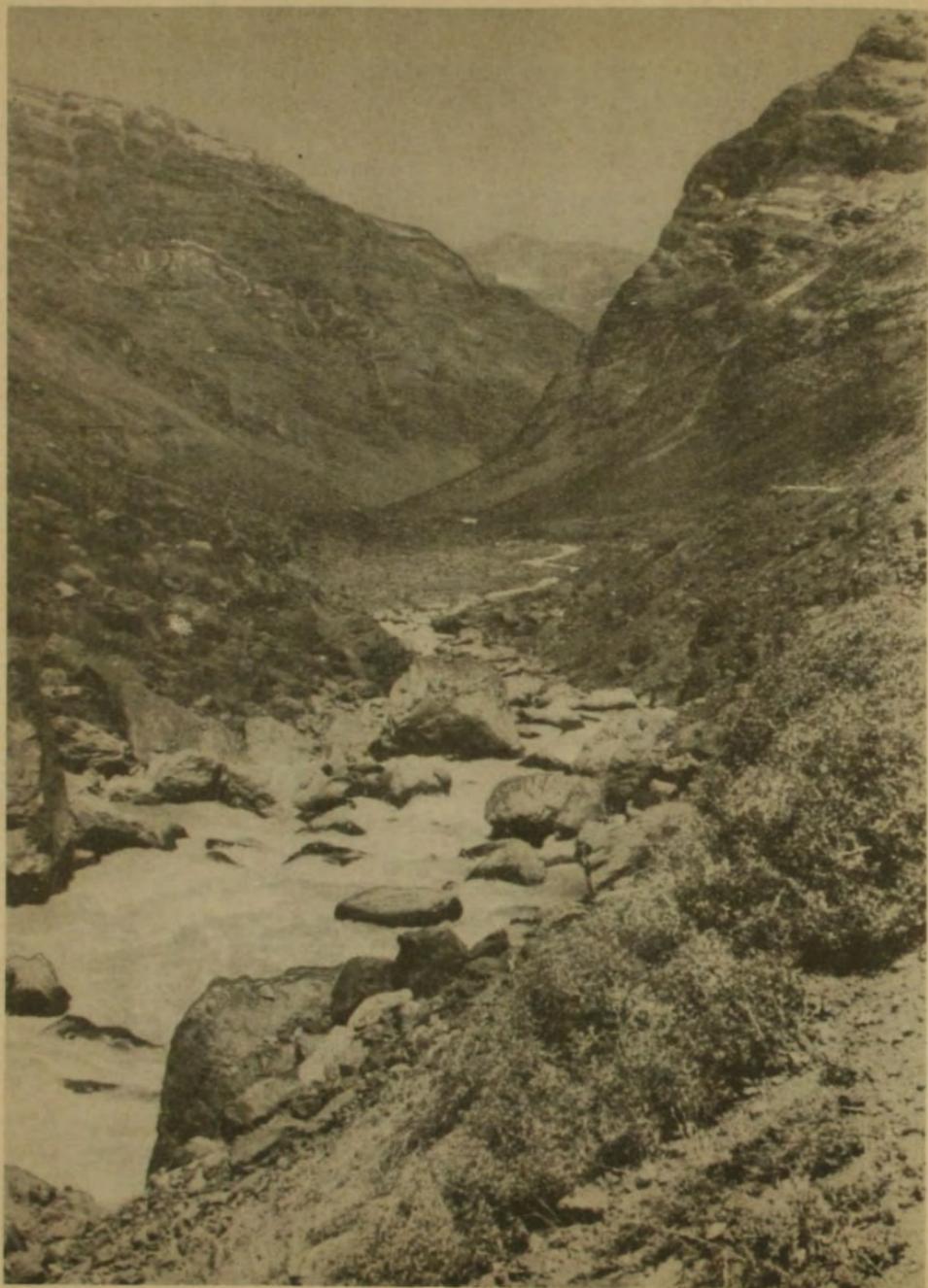


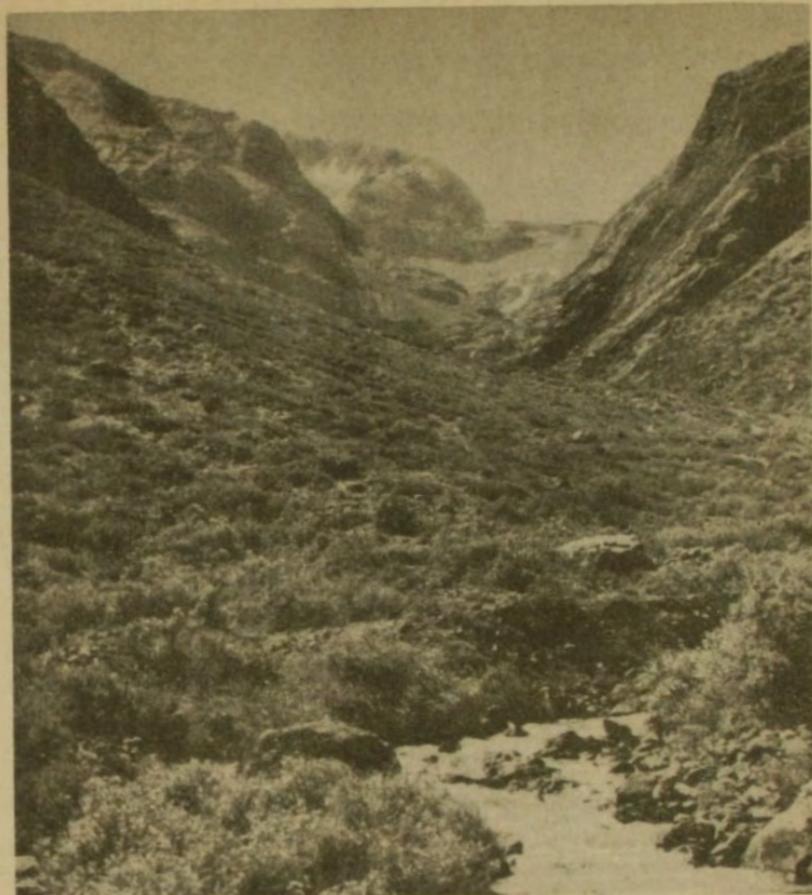
40. EL VALLE DEL ACONCAGUA EN GUARDIA VIEJA.

En esta parte, el valle representa una morrena basal, que cae con fuerte pendiente hacia Río Blanco. A la derecha, sobre el primer plano, una roca errática, detrás de la cual crece un maitén. El campo es un alfalfar. En parte, ha sido plantado con ciruelos. La antigua guardia se encontraba al fondo, donde se divisan las casas modernas. Tal como informa Poeppig, era imposible eludir el control en ese lugar, por las escarpadas laderas a ambos lados. *Fotografía: Carlos Keller R.*

Si bien este camino a través de la cordillera es conocido y usado desde tiempos inmemoriales, lo fue preferentemente en la época de la guerra entre el Brasil y Buenos Aires. Debido al bloqueo del río de La Plata, las mercaderías europeas subieron de tal manera en sus precios, que los comerciantes al por menor de Tucumán, San Juan, La Rioja y Mendoza estimaron que era más ventajoso abastecerse en Chile. En noviembre y diciembre de 1827 habían pasado por La Guardia cerca de cuatrocientas mulas cargadas, destinadas a aquellas ciudades argentinas y produciendo una entrada apreciable por derechos de aduana. Restablecida la paz, el comercio ha vuelto a seguir su antiguo camino, pero todavía son de importancia las ventas que se hacen a Mendoza, y no cabe duda de que aumentarían si este camino se hiciera más transitable y seguro por medio de algunas pequeñas construcciones y sobre todo por algunos puentes. El paso del Portillo (en el valle del río Yeso) es más corto y ofrece mejor talaje, pero es más peligroso para las mulas, y al usar el de Los Patos, es necesario vadear diversos ríos, que pueden obligar a esperas de muchos días.

Más allá de La Guardia desaparece toda la vegetación elevada, y la naturaleza ofrece en una gran extensión un aspecto más severo que en las partes inferiores del valle. Los cerros a ambos lados son aún más parados y parecen a veces cortar el paso, pues se observan barrancos que aparentan dirigirse al lado contrario, en forma infranqueable. Pero el pesado sendero serpentea dando mil vueltas a lo largo de su pie. Se llega a una región en que todavía parece haberse conservado el caos de los tiempos más remotos. Se encuentran acumulados fragmentos de pórfido rojo, cada uno con un volumen de muchos miles de pies cúbicos, representando una terrible masa despedazada, que se observa hasta muy arriba en los cerros, la que no alimenta plantas ni es frecuentada por animales. Curioso, y conocido también por los pobladores de las partes más bajas, es el Peñón Rajado, un precipicio que tiene la superficie extremadamente lisa y una inclinación tan pronunciada, que podría considerarse como vertical a simple vista, siendo éste un error excusable, pues también en Europa se suele atribuir esa posición a la mayoría de los precipicios tan inclinados. El nombre indica que el pueblo se percató de su origen, pues sólo una revolución extraordinaria de la naturaleza fue capaz de darle esa forma. Frente a él se encuentra la otra porción del Peñón Rajado, que corresponde a la primera en todos sus contornos, como también en las desigualdades más importantes de la superficie. La altura de este precipicio es de 2.000 pies sobre el valle, y las dos paredes pertenecen a una misma masa compacta. Produce casi espanto pensar en la extraordinaria energía que fue necesaria para dividir tales cerros en dos partes y separarlos algunas centenas de pies; cuando la fantasía desarrolla el cuadro de las horrosas manifestaciones de fuerzas naturales desencadenadas que actuaron aquí en tiempos remotos y que podrían volver a manifestarse en este mismo instante, uno se asusta al enterarse de su propio estado indefenso. Había pasado la mayor parte del día cuando se presentó





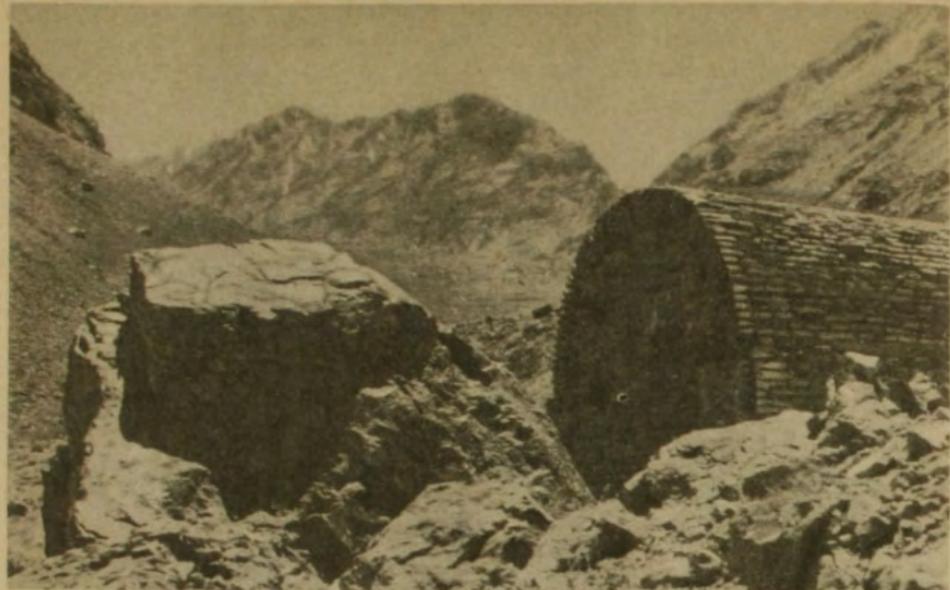
#### 42. EL ESTERO DE EL PEÑÓN.

Más allá de La Guardia, donde se practican los últimos cultivos en el valle del Aconcagua, la vegetación se achata y desaparece en la parte superior de los faldeos. Normalmente insignificantes, los esteros aumentan su caudal en la época del deshielo. *Fotografía: Carlos Keller R.*

---

#### 41. EL PRETENDIDO "PEÑÓN RAJADO".

Aguas arriba de La Guardia, llamó la atención de Poeppig el hecho de repetirse a ambos lados del valle la misma estratificación, lo que le sugirió la idea de que una fuerza natural extraordinariamente potente habría separado las rocas a lo largo de un rajo, dando así origen al valle. Ahora se sabe que el fenómeno es de otra índole. Primero fue erosionado por las aguas un valle de tipo V. Más tarde corrió por él en la época glacial un ventisquero, que lo transformó en la forma de una U. *Fotografía: Carlos Keller R.*



43. LA CASUCHA DE OJOS DE AGUA O JUNCALILLO.

Es la primera, en el camino a Cuyo, de las 8 construidas por Ambrosio O'Higgins entre 1765 y 1775. Queda al pie de la subida al Alto de Las Lagunas, donde se encontraba la segunda. Hasta Juncal, el valle sube con declive relativamente suave, salvo entre Río Blanco y La Guardia, donde es preciso salvar la pendiente de una gran morrena depositada en él. La casucha queda a una altitud de 2.250 m.

*Fotografía: Carlos Keller R.*

el río Ojos de Agua como un obstáculo inesperado, pero que fue salvado con algún peligro.

Proseguí el camino de a pie, recolectando plantas, mientras la fatigada mula me seguía pacientemente. No obstante la indiferencia provocada por el cansancio, o por agotarse la paciencia al contemplar siempre de nuevo el mismo panorama, o por el carácter cada vez más penoso del camino, se impuso por último el anhelo de encontrar un sitio apropiado para el campamento nocturno, perdiendo su interés cualquiera otra consideración. Pero el sol casi se ponía ya cuando por fin se halló un lugar apropiado para acampar cerca de la "casucha" de Juncalillo. Si bien uno se encuentra en esa parte en una quebrada bastante angosta, se eleva a un lado de ella una pequeña pendiente, con poca inclinación y rodeada de peñas, pero que deja la vista libre para contemplar el maravilloso paisaje. Sólo en ese punto se veía un poco de pasto, de modo que me dirigí hacia allá con acelerados pasos, pues también la cansada mula sospechaba que se la eximiría de mayores trabajos. Se eligió el mejor lugar, despejándolo de piedras; se desensilló la mula y se la amarró con un largo lazo en el sitio más pastoso.

Después de haber aprovechado los breves instantes de claridad que quedaban, para colocar el barómetro y empaquetar las plantas recogidas, a fin de que no las dañara el calor del próximo día, fue necesario dedicar también alguna atención a las preocupaciones caseras. Una fogata representa aun en un país tropical algo indispensable en un campamento, pues hasta la noche más suave es muy desagradable en tales soledades cuando se la pasa a oscuras. De acuerdo con la temperatura, no había necesidad de hacer fuego, pues en contra de lo esperado, el frío no era sensible a esta altitud, estimada en 7.500 pies, de acuerdo con una observación del barómetro, y todavía al alba de la madrugada siguiente el termómetro señalaba siete grados sobre el punto de congelación. En estas alturas ya no se encuentra leña, ni siquiera un arbusto. Pero aun en estas partes la naturaleza se preocupa del hombre, a pesar de sus breves y poco frecuentes visitas. Crece aquí una *valeriana*<sup>1</sup> en enorme abundancia, y a pesar de su inaparente aspecto exterior, suministra el único combustible. Si se tiran los tallos, se desprenden muy fácilmente del suelo pedregoso los tejidos de las raíces, que son largas y leñosas, debiendo acumularse una gran reserva, pues esa leña se consume con la misma facilidad con que caliente.

De este modo se preparó la sencilla comida, de la que recibió su parte merecida también el perro, y después de haber finalizado todos los demás trabajos, la penosa jornada terminó con una escena de lujo. Subía el vapor desde una taza de té chino, y el compañero siempre novedoso de mis prolongados viajes, el magnífico Shakespeare, conservó todo su encanto en el solitario boquete andino. Lentamente la mula se había acercado al fuego y contemplaba la escena con una mirada que revelaba cierta inteligencia, pues también los animales buscan la compañía del hombre, semiintimidados, en medio de esta soberbia creación. El silencio que nos rodeaba era profundo y casi provocaba espanto, y las quebradas, poco pobladas en el día, se presentaban ahora doblemente rígidas o de cierta manera inermes, pues sus únicos pobladores son animales diurnos, que desaparecen cuando cae la obscuridad. No se observa ninguna mariposa nocturna encandilada por el fuego, no se escucha el zumbido de ningún insecto, y ni siquiera el lamentoso grito de la gallina ciega chilena (*Caprimulgus*) ahuyenta la creencia de ser uno el único ser viviente en medio de la soledad. Tan grande es la falta de vida que parece dominar en estos páramos, que uno mismo casi se siente tentado a dudar si realmente pertenece a esta humanidad tan movida. Apenas perceptible, la suave brisa nocturna aporta el murmullo del lejano torrente, y sólo de vez en cuando se escucha un ruido sordo, pero que en ningún caso es volcánico, pues no se presenta unido a algún sacudimiento: los chilenos lo conocen, y lo consideran crédulamente como un indicio de un enojo que manifestaría la montaña. El cielo brillaba con las innumerables estrellas del firmamento austral, cruzado por una cantidad extraordina-

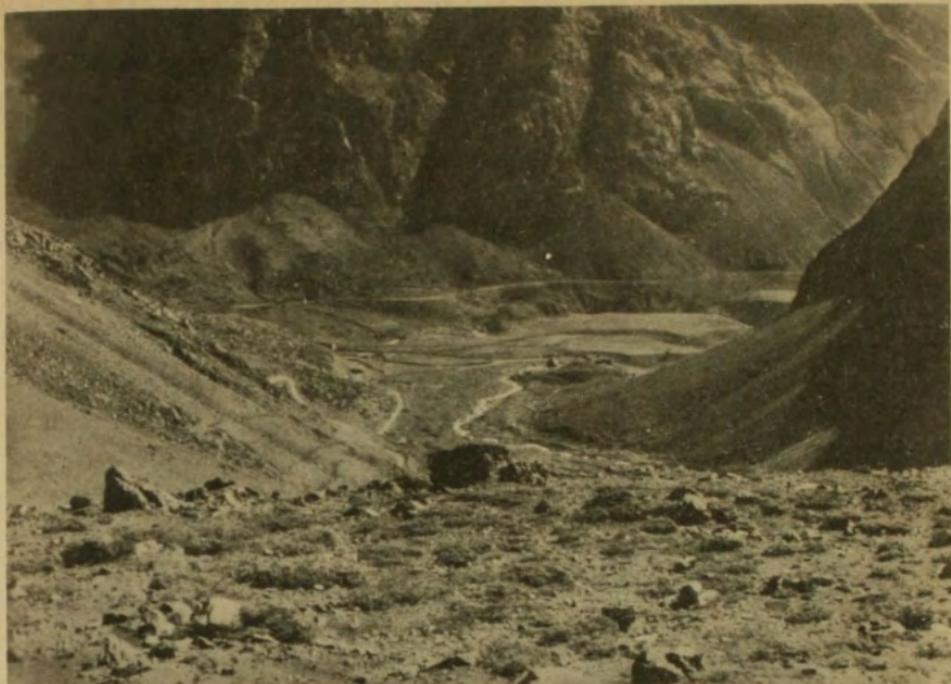
<sup>1</sup>*Valeriana glauca* Poepp. "De C. Synops.", IV, pág. 639. (Triaca del cerro.)

ria de clarísimas estrellas fugaces. Una luz amarillenta, difícil de explicar, pero observada por muchos también en la tierra baja, era visible periódicamente entre las cumbres, mientras que los pocos cerros nevados destellaban con una luz fosforescente, pero invariable.

Sin embargo, esta fiesta nocturna, que tenía tan poco de común con la prosaica vida europea, fue interrumpida pronto en forma molestísima. La mula cortó de repente el lazo, y se precipitó en dirección a la fogata, como si buscara la protección del hombre, y el perro saltó ladrando locamente. El barómetro había sido colocado para ser observado a primera hora en la madrugada; fue volcado por la mula, y debajo de las pisadas del animal se encontraban ahora, destrozados, los tubos, las escalas y los tornillos. Mecánicamente tomé mi escopeta, pero sólo pude ver dos o tres figuras de contornos imprecisos que se alejaban veloces. Eran pumas, animales cobardes, de considerable tamaño, muy frecuentes en las cordilleras, que no atacan casi nunca al hombre, y ni siquiera tienen el valor de acercarse a una persona que duerme, huyendo ante cualquier perro, pero que son los peores enemigos de los animales domésticos. Dada la inseguridad del objetivo, los dos disparos de una escopeta doble no fueron de ningún efecto, y lleno de dolor por la pérdida irreparable, me acosté por último, para pasar la noche sin volver a ser molestado.

Las cumbres más elevadas brillaban ya mucho tiempo a la luz del sol, antes que aclarara medianamente en el profundo valle. En los cantos y contornos agudísimos de los cerros, el juego de los colores era mucho más vivo que en los Alpes europeos, pues también las cimas rocosas peladas se presentaban con colores inusitados, entre los cuales se destacaba sobre todo un morado rojizo. A medida que la luz penetraba lentamente en las angostas quebradas, se formaban en su profundidad estrechas fajas de neblinas blancas, que se destacaban con nitidez de las rocas negruzcas de sus contornos y que señalaban el curso del torrente, de que provenían esos vapores. En concordancia con el carácter inmensamente soberbio y severo que predomina siempre en los Andes superiores, el aspecto de soledad no era interrumpido en ninguna parte por un cuadro amable. En las estrechas quebradas andinas, la naturaleza se caracteriza por una rígida majestad, que inspira a menudo temor, negándose a ser grata, aun cuando no amenaza. No requiere de la vida activa de los animales para aparecer magnífica y grande; su solo aspecto llena de veneración, por su poder y exuberancia, a pesar de faltar pájaros cantores que saluden al sol naciente y de no existir insectos que inicien su alegre actividad.

Con un orden casi militar fue evacuado pronto el campamento, y todo —menos el lamentado barómetro— ocupó de nuevo su lugar sobre la mula. Otra vez prosiguió la marcha de ascenso en la frescura de la madrugada, recolectándose muchas bellas plantitas, de aquellas especies que sólo florecen en las primeras horas de la mañana, de los géneros *Calandrinia* (quiaca, pata de guanaco, etc.) y



44. PANORAMA DESDE EL ALTO DE LAS LAGUNAS A JUNCAL.

El punto de observación se encuentra a 2.700 m., de modo que es preciso salvar 450 m. por la falda parada de una morrena desde Juncal, que se ve al centro abajo. La casucha de la fotografía anterior queda a la derecha del curso inferior de la quebrada de Juncalillo. A orillas de esta quebrada, un poco más arriba de la casucha, ocurrió el episodio de los pumas que relata Poeppig. *Fotografía:*

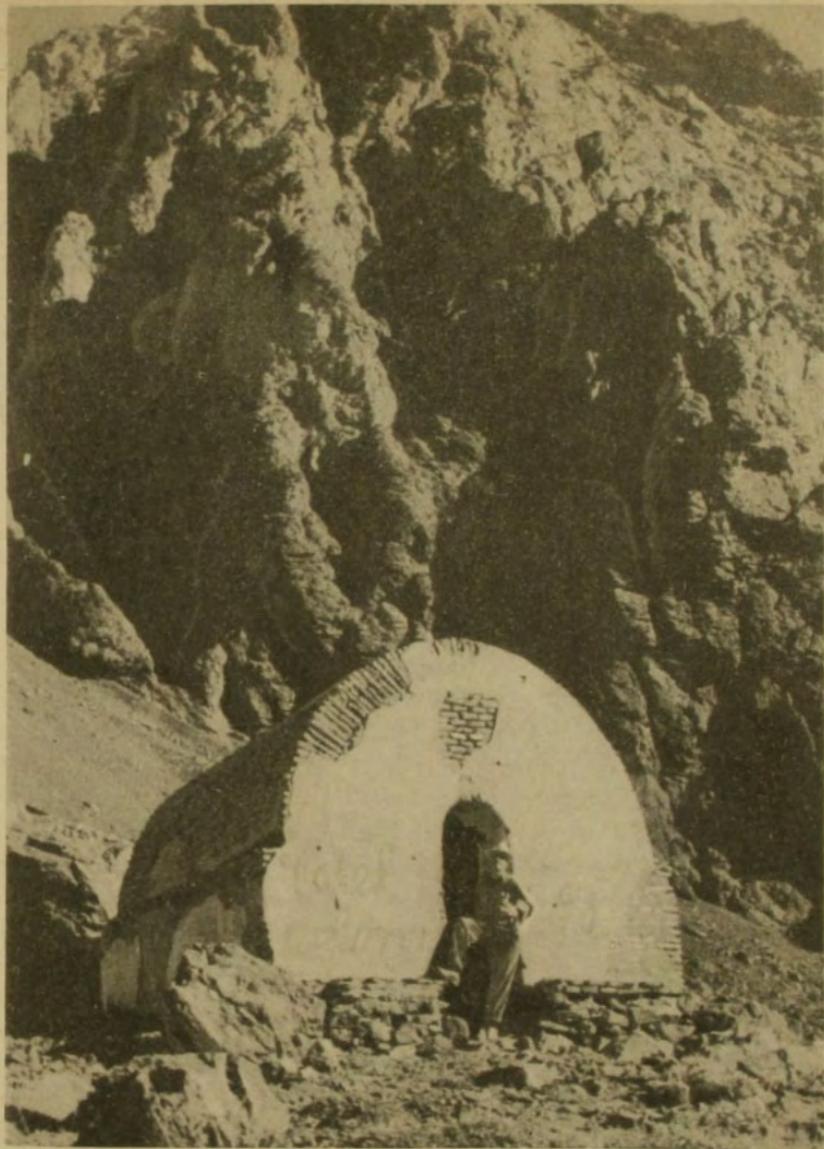
*Carlos Keller R.*

*Talina*; el menos efímero romerillo (*Lythrum*), con sus hojas espinudas; las formas elegantes de la *Macraea*; pequeños ejemplares del dondiego de la noche (*Enothera*), con flores amarillas; especies del tabaco, del tamaño de una vara; piojitos (*Malesherbia*), de color celeste; estrellas de los Andes (*Perezia*), que forman cojines tan gruesos como nuestras saxifragáceas alpinas; púas (*Tropæolum*) rastreras, con una inmensa cantidad de flores de amarillo vivo; umbelas de formas extrañas; moñinas cenicientas; michayes (*Berberis*) con hojas como agujas y bayas azulejas y de sabor agradable; violetas con hojas como el *Sempervivum*<sup>1</sup>:

<sup>1</sup>*Pleurophora polyandra* Hook., *P. pungens* Don., *Viviania crenata* Hook., *Gynopleura linearis* Juss., *Perezia Poeppigii* Less., *Tropæolum polyphyllum* Cav., *Fragosa spinosa* R. et Pav., *Mutisia acerosa*, *M. rosea*, *M. glauca*, *M. cana* Poepp., *Berberis empetrifolia* Lam., *B. glomerata* Hook., *Chuquiraga alpina*, *Ariona ruscifolia*, *Ceanothus gracilis*, *Calceolaria origanifolia*, *C. hypericina* Poepp., *Allosurus hirsutus* Presl., *A. andromedæfolius* Klffs.

en una palabra; una abundancia inesperada de la flora compensó el esfuerzo. Si bien desaparecen cada vez más, las grandes columnas del quisco (*Cereus*), no faltan en estas heladas regiones los representantes más pequeños del mismo género, pues se presentan tunas (*Opuntia*), con articulaciones que parecen mazas, y cactáceas envueltas en una lana blanca, formando grupos entre los agudos componentes rocosos de los escombros, siendo penoso pasar sobre ellos. Una sorpresa no pequeña deparan ejemplares degenerados del coriandro europeo y algunos zarcillos de arvejas, como testimonios de las frecuentes visitas de viajeros que acamparon aquí y a quienes se debe el crecimiento casual de estas plantas. La Laguna del Inca se presentó a la izquierda, con una acumulación de plantas en medio de elevados barrancos, que un examen más cuidadoso identificará quizás en el futuro con un antiguo cráter<sup>1</sup>. Destinada como punto de término de una futura excursión, consideré conveniente no apartarme del camino, a pesar de las leyendas populares referentes a ella y de sus características, que incitaban a reconocerla de cerca. Pasando por El Portillo, un lugar en que las paredes de pórfido se aproximan en tal forma que apenas permiten el paso a la mula, alcancé por fin la parte superior del valle por el que había subido desde Santa Rosa y que se aplanaba más abajo en los fértiles campos de Aconcagua y Quillota. Se extiende una ladera pedregosa y estéril, y el punto en que desaparece visualmente el sendero molesto y áspero que sube por ella se encuentra cerca de la meta anhelada: La Cumbre, que se alcanza desde aquí en menos de una hora. A pesar de la temporada avanzada y del extraordinario calor que había reinado en este verano, se había conservado la nieve en cantidades apreciables, y los cerros a ambos lados estaban cubiertos densamente con ella. Pero mucho antes de alcanzar ese punto, el sol había ascendido por encima de las últimas y más elevadas laderas nevadas, esparciendo su luz en forma directa y casi demasiado brillante para el ojo, sobre el maravilloso paisaje. Aquí se pierde en realidad toda medida, pues no hay ningún árbol de altura conocida y ninguna obra hecha por el hombre, para poder comparar y apreciar con exactitud las magnitudes. El ojo se equivoca de una manera increíble, subestimando todo en esta naturaleza gigantesca, pues se consideran como escalables paredes verticales que no lo son, atribuyéndoles una altitud apenas mediana, y sólo un examen desde cerca permite conocer su carácter abrupto, resultando inaccesibles incluso para el ágil guanaco. Todavía se encuentran aquí, a escasa distancia la una de la otra, las dos últimas casuchas, construidas con piedras del mismo lugar y destinadas a ofrecer al viajero un refugio contra nevazones imprevistas, cuando tratara de cruzar los Andes en los meses poco favorables a fines del otoño, o quizás en medio del invierno. Los incas ya disponían de instalaciones similares, y los españoles

<sup>1</sup>No existe actividad volcánica en esa zona. Las formas a que se refiere Poeppig son de origen glacial, pero en su tiempo los fenómenos de esta índole todavía no eran conocidos.—  
Nota del Traductor.



45. LA CASUCHA DE LA CALAVERA.

Desde el Alto de Las Lagunas, el valle del Juncalillo penetra con escasa pendiente hasta el cordón fronterizo mismo, en Caracoles. Es un típico valle glacial de alta cordillera, que alcanza hasta 3.200 m. En su medianía, O'Higgins construyó la tercera de sus casuchas, la de La Calavera, cuyo enlucido se ha conservado. *Fotografía: Carlos Keller R.*



46. EL VALLE DEL RÍO JUNCALILLO. *Rugendas.*

Mirando desde la casucha de Las Calaveras (a la izquierda, sobre el primer plano) hacia el interior, se observa el amplio valle glacial del Juncalillo, por el que sube un viajero, acompañado por un baqueano y una mula cargada. Al fondo, las cumbres agrestes andinas cerca de la frontera. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

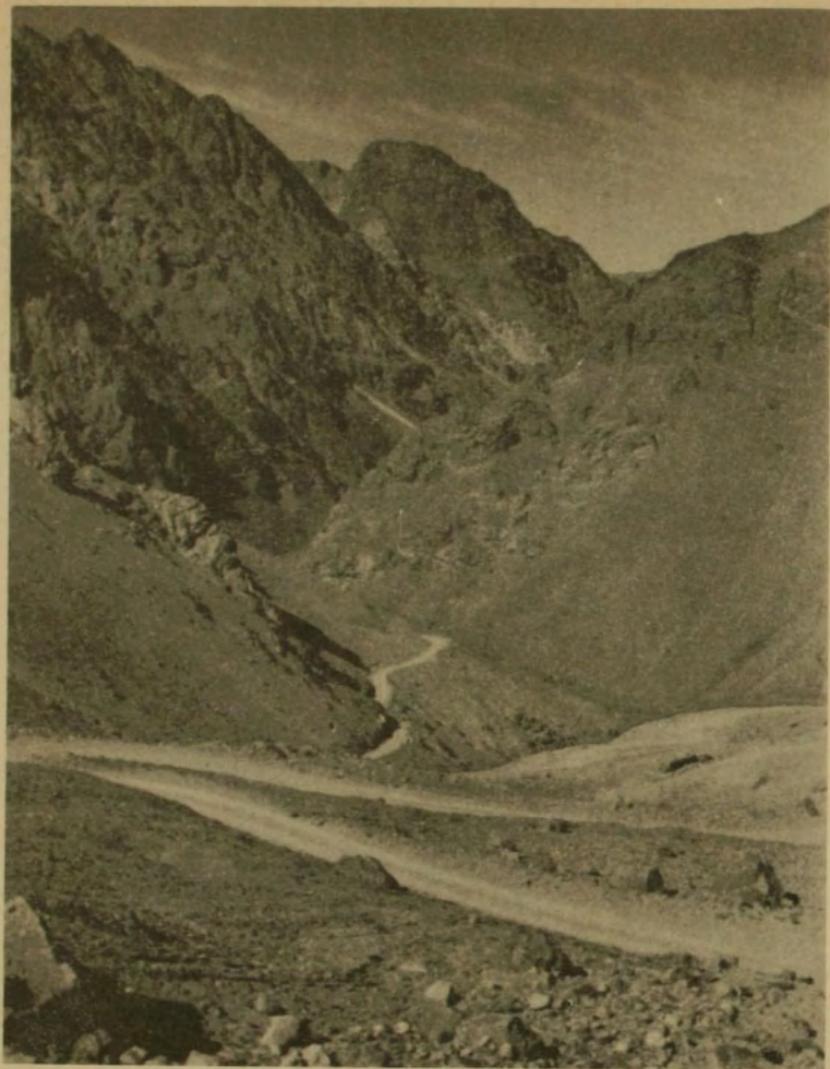
las imitaron. Son las únicas que ofrecen protección y facilidades a los viajeros que recorren estos solitarios páramos de los Andes en un viaje de siete días, pues no se domicilió aquí ninguna orden de monjes caritativos, para ayudar a los accidentados. Por tal motivo, el viaje en las temporadas peligrosas se realiza siempre en grupos que se reúnen para ese fin, y sólo un fugitivo perseguido lo emprenderá sin compañía.

Todas las casuchas son similares; consisten en murallas muy gruesas; tienen a veces forma redonda, y han sido construidas con grandes trozos de rocas, que se encuentran diseminados por todas partes. El interior tiene un ancho de pocos pasos y lo constituye únicamente un recinto vacío, húmedo y oscuro, pues la única abertura para la amable luz del día es una pequeña puerta colocada a gran altura sobre el suelo, a fin de que su acceso no sea obstruido en invierno por la nieve. Antiguamente, el forastero que llegara a una de estas casuchas en la temporada desfavorable encontraba una provisión de carbón y de alimentos secos, transportados a ellas por cuenta del gobierno en otoño. Mediante el pago de

una pequeña suma, recibía en las dos últimas poblaciones a ambos lados de los Andes las llaves para abrir sus puertas, y estaba autorizado para consumir aquellas provisiones en caso de necesidad. A igual que muchas otras cosas buenas de tiempos antiguos, desaparecieron también estas instalaciones en la lucha revolucionaria. Las impetuosas tropas de San Martín emplearon este camino en su célebre paso para invadir Chile. La rapidez de la marcha y la habitual negligencia de los jefes militares sudamericanos impidieron que se tomaran las precauciones necesarias para el abastecimiento del ejército, y de esta manera se destruyeron casi por completo estas casuchas, por falta de combustible. Se quemó todo el maderamen; la pobreza del país y la necesidad de dar preferencia a otras cosas han impedido la reconstrucción de las casuchas<sup>1</sup>.

Llegué temprano en la mañana a La Cumbre, a pesar de haberse hecho penoso el último tramo del sendero, en parte por ser muy parado y en parte por tener que pasar con frecuencia por nieve, cuya conservación al parecer sólo se explica por cambiar la ladera su orientación hacia el helado sur. Por primera vez había alcanzado una altitud que el europeo conoce únicamente cuando tiene el valor de tratar de subir al Mont Blanc o al Grossglockner, lo que se hace muy raras veces. Uno se encuentra a 12.000 pies sobre el Océano Pacífico, y una sencilla cruz, levantada pocas semanas antes y entre tanto quizás otra vez desaparecida, señala el punto más elevado, en que la naturaleza se presenta en su aspecto más sombrío y desagradable. Apenas alcanzan a germinar algunas miserables plantitas andinas en los lugares no cubiertos por la nieve de la dura roca en que uno se halla. El sol alumbra claramente, pero a sus rayos falta el brillo de las regiones bajas, donde una capa atmosférica más densa los quiebra en forma variada. Un suave viento sopla cual silenciosa corriente de espíritus en pena sobre el desfiladero cordillerano, y por ninguna parte la vista descubre un ser viviente. Los sentimientos que animan a quien haya ascendido solo hasta estas alturas, bajo las mismas condiciones, son realmente indescriptibles. Uno se encuentra solitario en el dorso de una montaña de que está proscrita toda vida, donde ésta no puede existir debido a los rigores del clima. Muy lejos de la amable vecindad del género humano afín, no se observa ningún síntoma de él, y ningún ruido de su industria alcanza hasta estas regiones, que yacen en severa majestad, sin ser afectadas por la alegría y el dolor de seres más perecederos. El solitario novicio debería ser víctima del

<sup>1</sup>El abastecimiento de las casuchas con combustibles y víveres fue practicado sólo en los primeros tiempos después de su construcción por Ambrosio O'Higgins. También las puertas desaparecieron muy pronto, empleadas como combustible por viajeros sorprendidos por nevazones, todo lo cual ocurrió mucho antes de estallar la revolución de la independencia y no tiene nada que ver con el Ejército Libertador, cuyo abastecimiento fue preparado, precisamente, en forma ejemplar. Debe rectificarse también la información de Poeppig en el sentido de que el grueso de ese ejército entró al país por el paso de Valle Hermoso, siendo usado el de Uspallata sólo por una de sus divisiones.— Nota del Traductor.



47. LA CUESTA DE CARACOLES QUE SUBE AL  
PORTEZUELO DE USPALLATA O DE LA CUMBRE  
(3.800 M.).

En Caracoles termina el valle del río Juncalillo, y es preciso subir 600 m. para alcanzar el portezuelo de Uspallata. El sendero para mulas que existía en los tiempos de Poepig ha sido reemplazado por un camino moderno para vehículos motorizados, pero el trazado de aquél es fácil de reconocer. El portezuelo fronterizo no era entonces el mismo a que se llega ahora, con la estatua del Cristo Redentor, sino que se encontraba un poco más al sureste. La fotografía muestra el aspecto de los cordones hacia Chile. *Fotografía:*

*Carlos Keller R.*

terror, pues siente cierto temeroso malestar un aquel que ya se ha acostumbrado a los páramos de América y que ya no echa de menos en ellos al hombre y sus obras. Uno se siente indescriptiblemente solitario, desamparado y pobre en medio de esta gigantesca creación, en que el hombre desaparece. El solitario debe hacer un verdadero esfuerzo para librarse en tales momentos del humillante pensamiento de ser apenas un ente tolerado, de ninguna manera necesario para conservar el gran todo, no creado sólo para él y cuyas formidables manifestaciones de poder su propia intervención jamás logrará regular.

El carácter de los Andes es muy diferente que el de los Alpes de Suiza o del Tirol, lo que es fácil de reconocer aun en corta visita. Sin necesidad de detallar los fenómenos relacionados con la historia natural, cuya exposición perturbaría la clara comprensión de los rasgos generales, es quizás posible señalar brevemente las diferencias. Las características que se destacan en primer término en el extraordinario paisaje consisten en la espantosa soledad, el aspecto desnudo de inmensos barrancos, las medidas gigantescas que se imponen en todas partes, la escasa vegetación de los valles, que tienen el aspecto de quebradas; la destrucción permanente y el constante deslizamiento de las laderas, que se extienden en uniformidad sin fin y completamente desnudas, y una braveza que inspira temor, no interrumpida en ningún punto por paisajes más agradables. En los contornos de los Alpes se manifiesta una variabilidad sorprendente, elevándose un pico encima de otro,



48. LA CUMBRE O PASO DE USPALLATA, 1834. *Rugendas.*

Mirando hacia el sur, se divisa el cerro Santa Elena, con altitud de 4.130 m. Hacia la izquierda de la roca bajaba el sendero de mulas a Las Cuevas, donde se encontraba la primera casucha en el lado argentino, siguiendo hacia abajo las de El Paramillo, Los Puquios y Punta de Vacas. Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.

y al lado de una cúpula redondeada se presenta una aguda pirámide o una cumbre grotescamente rajada. No ocurre lo mismo en los Andes, que se presentan siempre, mirados de cerca o de lejos, como una muralla continua, sobre la cual se elevan sólo raras veces algunas cumbres. Sus diversos grupos yacen en forma de masas inmensas, pero uniformes, caracterizadas por una curiosa expresión de severidad e inercia. Pero justamente la circunstancia de haber repudiado la naturaleza producir o acentuar el efecto de lo grandioso por medio de contrastes, produce el resultado de ser los Andes mucho más impresionantes que los Alpes, pero explica también que la fantasía retenga sólo en escasas ocasiones una imagen precisa de sus panoramas. En los Alpes europeos se extienden valles amplios y verdeantes entre elevados cordones, en cuyos faldeos una florida vegetación se prolonga hasta el mismo límite de las nieves eternas. Alternan grupos de árboles cubiertos de follaje con extensos bosques compuestos por coníferas; brillan ventisqueros azules entre las puntas más altas de los cordones, y en los dilatados valles se hallan a menudo tranquilas lagunas con orillas fértiles. De todo esto, los Andes no muestran nada al observador. Se encuentran propagados por todas partes los coloridos en que predominan el café, el gris y el amarillo; más arriba, las nieves eternas forman campos extensos y horizontales y sólo la mayor lejanía permite que se propague un vapor azulino, suavizante. En las cumbres semidestruidas brilla en ocasiones con tonos agudos el púrpuro, y las estrechas y oscuras quebradas, que se amplían raras veces lo suficiente para prestar utilidad al campesino, están, por lo general, cubiertas hasta muy arriba con escombros, ofreciendo sólo arbustos degenerados o plantas aisladas, imposibilitadas para unirse sobre un suelo de esa calidad en un tapiz lleno de savia. De todo aquello por medio de lo cual el hombre transforma y hermosea el aspecto de un paisaje, de sus acogedoras aldeas y activas ciudades, sus carreteras y sus campos bien cultivados, no se encuentran rastros en los solitarios Andes. El caminante no es saludado por el grito del pastor, cuando sube de madrugada por las empinadas laderas, y al atardecer no se escuchan al regresar las pacíficas campanas de vísperas desde el valle. Incapaces de mantener a una población en su seno, los Andes siempre se presentarán en severa inercia, y este carácter, tan fácil de reconocer en los detalles y tan difícil de describir por medio de palabras, se conservará así hasta que las fuerzas de la naturaleza, que actúan con lentitud, pero con seguridad, transformen también a esta montaña por el cambio del clima y la gradual destrucción de la superficie, haciéndola apta como campo de acción para el trabajo humano.

Llamen en primer lugar la atención, y excitan la fantasía con sus errores, diversos detalles de los Andes, como sus barrancos, que apenas difieren de la verticalidad, a pesar de elevarse hasta 2.000 pies como muralla continua, y sus quebradas, que a menudo alcanzan más de 5.000 pies de profundidad. Pero más tarde reclama también sus derechos el juicio sereno de la razón, induciendo por medio de una reflexión tranquila a admirar seriamente diversos hechos grandiosos. Estos

Andes, que nunca son apreciados acertadamente mientras uno se encuentre en su seno y rodeado por sus gigantescas murallas, y de cuya magnitud uno sólo se forma una idea precisa desde una distancia apreciable, se extienden en fila ininterrumpida a lo largo de sesenta grados de latitud, midiendo incluso en la parte boreal de Chile, donde se presentan como un cordón continuo, a lo menos 20 millas<sup>1</sup> en el diámetro transversal de su superficie. Aun sin solucionar en forma precisa el problema de establecer la superficie que cubren, uno se sorprende de los resultados de un cálculo superficial, y esta sorpresa va en aumento si se considera que su altitud media en Chile —basada en numerosas observaciones— no puede ser inferior a 12.000 pies. Menos satisfactorios son los resultados de la reflexión, sin embargo, si se trata de determinar la utilidad que prestan estos gigantescos cordones a los habitantes de los países vecinos. Todas las partes superiores de los Andes chilenos situados al norte de 36° de Lat. S. son de escaso valor y en su mayoría inapropiadas para el domicilio del hombre. Ya se mencionó que sólo muy raras veces se encuentran pequeñas extensiones de un suelo más plano y apropiado para los cultivos, o de tierras de suficiente fertilidad para producir los cereales del hemisferio boreal. Aun las vegas apropiadas para el talaje son muy escasas, pues los valles son muy angostos y tienen el aspecto de quebradas; sus fondos están sujetos a una frecuente destrucción por los furiosos torrentes, o bien son cubiertos por las rocas que se deslizan constantemente desde las laderas, debido a que todos los cerros bajos se encuentran expuestos a una descomposición incesante de la superficie, que amenaza también a menudo la vida de los viajeros.

Aun cuando la población de Chile aumente unas veinte veces, estas cordilleras permanecerán despobladas, pues los chilenos tratarán primero de apoderarse por medio de la espada de los fértiles territorios de los indígenas australes, antes de radicarse en montañas en que el elemento humano es rechazado con decidida severidad por la naturaleza, al parecer resuelta a conservarse un escenario en que el hombre, siempre empeñado en avanzar, no está destinado a desempeñar un papel. No representa un factor de importancia el hecho que el clima de estos Andes sea relativamente suave hasta altitudes de unos 7.000 pies. El calor extraordinario de aquellos valles, en que observé en la época de la Pascua de Navidad una temperatura de 33° y en que la media de todo el mes de diciembre (a una altitud de 4.500 pies) fue de 23°, no es de utilidad, pues los rayos candentes del sol no chocan, como en las selvas vírgenes, con una gruesa y negra tierra vegetal, en que una masa inagotable de agua conserva los gérmenes de la vida siempre juvenil, sino sólo con los escombros de una profundidad no determinada o con afloramientos de roca, entre los cuales se acumula lentamente un suelo magro, que será arrasado quizás por la primera inundación. Entre esta mezcla suelta no se conserva el elemento nutritivo; se filtra, para aflorar mucho más abajo, favorecido por la

<sup>1</sup>Sin duda, se trata de un error de imprenta y debe decir 200 millas.— Nota del Traductor.

gran pendiente hacia el oeste que caracteriza a los Andes, en forma de vertientes y arroyos, que buscan rápidamente su camino hacia los poco numerosos ríos, para dirigirse con ellos en apresurada e inútil celeridad hacia el océano.

En cambio, la cordillera contiene en sus puntos más profundos grandes riquezas minerales, en su mayor parte inaccesibles a la codicia humana. Aun cuando la cantidad de plata no corresponderá siempre a las esperanzas de los chilenos, que estiman a menudo que un cerro contiene en su interior reservas inagotables, inducidos a ello por diversos prejuicios, entre los que figuran el aspecto extraordinario de una montaña, ciertas circunstancias autorizan para suponer que existen al interior de los Andes de Santa Rosa varios yacimientos de plata por descubrir, similares al que poseía el vecino Uspallata en tiempos mejores. Todas las vetas de plata han sido supuestas o reconocidas hasta ahora sólo a altitudes en que durísimas rocas de gran magnitud cubren la superficie sin interrupción, donde la nieve perdura durante seis meses y reina en ese período un invierno que se hace insostenible a quienes hayan nacido en el país de las mirtáceas y naranjas. Por este motivo no ha habido una minería permanente o exitosa en tales regiones. Debido al carácter intransitable de la cordillera y al escaso desarrollo industrial de la tierra baja, desde donde fue menester transportar todo lo necesario para mantener la colonia de los mineros, los costos excedían a los recursos de los especuladores más ricos, en tal proporción, que incluso dejaban de tener interés para los americanos, tan aficionados al juego de lotería que representan las minas.

La vista desde La Cumbre no corresponde a la considerable altitud del lugar. En todas direcciones, el ojo descubre cordones similares, que se presentan como desfiladeros lisos y rocosos, cubiertos en gran parte por nieve. Ni al norte ni al sur (pues con este rumbo el sendero cruza La Cumbre) es posible seguir los valles a la lejanía, y si no hubiera ciertas circunstancias secundarias que recuerdan la altitud del punto, difícilmente se creería encontrarse en el cordón central de los Andes, la vértebra del mundo. El paso representa una planicie casi horizontal, de apenas cien pasos de ancho, y la bajada a Mendoza es mucho menos pronunciada que la del lado opuesto. En este lugar no se puede avanzar mucho hacia la derecha o izquierda, pues el suelo pedregoso es muy molesto para el peatón, y no hay nada que compense el esfuerzo. Hay algunas capas de rocas que afloran, ofreciendo diversas estructuras e inclinaciones, y un paquete<sup>1</sup> lo hace con ángulo de pocos grados en la misma cumbre, siendo comparado por los chilenos con las ruinas de una iglesia, por encontrarse disgregado en grupos, que se presentan unidos a alguna distancia. En vano se buscan nuevas plantas, y ni siquiera es posible descubrir líquenes en las rocas. Si bien existe alguna vegetación en las grietas más abrigadas, ella se limita a especies que se pueden recolectar más abajo en estado mucho

<sup>1</sup>Una trapita de grano muy fino y color gris-verde, mezclada con abundante hornblenda, a menudo abigarrada.

más vigoroso, pues bajo la influencia del clima ofrecen aquí un aspecto algo extraño, debido a la degeneración que han experimentado. Digna de mención es sólo una forma de la verbena<sup>1</sup>, que se presenta en este lugar en su límite más occidental, pues crece en mayor abundancia sólo en las áridas serranías de pizarras del flanco andino oriental, aunque a una altitud mucho menor, no bajando jamás por el lado chileno. Reemplaza en estas regiones poco amables a la útil valeriana, de que ya se habló, y sus amplios cojines, que se adornan en pleno verano con infinitas florecitas purpúreas, suministran el único combustible. Con esta planta se pudo encender un fuego para preparar el almuerzo, pero luego las circunstancias obligaron a abandonar rápidamente el lugar. Aun cuando no fui afectado por la temida puna, es decir, aquel malestar corporal que resulta del enrarecimiento y del menor peso de la atmósfera en las grandes alturas, me vi obligado a emprender el regreso por transformarse la suave brisa en un temporal tan fuerte, que apenas era posible mantenerse en pie, y tan frío, que el termómetro, que hasta entonces se había mantenido a 7°, bajó al punto de congelación. Este regreso tuvo que hacerse con rapidez, pues si bien en esta temporada no son de temer nevazones que hagan peligrar la vida, se presentan con alguna frecuencia tempestades eléctricas y aguaceros, a que no conviene exponerse completamente solo. Fue bastante desagradable contemplar bajo tales condiciones una cruz pasada por alto en el camino de subida, que se encuentra cerca de la casucha de La Calavera, señalando el sitio en que tres chilenos perdieron la vida en la primavera anterior, en un temporal de esta índole. Las nubes descendían cada vez más, obscureciendo el paisaje y acentuando su impresión horrorosa, que se recibe también cuando brilla el sol; la neblina húmeda era sensiblemente fría. Sólo después de una bajada ininterrumpida de varias horas, se alcanzó el límite inferior de esta capa de vapores, y se saludó con gran alegría el cielo azul que salió de repente y los amables rayos del sol de la tarde, que se reflejaban en las hojas lisas de los primeros árboles de alguna altura. Ricamente cargado con plantas y con muestras de las rocas más interesantes, como también en posesión de seis vistas panorámicas que había dibujado en el curso de estos dos días, alcancé en las últimas horas de la tarde a la pequeña guarnición de La Guardia, que me recibió con bastante sorpresa, para regresar en la mañana siguiente con toda felicidad a la choza a orillas del Río Colorado.

Si es peligroso, o al menos penoso, cruzar los Andes en pleno verano, el riesgo es considerable en invierno, cuando el viajero podrá demostrar su capacidad de resistencia y valentía. Antes no viajaba nadie en esa temporada, y ahora sólo se hace si existe una necesidad imprescindible, pues aun las comunicaciones del correo son suspendidas entre Santa Rosa y Mendoza en los peores meses del año. La vida de los chilenos era en tiempos antiguos muy distinta que en la actualidad.

<sup>1</sup>*Verbena nubigena*. Poeppig en "Notizen...", de Froriep, tomo XXIII, pág. 292.



49. RECUA DE MULAS EN RÍO BLANCO.

El aspecto de la recua, con su madrina, las sillas de carga y de montar, no han variado desde los tiempos de Poeppig. *Fotografía: Carlos Keller R.*

Nadie se preocupaba mucho por el extranjero, y las transacciones comerciales eran mucho menos cuantiosas y frecuentes. La necesidad de desarrollar industrias más importantes ha tenido, como en todas partes, también en Chile la consecuencia de obligar a la población a realizar un esfuerzo que no conocía antes y a someterse a cosas agradables que antes evitaba cuidadosamente. Por tales razones, los viajes a través de los Andes son ahora mucho más frecuentes que antes, y quienes han nacido al pie de la montaña se han familiarizado con ella en una forma que beneficia al forastero que se ve obligado a realizar un viaje en invierno. Sus preparativos requieren algún tiempo y son costosos, por lo cual se precisa permanecer siempre algunos días en Santa Rosa, donde los días invernales sin lluvias ostentan un carácter realmente primaveral. Es difícil encontrar arrieros seguros y resistentes. Es necesario adquirir alimentos en mayores cantidades, preparar carbón vegetal y tomar diversas providencias, que permitan afrontar los peligros de un viaje de esa naturaleza. Poco después de haber alcanzado la primera nieve, que se presenta en julio hasta mucho más abajo de La Guardia, las mulas ya no prestan utilidad como animales de monta. En los pies del caminante se colocan ojotas, es

decir, trozos triangulares de cuero no curtido, que en parte abrigan contra el frío y, en parte, permiten andar con más seguridad. Cuando tampoco pueden seguir avanzando los animales de carga, se reparte ésta en pequeños líos entre los guías; pero se utiliza todavía a las mulas, aliviadas de todo peso, para abrir camino en la nieve. Pronto, sin embargo, sufren tanto por la falta absoluta de talaje, que es menester hacerlas regresar. A veces se debe lamentar también la pérdida de estos sufridos y útiles animales, pues las empinadas laderas se cubren con una capa uniforme de nieve helada, tan lisa como los techos de iglesias góticas, y si se resbala en ellas una mula, rueda hasta el fondo del precipicio, siendo doblemente sensible si llega allá con vida, pues es incapaz de subir de nuevo a la altura, teniendo que sufrir una terrible muerte por el hambre. Aun para el adiestrado ojo de los guías, el paisaje se presenta entonces informe, y si los profundísimos valles no estuvieran limitados por los faldeos que los encierran, sería fácil extraviarse en ellos. Bajo la capa de nieve, la uniformidad de la naturaleza es tan grande, que se pierde el sentido de las proporciones, que requiere siempre el ojo humano. Es imposible estimar bien alguna altura o distancia, y todos los viajeros están de acuerdo en que lo más doloroso en estos convoyes es la aparente lentitud de sus movimientos, pues con frecuencia se presenta después de varias horas de penosa marcha el mismo punto abandonado en engañadora cercanía. Si al atardecer el tiempo se muestra amenazante, se saluda con gran satisfacción la casucha oportunamente alcanzada, como un hogar anhelado, a pesar del miserable abrigo que brinda. A menudo escuché la descripción de tales escenas de parte de un vecino de Santa Rosa, que desempeñaba el cargo de correo del gobierno, en cuya calidad realizaba desde hacía muchos años el paso en pleno invierno, y cada vez su sencillo relato provocaba en mí compasión y terror. Cuando los guías se desprenden de sus líos, encienden un pequeño fuego de carbón, y una luz aislada destaca aún más la soledad del lugar. Juntándose estrechamente, el pequeño grupo procura calentarse, pues por la abertura, que carece de puerta, penetra el temporal desencadenado. Si aumenta la lucha de los elementos, se escucha un cuchicheo supersticioso en la concurrencia, e incluso el europeo no podrá sustraerse a un pasajero pavor al pensar en su lejanía de la parte poblada del valle y en su debilidad frente a esa naturaleza. Mientras en la tierra baja se desencadenan beneficiosos aguaceros, el temporal, que hace estremecerse aun a las eternas cumbres con su violencia, aporta inmensas cantidades de nieve. Cuando por fin llega el amanecer, después de una noche pasada en esa forma, es como si la obscuridad nocturna tratara de prolongarse, pues el alba se presenta no muy definida y aclara bien sólo al mediodía, mientras el temporal sigue impulsando ante sí a la nieve como una muralla.

Especialmente horroroso es el aspecto del escenario cuando estos temporales invernales son iluminados por violentos rayos de una tempestad eléctrica, presentándose simultáneamente los extremos de terribles fenómenos naturales correspondientes a temporadas opuestas. A menudo tales tempestades duran varios días, y por último

la nieve cubre a la casucha y a sus habitantes prisioneros. Si éstos disponen de suficientes abastecimientos, su situación será soportable. Pero puede ocurrir que ellos se agoten, produciéndose una escasez tan grande, que finalmente se consume alguna mula todavía disponible, o quizás se tenga que recurrir a los cueros sin curtir en que se ha envuelto el equipaje. En tal situación se encontró poco antes de mi visita un compatriota muy estimado, quien logró alcanzar por fin Mendoza, pero que salvó de esta manera su vida sólo para perderla poco después en manos de un asesino cerca de Montevideo.

Sin duda inspirará horror el solo pensar en la situación de los infelices sorprendidos por una tempestad de esta índole antes de llegar al pequeño albergue construido de piedras y que les parecía tan cercano. Todo esfuerzo será vano, y el poderoso instinto de conservación inducirá a los semiinconscientes a ajustarse a la cavidad formada por una roca saliente. Cuando caiga la nieve en cantidades cada vez mayores y la medianoche haga descender aún más la temperatura, se presentará por última vez a su conciencia ya ofuscada el recuerdo de la patria no alcanzada y del verdeante valle, hasta que se apodere de ellos la muerte por congelación. Las víctimas de los horrores invernales, que se encuentran bajo la sábana blanca, sólo son reveladas por la llegada de la primavera al primer arriero que pasa por la cordillera. Los cadáveres no ostentan ninguna desfiguración cuando los pone en descubierto el deshielo, y los viajeros más afortunados cavarán una tumba plana para colocarlos en ella. La cruz percedera y sin nombre que señala un lugar de esta naturaleza inspira pensamientos serios también a aquellos que pasan en el estío bajo el brillo del sol y que no necesitan temer tales peligros.

Resultó, en una estada de varias semanas, que la flora de estas regiones no es tan inagotablemente rica como se habría podido suponer de acuerdo con la elevación sobre el nivel del mar, quedando a este respecto muy rezagada en relación con la de las zonas fértiles del litoral. Hasta una altitud de 4.000 pies se repite curiosamente la misma vegetación que se observa en la costa, y sólo cuando se sube a una altura superior a ese límite se puede contar con encontrar plantas nuevas, mas no con mucha frecuencia. Pero en los Andes todo lo vegetal es destruido por el calor seco del verano mucho antes que en las regiones más bajas, y se puede dar a un futuro botánico que elija a Chile para una permanencia prolongada en el país el consejo de no considerar a los Andes boreales como una zona que merezca una estada de varios meses, sino sólo una visita breve y repartida varias veces en la temporada más favorable, quizás en noviembre. Los viajes del coleccionista deberían ser determinados por las graduaciones del deshielo. Cuando desaparece la capa de nieve, ocurren a menudo en inaparentes arroyos caídas de agua tan considerables, que inducirían en Europa a centenas de observadores a ir a verlas, aun desde considerables distancias. Pero apenas se ha agotado esta fuente de una breve fertilidad, y tan pronto el sol vuelve a tocar el duro suelo rocoso, en combinación con los violentos vientos, se marchitan de inmediato las formas

más delicadas de las plantas andinas, y sólo quedan en pie los repugnantes quiscos, que no dependen del estado del tiempo, y los aburridores arbustos de la familia de las *sinantereáceas*.

Si el explorador, cansado de esta uniformidad, se dirige a la otra gran mitad de la creación orgánica, encontrará en ella poco consuelo, pues el campo de la zoología es aquí aún más ingrato que el de la botánica. El águila de color gris pizarra (*Falco eguia* Temm.), el traro y algunos pajarillos inaparentes son los únicos pobladores del valle, y no se presentan a mucha altura. Pero es satisfactorio hallar aquí la rara (*Phytotoma*), un pájaro del tamaño de nuestra emberiza, que se encuentra en la cordillera con mayor frecuencia que en las tierras bajas, donde su número ha sido reducido mucho por permanentes persecuciones, por cuya causa es también muy tímida, pues lo que escribe Molina de su mala costumbre de cortar las plantas cerca del suelo y del odio que le tiene el campesino es absolutamente efectivo. Salvo dos o tres excepciones, puede ponerse en duda si los Andes más elevados comprenden animales típicos y pertenecientes a especies que no se dirijan de las regiones frías a las serranías más bajas. Entre estas excepciones se encuentra sin duda un pato muy vistoso, con bandas negras destacadas con nitidez también en el cuello blanco. De las seis especies de patos que llegué a conocer sucesivamente en Chile, no figuraba nunca la presente, llamada por el campesino pato cordillerano, el que vive siempre en los torbellinos más agitados de los más peligrosos torrentes andinos, donde es difícil distinguirlo claramente, o bien se sumerge en la espuma de las olas cuando se acertó al dispararle.

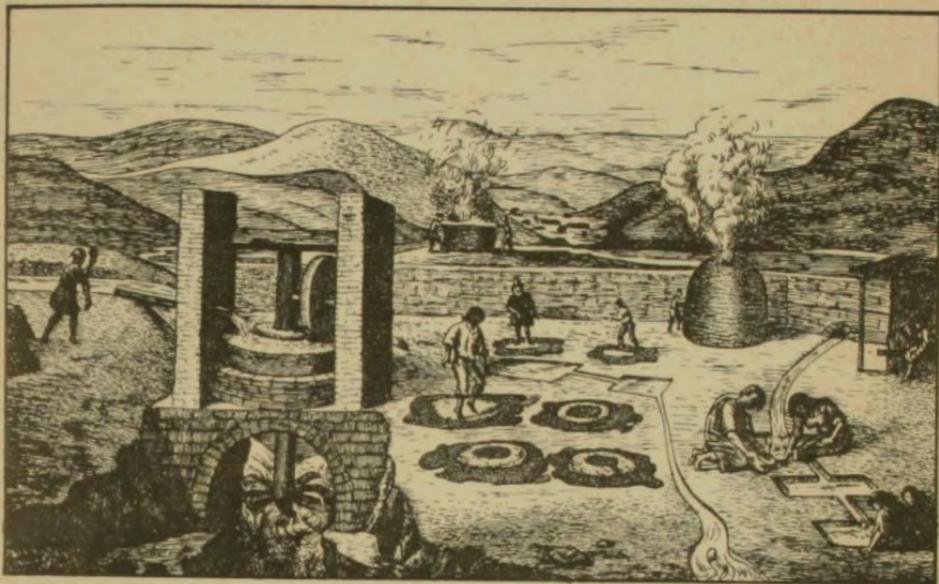
Los animales de los órdenes inferiores son mucho más raros que en el litoral; la extraordinaria furia de los ríos y el frío del agua no permiten a los peces propagarse hasta muy arriba, debiendo considerarse también que los peces de río no abundan en el país. El pequeño número de insectos que se encuentran en la montaña parecen estar destinados primordialmente a martirizar al hombre, por lo cual uno anhela que no existieran. A la familia de las tipularias pertenece un animalito de dos alas, poco representado más abajo, pero que es frecuente hasta los Andes, y lo mismo puede decirse de los tábanos, cuyos ataques traicioneros casi impiden toda actividad sedentaria en la tarde. Insoportable se hace con el tiempo un insecto inocente, pero de un ruido ensordecedor; pertenece a la familia de las cigarras, vive sobre todo en los representantes arbustivos de los géneros *Euphorbia* (pichoa) y *Kageneckia* (olivillo), emitiendo desde la madrugada hasta la puesta del sol sus estridentes chirridos. Las espesuras asoleadas se hallan llenas de estas criaturas, que reciben al jinete en molesto coro. Una verdadera plaga es la vinchuca, una chinche de gran tamaño, mencionada ya por viajeros anteriores, pero sólo como pobladora de las áridas pampas de San Luis y de la zona de Mendoza, que no es mucho más fértil. Pertenece al género *Reduvia de Fabricius*, se asemeja a la mayor de nuestras chinches de árboles, y en cuanto

a su desagradable olor, a la chinche vulgar de cama, pero la supera bastante por su carácter más sanguinario, su astucia y su virulencia. Vive en gran número en los techos de paja de los ranchos, y se esconde en ellos con tanto cuidado, que es inútil buscar rastros de ella. Pero apenas oscurece, sale de su escondite y vuela silenciosamente. Su mordisco produce hinchazones aun en un cutis poco delicado, que sólo desaparecen después de varios días y son dolorosas. Por eso nadie duerme dentro de las casas en pleno verano. La frescura de la noche y la preparación del lecho a unos diez pasos del rancho son suficiente seguridad contra el insecto, que se encuentra exclusivamente al interior de las viviendas. Más abajo, el clima de Chile parece ser desfavorable para la vinchuca, pues constituye un fenómeno ya raro en Santa Rosa, y sólo es frecuente en los ranchos de los campesinos andinos, sobre todo cerca del Río Colorado, hacia donde ha sido trasladada sin duda en una época reciente por viajeros llegados de las pampas argentinas. Se afirma que un peligroso enemigo de ella es el murciélago; no me fue posible cazar uno de éstos, por lo cual no conozco el género a que pertenece. Pero posiblemente es un pariente cercano de los quirópteros que viven en los Andes australes y que se mencionarán más adelante, identificándose quizás con ellos.

El resultado inesperadamente mediocre de la recolección de plantas, sin relación alguna con las penurias que ocasionó, motivó diversas excursiones emprendidas desde la estada solitaria a orillas del Río Colorado a la tierra baja. El primer corto viaje fue dirigido a la región de Petorca, en parte con la intención de aumentar la colección de plantas y, en parte, para conocer las minas auríferas explotadas allá, las que tuvieron en algunos años una producción considerable. Pero ambas expectativas fueron medianamente satisfechas, pues el prolongado y penoso camino de casi dos días a caballo desde Santa Rosa sólo presentó un territorio árido, lleno de cerros rocosos, y no se observó ninguna planta que no se hubiera ya recolectado. También resultó una decepción el no encontrar las minas en actividad. Los inaparentes piques, que sólo tienen el nombre de común con las ingeniosas construcciones de Europa, y que representan pozos de escasa profundidad y pequeño diámetro, perforados sin plan alguno, se hallaban paralizados, en parte por falta de capital, en parte por temor de nuevas revoluciones. La generosidad de un acaudalado minero me aportó al menos una valiosa colección de muestras de las rocas auríferas, pero las perdí desgraciadamente algunas semanas después. Esta visita a una región descrita como muy rica me ofrece una oportunidad para resumir las observaciones que reuní tanto aquí como más tarde también en la zona austral sobre la minería chilena.

Ha sido una creencia casi general, sólo puesta en duda por algunas experiencias desfavorables recientes, que Chile contiene casi en todas partes vetas de los metales más nobles y que únicamente es menester dedicarse a su explotación para asegurar al empresario en breve tiempo una fortuna extraordinaria. Han llegado a ser víctimas de este prejuicio sociedades mineras e individuos aislados, debiendo

advertirse que esta creencia sólo es explicable en aquellos que no conocen las condiciones del país. Para comprender la inconveniencia de cierta clase de minería en Chile no se requieren grandes conocimientos en la materia, siendo suficientes los generales del país. Aun cuando parece ser efectivo que se encuentra la plata en muchos puntos, es necesario determinar, en primer lugar, si el descubrimiento es accesible, si los recursos y el estado cultural de la provincia permiten hacer las múltiples instalaciones, por medio de las cuales se salvan en Europa los obs-



50. INGENIO DE PLATA.

A la izquierda, un trapiche o molino accionado por agua, en que se muelen los minerales acopiados al lado de él (extrema izquierda). La mezcla se hace pisoteando la pasta. A veces se tuesta el mineral antes de tritarlo. Un chorro de agua que cae sobre la piedra de moler se lleva consigo las partículas terrosas y metálicas, depositándolas por decantamiento en las dos cisternas situadas en el patio, por las que pasa el agua. El residuo se extrae y es sometido a dos operaciones. Una parte es lavada (a la derecha) por mujeres y niños, para ser colocada en seguida sobre cueros de bueyes, en que se deposita asimismo el resto del residuo de los pozos; en vez de cueros se usan también pisos de piedra. Cada "cuerpo" así constituido se mezcla con sal común y estiércol de mulas. En seguida se salpica con mercurio, se revuelve bien y pisotea dos o tres veces por día, hasta que la plata quede bien saturada de mercurio. Para ello se necesita seis veces más mercurio que la plata que se supone contener el mineral. Si la amalgama fuera dificultosa (por ser el mineral "demasiado frío" o "demasiado cálido", como se decía entonces), se agrega a la mezcla un poco de cal, sulfato de hierro o de cobre, mineral de plomo, etc. El proceso de la amalgama dura 10 a 15 días. La amalgama se lava en seguida y coloca en sacos sometidos a presión, a fin de espumar por presión todo el mercurio que sea posible. Luego se moldea en una piña (cono truncado) en un fondo de cobre perforado, a través del cual se escurre más mercurio. Finalmente, se coloca en un horno (al fondo del patio), en que se produce la evaporación del mercurio, el que es recuperado en una vasija llena de agua. Resulta así la plata piña, comercializada en ese estado, o bien refinada por fusión y moldeada en barras. Afuera del patio, se ve un horno de cobre de fundición abierta.

táculos, y si, finalmente, la producción es suficiente para pagar los costos, que siempre son muy elevados. En la mayoría de los casos, todas estas verificaciones encontrarán una contestación negativa. Es un hecho innegable que yacimientos argentíferos descubiertos a cuatro o cinco jornadas desde el último lugar poblado, o que se pueda poblar dentro de los Andes, a altitudes de 6.000 a 8.000 pies, sólo pueden ser explotados cuando son tan ricos como uno descubierto en 1829 cerca de Coquimbo (véase la nota 2 al final del capítulo), pues el clima y la situación representan en las montañas chilenas, por lo general, obstáculos mayores que en el Perú para el desarrollo de la minería. Pero las leyes de los minerales argentíferos no son nunca muy elevadas, considerándose que ya son buenas cuando alcanzan a 9 ó 10 marcos por cajón, es decir, cuando se pueden separar 4½ a 5 libras españolas de plata fina de una cantidad de 5.000 libras de mineral, lo que representa una ley tan baja, que no permite, junto con otras causas, emplear otro procedimiento de beneficio que la amalgamación. Entre las últimas de estas causas mencionadas figura en primer lugar la falta extraordinaria de combustibles, pues la aridez de las serranías rocosas, ya mencionada en diversas ocasiones, alcanza su mayor intensidad en las provincias mineras propiamente tales, que son las de Coquimbo y Copiapó. Por tal motivo, será necesario continuar aplicando el procedimiento de la amalgamación, que es de costos elevados, pues se calcula que cada marco de plata producido implica una pérdida de tres a seis onzas de mercurio, lo que representa un valor apreciable, en atención al alto precio de este último (que era de 75 pesos por quintal español en 1832 y 1833). Si la distancia de zonas capaces de suministrar leña constituye ya un obstáculo para la explotación de la plata, esta misma circunstancia imposibilitaría del todo la producción de cobre al interior del país, pues en la actualidad todas las minas de este metal, salvo contadas excepciones, se encuentran situadas a pocas jornadas de la costa, pudiendo comprobarse que las más alejadas casi no obtienen utilidades. Sería fácil transportar carbón desde Talcahuano a Coquimbo, pues la navegación se ve favorecida por los vientos del sur, pero su conducción al interior es muy costosa y casi imposible por la falta de ríos navegables, a lo que se agrega la calidad del carbón, que ya ha destruido varios buques por autoinflamación, colocando a otros en el mayor peligro.

Por las mismas causas, parece también difícil transportar los minerales a los puertos, y su embarque para llevarlos por mar a la zona austral o a Europa, a fin de fundirlos allá, ha producido el mismo fenómeno de la autoinflamación que el carbón (véase la nota 3 al final del capítulo). Estas circunstancias, estimadas en conjunto, comprueban los errores en que se basan los planes elaborados en Gran Bretaña sin conocimiento del país y que han dado origen a la organización de varias sociedades mineras, cuyos torpes procedimientos podrían merecer una sonrisa si no se tratara, en parte, de un fraude deliberado, por medio del cual muchos fueron inducidos a invertir sus ahorros en los espejismos con que fueron

engañados, los mismos que ahora, empobrecidos, condenan su credulidad. Acerca de las compañías mineras inglesas existe en toda la América del Sur una sola opinión, y lo que se ha expresado sobre ellas en Europa, como también el contenido de los muchos impresos que se refieren a aquéllas, se puede resumir en pocas palabras. Constituyeron engaños de especuladores en gran parte sin conciencia alguna; fundaciones sin ninguna base, que sólo se apoyaban en el afán de lucro de la época; planes no trazados para un fin práctico, sino exclusivamente para entusiasmar a la bolsa de Londres, y tan poco apropiados para Chile como para cualquier otro país del mundo. Este hecho no cambia en lo más mínimo por la circunstancia de haberse presentado en la América del Sur uno que otro apoderado honesto. No basta una moral acrisolada donde se requiere un conocimiento del negocio, de modo que aun cuando las intenciones de algunos no eran siempre del todo reprochables, su ejecución se encontraba casi siempre en contradicción con una reflexión tranquila. En la América del Sur se previó en forma acertada el destino a que no se pudo sustraer ninguna de estas sociedades, a pesar de los millones de libras esterlinas con que nominalmente contaba, a lo que se debe que el comercio de aquellos países, que procedían con mucha prudencia frente a ellas, no fue afectado por su quiebra. Todas las que actuaron en Chile han desaparecido. Dos de ellas cayeron muy pronto por un derroche sin sentido y errores cometidos, con cuyo relato se podrían llenar páginas. La tercera, que había aprendido por la suerte de sus dos hermanas, redujo su negocio, contentándose con explotar cobre, pero tampoco logró salvarse, viéndose obligada a vender sus instalaciones por el año 1828, terminando su negocio en la mejor y más honrosa forma que permitieron las circunstancias muy apremiantes. Desde entonces, la minería es practicada de nuevo como antes, es decir, por empresarios aislados, que, por lo general, no disponen de mucho capital y que dependen en su mayoría de una especie de intermediarios, los habilitadores; poseen éstos un capital móvil, que les permite especular en la minería; exponiéndose a considerables riesgos, pero muy raras veces trabajan las minas por su propia cuenta. Cuando algún minero sin recursos descubre una veta de plata o cobre, le adelantan el dinero necesario para trabajarla, recibiendo los minerales a un precio moderado en pago del capital y de los intereses. Debido a que pierden ambos cuando la mina no corresponde a las esperanzas o resulta mediocre, las condiciones bajo las cuales facilitan el capital se encuentran en relación con el riesgo de una pérdida total, lo que se debe tener presente cuando se juzga el procedimiento de estos acreedores, que de otra manera podría ser calificado como judaico. La ley reconoce y ampara estas prestaciones. Este sistema de la habilitación no sólo se emplea en la minería, sino que se conoce en el Perú también en plantaciones de coca, y se halla fundamentado en las condiciones comerciales de ambos países. A menudo, el propietario de las minas se transforma en un eterno deudor, pues no alcanza a castigar nunca el valor total de la deuda, sino que solicita siempre de nuevo anticipos a cuenta de las utilidades del próximo año, lo

que favorece sin duda una inclinación a administrar mal sus negocios, que caracteriza a casi todos los mineros y que se traspassa de ellos a sus obreros: es ésta la causa por la cual toda esta actividad no representa un modelo de virtudes, sobre todo en las minas de plata. Las quejas de ambas partes son siempre muy grandes en sus relaciones mutuas, y los procesos entre ellos son frecuentes, pero como nadie puede obligar al minero a aceptar el dinero ajeno si le parecen injustas las condiciones que le ofrece el aviador, no tiene en el fondo derecho para quejarse de él, pues si bien la utilidad de éste puede ser muy grande<sup>1</sup>, se basa en un contrato y está sujeta, además, a grandes riesgos. La suerte del obrero minero no es envidiable, pues su durísimo trabajo es retribuido con un jornal de dos a cuatro reales por día, de acuerdo con su categoría. Además, se le entrega una ración de fréjoles, higos o harina y que comprende una o dos veces a la semana algunas libras de charqui. Su trabajo es muy pesado, pues, por una parte, el interior de las minas se encuentra en un estado que, por lo general, no le permite usar libremente todos sus órganos, y, por otra, el servicio se realiza sin interrupción durante quince días o un mes, con la única excepción de algunos días festivos muy solemnes.

Un gran alivio para esta gente consiste en que últimamente el precio de la pólvora ha bajado tanto, que se la puede usar de manera ventajosa en las minas. Antes ello sólo se hacía en casos de emergencia, pues los minerales eran separados exclusivamente con la barreta y el combo. La primera tiene una longitud de 1 1/3 vara; el segundo pesa 18 a 20 libras. El carácter tosco de estas herramientas dificulta el trabajo, pues un tipo más liviano de combos no es tolerado al interior de las minas, sino que se le usa sólo al exterior para desmenuzar los minerales extraídos. A pesar de haberse introducido desde hace algunos años varios perfeccionamientos en el procedimiento de los mineros, su situación personal no ha cambiado; no se ha pensado todavía en concederles algunas facilidades o en influir sobre su moral. Lo que ganan con gran esfuerzo en muchos días lo derrochan durante los días festivos en pocas horas en el juego y la bebida. Los dueños de minas llevan con sus obreros una cuenta corriente, y es natural que no sean a este respecto la parte que pierde. Si bien pagan los mismos salarios que antaño, cuando las mercaderías valían cuatro o seis veces más, saben recuperar ese dinero. El obrero está obligado a comprar en la pulpería de la mina todo lo que necesita para la vida, pagándole los mismos precios de antes; por ejemplo, dos o tres reales por la vara de tocuyo, que se puede comprar ahora en todas partes por un real. El dinero que sobra a fines de mes lo invierte en bebidas que consume en la

<sup>1</sup>Se desprende de la carta de un minero peruano (véase "Mercurio Peruano", Lima, 1791, tomo I, pág. 22) que en aquel tiempo los habilitadores del Perú, donde el capital es menos escaso que en Chile, exigían un interés del 18% por sus préstamos hechos a tres o cuatro meses plazo.

misma pulpería, mantenida por el mismo patrón, y de esta manera los mineros son siempre muy pobres y se caracterizan por costumbres muy desordenadas.

A primera vista, todos los procedimientos que se emplean en la minería chilena parecen muy toscos e inconvenientes, pero los más severos críticos del país y del pueblo se han visto en la necesidad de tener que reconocer que los chilenos han sabido organizar su minería de modo muy conveniente, consideradas la situación general del país y las condiciones locales. Mineros europeos conocedores del país se expresan corrientemente en el sentido de que una mejor construcción de los socavones permitiría economizar mucho trabajo y costo y que sería posible facilitar bastante la explotación por el uso más frecuente de energía mecánica, pero que, por lo general, los procedimientos que usan los chilenos deben ser calificados como apropiados.

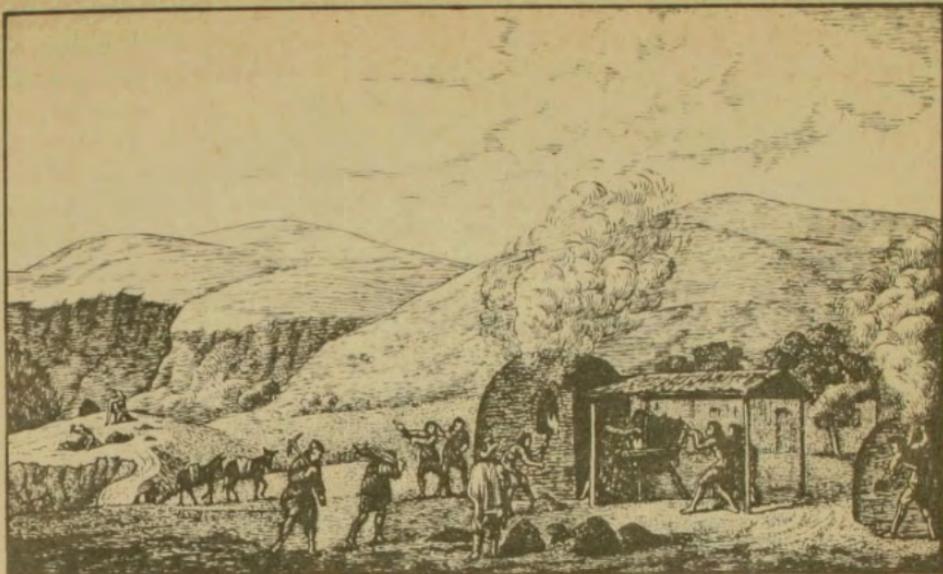
Las minas de plata que poseía Chile en tiempos antiguos son explotadas en la actualidad sólo en pequeño número, pues la revolución tuvo aquí, como también en el Perú, la consecuencia desfavorable de disminuir considerablemente la producción minera, en parte por el agotamiento de las fortunas particulares, en parte por derrumbes o inundaciones, muy frecuentes en las minas paralizadas. Por lo general, el chileno manifiesta menor inclinación a la minería que el peruano, y lo preocupa mucho menos el anhelo enfermizo de adquirir repentinamente una gran fortuna, que induce al peruano a menudo a arruinarse o a emprender correrías aventureras a los páramos. Aun en aquellas zonas en que predomina la actividad minera, el forastero no es molestado en Chile con la misma frecuencia que en el Perú con interminables conversaciones acerca de la posibilidad de descubrir nuevas vetas de plata, y tampoco está condenado a escuchar aburridoras quejas sobre la decadencia de las minas. Por un lado, el carácter popular de ambos pueblos es muy distinto y, por otro, el chileno no depende de la minería como única fuente de riqueza. Mientras que el peruano excita su fantasía con sueños acerca de futuros tesoros, hasta olvidar la desagradable situación en que se encuentra, muchos hacendados chilenos han renunciado a trabajar sus minas, o han cambiado la explotación de las de oro y plata, que se asemeja a un incierto juego de azar, por la producción de cobre, que deja cuenta y es mucho más segura.

Las diversas circunstancias ya comentadas demuestran que, por lo general, la explotación de la plata es poco ventajosa, y este hecho parece encontrar una comprobación en la circunstancia de estimarse la producción total de plata del país en 1832 en sólo 120.000 a 130.000 marcos, después del descubrimiento de las grandes y fabulosamente ricas minas de Copiapó (Chañarcillo), mientras que una sola mina del Perú (la de Llauri Cocha, perteneciente a Cerro de Pasco) producía 60.000 a 80.000 marcos anuales allá por el año 1760. En la actualidad se opone en Chile a una explotación más activa y ventajosa la falta de bancos de rescate, como existían antiguamente en Santiago y como han sido conservados en el Perú (en Cajamarca para las minas de Gualgayoc, en Cerro de Pasco, en Lima

y en Potosí), institutos en que el gobierno adquiere la plata fina al precio legal. El dueño de minas que no tiene una producción grande y que, por tal motivo, no puede hacer un viaje a Valparaíso, para vender allá su producción, pero que necesita dinero, se ve obligado a vender su plata a intermediarios, recibiendo por el marco 8 a 12 reales menos de lo que corresponde al precio del mercado y de la moneda. A fin de responder a las numerosas quejas expresadas acerca de este punto, se tuvo desde tiempo atrás el propósito de instalar una casa de moneda en Coquimbo, como centro principal de los distritos mineros, pero probablemente no ha sido realizado. Por falta de fondos, la casa de moneda de Santiago no ha acuñado monedas de plata desde hace muchos años, y sólo en 1832 el nuevo gobierno celebró un contrato con particulares para obtener plata a precio fijo, como consecuencia del cual se han acuñado cerca de 100.000 marcos. El precio de la plata piña (es decir, de la plata en la forma como se presenta después de haber sido librada del mercurio de la amalgama) ha fluctuado desde 1826 entre 9 y 9½ pesos por el marco, incluso el derecho de exportación de 4 reales por el marco de 8 onzas españolas.

La explotación del cobre debe considerarse, sin embargo, como un negocio mucho más lucrativo y como una verdadera rama de la industria del país, pues ocupa numerosos obreros y no está sujeta a un agotamiento de las minas. Aun cuando el descubrimiento casual de minas de plata puede inducir a abandonar las de cobre, los obreros, seducidos a trabajarlas, pero luego desengañados, volverán tarde o temprano a la ocupación mucho más segura que les ofrecen las minas de cobre.

En tiempos del dominio español, el tribunal de minería dedicó toda su atención a este último metal, explotado casi únicamente en las provincias boreales, sobre todo cerca de Illapel, Coquimbo, Copiapó y Huasco. Pero no falta en la zona austral, pues yo mismo he encontrado minerales cupríferos en los Andes de Antuco; los chilenos no lo aprovechan allá de ninguna manera, pero el indígena independiente produce con él diversos instrumentos sencillos. En muchos torrentes andinos del norte y del sur del país se halla cobre macizo de altas leyes y en parte en forma de granos de gran tamaño, pero no ha llamado la atención. El cobre de Copiapó es considerado como el mejor y contiene, en efecto, una pequeña ley de oro, que el chileno atribuye sin razón a todos sus minerales cupríferos, pero ella es demasiado pequeña para costear su separación. Algunos minerales de Coquimbo contienen plomo, empleado, curiosamente, para agregarlo a la amalgama de los minerales de plata. Sólo las minas de cobre que se encuentran cerca de la costa dejan buenas utilidades, pues los costos del transporte y otros gastos son demasiado elevados para poder trabajar las que quedan más al interior. Las leyes son muy variadas, y se estima que se justifican la extracción y fundición sólo cuando se elevan de 14 a 20 quintales de cobre fino por cajón (5.000 libras). A veces, un conocimiento técnico insuficiente de los mineros ha impedido la ex-



51. FUNDICIÓN DE COBRE.

A la izquierda, al fondo, la mina, frente a la cual un operario está haciendo el *pallaqueo* del mineral (lo destroza y selecciona los trozos suficientemente mineralizados, echando los restantes al desmonte). El transporte a la fundición se hace en mulas o asnos. El minero con barreta que aparece a la izquierda lleva gorro rojo de lana, túnica azul y delantal de cuero. El horno es cargado con capas alternadas de leña y mineral. El fuego es avivado por un par de fuelles, accionados manualmente por dos parejas de obreros. Dos hombres atienden la canilla: primero la espichan un poco más arriba, a fin de que se escurra la escoria; luego, más abajo, para que salga el metal, que corre a pequeños moldes situados en el suelo. Las tortas así obtenidas son llevadas al horno de la extrema derecha, que es de reverbero. En él, vuelven a ser fusionadas, separándose de nuevo la escoria, y se moldea el metal en barras, que pesan unos 2 quintales españoles, las que se exportan. En vez de hornos abovedados (como el de la izquierda), con ventanilla para la carga y abertura arriba, se usan también hornos abiertos (véase el dibujo anterior). Los dos dibujos, Nos. 50 y 51, han sido tomados de la obra de Peter Schmidtmeier, "Travels to Chile over the Andes", Londres. 1824.

plotación de minerales de altas leyes. Así, existen en Huasco bronce de cobre de altas leyes (llamados también minerales grises), que contienen mucho antimonio, ofreciendo por tal motivo dificultades para ser fundidos en la forma corriente. Desde 1830, algunos británicos lograron, sin embargo, introducir hornos de reverbero, que permiten fundir aquellos minerales reacios. Como una demostración de las grandes dificultades con que tiene que luchar todo aquel que trate de introducir en estos países innovaciones técnicas, dificultades acerca de las cuales ya se quejaba amargamente Helms, puede citarse el hecho de que fue preciso importar desde Inglaterra los ladrillos para aquellos hornos. Hasta que los chilenos aprendieron poco a poco el arte de quemar ladrillos refractarios, en hornos es-

peciales, que les eran desconocidos en aquel tiempo, lo que permitió abaratar los costos de instalación de los hornos de reverbero. Desde entonces se generalizó la explotación de esos minerales reacios, y los hornos de reverbero comenzaron a aumentar. Pero la mortandad sin parangón de los animales de carga, la carestía y la falta de abastecimiento, como consecuencia de la extraordinaria sequía de 1832, elevaron los costos de este nuevo procedimiento en tal forma, que se fundieron sólo las cantidades necesarias para pagar los gastos corrientes. Por tal motivo, se han acumulado enormes cantidades de minerales comunes y de bronce, y el precio del cobre bajará mucho en algunos años. El precio medio de 1826-32 fue de 16 a 17 pesos por quintal puesto a bordo, es decir, después de pagar el derecho de exportación de 8 reales por quintal. El consumo de la India y de Estados Unidos tiene mucha influencia sobre este precio, que bajó en los últimos meses de 1832 a 13 pesos. Bajo el gobierno español, el cobre y el fierro tuvieron el mismo valor, lo que explica que se fundieron muchos objetos de cobre, como las balas para los cañones; ahora, en cambio, los comerciantes extranjeros entregan 5 a 6 quintales de fierro por 1 de cobre. La producción de cobre ha aumentado poco, a pesar de esta alza en su valor, lo que se debe a que el jornal y los costos del transporte se llevaron en igual proporción en que se alejaron las minas de la costa. La exportación media puede ser estimada en 50.000 quintales. Miers la calculó en 40.000; en 1829 se elevó a 60.000, y el promedio de los años de 1785-89 fue de 21.544 quintales. Relativamente poco de la producción es exportado a Europa. De antecedentes suministrados en 1829 a la Casa de los Comunes de Inglaterra, se desprende que en aquel tiempo se importaban anualmente 5.440 quintales de cobre chileno, lo que representaba más de un tercio de la importación total de cobre extranjero, que comprendía 13.958 quintales.

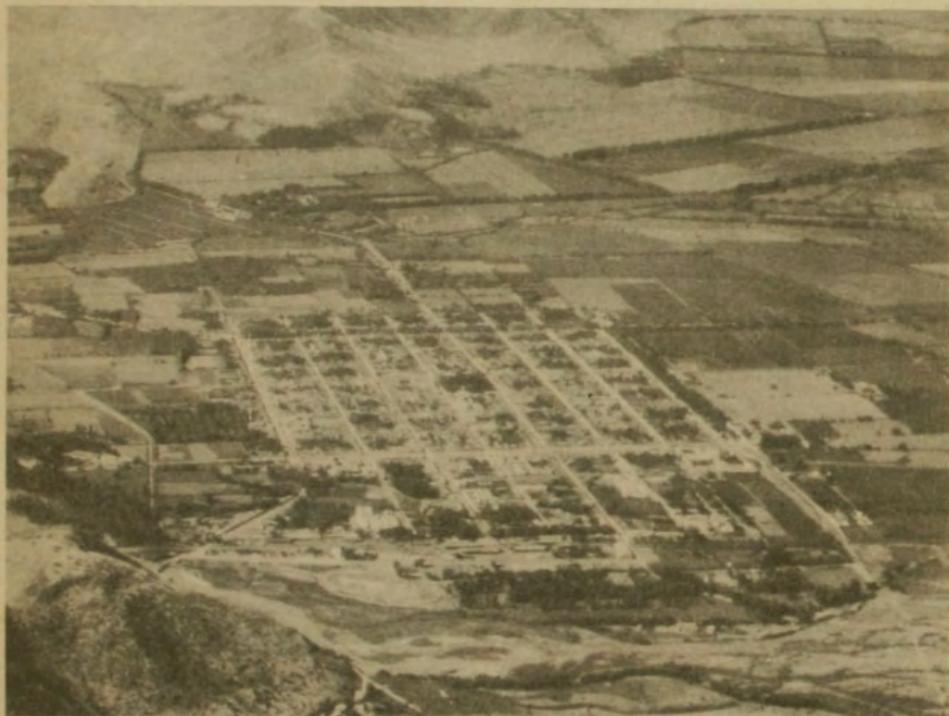
En medio de actividades tan heterogéneas, se acercaron los últimos días del año y con ellos la fecha para dirigirme a las regiones situadas en la vertiente oriental de los Andes. A fin de adquirir muchas cosas necesarias para una permanencia prolongada lejos de la costa y de despachar las colecciones a Valparaíso, fue preciso bajar de nuevo al valle de Aconcagua. Si se eligieron para ello justamente los días de Navidad, sólo se debió a la preferencia que cada cual tiene desde la primera juventud por ciertos períodos del año y al apego a ciertas costumbres de la patria, que se conservan a pesar de la edad y de la distancia. Posiblemente uno encuentra, en situaciones que han impuesto grandes privaciones, cierta indemnización en el hecho de entregarse a los espontáneos sentimientos que lo animaban en la infancia, cuando todavía no se había conocido el aspecto serio de la vida, por experiencias adquiridas a elevado precio. Pero incluso en sus condiciones exteriores, la fiesta de Navidad chilena es muy distinta de la alemana. Mientras en el hemisferio boreal la tierra se cubre de tupidas masas de nieve y las tormentas nocturnas se precipitan por los páramos desiertos, saliendo el sol sólo por algunas horas sobre el horizonte, la atmósfera de Chile se presenta tibia, pues

los días son los más largos del año. El verano ha alcanzado su plenitud, derramando sus más pródigas bendiciones sobre el territorio. Pero falta allá a la fiesta popular el fondo sentimental que caracteriza a la fiesta infantil de los cristianos boresales.

El 24 de diciembre, que fue un día muy caluroso, abandoné la choza. El camino hacia Santa Rosa era muy solitario, pues la proximidad de la fiesta había inducido a permanecer en esta ciudad a muchos viajeros que suelen cruzar los Andes en la temporada más favorable del año con sus mulas cargadas. El valle semiárido y estrecho se presenta entonces doblemente solitario e inhóspito, debido a que no se escucha la campanilla de la madrina de las largas recuas, recordando los quehaceres de gente activa. Habría sido necesario pasar cerca de Santa Rosa al lado opuesto del río, pues Aconcagua se halla algunas horas más abajo, pero el río crecido había destruido el puente, arrastrándolo consigo. Una imitación de los antiquísimos puentes de cimbra peruanos, muy sencillos en su construcción, se basaba en los mismos principios, que sólo últimamente han sido aplicados para construir puentes de cadena en Europa. Desde las altas y pedregosas orillas del correntoso río se han conducido seis cables muy fuertes al lado opuesto. Consisten en tiras de cueros torcidos y sin curtir, protegidos en contra de las influencias atmosféricas y de los insectos por una capa de alquitrán. Están colocados de dos en dos, el uno encima del otro, y aun cuando se les ha hecho pasar en tierra sobre un elevado yugo de madera y pueden ser sometidos a la debida tensión por medio de un torno, describen una curva plana. A pequeñas distancias se encuentran colgando de ellos sogas más delgadas, en las que están amarrados cables transversales. En estos últimos descansa un enrejado delgado, suficientemente fuerte para no ceder a la pisada de un caballo, y reforzado por las cañas del colihue, delgadas pero robustas, colocadas a cortas distancias a lo largo del puente. Debido a su peso, éste cuelga mucho más bajo al centro, de modo que representa un arco vuelto hacia abajo; su largo es de más de sesenta pasos, y está protegido a los lados sólo por algunos cordeles contiguos, pero se cimbra de la manera más desagradable tan pronto el viento desciende con fuerza por el valle. También con tiempo calmado, el paso de un caballo hace que se cimbre de una manera bastante fuerte, por lo cual se usa la precaución de no permitir que pase simultáneamente más de un jinete. Su conservación es muy cara, pues si se corta en una de las puntas, se cae al río, el que lo despedaza o lo arrolla alrededor de las rocas que se encuentran abajo, haciéndose imposible separarlo de ellas.

Por ese motivo tuvo que continuarse el viaje sobre la orilla derecha del río, alcanzando Aconcagua cerca de la tarde. En esta parte se hallaba antiguamente uno de los tres puentes de piedra de que se enorgullecía Chile; fue destruido en la revolución, y parece difícil que se lo reconstruya pronto. El río, que es de bastante caudal, es cruzado de una manera muy curiosa cuando la profundidad del agua ya no permite vadearlo. A ambas orillas se encuentran entonces hombres,

cuyo negocio consiste en guiar al viajero a través de las aguas, que corren con gran furia, quebrándose en algunos puntos sobre rocas ocultas. Se les conoce con el nombre de baqueanos, y se trata de campesinos que tienen una predilección por ganarse la vida en forma tan peligrosa, por lo general de talla elevada y vigorosa y dueños de caballos grandes y muy bien amaestrados. Los preparativos no requieren mucho tiempo; tan pronto se entra en el río, los guías estrechan al viajero desde los dos lados, de tal modo que éste, aun cuando perdiera el equilibrio, no se caería de la montura. Con mucha seguridad, saben dirigir los caballos de una manera que siempre quedan juntos y cerrados, uno al lado del otro. Alcanzada una profundidad suficiente para que tengan que nadar los animales, los guías toman también las riendas del caballo que se encuentra al centro y aconsejan al viajero que cierre los ojos si se marea. El agua corre con gran velocidad y



52. PANORAMA DE LA CIUDAD DE SAN FELIPE.

Ciudad típica de fundación española, en forma de tablero de ajedrez: 49 cuadras centrales, rodeadas por cuatro alamedas y con una plaza al centro. Propiedad extraordinariamente subdividida en los alrededores; al fondo, la gran hacienda de Quilpué. Sobre el primer plano, el río Aconcagua, que Poeppig cruzó donde se encuentra ahora el Puente Chico (extrema izquierda), por el que pasa el camino de acceso a la ciudad. *Fotografía: Fuerza Aérea.*

mucho ruido, siendo tan fría cuando crucé el río, que los tres jinetes se quejaron del baño que se vieron obligados a tomar, pues aun los caballos que nadan mejor se hunden en los rápidos, de modo que el jinete se moja hasta las caderas. Se tiene el cuidado de hacerlos nadar siempre en contra de la corriente, de manera que ésta impulsa a los caballos con gran rapidez en una diagonal hacia la orilla contraria. Librado sólo allá de la estrecha prisión entre los dos acompañantes, se observa que llevan siempre preparado el lazo, a fin de salvar al viajero en caso de ser arrastrado éste por las aguas, a pesar de las precauciones. En las costas del Perú, sobre todo entre Lambayeque y Trujillo hay varias desembocaduras anchas de ríos, o mejor dicho, brazos de mar, que sólo pueden ser cruzados en la misma forma, pues son demasiado bajos para pasarlos en botes en todo su ancho, pero que comprenden partes muy profundas, que únicamente pueden ser salvadas a nado. Allá, el chimbador<sup>1</sup>, que desempeña el papel del baqueano chileno, dispone que le siga el viajero, precediendo a éste en un caballo muy grande. Se afirma que estos hombres, que son en su mayoría de color y que entran al agua desnudos, estarían provistos de largos cuchillos, destinados a perforar el corazón del pasajero si éste se cayera del caballo y tratara de salvarse, en sus mortales angustias, abrazándose en el chimbador, lo que haría peligrar la vida de ambos.

San Felipe de Aconcagua es una de las ciudades de campo más pudientes al interior de Chile, de modo que da una clásica imagen de ellas, mejor que cualquiera otra. No tiene murallas ni puertas, y está constituida sólo por un gran número de casas de un piso, cubiertas por un techo bastante plano y rodeado a veces de almenas dentadas. Su limpio blanqueo con cal se destaca en forma agradable de los densos grupos de árboles que se elevan por todas partes y entre los cuales llama la atención el pino europeo, trasplantado a esta región y que se desarrolla con mucho vigor. La ciudad está compuesta por manzanas cuadradas, cuya uniformidad no se encuentra interrumpida por edificios públicos salientes; por el contrario, muchas calles están formadas únicamente por tapias sin fin, sobre las que aparecen los árboles frutales con toda la exuberancia del clima meridional.

Se manifiesta un visible bienestar en los pobladores de la ciudad y de sus alrededores, que son sin duda los más fértiles que se encuentran al norte de Santiago. El dominio de las tierras y de minas situadas en dirección a Petorca concede a muchos pobladores una gran independencia, y la mayoría de ellos podrían hallarse en condiciones que les permitieran gozar realmente de la vida, si ellos mismos

<sup>1</sup>A pesar de su sonido, la palabra chimbador es tan poco castellana como el verbo chimbar (pasar al otro lado del río, como chimbar en canoa, chimbar a caballo), que se escucha a menudo en América. Murr (en "Bayer's Reise nach Peru", Nuremberg, 1776, pág. 96) la deriva del portugués *chimbeo*, sinónimo de *rocim* (en castellano rocín, de ahí rocinante), refiriéndose a un caballo\*.

\*La palabra se deriva de *chimba*, que significa, en varias lenguas indígenas americanas del Perú y norte de Chile, el lugar situado al otro lado de un río.— Nota del Traductor.



53. ALAMEDA EN LA CIUDAD DE SAN FELIPE.

Los asnos cargados con leña, el tipo de las casas: todo ha conservado el mismo carácter que tenía en tiempos de Poeppig. *Fotografía: Carlos Keller R.*

tuvieran la voluntad de hacerlo. Pero los aconcagüinos no son más felices que otros; el lujo y la ambición los atormentan tanto como a los habitantes de Santiago, y se comprueba aquí de nuevo la antigua tesis según la cual, a pesar de todo lo arcádico que la naturaleza de muchos países ofrece al ojo, la imagen de una vida igualmente arcádica de sus pobladores sólo se encuentra realizada en el reino de los sueños del poeta. Por despobladas que se presenten en otras ocasiones las calles de una ciudad tan extendida, la vida aquel día era muy animada. Estaban ocupadas por huasos en sus vistosos trajes, radicados en los fértiles alrededores en mayor número que en cualquiera otra parte del Chile boreal. Desde la revolución ha disminuido mucho el número de los eclesiásticos, a igual que en todos los países de la América española, de modo que a menudo hay sólo dos o tres sacerdotes en una parroquia. Diversas circunstancias, pero sobre todo las condiciones políticas del país, han impedido un reemplazo rápido de los sacerdotes muertos o exilados, y por este motivo los campesinos se dirigen en las fiestas solemnes desde grandes distancias a las ciudades, en partè para cumplir las prescripciones de la religión, escuchando misas o acompañando procesiones, y en parte para buscar los entretenimientos durante estas reuniones, que duran varios días, o para dedicarse en algunos casos también a excesos.

A pesar de la hospitalidad general, las casas no tenían suficiente capacidad para acoger a todos los llegados, por lo cual muchos de los visitantes habían preparado pintorescos campamentos, preferibles en una temporada en que es más agradable pasar la noche debajo de una higuera de anchas ramas que bajo el caldeado techo de tejas de una casa de poca altura. En todas las calles y plazas se habían levantado ramadas, que representaban lugares dedicados al baile y a la bebida, pero que únicamente ofrecían como refrescos una chicha espesa y dulce y una sidra amarga, ambas poco gratas a un paladar no chileno. La música de la vihuela se silencia en ellas sólo durante la siesta, que dura varias horas. Después de la puesta del sol, se hacen demasiado estrechas para los bailadores, y grupos de éstos se mueven al compás también fuera de las ramadas, en medio de los transeúntes, bailando a esa distancia de la fuente de la armonía sólo al compás de los golpes propinados en la caja y no al sonido agudo de las cuerdas. Muchos campesinos permanecen entonces a menudo hasta después de la medianoche a caballo, participando en los entretenimientos sin apearse, pues están tan acostumbrados desde la juventud a andar a caballo, que pasan el día en ellos sin cansarse, siendo aun capaces de dormir montados.

Invitado por una de las primeras familias de la ciudad, pasé la noche en una tertulia, a que había concurrido la mayoría de los habitantes más conspicuos. En es-



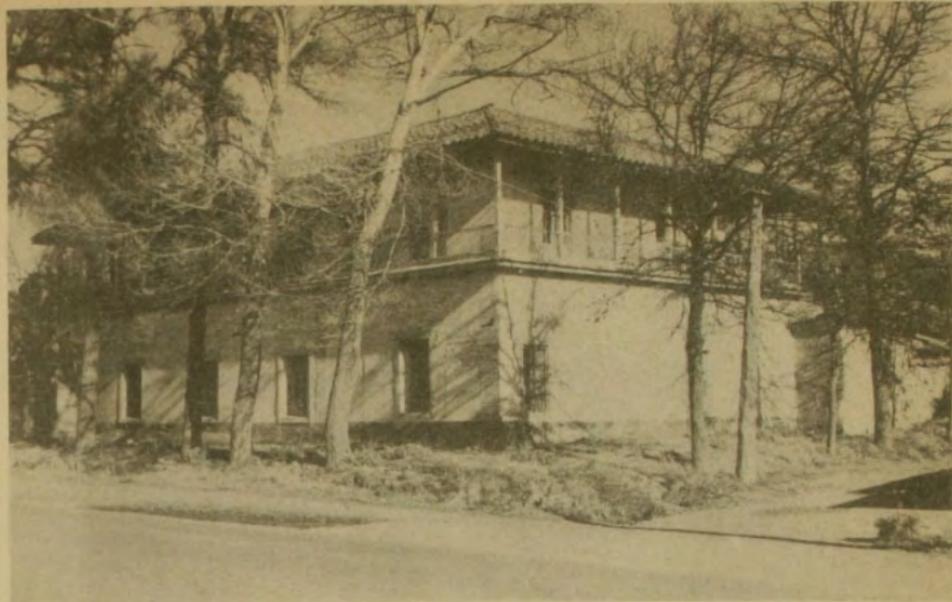
54. CASA DE TIPO "COLONIAL" EN SAN FELIPE.

Techo de tejas, sobresaliente; fachada blanqueada; enrejados en las ventanas. *Fotografía: Carlos Keller R.*



55. UN PILAR DE MADERA, ARTÍSTICAMENTE TALLADO, EN SAN FELIPE.

Se ha conservado en estos pilares el estilo plateresco, en boga en España cuando los españoles llegaron al país. *Fotografía: Carlos Keller R.*



56. CASERÓN CAMPEÑO CERCA DE SAN FELIPE.

Edificio de tipo "colonial", con galería en el segundo piso. *Fotografía: Carlos Keller R.*

tos pueblos más pequeños rige todavía la costumbre inveterada, que ya no se observa en Santiago y llama agradablemente la atención, de que los bailes nacionales, reemplazados en la capital por otros locos que han introducido los extranjeros, todavía se representen con una gracia que los destaca de aquéllos. El más famoso entre ellos es quizás el cuando, así llamado por la repetición de esta palabra en el canto que siempre lo acompaña. El motivo es una interrogación, intercalada de distintas maneras, a veces en serio y a veces en broma, en que se pregunta cuándo será premiada la lealtad del cantante; pero la exuberante imaginación meridional sabe presentar este sencillo motivo en formas muy variadas, y con frecuencia las poesías, aunque inspiraciones del momento, merecen un mejor destino que el de desaparecer apenas pronunciadas. Una expresión especialmente nostálgica y, podría decirse, suplicante, se encuentra en la melodía de la primera parte del cuando, y será fácilmente comprensible que se dispone de una mayor capacidad receptiva y comprensiva de estos sonidos, cuando los contornos corresponden a la escena que se ofrece a la mirada inmediata, susurrando una brisa cálida de la noche a través de los árboles con anchas ramas, mientras que la nieve de las eternas cumbres andinas brilla sobre ellos a la luz de la luna. De una manera simbólica, la música pasa en la segunda parte a un animoso *allegro*; los movimientos de los danzantes se ajustan en forma absoluta a los sonidos, reflejando igualmente un sentido secre-

# EL CUANDO

## BAILE NACIONAL DE CHILE.

**ANDANTE**  
CON GUSTO.

Cuando se lle-ga-rael di - a . dea-que-lla fe-liz ma-

*f<sup>2</sup>* *f<sup>3</sup>* *cres.*

ña - na que nos lle - ven a los dos

*f<sup>2</sup>* *mf<sup>7</sup>*

el cho-co-la - te a la ca - ma ca - ma cuan =

*1.ª vez.* *2.ª vez.* *mf<sup>7</sup>* *cres.* *F<sup>v</sup>*

**Allegro.**

do se lle-ga-rael di-a de a - que-lla fe-liz ma - ña - na que

*F<sup>7</sup>*

nos lle-ven a los dos el cho-co-la-te a la ca-ma cuan-

do cuan-do cuan-do mi vi-da cuan-do cuan-

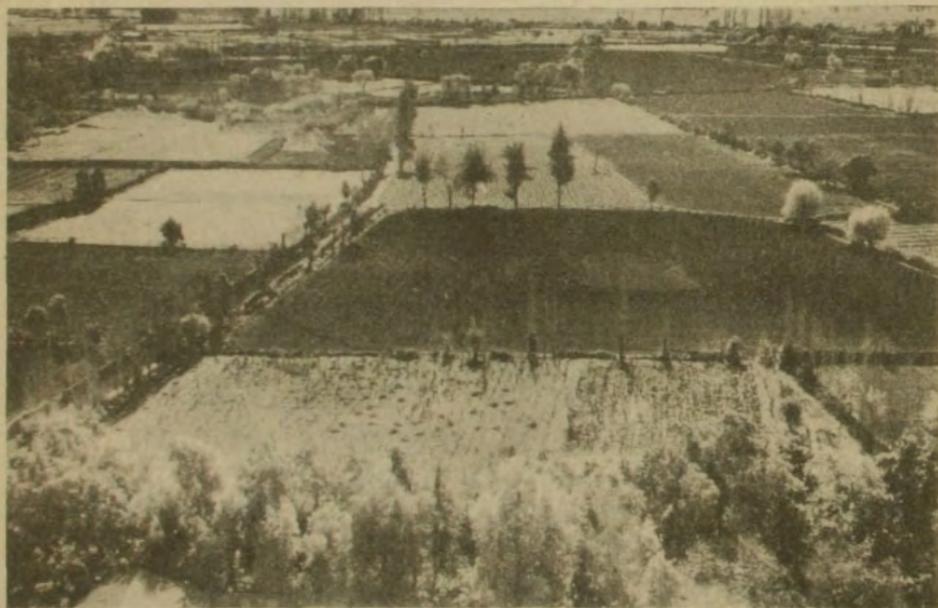
do cuan-do cuan-do mi vi-da cuan-do cuan-do.

Dos enamorados tengo  
 ambos me vienen á ver:  
 el uno me ofrece plata  
 y el otro quererme bien (*bis*)

A la plata me remito  
 lodemas es boberia:  
 estar con la boca seca,  
 y la barriga vacia.— cuando, cuando, &c.

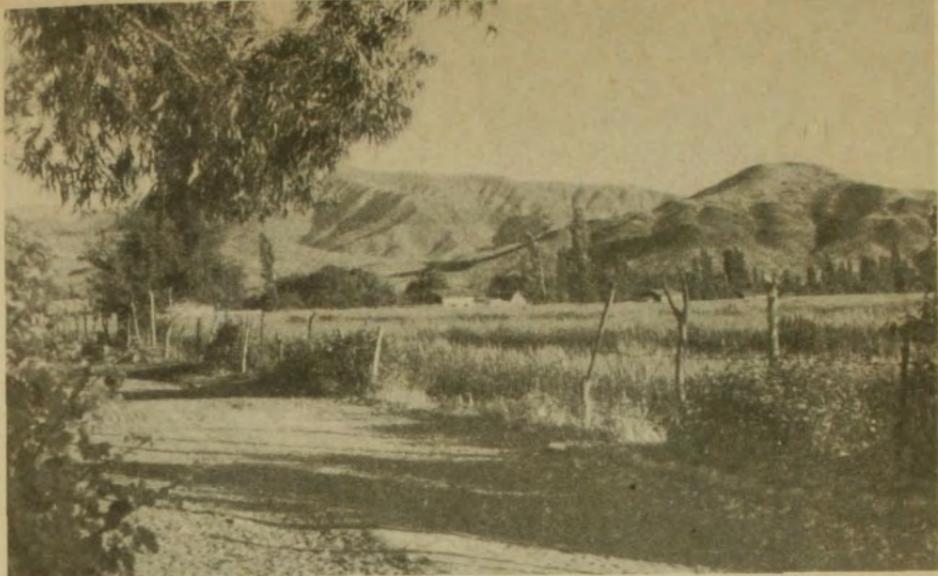
to. Casi no es necesario agregar un comentario explicativo al acercamiento temeroso y más tarde lleno de confianza, el repentino y calculado retroceso de la bailarina, la persecución y luego la aparente indiferencia de su acompañante y por último los rápidos movimientos de ambos, ahora en cabal conformidad. Pero si el cuando permite ser interpretado en esta forma poética al ser bailado por la buena sociedad, se manifiesta de una manera muy distinta al representarlo las clases que admiten la licencia de exteriorizar la más burda sensualidad. Queda degradado entonces a un espectáculo de repugnante crudeza y ocupa el mismo nivel que la difamada baduca del Brasil o la sajuriana del Perú.

En el día de Navidad había ya gran movimiento en las calles mucho antes del alba, pues todavía llegaban campesinos desde los alrededores, y centenares de caballos se encontraban amarrados en torno de la sencilla iglesia, cuyos dueños escuchaban la misa matinal, a la que faltaba, sin embargo, el encanto que le transmitiría en la Europa boreal la obscuridad en lenta retirada de un amanecer invernal. La misa principal fue cantada algunas horas más tarde, y mientras se celebraba, se disparaban incesantemente cañones y encendían cohetes ante sus puertas, una costumbre que se repite en todas las antiguas colonias españolas, y que se observa



57. CAMPOS DE CULTIVOS EN EL ALMENDRAL, SAN FELIPE.

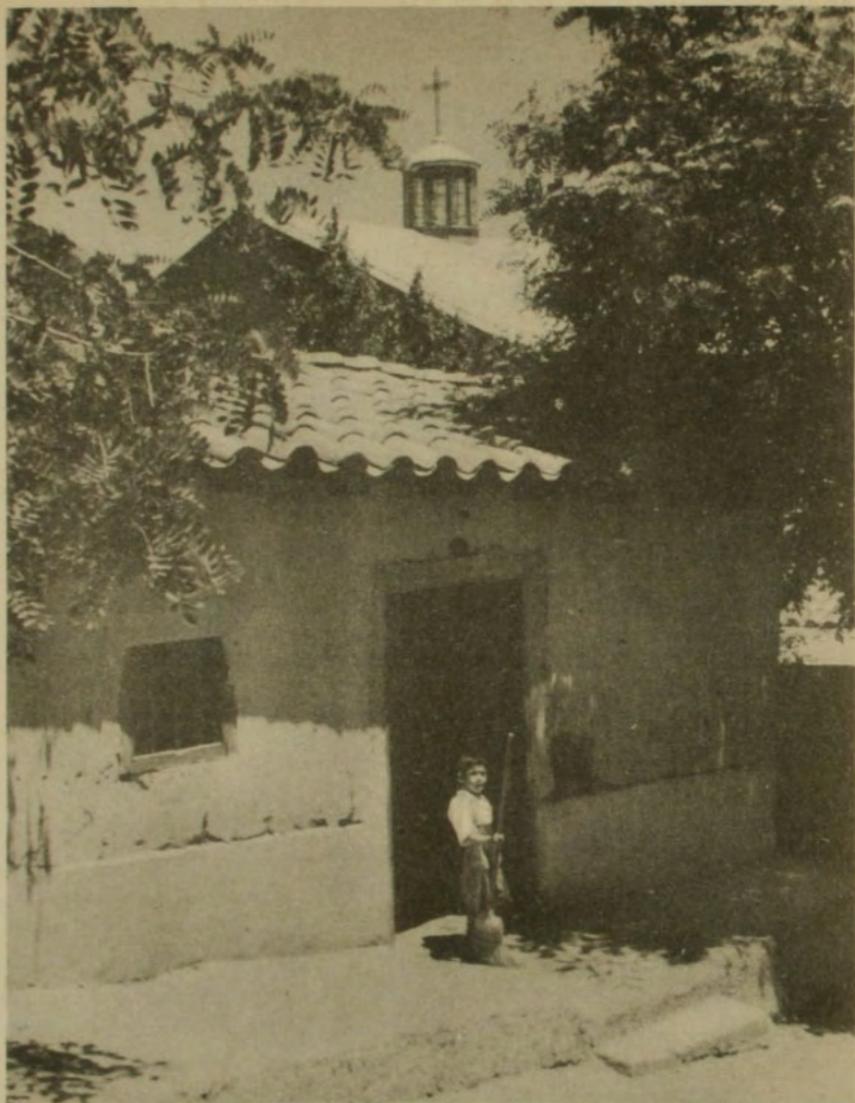
Los campos son ubérrimos, rindiendo en los terrenos de riego del actual departamento 76 qqm. equivalentes de trigo por hectárea, lo que es el doble de Dinamarca. El sector del Almendral se caracteriza por una gran subdivisión de la propiedad. *Fotografía: Carlos Keller R.*



58. CAMPOS DE RINCONADA DE SILVA.

Desde San Felipe, Poeppig realizó una excursión a Petorca, pasando por Putaendo y el portezuelo del Correo. La zona de pequeños propietarios se extiende por el valle de Putaendo hasta más allá del pueblo de ese nombre. *Fotografía: Carlos Keller R.*

cuidadosamente incluso en las fiestas solemnes celebradas en solitarias misiones del Marañón por los indígenas, como parte integrante de sus servicios religiosos, que, por lo demás, son muy curiosos. Apenas terminada la misa, los asistentes corrieron con un apresuramiento casi indecente a sus cabalgaduras, y los abigarrados jinetes y amazonas de todas las clases se dirigieron en rápido galope a un llano vecino, donde se realizaron carreras de caballos. La pista sólo era insinuada por el gentío que se había congregado, pues sin necesitar una cancha larga y emparejada, el chileno se conforma con una falda pastosa, relativamente libre de piedras, haciendo, sin preocuparse por su vida, una veloz carrera. Reinaba poco orden, y como se habían reunido quizás unas mil personas de a caballo, no faltaban múltiples discusiones, pero que era más fácil apaciguar ahora que en la tarde, cuando el chileno es peligroso, por haber consumido alcohol en abundancia. Por mucho que se apasionen todas las clases sociales por estas carreras, es raro ver en ellas animales sobresalientes. La distancia que recorren es sólo corta, y las velocidades no pueden compararse con las de un auténtico caballo de carrera inglés, pero no por eso se deja de apostar sumas de consideración. El aspecto del gentío reunido, por demás curioso, indemniza por lo que el europeo encontró insuficiente en la finalidad de la reunión. Se tiene sobre todo oportunidad de



59. UN RINCÓN DETRÁS DE LA IGLESIA  
PARROQUIAL DE PUTAENDO.

Casa de gente modesta, de tipo "colonial", a la que da acceso una grada de granito.

*Fotografía: Carlos Keller R.*

observar la extraordinaria destreza que revelan ambos sexos para cabalgar, como también la seguridad con que todos se mueven en el conjunto, a veces en forma temeraria, mostrando pruebas de su capacidad para conducir sus caballos en medio de la mayor aglomeración. Incluso en estado de ebriedad, el chileno, aunque ya no esté en condiciones de andar de a pie, no se caerá del caballo. Las mujeres de todas las clases sociales galopan en sus monturas laterales, parecidas a una silla y provistas de un amplio respaldo, a menudo adornadas con terciopelo bordado, revelando una seguridad que es incomprensible en tal montura. Los campesinos se invitan mutuamente a un juego muy violento, que denominan "tirar un gallo". Se amarran el uno al otro, llevando el extremo de sus lazos en la mano y poniéndose así simultáneamente al galope. Cada cual trata de derribar al otro de la montura por medio de una media vuelta repentina de su caballo, pero la seguridad de los jinetes es tal, que hacen inclinarse a sus animales hacia el lado opuesto, resistiendo la fuerza del tirón, y después de muchos ensayos y grandes esfuerzos, renuncian ambos a la lucha, sin que ninguno haya vencido. Recoger en plena carrera monedas de a peso que se han colocado a igual distancia, en el suelo, es un ejercicio que hacen igualmente con gran facilidad.

En la ciudad se agregó una fiesta política a estos agitados entretenimientos. Los funcionarios y un gran número de ciudadanos, que parecían muy orgullosos en sus brillantes uniformes, se dirigieron en solemne procesión al monumento de la Constitución, a pesar de haber sido cambiada tres veces desde la erección de la columna. De acuerdo con la llamativa costumbre de los sudamericanos, se pronunciaron largos discursos, sin contenido, floridos y carentes de significado. Tampoco en Chile, donde el populacho jamás se impuso por algún tiempo, un observador objetivo podrá suprimir la sospecha de que —como ocurre también en el resto del mundo— muchos de los conspicuos participantes en tales escenas se aburren en su fuero interno, o quizás se rían sinceramente de ellas. Ocurrirá lo mismo al extranjero, pues se ha observado con razón que, por lo general, se dejará entusiasmar por la primera impresión que reciba en la América del Sur al contemplar un pueblo liberado, para reconocer luego tanto mejor muchas condiciones hartamente lamentables. Aun cuando reconozca todo lo grande y bueno que los habitantes de estos países han recibido desde su separación de España, no le será posible reconciliarse con los gestos teatrales que observará en reuniones públicas, sintiéndose incómodo por los elogios huecos que se dedican al presente, el que se encuentra muy distante de cumplir lo que está reservado a un futuro todavía remoto. Los sudamericanos han tenido que sufrir las amargas experiencias de que sus revoluciones, al igual que la mayoría de las ocurridas en la historia moderna, tanto aquellas que se impusieron cual una necesidad ineludible como las provenientes de un mareo que se apodera de vez en cuando de los pueblos, brindan raras veces frutos agradables a la generación contemporánea. Si finalmente estas transformaciones resultan beneficiosas, las ventajas estarán reservadas a las futuras generaciones, pues los ac-

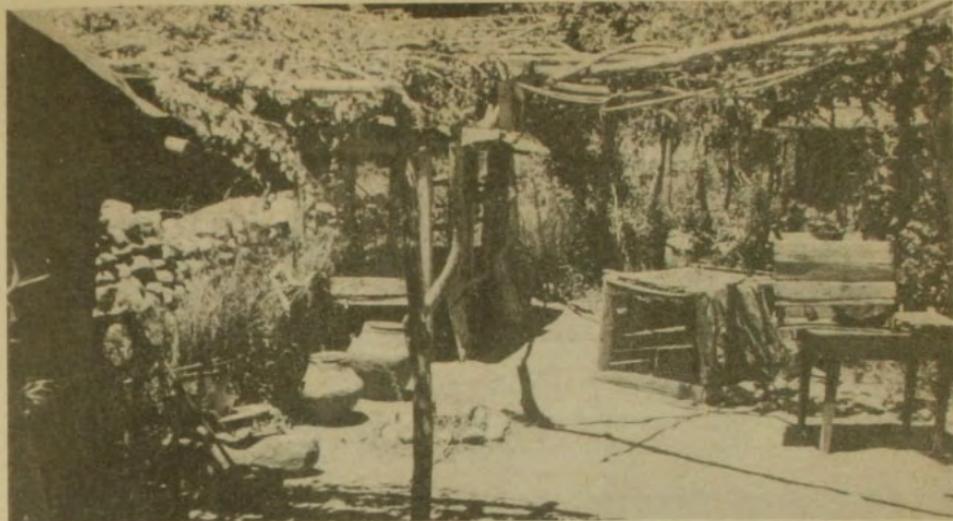
tores y creadores de estas tragedias sólo padecerán sufrimientos por su acción, y éstos serán tanto mayores cuanto menos civilizado sea el pueblo. Personajes como los que presenta la historia de Roma y Grecia, capaces de sacrificarse sin titubeos por el bien público, no pertenecen a nuestra época, pues las condiciones han cambiado a tal extremo, que el hombre de nuestro siglo, y sobre todo el sudamericano, no está dispuesto a olvidarse del presente para actuar a favor de un futuro incierto. Es por eso que en la América del Sur las revoluciones son interminables, pues sus instigadores se encuentran todavía en busca de valores que habían creído haber logrado cuando se levantaron por primera vez, pero que ellos mismos todavía no comprenden bien y que jamás serán suyos. Es una característica de las revoluciones, que sus consecuencias se hagan sentir durante una generación, y de este modo la observación de esas consecuencias ofrece en los países independientes del Nuevo Mundo un material riquísimo a la reflexión.

En los primeros días de 1828 abandoné la choza a orillas del Río Colorado en compañía de mi mozo, para dirigirme a Mendoza, con la intención de dedicarme durante algunos meses a investigaciones zoológicas, pues aquel territorio ofrece al botánico una vegetación demasiado pobre. Había tratado en vano de encontrar en el país muchos de los animales incluidos entre los chilenos por Molina y otros autores antiguos, y es posible que tampoco los descubrirán otros naturalistas



60. CALLE EN LA COMUNIDAD DE GRANALLA.

La comunidad de Granalla se encuentra frente a Putaendo, al otro lado del río de este nombre. Está constituida por pequeños campesinos. *Fotografía: Carlos Keller R.*



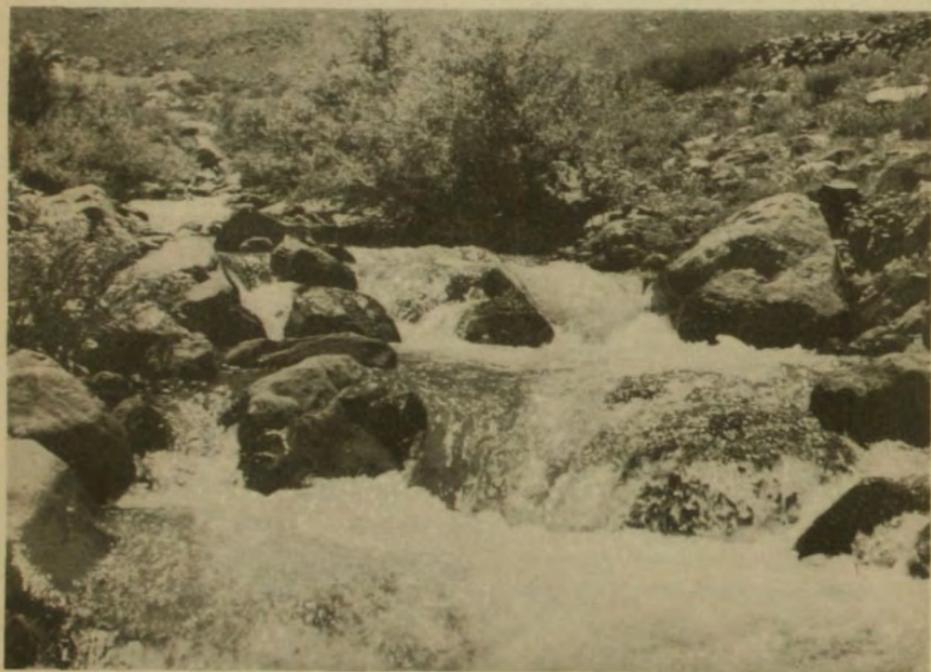
61. PATIO EN UNA CASA CAMPESINA EN GRANALLA.

El patio constituye un huerto frutal, con parrones, plantas florales, pajarera, cántaros, y está separado del vecino por medio de una *pirca*. Fotografía: Carlos Keller R.

en la vertiente occidental de los Andes; pero es, en cambio, posible que se hallen algunos que permanecieron ignorados para los antecesores. Como ejemplos podrían citarse diversos *Edentates* que menciona Molina, pero que al parecer sólo existen al oriente de los Andes, pues tampoco el quirquincho (un pequeño *Dasyppus*), que es, sin embargo, conocido por los campesinos del sur, se encontró jamás a este lado del cordón principal. Estos animales, como también muchos otros, son pobladores de Cuyo, una antigua provincia de Chile, de que se han formado ahora los pequeños Estados de Mendoza y San Juan, los que ya no pertenecían a Chile en tiempo de Molina, pues habían sido incorporados en el nuevo virreinato de La Plata. Su manifiesta tendencia a presentar a su patria como más bella, rica y magnífica que lo que realmente es, ha inducido a aquel naturalista sudamericano a una afirmación cuya inexactitud tiene que haber conocido y que consiste en no haber mencionado que a la unión de Cuyo con Chile se opone incluso el orden físico, pues ambos países están separados por uno de los cordones más elevados del mundo, como consecuencia de lo cual sus productos naturales, su clima y su suelo son tan diferentes, que no será fácil encontrar muchos puntos de contacto entre ellos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Si bien es efectivo que el territorio de Cuyo fue separado de Chile en 1776, para incorporarlo en el virreinato de La Plata, esta separación se refirió únicamente al orden político, pues en lo eclesiástico Cuyo siguió perteneciendo a Chile hasta 1806, de modo que se encontraba en esta situación cuando Molina —que era sacerdote— publicó su obra.— Nota del Traductor.

Alcanzamos La Guardia tan temprano, que nos fue posible continuar el camino algunas horas más, y sin contratiempos preparamos nuestro campamento cerca de Ojos de Agua. La temperatura no era más baja que en una noche de mayo de la Europa boreal, y aun cuando se apagaron pronto las pequeñas fogatas, la luna subió bastante para alumbrar los desoladores contornos. El fuerte viento del sur que había soplado en el día, había cedido su lugar a un silencio sepulcral, y del firmamento extraordinariamente claro y transparente brillaban sobre nosotros las constelaciones del mundo meridional. Las cumbres nevadas que rodeaban nuestra estrecha quebrada en gran número, despedían un brillo deslumbrante, pues el obscuro pie de las montañas y el cielo nocturno hacen que aquellos extendidos campos nevados se presenten como si irradiaran un fuego fosfórico. Sin ser molestados por el ruido del río, pasamos la noche, pero antes del alba ya alcanzamos su ribera, pues las primeras horas del día son, por lo general, las más favorables para vadear los torrentes andinos. Mi mozo alcanzó felizmente la otra orilla, con una de las mulas cargadas, salvando así el furioso torrente, y aun cuando éste



62. ESTERO DE OJOS DE AGUA.

La fotografía muestra el lugar preciso en que se accidentó Poeppig. Por la parte central pasa el antiguo sendero de mulas a Cuyo, que se ha conservado perfectamente en esta parte. Debido a que el estero llevaba mucha más agua en diciembre de 1827, la mula de Poeppig fue arrastrada por la corriente.

*Fotografía: Carlos Keller R.*

tenía un ancho de apenas veinte pasos, revelaba los peligros que ocultaba por su espuma y su ruido. Como último de la tropilla, me arrastraron las aguas ya a los pocos pasos, observando que casi al mismo tiempo otras dos mulas habían sido volteadas, para volver a aparecer un poco más abajo entre rocas oscuras y desaparecer luego en la lejanía. Arrastrado por casualidad hacia un roca bastante elevada, pude salvarme en ella por medio de un salto. Mi mula alcanzó la orilla con mucho esfuerzo, salvándose así de una caída de agua, cuya existencia se anunciaba por el ruido de las piedras que caían en ella. Antonio, no poco asustado, se vio obligado a cruzar por segunda vez el río, y arrojándome un lazo me libró de la peligrosa situación que ocupaba en una roca tambaleante, que podía ser precipitada en cualquier momento por otra que la chocara de pasada. Pero la distancia desde la ribera era todavía de unos diez pasos, y precisamente en esa parte se quebraban las olas con mucha fuerza. El agua era muy helada, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no ser arrojado contra las rocas, no obstante lo cual sangraba de la cara y las manos cuando alcancé por fin la orilla, tirado por el lazo salvador.

Me encontraba muy deprimido al pensar en la pérdida sufrida, pues en las mulas ahogadas se encontraban la pequeña pero bien seleccionada biblioteca de viaje, los escasos instrumentos, todas aquellas múltiples menudencias que necesita el naturalista en viaje para cumplir sus fines, una gran cantidad de anotaciones y dibujos y una parte de las colecciones logradas con tantas penurias. Habría sido fácil sustituir la pérdida en Europa, pero no en la América del Sur, y fue necesario que pasaran muchos meses antes que recibiera lo más indispensable desde aquel continente. Se siente doblemente la falta de recursos literarios, que en Europa tiene a su alcance el más pobre y que son indispensables en un país en que se presentan al explorador constantemente cosas nuevas, acerca de las cuales tiene que tratar de informarse, aunque sea sólo de manera superficial. Pero al menos se había salvado la vida, el cuerpo estaba sin mutilaciones; consolaba la seguridad de que era posible continuar las exploraciones, aunque por otros caminos, y el fiel perro Pastor saltaba ladrando de alegría alrededor de su patrón. Pero la resignación filosófica no era suficiente para apaciguar las advertencias del cuerpo adolorido.

Ahí se encontraba el pequeño grupo, chorreando agua helada del torrente andino, a más de 6.000 pies sobre el nivel del mar, tiritando en la corriente de viento frío que anunciaba la salida del sol, sin medios para cambiar la ropa, sin poder encender una fogata e incluso sin alimentos para el primer día del viaje de regreso; el patrón y el mozo se miraban silenciosamente, dominados por sentimientos poco envidiables. Pero como pasa a menudo en la vida, la veleidosa suerte nos demostró también en ese momento, en que parecía habernos abandonado, que nos seguía brindando su favor. Apenas nos habíamos puesto en movimiento algunos pasos, cuando escuchamos la campanilla de la madrina de una tropilla

ajena. Pronto aparecieron algunos campesinos chilenos, cuyo equipo demostraba que se hallaban en viaje para visitar en los Andes superiores alguna legendaria mina de oro. De acuerdo con su bondadoso carácter nos participaron abastecimientos, y luego comenzó a calentarnos una fogata. Mediante el pago de un precio bajo, me proporcionaron ropa de lana burda, de la que usan los campesinos, y llenos de gratitud proseguimos el viaje de regreso. Al día siguiente entramos a Santa Rosa, formando un séquito algo extraño, y todos lamentaron sinceramente nuestra mala suerte. Sin pérdida de tiempo, me despedí aquí de los Andes de la parte boreal de Chile, cuya visita había resultado tan costosa y que había aportado tan poco al naturalista. Bajando por el valle del río Aconcagua, llegamos pronto a Concón y el 14 de enero a Valparaíso, pues como consecuencia de aquel acontecimiento desagradable, había cambiado todo el plan del viaje.

#### NOTAS DEL CAPÍTULO CUARTO

*Nota 1. Antecedentes para comparar la situación de Chile con la de sus países vecinos.*— En la actualidad, Chile no es el único país de la América del Sur en que comienza a establecerse el orden. Gracias a muchas de sus instituciones, que honrarían a un país más poderoso, Bolivia se ha adelantado bastante a todos sus vecinos y promete también en otros sentidos no menos que Chile. Los progresos son tanto más admirables cuanto más ha costado lograrlos, a causa de diversos obstáculos difíciles de salvar, como la falta de puertos, la dificultad para construir buenas carreteras, etc.; pero no ha sido posible impedirlos ni siquiera por repetidos actos inamistosos y traicioneros de parte del Perú y algunas guerras inevitables. Todo esto se lo debe aquel país a la administración de algunos hombres inteligentes y honrados, entre los cuales figuran en primer lugar el Presidente actual, don Andrés de Santa Cruz, y el Ministro de Hacienda, don José Ma-

ría de Lara. Este último trató, por lo demás, como el primero de todos los ministros de las nuevas repúblicas, de conseguir un informe claro y comprensible de las finanzas de su país, que presentó en 1832 al Congreso<sup>1</sup>. Se dará a conocer en extracto en este lugar, por el interés que merece la comparación de algunos de los datos con los de Chile, y sobre todo porque revela hasta qué grado el carácter popular de Bolivia es más favorable que el del Perú para introducir innovaciones, debiendo tenerse presente que este último país dispone de condiciones físicas

<sup>1</sup>Los datos que siguen me fueron proporcionados por el cónsul de las ciudades hanseáticas en Chile, señor August Kindermann, y se basan, en parte, en extractos de los papeles impresos del Congreso boliviano y, en parte, en comunicaciones por carta de comerciantes europeos en ese país. Parecen ser desconocidos en Europa, por lo cual merecen un lugar en este capítulo, aunque sea como nota.



Papel sellado (26.500), patentes (2.000) y diez- mos (250.000) . . . . .	278.500
Derechos de aduana, in- cluyendo el de la coca (250.000), monedaje (170.000) y Banco de Rescate (10.328) . . . . .	430.328
Créditos atrasados del año anterior (140.000) y de- rechos del puente del Río Desaguadero (1.648 $\frac{6}{8}$ )	141.648 $\frac{6}{8}$
Total . . . . .	<u>1.700.719<math>\frac{1}{4}</math></u>

*Gastos*

Administración civil . . . .	746.323 $\frac{1}{4}$
Fuerzas armadas . . . . .	739.703
Gastos extraordinarios ..	100.000
Total . . . . .	<u>1.586.026<math>\frac{1}{4}</math></u>

Excedente . . . . . 114.693

Para determinar este excedente, no se han considerado los intereses de la pequeña deuda del Estado. Entre los gastos civiles figuran los siguientes: sueldos del Presidente de la República, 30.000 pesos; del Vicepresidente<sup>1</sup>, 7.000; de cada uno de los tres ministros, 6.000; el Consejo de Estado, 23.800; la Corte Suprema, 33.700; la Contaduría General, 15.000; el Congreso Na-

<sup>1</sup>El Vicepresidente de Bolivia es al mismo tiempo el jefe responsable del Ministerio, de modo que desempeña una función en el Ejecutivo, por lo cual recibe un sueldo. En Chile sólo constituye un reemplazante del Presidente, determinado con anticipación para el caso que éste se encuentre impedido para desempeñar su cargo, por lo cual no recibe sueldo.

cional, 56.289 $\frac{1}{2}$ ; de este modo, los gastos del Legislativo, Ejecutivo y de la Administración Judicial se elevan a 202.629 $\frac{1}{2}$  pesos, en lo referente a sus instancias superiores.

Interesante es también dar un resumen de los gastos administrativos de los diversos departamentos, a pesar de que no es sencillo traducir los diversos cargos sin describirlos al mismo tiempo en forma más o menos extensa:

1. *Departamento de Chuquisaca.* Gastos administrativos anuales . . . . . 120.684 $\frac{1}{4}$

Esta suma comprende, entre otros gastos: sueldos del prefecto, 6.000; de su secretario, 1.000; la Corte de Apelaciones, compuesta por cinco ministros y un fiscal (cada uno, 3.000), etc., 21.406; aduana (4 gobernadores a 600; 1 juez de letras, 1.200; 3 oficiales a 200), 4.800; catedral (edificio, 12.000; arzobispo, 10.000; decano, 4.000; 2 dignatarios, 3.000; 4 canónigos, a 2.200 cada uno; 6 otros sacerdotes, 1.500 a 1.000; 3 párrocos, 300 a 800; hospital, 8.376; seminario, 9.000), 68.176.

2. *Departamento de La Paz.* Gastos administrativos anuales . . . . . 139.725 $\frac{5}{8}$

Comprenden, entre otros: pensiones, 4.197 $\frac{3}{8}$ ; aduana (1 administrador, 2.000; 1 vista, 1.500; 1 alcaide, 800, etc.), 19.678; catedral (obispo, 6.000; edificación, 7.000; 3 dignatarios a 1.400; seminario, 1.500; hospital, 12.903, etc.), 48.653 $\frac{3}{8}$ ; gendarmería, 4.524 $\frac{3}{8}$ ; Corte Suprema, 21.800.

3. *Departamento de Potosí.*  
Gastos administrativos anuales ..... 110.036 $\frac{3}{8}$

Comprenden, entre otros: administración de la casa de moneda (1 contador y 1 tesorero, a 3.000 cada uno; 1 fundidor mayor, 2.400; 1 fiel de moneda, 1.800; 1 guardacaños, 1.000; sala mayor, 1.600; asentista de mulas, 5.200, etc.), 44.464; Banco de Rescate (administrador, 2.400; contador, 1.300; tesorero, 1.800, etc.), 11.644; aduana, 6.760.

4. *Departamento de Cochabamba.* Gastos administrativos anuales ..... 52.525

Comprenden, entre otros: prefecto, 5.000; Corte Suprema, 15.600; aduana, 1.360; 6 gobernadores, en conjunto 6.200; hospital, 8.525; gendarmería, 2.040.

5. *Departamento de Santa Cruz (de la Sierra).*  
Gastos administrativos anuales ..... 72.553

Comprenden, entre otros: prefecto, 3.000; aduana, 3.600; administración de la provincia de Chiquitos<sup>1</sup>, 4.000; administración de la provincia de Moxos, 4.632; 46 párrocos de las dos provincias, 23.000; catedral, 25.100 (de eso, 6.000 para el obispo).

6. *Departamento de Oruro.*  
Gastos administrativos anuales ..... 27.910

Comprenden, entre otros: prefecto, 4.000; aduana, 8.385.

<sup>1</sup>Las provincias de Moxos y Chiquitos son muy poco conocidas, incluso en la América del Sur, pero no se encuentran tan abandonadas y descuidadas como se cree quizás en Europa. Situadas a orillas de los dos grandes ríos Mamoré y Ubahy, caracterizadas por extraordinaria fertilidad, producen algodón, café, cacao y yerba de Paraguay en abundancia. La población es estimada en 30.000, correspondiendo cerca de las dos terceras partes a Moxos. Los indígenas se dedicaban a la ganadería, pero especialmente a la crianza de caballos y los cultivos, y emplean su algodón para fabricar géneros muy finos. Durante el invierno, las inundaciones y pantanos interrumpen todas las comunicaciones, a pesar de existir centros poblados importantes. Los bolivianos hablan maravillas de la riqueza natural de estas provincias, que representaría en todo sentido un segundo Paraguay.

7. <i>Departamento de Lamar (Cobija)</i> . Gastos administrativos anuales . . . .	13.656
Comprenden, entre otros: gobernador de Cobija, 3.120; gobernador de Atacama, 1.200; aduana, 7.240.	
8. <i>Provincia de Tarija</i> . Gastos administrativos anuales . . . . .	6.602
Comprenden, entre otros: gobernador de la provincia, 1.600; misiones, 500 <sup>1</sup> .	

De este resumen se desprende que el pequeño país tiene que alimentar a un arzobispo y dos obispos, como también a un gran número de otros sacerdotes que no cumplen alguna función especial; que la administración de las aduanas cuesta cerca del 20% de las entradas brutas que producen, incluyendo en ellas el impuesto que paga la coca, que en realidad constituye una contribución territorial directa y que produce 100.000 pesos al año. La importación anual de mercaderías extranjeras es estimada en 1.000.000 a 1.500.000 pesos, correspondiendo en gran parte a productos peruanos, como azúcar, aguardiente, etc. El consumo de artículos europeos y asiáticos no excede de 800.000 pesos al año. La ex-

<sup>1</sup>Se encuentran noticias sobre Tarija, con una descripción quizás demasiado pintoresca acerca de las provincias más calurosas de Bolivia, en el segundo tomo de la obra de Edm. Temple, "Travels through various parts of Peru...", Londres, 1830.

portación consiste en algo de quinina, estaño y pesos fuertes, pagando estos últimos un derecho de exportación del 2%. A pesar de estar estrictamente prohibida la exportación de barras de oro y plata, se las saca del país, en parte en forma de contrabando. La única industria de Bolivia son sus minas de plata, y el único puerto de la república es Cobija, una caleta muy miserable, en que no se encuentra agua potable dentro de un radio de 30 leguas. Se ha establecido en ella un puerto libre auténtico, y los bolivianos abrigan la esperanza de salvar las dificultades provenientes de sus condiciones naturales, y de transformar a Cobija en un buen puerto. Se hacen ahora ensayos para descubrir agua por medio de pozos artesianos, y se trata de construir una especie de carretera hacia el interior. El gobierno favorece en todo sentido esta población, pues las mercaderías extranjeras llevadas al interior por intermedio de Cobija pagan derechos aduaneros equivalentes a sólo el 5, 7½ y 10% *ad valorem*, mientras que el Perú cobra en Arica el 30%, sin considerar un 6% de derecho de tránsito. Todas las mercaderías que no sean demasiado pesadas o difíciles de transportar se despachan ahora desde Valparaiso por Cobija al interior de Bolivia, a pesar de las dificultades y elevados costos del transporte terrestre.

*Nota 2.* El descubrimiento de estas acumulaciones de plata, que no pueden ser designadas con los nombres que se aplican a los afloramientos sencillos de este noble metal, ocurrió en mayo de

1832. Se debió únicamente a la casualidad, pues como nunca se había sospechado que en esa zona se encontrarán riquezas tan extraordinarias, no se habían realizado jamás cateos en forma, que el chileno sabe hacer muy bien y que casi siempre le proporcionan resultados seguros, a pesar de no disponer de conocimientos para interpretar hechos geológicos, ni de las nociones teóricas y de los medios mecánicos que prestan en operaciones similares una ayuda al minero europeo. Así como Potosí, de acuerdo con la tradición, fue descubierto por un pastor que arrancó un arbusto con sus raíces mientras perseguía sus cabras, encontrando debajo de él un trozo de plata maciza, un pobre leñador descubrió las riquezas que contenía el árido suelo de Copiapó. Proporcionó luego su secreto a un tal Godoy y a Miguel Gallo, y a pesar de que éstos procuraron mantenerlo sólo para ellos, la vigilancia mutua que practican aquellos aventureros, martirizados por la sed de lograr riquezas, era demasiado grande para conseguirlo. Siguiéndoles con astucia, se descubrieron pronto las señas del secreto, lo que permitió que participaran muchos en el hallazgo. Dentro de los primeros cuatro días, ya se habían descubierto dieciséis vetas de plata; después de ocho días, veinticinco; y después de tres semanas su número se había elevado a cuarenta, sin contar la infinidad de pequeñas ramificaciones que, ofreciendo un mineral menos rico, se interrumpen a menudo de repente, conteniendo roca ajena y que los mineros sudamericanos denominan guías, para distin-

guirlas de las vetas de plata propiamente tales. Poco a poco se abrieron bocas regulares, cuyo número total se elevaba a treinta a fines de año. En los primeros días se obtuvo de los escombros superficiales plata maciza con leyes de 8.000 marcos por cajón de 5.000 libras. Un inglés compró un trozo macizo en 200 pesos, cuyo valor resultó más tarde ser cinco veces mayor. Yo mismo vi, en posesión de un alemán que regresaba a Europa, un trozo de plata de esa índole, estimado en 700 pesos, y que tenía el aspecto de una masa refundida, informe y de contornos anchos y redondeados, pero que no tenía ningún valor geognóstico, pues no contenía en ninguna parte el menor indicio de la roca encajadora. En realidad, toda la plata que se halló en la superficie era idéntica al trozo descrito, lo que permite suponer que fue depositada en su lugar sólo después de haber sido lavada la roca encajadora. Pero más abajo se encontró el metal en la forma corriente de minerales, lo que motivó mucha satisfacción, pues las acumulaciones de plata maciza se agotan, por lo general, muy pronto en el Perú y Chile, por tratarse de afloramientos no relacionados con el subsuelo. Dentro de los primeros ocho meses, la producción se elevó ya a 50.000 marcos de plata piña, pues las altas leyes de los minerales substituían el escaso desarrollo de las minas. Hubo casos en que se elevaban hasta 60 ó 70% de plata pura, y algunos minerales contenían hasta el 93%. Estas minas, que prometen transformarse en el Potosí de Chile, están situadas al sur de Copiapó, a una dis-

tancia de unas 20 leguas; comprenden los puntos denominados Chañarcillo, Petacas, Pan de Azúcar, Pajonales y Molle, extendiéndose 15 leguas de norte a sur y 10 de este a oeste. Las vetas argentíferas tienen corridas que se ramifican poco, pero que se cruzan a menudo, y parecen ser inagotables, al menos de acuerdo con los reconocimientos a profundidad hechos hasta ahora. Pero la pobreza de la región en cuanto a la producción de todos los recursos que necesita la minería y la esterilidad de la superficie se encuentran en relación directa con la abundancia de las riquezas ocultas. Alrededor de los más ricos cerros de plata no se halla una gota de agua en un radio de 3 leguas, y la provincia de Copiapó disfruta en todo Chile de la dudosa fama de que ni los hombres ni los animales pueden descubrir en ella algo comestible. De inmediato se despacharon grandes cantidades de alimentos a las nuevas minas desde las provincias centrales y australes, cuyos precios exorbitantes se pagaban, para abreviar, con trozos de plata piña. El descubrimiento de estas minas motivó (según una comunicación por carta de un testigo) una verdadera revolución entre los mineros. Todos los obreros de los alrededores de Huasco, Coquimbo y Copiapó abandonaron sus ocupaciones, y consiguieron prestados, hurtaron o compraron mulas o asnos, para emigrar a las minas de plata. Caravanas completas, compuestas por vendedores de comestibles y de mucha gente muy dudosa, llegaron desde distancias hasta de 100 leguas, y en corto tiempo se había juntado un gentío de 3.000 almas. Los medios para

conseguir que mermaran a la brevedad posible los tesoros logrados eran la chicha, el aguardiente y la guitarra, y como faltaban monedas de oro, se colocaban trozos de plata sin pesarlos sobre los naipes. Las discusiones relacionadas con la liquidación de los valores eran decididas sin apelación por el uso de cuchillos alemanes con empuñaduras de hueso. Se manifestaron en grado creciente la sed y el hambre, pero también llegó a predominar en tal forma la anarquía, que el gobierno se vio en la necesidad de ponerle término con la ayuda de la fuerza armada. Desde entonces reina un mayor orden, y se produce la plata en las formas usuales y legales.

*Nota 3.* La causa de este fenómeno consiste en la elevada ley de azufre contenido tanto en los minerales cupríferos de Copiapó como en el carbón de piedra de Talcahuano. Aun sin el agregado de agua, y sólo debido a la humedad atmosférica, se forma ácido sulfúrico en abundancia en aquellos minerales cupríferos, y como el aire es siempre húmedo en las bodegas cerradas de los buques, se explica el peligro que implican estos cargamentos de minerales. Si ahora el proceso se ve favorecido por hacer agua el buque, penetrando así este elemento en mayor cantidad, se genera gas hidrógeno en tal abundancia, que un motivo insignificante puede provocar un incendio. Se observó un caso de esta naturaleza durante mi permanencia en Talcahuano. Un bergantín británico había cargado en Copiapó minerales cupríferos para transportarlos a Inglaterra. Sorprendida por

un temporal del norte, la embarcación, que estaba demasiado cargada, trabó en forma muy peligrosa. Ya sea que se abriera una vía de agua a consecuencia de lo que los marinos denominan "peso muerto" (*dead weight*) de un cargamento, o por exceso de carga, el hecho es que penetró un pie de agua por hora. Los minerales mojados se recalentaron de tal manera, que nadie pudo permanecer bajo la cubierta y comenzó a escurrirse la brea con que estaba calafateado el buque. Sólo mediante un esfuerzo casi sobrehumano, que la tripulación no habría podido continuar un día más, logró ésta accionar las bombas y tocar el puerto de Talcahuano. Se abrieron poco a poco las escotillas, con gran precaución, iniciándose la descarga del mineral, pero al principio éste se encontraba tan caliente (61° C., siendo la temperatura atmosférica en la bodega de 31° R.), que nadie podía permanecer sobre él mucho tiempo, y el olor a azufre obligó a reemplazar a los obreros cada dos horas. Los pernos de las curvas y costillas se encontraban afectados en tal forma donde habían estado en contacto inmediato con el mineral, que la embarcación tuvo que ser declarada fuera de servicio. Se ha propuesto enviar el mineral envuelto en cueros sin curtir a Inglaterra, debido a que los barriles son demasiado caros, pero no se ha considerado que esos

cueros sufrirían tanto que serían invendibles. La separación de los minerales en pequeñas divisiones que se hagan dentro de la bodega tampoco disminuiría el peligro, por lo cual será necesario conformarse con fundir los minerales en Chile. Por lo demás, no se ha vuelto a tratar de exportar minerales.

Lo mismo rige en relación con el carbón de piedra. Un gran buque inglés (si no me equivoco, su nombre era "Minerva") se quemó en las costas de Patagonia por autoinflamación de un cargamento de carbón que conducía a Montevideo. Hace pocos años, otra embarcación, destinada a Cobija, se inflamó por la misma causa. Sólo fue salvada echando al mar la mayor parte del cargamento, lo que se pudo hacer con relativa rapidez, pues se había tomado la precaución de empaquetar el carbón en canastas, dejando entre ellas un corredor para facilitar las corrientes de aire. Un tercer buque comenzó a incendiarse al abrirse las escotillas a su llegada en Coquimbo. Se espera que las capas inferiores de los carbones de los alrededores de la bahía de Concepción sean mejores, pues los que han sido extraídos hasta ahora cerca de la superficie son en realidad demasiado malos para fines técnicos e incluso económicos.

## CAPÍTULO QUINTO

### *Viaje marítimo a la zona austral de Chile. Estada en Talcahuano durante el invierno*

Por el accidente ocurrido en los Andes, había sido desbaratado todo el plan del viaje, obligándome a esperar en alguna parte, no muy lejos de la costa, la reposición desde Europa de los instrumentos perdidos. Ninguna zona parecía más apropiada para este fin que las provincias australes de la república, que recomiendan siempre al extranjero los chilenos, cuando aquél se queja de la aridez y la falta de las praderas verdes y selvas del hemisferio boreal. El camino por tierra a Concepción ofrecía en esta temporada escaso interés, pues parecía difícil que la vegetación se hubiera podido conservar robusta con el tiempo seco que reinaba; tampoco aconsejaban usarlo la escasa seguridad de los caminos cerca del teatro de guerra y, sobre todo, la necesidad de tener que vadear diversos grandes ríos que carecían de puentes. Después de algunas semanas de espera, pareció ofrecerse en Valparaíso una excelente oportunidad para viajar al sur. A pesar de ser peligroso hacerlo bajo la bandera de un nuevo Estado sudamericano, por la presencia de un crucero español en las costas chilenas, que se había apoderado ya de varios buques, despachándolos, en parte, a Manila, abandoné el puerto el 30 de enero a bordo del bergantín peruano "Fortuna". Al salir de la bahía, se presentó de inmediato un viento sur muy fuerte, que se nos opuso durante trece días. Sólo en invierno se conocen a veces en estas costas vientos del norte y noroeste, que a menudo se transforman en temporales, poniendo en peligro a las embarcaciones. Durante los ocho o nueve meses restantes del año, el viento sopla invariablemente desde el sur y suroeste, dificultando los viajes de norte a sur, o, como dicen los chilenos, "para arriba". Todos los buques destinados al sur se encuentran, por consiguiente, en la necesidad muy desagradable de navegar muy lejos hacia el oeste, para regresar en seguida y alcanzar su puerto de destino en la costa mediante la otra diagonal (*tack*). Si se dobla demasiado temprano, para volver a acercarse al continente, puede ocurrir fácilmente que se tengan que usar dos de esos *tacks*, en vez de uno.

En tiempos antiguos, este viaje no sólo era considerado como demoroso, sino también como peligroso, pues se le hacía a lo largo de la costa, que con frecuencia

está envuelta en neblinas<sup>1</sup>. Más al sur, el peligro era aún mayor, pues se calculaban dos a tres meses para el viaje de ida y vuelta entre el Perú y Chiloé, considerándolo como una verdadera hazaña. Las frecuentes visitas del Océano Pacífico por navegantes nórdicos han permitido hacer descubrimientos por medio de los cuales esos viajes son ahora mucho más cortos y no presentan peligros. El capitán Basil Hall fue el primero en dar a conocer las ventajas de un rumbo muy occidental para llegar al sur, y (todavía en 1821) se le quería apenas creer cuando logró efectuar el viaje redondo entre Lima y Valparaíso en sólo siete semanas, gracias al nuevo método. El viento del sur aumenta la fuerza de las corrientes marinas de igual rumbo, presentando un segundo obstáculo. Esta corriente del sur se observa durante todo el año, pero es mucho menor en el invierno, y durante un corto tiempo es reemplazada por otra del norte. Otra corriente se observa periódicamente a la altura de Chiloé. Toma rumbo hacia el noroeste, y se la puede comprobar aún en los alrededores de Juan Fernández, pero faltan informaciones acerca de si se prolonga hasta los grupos de islas situadas en el trópico del Capricornio y si está relacionada con las corrientes laberínticas de las mismas. En pleno estío ocurren a veces calmas en estos mares, y como la corriente del sur se presenta invariable, una embarcación puede perder en pocas horas en latitud lo que logró avanzar en un día con mucha dificultad. Por tales motivos, los viajes hacia el sur son muy aburridores en el verano, y se necesitan treinta a cuarenta días para dirigirse desde Guayaquil a Valparaíso. El viaje desde la costa occidental mexicana hasta Chile dura el doble que el cruzamiento del Océano Atlántico. La distancia de Valparaíso a Talcahuano corresponde a sólo tres grados de latitud, pero un viaje en esa dirección requiere doce días. A la inversa, veleros mercantes corrientes necesitan sólo cuarenta y ocho horas desde Talcahuano a Valparaíso, y frecuentemente los buques de guerra han recorrido este camino en la mitad de ese tiempo.

Una condición especial de estos vientos del sur, que tienen por lo general una velocidad de ocho a nueve nudos, consiste en que se pueden transformar sin indicio previo alguno en temporales violentos. Se presentan con cielo sereno y sin nubes, pues éstas sólo aparecen cuando el viento cambia de dirección. Aun cuando la temperatura atmosférica es agradable y a veces bastante elevada, las estrellas bri-

*1... el prolijo mar, peligro y pena  
De tan largos caminos olvidamos...*

LA ARAUCANA, XV, 61.

Ercilla experimentó en su viaje costero en contra del viento desde Lima a la bahía de Penco (Talcahuano) un temporal que hizo peligrar el buque, pero éste logró salvarse por una feliz coincidencia. La descripción de ese viaje merece ser considerada, si se prescinde de la repetición de algunas características de la obra, como una de las partes mejor logradas de "La Araucana", y se encuentra al final del canto XV y principios del canto XVI. También Ovalle (loc. cit., pág. 38) hace ver los peligros de esos viajes a lo largo de la costa.

llan de noche como en el invierno más frío del hemisferio boreal. No ligados a horas determinadas del día, esos temporales no disminuyen por la culminación del sol, durando generalmente entre doce y dieciocho horas. Su gran fuerza forma mar arbolada y peligrosa, obligando en ocasiones a encoger las velas<sup>1</sup>. Pero a pesar de su aspecto amenazante, no producen de ninguna manera la impresión de una tempestad marítima invernal de las latitudes más avanzadas; uno se siente más valiente y libre de preocupaciones bajo la influencia de una luz solar directa y amable, que en una época en que las nubes bajan al mar, obscureciendo todo el panorama y transmitiendo a su superficie un colorido negruzco. En medio de nuestro viaje se levantó un temporal de aquella índole, que pudo haber resultado peligroso, por varias razones. Las embarcaciones que se dedican al cabotaje bajo la bandera republicana son en gran parte unidades puestas fuera de servicio y que antes navegaban bajo las banderas británica o norteamericana. Los viajes breves y muy raras veces tempestuosos en aquellos mares permiten su empleo. Nuestra "Fortuna" demostró muy pronto que pertenecía a esta categoría, pues cada vez que hacía alguna maniobra, se cortaba algún cable demasiado gastado, y en todas partes requería de refuerzos que se aplicaban en un estilo muy poco marino. La tripulación estaba en concordancia con el espíritu de economía que reinaba cuando el bergantín fue despachado desde Lima, pues aun cuando constaba de sólo nueve hombres, representaba tres razas humanas y siete diferentes naciones. Había grandes dificultades para impartir las voces de mando, pues mientras que un indio peruano y algunos marineros chilenos no entendían el inglés, los miembros europeos de la tripulación no comprendían el español. Debido a estas condiciones, el buque se colocó en dos ocasiones al través mientras navegaba con todas sus velas, lo que siempre implica un gran peligro, ya que se pueden perder los mástiles o la embarcación puede hundirse repentinamente. La rapidez con que se quebraron dos de nuestras vergas semipodridas nos salvó del peligro. Se repitió éste en forma más grave cuando se trató de capear el temporal austral, y el lastre de piedra, que se había colocado sin ningún cuidado en la bodega vacía, se corrió a un lado, de manera que el bergantín se colocó en un costado, en posición casi plana, obligándonos a ocuparnos durante varias horas en el restablecimiento de su equilibrio, mientras las olas rompían incesantemente sobre el costado de la embarcación.

En la cuarta madrugada de nuestro viaje observamos Juan Fernández a es-

<sup>1</sup>La mayoría de los marinos han comprobado que los temporales ocasionan golpes de mar mucho más peligrosos cuando la atmósfera se presenta seca y sin nubosidad, que en el caso contrario. Scoresby, el con razón famoso explorador de los mares árticos, lo explica alegando que el aire seco tiene una mayor atracción sobre las olas y que penetra más profundamente en el mar, gracias a su mayor elasticidad, que los vientos cargados con partículas de agua. Con alguna razón, esta explicación, demasiado mecánica, fue objetada como insuficiente por Aragón (en su informe oficial sobre ese viaje, dirigido a la Academia de París).

casa distancia de nosotros, y nos acercamos a la costa hasta 3 millas inglesas. Como no tenía importancia llegar un día más temprano o más tarde a Talcahuano, el capitán acordó desembarcar aquí, quizás a fin de reconciliar a sus dos pasajeros con los episodios desagradables ocurridos. Se perdieron, sin embargo, ocho horas en tentativas de gobernar el buque, que navegaba muy mal y no obedecía al timón, al fondeadero habitual, contra el viento extremadamente violento, lo que disgustó mucho a los marineros. Nos vimos obligados a renunciar en la tarde al plan y a continuar nuestro viaje. Aun buques bien equipados no logran siempre llegar al fondeadero con la ayuda de sus velas, viéndose obligados a usar sus botes para alcanzarlo; también Lord Anson lo consideró necesario. La isla, pequeña, pero a pesar de ello famosa, ostenta las formas pintorescas de una montaña elevada y culminada por numerosos picos, con flancos en ningún punto totalmente pelados, sino cubiertos en muchas partes por agradables selvas verdes. Se alcanzan cumbres aisladas (como los cerros del Inglés y del Yunque), y desde el centro común de la isla bajan profundas quebradas boscosas hasta el mar, mientras que la frescura de los pastos que crecen en las laderas menos abruptas revela que no falta agua en ningún lugar. El desgraciado botánico Bertero, que exploró cuidadosamente la isla un año más tarde, encontró una vegetación muy característica, más afín a una isla del Pacífico tropical que a Chile, que se halla a una distancia mucho menor.

Como en todas las islas, predominan también en Juan Fernández los helechos, creciendo asimismo algunas especies arbóreas de ellos, que son desconocidas en el continente más allá de los trópicos, debiendo agregarse que, con excepción de Colombia, todas las especies conocidas hasta ahora con tallo leñoso y elevado sólo han sido encontradas al oriente de los Andes. Más rara aún es la presencia de formas arbustivas de la familia de las achicorias, que en otras partes sólo está representada por plantas herbáceas. Existen también varios vegetales arbustivos del género *Senecio*, una de cuyas especies suministra (según Bertero) una resina de agradable aroma, que tiene en Chile diversas aplicaciones domésticas. La calidad de la tierra es mejor que en el continente, a lo que debe agregarse un clima muy favorable, por lo cual toda la isla es extraordinariamente fértil. Como punto aislado y muy elevado en medio del océano, atrae forzosamente los vapores atmosféricos, por lo cual disfrutan de lluvias más frecuentes en una temporada en que la parte del continente situada a la misma latitud casi se muere de sed. Aunque fuertes, son de corta duración y no ocasionan nunca destrucciones, sino que son las nutridoras de vertientes de purísimas aguas que bajan por doquiera a la costa. El conjunto de estas circunstancias ha motivado que un gran número de plantas europeas hayan vuelto en la isla al estado silvestre, conservando el recuerdo de la permanencia transitoria del hombre en ella. Los oficiales de la fragata inglesa "Doris", que cruzó aquellos mares durante varios años, me han asegurado

no haber visto en ningún lugar tan hermosísimas rosas<sup>1</sup> como las que crecen sin ningún cuidado en las solitarias rocas de Juan Fernández. Al lado de ellas se encuentra el rábano, menos poético, pero que según las descripciones de los chilenos crece ahora allá por doquiera, tratando de reemplazar a las demás plantas, y que trepa incluso en los cerros, asociándose en las partes bajas con la vid y el durazno. Mediante un catalejo, observé con facilidad una palmera arbustiva, de que habla Molina: la chonta; según se afirma, tiene bayas que forman racimos. La descripción verbal de los chilenos comprueba que aquella chonta tiene que ser uno de los helechos arbustivos descubiertos por el ya mencionado botánico italiano; dicen que tiene un tallo negro, brillante y sin corteza, por lo cual antes se la explotaba mucho para fabricar bastones, y que posee hojas finamente divididas, muy poco parecidas a las de una palmera.

El clima podría ser considerado como uno de los mejores del mundo si no se manifestaran vientos indescriptiblemente violentos en todas las temporadas. Una casa de la estructura liviana de las chilenas no sería capaz de resistirlos, y la violencia de los vientos del sur es tan grande, que en el lado opuesto a ellos de la isla no se encontraría ningún tronco recto. Cuando la república colonizó este punto por tercera o cuarta vez en 1830, hubo necesidad de cavar cuevas en las rocas, a fin de albergar en forma provisional a los nuevos pobladores. Eran espaciosas, pero húmedas y malsanas. Además de las plantas, se han conservado en Juan Fernández otros recuerdos de su antigua población por hombres civilizados. Pertenecen a ellos sin duda las cabras, ahora vueltas a la vida salvaje, que pueblan los cerros más inaccesibles, tienen un tamaño especial y poseen —según se afirma— pelos largos y suaves como seda. Secundadas por la propia naturaleza, se sustraerán también en el futuro a las persecuciones, a igual que los numerosos perros bravos<sup>2</sup>. Parece difícil que logren esto mismo los vacunos cima-

<sup>1</sup>La rosa de Chile, y en general de la América del Sur, es una variedad (una rosa alata) del clavelón de Indias (*Monatsrose*). Es curioso que no se haya conocido hasta los tiempos recientes nuestra centifolia en aquel continente, y que el clima, sobre todo entre los trópicos, donde prosperan, como es sabido, diversas otras plantas boreales (como en Lima nuestro azulejo, aunque como una gran rareza), sea adverso a todas las rosas, excepto la ya nombrada variedad, que es menos hermosa. También en las partes más calurosas de Cuba y de Pará he observado que crece en los campos esa misma rosa, pero no otra; sin embargo, jamás he descubierto una especie endógena en los Andes del Perú o de Chile.

<sup>2</sup>El perro de Juan Fernández, que ha vuelto a la vida salvaje, señala iguales variaciones en cuanto a color y tamaño que los domésticos. Muy distintas son las características de aquellos que se encuentran en grandes cantidades y que ocasionan muchos perjuicios al interior de Cuba, los que he cazado frecuentemente. Casi todos tienen el color de las lauchas, con orejas cortas, semejantes en su anatomía a las del perrillo dogo inglés, y tienen el iris de color marcadamente celeste. Sus ataques nocturnos a las aves de corral, etc., inducen a los dueños de plantaciones a construir fosas, provistas de trampas cerradizas al nivel del suelo y llenas de agua o de estacas puntiagudas verticales. Estas trampas están rodeadas por una cerca que ofrece una sola entrada, colocándose en el lado opuesto una oveja como señuelo. Casi todas

rrones, cuyo número ha disminuido mucho desde hace algunos años. El hecho de haberse propagado los mismos con gran rapidez en tiempos antiguos se desprende de las repetidas tentativas del gobierno español para exterminarlos. Se deseaba que una isla que no se pudo mantener ocupada como colonia, no ofreciera en tiempos de guerra ninguna clase de recursos a los cruceros europeos. Habría sido muy difícil, sin embargo, realizar este propósito en forma completa, pues la Isla Mocha, que se halla situada frente a la costa de Arauco y que es de superficie mayor, ha mantenido hasta tiempos recientes rebaños de cabalares y vacunos cimarrones, que nadie habría podido disputar a los marinos extranjeros, pues la isla se encontraba abandonada desde hacía muchos años por los indígenas y no había sido ocupada por los chilenos.

La abundancia de ratones representa en Juan Fernández una verdadera plaga, y sus pobladores han procurado inútilmente aplicar arbitrios para reducir su número. Por ahora, la isla no ofrece ningún producto de importancia o en gran cantidad, pues la madera de sándalo que existiría al interior, de acuerdo con los informes de viajeros antiguos, o no es la misma madera legítima que se paga tan bien en la China y que se encuentra ahora en cantidades mucho menores que antaño en las islas Sandwich, ya muy agotadas, o se la conoce muy poco. Fue inútil preguntar por muestras de ella en los puertos. La isla promete adquirir en el futuro gran importancia como base pesquera, pues sobre un banco que se extendería a gran profundidad entre la isla y el continente se hallan cardúmenes en gran abundancia, entre ellos una especie de bacalao, lejanamente similar al de Terranova (según el naturalista francés Gay, se trataría del representante de una nueva especie). Bajo el nombre de "bacalao de la tierra" se han ofrecido en diversas ocasiones pequeñas cantidades de ese pescado al estado seco en el comercio chileno. Es curioso que abunden en forma extraordinaria las langostas entre las rocas de la isla, una especie que no se observa casi nunca en las costas del continente; antiguamente, sus colas eran preparadas ahumadas, exportándose hasta grandes distancias, a veces incluso a través de los Andes hasta Salta y San Luis.

Como punto cómodamente situado para reponer los abastecimientos, ya sea para los balleneros<sup>1</sup> o para buques de guerra que han cruzado el Cabo de Hornos,

las noches se cazan uno o varios de estos perros. Son raposos natos, lo que impide que tengan éxito las tentativas de domesticar los cachorros encontrados. Estos son siempre huraños y falsos, huyendo tan pronto se han desarrollado. Son tímidos en el contacto con el hombre, pero se afirma que lo atacan a veces cuando se presentan muy numerosos, y cuando estuve en la isla (en 1823) se propagó la leyenda de que un campesino habría sido despedazado por ellos en las amplias y despobladas sabanas de la costa austral, que se extiende entre Batabanó y Trinidad y que en invierno se encuentran inundadas.

<sup>1</sup>Los balleneros norteamericanos y británicos, que realizan expediciones con una duración que se prolonga, por lo general, hasta dos o tres años, frecuentan en el Océano Pacífico determinadas islas solitarias, como puntos de reunión y de abastecimiento. Las zonas de caza (*whaling grounds*) se encuentran lejos de los continentes y de las poblaciones blancas —por

con destino al norte, la isla es de importancia. Ofrece leña y agua en abundancia, y estaría en condiciones de suministrar muchos otros recursos, una vez que se haya radicado en ella una población activa. Por desgracia, esta última ha sido siempre de índole indeseable, pues los españoles transformaron la isla en un presidio y los republicanos la usaron como su Botany Bay. Ya en el siglo pasado se construyeron en ella algunas fortificaciones, pues la estada prolongada y tranquila de Lord Anson demostró al gobierno español la necesidad de ocuparla militarmente. Hubo poca preocupación por la isla, y al parecer fue abandonada de nuevo durante algún tiempo, hasta que en la revolución el victorioso Osorio, no dispuesto a derramar sangre, envió a ella un cargamento de patriotas capturados en todas partes del país, lo que hizo necesario volver a dotarla de una guarnición. Logrado el triunfo de la República, se mandó buscar a estos prisioneros con mucha solemnidad, enviando en cambio a la isla a los acusados de haberse inclinado por la causa española. Hubo una revuelta, y el gobierno ordenó abandonar por completo la isla, pues se temía que se pudiera formar allá un Estado pirata independiente. Se destruyeron todas las instalaciones, y nadie pensó más en Juan Fernández, que permaneció ahora despoblada, hasta que un capitán emprendedor de la marina mercante norteamericana celebró por el año 1826 un convenio con el gobierno, por medio del cual se le concedió el privilegio exclusivo para cazar los vacunos cimarrones, a fin de preparar charqui con ellos. Ocupó a algunos marineros extranjeros y a diversos chilenos, los primeros sobre todo para la caza de lobos marinos en la cercana isla de Más Afuera; sus negocios prosperaron al parecer muy bien, y se le conocía en Valparaíso en broma con el nombre de Rey de las Islas (*King of the Isles*). La Constitución del Presidente Pinto declaró a Juan Fernández como parte integrante de la república, pero permaneció despoblada hasta que un chileno muy conocido y pudiente, don Joaquín Larraín, obtuvo bajo determinadas condiciones permiso para colonizarla de nuevo. Después de su muerte, el gobierno actual tomó posesión de la isla, a la que envió un número muy grande de delincuentes, pero sin dotarla de una guarnición suficiente. La consecuencia fue que se pusieran de

ejemplo, entre las islas Marquesas y Galápagos o las islas Sandwich y el Japón—, y, por otra parte, los derechos son demasiado elevados para visitar a los puertos con frecuencia. Tienen la costumbre de cultivar pequeñas huertas, que entregan su cosecha, por lo general, sin requerir ningún cuidado, debido al clima favorable. Cada cual se esmera en volver a sembrar lo que hubiera extraído de las huertas para su consumo, agregando también a veces nuevas plantas. Por lo general, conocidos los unos de los otros, por provenir de preferencia de determinados puertos de la Gran Bretaña o de la América del Norte, se encuentran a menudo en sus correrías, y han introducido la costumbre de depositar sus cartas, destinadas a la patria, en ciertos lugares de islas despobladas (como en las del archipiélago de Galápagos), ● que dan el nombre humorístico de correos. El primer buque que haya completado su cargamento y que por ello regrese a su país, se hará cargo de esas cartas. El capitán B. Porter hace un uso muy poco noble, en la descripción de su viaje, de la correspondencia particular que encontró casualmente.

acuerdo en 1832 los vigilantes y prisioneros, confiscando un buque y obligando al capitán a llevarlos a la parte boreal de Chile. Desde allá cruzaron los Andes, pero fueron detenidos por el gobierno de San Juan, el que los devolvió a Santiago; finalmente, se fusiló a los cabecillas, y el resto fue despachado de nuevo a la isla bajo mejor vigilancia. De modo que el gobierno no obtiene en la actualidad otro beneficio que el de poseer un presidio relativamente barato y seguro, pero parece probable que en tiempos futuros se reconozca mejor la importancia de Juan Fernández desde el punto de vista náutico.

La segunda isla de este pequeño grupo, Más Afuera, no estuvo nunca poblada, y se presenta como una gran masa rocosa negruzca, que se eleva en todo su contorno verticalmente desde las profundidades del mar; no ofrece en ninguna parte un buen fondeadero, y sólo en una, un desembarcadero para botes. Como la isla principal, es de origen volcánico, pero, o bien es de formación más reciente, o su roca es de una dureza extraordinaria, pues se busca en vano en sus peladas cumbres la hermosa vegetación que caracteriza a aquélla; por su aspecto, algunos navegantes la han comparado con la isla de Santa Elena. Parece que predominan en ambas islas la trapa y el basalto, y especialmente este último forma gruesas capas entre las lavas más porosas, hasta los cerros más elevados. Muestras del basalto, que vi en Talcahuano, eran de grano fino y gran dureza, y un trozo de lava contenía olivina de gran tamaño y colorido claro.

Al atardecer perdimos de vista las altas cumbres de Juan Fernández, lamentando que las circunstancias no hubieran permitido la visita. Las islas son pequeñas, y en cuanto a sus condiciones físicas se aventajan poco de miles de otras diseminadas sin nombres en este inmenso océano, pero atraen al viajero ilustrado por el recuerdo del valiente y perseverante almirante británico, que se salvó en ellas cuando las privaciones habían alcanzado un grado difícil de superar. Aun cuando quien se les acerque bajo condiciones normales no descubrirá en ellas las excelencias que les atribuyó antaño aquel navegante, no sería justo hacerle el cargo de haber exagerado, pues cada una de sus palabras parece inspirada en la más sincera gratitud, conmoviendo todavía al lector después de haber pasado casi un siglo.

En la mañana del decimotercer día de nuestro viaje avistamos la planicie de Arauco a 38° de Lat. S., lo que nos llenó de alegría, pues temíamos que el tiempo reinante en los últimos días nos pudiera haber desviado demasiado al norte, lo que habría impedido que entráramos al puerto sin describir un nuevo *tack*. Favorecidos por la corriente y el viento, nos aproximamos rápidamente a tierra, asemejándose la navegación al movimiento sin ruido de un vapor en un gran río. La mañana era de una belleza indescriptible, el cielo azul, y nos rodeaban millares de aves marinas, ocupadas en la pesca de pequeñas medusas (del género *Physophora*), las que aumentaban a medida que el agua adquiría un color más amarillo en la cercanía de la costa, debido a la desembocadura del Bío-Bío, el



mayor de los ríos chilenos, cuyo caudal había aumentado mucho. Las serranías de Arauco, los cerros más altos de San Pedro y la punta de Lavapié se destacaban cada vez más; aparte muchos otros lugares, adquirieron fama clásica por Ercilla, pues se encuentran en el teatro de una guerra pocas veces interrumpida y que se ha prolongado hasta nuestros tiempos. Pasamos muy próximo a la elevada península de Tumbes, y observamos por primera vez en Chile bosques densos y de crecimiento elevado, del más amable verde. Cerca de su punta extrema se encuentra un grupo de rocas negras, en que rompe la mar en los temporales invernales con una violencia que espanta. Con ironía un poco fuerte, el humorismo popular les ha dado el nombre de Rompeolas. En ellas se hallaban tendidos densos grupos de lobos marinos, asoleándose, pero tan tímidos, que la pasada del bergantín a bastante distancia los indujo a emprender una fuga general. Más allá de la península nos hallamos frente a un estrecho canal, que se une al sur con una amplia bahía situada al fondo; proseguimos la navegación, para entrar en ella por la Boca Grande, separada del canal (la Boca Chica) por la isla Quiriquina, que es pequeña pero elevada y que adquirió fama histórica, como tantos otros lugares de esta provincia, apareciendo también en "La Araucana". El color del mar se volvía cada vez más verde, y en igual proporción disminuía la profundidad, y poco después una calma y una corriente contraria nos obligaron a largar el ancla, ya dentro de la bahía abrigada.

El viajero experimentará una grata sorpresa al entrar en el puerto de Talcahuano, sobre todo cuando proviene de las poco favorecidas costas boreales, acerca de cuya belleza —imaginada desde su país natal— se habrá formado ideas equivocadas, sintiéndose, por consiguiente, defraudado. Las rocas sombrías de Valparaíso y las serranías uniformes y pobres de vegetación ya no constituyen los rasgos sobresalientes del paisaje. Las serranías bajas se extienden en prolongados y redondeados dorsos hasta el mar, ofreciendo un aspecto agradable, y las rocas sólo se presentan en pintorescos barrancos, a través de un enrejado verde, formado por matas y enredaderas que las cubren, colgando desde arriba. Bosques bien formados, con árboles que no pierden el follaje, salvo una o dos excepciones, coronan los cerros, y se encuentran interrumpidos sólo en aquellas partes donde el trabajo humano, debidamente recompensado, cultiva campos o planta viñedos, los que se destacan desde la distancia por su diferente tono de verde. Por todas partes corren abundantes arroyos por las quebradas de los boscosos cerros, y la atmósfera, en vez de presentarse seca y quemante, posee aquel grado de humedad que permite que se dilate libremente el pecho. Tal como faltan la desconsoladora aridez y la ausencia de sombras del norte, se observa intuitivamente el cambio que existe en el clima. Junto con desaparecer el calor seco del norte, ya no se presentan las nubes de polvo que llenan la atmósfera allá en esta misma temporada, y la abundante vegetación refresca aquí la atmósfera, pues el

suelo densamente cubierto por plantas impide el reflejo de los rayos solares, causa de la temperatura sofocante que reina en las rocosas regiones andinas.

El panorama que se ofrecía desde el lugar en que había fondeado nuestro bergantín, a cerca de una milla inglesa de la costa, era extremadamente agradable. Detrás de nosotros se elevaba la costa roqueña de la isla Quiriquina, pero que no carece de árboles; frente a nosotros se extendía la amplia e inmóvil bahía, rodeada por cerros boscosos; y más allá se reconocía una vega pastosa, poblada por numerosos rebaños, formando al fondo el cordón de San Pedro y un cerro parado a cuyo pie se encuentra la capital de la zona austral, Concepción, una ciudad de importancia. La tarde cayó con el magnífico reposo de un estío alemán sobre la belleza del paisaje, y llegaron verdaderas nubes de aves marinas para pasar la noche en la superficie inmóvil de la bahía. El rayador negro<sup>1</sup>, un ave con un pico de forma muy curiosa, parecida a una tijera, se reunió en tales cantidades, que pronto los pájaros que nadaban en el mar formaban una faja de color oscuro que se extendía de una orilla a la otra a través de la bahía, con longitud de quizás 7 millas inglesas. Los gritos de estas bandadas continuaron durante largo tiempo, y la tranquilidad que se estableció por fin fue interrumpida en repetidas ocasiones, cuando la embarcación atrasada de algún pescador cruzaba el prolongado orden de batalla, ocasionando una revuelta general. Poco después de la puesta del sol se levantó un terral, que aportó el aroma de los cercanos bosques, y una magnífica y tibia noche cubrió el agradable paisaje. Pero a medida que aumentó la obscuridad, fue posible comprobar que los cerros, que en un principio nos habían parecido despoblados, contienen viviendas humanas, pues se veían por todas partes las fogatas de las chozas, que desaparecen de día entre los árboles, y desde el lejano fondo de la bahía brillaban, invitándonos amablemente, las luces del puerto y de las embarcaciones ancladas.

En las primeras horas de la madrugada proseguimos la navegación, pues se había presentado un viento favorable que nos permitió recorrer rápidamente la distancia hasta el fondeadero. Al mismo tiempo se observó una mayor actividad en la bahía, interrumpida al parecer el día anterior por una fiesta. Pequeños bongos o canoas, consistentes en un solo tronco de árbol, cruzaban en todas direcciones el espejo del mar, con una velocidad mucho mayor que la que parecía poder atribuirse a su construcción y equipo, pues pocas poseían una vela que fuera algo más que una tosca estera o el poncho de lana con que se presentan los pescadores en tierra o se protegen contra la lluvia. Representan éstos un género humano que tuvo poca oportunidad de conocer anteriormente. En parte son verdaderos indios, de cutis café claro, o bien pertenecen a las castas (mestizos); su adaptación a una

<sup>1</sup>*Rhynchops nigra* L. Esta ave se encuentra también en las provincias boreales, pero es allí menos frecuente. Aquellas reuniones de aves en la bahía de Talcahuano pueden ser observadas siempre al atardecer y llamaron también la atención al naturalista francés Lesson ("Manuel d'Ornithologie", II, pág. 385).

vida anfibia, su gran habilidad en la pesca de los más variados animales marinos, sus balsas transportables y su equipo: todo este conjunto atrae nuestra atención. Formando contraste con ellos y sus embarcaciones, se nos acercó el bote de ocho remos de una fragata británica, moviéndose al compás y observando una severa disciplina, en este caso a cargo de un guardia marina muy joven. Fue muy grato para nosotros no poder contestarle sus preguntas acerca del corsario español, con el que no tuvimos, afortunadamente, ningún contacto. Fondeamos en el lugar acostumbrado frente a Talcahuano, y como pronto encontrara una casa en que podría dedicarme a los asuntos propios de un naturalista sin ser molestado, y la región prometía abundantes colecciones, acordé pasar en el pequeño caserío el invierno, que ya se aproximaba. Como en los demás lugares, los sencillos preparativos estuvieron terminados en pocos días, y además de algunas excursiones más breves, a que invitaba el verde de los bosques, los que añoraba desde hacía tanto tiempo, realicé una más larga a caballo, a fin de familiarizarme con las localidades.

El paisaje es tan variado, existe tal alternación entre serranías boscosas, barrancos rocosos pelados, colinas pastosas, vegas salinas y turberas, que la exploración se hizo interesante. A primera vista se presenta al observador como verosímil que toda la faja a lo largo de la costa, desde la punta de Lavapié hasta un poco al norte de Talcahuano, constituyó antiguamente un archipiélago, que se transformó en continente en una época no muy lejana de la nuestra, debido a un retroceso del mar. La exactitud de esta suposición, con respecto a algunos puntos densamente poblados de esta costa, puede ser comprobada con seguridad histórica por medio de documentos que se salvaron felizmente de guerras e incendios. La península de Tumbes, ahora unida por tierra firme con Concepción, es llamada isla en antiguos papeles, y todavía se transforma en una cuando el Bío-Bío tiene crecidas. La vega ancha, arenosa y cubierta con mucha sal marina, que se extiende desde la costa antigua, al pie de los cerros de Concepción y San Pedro, hasta el mar, que ahora queda a una distancia de dos leguas, se encontraba hace apenas doscientos años tapada en varios lugares por el mar. Por todas partes se hallan capas de animales marinos, a que uno se inclina a atribuir a menudo una edad no superior a un siglo, que están situadas cerca de la superficie y que han sido cubiertas por una variada flora de plantas salinas y hierbas. Frecuentemente se presentan amplias extensiones llenas de turberas y lagunas, en que el zoólogo obtiene un botín más rico que el botánico. Se ignora la composición del subsuelo, pues a pocos pies debajo de la superficie los pozos cavados ya se llenan de agua. En esta Vega de Concepción se elevan algunas colinas de variadas altitudes, nunca muy grandes, que comprueban por diversos indicios que de antiguo eran islas que llenaban la boca del Bío-Bío, la que era extraordinariamente ancha. En las colinas de Chepe y Las Salinas, la roca predominante es una arenisca abigarrada muy descompuesta y por eso inapropiada para el uso; forma estratos horizontales o inclinados hacia el sur. Entre las colinas de Las Salinas y la boca del Bío-Bío, la

vega arenosa se prolonga en una lengua, unida en su extremidad con un promontorio elevado y rocoso, otra isla del pasado, cuya doble cumbre, de formas redondeadas, Las Tetas del Bío-Bío, representa un punto de orientación para el navegante que se aproxima a estas costas, señalándole el rumbo para dirigirse sin ningún peligro a la bahía de Talcahuano<sup>1</sup>. La extremidad de la Vega de Concepción linda con la península de Tumbes, donde la arenisca roja, que se encuentra más bien en el lado que mira al continente, limita con una pizarra arcillosa, que forma casi toda la península. La longitud de ésta es de poco más de una milla geográfica, con rumbo de norte a sur, y ancho de menos de media milla, constituyendo el límite occidental de la bahía de Talcahuano. Se eleva en todas partes abruptamente desde el mar y ofrece al norte y oeste barrancos inaccesibles. Llena de vertientes, separada por algunas hondonadas bajas y cubierta en muchos puntos por el bosque, es muy fértil y podría producir una gran cantidad de cereales. Está separada por la Boca Chica de la isla Quiriquina, con la que tiene semejanza, en el sentido de haber constituido antiguamente también una isla. Un fondo roqueño que se extiende a una profundidad no muy grande entre la península y la isla unirá quizás pronto a esta última con el continente e impide ya en la actualidad que los buques mayores usen este canal.

La bahía de Talcahuano representa el puerto más seguro al norte de Valdivia y es muy superior al de Valparaíso. Los buques pueden entrar con vientos de todos los cuadrantes, pues aun cuando las circunstancias impidan alcanzar el fondeadero frente a la pequeña población, encontrarán fondeaderos muy abrigados cerca de la boca de la bahía. La isla Quiriquina forma un molo protector contra todos los vientos del norte, cuyas consecuencias son a veces tan terribles en Valparaíso, pues aquella isla apacigua las olas del océano. Casi de configuración cuadrada, la bahía es un poco más larga que ancha, pues desde la boca hasta Talcahuano la distancia es de aproximadamente 1,5 milla inglesa<sup>2</sup>, siendo el diámetro transversal inferior en una sexta parte. Por doquiera existen fondeaderos con profundidades que no exceden nunca de 10 brazas, sobre fondo en parte arenoso, en parte de fango. Existe un banco de arena que se extiende desde la isla hasta frente a Talcahuano a través de la bahía, que divide a ésta en mitades, pero que no se prolonga hasta su costa austral. Sobre este banco, la profundidad del agua es sólo pequeña, y las embarcaciones

<sup>1</sup>Estas cumbres, que se observan desde muy lejos en el mar, debido a su situación aislada, tienen una altitud de 789 pies y 6 pulgadas (Beechey, loc. cit., I, pág. 52). En cuanto a sus productos, estas rocas, en que se encuentran bosques, vegas y rebaños cimarrones peligrosos, son muy similares a la península de Tumbes, pero se caracterizan en su formación geológica por una cantidad extraordinaria de corales y crustáceos, pertenecientes a un período más antiguo que los que se hallan en la vega más baja y en las formaciones de areniscas secundarias de la isla Quiriquina.

<sup>2</sup>Así dice el texto, pero la distancia es de 7,5 millas inglesas; debe tratarse de un error de imprenta.— Nota del Traductor.

mayores deben evitarlo, lo que les es fácil, debido a que aflora, en parte, en las bajas mareas corrientes. Otros bajos, tampoco peligrosos, por encontrarse lejos de la ruta corriente, se hallan en el ángulo suroriental de la bahía, cerca de la desembocadura del río Andalién y de la ciudad sumergida de Penco. De las dos bocas de la bahía, sólo la mayor, que queda al oriente de la isla, tiene suficiente profundidad para permitir la entrada a buques de cualquier calado; la Boca Chica sólo puede ser usada con la ayuda de un práctico local, y es apta nada más que para embarcaciones menores. Cerca de la Boca Grande se encuentra entre boscosas serranías verdeantes el caserío de Tomé, donde fondean a menudo buques de guerra, a fin de hacer aguada y leña; prefieren efectuarlo en este lugar, debido a que con fuerte viento del sur tienen que dar bordadas durante cuatro o cinco horas para llegar a Talcahuano. El único fondeadero de la bahía en que la ley permite una estada prolongada se halla frente al último de los lugares nombrados.

Penco, un villorrio insignificante, situado cerca de donde estuviera antiguamente la capital del sur, tragada por el mar, no puede ser visitado por los buques; por lo demás, es muy poco seguro el fondeadero frente a él, por tratarse del único punto de la bahía que está expuesto a los vientos del norte. La orilla oriental es menos rocosa que la occidental, que está constituida por la península de Tumbes, pero es elevada y está ocupada por una serranía; se encuentra en gran parte despoblada, mientras que en la península existen caletas ocupadas por chozas de pescadores, en largas hileras, que acentúan el carácter agradable del paisaje. La orilla austral de la bahía está formada por la Vega de Concepción, ya descrita, que es baja y arenosa; donde se eleva en ella el abrupto Morro, una colina de arenisca con cumbre redondeada, ya cerca de la península, se halla el pueblo de Talcahuano, rodeado por cerros bajos, de aspecto sencillo y poco atrayente en este momento, pero destinado a desempeñar en el futuro un papel más importante, no como capital, sino como el activo puerto de la cercana ciudad de Concepción, a que está reservado un brillante porvenir.

Talcahuano es tan pequeño y se encuentra construido de una manera tan desordenada, que en Europa apenas se le daría el nombre de una aldea. Consiste en dos callejuelas paralelas, una plaza muy amplia y rodeada por edificios inaparentes, que en parte llevan techos de paja, y una iglesia de fachada muy sencilla. Todavía se considera como un atractivo un campanario con dos campanas, que tiene la forma de una torre y donde, según la opinión de un antiguo navegante, la operación de tocar las campanas implicaba un peligro de muerte, lo que comprueba la pobreza de las iglesias chilenas, o la pequeña generosidad de los chilenos, que se pone aún más de manifiesto por el hecho de permanecer sólo raras veces un cura durante un tiempo prolongado en el puerto, donde sólo lo esperan privaciones. El número de las casas propiamente tales, sin considerar los ranchos, se elevaba en 1828 a 125, y el de los habitantes, a 1.500 ó 1.600. A orillas del mar se levanta un fortín en estado bastante ruinoso, y a un octavo de milla existe sobre el abrupto

to barranco de la península una batería compuesta por seis cañones de fierro, el fuerte de Gálvez, calculado para proteger al pueblo por medio de un fuego cruzado, junto con el fortín. Las autoridades consisten en un gobernador, que tiene también el mando policial y militar, y algunos funcionarios subalternos de la aduana. El edificio mismo de ésta se encontraba en Concepción, a una distancia de 3 leguas, de modo que los comerciantes y capitanes de los buques se veían obligados a dirigirse allá a caballo, aun en el peor tiempo de invierno. En cuanto a la administración civil, Talcahuano depende, con gran disgusto de sus habitantes, de Concepción, que es mucho más grande.

Antes de la revolución, el pueblo no era mayor, pero sus habitantes eran mucho más pudientes. Talcahuano sufrió bastante en la guerra, pues la vecindad de Concepción, el abrigo del puerto y la facilidad con que se lo puede defender representaron un atractivo para ambos beligerantes. Fue sitiado en dos ocasiones y conquistado y abandonado en diversas oportunidades, cambiando de dueño hasta dos veces al mes. Benavides, un subalterno español que se dirigió con algunos compatriotas y varios chilenos descontentos a la Araucanía, aliándose con los indígenas, se dedicó durante largo tiempo al bandidaje en los alrededores, asaltando y saqueando a Concepción y al puerto, produciendo así una espantosa miseria. Desde aquel tiempo proviene la despoblación de la zona austral, pues debido a la duración de la lucha y la repetición de esos hechos tan sangrientos, pocas familias tenían el valor de permanecer en el teatro de operaciones. Las serranías bajas que protegen a Talcahuano por tierra, y que se encuentran limitadas en la parte oriental por el abrupto barranco del Morro, permitieron a los españoles durante la revolución instalar baterías estratégicamente bien situadas. Desde la cima de esas colinas se disfruta de una excelente vista en todas direcciones<sup>1</sup>. En el suelo relativamente poco fértil crecen en abundancia dos representantes arbustivos del género *Lobelia*, que siguen floreciendo aun en invierno, y uno de los cuales, la auténtica tupa, es tan extraordinariamente venenosa, que, como lo comprobó la propia experiencia, es necesario evitar tocarse los ojos con las manos que hayan estado en contacto con sus tallos. La consecuencia de tal imprudencia son inflamaciones muy dolorosas, que sólo desaparecen después de lavados fríos durante varias horas. Dondequiera que se hayan construido pozos con profundidades de 12 a 20 pies en el suelo, se encuentran gruesas capas de carbón de piedra, intercaladas en las

<sup>1</sup>Desde estas colinas, o mejor dicho, desde el punto en que las cruza el camino que se dirige de Talcahuano a San Vicente, ha sido confeccionado el dibujo que representa el panorama de la bahía y del puerto, y que aparece como segundo cuadro en el Atlas. Se observan las dos bocas de la bahía, separadas por la isla Quiriquina. A la derecha se extienden las serranías de la costa entre Tomé y Penco, y en el ángulo extremo se ve el principio de la vega baja que forma la orilla austral de la bahía. El pueblo ha sido dibujado con gran precisión, apareciendo con el aspecto que tenía en 1828, pudiendo reconocerse la plaza y el campanario. Es de lamentar que este cuadro parece haber agradado poco a los litógrafos, por lo cual no le dedicaron el cariño que merecía al reproducirlo.



63. PANORAMA DE TALCAHUANO EN 1828. *Poeppig.*

El propio autor explica que desde el punto en que el camino a San Vicente cruza las colinas (situadas detrás del puerto), confeccionó este panorama de la bahía y de la población. Se ven las dos bocas que dan acceso (la Chica y la Grande), separadas por la isla Quiriquina. A la derecha se extiende la costa roqueña desde Tomé hasta Penco, y en el extremo inferior se ve el comienzo del llano que limita la bahía al sur. La pequeña población está dibujada con gran precisión, tal como se presentaba en 1828, pudiendo reconocerse la plaza y la torre de la iglesia. Agrega que es de lamentar que este dibujo parece haber gustado menos que otros a los litógrafos, pues le dedicaron poco interés.

areniscas; tienen rumbo de norte a sur, y se presentan en algunas partes (como en El Morro) como estratos horizontales, y en otras, en posición vertical, en este caso de gran profundidad, pero escasa potencia. Desgraciadamente, estos carbones son de muy mala calidad, en parte con mucha roca y difíciles de inflamar, y en parte con una ley tan alta de azufre, que se les considera como ineptos para la mayoría de los fines caseros o técnicos. Se espera, sin embargo, hallarlos de mejor calidad a mayor hondura. Parece no merecer la menor duda que más al interior de esta provincia existen excelentes carbones, pues yo mismo he poseído un trozo de antracita que fue encontrado entre Nacimiento y San Pedro, en el Bio-Bio, de calidad idéntica a las mejores clases de este mineral, de las minas de Pennsylvania.

Cuando se desciende desde las colinas de Talcahuano hacia el sur, se llega primero a un terreno bastante pantanoso, pero que es de mucho interés para el botánico, llegando en seguida a la costa arenosa de la bahía de San Vicente, que

no ofrece un fondeadero seguro y que contiene en diversas partes hileras de rocas sumergidas, por lo cual es de gran peligro para los marinos que no conozcan la región y la confundan con la bahía de Talcahuano, entrando en ella, lo que puede ocurrir con facilidad. Si bien no se pueden coleccionar muchas plantas en estas playas durante el otoño, el zoólogo es, en cambio, recompensado en forma amplia. La cantidad de los animales marinos de especies inferiores es extraordinariamente grande, y se presentan centenares de eslabones entre el género *Nais* —de color rojo oscuro y que llena todos los pequeños charcos que contienen agua marina— y la gigantesca pelagia, que nada en verano en la bahía, para desaparecer en el invierno durante algunos meses. Los habitantes de la zona la conocen con el nombre de agua mala, considerándola como extremadamente venenosa; es tan incolora y transparente, que trozos separados de ella pueden ser confundidos con fragmentos de un hielo muy puro. Mide 2 pies de diámetro, impide toda tentativa de conservarla, y se destaca por fajas de color naranja en su umbela, bordeada por hileras regulares de puntos oscuros. Desde la profundidad atrae una *Alcyonia*, que cubre a veces rocas completas, y se encuentran representantes del género *Spongia*, multicolores, que usan en parte antiguos restos orgánicos, huesos, conchas o corales del mundo primitivo, caídos desde los cerros vecinos, como núcleo de sus extrañas estructuras, pero que, en parte, crecen también libres y ramificadas. El género *Chitona* se caracteriza por sus caparazones lisos, granulados, cicatrizados, espinosos o cerdosos, de color negro o café, a veces también abigarrados; ejemplares del género *Patella* y muchas conchas pequeñas y univalvas, de diversos géneros, se encuentran fijos en un mismo lugar, pero es posible apoderarse de ellos si se aprovecha el nivel más bajo de la marea y se los separa repentinamente de las rocas, provisto de un cuchillo delgado y de punta roma. Si no se procede con gran rapidez, tocando una sola vez la concha de éstos animales, que parecen carecer de órganos externos de los sentidos, se fijan al instante por medio de la succión, con tanta fuerza, que resulta imposible hacer entrar el instrumento debajo de la concha sin lastimar a los animales. Un *Solén* de un pie de largo, conocido con el nombre de navajuela (nombre que se deriva de su forma, que se asemeja al mango de una navaja de afeitar) y que suministra un guiso muy agradable, proporciona pruebas aún más contundentes de un agudo instinto. En todas partes donde la arena es cubierta a menudo por el mar y se presenta mezclada con agua, como la arena movediza, se observan con tiempo sereno pequeños chorros de agua expulsados por la navajuela. Quien no conozca su astucia, tratará, por cierto en vano, de apoderarse de ella. Apenas se toca la horadación cilíndrica en que se encuentra, se pierde de inmediato en la profundidad por medio de un pie de dos pulgadas de que dispone, mezclándose con el agua y la arena. El pescador chileno se acerca sin hacer el menor ruido al lugar en que se halla oculta una concha de esta índole, extrayéndola rápidamente del suelo por medio de la picada de una pala



64. Balsa de cueros de lobos marinos inflados en Iquique, 1842. Rugendas.

Este tipo de balsas se usaba en 1828 también en Talcahuano y desde ahí hasta el extremo norte del país y la parte austral del Perú. "Constan de dos cueros de lobos marinos que han sido separados del animal tan habilosamente —escribe Poeppig— y luego cosidos con tal precisión, que imitan la forma del animal vivo, representando, una vez inflados, dos cámaras que tienen 8 ó 9 pies de longitud. Ajustadas con precisión la una a la otra, llevan un delgado marco de madera con un liviano enrejado." La pagaya usada en Iquique era más lanceolada que la dibujada por Poeppig en Talcahuano. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

de madera. En los mismos lugares se encuentran dos especies del género *Doris'*, animales repugnantes, pero muy consumidos, y una magnífica actinia de color verde de pasto, que también se entierra hasta la mitad en la arena en las playas en que rompen olas aisladas, pero que enrolla sus vasos linfáticos, simétricamente extendidos y ramificados, hasta formar una esfera inaparente.

Si ya el peatón es capaz de hacer un rico botín, se recompensará en forma múltiple aquel que tenga la valentía de encomendarse a un pescador, con el fin de visitar con él las rocas que se encuentran aisladamente en la desembocadura del Bio-Bio (llamadas Los Farallones), en la bahía de San Vicente o en la costa occidental de la península de Tumbes. El precio de un bote construido en regla excede de la capacidad de esta pobre gente, y cada cual se conforma con lograr de una manera muy sencilla el sustento de su familia. Este objetivo se logra totalmente con una balsa, una embarcación muy frágil en apariencia, pero en la cual se atreven a salir hasta muy afuera en el mar. Frezier la describe con exactitud; consiste en dos cueros de leones marinos, desollados y cosidos en forma tan perfecta, que imitan la figura del animal vivo, representando pellejos cilíndricos, que tienen una longitud de 8 a 9 pies. Afirmados con precisión el uno al lado del otro, están cubiertos por un delgado bastidor de madera y un enrejado. Uno se embarca por primera vez con

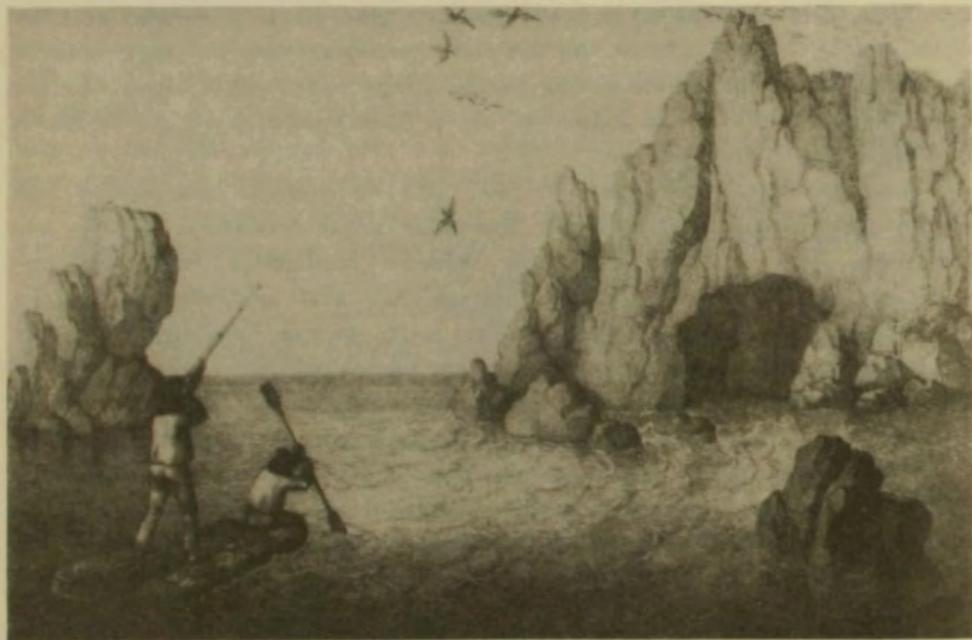
<sup>1</sup>*Doris amarilla, n. sp.* (descripción en las "Notizen...", de Frieriep, tomo XXV, pág. 10), que tiene un largo de unas cuatro pulgadas y color amarillo naranja, y otra especie negra, cuya descripción se perdió, pero que se envió a Europa conservada en alcohol. La primera es llamada chape sin concha amarillo por los chilenos; la segunda, podo prieto. Hay tres especies del género *Echinus*, pero el naturalista debe cuidarse mucho de no separarlas en más, a lo que puede ser inducido fácilmente por las numerosas variaciones que presenta el color, debido a mayores o menores influencias de los rayos solares en los caparazones (que se presentan en los colores rojo intenso, blanco y verde de manzana).

algunos temores en una balsa. El dueño se sienta en la parte delantera y toma con ambas manos por el centro la prolongada pagaya, cuyos dos extremos terminan en una angosta paleta. Remando en forma alternada a ambos lados, la embarcación se aleja pronto de la tierra, y uno se encuentra frente a las anchas olas que penetran desde el mar libremente en la bahía. El pasajero se ubica en el medio de la embarcación, sin otros puntos en que afirmarse que las delgadas varas en que se encuentran amarrados los cueros, y como está sentado muy bajo, se le presentan las olas como si tuvieran doble altura. Con algún miedo, observa cómo se acercan con gran ruido, pero la embarcación se levanta como un corcho sobre su cresta, para descender con igual rapidez al otro lado. Uno se moja poco, y con igual seguridad la balsa pasa por encima de todas las olas que siguen, adoptando raras veces una posición lateral ladeada e inclinada. Pronto uno se siente seguro, pero la primera y segunda vez que se salga a cazar en esta embarcación los resultados serán muy mediocres, debido a que el movimiento desacostumbrado afectará la puntería. Como la balsa no se puede llenar de agua, ni voltearse como un bote, y sólo se deben evitar las rocas, que por cierto podrían romper los cueros y hacer que se hunda instantáneamente, uno puede navegar sin cuidado alguno incluso entre olas muy altas, encontrándose en ella en costas bajas y con fuerte resaca más seguro que en el mejor bote.

Los pescadores más pobres emplean una embarcación aún mucho más sencilla para perseguir en mañanas tranquilas a los pobladores de las profundidades. Tres o cuatro trozos de maderos burdamente trabajados, que a menudo son otros tantos troncos gruesos, han sido amarrados juntos con poco cuidado y forman una balsa angosta y corta, en que hay lugar a lo sumo para tres personas de pie. Cada pequeña ola parece suficiente para destruir la construcción, pero a pesar de ello los pescadores cobrizos no vacilan en alejarse bastante de la tierra. Buscan los lugares de la bahía en que se encuentran bancos a una hondura de 3 ó 4 brazas, usando como único instrumento un candelero, que es una vara con una longitud igual a la profundidad que existe en esos bancos. Aguzada en un extremo y rajada en el otro en varios brazos abiertos, se le usa para diversos fines. El hombre lo planta, por ejemplo, en el fondo, manteniendo así la frágil balsa en el mismo lugar, y la mujer se afirma en él, sumergiéndose en las aguas. Con el reloj en la mano, se observa con no pequeña admiración que la mariscadora permanece invisible durante cerca de cuatro minutos; cuando vuelve a aparecer, la canasta que lleva en el cinturón se halla llena de crustáceos de diversas especies. Apenas depositados éstos en la balsa, la pobre criatura vuelve a sumergirse en la profundidad, e incluso en el invierno, cuando el agua del mar es bastante fría, se prosigue esta misma penosa actividad, único sustento para muchas familias numerosas. Donde los crustáceos, camarones o jaibas pueden ser

reconocidos en el fondo, el mariscador los extrae con la ayuda de los brazos rajados que se encuentran en el otro extremo del candelero, haciéndolo girar un poco para soltarlos de las rocas.

La población más pobre de Talcahuano y alrededores se alimenta casi exclusivamente de la extraordinaria cantidad de animales marinos. La mayoría de ellos se conforman con un guiso preparado con cierto número de choros asados (del género *Mytilus*, ya descrito por Molina) y con una sopa delgada de zapallos o vegetales similares y aliñada con ají. Se caracterizan por una constitución vigorosa, y sin duda esta dieta tiene influencia también aquí sobre la fecundidad de los matrimonios. Acostumbrados desde la niñez a esta alimentación, que les parece mucho más fácil de conseguir que al extranjero que los observa, esta gente contenta no merece en realidad esa compasión que han expresado hacia ellos algunos viajeros. La variedad de animales marinos que estiman como apropiados para el con-



65. CAZANDO PÁJAROS EN LA BAHÍA DE TALCAHUANO. *Poeppig.*

Los pescadores pudientes disponían en 1828 de balsas de cueros de lobos marinos inflados (véase el dibujo anterior); los más pobres usaban las que dibujó Poeppig. Tres o cuatro trozos de madera toscamente labrada, o bien otros tantos troncos, han sido amarrados de manera que formen una balsa corta, que lleva encima un pequeño enrejado. Especialmente interesante es en el dibujo la pagaya, con dos cucharas relativamente cortas. El paisaje corresponde a la Boca Chica.

sumo es extraordinariamente grande, y comprende algunas especies que el propio naturalista mira con cierta desconfianza. En primer lugar, hay unas dos especies de cangrejos y camarones comestibles, que se caracterizan, en parte, por su tamaño y buen sabor<sup>1</sup>, y luego el mar contiene una abundancia increíble de uni y bivalvos y de moluscos propiamente tales, que en su mayor parte se emplean para la alimentación humana. Muy pocos géneros se encuentran excluidos de ella. Se consideran como venenosas las medusas y actíneas, y otras como ineptas para el consumo, pero no ocurre lo mismo con numerosos otros animales que nadie come en otros países y que pertenecen a los géneros *Holothuria*, *Chitona*, *Patella*, *Doris*, etc. Una pequeña jibia<sup>2</sup>, tan inaparente que la botaría un negro de las Indias Occidentales, que repudia incluso la gran especie de ocho brazos del mar de las Antillas, se vende a menudo en el mercado de Talcahuano. Son frecuentes sobre todo los crustáceos, en primer lugar el choro, cuyos bancos parecen inagotables, no obstante el gran consumo. Su precio es muy moderado, a pesar de que el sabor y la delicadeza de la carne tienen semejanza con las ostras del hemisferio boreal. En las regiones más septentrionales del país faltan por completo los choros, y ya en Valparaíso no es fácil conseguir ejemplares para la colección. Por tal motivo, se les exporta en pequeñas cantidades a los puertos del norte y a Lima, en parte vivos o conservados de distintas maneras, o bien secos y colocados en sartas. El género de las ostras parece no encontrarse al sur de Guayaquil, donde está propagada una especie pequeña, que vive, como en las Indias Occidentales, en las raíces ramíneas de la *Rhizophora*, pues lo que lleva en Coquimbo el nombre de ostión parece ser una chama<sup>3</sup>. El loco suministra una carne dura, que debe ser golpeada antes de prepararla, pero el pico<sup>4</sup>, cuyo caparazón exterior alcanza una altura de unas 10 pulgadas, merece con razón los grandes elogios que le dedican los chilenos. Los piures, que Gmelin incluía en el género *Ascidia*, a pesar de no hallarse emparentados con él y que son animales muy extraños, no gratos a la vista, viven en sacos de color café y parecidos a cueros, debajo de una costra común que ellos mismos producen, colgando en forma fija en las rocas. Son considerados como muy sabrosos, pero es posible que la aceptación que encuentran tenga una causa muy diferente. Se sostiene que constituyen el afrodisíaco más fuerte que se haya descubierto hasta ahora, y por tal motivo son muy apreciados en la costa, y se paga por ellos un alto precio al interior.

<sup>1</sup>*Cancer apancora* (el animal adulto tiene el ancho de un palmo), *C. xaiva*, *C. talicuna* Mol., que serán descritas en otra parte, junto con otras especies.

<sup>2</sup>*Sepia hexapus* Mol.

<sup>3</sup>El ostión es denominado ahora científicamente *Pecten purpuratus*. Ostras auténticas se encuentran en Chile desde Chiloé hasta las islas Huaytecas y de los Chonos, región que no fue visitada por Poeppig.— Nota del Traductor.

<sup>4</sup>Aquella chama es distinta de la *Ch. thaca* Mol. El loco (*Murex* Mol.) es frecuente en todas partes, pero el pico (*Lepas psittacus* Mol.) se encuentra de preferencia en las provincias australes.

Los peces comestibles han sido enumerados en forma bastante completa por Molina, pero debido a las modificaciones habidas en los sistemas y divisiones de los géneros, seguramente no habrá una sola especie que ocupe todavía el lugar que le atribuyó quien los describió primero. Con excepción de la época de los temporales de invierno, la pesca es muy abundante, pero los navegantes, que son siempre los mejores jueces en estos asuntos, sostienen que la parte austral del Océano Pacífico no comprende ni una abundancia tan grande de peces ni especies con carne tan sabrosa como su parte boreal, ni mucho menos que las aguas de la costa del noroeste. Animales marinos no comestibles son empleados por el pescador chileno para fines supersticiosos. Así ocurre con las numerosas estrellas de mar (*Asteria*), tanto con las que tienen cinco brazos como con las multirradiadas, animales que consisten, una vez secadas sus partes gelatinosas, únicamente en una costura de cal, por lo cual nadie las consume. El chileno las considera como un remedio infalible en contra del alcoholismo; las pulveriza, y coloca el polvo, sin que lo noten, en el vino que se da a los alcohólicos, sosteniéndose que éstos adquirirían luego una aversión invencible a las bebidas alcohólicas. Se hallaron muchas novedades en las rocas, en parte bastante elevadas, que están separadas de la península de Tumbes por angostos canales, en los cuales se presenta siempre una furiosa resaca. Pero es posible cruzarlos sin dificultades en la balsa de cueros de leones marinos, encontrándose en seguida entre los elevados barrancos y rodeado de ciertos animales que hallan aquí un asilo inaccesible. El cochayuyo (*Fucus*), con tallos largos y café-amarillos, que crece en todas las rocas y que supera a todas las plantas similares de los mares nórdicos por su extraordinario tamaño, se mece sobre el espejo fluctuante de tales pequeñas y ocultas bahías, y se encuentra poblado por infinitos animales de organización inferior, que atraen, a su vez, a otros mayores.

Las gaviotas, cuyas especies incluyen muchas todavía no conocidas, y los patos liles o cuervos marinos<sup>1</sup> se aposentan, en parte, en las hierbas marinas, y, en parte, forman bandadas tan grandes en las rocas, que un solo disparo es suficiente para herir o matar a ocho o diez, siempre que se logre acercárseles, con mucho peligro y las precauciones del caso, no siempre recompensadas. Aun cuando no son comestibles, pues su olor y sabor son repugnantes y aceitosos, como en todas las aves marinas, se consumen los huevos de ambas especies. Las fucoideas se usan igualmente como alimentos, y no obstante no agradar mucho al paladar de los extranjeros, disfrutan de tanta predilección entre los chilenos y peruanos, que se

<sup>1</sup>*Pelecanus gaimardi* Garn. (véase Lesson, "Man. d'Ornithol.", II, pág. 373), el lile de los chilenos, frecuente cerca de Valparaíso y hasta Lima, y una segunda especie no descrita. Ambas se encuentran en la colección de la Naturforschende Gesellschaft de Leipzig.

les seca y despacha hasta muy al interior en ambos países. Algunos animales parecen depender también de este alimento, o al menos lo consumen cuando la necesidad los obliga a hacerlo. Ocurre así con el pingüino común, llamado en Chile pájaro niño, que sólo se puede cazar o capturar con facilidad cuando está lejos del mar, pero que nada con tanta rapidez y se sumerge con tanta habilidad, que es inútil perseguirlo en su propio elemento. Su grito es sorprendentemente fuerte, sobre todo cuando sale del interior de una cueva roqueña, y se produce con redoblado vigor cuando la casualidad conduce a un novedoso a las cercanías de su nido, muy tosco, confeccionado con los tallos de las algas marinas y que no contiene nunca más que dos huevos totalmente blancos, del tamaño de los que pone la gansa. Estos últimos son recolectados por el pescador, e incluso los pájaros jóvenes son capturados por él, a pesar de su olor aceitoso. Se tiene con frecuencia oportunidad de capturar estas aves poco diestras en las neblinas matinales, al cortarles la retirada hacia el mar, y son fáciles de domesticar. Conservan una naturaleza peleadora, pero con una expresión de bobería. Gritando y golpeando constantemente con las aletas, que carecen de plumas, atacan a los animales domésticos mayores, a pesar de no poder hacerles nada, por falta de armas y fuerza.

Mucho más útil, pero también mucho mejor armado para la defensa, es otro animal de estas rocas inaccesibles, el huillín o gato marino de los chilenos (*Mustela felina* Mol.), cuyos pelos finos y sedosos son tan útiles como los del coipo para los sombreros. Algo más grande que la ondatra norteamericana, dotado de un olor muy desagradable, se destaca este animal por su predilección por el agua de mar, constituyendo uno de los pocos mamíferos anfibios que prefieren el agua salada (entre los cuales se cuentan también las focas). Evita la desembocadura de los ríos, frecuenta la costa sólo para asolearse, y se le observa por lo general nadando a gran distancia de la tierra. Los agudos dientes suplen la desventaja de sus movimientos lentos, y la vista débil es complementada por un oído muy fino. A pesar de ser muy precavido y tímido, este animal es cazado con frecuencia, sobre todo en la despoblada isla Santa María, en la costa de Arauco, vendiéndose la piel por los cazadores de focas. Estos últimos han perseguido a las focas mayores en forma tal, que son ahora muy raras, pues la especie negruzca que todavía se observa sobre arrecifes aislados y que descubre al hombre desde una distancia apreciable, buscando protección bajo las olas, es poco útil y de tamaño pequeño. La especie más

<sup>1</sup>En Chile, estas plantas llevan los nombres de cochayuyo y luce; el primero es peruano (y significa hierba del mar), siendo usado en Maynas para una *Pistia*, que crece exuberantemente en los lagos. Esta última, que se encuentra en toda la América tropical, forma, en conjunto con dos especies del género *Hydrocotyle*, de la *Pontederea*, de la *Azolla* y de la *Salvinia hispida* H. B. Kth., las grandes y engañosas capas sobre profundas lagunas, que se conocen en Cuba y Cartagena con el nombre de tembladeras.

grande<sup>1</sup> es muy rara, y puede ser citada como una prueba de que también las especies más numerosas de los animales pueden ser extinguidas cuando falta una ley que limite las persecuciones. En tiempos antiguos, esta costa las reunía en increíbles cantidades, como también a los leones marinos, pues no eran perseguidas por los chilenos, y los extranjeros no se podían dedicar a su caza, debido a los peligros en que se habrían colocado al desembarcar. En los pocos decenios de mayor libertad comercial, la caza ha sido llevada a efecto en forma tan extinguidora, que fue necesario suspenderla en el litoral de la república, por falta de animales, pudiendo ser continuada sólo en pequeña escala en las islas Santa María y Mocha. Pero si antes una pequeña expedición podía cazar allá en una semana quinientas focas, un número mucho mayor de cazadores necesitaría varios meses para reunir cuatrocientas pieles. A medida que se intensificó la persecución, los animales se retiraron cada vez más al sur, y ahora apenas encuentran un asilo en los archipiélagos de la costa de la Patagonia Occidental. Incluso las islas Shetland del Sur, que sólo se conocen desde 1817, y en que entonces abundaban las focas, se hallan ahora casi libres de ellas. Los cazadores de focas extranjeros se presentan ahora en número mucho menor en la costa de Chile, y se ven obligados a hacer viajes mucho más prolongados que en tiempos antiguos. Se dirigen a las regiones más cálidas del Océano Pacífico, a fin de cazar focas con pelo corto, suave y lanudo (*fur seals*), y si bien sus pieles son vendidas también en Europa, su mejor mercado sigue siendo la China. Los cazadores de focas navegan casi todos bajo la bandera de Estados Unidos, pues los ingleses disfrutaban del monopolio de la caza en el estrecho de Bass y en la costa occidental de Nueva Holanda, donde está prohibida a los extranjeros. El número de las embarcaciones extranjeras que se dedicaban en el verano de 1828 a esta caza entre el Cabo de Hornos y el ecuador era de sólo siete. Pasaban el invierno en latitudes más calurosas, y en el viaje de regreso (del Pacífico al Atlántico) solían visitar las islas Shetland del Sur, la Tierra del Fuego y la Patagonia, a fin de completar su carga. La *Otaria* de las costas chilenas tiene una longitud de 6 a 10 pies, y su piel es de pelo corto y de color café de canela; las pieles se venden en las ciudades al precio de dos reales.

Las diversas especies de ballenas que pueblan estos mares en gran número han sido perseguidas muy poco por los chilenos hasta ahora, por lo cual son tan mansas, que se les puede observar nadando sin ninguna preocupación entre los buques anclados en la bahía de Talcahuano. Su abundancia motivó ya la admiración de navegantes europeos en tiempos antiguos<sup>2</sup>; no ha variado hasta ahora. En ciertas épocas se presentan en pequeños grupos, se mantienen durante algunos días en la costa, para dispersarse en seguida de nuevo. Es posible que estas reunio-

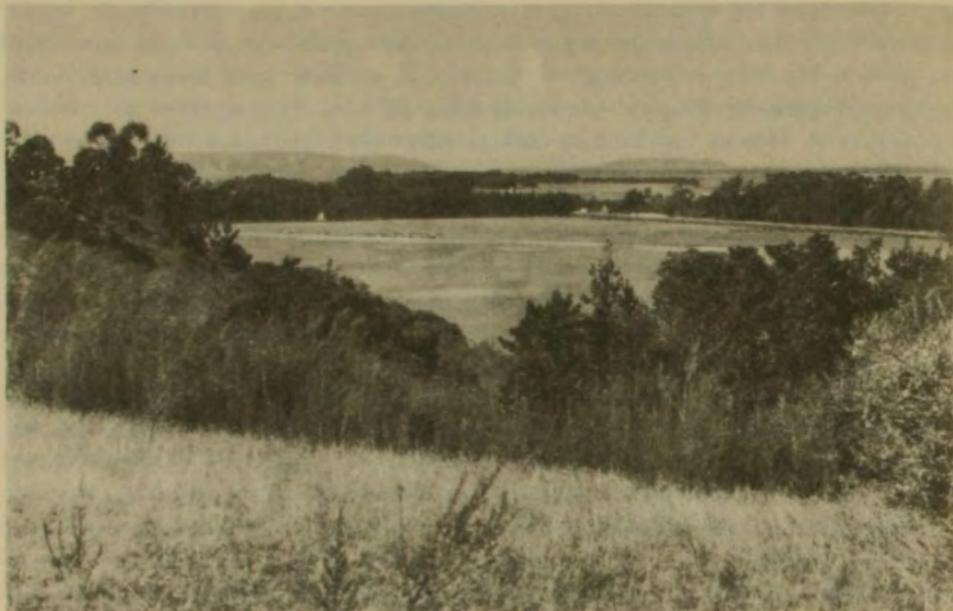
<sup>1</sup>Fue considerada como *Otaria flavescens* Desm., y se enviaron varios ejemplares de ella a Alemania. Una descripción detallada de ella y de algunos otros de los animales mencionados fue enviada durante el viaje y publicada en las "Notizen..." de Froriep, tomo XXV, pág. 6.

<sup>2</sup>Frezier y Feuillé las mencionan, como también el capitán Kotzebue en la descripción de su primer viaje, tomo I, pág. 108.

nes —que nadie las aprovecha— sean motivadas por estados especiales de la atmósfera o por cardúmenes de pequeños peces. Está prohibido cazar ballenas dentro de la bahía, pues se conjugan el viento y la corriente para hacer vararse los cuerpos precisamente frente al puerto. A pesar de estas circunstancias, un cazador de ballenas de Estados Unidos cazó durante mi estada en él una ballena de tamaño extraordinariamente grande cerca de la isla Quiriquina, donde había fondeado bajo un pretexto cualquiera. Como los norteamericanos disponen en estos mares de instalaciones consistentes en grandes hornos y calderas, que instalan con suma rapidez a bordo para preparar el aceite, en vez de transportar el tocino en barriles a su país, como se hacía antes, la fogata que se observaba en la noche reveló el procedimiento ilegal. Pasó gran parte del día siguiente hasta que las autoridades locales fueran capaces de equipar un bote armado, a fin de castigar a los extranjeros por su contravención. Amenazado con la persecución, el buque izó las velas y logró escapar, mientras sus hornos seguían emitiendo un denso vapor por las chimeneas. A la mañana siguiente, tal como se había temido, en la costa yacía el enorme cadáver, totalmente destrozado, apestando el aire; se necesitó que subiera bastante la marea, para conducirlo con la ayuda de muchos botes al mar abierto. El cuerpo pútrido estaba cubierto por millares de ávidas aves marinas, que no eran, sin embargo, de ninguna utilidad para el coleccionista, debido a que su plumaje se encontraba cubierto de aceite, pero la visita a aquellos despojos aportó al menos el primer cóndor, único utilizable de seis individuos que fueron cazados en esa ocasión y que habían consumido la carne rancia y semiputrefacta en tal cantidad, que no les era posible elevarse, pero sí defenderse con gran valentía<sup>1</sup>. Para dedicarse a la caza de ballenas en los mares entre Chile y Nueva Holanda y hacia el norte casi hasta las islas Kuriles, los buques británicos y norteamericanos tienen que navegar alrededor de la mitad de la tierra; los chilenos, que pueden alcanzar esas mismas regiones dentro de cuatro a doce semanas, no han hecho jamás la menor tentativa para dedicarse a ella siquiera en las inmediaciones de sus puertos. Es posible que la preparación de expediciones mayores sea todavía demasiado costosa en Chile, por lo cual no sería posible competir con los extranjeros. Pero como la construcción de buques, la elaboración de telas para velas y de jarcias, etc., se transformarán en ese país en pocos años en un negocio importante, es posible que los chilenos se dediquen entonces también a aquella actividad, que les promete ventajas extraordinarias<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>Ninguno de los cóndores cazados tenía una amplitud superior a 16 pies entre las alas, y numerosas mediciones que realicé en el verano en los Andes y en los meses de invierno en Talcahuano comprobaron que la mayor amplitud es de 18 pies. Las plumas de las alas constituían un obsequio muy agradecido para los muchachos de Talcahuano, pues las usaban para aprender a escribir en las escuelas, empleando una tinta fácil de lavar, con la que se escribía en tablas bien acepilladas.

<sup>2</sup>En las costas de Nueva Gales del Sur esta caza es de origen muy reciente, pero adquirió en corto tiempo mucha importancia. En 1826 se dedicaban a ella quince pequeñas em-



66. PANORAMA DE LA BAHÍA DE TALCAHUANO DESDE  
LOS PERALES.

En la rinconada al pie del cerro acampó el ejército de O'Higgins en 1817, cuando intentó la toma de Talcahuano después de la derrota de los españoles en Chacabuco. Fue rechazado, tuvo que retirarse hacia el norte, experimentó la derrota de Cancha Rayada, en que fue herido, pero el 5 de abril del año siguiente el ejército chileno-argentino triunfó definitivamente en Maipú. O'Higgins pidió en su testamento que se instalara en este sitio una escuela agrícola y que se le sepultara en la capilla de ella. La fotografía da una idea clara de las vegas que se extienden desde Talcahuano hasta Concepción, que Poeppig describe. *Fotografía: Carlos Keller R.*

En la vega que se extiende hacia el oriente del puerto se presenta un campo amplio y fecundo para el cazador. Se tiene oportunidad de conocer diversos animales de las familias superiores, que no se encontrarán o que se verán muy raras veces en otros lugares. Entre ellos figuran las numerosas aves de pantano y de lagunas que pueblan los brazos del mar y las lagunas con agua salobre cerca de la lechería de Los Perales. El flamenco chileno, sin duda distinto del que existe en otras partes de la América del Sur, pero con características que no son precisamente las que se señalan por lo general en los manuales, posa con una expresión de pensativa tranquilidad en las playas, engañando de ese modo al cazador que se le acerca sin suficiente precaución, para enterarse demasiado tarde de la astucia

barcaciones (con un desplazamiento total de 2.033 toneladas), que pertenecían a la colonia. La producción de aceite y de pieles de focas se elevó a 34.850 libras esterlinas (véase *The Australian Almanac for 1828*, Sydney, pág. 120).

del pájaro, que lo estuvo observando incesantemente y con gran atención, para elevarse por último en forma repentina, induciendo también a las bandadas de pajarillos a la fuga. Menos cautelosa es la gigantesca cigüeña (*Ciconia maguari* Temm.), llamada por los chilenos pillú, y se necesita sólo una suerte mediana para acercarse a los vuelos extraordinariamente frecuentes de los patos, entre los cuales se encuentra una especie muy rara en otras partes. Pero esta caza es bastante peligrosa, pues el cazador, obligado a sacar él mismo su presa del agua, puede llegar en las orillas turbosas a lugares tan engañosos, que bastarán algunos pasos dados sin suficiente precaución más allá de la ribera para hundirse. Más seguro es el sendero a lo largo de un brazo de la bahía que avanza en dirección a la vega; la gran cantidad de cochayuyo y de ulvas, algunas muy semejantes a las europeas, constituye una atracción para numerosas aves menores, entre las que llama la atención sobre todo una becasina que sólo se presenta en invierno en la costa y que se conoce con el nombre de cordillerana. En estos lugares vive también el coipo (*Hydromys*), cuya piel es de importancia en el comercio del país, en que figura con el nombre de nutria, siendo muy solicitada por los sombrereros, y se observa con frecuencia el zorro plateado (*Canis cinereo-argenteus* Erxl.), sin duda atraído por las aves marinas. Ofrece uno de aquellos raros testimonios acerca de la existencia de los mismos animales en dos puntos opuestos de la tierra, que no tienen mucha semejanza climática y que están separados por climas tropicales intermedios. El zorro de Pennsylvania no es diferente del de Chile, y se identifica, por consiguiente, también con el del Paraguay, donde lo encontró Azara, afirmando corresponder a la misma especie. No existe, sin embargo, igual seguridad con respecto a otros animales que se encuentran en las regiones interiores de Chile austral, pues el pudú, un ciervo de delicada anatomía y apenas mayor que un perro mediano, no es conocido todavía científicamente, y otro tanto puede decirse de las marmotas, que parecen identificarse con los ratones guarenes de los campesinos, de acuerdo con sus descripciones, y con el ratón del Maule que menciona Molina. De improviso, uno se halla en estos suelos semiarenosos y semiturbosos en los alrededores de Las Salinas con un camarón de cola larga, cuyos hábitos difieren apreciablemente de los de sus parientes, recordando más bien los de cangrejos terrestres de países tropicales. Bastante parecido en tamaño y forma a nuestros camarones de río, este camarón de tierra o de la pampa (*Astacus pugnax* Poepp.) se mantiene poco en el agua, pues vive en hoyos que cava a través de la capa arenosa, hasta la turba que se encuentra en la profundidad. Abandona su guarida sobre todo en la noche, en busca de botín, lo que hace con más frecuencia en la época de lluvias que en el verano. Siempre lleva dos grandes patas cortantes en posición vertical, moviéndolas amenazantes de un lado a otro al observar al hombre, una costumbre que sólo se observa en los cangrejos propiamente tales, sobre todo en las especies del género *Gonoplax*, pobladores de las costas de las Indias Occidentales, que se encuentran también en la desembocadura del Amazonas. En la parte boreal de Chile parece faltar este camarón, pero, en cambio, existe allá, sobre

todo en las orillas gredosas de los ríos cerca del mar, una especie muy curiosa (*Cancer cæmentarius* Mol.) que forma cuevas muy profundas y que es muy sabrosa, excediendo a todas las demás en tamaño.

El botánico encuentra en los alrededores de Talcahuano muchas plantas interesantes también en el otoño. Es muy agradable para la vista observar por primera vez un paisaje en que las serranías están cubiertas por un bosque verdeante, lo que no se tuvo oportunidad de ver durante largo tiempo. Aun las colinas, despo- bladas de árboles, jamás adquieren un aspecto totalmente amarillo, y el otoño, aunque no tan rico en plantas como en la América del Norte, motiva, con todo, el florecimiento de muchos vegetales. Una *Aster* y el huellén (*Solidago*) recuerdan al norte, y parecen constituir en Chile los únicos representantes de géneros muy propagados; la parrilla blanca (*Proustia*), con sus cabezuelas purpúreas, trepa sobre árboles bastante elevados, en cuya corteza se fijan hermosos quintrales (*Loranthus*). En la superficie salobre que se presenta en dirección al Bío-Bío abundan pequeños representantes del género *Oxalis* (culle, vinagrillo, ojos de agua) y diversas hierbas, ejemplares del género *Mollugo*, monte espinoso (*Salsola*), etc. Si se camina a lo largo de la orilla en dirección a la bahía, es preciso pasar sobre



67. VEGETACIÓN NATURAL EN EL CERRO CARACOL (CONCEPCIÓN).

Bosque con predominio de especies que tienen más bien carácter arbustivo, pero que bajo condiciones favorables crecen como árboles. Prevalcen el boldo, el litre, el peumo, el laurel, pero la formación es mixta y varía mucho, según la inclinación de las serranías, la humedad del suelo, etc. Fotografía:

Carlos Keller R.

bloques destrozados de pizarras arcillosas, lo que en muchas partes es penoso, pero los resultados compensan las dificultades. Cuando baja la marea<sup>1</sup>, quedan entre las piedras numerosas plantas marinas, cochayuyo, ulvas y confervas, atrayendo al activo explorador, mientras que el abrupto barranco a la izquierda ofrece muchas formas vegetales todavía no vistas y, en parte, muy hermosas. Al pie de las serranías se encuentra la lechuga (*Tetragonia*); más allá, barbas de viejo (*Eupatorium*); debajo del barranco sobresaliente se extiende el fino follaje gris-azulejo del ampe (*Alsophila*); encima de él florece el chupón, la segunda briomeliácea casi sin tallo de esta costa, que es muy semejante a la hallada en Valparaíso; la hierba del pasmo deja caer sus espigas floreadas de tenue rojo, y donde el suelo se ve más seco florece hasta fines del invierno una orquídea, que es inaparente, como las de nuestra zona boreal, pero de aroma muy fuerte, idéntico al del naranjo. Los campesinos la usan como medicamento, como también a una pequeña *Anagallis*, que a primera vista parece muy semejante a la europea. En muchas partes, el barranco vertical se encuentra interrumpido por quebradas, por las que bajan claros arroyos, y en ellas el coleccionista obtendrá otra cosecha interesante. La fucsia común, denominada chilco o palo blanco, crece aquí asociada con otra especie, el palo de yegua, que cubre en la primavera, antes que aparezcan las pequeñas y tupidas hojas, todas las ramas con flores rosadas, de pedículo corto. Entre ellas se encuentran arbustos aislados del género *Arbutus*, que corresponde al maqui, cuyas bayas agregan los bodegueros fraudulentos al vino, a fin de hacerlo más embriagante, por cierto en perjuicio del bebedor poco prudente, cuya inteligencia puede ser perturbada de modo transitorio como consecuencia de su consumo. El tenío (*Weinmannia*) extiende su follaje bellamente penatífido al lado del deu (*Coriaria*) siempre verde, y el hermoso género de las mirtáceas, que no falta nunca en Chile, estando representado desde el mar hasta cerca del límite de la nieve eterna de los Andes, se presenta también aquí con formas características y novedosas. Una vez abierto el camino hasta la cima de la serranía que ocupa la península, con algunas dificultades, y quizás también con algunas caídas, se entra en un bosque de color verde claro y constituido por árboles altos, muchos de ellos cubiertos por una tupida capa de musgos. Aún después de estos preparativos, sorprende el aspecto de la flora que corona estas serranías. El avellano (*Guevina*), cuyas semillas son de mejor sabor que las especies europeas, pero que sólo pueden ser consumidas en estado fresco cuando se elimina una delgada membrana amarga y resinosa que envuelve la médula y que más tarde se

<sup>1</sup>La afirmación del capitán Kotzebue (en la descripción de su segundo viaje, tomo I, pág. 58), según la cual la diferencia de las mareas sería casi insensible en la bahía de Talcahuano, no se encuentra confirmada durante una permanencia más larga. Normalmente es de 6 pies; en las sicigias he observado hasta 11 pies, sobre todo con viento del norte. Esto está de acuerdo también con la variación de las mareas en Valdivia, señalada por Norie con 6 pies (véase "Épitome of Pract. Navig.", Londres, 1828, tabla XLIII).

seca, recuerda la flora de Nueva Holanda; helechos parasitarios y diversas trepadoras tienen el aspecto de plantas tropicales, y quien tenga presente la vegetación de la parte boreal de Chile, podría creer haberse trasladado desde Valparaíso hacia el norte, en vez de haberse acercado al sur más frío<sup>1</sup>. El copihue (*Lapageria*) emite sus delgados y robustos zarcillos de un árbol a otro, y mientras que sus grandes y brillantes hojas verdes oscuras no están sujetas al cambio de las temporadas, se adorna con sus flores liliáceas y de rojo encarnado en el preciso momento en que se detiene la vegetación de los alrededores por la proximidad de la temporada de lluvias. Esta cualidad y la belleza de su flor inducen a los habitantes a formar con ella magníficas guirnaldas, con que embellecen en la época poco agradable del mayo chileno, de acuerdo con una antigua tradición, las cruces en las calles y capillas. Hermosean a través de todos los temporales de invierno los bosques en reposo, desde febrero hasta julio, y es de lamentar que no hayan tenido éxito hasta ahora las tentativas de trasplantarla a Europa. Las partes boscosas de esta serranía son bellas, aun cuando la palmera chilena ya no crece espontáneamente a una latitud tan austral, mientras que la célebre araucaria, el árbol más alto de la América del Sur no tropical, encuentra el clima demasiado cálido para una alegre propagación. Pero algunos ejemplares plantados en jardines cerca de Talcahuano y otro que se encuentra en Tomé dan una idea de lo que este árbol majestuoso debe ser en su territorio andino, llenando al observador de anhelos de conocer la vegetación de esas apartadas regiones. Cuando finalmente se cruza un grupo de chaguales (*Puya*), que tienen aquí un tamaño extraordinario, y se alcanza el punto culminante de la península, en que antes se hallaba un vigía y que por eso lleva el nombre de Centinela, se abre un panorama que reúne todas las condiciones de un paisaje ideal. Sin perjudicar la vista a la lejanía, el punto de observación está rodeado por arbustos bajos, de especies que no pierden el follaje en ninguna temporada (en realidad, sólo dos o tres árboles lo pierden, al estilo de los del hemisferio boreal). Cerca del pie del cerro se observan dos bahías, rodeadas, en parte, por colinas boscosas; más allá se extiende la Vega de Concepción, con grupos aislados de árboles y rebaños que pastan; detrás de esa ciudad se presentan serranías rocosas peladas; el Bio-Bio, que tiene una anchura verdaderamente majestuosa, corre hacia el mar entre pintorescas riberas; y mientras que se alcanzan a divisar en días bien claros, hacia el oriente, las cumbres nevadas de los Andes,

<sup>1</sup>Las plantas son, en el orden en que se encuentran enumeradas, las siguientes: *Aster plantaginifolius* Poepp., *Solidago chilensis* Berter., *Proustia pyrifolia* D. C., *Loranthus buxifolius* Cham., *Oxalis parvifolia* D. C., *Mollugo radiata* R. et Pav., *Bulliarda australis* Poepp., *Salsola kali* L.?, *Salicornia peruviana* H. B. Kth., *Eupatorium plechonophyllum* Less., *E. glutinosum* Lam., *Alsphila pruinata* Kaulf., *Bromelia sphaclata* R. et Pav., *Francoa sonchifolia* Juss., *Spiranthes diuretica* Rich., *Anagallis alternifolia* Cav., *Fuchsia macrostemma* R. et Pav., *F. lycioides* Andr., *Arbutus furiens* Hook., *A. vernalis* Poepp. *Weinmannia paniculata* Cav., *Coriaria ruscifolia* W., *Asplenium trapezoideum* S. W., *Hymenophyllum asperulum* Kunze, *Polypodium trilobum* Cav.

aunque sólo en una pequeña amplitud, la vista se pierde hacia atrás en las inmensas lejanías del océano azul.

Tras breve permanencia, ya se presentó el invierno, demostrando con su temprano comienzo la gran diferencia que existe en el clima de la parte septentrional y de la austral del país. Se hicieron cada vez más frecuentes los temporales del norte, con los aguaceros que los acompañan, al extremo que en junio y julio ya no se interrumpían más. Las excursiones se dificultaron desde entonces extraordinariamente, y el tiempo, en realidad desagradable y molesto aun para el más endurecido, obligaba a permanecer a menudo durante varios días como prisionero entre las estrechas paredes. Se piensa entonces con dolor en la efímera magnificencia del estío chileno y en el aire acogedor del invierno boreal. Como en todos los países más cálidos, se sufre relativamente mucho por los rigores transitorios de la temporada, pues las casas no están preparadas para afrontarlas. El cielo es gris, y a veces caen lluvias ininterrumpidas durante cinco o seis días, a lo que se agregan en ocasiones el rugido del temporal y el ruido con que rompen las olas en las orillas inermes, ofreciendo también el mar un color desagradable. Las aves marinas buscan entonces protección debajo de rocas sobresalientes, y ni el pescador ni el marinero transmiten alguna actividad al panorama. El primero vive de sus provisiones secas, y el último se preocupa de robustecer las anclas y cadenas, cierra todas las escotillas de la cubierta contra las olas, y se ve a menudo en la imposibilidad de poder dirigirse a tierra durante todo un día, debido a que las olas que rompen harían peligrar su bote al desembarcar.

En tierra se manifiesta la misma falta general de actividades. Cada cual está más o menos ocupado en impedir que penetre el agua. Los amplios recintos de las piezas, que carecen de cielo, adquieren un aspecto muy desagradable, y los pobladores se presentan cansados cuando las lluvias torrenciales obligan a cerrar los postigos, que reemplazan a las ventanas de vidrio en la mayoría de las casas. Las temperaturas bajas, a que no se está acostumbrado, hacen tiritar a medio mundo, y durante días los pobladores permanecen reunidos en absoluta inactividad alrededor de sus grandes braseros de cobre, llenos de carbón vegetal, y que reemplazan a las estufas, mucho más saludables. En esa temporada se llegan a conocer las desventajas del clima de la parte austral del país, pues aun cuando el mismo encanta a todo aquel que abandonó Valparaíso o Lima en estío, por su favorable influencia sobre la vegetación, será estimado como desagradable en la época de las lluvias incluso por el europeo boreal. Se ha escrito mucho acerca del clima de Chile, y como ocurre con respecto a muchas otras condiciones de este país, existen también en esta materia opuestas opiniones claramente definidas. La verdad, como acontece siempre en las discusiones en que ambas partes se apasionan, se encuentra en el medio, pues aun cuando Chile no es un paraíso terrenal y no ofrece las exigencias descritas en obras novelescas, se puede afirmar decididamente que ninguno de los climas europeos supera al chileno, considerado en su conjunto, y que

sólo pocos se le aproximan. El simple relato del transcurso de las temporadas lo comprueba mejor que la enumeración de hechos incoherentes y de las sensaciones subjetivas durante una breve permanencia. Si se comienza la descripción de los fenómenos climáticos de Chile en aquel tiempo en que la naturaleza, después de haber permanecido en un sueño reparador, revela los primeros indicios de una renovación general de sus actividades, resulta que la época de las lluvias, o mejor dicho, la segunda mitad de ella, comprende más o menos los meses de julio y agosto, el período en que se inicia el año vegetativo. Transcurrió anteriormente un prolongado período caracterizado al final por una sequía tan grande, que en algunos lugares una fuerte lluvia en el mes de febrero habría producido efectivamente en la población un espanto igual que entre los alemanes una nevazón en julio. Incluso en las regiones más favorecidas, disminuye la cantidad del agua en los ríos, lagos y vertientes, y si echamos una mirada a la parte más septentrional del país, veremos que allá se secan todos los arroyos, ocasionando la falta periódica de agua la imposibilidad de vivir en determinadas zonas. Estos fenómenos disminuyen cada vez más hacia el sur, hasta que por último se establece en la región de los indios un clima que comparten, como es natural, también los puntos de menor latitud, pero mayor altitud, el que favorece la conservación del agua en la superficie de la tierra y produce de ese modo mayor fertilidad, gracias a temperaturas más bajas y una mayor humedad de la atmósfera. Cerca de fines del mes de marzo o en los primeros días de abril se presenta el invierno, que se inicia sin mucha preparación, manifestándose en todo el país casi al mismo tiempo, pero de una manera muy diferente, de acuerdo con la altitud, pues mientras que en los Andes (también en las cordilleras situadas más al norte) cae nieve, cuyo límite inferior desciende en la frontera austral (a 37° de Lat. S.) hasta 4.000 pies, se precipitan sobre las provincias del litoral verdaderos torrentes de lluvia. Al interior ocurren tales aguaceros excepcionalmente de vez en cuando aun en la temporada cálida, en diciembre, combinados con tempestades eléctricas. La iniciación del invierno es señalada en todo Chile por temporales del norte y noroeste. Ellos aportan la lluvia, cuya cuantía y duración aumentan exactamente en relación con la mayor latitud, pero con una tendencia a caer en forma torrencial en el norte, donde adquiere la violencia de aguaceros tropicales, mientras que en el sur son más lentas, pero caen con menores interrupciones. En el norte, una lluvia dura raras veces más de cuarenta y ocho horas, mientras que en el sur se prolongan durante una o dos semanas, siguiéndoles días magníficos y brillantes; en esta parte, el cielo no se presenta puro, aun cuando no llueve, pues las envidiosas nubes, expulsadas durante el verano, parecen pretender indemnizarse en el invierno mediante la formación de una capa gris que cubre todo el cielo.

Si bien sólo pocos árboles pierden el follaje en esa temporada, es notable un detenimiento de la vegetación, más intenso y más prolongado en el sur, más breve y menos ostensible en el norte. En el sur ocurre como un fenómeno natural, como

un reposo necesario; en el norte, como consecuencia de un agotamiento enfermizo, como un síntoma de la muerte que se acerca y que ocurriría indefectiblemente si no se desencadenaran las lluvias vivificantes. En Valparaíso bastan aguaceros con duración de seis semanas para hacer germinar un número extraordinario de plantas, cuya existencia ni siquiera se sospechaba, y en julio los cerros se cubren con un pasto corto. En el sur se requieren unos dos meses más, pues sólo en septiembre se desarrolla la flora primaveral. Una primavera propiamente tal apenas se observa en Chile. La insinúa sólo la vegetación, pero no la refleja la sensación corporal, como ocurre en Europa. Precisamente cuando se espera un calor agradable, se presenta el frío, que no se siente tanto en ninguna otra temporada. Siguen quizás días sin nubes al tiempo turbido de las lluvias, pero los vientos del sur que ponen término a éstas, hacen bajar la temperatura, de modo que se observa una leve escarcha en la costa, mientras que al interior los charcos de agua se cubren con media pulgada de hielo. Cuando se levanta en septiembre el viento del este en la madrugada, se carga con tanto frío en los Andes helados, que el termómetro baja rápidamente unos ocho grados. Se espera con ansias la hora del mediodía, porque en ella esta corriente desagradable cambia de rumbo, o bien el sol ya tiene suficiente fuerza para que el termómetro protegido contra el viento suba a quince grados. A medida que avanza el mes, aquellos temidos vientos, los puelches, se vuelven más raros, la vegetación se vigoriza en la misma proporción, y el verano se inicia a principios de noviembre. Desde su comienzo desaparecen cada vez más las nubes; en el norte del país se suceden entonces frecuentemente ocho o más días en que el firmamento no se encontrará empañado por la más leve capa de vapores, y en el sur se presentarán nubes pequeñas y de bellos colores sólo en las primeras y últimas horas del día. Poco a poco aumenta el calor, hasta alcanzar veinticinco grados en las tierras bajas, pero simultáneamente llegan vientos del sur, y si bien disminuyen el calor, favorecen al mismo tiempo que se seque la superficie. De esta manera se presenta el mes de diciembre, y el reino de las plantas y animales se encuentra en el punto culminante de su desarrollo o en su mayor actividad. En la parte boreal de Chile se produce ahora en forma brusca la transición entre la creación de una primavera de breve duración y un verano desfavorable. Se observan diariamente con mayor claridad los múltiples síntomas, ya dos veces descritos, que acompañan el prolongado, polvoriento y árido verano. Sólo el sur continúa ostentando su ropaje verde, y aun cuando en sus partes bajas se presentan con menor frecuencia las benéficas lluvias, son reemplazadas por intensos rocíos, y el clima de Chile revela en la provincia de Concepción aquella belleza que busca por doquiera el europeo recién llegado, siendo inducido en ocasiones, por su ausencia en los alrededores del triste Valparaíso, a declarar que todas las descripciones de antiguos viajeros son simples inventos. Al florecimiento de los árboles frutales europeos que transmiten al octubre chileno la misma belleza que al mes de mayo en sus países de origen del hemisferio boreal, sigue en rápida alternativa el de los

árboles que forman los bosques nacionales; los corcolenes y lilenes (*Azara*) propagan el más agradable de los aromas; las flores azules de los elevados arbustos del género *Bæa* asoman entre el fino follaje; en la corteza de los árboles brillan las blancas estrellas de la quilineja (*Luzuriaga*), y en todas las ramas cubiertas de musgos relampaguean entre el verde oscuro las campanas purpúreas de la medallita (*Sarmienta*). También las playas son adornadas entonces con múltiples plantas, en otras temporadas enterradas en la arena; frutillas con sus anchas hojas cubiertas de pelos de plata, y talinas, cuyas flores, de color rojo encendido, emplean las muchachas del campo para hacer un colorete que no daña al cutis y que es fácil de preparar machacando las hojas. Se presentan choroyes, que llegan a través de los Andes, siendo muy raros en otras temporadas y que se dedican a saquear los maizales semimaduros, molestando a los campesinos, y los picaflores cruzan el aire como chispas de oro, en gran número, pero constituyendo —como en todas partes— un misterio para la historia natural, pues tampoco en Chile se sabe lo que ocurre con ellos en la época de lluvia. Si bien el campesino opina, tanto aquí como en la América del Norte, que se ocultarían en troncos huecos, pasando esa temporada en sueño, en contra de los hábitos de todas las demás aves, nadie ha descubierto hasta ahora un tal nido de invierno. También los animales de las clases inferiores se ven afectados por las influencias de esta temporada. Las ballenas penetran más adentro de las bahías que en otros tiempos, y en sus torpes juegos exteriorizan su contento saltando con sus masas informes sobre el nivel del mar. Millones de aves marinas encuentran abundante alimento en los moluscos y peces, que quedan prisioneros en las pequeñas lagunas de las playas cuando baja la marea, pero que en invierno hallan un asilo a gran profundidad debajo de las olas azotadas por el temporal, en sitios a que trataría de penetrar en vano la mirada del explorador.

La población goza entonces plenamente su existencia, pues bajo un cielo tan clemente el trabajo no es nunca tan pesado que no deje tiempo para la bien merecida recreación. Todos huyen entonces de las estrechas viviendas, y mientras que en las ciudades el artesano trabaja en plena vía pública, el campesino coloca su telar, su lecho, en una palabra, toda su casa, debajo de las anchas ramas de un árbol que le dé sombra. Si después de un brillante día el sol se pone tranquilamente, se escuchan cantos en las plazas de alejadas aldeas; cede su lugar sólo muy tarde a un silencio general, cuando se entregan al sueño estas gentes tan ansiosas de vivir, tendiéndose en sus sencillos lechos en el aliento de la fresca noche, con el estrellado cielo como cubierta.

De improviso, y poco diferenciado por indicios exteriores, se inicia el otoño más o menos en febrero, y el mes siguiente presenta a menudo los primeros anuncios del invierno en la forma de lluvias pasajeras. En el norte de Chile, el otoño puede ser fácilmente la temporada menos agradable de todo el año, pues las consecuencias de un verano seco no se encuentran compensadas por fenómenos espe-

ciales de la nueva temporada. Incluso los árboles frutales no ostentan una abundancia tan grande de frutas como en otros países en el otoño, debido a que el clima lo favorece demasiado, por lo cual la mayoría de ellos ya las entregan en el verano. Todo el país carece en el fondo de una flora otoñal, por lo cual ofrece muy poco de interés al botánico a contar desde febrero. Tan pronto se aleje otra vez el sol, se inicia de nuevo el invierno en Chile cerrándose el ciclo anual'.

La misma diferencia en el clima que se desprende de las observaciones precedentes entre las provincias del norte y sur de Chile, puede ser observada también en muchos otros sentidos. El suelo, la composición geológica, los productos e incluso la gente son muy diferentes en las dos partes del país. Desde la frontera boreal se extiende hasta el río Maule (34° 40' de Lat. S.) un territorio que tiene

Los dos inviernos que pasé en Chile fueron considerados como muy lluviosos, y, en efecto, en el primero de ellos (el de 1827) fue destruida una parte de Valparaíso por lluvias torrenciales. Se sostiene que desde hace veinte o treinta años se habría observado en el país un desmejoramiento apreciable del clima. Los veranos serían más fríos e inconstantes y los inviernos más lluviosos. Las diferencias existentes en el clima de las dos mitades de Chile se desprenden claramente del cuadro que sigue, que representa un breve resumen de un cuidadoso diario meteorológico. Incluirlo en forma completa implicaría dedicarle demasiado espacio, y no sería de interés general. Las observaciones fueron anotadas tres veces al día en el primer año. Fue sensible la falta de recursos, pues además de varios (buenos) termómetros y de un higrómetro capilar no se disponía de otros instrumentos.

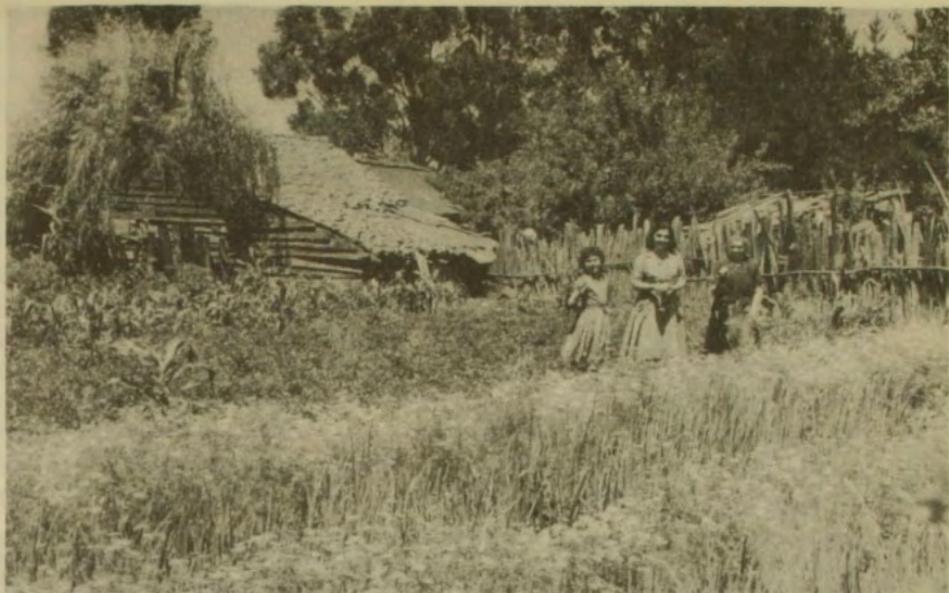
COMPARACIÓN DE LA ÉPOCA DE LLUVIAS Y DE LA PRIMAVERA EN EL NORTE Y SUR DE CHILE DURANTE DOS AÑOS, EN 1827 EN CONCÓN Y EN 1828 EN TALCAHUANO.

Meses	Número de días								Vientos predominantes		Temperatura media	
	sin nubes		con ligeras nubes		lluviosos		con lluvia ininterrump.		1827	1828	1827	1828
	1827	1828	1827	1828	1827	1828	1827	1828				
Abril	23	10	3	10	1	3	3	7	S.	S.-SW.	17,7	17,9
Mayo	9	6	3	6	5	3	14	16	SW.-NW.	W.-N	16,3	15,5
Junio	5	3	2	3	7	7	16	17	N.-W.	NW.	13,6	13,8
Julio	7	3	1	5	10	3	13	20	N.	NW.	11,5	11,2
Agosto	11	6	12	5	5	6	3	14	W.-SW.	N.-NW	11,4	10,8
Septiembre	12	11	15	7	1	3	2	9	S.-SE.	W.-E.	13,2	10,9
Octubre	14	12	13	10	4	3	0	6	S.	SE.	14,5	12,8
Total de días	81	51	49	46	33	28	51	89				

A pesar de una diferencia de cuatro grados en la latitud, la temperatura de ambos lugares es muy semejante. Ambos están situados a orillas del mar y están protegidos por serranías contra los vientos andinos fríos. En el interior de Chile existen, en cambio, muy grandes irregularidades en las diferencias que presentan las temperaturas, que a veces es difícil explicar. Así, Concepción señala un promedio que es varios grados más bajo que el de Talcahuano, a pesar de existir una distancia de sólo tres leguas y una diferencia de altitud de a lo sumo treinta pies. Quizás se explique este enfriamiento de la atmósfera por la gran masa de agua dulce que conduce el Bío-Bío frente a Concepción.

algunas semejanzas con el vecino Perú. Muchos de sus rasgos más característicos se desprenden de los primeros capítulos de este libro; resumidos, permitirían calificar a Chile como un país situado en el flanco abrupto de los Andes, cruzado por cordones irregulares, con pocos ríos, que corren sobre rocas fundamentales, y con tierra vegetal muy escasa; pero que a pesar de ello es extraordinariamente fértil durante un brevísimo período, gracias al clima muy favorable; que contiene más superficies inútiles que cultivables; que puede ser incluido en cuanto a su temperatura entre las regiones más favorecidas del mundo, pero que ofrece, debido a su gran aridez, una serie de fenómenos desagradables, y que no parece estar destinado a depender de la agricultura como la fuente principal de su futuro bienestar. Desde un punto de vista más científico, se nos presenta como un territorio con una vegetación muy característica, más afín a la tropical que a cualquiera otra, pero que muy pocas veces alcanza a formar bosques; observamos que la actividad volcánica se encuentra aparentemente disminuida, o trasladada desde la superficie a profundidades mucho mayores, por lo cual sólo se conocen en él uno o dos volcanes activos; la falta de agua y la muerte de las plantas tienen en él como consecuencia un número mucho menor de animales, y el hombre adquiere debido a estas influencias muchas de las características del poblador de las regiones propiamente tropicales.

Se presenta un panorama muy diferente tan pronto se pasa al otro lado del río Maule. Los Andes se retiran a mayor distancia, y el territorio entre el pie de esa montaña y la costa forma, por lo general, grandes llanos de la mayor fertilidad, limitados por series de colinas que no se encuentran unidas y cruzados por ríos que ofrecen por cierto una desembocadura embancada y un lecho interrumpido por muchas caídas, de modo que no prestan utilidad para la navegación, pero que son los dadores de la fertilidad general. Gracias a ella se ha constituido una cubierta verde de vegetación, que no falta en ninguna temporada y que forma bosques donde no se encuentra limitada por el hombre y que, por su parte, contribuye a conservar la fertilidad a que debe su propia existencia, tanto por una descomposición alternativa como por la atracción y creación de una atmósfera más húmeda. Invisibles desde la costa, se elevan numerosos volcanes al interior de los Andes, pocos de ellos conocidos por los geógrafos, y donde el suelo no consiste en areniscas o pizarra arcillosa; se extienden montañas volcánicas, que afloran en parte como basaltos durísimos, pero de modo más general en la forma de lavas que han sido destruidas y transformadas en tierra fértil. Por eso, la mayor parte de la superficie es aprovechable, pudiendo ser cultivada directamente, sin necesidad de regadío, indemnizando pródigamente el trabajo del campesino. Jamás expuesto al peligro de una sequía, se caracteriza este territorio más bien por una abundancia de agua, pero ésta perjudica muy raras veces a la propiedad y permite que el suelo suministre, junto con el calor del verano, todos aquellos productos que se pueden lograr en esas latitudes. Mientras que los Andes de las provincias boreales



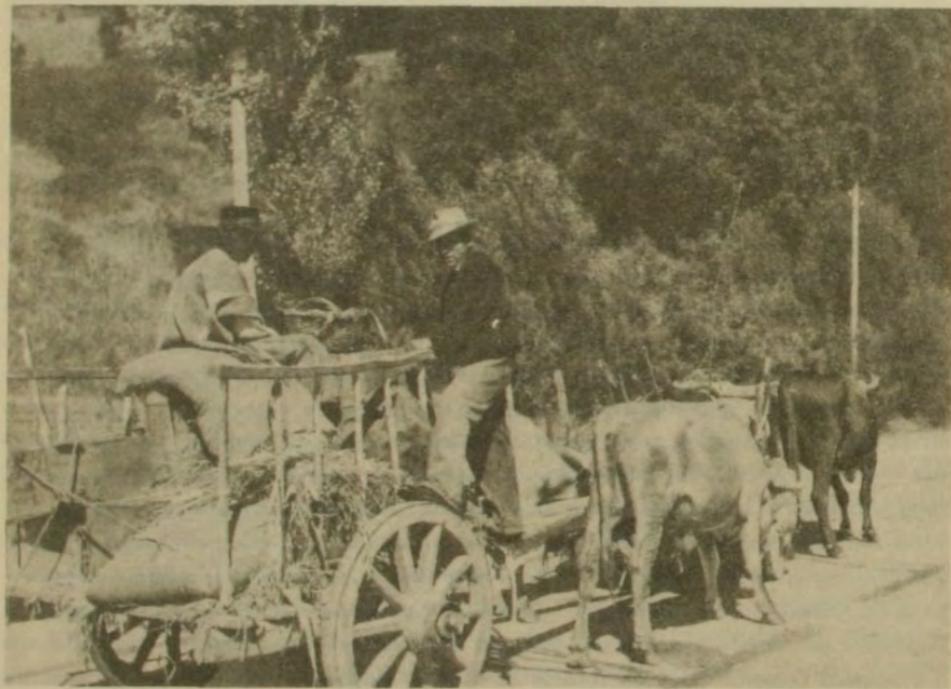
68. CHACRA CAMPESINA EN SANTA JUANA.

Poeppig destaca en su libro la extraordinaria importancia que correspondió a los pequeños campesinos del valle del Bio-Bio en la defensa de la frontera, debido a que tenían conciencia de estar defendiendo lo propio. Chacra típica, con cultivos de maíz, papas, cebollas, arvejas, etc. *Fotografía: Carlos Keller R.*

no son aptos, por múltiples causas, para establecer una población permanente, se hallan en el seno de esta misma montaña más al sur amplios valles longitudinales, en que el europeo del norte vuelve a encontrar, por primera vez, el amable ornamento de su país, vegas verdeantes por las que corren arroyos que nunca se secan, pródigas en bellísimas plantas y gramíneas, pero en las que pastan a lo sumo los rebaños del indio nómada. Las laderas de los cerros no se presentan como superficies peladas y estériles, pues donde no actuó el brazo del hombre, están cubiertas por selvas bien crecidas y constituidas por hayas, por las mirtáceas, laureáceas, tuyas, mañíos y la majestuosa araucaria, que de ninguna manera sustrae las mejores tierras a su uso por otras plantas, sino que radica en el suelo inútil y pedregoso de los cordones andinos. No conforme con trasladar una riqueza tan inmensa a la superficie, la naturaleza generó en la formación de areniscas inmensos depósitos de carbón de piedra, que son de buena calidad en las profundidades y prometen transformarse en futuras fuentes de riquezas, debido a que el Perú necesitará cada vez más por su falta de bosques. Numerosos animales, que encuentran en el norte un ambiente que sólo les permite una breve permanencia, se han establecido en la zona austral, y el aspecto de inanimación, que deprime bas-

tante al observador aun en las mejores regiones de las provincias boreales, cede su lugar a la intensa actividad de numerosas criaturas, desde el insecto hasta la poco conocida gamuza del sur, el pudú y el huequemul (guanaco), que es un camélido; y también el mar es más rico en animales útiles. Es éste aquel Chile que merece en propiedad el nombre de una huerta de la América del Sur, a que sólo faltaría una población trabajadora y feliz gracias a su actividad, a fin de corresponder a todas las expectativas de aquel extranjero que se sintió defraudado tan dolorosamente en la parte norte de este reino y que se empeñó inútilmente por encontrar los originales correspondientes a los brillantes cuadros que se formó en su imaginación del país, basado en las descripciones de autores más antiguos.

Un amplio territorio, como lo es el de Chile austral, que promete tanto en su forma bruta, todavía no transformada por la acción del hombre, tiene que ofrecer forzosamente a sus pobladores numerosas fuentes de bienestar y de goce de la vida. Tan apropiadas para la agricultura como para cualquiera otra clase de industrias, estas provincias llegarán a constituir en el futuro la base del poderío del país, y en ellas ocurrirá también una mayor aglomeración de la población. Si la



69. CAMPESINOS DE LA FLORIDA EN VIAJE A CONCEPCIÓN.

En sus pequeñas carretas tiradas por bueyes, llevan sus productos al mercado. En tiempos de Poeppig, las ruedas eran macizas y no llevaban llantas de hierro. Fotografía: Carlos Keller R.

civilización del pueblo progresa con igual rapidez, no es difícil imaginarse lo grandioso que será el futuro de este país, beneficiado ya en tal forma por la propia naturaleza. El papel de Chile tendrá que ser magnífico, una vez que se civilice el inmenso archipiélago del Océano Pacífico que se establezcan colonias de europeos en las costas tropicales y que allá la obscuridad de la barbarie sea iluminada por la luz del Viejo Mundo. Hay numerosos productos que sólo Chile puede producir y que tienen que recibir de él forzosamente todos los países vecinos de las zonas tórridas. Sus excedentes en cereales en suelos fértiles, aptos para esos cultivos, tendrán que transformar al Chile austral en el granero de todos los países que se encuentran a menor distancia de él que de Nueva Holanda. Figuran entre ellos todos los que se hallan entre Coquimbo y la costa occidental de México, a lo largo de cincuenta grados de latitud. El navegante, que es favorecido por los vientos predominantes, los puede alcanzar sin dificultades y en breve tiempo, con un cargamento pesado. También Buenos Aires y todos los demás territorios que se están saturando de cultura europea en la América más meridional o quizás en el Asia oriental se abastecerán en lo referente a gran parte de sus cereales desde el bendito Chile, y en el futuro esos mares serán cruzados por millares de buques, construidos con las maderas de los bosques del Calle-Calle y Bio-Bio y suministrando las jarcias el trabajo de los chilenos. Estas expectativas no serán consideradas como los sueños de una fantasía delirante por aquel que pase en revista con imparcialidad los recursos no utilizados del país y, colocándose a orillas del Océano Pacífico, orgulloso de su origen europeo, medite acerca de la red de comunicaciones con que el espíritu emprendedor y el trabajo del hombre han abarcado en los últimos tiempos casi todo el globo terrestre. Hace apenas trescientos años, un pequeño grupo de pobres aventureros acababa de poner pie en Chile, salvando grandes dificultades; hace sesenta años, la costa de Nueva Holanda era tan poco conocida, que el navegante extranjero apenas se podía acercar a ella sin correr peligro. En la Nueva Holanda comenzó a florecer desde entonces una colonia que produce anualmente mercaderías por valor de muchos millones y que tal vez constituya un gran imperio en dos siglos más. Hace sólo pocos años que amaneció un día mejor sobre Chile, y sus productos ya encuentran el camino a la China, a la India y al norte de Europa.

Como justificación de tantos pronósticos, séame permitido referir algunos hechos. En la costa que se extiende entre Valparaíso y la desembocadura del río Guayas no crece un solo árbol que sea apto para la construcción de buques o para edificar una casa de alguna amplitud. El peruano no es capaz de construir siquiera una embarcación de pescadores sin ayuda extranjera, y las maderas con que se han edificado la mayoría de las casas de Lima, que revelan sólo exteriormente cierta solidez, han crecido en su mayor parte en la provincia de Concepción o en Chiloé. Por consiguiente, el comercio con maderas y la construcción de buques representan una fuente de riqueza que ningún país vecino

puede quitar a Chile, más favorecido a este respecto. La parte interior de la provincia de Concepción se encuentra cubierta, cerca de los Andes, con hermosas selvas, que ofrecen una cantidad de maderas útiles, y aun cuando falta entre ellas, como en toda la América del Sur, una madera que corresponda en sus cualidades a la de nuestro abeto, esta insuficiencia, que no deja de tener importancia, se compensa parcialmente por la abundancia y la gran variedad de otros árboles. La mayor parte de los troncos de los árboles andinos son tan rectos y largos, que pueden satisfacer todas las exigencias, y su madera es más o menos dura. En el comercio se presentan cinco clases de madera, proviniendo la mejor de una tuya, a que los chilenos dan equivocadamente el nombre de ciprés. Está listada de amarillo y café, posee gran dureza y admite un pulimento fino. La propiedad de no resquebrarse en el clima más seco o de sufrir bajo los rayos solares recomienda forzosamente esta madera ante cualquiera otra en la costa del Perú, hacia la cual se la exporta, sin embargo, raras veces. El consumo está limitado al propio país, pues sólo a veces se transportan vigas mayores hasta la costa, donde su precio suele ser de 10 a 12 reales. Siguen en importancia las fagáceas (*Fagus Dombeyi* Mirb., *F. australis* Poepp.), consideradas en Chile como robles. Aunque propagadas en toda la parte austral, crecen con especial frecuencia en la zona subandina de Concepción, donde constituyen grandes bosques, en que suplantán a casi todos los demás árboles. En los Andes alcanzan a menudo una altura de 80 pies, ofreciendo un tronco que no contiene ramas en su mitad inferior. La madera de ambas es muy dura, similar a nuestra haya colorada (*Rotbuche*), muy poco porosa, y se presta para el interior de edificios y para el maderaje interior de los buques. A este último respecto se sostiene que no es inferior al roble americano o inglés. El laurel (*Laurelia aromatica* Juss. y *L. dentata* Bert.) suministra tablas de gran longitud, pero de pequeña anchura, siendo de 2 a 3 reales el precio de una que mide 20 pies de largo, 2 de ancho y que tiene un espesor de una pulgada. La madera es colorada, pero posee la mala cualidad de quebrarse y abrirse fácilmente al ser expuesta al sol. El lingue (*Laurus lingue* Hook.), un árbol muy pintoresco, con grandes hojas coriáceas, representa la cuarta clase de madera. Aunque no muy dura, se presta para soportar grandes pesos, por lo cual es muy buscada para la construcción de edificios grandes. El pellín, la última clase de las maderas corrientes, no representa el producto de un árbol especial, todavía desconocido, como creen algunos, sino que consiste en trozos de fagáceas que han sido derribadas por incendios en los bosques y que han estado sometidos a una temperatura elevada. En el comercio se conoce también la madera pesada y dura del raulí (*Fagus procera* Poepp.), que se usa para múltiples fines. Además de estas clases, que se pueden conseguir en mayores cantidades, los ebanistas y torneros aprovechan la madera del algarrobo (*Prosopis siliquastrum* D. C.), del guayacán (*Edwardsia microphylla* Salisb.), de los corcolenes y lilenes, como también de muchos otros

árboles. El archipiélago de Chiloé casi no ha conocido hasta ahora otro comercio que el de las maderas; como demostración de la falta de cultura en aquella región, puede citarse el hecho que las pequeñas tablas del alerce (probablemente un árbol de la familia de las taxineáceas) han representado hasta una época muy reciente el circulante. El forastero que viaje al interior de las islas y provisto sólo de monedas de plata, se verá rodeado, después de breve permanencia, por una cantidad muy poco grata de tales tesoros madereros.

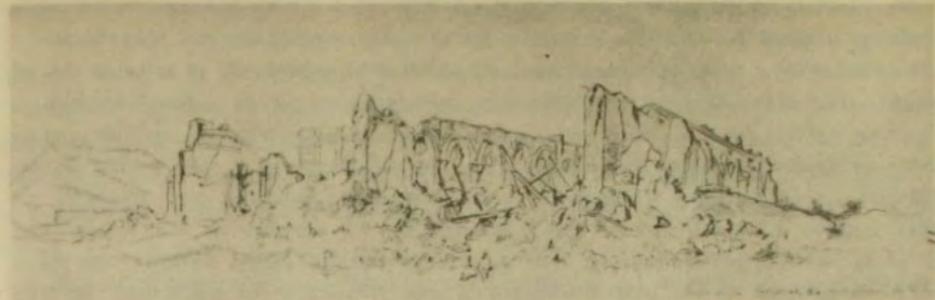
Por diversas razones, las provincias australes son mucho más aptas que las del norte para la viticultura; el vino de Concepción supera en calidad a los de otras partes, y es muy solicitado en la capital. Por lo general, los vinos de Chile contienen una ley tan alta de alcohol, que se les puede inflamar después de calentarlos un poco en un anafe, pero por lo general su elaboración es tan imperfecta, que agradan poco al extranjero. Los que han sido cocidos hasta reducir el volumen a la mitad son repugnantemente dulces y malsanos. Los preparados en la forma corriente (mostos) tienen el color del vino de Oporto y un sabor similar. Ambas clases se conservan sólo poco tiempo, no toleran viajes marítimos largos, y no se prestan para el consumo en países cálidos, pues son muy pesados y calientan demasiado el cuerpo<sup>1</sup>. Actualmente se importan grandes cantidades de vinos del Gironne desde Francia, pero este comercio terminará en la misma forma como ocurrió con el que hacían hasta hace pocos años los norteamericanos con la harina; esto es, tan pronto los chilenos hayan aprendido a elaborar un buen vino con sus excelentes uvas. Que esto último sea posible, ha quedado comprobado en diversas oportunidades por la experiencia. En la actualidad se exporta poco vino de Chile; tiene un mercado en el Perú, Guatemala y de vez en cuando también en Buenos

<sup>1</sup>Los bodegueros fraudulentos no se conforman con esta graduación alcohólica natural y la aumentan en forma artificial. El efecto venenoso y embriagante de las bebidas expandidas en cantinas comunes y que se hizo sentir incluso en los nervios de los marineros rusos del capitán Kotzebue es producido por un agregado del quedqued (*Arbutus juriens* Hook.) y del molle (*Schinus*). Llama la atención que la vid no se encuentre limitada por la latitud geográfica en la costa occidental de la América del Sur. Está propagada desde Lambayeque (6° 41'), el valle de Huánuco (10° 8' y 5.000 pies sobre el nivel del mar), Pisco (13° 45'), a través de todo Chile hasta Valdivia (39° 51'). En el hemisferio oriental no ocurre lo mismo, y sobre todo se encuentra muy limitada la viticultura en su parte austral. En el cabo de Buena Esperanza, la vid no prospera al norte de 32° de Lat. S. Si uno se dirige entre los paralelos del trópico al flanco oriental de los Andes, observa que la vid es recia para propagarse en él, como ocurre en las latitudes correspondientes del Viejo Mundo. Fue plantada en diversas ocasiones en Maynas (por ejemplo, en las misiones) y cerca de Moyobamba, pero se extinguió pronto, y las uvas que conocí en Ega y en Río Negro eran de una calidad mucho peor que las que se dan en las zonas menos favorables del norte de Alemania. Según Leopold von Buch, el punto más austral de la viticultura en el hemisferio boreal del Viejo Mundo es la isla Ferro (27° 48'). No puede decirse lo mismo de la América del Norte, pues aun cuando no dieron buenos resultados los ensayos de cultivar la vid al sur del lago Talahas, en la Florida oriental, como ser en Cuba, no ocurre igual cosa en el continente, pues existen viñedos en varias partes de México austral, y tampoco faltan en Guatemala.

Aires, a pesar de que los criollos pudientes de aquellos países prefieren los vinos europeos, más ligeros.

La fuente principal de riqueza de la parte austral de Chile será, sin embargo, para siempre, el cultivo de los cereales corrientes. Las limitaciones del comercio de los sudamericanos en beneficio de los españoles ejercieron antiguamente también una influencia muy perjudicial sobre la provincia de Concepción. La exportación y la compra de los cereales era, en gran parte, una especie de monopolio de algunas familias aristocráticas muy ricas y privilegiadas, y estaba prohibido que participaran en ellas los menos ricos o quienes estuvieran interesados en exportar directamente su trigo. El transporte se hacía en tres o cuatro embarcaciones del tamaño de una corbeta. El campesino sólo podía venderlo al rico empresario de Concepción, pues aun cuando éste no disfrutaba de un monopolio legal, había sabido asegurarse la exclusividad del comercio y la obtención de buenos precios en el Perú. La carga de retorno desde Lima consistía en diversas manufacturas europeas, que eran siempre las mismas y se vendían a precios elevados. La primera de estas circunstancias explica que los chilenos consideraran y pagaran como rarezas numerosas mercaderías que desde hacía medio siglo eran comunes en la Europa boreal, pero que sólo llegaron al país cuando éste se emancipó y se presentaron en sus puertos los primeros grandes cargamentos europeos. Todo eso ha cambiado entre tanto. Numerosas embarcaciones pequeñas transportan los frutos del país de las provincias australes, adquiridas por comerciantes independientes al Perú, Colombia, la América Central, Nueva Holanda, Buenos Aires y Río de Janeiro, y cada cual puede participar en este comercio.

Al lado de estos valiosos productos del sur, que no incluyen los de la ganadería, de la minería, etc., por encontrarse también en el norte, queda todavía una fuente inagotable de bienestar general que se basa esencialmente en la situación geográfica del país y que no le puede ser arrebatada por ninguna transformación política. La naturaleza misma ha destinado a Chile a ser el emporio del Océano Pacífico, y sobre todo sus puertos australes están situados tan favorablemente, que tarde o temprano se reunirán en ellos numerosos buques extranjeros, de modo que se apoderarán del comercio en tránsito de toda aquella parte del mundo. Puede apreciarse lo que será su futuro si se considera lo que ha llegado a ser este comercio desde 1827, a pesar de todos los obstáculos, incesantes revoluciones y limitaciones basadas en una estrechez de miras de parte de los países vecinos y a pesar de las dificultades iniciales para establecer comunicaciones y de la falta de conocimientos de las apartadas costas del Océano Pacífico. Mientras la población de la mayor parte de los países que limitan con el Pacífico sea pequeña y se encuentre diseminada en grandes espacios, con escasa densidad, Chile ofrecerá siempre los mejores puntos de contacto para fomentar el intercambio de productos entre el mundo oriental y el occidental. La costumbre, existente hasta ahora, de despachar los buques extranjeros de puerto en puerto, para vender parcialmente sus cargamentos, sólo repre-



70. RUINAS DE LA CATEDRAL DE CONCEPCIÓN, 1835.  
*Rugendas.*

El dibujo permite reconocer que la antigua catedral de Concepción era un edificio imponente, que Poeppig conoció intacto, aunque la ciudad en su tiempo también se encontraba en ruinas, pero como consecuencia de la revolución. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

sentaba un expediente impuesto por la necesidad, que terminará pronto, pues por él se obliga tanto al comerciante europeo como al americano a sacrificar tiempo y dinero. Se formarán centros en que el comercio del Asia entrará en contacto con el de Europa gracias a la navegación por el Cabo de Hornos, lo que será una consecuencia natural del simple desarrollo. La naturaleza misma señala para este fin las bahías de la parte austral de Chile, que el navegante alcanza en pocos días después de haber doblado el Cabo, donde encuentra puertos abrigados, a que puede entrar también aquel que abandonó la China o la costa del noroeste, Nueva Holanda o Calcuta, realizando un viaje de duración relativamente moderada, donde la fertilidad de las provincias vecinas impedirá la carestía de los alimentos y donde el navegante halla sin muchas dificultades todo lo que necesita para reparar su buque, para el abastecimiento de su tripulación y para su equipo.

Otras observaciones que conviene agregar sobre el comercio de Chile, tan prometedor para el futuro, encontrarán cabida en una nota (véase la nota al final del capítulo), pues las insinuaciones aisladas que se han hecho en los párrafos precedentes justifican sin duda el juicio acerca del magnífico futuro que será deparado a la parte austral del país.

A tres leguas de Talcahuano se encuentra la antigua rival de Santiago, Concepción, la caída capital del sur. A igual que otras poblaciones, habrá progresado sin duda desde 1828, y parece difícil que todavía se conserven en este instante todas las demostraciones de destrucción de parte de hordas de bandidos y de partidos irreconciliables, que en aquel tiempo llenaban de dolor al recién llegado. Pero pasarán muchos años hasta que la ciudad vuelva a recuperar el antiguo brillo. Sin observarse los indicios que anuncian en otras partes la vecindad de una gran ciudad, uno se acerca a Concepción y avanza entre una larga fila de ranchos ais-

lados, contruidos en parte sobre las ruinas de edificios más bellos. Se alcanza la plaza entre sitios incendiados, llegando así al sector central de una ciudad que se encuentra abierta en todas direcciones. Es sensible el aspecto de la miseria que se cobijó en chozas sucias, entre extendidas ruinas, a través de cuyas ventanas se observan todavía los adornos dorados y las pinturas ennegrecidas por el humo, como restos de tiempos mejores. Han desaparecido sus pobladores, y el odio y afán de destrucción no perdonaron siquiera los árboles frutales plantados por aquéllos; no sería posible distinguir los antiguos jardines de los campos de los alrededores, si no se hubiera conservado en ellos de vez en cuando algún arbusto con bellas flores, originario de un país extranjero y que constituye un testimonio del cuidado que se les dedicó antiguamente. Es sobre todo desoladora la impresión de esta amplia ciudad abandonada en las noches de luna clara. Se presenta entonces demasiado grande para su población actual, ofreciendo un tristísimo cuadro de las desgracias que significan las guerras civiles para un pueblo. Los lugares más sagrados no ofrecieron ninguna seguridad durante la lucha de la revolución, pues ante las pasiones desencadenadas de la masa desaparece todo respeto de la religión, de la piedad y de todo aquello que han declarado como sagrado una prolongada costumbre y una convicción moral. Incluso en uno de los antiguos monasterios se observan en las paredes los vestigios de la sangre derramada alevosamente en aquel tiempo por el odio partidista, y, como si se sintiera embargada de dolor por esta degeneración del género humano, la naturaleza parece querer cubrir las manchas frescas por medio de una vegetación exuberante.

Antiguamente Concepción igualaba en absoluto a Santiago. Las familias más rancias y poderosas de Chile, dueñas de las fértiles haciendas australes, tenían predilección por vivir en este territorio siempre verde, que también los españoles preferían a las más bellas provincias de su propia patria. Un gobierno provincial, un obispado y un gran número de españoles viejos que se habían retirado acá después de lograr una situación independiente, le transmitieron un brillo propio. La abundancia, el fino trato social, la hospitalidad de los habitantes y la belleza de las mujeres dieron fama a la ciudad en toda la América del Sur. De todo esto se ha conservado muy poco; como consecuencia de la prolongada guerra, reina una desmoralización general, y sólo se mantuvo en algunos casos la natural bondad de los penquistas, pues sus facultades naturales son todavía las mismas. Sólo la naturaleza permaneció invariable, y sigue prodigando a la población, ahora muy mermada, sus beneficios con mano generosa. La causa de todas estas destrucciones consiste en que la lucha de la revolución se libró preferentemente en este lugar. Aun cuando Concepción fue destruido varias veces por terremotos, sus vecinos se dedicaron, como los pobladores de todas las regiones volcánicas, tras breve luto, a la reconstrucción sobre las ruinas y las tumbas de los que habían quedado enterrados bajo ellas. Tal reconstrucción fue, sin embargo, imposible cuando apa-

recieron en el escenario, en la lucha de la emancipación de España, los indios como aliados del rey, huyendo ante sus sangrientas hordas incluso los últimos y más valientes vecinos. Si bien se restableció finalmente la paz, el territorio ya no estaba en situación de disfrutar de sus beneficios. Los pobladores primitivos que no habían sucumbido a la espada, al presidio, al exilio y a las enfermedades, se habían dispersado mucho antes a regiones más pacíficas, y la población, que ha comenzado a aumentar de nuevo lentamente, consiste en gran parte en personas de otro origen.

El Concepción actual contiene poco de notable; es la sede de un gobierno provincial, de los funcionarios aduaneros de Talcahuano, de una guarnición poco importante y de unas pocas familias, caracterizadas por su viejo abolengo o su riqueza. Existía un liceo, pero no se observaban en ninguna parte síntomas favorables de sus actividades. Buenas escuelas podrían producir los más extraordinarios resultados entre los chilenos del sur, que son iguales a los pueblos mejor dotados de la América del Sur en cuanto a talentos, pero que los superan en perseverancia, por lo cual suministraron desde antiguo la mayoría de los americanos eruditos. Con el fin de satisfacer los anhelos insistentes de los vecinos, recién se ha organizado un establecimiento más idóneo. Antiguamente, la enseñanza se encontraba sólo en manos de los monjes, que han sido expulsados todos, con excepción de unos pocos que están a cargo del hospital. Se conservó a través de todas las tempestades de la época un claustro de monjas, con treinta religiosas. Sus pobladoras fabrican flores artísticas de plumas, pero son superadas en este trabajo con creces por las mujeres brasileñas de Pernambuco y Pará<sup>1</sup>. El palacio del obispo, que era un edificio muy amplio, se encuentra en ruinas, y la misma suerte amenaza al palacio de gobierno, que no fue jamás terminado, y a la catedral, de la que se ha vuelto a techar una pequeña parte.

Ese era el aspecto de Concepción en 1828. Desde entonces ha reinado tranquilidad política, y la población se ha dedicado activamente a reconstruir la ciudad arrasada, satisfecha de la luz tan prometedora que por fin está alumbrando al país. El futuro parece ofrecerle una amable sonrisa, y el trabajo perseverante será capaz de hacer muchísimo en este bello país; pero aún echando esta mirada a una bella lejanía, no siempre será posible olvidar que varias generaciones tuvieron que pelear bajo inmensos sufrimientos para verificar esta posibilidad.

<sup>1</sup>Emplean para este fin de preferencia las plumas del flamenco y de una albísima garza (*Ardea ohula* Mol.), de gran tamaño, cuyas plumas del cuello y de la espalda están dotadas de finísimas pestañas y son más largas que el cuerpo del ave, rodeando a ésta a veces como una aureola cuando vuela. El mejor precio que pagué al único cazador que se dedicaba en Talcahuano a cazar estos pájaros, como también mis propias frecuentes excursiones de caza, casi me habrían aportado el odio de aquellas monjas, que por lo general son de edad avanzada.

*El Comercio de Chile.*— Sólo pocos años antes de la expulsión definitiva de los españoles y de haber logrado la independencia, aunque no por partidos nacionales, sino por mandatarios extranjeros, se ha establecido en Chile algo que en el estado actual del mundo merece el nombre de comercio. Las revoluciones estallaron en la América del Sur en un tiempo en que toda la España se encontraba ocupada por los franceses, en que Fernando VII era un prisionero e incluso Cádiz estaba amenazado con un sitio. Las colonias se hallaban en la imposibilidad de abastecerse, y únicamente los británicos, que habían conservado el dominio de los mares, eran capaces de hacerlo. Antes de esta época, Chile sólo era abastecido por algunos buques españoles que se dirigían desde Cádiz a Lima, tocando a veces Valparaíso y recibiendo las mercaderías asiáticas que necesitaban, por intermedio de la Compañía de las Filipinas en Lima. Las necesidades aumentaron como consecuencia de la guerra, pero aun cuando el Océano Pacífico era cruzado por buques de guerra españoles, ningún comerciante de Cádiz se arriesgaba a enviar un cargamento hacia allá. Los españoles se habrían colocado en una situación dudosa si hubieran mantenido sus prohibiciones para comerciar con otros países extranjeros. Como lo habían hecho bajo circunstancias similares un siglo antes con los franceses (en cuya ocasión Frezier visitó estos países), concedieron ahora

licencias a los comerciantes británicos. Pronto éstos lograron las simpatías de las partes en lucha, pues, sin hacer discriminaciones, entregaron a ambas las mercaderías que necesitaban, incluyendo las armas, y lograron apoderarse aún del comercio de cereales entre Chile y Lima. Tan pronto los norteamericanos celebraron la paz con los ingleses, se acercaron luego igualmente, en gran número, aprovechando también las nuevas posibilidades abiertas al comercio. De esta manera, éste cayó en un principio en manos de los extranjeros, ya que después de la paz general se presentaron también los franceses y alemanes, y en tiempos más recientes llegaron asimismo buques aislados de la parte más boreal de Europa y de los puertos del Mediterráneo. Mucho se ha hecho desde entonces, según las opiniones de los partidos que se encontraban casualmente en el poder, para favorecer o limitar este comercio de reciente origen. Si se cometieron en esta materia algunos desaciertos, no debería juzgarse por ello sin ninguna consideración a la nueva República, pues mientras no sea secundada por la inspiración, será necesario hacer ensayos, que lógicamente fracasarán a menudo. Ya se consiguió mucho con haberse declarado libre el comercio con todas las naciones (con excepción de la española, sin embargo, que fue estimada como enemiga), con no conceder a ningún país una situación más favorecida que a los demás y con permitir

la libre importación de los productos de todos los pueblos, sin excluir a los españoles que lleguen bajo bandera extranjera. La celebración de tratados comerciales en tiempos recientes demuestra igualmente el afán de los gobernantes por facilitar las relaciones con países extranjeros. Uno de ellos es el celebrado en 1831 con los Estados Unidos, cuya disposición principal es la cláusula de la nación más favorecida que otorgan ambas partes al comercio de sus ciudadanos. Tratados similares se están preparando con Gran Bretaña, Francia y Bolivia; sólo las negociaciones con el Perú y las ventajas que se le han ofrecido no han tenido éxito. Fracasaron debido a la obstinación con que el Perú, fiel al antiguo sistema, busca su salvación en derechos de aduana elevados y prohibiciones. Obligado por esta actitud y quizás también algo excitado por esta manifiesta hostilidad, Chile ha tenido que tomar represalias, prohibiendo (en diciembre de 1831) en forma absoluta la introducción de azúcar peruana en Chile, castigando así al país vecino por los odiosos derechos establecidos sobre la importación de harina chilena. De acuerdo con el reglamento de 1813 y la revisión de 1823, el gobierno cobra los siguientes derechos de aduana:

1. *Derechos de importación*: 40% *ad valorem* sobre muebles, calzado, confecciones y vestuario; 15% sobre sederías, sedas, encajes, algodón, lana de vicuña, fierro, acero, cera, añil y otros coloreantes; 5% sobre piedras preciosas, perlas, relojes de bolsillo, tejidos que contengan hilos de oro y plata y

alhajas legítimas; libres de derechos se pueden internar el mercurio, los libros, los mapas, los instrumentos científicos, las armas, la pólvora para minas, las prensas para imprimir, los instrumentos matemáticos, físicos y musicales, las máquinas para la agricultura y las fábricas, el oro y la plata; y se fijó una tasa de 27% sobre el valor de todas las demás mercaderías, es decir, sobre la mayor parte de la importación.

2. *Derechos de tránsito*<sup>1</sup>: 3% sobre todas las mercaderías, con excepción de la plata, que paga el 1%.

3. *Derechos de exportación*: 8% sobre todos los productos del país no especificados; 1% sobre el cobre; 4 reales por cada marco de plata piña.

Los derechos se cobran sobre el valor de las mercaderías, descontándose a éste un 20%, de modo que sólo se pagan las cuatro quintas partes de las tasas nominales. Los ciudadanos nacionales se encuentran aún más favorecidos, pues disfrutaban de un descuento de 10% sobre la suma que resulte de acuerdo con los cálculos que se acaban de señalar. Todas las mercaderías extranjeras que lleguen a Valparaíso son depositadas en los almacenes de la aduana, de donde deben ser retiradas dentro de tres años. El gobierno construyó diecisiete amplios almacenes, y adquirió los terrenos necesarios para otros doce. El 1.º de mayo de 1833 había en ellos

<sup>1</sup>Una nueva ley sobre el comercio de tránsito fue introducida en 1833. Se esperaba mucho de él. Al mismo tiempo existía el propósito de derogar el descuento del 10% de los derechos que favorecen a los chilenos y que se encuentra mencionado en el texto.

23.000 bultos; el derecho de almacenaje es de un real mensual por cada quintal español. Los derechos de puerto habían sido reducidos mucho por el gobierno, pudiendo considerarse como moderados. Eran los siguientes: anclaje para buques extranjeros, 16 pesos fuertes; tonelaje para buques extranjeros, 1 real por tonelada; para buques chilenos,  $\frac{1}{2}$  real por tonelada; y para embarcaciones de cabotaje, 2 pesos fuertes por unidad; derechos de médico, de cuarentena y de hospital, 6 pesos los buques extranjeros, pagando los balleneros 10 pesos una sola vez; derechos de carga y descarga del nuevo muelle,  $\frac{1}{4}$  de real por quintal español, con algunas rebajas para los productos del país.

No existen en Chile bancos públicos ni sociedades comerciales privilegiadas, pero el actual gobierno conservó como un resto del deplorable sistema de los antiguos mandatarios el Estanco, es decir, un monopolio del tabaco, naipes, té, cigarros, vino y licores importados<sup>1</sup>. Con excepción del tabaco y

<sup>1</sup>Las entradas netas del Estanco fueron en todo el país las siguientes:

1827 . . . . .	\$ 455.728 $\frac{1}{4}$
1828 . . . . .	326.778 $\frac{3}{4}$
1829 . . . . .	320.659
1830 . . . . .	283.193

Para 1831 y 1832, el Ministro de Hacienda creyó poder estimar esta entrada en 350.000 pesos. Este dato, como también una parte de las informaciones numéricas, sobre todo de las que se refieren a los años posteriores a mi salida de Chile, se los debo a la atención e influencia del cónsul hanseático de Valparaíso, señor August Kindermann.

de los naipes, existe libertad de importación para los artículos del Estanco, pagando un derecho de aduana de 100%. El comercio con el tabaco está prohibido estrictamente, pues el gobierno obtiene con él una utilidad de 400 a 500%, pero precisamente por esta misma causa constituye el único objeto del comercio de contrabando, que ha disminuido bastante en Chile debido a la reducción habida en los derechos de aduana.

Favorecido por las medidas descritas, el comercio ha aumentado mucho en los tiempos recientes, y su volumen crecería con rapidez aún mayor si se agregara a la ordenación del sistema aduanero una reforma adecuada y moderna de la legislación comercial. Desde hace tiempo ya se ha hecho sentir la necesidad de proceder a ella, y ha habido el propósito de iniciarla en diversas oportunidades. Hasta ahora consiste la legislación al respecto sólo en una cantidad de ordenanzas reales y provinciales y de las leyes comerciales españolas de Bilbao, que han llegado a ser insuficientes, constituyendo el conjunto un caos lleno de contradicciones y que da amplio margen a la arbitrariedad. Las tentativas de construir un nuevo sistema con estos antecedentes han fracasado sin excepción. Por eso se sigue aplicando la legislación antigua, en la esperanza de que será posible ordenar en el futuro también la administración de la justicia pública.

El comercio de Chile, que podría ser aún más importante, de

acuerdo con las circunstancias actuales, se encuentra concentrado sobre todo en Valparaíso, que ha llegado a ocupar valerosamente el primer lugar entre todas las ciudades comerciales de la costa occidental y a que corresponderá en medio siglo un lugar equivalente al de las mayores plazas comerciales del Océano Pacífico y del Mar Indico. El comercio con el Asia, Europa, el Brasil y la América del Norte sólo está a cargo de forasteros, que trabajan con capital y con buques extranjeros. Los buques bajo bandera chilena, cuyo número es de unos sesenta, se ocupan sólo del comercio de cabotaje, el que se extiende en casos aislados hasta San Blas, en México. De vez en cuando doblan el Cabo de Hornos, para transportar cereales, maderas y otros productos del país a Montevideo y Buenos Aires. Como el chileno tiene muy poca semejanza con los demás sudamericanos, de quienes se ha dicho que todos sus deseos se encuentran satisfechos cuando disponen de una hamaca, un trozo de carne salada y una guitarra, y posee un gran espíritu emprendedor y es un navegante nato, hay muchos que comprarían buques y realizarían viajes comerciales si la construcción de embarcaciones no fuera tan cara. Sólo en Chiloé, Valdivia o Talcahuano es posible la construcción de buques, pero si bien la madera es bastante barata, las partes de fierro, que no se sabe fabricar todavía en el país, son tanto más caras.

El resumen que sigue de los buques entrados en Valparaíso en un año da

una buena idea de las comunicaciones de Chile. Debe anticiparse una explicación: casi todos los buques que llegan desde países muy lejanos fondean primero en Valparaíso, para dirigirse más tarde a los puertos más pequeños; el comercio extranjero sólo está autorizado en Chile para visitar los puertos de Copiapó, Coquimbo, Valparaíso, Maule, Talcahuano, Valdivia y San Carlos de Chiloé. El año 1832, a que se refieren estos datos, puede ser considerado como mediano en el sentido mercantil:

Buques ingleses .....	47
De éstos:	
De Liverpool .....	19
" Londres .....	2
" Gibraltar .....	1
" Cádiz .....	1
" Hamburgo .....	1
" Nueva Holanda .....	1
" Nueva Zelandia .....	1
" Río de Janeiro .....	2
" Buenos Aires .....	1
" la costa del Pacífico (del Perú, etc.) .....	18
Buques norteamericanos .....	69
De éstos:	
De Estados Unidos .....	19
" Gibraltar .....	2
" Brasil .....	2
" Cantón .....	2
" las islas Sandwich ...	1
Balleneros .....	15
De la costa del Pacífico	28
Buques franceses .....	26
De éstos:	
De Francia .....	7
" Río de Janeiro .....	4
" la costa del Pacífico ..	15

Buques prusianos (de Hamburgo)	1
Buques daneses .....	2
De éstos:	
De Hamburgo .....	1
" Río de Janeiro .....	1
Bandera de Buenos Aires .....	4
De éstos:	
De Buenos Aires .....	1
Dedicados al cabotaje ...	3
Buques de Génova .....	3
De éstos:	
De Cádiz .....	1
" San Blas .....	1
" Buenos Aires .....	1
Buques chilenos, llegados del norte y del sur .....	101
Buques peruanos, de la costa del Pacífico .....	24
Total, sin buques de guerra ...	277

La seguridad de estas valiosas marinas es resguardada por escuadras bajo las banderas de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Los buques de guerra británicos forman una sección de una escuadra estacionada en la costa brasileña, al mando de un almirante. En el Océano Pacífico, el capitán de mayor antigüedad es, bajo aquél, el jefe de tres o cuatro buques de guerra, consistentes, por lo general, en una gran fragata y dos o tres corbetas. Al final de cada trimestre, una de estas embarcaciones se dirige a Gran Bretaña, llevando el dinero en efectivo que remiten a aquel país los comerciantes, cuyo monto es normalmente de 1.000.000 a 1.500.000 pesos. Actualmente, esas remesas se hacen a menudo con buques

mercantes, siguiendo el ejemplo de comerciantes franceses y norteamericanos. Para los capitanes de los buques de guerra que regresan, la participación en el flete legal representa una renta de consideración cuando las remesas son grandes. El flete que se paga por el dinero en efectivo en buques de guerra ingleses es de 2% sobre la plata y 1½% sobre el oro; los norteamericanos cobran 2% sobre el oro o la plata. El gobierno francés es más liberal, pues ha impartido instrucciones de hacer las remesas en sus buques de guerra sin costo para los comerciantes franceses. La escuadra francesa, que tiene siempre un almirante a bordo, consiste en una gran fragata de 50 a 60 cañones y en tres o cuatro bergantines; la norteamericana, comandada por un comodoro, comprende una fragata similar, una corbeta y algunas goletas.

El interés del comercio extranjero se encuentra representado por varios cónsules y agentes con carácter diplomático, pero que desempeñan casi las mismas funciones que los cónsules ordinarios<sup>1</sup>. La clase de mercaderías y el origen y destino del comercio chileno

<sup>1</sup>Cónsules y otros representantes extranjeros mantienen en Chile los siguientes países: Estados Unidos, un encargado de negocios y un vicecónsul en Valparaíso; México tiene igual representación; el Perú, un ministro en Santiago; Bolivia, un cónsul general en Valparaíso; Gran Bretaña, un cónsul general en Santiago, un vicecónsul en Valparaíso y cónsules en Coquimbo y Concepción; Francia, un cónsul general en Santiago y un vicecónsul en Valparaíso; Holanda, un cónsul en Valparaíso, y las ciudades hanseáticas, un cónsul en Valparaíso.

de 1828 se desprenden del cuadro que sigue, que ha sido formado a base de las ofertas de mercaderías de los comerciantes e informaciones de los capitanes de puerto y de algunos comerciantes

muy apreciados. No puede pretender que sea rigurosamente completo. Será suficiente con destacar al menos los artículos principales, debiendo silenciarse muchísimos de menor importancia:

Países; puertos extranjeros	Exportación a Chile	Importación de Chile
<i>Bolivia:</i> Cobija.	Pesos fuertes, plata piña, oro y chafalonía (estos cuatro artículos se llamarán a continuación, para abreviar, metales preciosos).	Manufacturas europeas y asiáticas, frutos del país y frutas en pequeña cantidad.
<i>Perú:</i> Arica, Islay, Pisco, Lima, Lambayeque, Paita.	Tabaco, azúcar, algodón, arroz, chancaca, metales preciosos, pisco en pequeña cantidad, sal.	Manufacturas europeas y asiáticas, trigo, harina, vino, pasas, sebo, grasa, charqui, nueces, almendras, maderas.
<i>Ecuador:</i> Guayaquil.	Sombreros de pita, suelas, cacao, metales preciosos.	Manufacturas europeas y asiáticas, harina, vino, aguardiente, pasas, etc.
<i>América Central:</i> San Salvador, Guatemala (Costa Rica, Realejo).	Añil, tabaco en bruto, maderas de color, cochinilla, azafrán, bálsamo, copal, cueros, azúcar, café, perlas.	Manufacturas europeas y asiáticas, vino, aguardiente, harina, frutos del país, pellenes.
<i>México:</i> Guaimas, Acapulco, San Blas.	Metales preciosos, a veces algo de azúcar.	Igual que en la América Central.
<i>Filipinas:</i> Manila.	Azúcar, sombreros de fibras de palma, añil.	Metales preciosos.
<i>China:</i> Cantón.	Sederías, nanquines, té, azúcar y quincallería china.	Cobre y pesos fuertes.
<i>Indias Orientales:</i> Calcuta.	Azúcar, géneros sencillos de algodón.	Cobre.
<i>La Plata:</i> Buenos Aires.	Productos brasileños, manufacturas europeas, azúcar, yerba mate.	Trigo, cebada, fréjoles, etc.
<i>Brasil:</i> Santos, Río de Janeiro.	Tocuyo.	Trigo, algo de nueces, metales preciosos.

Países; puertos extranjeros	Exportación a Chile	Importación de Chile
<i>Estados Unidos:</i> Baltimore, Nueva York, Salem, Boston.	Tabaco de Virginia y de La Habana, velas de estearina, aceite, manufacturas europeas y asiáticas, azúcar de La Habana y del Brasil, etc.	Cueros de vacuno y de focas, cobre, metales preciosos.
<i>España:</i> Cádiz y Gibraltar (por buques neutrales).	Algo de sederías, vino, aceite, mercurio, papel.	Sin importación directa.
<i>Francia:</i> Burdeos, El Havre, raras veces Marsella o Nantes.	Vino, licores, sederías, lienzo, paños, quincallería, papel, perfumería, libros españoles, cueros de terneros y cabrios.	Metales preciosos, cueros y a veces cobre.
<i>Gran Bretaña:</i> Liverpool, Londres.	Tejidos de algodón y de lana, fierro, artículos de fierro, loza, etc.	Metales preciosos, un poco de cueros, raras veces cobre.
<i>Alemania:</i> Hamburgo, Bremen, o por intermedio de Gran Bretaña y de los Estados Unidos.	Lienzo, paños, artículos de vidrio, ferretería, sederías, tejidos de algodón, quincallería, aguardiente de nebrina, etc.	Metales preciosos.
<i>Bélgica:</i> Amberes.	Paños, manufacturas alemanas, británicas y francesas.	Metales preciosos, cueros.

El comercio exterior de Chile ha aumentado año tras año desde la expulsión de los españoles y debe ser considerado como muy importante, en relación con la población. Se podría tener la sospecha de que su rápido desarrollo sólo fuera una consecuencia momentánea del prolongado aislamiento en que se encontraba el país, pero tal suposición se desvirtúa por la tendencia tranquila y regular que se manifiesta en su ascenso, siendo, sin embargo, posible que en los primeros años después de la emancipación haya tenido aquel carácter intempestivo. Su

futuro incremento estará acondicionado por el aumento de la población y por la mayor producción que se logrará gracias a él. Ya en la actualidad la demanda por el cobre y otros productos chilenos es mayor que la capacidad industrial del país, por lo cual éste podrá dar al comercio en el futuro un volumen difícil de prever. Sus propias necesidades y la inclinación a una vida activa que caracteriza a los chilenos contribuirán a incrementar mucho los negocios. En ninguna parte se manifiesta con más exactitud que en Chile la verdad de los principios en que se basa

el magnífico comercio mundial, en el sentido de que para todas las partes es mucho más provechoso ocupar grandes capitales y conformarse con utilidades más pequeñas, pero dando al mismo tiempo a los negocios la mayor amplitud posible. La verdadera utilidad debe obtenerse de una rápida circulación de los bienes, de modo que gane más quien venda más y que por tal circunstancia se encuentre en condiciones de ofrecer los precios más bajos. Las circunstancias especiales bajo las cuales se abrió repentinamente el país al comercio han tenido como consecuencia que llegaran a predominar estos principios. Por lo demás, los participantes en el comercio tuvieron que ajustarse pronto a ellos, pues la competencia llegó a ser demasiado grande. Así como se presentan las cosas ahora, ambas partes ganan por igual en Chile, a pesar de los precios extraordinariamente bajos de algunas manufacturas europeas. El comerciante extranjero está feliz de haber encontrado un país capaz de consumir grandes cantidades de manufacturas europeas, y el chileno está en condiciones de adquirir, mediante un pequeño esfuerzo, toda clase de bienes que antes apenas estaban al alcance de los más pudientes. De este modo se acostumbró la población al consumo de muchos artículos extranjeros que no constituyen un lujo, sino una necesidad imprescindible, pues el chileno más pobre usa ahora productos cuyos nombres le eran todavía desconocidos hace veinte años, resultando de todo esto que este comercio se conservara y aumentase. Si se quisiera apre-

ciar el comercio exterior de Chile de acuerdo con los teoremas sobre la balanza comercial, que son susceptibles de múltiples interpretaciones, podría parecer que el chileno fuera la parte que gana desde que existe un comercio libre. En la época de los españoles costaba una vara de paño 15 a 20 pesos fuertes, ahora sólo 4 a 5; la vara de algodón, que valía  $1\frac{1}{2}$  a  $2\frac{1}{2}$  pesos, se consigue ahora por igual cantidad de reales; la pieza de platilla (un brocadillo de lienzo), que costaba 40 pesos, bajó a 10; en cambio, el precio del cobre subió de 8 hasta 16 ó 17 pesos fuertes, y el chileno, que antaño tenía que producir 4 a 5 quintales de cobre para recibir 1 de fierro, puede adquirir ahora 3 ó 4 quintales de fierro por 1 de cobre. Pero a pesar de todo esto, la situación del comerciante extranjero tampoco es mala. El sencillo principio del *do ut des*, en que se basa en el fondo todo comercio para ser duradero, ha entrado en plena vigencia pocos años después de abrirse los puertos chilenos al intercambio mundial. Ahora la marcha de los negocios es tranquila, se ha establecido el valor relativo de todos los bienes, y ha cesado, como contrario al orden natural, la realización de grandes cantidades de mercaderías, como ocurría en los primeros años después de la emancipación, explicándose por la novedad que representaban, su escasez, la situación política y, en parte, también por el carácter del pueblo chileno.

De acuerdo con el principio de que obtendrá la mayor utilidad quien venda más, no cabe duda de que es la nación británica la que obtiene los mayores

beneficios de su comercio con Chile<sup>1</sup>. Le sigue en importancia la norteamericana, luego la francesa y por último la alemana. La importación directa desde Alemania, que consiste casi únicamente de manufacturas provenientes de Prusia y Sajonia, puede ser estimada en un valor máximo de 500.000 pesos fuertes. Pero muchas mercaderías alemanas llegan a Chile en buques norteamericanos procedentes de Estados Unidos, pues los comerciantes de este país no limitan el comercio a los productos de su país, habiéndose apoderado, además de otros rubros, también del comercio entre Cantón y Chile. Las mercaderías inglesas son las más consumidas, comprendiendo (según el valor) un tercio del total en tiempos recientes. Las listas de exportación de los países europeos nunca permiten indicar con precisión cuánto se consume en

Chile, pues aun cuando un cargamento ha sido destinado a Valparaíso, no se puede saber qué parte de él se desembarcará realmente en aquel puerto, pues hasta ahora ha existido la costumbre de que el buque continúe su viaje a lo largo de la costa, a menudo hasta México, colocando los productos donde se soliciten. En Valparaíso faltan listas exactas sobre esta materia, que comprendan varios años. Diversas circunstancias, sin embargo, señalan como muy verosímil que el consumo de mercaderías extranjeras en el país se eleve a 4.500.000 ó 5.000.000 de pesos y que se pueda estimar el comercio total con mercaderías europeas y asiáticas en 10.500.000 a 11.000.000<sup>2</sup>, una suma que no incluye, por supuesto, el valor de la exportación de los productos nacionales y tampoco los de rancho que se venden en Concepción y otros puer-

<sup>1</sup>El cuadro que sigue y que fue publicado en su oportunidad en los diarios de Londres, basándose en antecedentes solicitados por la Cámara de los Comunes a la administración de aduanas (obteniéndolos el 6 de mayo de 1829), permite apreciar la importancia de ese comercio:

	Chile	Perú
1. Valor oficial de la importación británica en 1828 . . . . .	£ 54.434-10- 9	£ 54.523- 9- 9
2. Idem de la exportación británica . . . . .	599.184- 1- 2	306.667-15- 2
a) Manufacturas y productos británicos e irlandeses . . . . .	558.751-17- 8	287.173- 4-11
b) Productos extranjeros y de las colonias . . . . .	40.432- 3- 6	19.494-10- 3

Se estimaba en 1829 que en el comercio de Chile y del Perú se encontraba invertido un capital británico que ascendía a £ 4.500.000.

<sup>2</sup>La importación del antiguo virreinato del Perú y de la capitania general de Chile, dependiente de él, fue estimada por el barón Alexander von Humboldt en 11.500.000 pesos, incluyendo el comercio de contrabando. Aun cuando se ignora en qué se basa esta estimación, podría casi parecer que no hubiera aumentado durante treinta años, suponiendo exacta aquella cifra. Este punto se aclara si se tiene presente que en aquel tiempo el pre-

cio de todos los productos era mucho mayor y que las mercaderías que llegaban desde España ya habían pagado la mitad de los derechos de importación, incluidos, sin duda, en aquel cálculo. Por lo demás, es también posible que los comerciantes españoles, que proporcionaron quizás aquel cálculo, lo basaran en los precios de los productos en el mercado interior, después del pago de los derechos, sobrestimando al mismo tiempo el comercio de contrabando.

tos menores, acerca de los cuales se carece de informaciones fidedignas. En el año 1832 se hizo por algunos comerciantes de primera categoría de Valparaíso una estimación que concuerda con los datos anteriores, la que se indica a continuación:

Importaciones de Chile . . . . .	4.400.000 pesos
Valor de las exportaciones de Coquimbo y Valparaíso . . . . .	2.500.000 "
Comercio de tránsito, incluyendo los metales preciosos . . . . .	3.580.500 "
<hr/>	
Total . . . . .	10.480.500 pesos

El comercio interior de Chile tiene que luchar todavía con numerosos antiguos prejuicios, a pesar de que el gobierno alivió mucho su situación por medio de la derogación de la alcabala. Antiguamente pagaban todas las mercaderías despachadas de una ciudad a otra este impuesto interno del 6%; al interior, ellas eran tasadas de nuevo y tenían que pagar en las aduanas interiores el impuesto sobre la diferencia del valor que les correspondía en las provincias apartadas. Ahora pueden ser llevadas sin ninguna traba desde los puertos al interior, siendo el comercio dificultado sólo por la falta de caminos y puentes, por lo cual se desarrolla en la dirección que tiene que seguir

naturalmente en un país costero. Se usan las embarcaciones de cabotaje para abastecer los pequeños puertos desde Valparaíso, y a ellos se dirige la población de los alrededores para este fin. De esta manera, la navegación de cabotaje, que está prohibida para los buques extranjeros, ha aumentado mucho, y Santiago, que disfrutaba antiguamente del monopolio respecto del comercio terrestre con el interior, ha tenido que renunciar a él. El comercio trasandino a Mendoza, Salta, San Juan y Córdoba disminuyó mucho desde que se celebró la paz entre Buenos Aires y el Brasil, quedando reducido a un pequeño comercio de contrabando desde que un cacique, Quiroga, se apoderó del gobierno de Mendoza y estableció elevados derechos sobre todas las mercaderías extranjeras. Mientras más se desarrollen la minería en el norte y la agricultura en el sur, que no pueden subsistir sin una mutua cooperación, tanto más aumentará la navegación de cabotaje. En la actualidad ya se tiene semanalmente oportunidad para dirigirse desde Valparaíso a todos los puertos menores, mientras que hace diez años se dirigía apenas una vez al mes un buque a Concepción o a Coquimbo. Probablemente, este comercio experimentará un gran incremento gracias a la navegación a vapor, para la que se presta tanto esta costa.

## CAPÍTULO SEXTO

### *Viaje a los Andes de Antuco*

Los síntomas de haberse iniciado la primavera, que evoca en las provincias australes de Chile el recuerdo de los meses más hermosos de la Europa Central, gracias a su avance pacífico y menos impetuoso, y que, por tales motivos, agrada más que la de las regiones boreales del país, eran una advertencia para ponerse de nuevo en marcha. A pesar de la guerra que se estaba librando, según la costumbre indígena, con indios y bandidos, y que constituía una amenaza de terror ignorado por un europeo, atraía el interior de Concepción, desconocido, prometededor de muchísimas novedades y elogiado por todos como el digno escenario para una exploración diligente, aunque peligrosa. Sin hacerme muchas reflexiones, pero preparado para lo peor, abandoné Talcahuano el 30 de octubre, a fin de instalar mi cuartel durante el segundo verano en la aldea de Antuco, último lugar poblado en la extremidad oriental del país.

Me acompañó en esta ocasión un joven que había sido raptado en su juventud por los indígenas, pasando varios años como prisionero de ellos, por lo cual se había familiarizado con su lengua y costumbres, de manera que me era muy útil.

Dueño de algunos caballos para montar, preferí esta vez arrendar las mulas para el transporte del equipaje, lo que me libró de muchas pérdidas. Dejamos Concepción a la izquierda y seguimos el camino que corre cerca del hermoso Bío-Bío, admirándonos del gran número de mosquitos, rarísimos en otras partes, pero que aparecieron como por encanto en un solo día, y aunque se presentan únicamente en el mes de noviembre, comprueban que deben hacerse algunas restricciones al elogio que declara a Chile un país libre de toda plaga de insectos. La creencia en su ausencia ya había dado motivo a una duda por la observación de arañas (*Mygale*) muy grandes y de aspecto sospechoso, de escorpiones de color café y de tábanos en los Andes, además de haber observado ciertos convivientes molestos en las casas. El Bío-Bío, que aquí tiene un ancho majestuoso, corre al lado del camino, el que está limitado a la izquierda por cerros elevados y boscosos,



#### 71. EL EMBANCAMIENTO DEL BÍO-BÍO.

El Bío-Bío, que tiene en Concepción un ancho de casi 2 Km., arrastra grandes cantidades de una arena negra volcánica, que tiene su origen en las erupciones de los volcanes Cóndor, Laja y Antuco, ocurridas a contar del primer periodo interglacial, hace medio millón de años. Al fondo, las "Tetas del Bío-Bío", al norte de las cuales se encuentra la bahía de San Vicente, que se formó por el relleno con estas arenas.

Fotografía: Carlos Keller R.

sobre los cuales florecen algunas plantas interesantes<sup>1</sup> y formando las Angosturas de Hualqui, que son unos pasos estrechos de muy mala reputación. Son tan angostos y están tan llenos de zanjas profundas y separadas por dorsos más elevados, debido a la costumbre de las mulas de pisar siempre en las mismas huellas, que

<sup>1</sup>Zarza (*Herreria stellata* R. et Pav.), rumpiata (*Bridgesia spicata* Hook.), patagua (*Crinodendrum patagua* Mol.), cóguil (*Lardizabala biternata* R. et Pav.), zarcilla (*Alstræmeria salsilla* L.) y michay (*Berberis corymbosa* Hook.). Frente a Concepción, la anchura del Bío-Bío es de unos 9.000 pies; mediciones españolas le atribuyen 3.600 varas; el capitán Hall estima su ancho en 2 millas inglesas. Desgraciadamente, la desembocadura está llena de bancos de arena, que cambian constantemente su situación, de modo que un bote de quilla no es capaz de remontarlo siquiera hasta la ciudad. En el verano (enero y febrero), los campesinos pasan incluso a caballo en Hualpén, cerca de la boca, por el lecho, que es muy bajo. Sólo aguas arriba de Concepción se puede navegar con mayor facilidad en botes bajos, lo que podrá ser útil para la provincia en el futuro, pues la ruta ha sido reconocida hasta Nacimiento (a 40 leguas de la ciudad). Es quizás posible construir un canal hacia el Andalién, un río muy poco correntoso y profundo, que desemboca en la bahía de Talcahuano, acercándose al Bío-Bío hasta un cuarto de hora; de esta manera, sería innecesario llegar hasta el mar por este último río.

se tiene que ser un buen jinete para hacer pasar el caballo sin daño después de cinco meses de lluvias. Habla muy bien a favor de los chilenos meridionales que en estos malos pasos, en que dos individuos resueltos podrían mantener en jaque a todo un numeroso grupo, los asaltos sean muy raros. Se pasa frente a muchos ranchos pintorescamente situados, pero en cuya pobreza han dejado sus huellas las prolongadas guerras, y uno se sorprende por las vistas a la lejanía, tan bellas como las más afamadas del Danubio y del Rhin. Sin ser molestados por las plagas del polvo y el calor, y mucho menos por la falta de agua, que atormentan a cada cual en las provincias boreales, avanzamos durante todo el día, con una sola breve interrupción durante las horas del mediodía, sin encontrar a algún viajero. Al atardecer alcanzamos la gran hacienda de Hualqui, que se extiende hasta el mar, situado a diez horas de distancia, y a la que se atribuye una superficie de 30 leguas cuadradas. La dueña recibió a los forasteros con la hospitalidad de costumbre, pues aun cuando ésta ha tenido que desaparecer de los alrededores de Santiago, se conservó en las partes menos visitadas de la zona austral, a menudo en formas patriarcales realmente acogedoras. Sin temor, todo forastero puede entrar en la casa de un campesino, aun cuando no le abra la puerta ninguna carta de recomendación, en la seguridad de ser acogido del modo más amable. Se le ofrece lo mejor que tenga la casa, y se le dispensarán atenciones que lo dejarán sorprendido. Estos servicios, solícitamente prestados, no exteriorizan ninguna clase de orgullo o de vanidad, pues se exige muy poco para lograr la buena voluntad de todos y compensar la hospitalidad de que se disfruta. Agrada la conversación a los hacendados más nobles, y les gusta que el huésped les participe algo de la cosecha de sus conocimientos, y tanto ellos como todos los chilenos de las provincias australes revelan un gran interés por aprender y poseen condiciones no comunes de comprensión. Muchos de ellos demuestran su buena preparación cuando la conversación se dirige a su provincia y a su historia reciente, y sus descripciones de las guerras partidistas y de las correrías en contra de los indígenas, o con éstos, adquieren un doble interés cuando el relator participó en los hechos o visitó él mismo las zonas alejadas a que se refiere. También el campesino de las clases pobres, a cuya choza conduzca el camino en la tarde, recibirá amablemente al forastero, le dará todo aquello de que sea capaz, y no sabrá cómo agradecer algún obsequio que le haga al despedirse para continuar el viaje. La observación de la buena crianza en el trato con sus congéneres que caracteriza también al más pobre es el camino seguro para lograr la benevolencia general. El forastero que, al entrar en el rancho, no encienda su propio cigarro antes de haber obsequiado con otros a cada uno de los miembros de la familia, desde el padre hasta el más joven de los niños, y sin excluir a las mujeres, y que no haya dejado de observar otras atenciones similares, logrará rápidamente las simpatías de todos. En las pequeñas poblaciones alejadas, la llegada de un extranjero ilustrado representa una atracción en la vida monótona de los pobladores. Hasta horas avanzadas de la tarde

el viajero se verá comprometido a seguir la conversación, y el mayor deleite serán sus relatos de las maravillas "de por allí", es decir, de los países transmarinos de la vieja Europa. Con la mayor atención escuchan todos las descripciones de las masas humanas, de las industrias y del poderío bélico de nuestro hemisferio; son asuntos que dan alas a su fantasía meridional. Un vecino tras otro entra entonces silenciosamente a la pieza semiobscura, para participar en la conversación, y cuando se guarda por fin silencio, se observará que gente más modesta estará sitiando también la ventana. Estas ansias de ilustrarse, este espíritu despierto y esta inclinación a la conversación de los chilenos meridionales se manifiestan asimismo en otros rasgos. Los campamentos que levantan en común los viajeros que se encuentran por casualidad son más alegres que en otras partes: o se toca la guitarra, o alguno que posea el admirado talento del relator congrega a los demás para hablarles de las sangrientas guerras libradas desde hace siglos con los araucanos en estos lugares, y a veces se entremezcla en ese relato alguna leyenda, substancialmente variada, perteneciente a la época romántica en que España se hallaba en formación y que se conservó también aquí, como tradición popular, presentando a los moros en los colores más oscuros, como representantes del principio maligno.

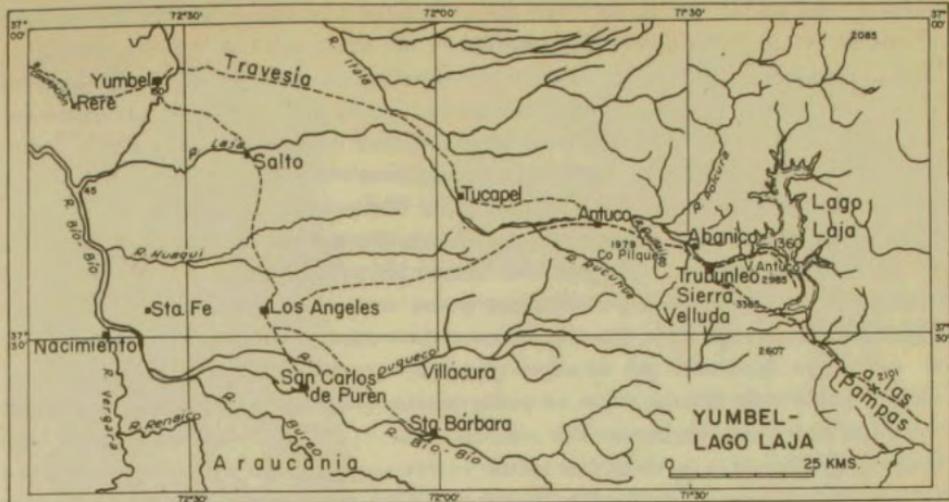
La vida de un hacendado de estas provincias es muy monótona, pero podría ser calificada como muy feliz si se hubieran superado las consecuencias de la prolongada guerra y si la vecindad de los indígenas no sometidos no diera motivo a nuevas preocupaciones que nunca terminan. El primero de estos males será eliminado, sin embargo, por el tiempo, y el otro se hará inofensivo como consecuencia del rápido aumento del poder del Estado. El verano pasa muy agradablemente debido a los múltiples quehaceres de la agricultura y ganadería, relacionados en Chile con la necesidad de tener que salir mucho a caballo y hacer otros movimientos enérgicos, muy de acuerdo con la afición predilecta de todos los chilenos; sólo el período de lluvias, que dura cinco meses, es desagradable, debido a que a pesar de la inclinación de los chilenos para el estudio, todavía no se han divulgado entre ellos los múltiples medios científicos con los cuales ha sabido indemnizarse el poblador del mundo boreal por la pérdida transitoria de la libertad en el invierno. Ni en Chile ni en el Perú existe hasta ahora una librería, y sólo en los últimos años han llegado desde Francia libros españoles a precios bajos. Es de lamentar que no consistan únicamente en obras de los clásicos, sino que las fábricas de traducciones de París y Burdeos hayan producido un verdadero diluvio de novelas desabridas y a menudo de escritos extraordinariamente inmorales. Hasta los tiempos más recientes, han faltado escuelas en el campo; sólo han sido creadas como una consecuencia de la última revolución. El joven podía estudiar en Chillán y Concepción dialéctica, lógica y filosofía aristotélica, pero jamás algo importante para la vida activa, nada de todo aquello que necesita y tiene que saber en primer lugar el ciudadano en un país joven. A pesar de todas estas desventajas, la ilus-

tración que se observa en el Chile austral es considerable, y lo que falta a sus pobladores en recursos lo suplen sus grandes talentos. La viveza que se manifiesta en toda la idiosincrasia del pueblo ha sido de provecho también a este respecto, y jamás aparece el peruano, que es débil de cuerpo y espíritu, en peor luz que cuando se le compara con el chileno meridional. ¡Es de lamentar que el demonio del juego, que destruye en las ciudades la felicidad de tantas familias, extienda su terrible poder también sobre los campesinos. Juega el más rico de los hacendados, y lo hace asimismo el más pobre de los jornaleros, y esta perniciosa pasión sólo desaparecerá una vez que sea necesario ampliar la industria y gracias a la influencia de la educación superior. Ni siquiera se ha librado de esta inclinación el estado eclesiástico. Se puede observar en Chile a sacerdotes que se mezclan a caballo con los huasos, y que harán con ellos una carrera si es conveniente; otros aparecen en la plaza con sus gallos de pelea, apostando sumas importantes por ellos, y todo esto enfrente de la iglesia, en la que celebraron pocas horas antes los oficios más sagrados de su religión. Por lo general, la suerte del clero, al que pertenecen, sin embargo, individuos que merecen el mayor respeto, no es muy brillante en Chile, pues hay pocas iglesias suficientemente ricas para asegurarle una existencia independiente. Los seculares constituyen sin duda una de las clases más ilustradas, y aunque se dé a conocer como protestante, el extranjero será recibido por ellos con gran amabilidad, y serán precisamente ellos quienes se interesarán más por los naturalistas extranjeros, prestándoles mucha utilidad con sus consejos y conocimientos. Casi todos son adictos a la causa de la República, no obstante haber perdido a veces mucho por las alteraciones políticas. Los religiosos, en cambio, son contrarios al nuevo orden, pero su número ha disminuido bastante debido a secularizaciones demasiado radicales, permitiéndose sólo la existencia de aquellas congregaciones que se dediquen a la enseñanza de la juventud y al cuidado de los enfermos. El chileno no sólo no es pechoño, sino que es un decidido partidario de la tolerancia, destacándose a este respecto favorablemente del peruano. Las alusiones desagradables, a que no se podrá sustraer en el Perú ni el más precavido de los extranjeros, serán difíciles de escuchar en Chile, y ni siquiera un individuo muy excitado de las clases bajas insultará al forastero con el odioso nombre de hereje. El pueblo chileno, inclinado a pensar agudamente los problemas, es capaz de ilustrarse en forma amplia, y aventaja a este respecto a muchos otros, que disfrutaban desde tiempos remotos de los recursos necesarios para lograr su libertad espiritual, a pesar de haber obtenido su independencia sólo hace pocos años.

En el Perú, la ignorancia o la resistencia para dejarse instruir sobre la historia de las ideas humanas son tan grandes, que el subprefecto del gran territorio de Maynas sostenía con gran énfasis que los ingleses encomendaban a sus compatriotas fallecidos que acompañaban al cementerio, la conducción de cartas que les entregaban, pues estaba firmemente convencido de que tenían que resucitar en Gran Bretaña, donde harían entrega de esas cartas. Tales necedades no las cree

ahora ningún campesino chileno de los protestantes, y muchos de éstos han sido acogidos y cuidados amablemente en el seno de familias chilenas cuando contrajeron alguna enfermedad y se encontraban sin recursos. Los matrimonios de católicos con protestantes son cada vez más frecuentes, y ha caído en desuso la antigua formalidad que exigía abjurar públicamente las anteriores creencias. Muchos extranjeros protestantes se casan con mujeres chilenas, sin que de ellos se exija más que respetar las formas exteriores de la Iglesia dominante, lo que, por lo demás, imponen el respeto y la humanidad. En Valparaíso, los extranjeros poseen un cementerio propio en las inmediaciones del que está destinado a los cristianos católicos, y ambos disfrutan del mismo respeto. Posiblemente, eran prematuras las peticiones de algunos extranjeros que solicitaron permiso para construir iglesias propias. Se había olvidado que los chilenos son descendientes de los españoles, que siempre han conocido un solo culto, considerando a los demás como dignos de ser perseguidos. La tolerancia tácita de la época actual merece ser elogiada y admirada, y si bien se declaró en el Congreso de 1828, después de prolongadas discusiones, que la religión católica es la única del país, ello no significa que ciertas concesiones, que ya se hacen tácitamente, no puedan ser reconocidas en forma pública más tarde.

Abandonamos muy de madrugada a la mañana siguiente el hospitalario Hualqui, que tenía el aspecto de una pequeña aldea. El camino se aleja del hermoso Bío-Bío, para subir a la montaña, despidiéndose del panorama constituido por serranías boscosas, en medio de las cuales serpentea el río tranquilamente sus aguas claras, pero no alegradas por la presencia de alguna vela. Con cada hora que pasa, el paisaje se torna menos interesante, pues por mucho que se ascienda por colinas cada vez más elevadas, la vista no se presenta libre en ninguna parte. Pero parece que los cordones tuvieran rumbo de noroeste a sureste, de modo que correrían paralelamente a los Andes, que abandonan en esta provincia su dirección longitudinal. El suelo es poco fértil, a veces incluso arenoso, y donde afloran las rocas se reconoce fácilmente la misma arenisca ya observada en Concepción. Termina el exuberante crecimiento de los bosques, y luego uno se encuentra entre colinas cubiertas escasamente de arbustos, a veces también peladas, pero que no tienen nunca un aspecto tan deconsolador como en el norte, tan pobre en agua. Algunos ranchos interrumpen la aburridora jornada, al fin de la cual se descubre el anhelado cordón andino en el horizonte. A través de senderos bastante intrasitables y que hacen peligrar a menudo los cargamentos de las mulas, la tropilla llegó en la tarde al caserío de Rere, situado entre bajas colinas en una hondonada plana, prometiendo poco al viajero. Recibidos hospitalariamente por una amable vecina, quedaba suficiente tiempo para inspeccionar las dos curiosidades de la pequeña población: la campana y una palmera en el patio del antiguo claustro. Y, en efecto, ambas merecen algún interés, pues están relacionadas con fenómenos de la historia natural. La palmera es muy grande, constituyendo fácilmente el indi-



viduo más alto de esta especie, que es la única endógena en Chile. Las palmeras chilenas se hallan (en estado realmente silvestre) en la zona costera de la provincia de Concepción hasta la desembocadura del Itata ( $36^{\circ}$ ); las que crecen en los alrededores de la ciudad de Concepción, es probable que hayan sido plantadas artificialmente en tiempos remotos, y parece difícil que se encuentren ejemplares silvestres a orillas del Bio-Bío. Sin embargo, esta palmera crece todavía en la ciudad de Valdivia ( $39^{\circ} 51'$ ), pero sin que sus frutos alcancen a madurar. En la parte boreal de América, el límite de las palmeras es mucho más reducido, pues las únicas especies, pertenecientes al género *Chamærops*, apenas crecen más allá de  $28^{\circ}$  de Lat. N. De la misma manera, parece que las islas, al menos las de los mares americanos, no fueran capaces de permitir el crecimiento de palmeras en tan gran cantidad como el continente vecino, a pesar de estar provistas de una gran abundancia de helechos, siendo sabido que éstos se destacan, junto con las palmeras, en la flora tropical. Es muy probable que la gran isla de Cuba alimente a lo sumo diez especies de palmeras, pero yo mismo he recolectado dentro de un pequeño radio a orillas del río Huallaga, en el Perú, cerca de cuarenta especies de estos majestuosos árboles. La palmera de Rere (*Cocos chilensis* Mol.) tendría, según informaciones que me fueron proporcionadas, una edad de cerca de 150 años; tiene un diámetro de 3 pies, y es realmente hermosa. Como único individuo de la zona, se le cuida mucho, y suministra en el Domingo de Ramos las hojas que son consagradas en lugar divino, para ser colocadas en las viviendas y proteger en contra de desgracias en el año siguiente. Las palas de tejido leñoso, con longitud de unos 6 pies, sirven a los vecinos para múltiples fines caseros, y su forma de hortera se presta para confeccionar cunas para los niños, que se cuelgan en cordes. El orgullo del pueblo es, sin embargo, la campana de la iglesia, de hermoso

sonido, y se afirma que la devoción de los feligreses agregó al bronce mucha plata y más de veinte libras de oro fino. Antiguamente se encontraban en esta zona grandes cantidades de pepitas de este último metal, a veces hasta de media libra de peso. Las colinas vecinas, constituidas por un aluvio muy suelto de areniscas descompuestas, permitían producir una gran cantidad después de cada lluvia fuerte, y también en las callejuelas de Rere se lavaba oro, contenido en las arenas aportadas por los arroyos formados por las lluvias. Todavía hace veinte años, la ganancia era tan grande, que compradores pudientes procedentes de Santiago adquirirían en un solo año hasta dos arrobas (50 libras) de oro, el que era trasladado finalmente por contrabandistas a los buques surtos en los puertos. Pero esta fuente de riqueza cesó de improviso, pues la arena empobreció en pepitas. Un reconocimiento cuidadoso demostró que la capa que había yacido sobre las rocas areniscas sólidas había sido lavada y que se podía esperar poco metal de las capas yacentes bajo los escombros auríferos. Por eso, los vecinos de Rere abandonaron los lavaderos y se dedicaron a otras fuentes de recursos, pero están poco favorecidos por la naturaleza, pues la población se encuentra en una región relativamente poco fértil, en que los cereales apenas dan un 25% más que la cantidad sembrada, una circunstancia que no preocupaba a los primeros agricultores, que en realidad sólo se interesaban por el oro. El antiguo nombre de Buena Esperanza de Rere es ahora mucho más significativo, pues en realidad los buenos vecinos todavía no han olvidado las utilidades que obtenían tiempo atrás, por inciertas que fueran, y abrigan las mejores expectativas en el futuro, que probablenemte no las cumplirá. La falta de bosques en la zona se explica quizás por el clima extraordinariamente riguroso.

Hacia el oriente de Rere, la región cambia poco y no corresponde a la reputación de ser muy fértil, que sólo merece el territorio situado al pie de los Andes, a dos jornadas más hacia el este. A medida que se sigue avanzando, el terreno aumenta poco a poco en altitud, pero lo hace en forma casi insensible, y no se hallan las mesetas de que hablan antiguas informaciones. Siguen presentándose las colinas onduladas y escasas de vegetación. La falta de ésta induce al chileno a suponer que contienen grandes riquezas minerales, un prejuicio que se encuentra propagado, por lo demás, en toda la América española. El poblador de la zona andina, rica en plata, habla de vapores metálicos provenientes de las vetas reales existentes a profundidad, que destruirían la vida en la superficie, y apoyan esta afirmación en el hecho innegable que muchas zonas mineras se caracterizan por una sorprendente esterilidad y un aspecto enfermizo de las plantas.

Bajo una densa llovizna, que aumentó el aspecto lúgubre del paisaje, descendimos de la última de las colinas y nos acercamos al pequeño caserío fortificado de Yumbel, situado al comienzo de un llano, cuyo límite no se podía reconocer y que era la meta de la tercera jornada. Se ofreció un curioso aspecto cuando entramos por la puerta sin batientes. Mi tropilla fue rodeada por centenares de

indios pehuenches, de color cobrizo y semidesnudos, que gritaban espantosamente y parecían dispuestos a considerar al equipaje como su botín. Con los sonidos de una lengua jamás escuchada, presentaban múltiples exigencias, y una embriaguez que rayaba en la locura les dio el valor de cometer violencias, que les habría faltado bajo otras circunstancias en el centro de una aldea chilena. Este asalto habría podido tener consecuencias desagradables, pues mis acompañantes, demasiado resueltos, prepararon sus armas de fuego en medio de la reyerta. Fuimos librados oportunamente del salvaje gentío por algunos dragones que se apresuraron a ayudarnos. El comandante del llamado fuerte nos acogió con mucha amabilidad, ordenando que se nos facilitara una casa desocupada como vivienda, una atención que le agradecí debidamente, pues las circunstancias nos obligaron a permanecer en Yumbel el día siguiente, que era la fiesta de Todos los Santos.

En la tarde visité, en compañía de algunos oficiales chilenos, a los caciques de los pehuenches, cuyo encuentro pudo haber resultado tan peligroso para nosotros. Se hallaban un poco separados de los demás, debajo de la media agua de la antigua guardia principal, pero no por eso estaban libres de las impertinencias de sus subordinados, de que tampoco se distinguían en cuanto a su estado de ebriedad. Tendidos alrededor de la fogata casi desnudos, algunos se habían entregado al sueño, completamente ebrios, mientras que otros procuraban lograr ese mismo estado. Para beber a su manera en forma festiva, no necesitaban ninguna clase de vaso ni de otros aparatos. Habían excavado pequeños pozos al centro de su ruca, extendiendo un pellejo de oveja sobre ellos, y habían vertido el vino en esa cavidad plana. Siempre se encontraban algunos tendidos de boca en el suelo, bebiendo en esta fuente de los placeres, hasta lograr embriagarse. Sólo un cacique, quien, en efecto, me prestó múltiple utilidad más tarde en Antuco, pareció haber bebido menos, y nos recibió con el rudo orgullo de un salvaje cuyos servicios se consideraba obligada a solicitar la República. Fue difícil lograr declaraciones de parte de este individuo terco y al parecer poco inteligente, hasta que uno de los oficiales le recordó las acciones bélicas de su juventud. Entonces se puso en evidencia la naturaleza sangrienta del nómada brutal y vengativo; se libró de las limitaciones que le imponía la lengua castellana, hablada penosamente y en fragmentos, y se dedicó a relatar con gran viveza, y extensamente, en su propia lengua, muy áspera e ingrata al oído, los asesinatos que había cometido. Al final, el lenguaraz no fue capaz de seguirle, y en cuanto a mí, pudo perfectamente dejar de traducir esos asuntos. Logré la simpatía del cacique mediante el obsequio de tabaco, añil y sal, y pude considerar sin duda como una prueba de su buena voluntad que me prometiera permitirme que lo acompañara en un "malón", a fin de darme oportunidad para disparar a mi gusto sobre los moluches, un pueblo indígena que odiaba. Una mirada a él y a sus subordinados, que acababan de matar un caballo y se untaban el cuerpo con su sangre caliente, antes de consumir su carne, no ofreció perspectivas muy favorables para el verano, que tenía que pasar entre esta gente,

dependiendo de su voluntad. No eran éstos los héroes de Ercilla, y por mucha licencia poética que se concediera al español, los originales se distanciaban de una manera demasiado repugnante del retrato. Pero la amistad que el cacique demostró por el *huinca* (una palabra de sentido ambiguo para designar al europeo y usada en forma desfigurada como un insulto por el populacho de Chile) tuvo la consecuencia favorable que los indígenas siempre me trataran con cierto respeto.

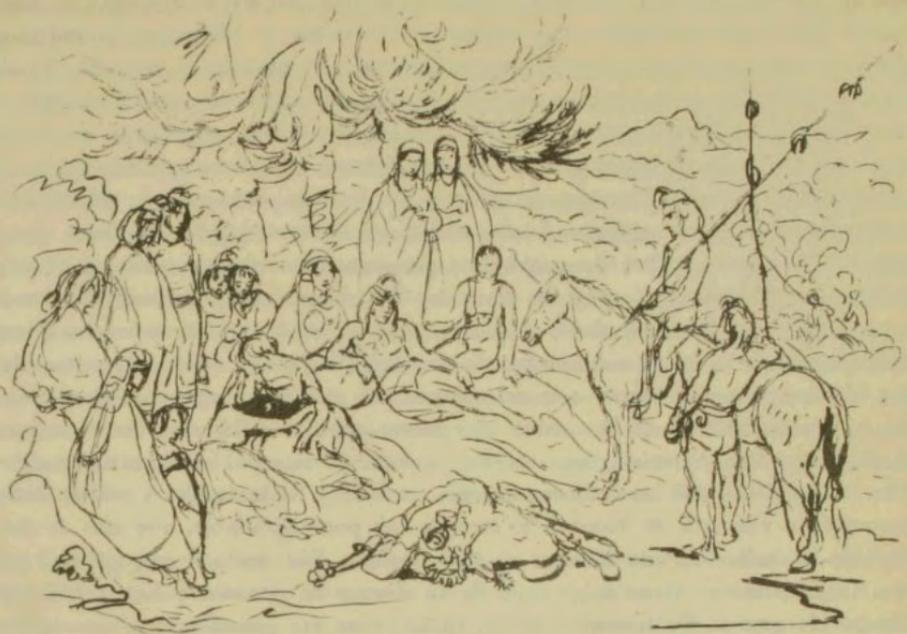
• La horda de aquellos pehuenches, compuesta por algunas centenas de individuos, había venido desde Antuco a Yumbel, para recibir de la República los regalos usuales antes de iniciarse una nueva correría contra Pincheira, celebrando una borrachera de dos días a expensas públicas. Pero tales aliados no inspiraban mucha confianza, por lo cual los habitantes de Yumbel habían sido movilizados, destacándose una sección del pequeño ejército en este lugar. Tan pronto se pagó el precio y se había agotado todo el vino, la horda salvaje volvió a alejarse, haciendo diversas correrías en el país enemigo, en las que ellos mismos experimentaron también algunas pérdidas. La estada en Antuco dio oportunidad para llegar a conocer bien a estos pehuenches. -



72. EL ATAQUE. *Rugendas.*

Al amanecer, con el ímpetu de un rayo, la horda araucana se ha dejado caer sobre una hacienda situada al norte del Bío-Bío. Vestidos sólo con chamal (pantalón corto) y armados de largas lanzas, arrasan con cuanto encuentran: mujeres, niños, ganado. Matan a los hombres, prenden fuego a los edificios y desaparecen con igual rapidez que llegaron. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung.*

*Munich.*



### 73. EL RESCATE. *Rugendas.*

Al centro, un cacique rodeado por mujeres e hijos; la mujer principal, ricamente adornada, a la izquierda. Yacen debajo de una araucaria, y a la derecha, al fondo, se observa un paisaje andino: trátase, pues, de pehuenches, a quienes se refiere extensamente Pöeppig. A la derecha, algunos vecinos del cacique se han acercado para contemplar la escena. Frente a ellos, a la derecha, dos araucanos han traído el precio del rescate para obtener la libertad de las dos mujeres chilenas que lloran a la llegada de los forasteros. El rescate ha sido depositado sobre el primer plano, al centro, y consiste en una montura, carabinas, espuelas de plata, sartas de adorno para las mujeres, etc. *Original que estaba en poder de doña Carmen Arriagada, Talca.*

Yumbel es una de las poblaciones más antiguas en la frontera austral, mencionada en diversas ocasiones por Ercilla. Como lugar fortificado, pertenecía a un cordón de fortines con que el gobierno español trató de proteger el territorio en contra de los ataques de los bárbaros, dedicados sobre todo al pillaje; ese cordón fue establecido cuando todas las poblaciones de los blancos habían sido destruidas en el territorio de los indios y fue indispensable establecer un antemural. Situada en el comienzo de una gran planicie, la plaza parecía no constituir un obstáculo para las incursiones de los araucanos, pero es un hecho que éstos jamás emprenden una acción de mayor envergadura, dejando un lugar fortificado en su flanco o a su retaguardia. Los pequeños fortines situados a lo largo del Bío-Bío, desde

su desembocadura hasta la cordillera andina, cumplían su finalidad al ofrecer protección a los campesinos que huían y resistir el sitio por los indios durante tres o cuatro días, lapso suficiente para concentrar las tropas y obligar a los indígenas, que jamás aceptan la guerra en el campo abierto, a emprender la retirada. Yumbel es una población muy pequeña, que en Europa apenas merecería el nombre de una aldea. Está rodeada por una elevada muralla de adobes, que forma un cuadrado. Cada costado de estas sencillas fortificaciones mide unos quinientos pasos, terminando en sus dos extremos en un pequeño bastión, cada uno de ellos armado antiguamente con tres cañones. La seguridad era aumentada por una fosa, que en la actualidad se encuentra derrumbada, y por una hilera de palizadas. A pesar de su aparente debilidad, Yumbel ha resistido diversos sitios (si es lícito llamar así a un ataque indígena), y de la misma manera están equipados todos los fuertes de la Frontera. Están en condiciones de resistir al indígena, que no usa otra arma que la lanza y que se resiste a transformar en un sitio un ataque malogrado. Dentro de la muralla se halla el caserío, compuesto por dos callejuelas, unas cincuenta chozas muy pobres y una iglesia; pero el aspecto de esta población es tan sombrío y la contemplación de las colinas peladas a un lado y de la amplia y estéril llanura denominada Travesía de Yumbel, al otro, es tan poco agradable, que uno se siente aliviado al haber dejado Yumbel a sus espaldas. Sus vecinos son pobres, pero bien intencionados; viven sobre todo de la crianza de ganado, y han sufrido mucho por la guerra. Su interés o su curiosidad eran tan grandes, que me visitaron casi sin interrupción durante todo el tiempo que me vi obligado a pasar entre ellos. Por cierto, las conversaciones no son siempre muy entretenidas, pues por lo general los visitantes son muy ignorantes en casi todas las cosas, sometiendo la paciencia del forastero a una verdadera prueba con sus interminables preguntas, tanto más cuanto que creen poder deducir de su idiosincrasia, sus ocupaciones y la contemplación de los veinte tomos de su biblioteca, que está dotado de conocimientos superiores. Es a menudo necesario que el interrogado tenga una buena predisposición a favor de su visitante, para poder mantenerse serio, pues se le presentan dudas concernientes a todos los asuntos del saber humano, que preocupan a los vecinos. Las fáciles explicaciones son aceptadas como oráculos. Al mediodía la casa estaba repleta de guisos que se nos habían enviado desde todas partes, y eso a pesar de que todas nuestras visitas ya nos habían obsequiado con aves, huevos y frutas. Tal abundancia no era, sin embargo, muy grata, pues recibimos también la visita de los caciques de los pehuenches, que habían dormido su embriaguez y se presentaban sobrios, y la seguridad que nos dieron de su eterna amistad y leal protección durante nuestra permanencia en la Frontera merecía bien su amplia participación en nuestras reservas. De acuerdo con el consejo que nos dieron los chilenos, habíamos dejado ocultas las botijas de vino, y si algo desagradó profundamente a nuestros amigos cobrizos, ahora mucho más amables que el día anterior,

fue la precaución en el reparto de una cantidad no pequeña de aguardiente. Se alejaron en la tarde con su característico chivateo, sin el cual no inician una acción bélica ni un viaje.

Los vecinos de Yumbel aconsejaron decididamente renunciar a proseguir el viaje hacia la frontera andina. Era efectivo que los tiempos no se presentaban muy favorables, pues habían llegado muchas familias que habían tenido que huir, y la belicosidad y antiguo odio de los indios contra sus vecinos blancos se habían manifestado por síntomas inequívocos. La frontera austral estaba indefensa, pues aun cuando el ejército chileno se encontraba reunido en Chillán, el espíritu que reinaba en él hacía suponer como más probable el propósito de marchar a Santiago y desencadenar una nueva revolución, que el de dirigirse en contra de los indios. Pero los rumores habían sido tan contradictorios desde hacía algunos meses, que parecía absurdo atribuirles importancia. Fue necesario continuar el viaje, y si bien el peligro era grande, constituía un atractivo la esperanza de encontrar una recompensa en el país de las maravillas de los Andes superiores. El naturalista que se dejara intimidar por la posibilidad de peligros en sus viajes al interior de la América del Sur dispondría, en efecto, de un campo muy limitado para sus actividades.

Con alguna preocupación, salimos el 2 de noviembre desde Yumbel, obligados a tomar un camino muy desagradable, pues era posible que en el que se sigue comúnmente se encontraran todavía indios, que quizás no tratarían con mucha delicadeza al solitario viajero, a pesar de todas las seguridades de amistad. Desde Yumbel se extiende hasta el pie de los Andes La Travesía, que es un páramo sin árboles y sin agua potable, susceptible de ser cruzado en una jornada larga y penosa. En medio de los hermosos paisajes del sur, cubiertos de bosques, una llanura con ancho de veinte horas y gran esterilidad llama mucho la atención. El suelo está constituido en su mayor parte por arenas y partículas desmenuzadas de una roca volcánica, conteniendo algunas angostas fajas de tierras de mejor clase en aquellos puntos en que se acumula algo de agua en la época de las lluvias. Si bien el Laja cruza este páramo, sus orillas son pedregosas y sin vegetación. No es improbable que La Travesía, que se encuentra limitada en todas partes por pequeñas colinas, haya sido en tiempos remotos un lago, en que se reunían las aguas provenientes desde el valle de Antuco. Se explica así también la cantidad extraordinariamente grande de escombros volcánicos que existen en ella y que sólo pueden provenir de los Andes. Un suelo de esa naturaleza es, por supuesto, muy pobre en vegetales, y los fuertes vientos del sur, por su parte, contribuyen sin duda a impedir el crecimiento de los árboles; con todo, el botánico no se queda con las manos vacías. El pichepiche (*Fabiana*), con flores celestes y hojas ordenadas regularmente en forma superpuesta, algunos arbustos diadélficos y representantes resinosos del género *Senecio* interrumpen la uniformidad, y una curiosa cactácea

(*Opuntia caespitosa* Poepp.) se extiende en los sitios más áridos en forma de cojines amplios y de color verde claro, llamando la atención tanto por sus flores de color amarillo de azufre como por las espinas plateadas que sobresalen por todas partes de sus articulaciones, que tienen la forma de mazas. Pero nuestro apuro no permitió explorar detalladamente la flora, pues fue necesario recorrer las veinte leguas en el curso del día, y a pesar del calor y de la falta de agua, que molestaban tanto a los animales como a los hombres, se interrumpió el viaje sólo por algunos instantes a fin de cambiar nuestros caballos por otros que habíamos arreado desde Yumbel. Parte de las penurias y del aburrimiento de la cansadora jornada, realizada en un galope corto y alternada con el paso castellano, la que parecía no terminar nunca, fueron olvidados al contemplar el volcán Antuco, que expedía tranquilamente su humo, y las montañas nevadas vecinas. Muchas miradas llenas de nostalgia fueron dirigidas a las boscosas y verdes serranías que se elevan en el borde oriental de La Travesía, limitando a los Andes, que evocaban la frescura y sombra de que uno mismo carecía. Sólo cuando la tarde ya había avanzado mucho, alcanzamos el término de la desagradable llanura, desembarcando —para así expresarme— bruscamente en un suelo muy pastoso y fértil.

La luna había salido sobre los campos nevados de los Andes, las corrientes de lava brillaban con color de fuego en el flanco no iluminado del volcán, y todo parecía abandonado hasta que el repentino bullicio de un gentío nos permitió adivinar la proximidad de Tucapel, pero también la ocurrencia de algo extraordinario entre sus vecinos. En efecto, los encontramos en la mayor desesperación, pues se esperaba de un momento a otro un “malón” de los moluches, una nación dedicada a los salteos, que habría aparecido en el Bío-Bío superior, de acuerdo con rumores llegados. Las mujeres y los niños lloraban, mientras que los hombres estaban dedicados a cargar apresuradamente los caballos que habían juntado, con los bienes más valiosos que poseían, a fin de huir a un lugar distante y seguro, convencidos de que encontrarían la pequeña aldea en cenizas al regresar. Algunos pocos hombres estaban resueltos a esperar hasta el último instante, confiados en la rapidez de sus caballos, para seguir a los suyos sólo al acercarse las hordas sanguinarias. Me pareció lo más cuerdo imitar este ejemplo, en vez de reemprender el largo y pesado camino de regreso a Yumbel. Las mulas y las cargas fueron escondidas en un bosque vecino, a través del cual podían escapar sin ser observadas, y yo mismo recibí un caballo fresco. Los chilenos acamparon en medio de la aldea, pues nadie se quería recluir en su estrecha casa, en que era difícil reconocer con suficiente celeridad el peligro que se acercaba. Fue un campamento triste, pues se habló poco, y no se escuchaba la alegre guitarra, como en otras ocasiones. Los campesinos se habían agrupado melancólicamente alrededor de una pequeña fogata, cuya luz permitía advertir en sus acongojados rostros los síntomas de la miseria

que esta guerra asesina había generado desde hacía muchos años para todos los habitantes de la Frontera.

El silencio de la medianoche fue interrumpido por una espantosa canción. Una voz ruda entonaba una melodía que comprendía sólo cinco notas, cantadas aisladamente y seguidas luego de breves compases por un sugestivo silencio. A escasa distancia de nosotros se encontraba el campamento de unos veinte pehuenches, que había permanecido inadvertido. Al lado de la fogata se apoyaba un indio atado en el viejo tronco de un taciturno maitén; estaba pintado con rayas blancas, que imitaban sobre su oscuro cutis, con espantoso realismo, el esqueleto humano. En amplio círculo se habían sentado los demás; guardaban silencio, y dirigían la mirada fijamente al suelo, con expresión sombría, encontrándose detrás de ellos los caballos, ensillados, y a su lado, plantadas en el suelo, las largas lanzas. El prisionero inició de nuevo su canción, pero nadie le contestó, pues se trataba de su despedida de la vida, de su canción de muerte, ya que había sido condenado a ser ejecutado en la madrugada siguiente por la mano de sus vigilantes. Envalentado por la bebida, había asesinado al hijo de otra familia, y como era el único descendiente de una tribu aniquilada, era demasiado pobre para pagar el precio de su crimen por medio de armas y animales, de modo que estaba sujeto a la vindicta y tenía que pagar su grave culpa con su vida, de acuerdo con la inexorable ley de este pueblo.

Ante la sensación del terror que produce la contemplación de tales escenas, es como si se buscara consuelo en el seno de la naturaleza, siempre amable, siempre grata. Se anhela olvidar, en el silencioso lenguaje que dirige al consagrado en sus misterios, las desagradables sensaciones que produce el aspecto de la barbarie de grandes pueblos y de la crueldad de sus miembros en todo aquel que todavía no se haya acostumbrado a él.

Abandoné el campamento, cuya vecindad sólo podía provocar mal humor, y subí a una colina que se elevaba cerca de la infeliz aldea, la que estaba libre de árboles. Una roca plana me ofreció un asiento; con el caballo tomado de las riendas y la escopeta apoyada en el brazo, vigilé los alrededores durante largo tiempo, pues el asalto amenazante podía ocurrir en cualquier instante. Traídos por el viento, se escucharon cerca de la medianoche en la lejanía el ruido de caballos al galope y un gran chivateo, y de inmediato todos se pusieron en movimiento en la aldea; los chilenos y los indígenas desaparecieron en fuga entre los grupos sombríos de árboles. Pero pronto la característica del chivateo permitió reconocer que se trataba de los pehuenches aliados, pertenecientes al mismo grupo que había abandonado Yumbel el día anterior, y que traían buenas noticias. Se avivó la llama de la fogata, y todos rodearon a los recién llegados, quienes informaron con gestos muy expresivos que habían encontrado inesperadamente a los moluches atacantes, vencidos en lucha sangrienta, y que se dirigían ahora a Chillán para dar a conocer la noticia de la victoria habida y recibir los regalos de costumbre. Para

probar la veracidad de su información, hicieron rodar entre nuestros pies algunas cabezas cortadas, cuyas fisonomías salvajes y de súbito congeladas por la muerte ofrecían un aspecto verdaderamente terrible. Estos horrorosos trofeos fueron recibidos con grandes manifestaciones de una estridente alegría; los chilenos aportaron sus abastecimientos ocultos, y pronto se generó una repugnante bacanal. Con un profundo dolor en el corazón, por la repetida contemplación de tales horrores, me dirigí a la selva, donde se encontraban los mozos ocultos; el gran agotamiento espiritual y corporal me libró de la necesidad de preparar un lecho cómodo, para olvidarme de todo lo experimentado en brazos del sueño.

Aquel hecho de armas parecía haber asegurado la paz en la región durante las próximas semanas. Después de haber logrado aumentar la reserva de provisiones necesarias para la permanencia en Antuco durante el verano, me alejé otra vez del pequeño caserío, en el que se encuentran unos diez ranchos alrededor de un fuerte fronterizo, espacioso y bien conservado, pero sin guarnición. Otro obstáculo se presentó en forma del río Laja, que es ancho. Se había hablado de una balsa para llegar al otro lado, y habíamos pensado que se trataba de una de esas embarcaciones de cueros, sin clavos, que había llegado a conocer durante mi estada en Talcahuano. Después de mucho esperar, se presentó en el barranco opuesto un hombre, lo que significó para mis acompañantes una indicación de quitar las monturas y la carga a las mulas y caballos y arrearlos mediante gritos y pedradas al río, obligándolos a entrar en él, a pesar de su resistencia. Una vez en la rápida corriente, nadaron a la otra orilla, donde el balsero los laceó de a uno y amarró. Observamos cómo eligió el caballo de más fuerza, para amarrarle un lazo en la cola y echarlo al río mucho más arriba del lugar en que nos encontrábamos. Nadaba en dirección hacia nosotros, y detrás de él apareció el balsero, como si anduviera sobre las olas. Al desembarcar, resultó que había permanecido de pie sobre una balsa formada por algunas ramas torcidas y unidas desordenadamente por amarras; había sido suspendida en la cola del caballo, y tenía un ancho de 4 pies y 9 de longitud. En este frágil instrumento se amarró una parte de las cargas, y mientras el balsero se coloca en la proa de la embarcación, desde donde dirige con el cuerpo doblado los movimientos del caballo que nada, el pasajero en la popa, donde las olas se elevan bastante sobre la balsa, está plenamente ocupado en mantener su propio equilibrio y el de la carga. Es necesario dirigirse cada vez bastante hacia arriba en la orilla, pues la corriente sólo permite alcanzar el desembarcadero en ángulo agudo. Tuvimos la suerte de pasar al otro lado todo nuestro equipaje en cuatro viajes.

La impresión que se recibe de este arbitrio no es agradable, pues de ese río no se salvará con facilidad un nadador corriente, y si se cansara el caballo o se soltara la cuerda de su cola, sería inevitable el viaje río abajo, y el desenlace no ofrece dudas. En todo caso, esta manera usual de cruzar los ríos en Chile austral es muy preferible a otra, que me vi obligado a emplear dos veces. Consiste

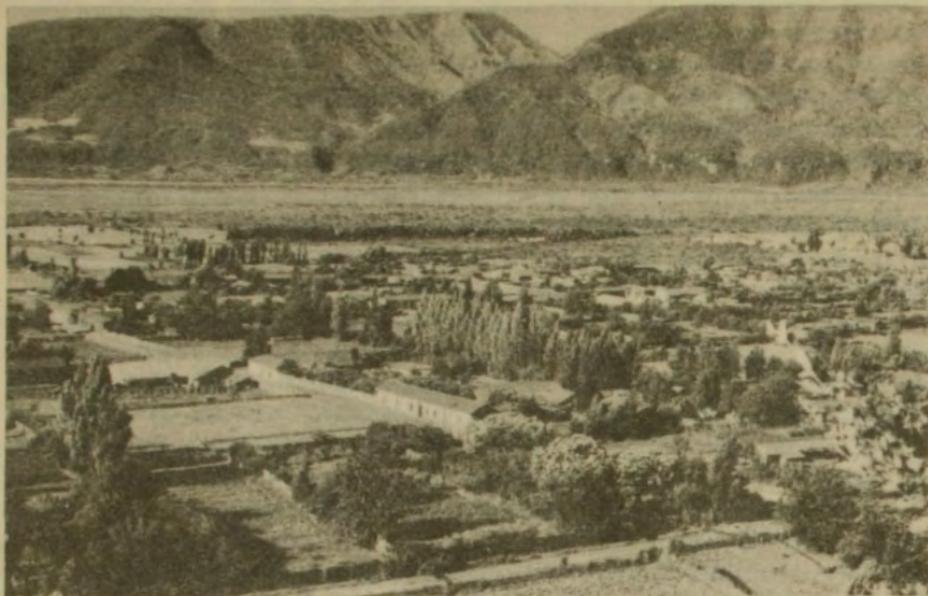
en desnudarse, colocar un lazo por la parte inferior del cuello del caballo, dejándose arrastrar así por el río; sólo se emplean los pies para nadar.

En la orilla opuesta del río Laja, que tendrá en esta parte una anchura de unos quinientos pasos, cambia el panorama, pues se inicia el ascenso por las serranías boscosas que limitan los Andes, encontrándose uno por primera vez en medio de una vegetación que tiene en sus rasgos esenciales alguna semejanza con la de las zonas templadas. Troncos vigorosos, cubiertos de musgos, similares a las encinas y hayas del hemisferio boreal, tienen amplias copas, no ocultas por una maraña de enredaderas. Alternan con esos bosques, praderas situadas en medio de ellos y cubiertas por gramíneas finas y una infinidad de flores, y sólo al final de la jornada se sale a paisajes más abiertos, reconociéndose el valle de Antuco y los síntomas de una actividad volcánica general, que se manifiestan por medio de estratos, todavía poco definidos, de lavas basálticas que se extienden a lo largo de los faldeos de las serranías, y por cantidades infinitas de escombros destrozados de igual origen, que —unidos por arcilla ferruginosa— constituyen las bajas colinas y los barrancos en que todavía no se ha juntado tierra vegetal.

Sorprendidos por la noche, preparamos nuestro campamento a orillas del Rucué, un furioso torrente andino, que interrumpe con frecuencia todas las comunicaciones cuando tiene crecidas. Fue necesario aplicar nuevas medidas de precaución en esta región, pues el viajero está fácilmente expuesto a ser atacado por indios vagantes mientras duerme, por lo cual no se desensillaron los caballos y montamos guardia en forma alternada. El lugar tenía un aspecto tétrico, acentuado por el ruido del volcán, que era claramente perceptible; y las aves nocturnas<sup>1</sup>, que volaban alrededor de nuestra fogata en gran número y con mucha temeridad, instigaron una superstición antiquísima en mis acompañantes, por lo cual éstos, en vez de dormir tendidos sobre alguna de las cubiertas de sus monturas, prefirieron mantenerse despiertos por medio de la conversación, relatando cuentos que eran, en parte, productos de su propia fantasía y que reflejaban el carácter de los alrededores sombríos.

Con el alba volvió a ponerse en movimiento la tropilla. El volcán se presentaba ahora descubierto y engañosamente cercano, llegándose temprano a Antuco,

<sup>1</sup>Su vuelo tan liviano como el de espíritus, su despertar en la noche y sus extraños ojos han inspirado un supersticioso temor en todo el mundo por las aves nocturnas. En Chile existen tres especies de lechuzas (*Strix magellanica*, *Str. flammea* y una tercera, todavía no descrita), sin considerar la lechuza del día (*Str. cucularia* Mol.), pero el chileno no le tiene el mismo temor que a un ave nocturna mucho más pequeña, de la familia de las gallinas ciegas (*Caprimulgus*). El indio y el blanco la conocen con el nombre de chonchón, y ambos lo temen tanto, que he observado con frecuencia que aprietan las filas alrededor de la fogata del campamento cuando vuela cerca de ellos. Existen muchas leyendas acerca de él. Se lo considera como un emisario de los poderes del submundo, que se dirige a sus perversos aliados del género humano, recibiendo de éstos el encargo de derramar el veneno invisible de las epidemias y de la muerte sobre el odiado enemigo que se entregue ingenuamente al sueño. El indígena cree incluso que



74. PANORAMA DE ANTUCO.

Fue la meta de Poeppig, donde se instaló por varios meses. Posiblemente, entonces las casas se encontraban menos diseminadas. Al fondo, el río Laja, en el que desemboca más atrás el río Polcura. *Fotografía: Carlos Keller R.*

la meta del viaje. Gracias a la intervención del juez, se me entregó contra pago de un pequeño arriendo la mejor casa disponible, sin limitaciones de tiempo, de modo que me pude dedicar ya al día siguiente a recorrer la zona, que ofrecía a diario algo nuevo, compensando tan pródigamente las penurias y los peligros no despreciables durante una permanencia de cinco meses, que el viajero, después de haber regresado felizmente a su país, tendrá siempre el más vivo y agradecido recuerdo por aquel tiempo.

en el chonchón se encuentran encarnadas las almas de sus progenitores, y se adhiere al chileno para prohibir al extranjero que cace esa ave nocturna, por constituir ello una maldad o al menos un peligro. En efecto, me ha sido siempre imposible conseguir el chonchón, que sin duda constituye una especie desconocida. Una superstición semejante existe también en Estados Unidos con respecto al *Whip poor Will* (*Caprimulgus virginianus* L.). El grito de este pájaro, que es muy frecuente, sobre todo en las montañas superiores de Pennsylvania, y que es el primero en anunciar la primavera, tiene una expresión extraordinaria, que podría describirse como destinada a inspirar compasión. Los campesinos miran con malos ojos que se le cace, pues creen, aunque sin reconocerlo abiertamente, que estas aves estarían ligadas por un pacto destinado a vengar la muerte de una de ellas por medio de la propagación de enfermedades en los rebaños del cazador.

[Los vecinos de Antuco se encontraban en un estado de sobresalto general, y pasaron todo el verano en una tensión que autorizaba para considerar su destino como realmente lamentable. Situados en la extrema frontera, no protegidos por ninguna clase de medidas públicas, se hallaban expuestos a los terribles asaltos de los grandes grupos de bandidos que comandaban los crudelísimos hermanos Pincheira (véase la nota 1 al final de capítulo) y que realizaban sus correrías desde las pampas de Buenos Aires hasta los fértiles confines del hermoso Chile, sembrando en todas partes una espantosa miseria. Por modesta que fuera la fortuna de los campesinos chilenos, ella atraía a las hordas desenfrenadas; pero peor que su pérdida, eran el asesinato de los asaltados y la dura esclavitud a que condenaban a las mujeres y niños, únicos seres a que perdonaban la vida.] Nadie podía saber qué bandas sanguinarias se encontraban en la cordillera despoblada al otro lado del volcán, y de los boquetes no vigilados podía irrumpir en cualquier momento un torrente de indios cobrizos y de inhumanos delincuentes blancos, excediendo estos últimos, en su calidad de jefes de las hordas, la maldad, la crueldad calculada y la venganza del indígena, peligroso sólo por su afán de rapiña, hasta producir un terror extremo.] Los campesinos mantenían su pequeña fortuna miedosamente oculta en los bosques, y aplicaban doblada vigilancia cuando comenzaba a llenarse la luna, pues entonces era más de temer un asalto asesino de los indios. Todas las tardes, los pobres vecinos abandonaban sus miserables ranchos, a fin de pasar la noche en un cercano cerro, inaccesible para los jinetes, y era triste observar el grupo de las mujeres, que trepaban por la empinada ladera, con los niños de la mano y cargadas con pesados lios, inciertas acerca de si el sol de la madrugada siguiente alumbraría los escombros humeantes de su pacífica aldea. La guarnición era demasiado insignificante para defender la población, y se encerraba en el pequeño fortín de madera cuando amenazaba el peligro. Ya había entrado el verano y se presentaba, por consiguiente, el peligro, antes que el gobierno hiciera algo en defensa de esa pobre gente. Indefensos y entregados al terror de un ataque de asesinos e indígenas, los antucanos vivían en un espanto que no terminaba nunca, y los numerosos rumores y alarmas sin motivo amargaban su vida mucho más de lo que se puede imaginar un europeo, pues éste, nacido y viviendo bajo la vigorosa protección de la ley, sólo se puede imaginar tales situaciones por referencias de terceros.

Mis ocupaciones no permitían realizar salidas nocturnas, de modo que me tuve que decidir a preparar una decidida defensa para el caso de un ataque. La casa se encontraba libre por todos sus costados, poseía un techo de tejas, y no era fácil incendiarla por ese motivo. Las murallas fueron provistas de troneras, se construyó una pequeña palizada, y la previsión extraordinaria del general que comandaba el ejército del sur agregó a las carabinas propias y siempre cargadas una docena de fusiles y un cajón de cartuchos. No es fácil que un indígena ataque puntos en que encuentra una resistencia resuelta, y como se hallaron dos campe-

sinos entendidos en el uso de armas de fuego, decididos a dormir en mi pequeño fortín, prefiriendo luchar en vez de buscar una salvación incierta por medio de la fuga nocturna, la guarnición aumentó a cuatro hombres, probablemente capaces de defenderse las pocas horas que suele durar un ataque de esa índole. En días demasiado amenazantes montábamos alternativamente guardia, a fin de poder ocupar en forma oportuna nuestros lugares de combate, puestos sobre aviso por el ruido de los caballos de los enemigos que se aproximaban. La Providencia tuvo a bien protegernos a todos, pues aun cuando a veces el peligro venía desde todas partes, y las hordas enemigas se acercaron en una ocasión hasta pocas millas, ciertas casualidades las indujeron a regresar, y la pobre aldea andina se salvó en ese año.

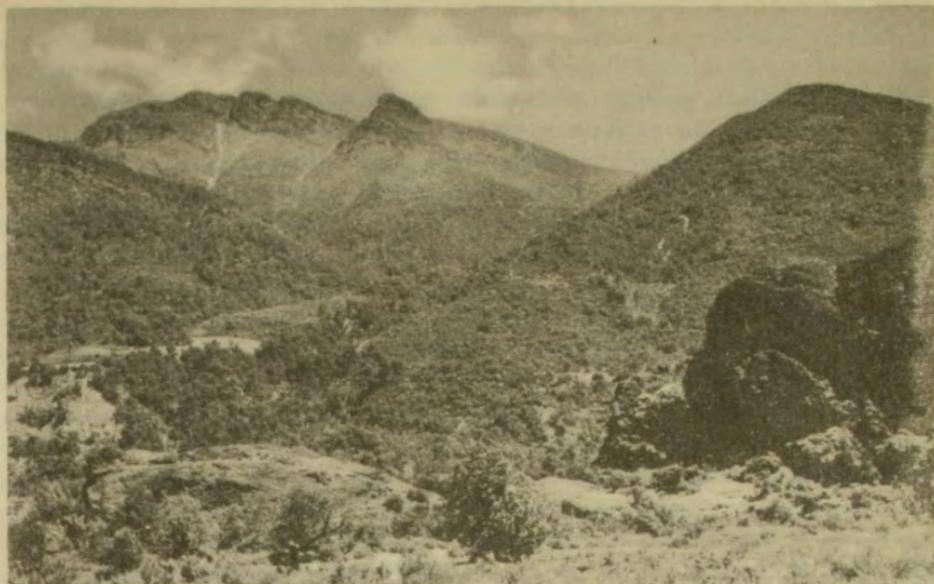
El valle de Antuco, en que se encuentra el pueblo situado a mayor altitud de los Andes australes, se extiende de oeste a este, con longitud de unas siete horas de camino; no es muy ancho en ninguna parte, y es dividido en mitades por el río Laja. En su extremidad inferior está separado por serranías bajas de las llanuras de Yumbel y de Los Angeles; aumenta rápidamente en altitud hacia el este,



75. VISTA AL CERRO PILQUE. *Poeppig.*

Dibujo confeccionado desde el camino de Antuco a la cordillera, con un gran bloque de lava a la derecha, que llamó mucho su atención, por cuanto aquel autor no conocía todavía la existencia de la época glacial e ignoraba, por consiguiente, que se trataba de un bloque errático de grandes proporciones, que un ventisquero colocó en su lugar, después de haberlo extraído de la alta cordillera. Véase la nota

2 de este capítulo.



76. PANORAMA DEL CERRO PILQUE.

La fotografía ha sido tomada desde la misma posición del dibujo anterior y permite apreciar la precisión del mismo, como también los cambios habidos en 130 años. El nombre del cerro significa flecha en araucano. Fotografía: Carlos Keller R.

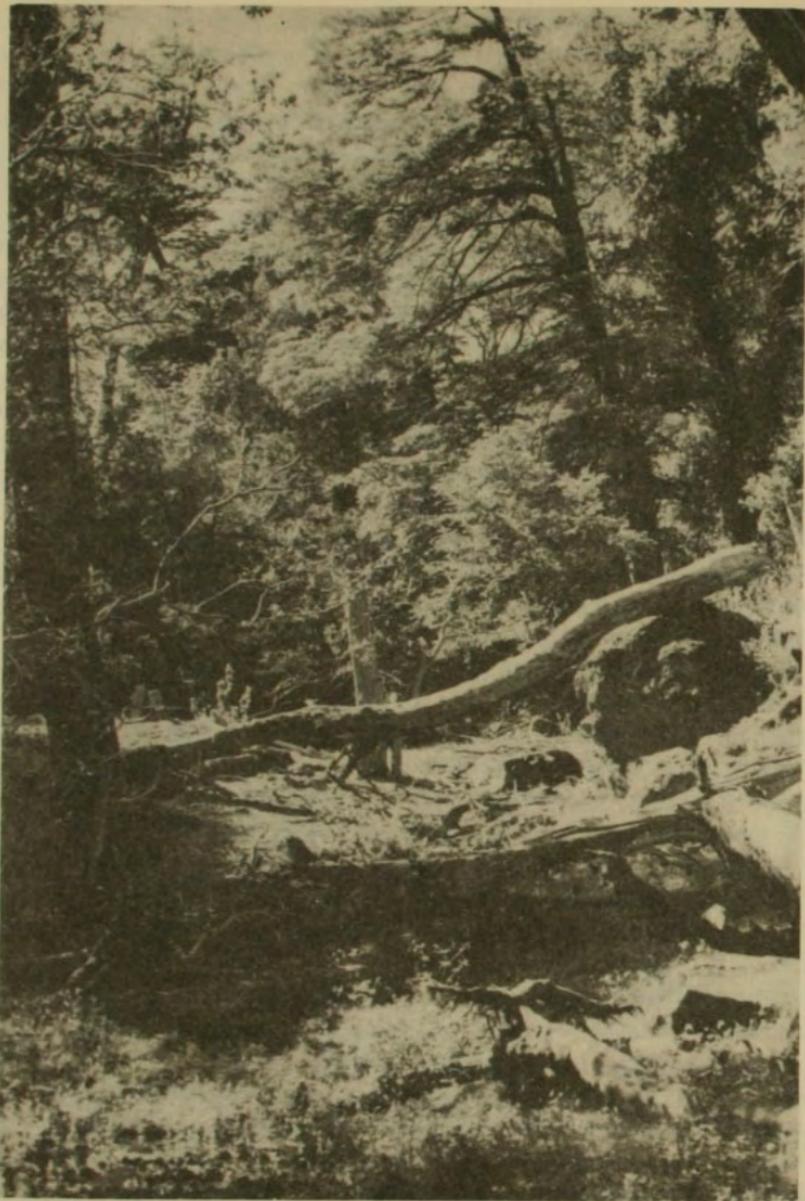
se hace más angosto, y se encuentra cerrado en forma casi completa en esa dirección por el amplio pie del volcán, pues entre éste y la serranía que lo enfrenta sólo hay espacio para el furioso río y un angosto boquete, por medio del cual se llega al país de los indios. En muchos puntos no vale la pena cultivar el suelo, pues se asemeja al lecho seco de un río y se halla cubierto por roca volcánica; sólo testimonian la dilatada reputación de su gran fertilidad las laderas de las serranías y las terrazas situadas más abajo. En muchas partes, éstas son varias y se encuentran superpuestas, representando praderas naturales en medio de hermosos bosques que cubren los cerros, donde la vegetación exuberante revela la bondad del suelo. Por doquiera bajan arroyos de los cerros, y sobre las cimas de amable verde se alcanzan las cumbres más elevadas, en que se conserva la nieve. En los alrededores inmediatos de la aldea, los cerros son tan altos, que sólo es posible alcanzar la magnífica cumbre rocosa del pico de Pilque mediante una ascensión de varias horas; más arriba en el valle adquieren altitudes cada vez más gigantescas, hasta que finalmente el extraordinario panorama se encuentra cerrado al fondo por las cuchillas constituidas por los ventisqueros de la Silla Velluda y el cono negruzco del volcán. La aldea misma tiene una situación pintoresca, pues se apoya en un elevado ba-

rranco, adornado arriba con un hermoso bosque de fagáceas. Es un placer indescriptible realizar en estas alturas, a la claridad de una madrugada estival, excursiones botánicas, aunque sin disponer de senderos contruidos. La inmensa cantidad de bellísimas plantas andinas llena al coleccionista de entusiasmo; la solemne vista de los Andes nevados consuela al cansado caminante, que se tiende debajo de árboles de inusitado tamaño; y la atmósfera posee tanta pureza, que infunde una doble capacidad para gozar la belleza de la vida y menospreciar los peligros.

El objetivo más magnífico y siempre nuevo del paisaje es, sin embargo, el volcán, distanciado sólo pocas horas de la aldea y que se ofrece a la vista desde casi todas partes, libre de cerros más pequeños que lo oculten. Uno no se cansa de observar los múltiples fenómenos que se producen en él, ya sea por los diversos reflejos de la luz o por la gran actividad que reina en su interior. A veces despiden una gran masa de humo por su boca, que se eleva a grandes alturas, como columna negrísima, expulsada al firmamento azul por una fuerza incomprensible, a mayor velocidad que la bala de un cañón; y en otras ocasiones apenas se encrespa, pacíficamente, con movimiento casi imperceptible, una nubecita en esa misma boca, revelando haberse restablecido la tranquilidad en su interior. A cualquiera hora del día es novedoso el aspecto de este cerro, pero adquiere su mayor interés cuando el sol se eleva detrás de él y derrama su luz dorada sobre sus contornos regulares, o cuando lo ilumina el sol de la tarde, después de haberse despedido ya mucho antes de la aldea. Incluso en las tempestades que circundan a veces su pie, mientras el firmamento permanece sin perturbaciones en la parte inferior del valle, se presenta magnífico y hermoso. Como si hubiera luchado victoriosamente en contra del envidioso cerco que pretendió rodearlo por entero, las nubes se quiebran en la extremidad de su punta, y entre un anillo de vapores espesos y grises, se proyecta el cono negruzco sobre el fondo azul oscuro, que parece invitar bajo tal limitación a echar una mirada al amplio y prometedor reino de lo infinito. Aun de noche, cuando lo cubren densas nubes, lo revela el reflejo del fuego que siempre existe en su boca y que es capaz de penetrar a través de las capas atmosféricas preñadas de nieve y granizo. Si bien se derrite su vestido de nieve que le colocó el invierno, a medida que avanza el verano, y cierra, entonces, negro y severo, el fondo del alegre y verde paisaje andino, una tempestad eléctrica pasajera, que no alcanza nunca más allá del valle a las tierras bajas, lo cubre aun durante los calores de enero con una capa blanca, dando oportunidad al amigo de la naturaleza para observar en estos cerros inexplorados el hermoso fenómeno de los tintes rosados que se presentan en la montaña a la puesta del sol, adquiriendo una impresionante belleza bajo el cielo chileno. Uno no se cansa de esperar al atardecer el momento en que desaparezca por completo la claridad del día y sea posible observar las candentes corrientes de lava. Comienza a brillar un punto de color rojo ígneo, le siguen otros, y repentinamente se propaga la luz a las prolongadas fajas, como un fuego en movimiento, y que conduce nuevas masas de

lava hasta el pie del cráter, a veces sin dividirse, a veces con ramificaciones que se entrecruzan; desde ese instante, visible hasta a veinte millas, siguen alumbrando, hasta ser extinguidas por la luz más fuerte del sol en la madrugada siguiente. En la temporada en que la atmósfera se encuentra libre de humo en las alturas, en noviembre y diciembre, puede observarse un espectáculo realmente mágico, pero que constituye una gran excepción. Cuando una breve tempestad eléctrica cubre el volcán con nieve nueva y pura y se presenta la época del plenilunio, se puede observar en los flancos del cono un maravilloso juego de cuatro colores. Mientras la luna, oculta aún muy abajo, destaca nitidamente los contornos de la cima nevada, y todavía se reflejan algunos rayos rosados del sol en la extrema cumbre, se eleva solemnemente el tranquilo brillo desde el interior del cerro, y las lavas ostentan su candente rojo sobre el flanco occidental no iluminado. Si ahora se mueven simultáneamente algunas tenues nubes sobre la cumbre, se desarrolla un espectáculo que jamás nadie será capaz de describir en palabras y que sería la desesperación del más grande de los pintores, pues todo el encanto que son capaces de producir la luz de la luna, los reflejos de la nieve, el fuego volcánico y los últimos rayos solares está reunido aquí en un solo conjunto.

Al tercer día se iniciaron las excursiones a las montañas y valles de este territorio andino desconocido. Poco a poco se adquirieron seis caballos de los indígenas, aficionados al vino, cuyo mantenimiento no costaba nada en Antuco, donde una vegetación siempre verde cubre los cerros. Las excursiones abarcaron un radio tan amplio, y para economizar tiempo se llegaba con tanta rapidez a los puntos lejanos que se trataba de explorar, que los caballos se cansaban a menudo, por lo cual fue necesario alternar los paseos a lugares lejanos con la ascensión de montañas vecinas, que también resultaban siempre fructíferas. Pero estos esfuerzos, que no cansaban nunca en ese aire, eran siempre recompensados en la forma más pródiga, pues dejando a un lado el goce de los paisajes, se logró en Antuco una excelente colección. La mayoría de las plantas encontradas no se hallan todavía descritas, y constituyen un atractivo tanto por sus curiosas formas, que llaman la atención al coleccionista sistemático, como por el conocimiento de las diversas familias, que permitirá al geógrafo botánico llegar a conclusiones novedosas acerca de su propagación. El lugar más hermoso es el pico de Pilque, en la parte baja del valle. Apenas se ha ascendido el primer tramo de su faldeo, se alcanzan praderas en que las plantas, que son predominantemente herbáceas, muestran un aspecto general andino, característica a que se agregan el tamaño de las hojas y la hermosura de los colores de la vegetación tropical. Llamen la atención sobre todo las magníficas formas de las orquideas, que son mucho menos frecuentes en la región boreal de Chile. Una de ellas, denominada por los antucanos azucena del campo (*Gavilea odoratissima*, n. sp.), se presenta siempre en asociaciones numerosísimas. La caña, que tiene 5 pies de altura, se cubre en su mitad superior con flores de color amarillo de oro, cuyo olor a violetas se siente hasta una distancia de



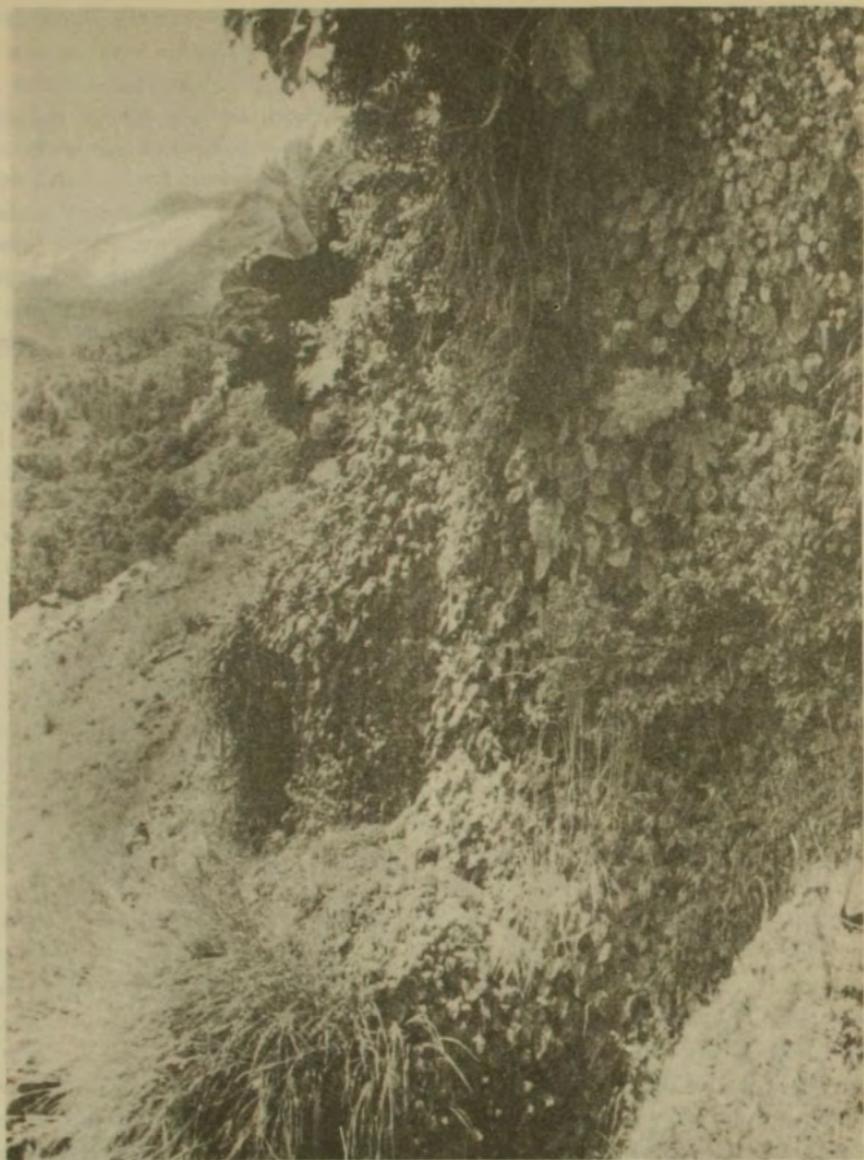
77. ROBLERÍA EN LAS SERRANÍAS DE ANTUCO.

Los bellísimos bosques del cerro Pilque fueron la mayor delicia del naturalista alemán. Puede vagarse horas y horas por ellos, pues tienen escasa vegetación subarbórea, la que sólo se desarrolla en los claros, que son poco frecuentes. *Fotografía: Carlos Keller R.*

varios pasos. En lugares más secos se presenta otra especie, cuyas flores tienen un diámetro de más de 2 pulgadas, mostrando sobre los sépalos blancos una red verde oscura de venas. Se caracteriza por un intenso olor a vainilla, mientras que una tercera especie, de color verde y con venas negras, tiene el aroma del alhelí amarillo de los jardines europeos. Otras orquídeas, con bellísimas flores de color oro y dotadas todas con un aroma más o menos intenso, apenas de la altura de un palmo, pero de grandes hojas, viven únicamente en las mayores cumbres andinas. Algunas sólo crecen en el amplio borde de lavas estériles que limitan el profundo valle, prosperando —en manifiesta contradicción con los hábitos de sus parientes de otros continentes— sólo en los suelos más estériles. Y aunque menos hermosas que las especies ya nombradas, son casi siempre más bellas que las plantas europeas de la misma familia<sup>1</sup>.

Si se sube más en la montaña, la cantidad de plantas desconocidas es cada vez mayor. El coihue, una hermosa fagácea con hojas mirtáceas (*Fagus Dombeyi* Mirb.), es reemplazado por otra fagácea de los Andes superiores, todavía no descrita, y se presentan algunos mañíos (*Podocarpus*), recordando una segunda y nueva especie de ellos, las cipresas de hojas anchas de Norteamérica. Aun cuando crecen en los bordes de la selva representantes del género *Hieracia*, del trébol, de las geraniáceas, de las arvejas y de los clarincillos (*Lathyrus*), que hacen evocar la lejana zona boreal del hemisferio oriental, se insinúa pronto la mayor vecindad de la curiosa Nueva Holanda, por plantas pertenecientes a la familia de las proteáceas y por leguminosas con frutos de formas extrañas. Si el gran parentesco de esta flora con la del extremo austral de la América del Sur ya se encuentra insinuada por los géneros *Senecio*, caracterizado por su lana blanca, y *Gnaphalium*, se descubre con bastante asombro la cercanía de la flora tropical de la América del Sur, representada por los quintrales (*Loranthus*), de flores grandes; por el cabello de ángel (*Myzodendron*, que no debe atribuirse de ninguna manera a la familia anterior), que lleva su nombre por los curiosos órganos que circundan las semillas en forma de hilos, y por grandes trepadoras con tallo leñoso (*Cornidia integerrima* Hook.), que tienen semejanza con el *Viburnum*. Al salir del bosque superior, se encuentra uno rodeado por michayes y calafates (*Berberis*), cuyas bayas emplean los indios para preparar una bebida embriagante; quilmayes o porotos del campo (*Echites*), con flor azul, cuya raíz les suministra un tabaco en polvo, que aspiran por la nariz para estornudar; centellas (*Anemone*); ortigas (*Loasa*), de múltiples formas, que ocasionan una urticaria en parte mucho más dolorosa que cualquiera de las numerosas de la América más calurosa, y que merecen sin duda no

<sup>1</sup>Las orquídeas encontradas en los Andes de Antuco, y descritas por mí en un ensayo ocasional ("Fragmentum Synops. phanereg. chilens. Lips.", 1833, pág. 13), son las siguientes: *Chloræa speciosa*, *Ch. viridiflora*, *Ch. grandiflora*, *Ch. campestris*, *Ch. cylindristachya*, *Ch. chrysantha*, *Ch. nudilabia*, *Ch. decipiens*, *Ch. alpina*, *Ch. incisa*, *ommes n. sp.*, *Gavilea leucantha*, *G. odoratissima*, *G. acutiflora*.— *Nov. gen.*— *Asarca glandulifera*, *A. parviflora*.— *Habenaria pumila*.— *Pogonia tetraphylla*, *n. sp.*



78. LA PRIMOROSA VEGETACIÓN QUE CUBRE LAS FALDAS DE LA SIERRA VELLUDA.

En los barrancos que formaron los ventisqueros destilan vertientes por doquier, y las rocas se han cubierto de una densa vegetación. Al fondo, un ventisquero del cerro nombrado. Poeppig usa siempre el nombre de Silla Velluda, forma caída en desuso y cambiada por la de Sierra Velluda. *Fotografía:*

*Carlos Keller R.*

ser tomadas en menos; lloimes o pillopillos (*Daphne*), y representantes enanos del género *Escallonia*.

Se ha penetrado en una nueva zona de esta exuberante vegetación, y una mirada dirigida a la ladera, tan parada que produce vértigo, permite separar las diversas zonas vegetales de acuerdo con la diferente coloración del verde y las características de los diversos grupos, que no se presentan en ninguna parte estratificados con mayor regularidad que en estos Andes. Se inicia la zona en que crecen árboles enanos enmarañados, y si el aire no fuera tan agradable, el cielo tan puro y azul oscuro, y si no aparecieran las amarilidáceas moradas y las alstræmerias multicolores entre el espeso enjambre de los árboles inclinados hacia el suelo, y que no pudieron crecer rectos debido a los temporales de invierno, uno podría pensar encontrarse en regiones similares de las montañas de la Europa boreal. Con bastantes dificultades, uno se abre camino a través de la maraña que forman las ramas tendidas, encubriendo traicioneramente piedras agudas y grietas, pero se puede colocar el pie en el suelo sin temor alguno, a pesar de no poder observarlo, pues este bendito país no está poblado por serpientes venenosas u hormigas gigantes mordedoras; en una palabra, no existen enemigos al acecho pertenecientes al gran reino animal. Por fin, desaparecen los últimos arbustos, el suelo se presenta más pedregoso y el aire, magníficamente límpido, se hace más frío, siendo aspirado con infinito placer, con multiplicadas ansias de vivir la vida.

La última de las zonas aquí alcanzadas sorprende con nuevos tesoros, y el andinista, tan ricamente compensado, estallará entonces quizás en júbilo, exteriorizando un impulso del corazón, hasta que el perro fiel, único acompañante en esta solitaria cumbre andina, contagiado por la alegría de su dueño, se precipita ladrando en la cercana nieve, haciendo mil piruetas. Sería sin duda un empeño vano enumerar aquí detalladamente las diversas plantas que se van alternando hasta la cumbre rocosa, y sólo sea permitido observar que es imposible imaginarse la flora andina de la parte austral de Chile, tan bella para el ojo y tan atrayente para el conocedor, tal como lo es en realidad. La vegetación de estos Andes reúne el encanto de las flores que se presentan en el cabo de Buena Esperanza y en Nueva Holanda, bellísimas, aún sin alcanzar los tamaños gigantes de las selvas tropicales, con el *habitat* alpino de Europa, caracterizado por sus formas enjutas y la exuberancia de pequeñas hojas. Como en todas partes en Chile, predominan las plantas con flores compuestas; apenas dejó de admirarse de la abundancia de representantes del género *Senecio*, que ofrecen flores amarillas entre hojas blancas como la nieve, se encuentra con la estrella de los Andes (*Perezia*), de flores azules; con los arbustos bajos del género *Amellus*, que reúne las hojas del romero europeo y las estrellas del aster; con los rojizos *Lasiorrhiza* y el género *Nassauvia*, que es similar a un musgo y que se halla sólo en la extremidad austral de América, presentándose aquí en tres formas (sus nombres populares son cadislao y hierba de la culebra). Curiosamente, en medio de estas bellas plantas crecen también miem-

bros de otras familias, que en otras partes no prefieren el aire frío de las montañas: la alcaparra (*Cassia*), un arbusto de la altura de una mano y adornado con grandes racimos de oro; el crucero (*Colletia*); el lun o siete camisas (*Escallonia*); el pahuedun (*Cynanchum*), y pequeñas plantas verdes, que se asemejan al jacinto, penetran hasta la línea de las nieves eternas. Justamente, en ellas se presentan curiosas violetas, cuyas hojas están ordenadas en estrellas regulares, como en las siemprevivas. Aún más arriba, pero todavía no en el límite extremo de la vegetación fanerogámica, las rocas están adornadas por criptógamas, en que excelentes investigadores descubrieron nuevos géneros, y los helechos prosperan hasta en las grietas más profundas, presentando sus bellas hojas plegadas y superpuestas.

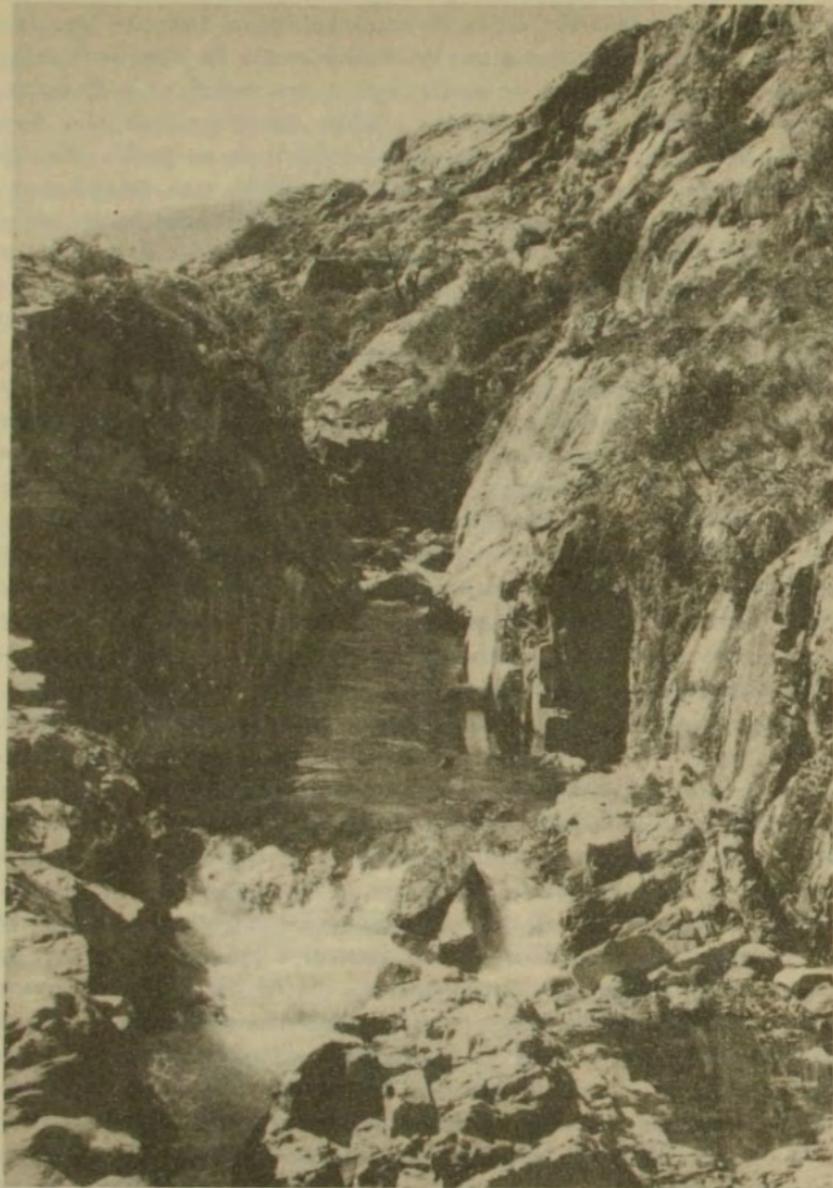
Por fin se alcanza la cima del elevado pico, y el coleccionista descansa, cargado con ricos tesoros, sobre las anchas láminas que, aunque pobres en plantas, ofrecen otro interés, pues donde la roca semidescompuesta se presenta agrietada, se encuentran pistacitas de hermosos colores, y vidrios de color negro, que han sido generados hace milenios por volcanes mucho más activos y que han sido acumulados en estas alturas por una casualidad ignorada.

A pesar de la vecindad de las nubes, el reino animal no está tan ausente como en las serranías mucho más bajas de las provincias boreales, pues aun cuando no existe una abundancia tan grande de insectos como en las praderas y selvas de la zona más baja, no faltan coleópteros, que se presentan activos entre las rocas o que pueblan las plantas andinas. Cerca de la nieve viven todavía cetonios de color verde de oro, curculiones de un azul oscuro y cicindeles que brillan en el aire como chispas blancas y que son difíciles de capturar; y en la región de la maraña se encuentra el mayor de los coleópteros chilenos, un *Lucanus*, que tiene un largo hasta de 4 pulgadas. Han desaparecido los pajarillos, pero se presenta con mayor frecuencia el cóndor, que vuela alrededor del caminante con tanta temeridad o tanta furia, excitado quizás por la cercanía de su nido, que se siente la corriente de aire formada por el movimiento de sus alas. Me vi obligado a llevar conmigo pistolas cuando subí repetidas veces al pico de Pilque, a fin de espantar a algunos de esos pájaros, que volaban indefectiblemente alrededor de mí cada vez que alcanzaba la cumbre, y que atacaban de preferencia al perro, muy dispuesto a aceptar la lucha desigual, inducido por su temerario valor. Aun cuando jamás un disparo fue de algún efecto visible, a pesar de la pequeña distancia, pues la munición sólo es capaz de matar a un cóndor cuando le lesiona la cabeza, se logró al menos que las gigantescas y encarnizadas aves dejaran de perseguirnos, permitiendo dedicar toda la atención a la hermosa vegetación, en vez de ocuparla en defender al fiel compañero.

La vista que se ofrece desde la cumbre del cerro es amplia e ilimitada, y si bien la mirada no se dirige a un territorio en que el hombre haya cubierto el sencillo tejido de la naturaleza con los múltiples indicios de su trabajo, se está lejos de sentir esa silenciosa nostalgia que se apodera incluso de quienes ya se han

acostumbrado a América cuando contemplan las terribles soledades en que todavía no se ha radicado una población activa. Se sospecha, mejor dicho, se tiene la convicción de que los hermosos campos que se extienden ante los ojos hasta el lejano horizonte alimentarán en menos de medio siglo a una numerosa y dinámica población y que el solemne silencio de una pródiga naturaleza, que sólo desearía conservar el poeta, cederá su lugar a la actividad febril de un pueblo feliz. Hacia el oeste se extiende la llanura que comienza al pie de la zona preandina y que alcanza casi hasta el mar, sólo cruzada y limitada por serranías bajas; corren a través de ella el Bío-Bío, el Laja y el Duqueco, ofreciendo miles de ventajas a los futuros pobladores, de que carecerá aquel que fije su domicilio en la región septentrional del país. Más cerca del observador, se elevan los cerros que se encuentran cubiertos por hermosos bosques y que alimentan arroyos que descienden por todas partes a los fértiles valles, haciendo innecesario el regadío artificial. La mirada pasa por encima del pequeño Antuco, único lugar poblado, que casi desaparece en medio del valle, como una construcción hecha por niños, y sólo descansa en los cerros gigantes de la cordillera de Chillán, en el norte. Pero muy distinto es el espectáculo que se abre hacia el este. En rígida tranquilidad, engañosamente cercano, se presenta el ancho y negruzco volcán, cerrando la vista. De su boca salen densas columnas de humo, y sus violentos truenos se escuchan hasta de este elevado mirador. De esta manera se reúne todo aquello que transmite a un paisaje un carácter atractivo y amable o grandioso y terrible, y después de cada visita, se vuelve a sentir el dolor de tener que separarse de estas alturas, en que parece desvanecerse el contacto con las condiciones terrestres y con los quehaceres de la vida cotidiana. Las horas que pasa el naturalista en ellas, aunque muy solitarias, compensan pródigamente las penurias y sacrificios a que está más expuesto que otros en los vaivenes de la vida, y aunque los mares separen para siempre de aquellos cerros al caminante que regresó a su patria, se conservará el sagrado recuerdo de ellos, como un sueño de tiempos mejores.

Si se sigue hacia arriba el valle de Antuco, los aspectos amables se hacen cada vez más raros, repitiéndose con mayor frecuencia los indicios de una actividad volcánica terrible, pero que no alcanza más allá de los alrededores del cerro mismo y que no constituye un peligro para la aldea. Las empinadas laderas de la montaña se presentan más estériles y adquieren el carácter sombrío que destaca a los contornos del volcán. Por todas partes se ven grandes bloques de lava, a través de los cuales se extienden basaltos en vetas amplias (véase la nota 2 al final del capítulo), pero aisladas, y en la lejanía se observan los flancos compuestos por arena y trozos de lava que suben hacia el volcán, los que tienen forma de techos y están constituidos por agudas crestas. Después de haber cruzado el torrente andino de Malalcura, que a veces es muy peligroso, se abre la vista a la Silla Velluda, una de las cumbres más altas de los Andes australes, e inesperadamente se entra en la región del ciprés (*Thuja andina* Poepp.) y de una nueva flora, de carácter mu-



79. VALLE DEL RÍO MALALCURA.

El río ha debido formar su lecho a través de un afloramiento de granito que hace contacto con las porfiritas que componen la mayor parte de la cordillera. Los ventisqueros de la época glacial han pulido el granito. *Fotografía: Carlos Keller R.*

cho más severo. Desde este momento en adelante se está rodeado de basaltos, que adquieren las formas más extravagantes, o de lavas, en que es inconfundible una tendencia a formas prismáticas. El furioso torrente del Trubunleo<sup>1</sup> se presenta como un obstáculo, pues cruza la elevada ladera en que uno se encuentra. En este lugar se construyó durante mi permanencia en Antuco un fortín por el gobierno, después de muchas peticiones, a fin de proteger el valle, el que recibió una guarnición de treinta hombres. Tratábase de una construcción simple, hecha solamente por los campesinos de Antuco, pero suficiente para atajar a los indígenas y quizás para impedirles el paso al intentar introducirse desde el otro lado del volcán. Con el barranco a la izquierda, los parados cerros a la derecha y el furioso torrente al frente, se eleva en ese lugar una colina con una cima plana, suficientemente ancha para mantener dentro de una sencilla palizada a la pequeña guarnición. La mirada se dirige libremente desde aquí por los esteros y los campos de lava entre el pie del volcán y el río y hasta la altura del boquete, única parte por la que pueden bajar los indios<sup>2</sup>, y los guardias de avanzada eran estacionados en tiempos de peligro en aquella zona, a fin de poder avisar oportunamente el acercamiento del enemigo. En este punto, el Trubunleo, que no se puede vadear sin sentir miedo, aun cuando su nivel esté más bajo, mide apenas veinte pasos de ancho. Su agua, siempre turbia, que tiene el sabor desagradable del sulfato de fierro, produce cólicos en los soldados del fortín. Quien fuera arrastrado por su corriente, encontraría muy luego la muerte, pues algunos pasos más abajo alcanza el borde de un barranco vertical, precipitándose en la sombría profundidad de una quebrada, para unirse con el vecino Laja. Es posible llegar por medio de largos rodeos hasta el oscuro precipicio, pero el peligro considerable a que uno se expone se encuentra recompensado por hermosísimas plantas andinas, que no crecen en otros lugares, y por uno de los más bellos panoramas de esta región, que es magnífica en todas partes. La caída tiene una altura de poco más de 150 pies y no llamaría mayormente la atención en un paisaje como el andino, pero la masa de las aguas cae sin dividirse, para disolverse casi en polvo sobre las negras rocas de lava.

<sup>1</sup>Poeppig escribe *Tvun Leuvu*; en realidad, el nombre proviene de *truvül*, turbio, y *leufü*, río.— Nota del Traductor.

<sup>2</sup>La vista del volcán que se encuentra reproducida en la tercera tabla del Atlas ha sido dibujada cerca de este lugar, antes de construirse el fortín. El paisaje sin árboles yace bajo el cálido brillo del sol de mediodía, observándose el volcán en toda su majestad, con las corrientes negras de lava, que también pueden ser reconocidas de día. El Laja, recién formado, se precipita por una hondonada al pie del volcán, y por esa parte se dirige un sendero semiborrado al territorio indígena. A la izquierda, abajo, corre el río por un estrecho valle. Sobre el primer plano se presentan basaltos y aquellas curiosas fonolitas que se hallan superpuestas a manera de placas delgadas y de forma oval. La cuarta tabla da una imagen del fortín de Trubunleo. Al fondo se observa una parte de la Silla Velluda. Sobre el primer plano se ven algunos cipreses, únicas plantas más altas de la región, en la que es inconfundible su carácter estéril. Las figuras que aparecen adelante son reproducciones fieles de los militares chilenos de aquel tiempo. (Véase la ilustración N.º 97.)

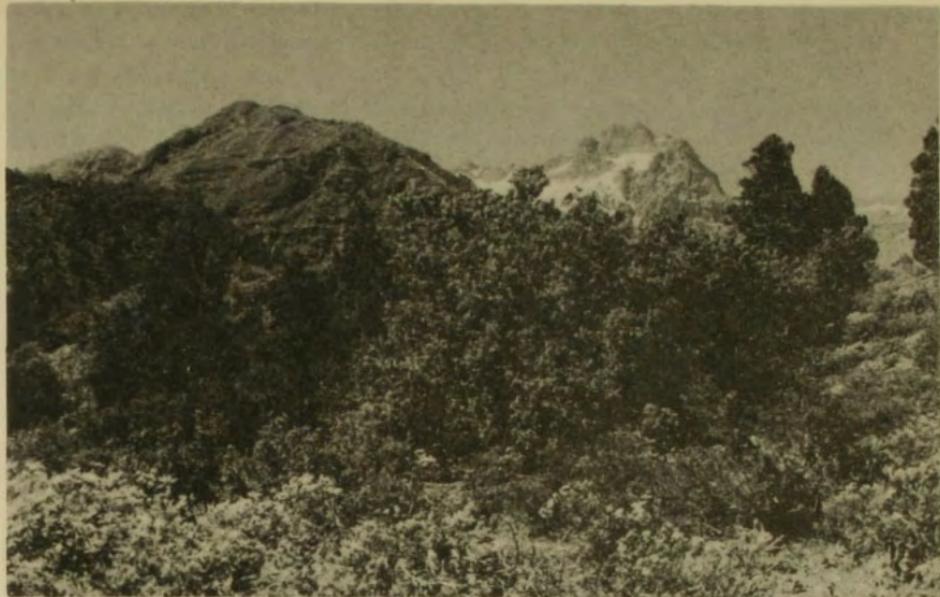


80. EL FUERTE DE TRUBUNLEO, AL PIE DE LA SIERRA VELLUDA. Poeppig.

Poeppig explica que su dibujo da una imagen fidelísima de aquella magnífica zona. Sobre la terraza, en cuyo barranco se presentan los basaltos, se dirige el sendero al fortín, cuya situación se puede adivinar desde lejos por el salto del río Trubunleo, que se ve a la distancia. Las serranías al centro, a ambos lados del fuerte, consisten en arenas volcánicas. No alcanzan la línea de las nieves eternas, pero ofrecen muchas bellas plantas. Cierran el valle de la Silla (Sierra) Velluda, cuyos ventisqueros eternos forman el fondo. El barranco basáltico, que avanza peligrosamente al valle, es inaccesible desde abajo, pero fácil de alcanzar desde arriba, y ofrece un magnífico punto de observación para poder contemplar la Silla Velluda libremente en severa majestad. Se han insinuado en lo posible las diferentes agrupaciones de lavas prismáticas, las que presentan en la superficie de sus mayores acumulaciones los afilados cantos con que muy a menudo se representan los basaltos en gráficos similares.

La fría y penetrante lluvia así generada no permite disfrutar mucho tiempo del panorama, pues cae incesantemente e impide también dibujar, pero el botánico puede recolectar tres raras y delicadas plantas, que prefieren crecer en esta humedad (*Ourisia microphylla*, *O. perfoliata*, *Calceolaria numularia*, n. sp.). Si desde ahí se desciende a lo largo del angosto borde del Laja algunos miles de pies, se alcanza un hermoso bastión basáltico<sup>1</sup>, que se extiende como un barranco verti-

<sup>1</sup>La quinta tabla del Atlas, intitulada Trubunleo, reproduce en la forma más fiel aquella hermosa región. Sobre la terraza, cuyo barranco está constituido por aquellos basaltos, se dirige el camino al fortín, cuya situación se puede adivinar por la caída del Trubunleo que se observa en la lejanía. Los cerros que se elevan al centro consisten en escombros volcánicos, y alcanzan apenas la línea de las nieves, pero ofrecen algunas hermosas plantas. Cierran el



81. FOTOGRAFÍA DEL LUGAR QUE OCUPARA EL FORTÍN.

Tampoco en este caso fue posible tomar la fotografía exactamente desde el punto de observación de Poeppig, por impedirlo la vegetación. La colina en que se encontraba el fortín ha sido totalmente invadida por árboles, casi desapareciendo en él. No debe sacarse de ello, sin embargo, ninguna conclusión, pues es perfectamente posible que todos los contornos del fortín hayan sido descampados de árboles y arbustos en aquel tiempo. *Fotografía: Carlos Keller R.*

cal y muy alto, hasta mucho más abajo en el valle, donde está encubierto por árboles, o más arriba, donde está tapado por el material grueso del volcán. Las columnas tienen, por lo general, posición vertical, siendo su espesor nunca superior a 2 pies; raras veces se presentan torcidas; en algunos lugares, que es posible reconocer desde lejos, están ordenadas como rayos alrededor de un centro común, o forman un hacinamiento desordenado. Su dureza extraordinaria se manifiesta por un sonido metálico al ser golpeadas con un martillo, resistiendo a la desintegración, y su masa es mucho más uniforme que en otras lavas vecinas de índole menos definida. Llama sobre todo la atención que sean afectadas muy poco por los

valle de la Silla Velluda, cuyos eternos ventisqueros llenan el fondo. El elevado y saliente bastión del barranco de basalto no puede ser ascendido desde abajo, pero es fácil llegar hasta él desde arriba, ofreciendo un magnífico mirador para observar el volcán en su severa majestad y completamente libre. Se ha procurado insinuar en lo posible las diversas agrupaciones de las lavas prismáticas, pero de ninguna manera muestran en la superficie de sus acumulaciones mayores los cantos afilados con que a menudo se representan los basaltos en ilustraciones semejantes. (Véase la ilustración al frente.)

agentes atmosféricos, lo que se debe atribuir quizás a su mezcla muy fina y de color negro puro, en que no se observa ningún indicio de feldespatos, aun ampliándolas. Sin transición alguna con estos basaltos, hacen contactos lavas pizarreñas que forman el mayor número de las serranías bajas entre el fortín y el pie del volcán, consistentes en lajas de igual espesor, de 2 a 3 pulgadas de diámetro y que ocupan una superficie de varios pies cuadrados en los afloramientos. Forman en casi todas partes capas horizontales, en algunos casos superpuestas y en otros unidas por fajas de una arcilla ferruginosa muy endurecida, que reúne también las brechas corrientes del valle en grupos grandes y grotescos. Las lavas pizarreñas parecen pertenecer aquí a los productos más antiguos de los fuegos subterráneos, pues en su posición original se las encuentra siempre entre el basalto, y no aparecen debajo de las escorias, de inconfundible origen más reciente. Mirada desde este bastión, la Silla Velluda se presenta engañosamente cercana, y como el terreno permite al andinista más o menos experimentado penetrar hasta su pie, sus alrededores llegaron a constituir la meta de excursiones bien recompensadas.

Visible ya desde el Centinela de Talcahuano, esta curiosa cumbre, cuyo nombre expresa una buena dosis de humor, presenta por todos lados una acumulación



R2. LA ESCALERA DEL DIABLO. *Poeppig.*

Más allá de Malalcura, el camino subía a la terraza dibujada por Poeppig al centro y cuyo barranco se conoce con el nombre de Escalera del Diablo. El camino seguía encima de ella al interior, llegando poco más allá al río Trubunleo, que proviene de la Sierra Velluda, cuyas dos cumbres se ven al fondo, totalmente cubiertas por hielo. Los árboles a la izquierda son cipreses chilenos. Detrás de ellos se divisa el salto de Los Mellizos.



83. FOTOGRAFÍA DE LA ESCALERA DEL DIABLO.

Está tomada desde el mismo punto de observación de Poeppig, pero un poco más bajo (la vegetación actual impide elegir el mismo). La fotografía comprueba la veracidad del dibujo. La Sierra Velluda tiene mucho menos hielos. Los bosques de cipreses se han propagado mucho más, reemplazando a la antigua robería que dibujó Poeppig. *Fotografía: Carlos Keller R.*

de agujas verticales, cubiertas por hielo eterno y que se destacan nítidamente del firmamento obscuro, gracias al clima de la zona. Desde el fuerte de Trubunleo se sube a los cerros, en que prospera todavía el bosque de fagáceas en lugares protegidos por serranías elevadas, para llegar por fin a un valle de forma oval, abierto sólo en aquel punto, por el que sale el torrente andino del Trubunleo. Su suelo es estéril en grado máximo, consistiendo en piedras acumuladas, que representan los restos de cerros derrumbados. El sendero es muy áspero y muy fría el agua del arroyo, que debe ser cruzado unas seis veces, con bastante peligro.

En la parte superior del valle, alcanzada con bastantes penurias, se encuentra siempre nieve, que está situada debajo de la línea de los hielos eternos, debido a que el sol penetra apenas unas pocas horas hasta allí. En este lugar se eleva la muralla de la Silla, con un precipicio aparentemente vertical y con 3.000 pies de altura; según aparece desde abajo, contiene sólo en pocos puntos hondonadas o partes salientes más anchas. Hacia arriba desaparece el precipicio, y se presentan ventisqueros hasta la cumbre más elevada, cuyas grietas y zonas apartadas de la luz ostentan un hermosísimo color azul. Donde este inmenso precipicio se dirige al norte, se ha formado una quebrada, cuya profundidad no será jamás

medida por ningún explorador, pues está ocupada por nieve, formando el hielo azul sucesivas cúpulas sobre ella en forma de portales que conducen a grandes cavernas interiores. Se observa el furioso torrente muy por encima de tenues nubes, precipitándose en escalones hacia abajo y conduciendo repentinamente masas de nieve y hielo de ventisqueros que se han desprendido; pero el trueno que producen esas caídas sólo se escucha en el profundo valle cuando desciende hasta éste una leve brisa. Vuelve a producirse un silencio sepulcral, pues, como en todas las regiones esencialmente volcánicas, el género animal es pobre en especies (véase la nota 3 al final del capítulo), y sobre todo huyen todos los animales mayores de estas espantosas soledades.

En días muy claros, empero, el lejano ruido sordo se transforma en un violento estampido, que asusta incluso al solitario recolector de plantas, que no descubre en ninguna parte en su vecindad la causa de los terribles ruidos, pudiendo sólo deducir del movimiento de las grandes agujas azules, después de mucho buscar, que allá arriba se derrumbó una cúpula de hielo. Este frecuente trueno que se escucha en los Andes en días serenos inspira un temor supersticioso al



84. PANORAMA DE LA SIERRA VELLUDA. Poeppig.

Como informa el autor, el dibujo fue confeccionado desde las serranías bajas que cierran el valle hacia el norte. La Sierra Velluda estaba totalmente cubierta de hielos, siendo muy característico el ventisquero que bajaba cerca del extremo derecho, en forma de una lengua. Los bosques al pie de los cerros están representados en la litografía como si fueran roblerías, y corresponden efectivamente a lengas (*Nothofagus pumilio*).



85. FOTOGRAFÍA DEL PAISAJE DIBUJADO POR POEPPIG.

El punto desde el cual fue tomada la fotografía está más arriba, a fin de dar un panorama más completo. El bastión que ocupa la parte izquierda del dibujo queda mucho más abajo. El ventisquero a la izquierda de él tiene ahora un desarrollo mucho menor, y falta el torrente alimentado por él que dibujó Poeppig, que es ahora un arroyo de escaso caudal, cerca del cual bajaba el sendero de los pehuenches. Igualmente instructiva es una comparación del extremo derecho del panorama. Donde Poeppig dibujó la lengua de hielos que baja al valle, los hielos han desaparecido, pero se observa claramente el lecho por el que descendía el agua de deshielo. Hasta en los menores detalles, el dibujo resulta exacto y comprueba un retroceso realmente alarmante de las precipitaciones en la alta cordillera, de modo que nos encontramos en una fase de desarrollo de creciente sequía. Cabe agregar que el árbol a la derecha de la fotografía y el bosque abajo de ella corresponden a coihues (*Nothofagus Dombeyi*).

chileno y al indio, que ignoran su causa, y las montañas en que se repite a menudo el fenómeno disfrutan de la reputación de encontrarse irritadas con el hombre o que residen en ellas espíritus malignos, como cuidadores de tesoros ocultos, que tratan de ahuyentar mediante esas amenazas al codicioso que penetra en su reino. Lo que más espanta a los pobladores es, sin embargo, que cerca de estas cumbres más elevadas el más hermoso tiempo de verano se transforma con asombrosa rapidez en un temporal invernal, y también el botánico europeo comenzará a contemplar estas soledades con desconfianza, aunque por otras razones, después de haber sido víctima de un temporal de esa índole, que supera con creces al mal tiempo que se presenta en los inviernos de su patria nórdica, sobre todo cuando fue sorprendido por él en un liviano traje de verano. Cuando en medio del verano se forma una tempestad eléctrica en las cumbres más elevadas, con incomprensible velocidad, para desencadenarse con incesantes y violentos truenos; cuando se pre-

senta un oscurecimiento como en las últimas horas del atardecer, y el temporal impulsa con furia irresistible el granizo y la nieve, el andinista se llena de agradecimiento por la casualidad que le permitió descubrir oportunamente una roca saliente. El chileno que contempla desde el valle las negras nubes que ocultan los cerros dice que la cordillera se enoja, que se embravece, pero el indígena hace un sacrificio para congraciarse con el espíritu del mal, el Pillán.

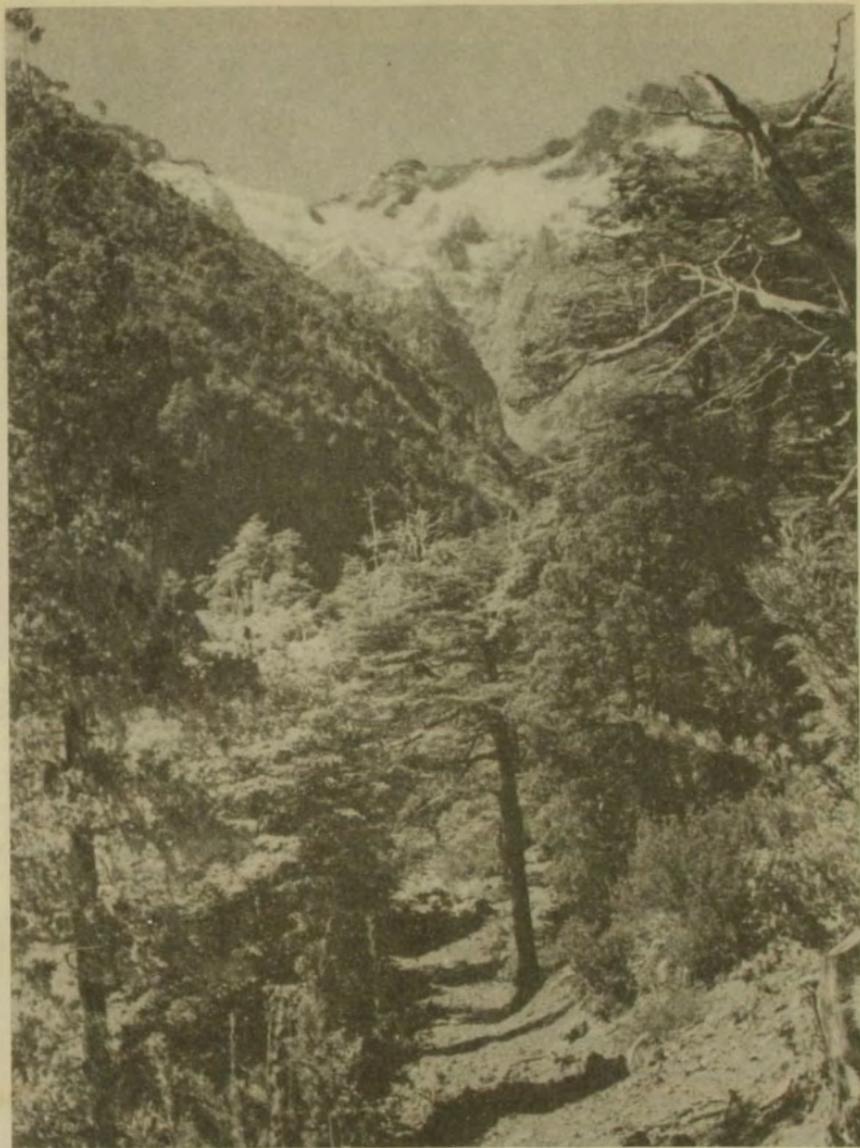
Llena de admiración el descubrimiento que el inconmensurable precipicio de la Silla sólo consiste en basaltos y lavas, que constituyen también los otros costados del valle, cerrándolo igualmente en forma más o menos vertical. Hasta el lugar en que comienzan los ventisqueros se observan en el precipicio once estratos horizontales claramente separados, correspondiendo a uno de los centrales un espesor de unos 350 pies. Las diversas capas de las columnas de basalto están separadas por fajas de lavas compactas de igual espesor, las que muestran, en parte, el color rojo brillante por medio del cual se les reconoce en algunos puntos del volcán Antuco desde una distancia de varias millas. En un grupo de basaltos que aparecen al centro del panorama del valle<sup>1</sup>, las columnas son delgadas y a menudo muy dobladas, lo que se observa con poca frecuencia en otros lugares de esta región.

No cabe duda de que el conjunto de estas paredes representa los contornos de un inmenso cráter antiguo y que la Silla constituye la más elevada de las paredes que se han conservado. Hace milenios se extinguió por algún tiempo el fuego subterráneo, que encontró salida debajo de la cumbre de la Silla, cubierta de nieve y que excede seguramente en altitud al Mont Blanc<sup>2</sup>. El cráter se derrumbó en seguida, y de esta manera se generó el valle con sus gigantescos precipicios, y cuando el fuego apareció de nuevo, irrumpió a una distancia no muy grande a través de la frágil corteza de la tierra, dando su origen al volcán Antuco, que todavía es activo y ostenta una fuerza que puede ser considerada de cierta manera como juvenil.

En este lugar es muy hermoso el aspecto de la línea de las nieves, que se presenta perfectamente horizontal si se la contempla desde una distancia en que desaparecen detalles que perturban la vista. Como es relativamente fácil alcanzar hasta ella, fue muy sensible no disponer de recursos científicos para determinar su altitud. Es cierto que había llegado un nuevo barómetro desde Valparaíso, pero a pesar de su precio de dos onzas de oro, era inservible. Tratábase de un instrumento británico corriente, con una escala demasiado reducida y de una construcción tan deficiente, que se descompuso después de haberse medido algunas pequeñas alturas, que me merecieron poca fe, y no fue posible repararlo en Antuco. La Silla

<sup>1</sup>La sexta tabla del Atlas, que se refiere al valle de la Silla Velluda, fue dibujada desde las serranías bajas que cierran hacia el norte la desembocadura del valle.

<sup>2</sup>La Sierra Velluda tiene una altitud de 3.580 m., en comparación con 4.810 m. que corresponden al Mont Blanc. La Sierra Velluda no es un volcán.— Nota del Traductor.



86. EL SENDERO DE LOS PEHUENCHES.

El sendero de los pehuenches se dirigía desde Argentina al lago Laja y bajaba al Trubunleo por un portezuelo situado entre el volcán Antuco y la Sierra Velluda, para continuar a la Isla de La Laja por el valle del río Laja, al lado del fortín. Se situó a éste, precisamente, en ese punto, por cortar el paso. La fotografía muestra el sendero aguas arriba del fortín, con la Sierra Velluda al fondo. *Fotografía:*

*Carlos Keller R.*



87. PORTÓN DE ENTRADA AL FUERTE DE VALLENAR.

La gradería de la escalinata se ha conservado. A la izquierda, arriba, se encontraba un bastión, en que se había instalado un cañón. El fuerte estaba situado en el valle del río Laja, aguas arriba de Antuco. No lo menciona el autor. *Fotografía: Carlos Keller R.*

brindó también una gran cantidad de tesoros botánicos, y hay más de cuarenta especies vegetales que parecen ser endógenas en el valle.

Hasta ahora faltaba la aldea de Antuco en todos los mapas, pero aparece en la carta original, ya mencionada, de Poncho Chileno, como población proyectada. Don Ambrosio O'Higgins indujo en 1772 a diversos campesinos de Los Angeles a radicarse en esta región, a fin de cerrar el boquete que conduce al territorio indígena. En las guerras, las tropas españolas disponían de esta manera de refuerzos; en la paz había oportunidad para desarrollar el comercio con los pueblos indígenas, en que estaban interesadas ambas partes. Tres o cuatro caravanas se dirigían anualmente desde aquí con algunas centenas de mulas cargadas hasta muy adentro en los Andes, para reunirse en determinados lugares con los indios. Suministraban a los nómades trigo y maíz, ferretería y chaquiras, recibiendo en trueque sal y ganado. Este comercio debe haber sido muy provechoso, pues por tres argollas de fierro con que se amarra el lazo en la cincha, los indígenas entregaban dos caballos o una vaca gorda. Por vino y tabaco pagaban cualquier

precio, y a pesar de la estricta prohibición y de exponerse el transgresor incluso a la excomuni6n, se exportaban bebidas alcoh6licas, armas y p6lvora. El indio no tiene nada de peligroso en estado de sobriedad, pero se transforma en un animal feroz, que no conoce el miedo, ni reconoce relaciones anteriores, cuando se encuentra bajo la influencia de las bebidas alcoh6licas. Los caballos de la raza predominante entre los pehuenches, y que constituía uno de los objetos del antiguo comercio, son todavía muy buscados; se les reconoce por ciertos sntomas exteriores, sobre todo la cabeza ancha y las grandes pezuñas, que son informes, pero que prestan mucha utilidad sobre las lavas. Llama la atenci6n la frecuencia de un pelaje manchado de dos o tres colores y un iris azul. Aventajan en resistencia incluso a la raza chilena, y son tan seguros como mulas en las elevadas montaas.

Son ahora poco frecuentes las llamadas ovejas pehuenches, de que provienen los mejores pellejos para las monturas. Su lana tiene un color gris de plata, es brillante y consiste en hilos sedosos, que tienen un largo superior a un palmo y que son un poco crespos. En Antuco se consigue todavía esta oveja, que es mayor que la de las razas comunes, pero parecen no ser apropiadas para el talaje y el clima que encuentran en la tierra baja.

Tambi6n se conseguía algo de azufre y de cobre por medio de ese comercio, pero su objeto mäs importante fue la sal. En muchas regiones de la vertiente oriental de los Andes se encuentran a esta latitud algunos arroyos que se cubren con costras de sal, ofreciendo el aspecto de hallarse helados, o bien esta substancia existe en las laderas de los cerros (como en la zona que los indios llaman Coipuleuvu), en que es posible obtenerla sin mucho trabajo en la superficie. La primera clase es mäs fina, pero es mäs difícil de recolectar y menos abundante, pues los cristales de sal sólo vuelven a generarse en cuatro meses; en cambio, la segunda clase, que suministra sal en bloques, permiti6 al comercio de Antuco proveer antiguamente a toda la zona austral, cuyo abastecimiento desde el Perú es en la actualidad tan insuficiente, que durante mi permanencia el regalo mäs grato que se podía hacer en las aldeas mäs alejadas de la frontera eran algunas libras de sal de piedra. Entre los indios, impedidos para llegar hasta las salinas por la guerra con los Pincheira, la carencia de sal era realmente lamentable. El cloruro de sodio proveniente del territorio de los pehuenches es muy puro, a veces de color rosado claro y merece ser preferido a la clase sucia que se obtiene por los chilenos cerca de la desembocadura del Maule.

Los vecinos de Antuco supieron asegurarse el monopolio del comercio con los indigenas, pues consideraban como un secreto sus conocimientos de los Andes, a lo que se agregaba la ventaja de mantener contacto con aquéllos y dominar su lengua. Al iniciarse la guerra, ces6 toda comunicaci6n. En 1822 fue quemada la aldea por bandas enemigas; la duraci6n del peligro y los mensajes amenazantes de los Pincheira indujeron a muchos a emigrar, y la anarquía que reinaba en la capital se manifest6 en forma especialmente desfavorable en esta provincia (véase



88. PALIZADA DEL FORTÍN DE TRUBUNLEO.

Entre el fortín y el barranco que cae al río Laja se construyó un foso, paralelo al río Trubunleo, aguas abajo del fuerte, el que fue provisto de una palizada y un puente. Este último fue levantado todas las noches, como informa Poeppig, y ha desaparecido. La palizada, en cambio, se ha conservado. Es de madera de ciprés y tiene 130 años de edad, como mínimo. La fotografía testimonia de esta manera la durabilidad de la madera del ciprés chileno en terreno seco. *Fotografía: Carlos Keller R.*

la nota 4 al final del capítulo), que requería más que otras de protección, y que empobreció rápidamente.

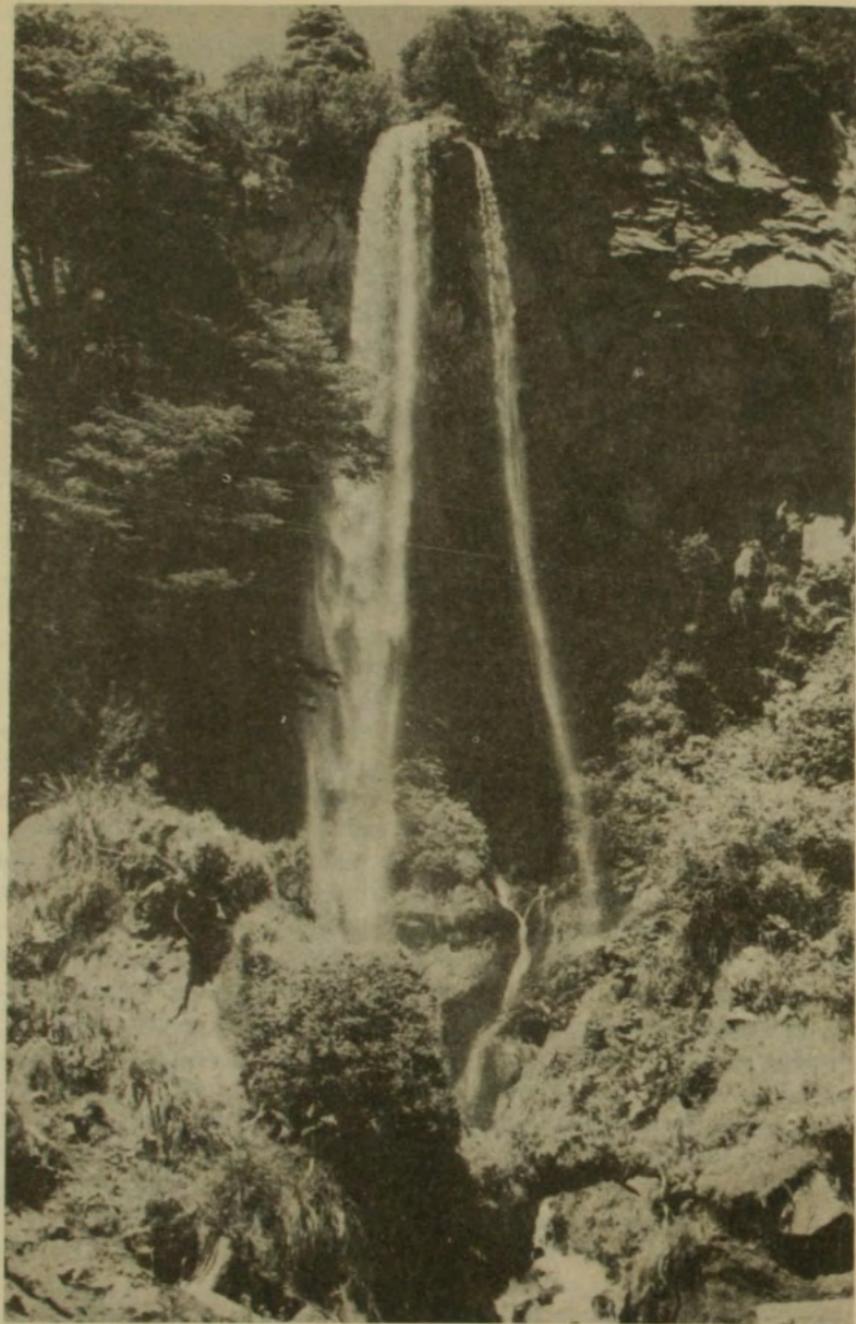
La industria de los antucanos se limita al cultivo de los productos agrícolas más indispensables, y se ven favorecidos al respecto por la naturaleza, pues cuanto se haya expresado y a menudo puesto en duda acerca de la fertilidad de Chile, se encuentra confirmado aquí. En todas partes de la isla de La Laja la cosecha se eleva en los suelos buenos, en años normales, a treinta veces lo sembrado; en el límite con la llanura de Los Angeles, en Tucapel y en los valles de Antuco y Villucura (Duqueco), la fertilidad aumenta en tal forma, que se cosecha en años buenos cincuenta veces lo sembrado. En terrenos boscosos recientemente descampados, el rendimiento del trigo sube a ochenta veces lo sembrado, y en ocasiones es necesario sembrar primero fréjoles, a fin de agotar un poco el suelo<sup>1</sup>.

Otra característica de esta zona son los bosques de manzanos y perales en

<sup>1</sup>Las mejores regiones de la América del Norte no pueden ser comparadas a este respecto, pues en el condado de Lancaster, en Pennsylvania, no se cosecha más del 27% en exceso de lo sembrado, y en el Estado de Ohio, el 30%.

forma silvestre, que se presentan como una prolongada faja al pie de los Andes, y que se extenderían hasta la zona de Villarrica, según informaciones de los indígenas. Las frutas apenas pueden ser consumidas, pero el blanco y el indígena preparan con ellas una sidra de sabor desagradable. La preparación es curiosa, comprobando hasta qué grado los campesinos carecen de las herramientas más sencillas. No se conocen prensas, las que son reemplazadas por morteros y a veces por un cuero de vacuno, sobre el cual se machucan las frutas con mazas, para ser exprimidas en seguida con las manos. La vid parece no prosperar bien en los alrededores de Antuco, pero podría deberse sólo a que nadie se preocupó seriamente de plantarla; los duraznos crecen en todas partes en forma silvestre y forman a veces bosquecillos en los campos y praderas. De esto se desprende que el campesino podría vivir con mucha ventaja en este valle, una vez que se estableciera la paz con los indios o que el gobierno adoptara medidas más serias a favor de la protección de los pobres ciudadanos. De acuerdo con las circunstancias, los antucanos se habían protegido al menos del peligro de ser asaltados repentinamente. Casi cada casa estaba rodeada con sólidas cercas de palizadas, y el acceso a ellas se encontraba dificultado en la noche por numerosas trancas; como los indígenas siempre atacan a caballo y había necesidad de remover primero estos obstáculos, los vecinos disponían en el peor de los casos de suficiente tiempo para escapar a los cerros por senderos ocultos. Desde el este constituía una amenaza la horda de los inhumanos Pincheira, que podían bajar desde el portezuelo del volcán; y desde el sur lo eran los moluches, que viven al otro lado del Bío-Bío y que tienen un odio irreconciliable hacia sus vecinos blancos. Los antucanos pasaron el verano en permanente temor, pues tampoco podía tenerse confianza en los aliados cobrizos, y era realmente triste que en medio de esta hermosa naturaleza y en una temporada que se asemejaba a una primavera ininterrumpida, tenían que anhelar la llegada del invierno, que cierra los Andes y significa para ellos una seguridad durante cinco meses. Por lo demás, la nieve cae en el valle en esa temporada sólo para derretirse pronto, pues aun cuando es posible alcanzar la línea de las nieves eternas en dos horas desde la aldea, el clima no puede ser considerado de ninguna manera como frío. Por el contrario, el calor estival es extremadamente grande, alcanzando en Antuco 25° y en la llanura de Los Angeles hasta 33° en días despejados. En esta última, como también en los cerros de posición aislada, los vientos del sur se presentan con tal fuerza, que el jinete se ve a veces obligado a bajar del caballo, para esperar hasta la tarde, en que, por lo general, reina calma. Si se viaja en ese tiempo desde el valle a la llanura, se corre peligro, al exponerse al viento del sur, de que el repentino cambio de clima motive una alteración del cutis en todas las partes del cuerpo que no se encuentren cubiertas. Se secan entonces los pastizales, y el campesino los quema, pero después de las primeras lluvias vuelve a cubrirse el suelo con jugoso pasto.

Un fenómeno extraño es la extraordinaria violencia de los vientos del este,



los puelches, que, por lo general, son raros en Chile, pero que se presentan en los Andes australes, sobre todo a fines del verano, en febrero y marzo, con la furia de las tempestades del océano. Alcanzan muy raras veces hasta los llanos, donde sólo se presentan en el breve período de transición hacia la primavera, en septiembre. En aquel tiempo, el viento del este es extremadamente helado y hace bajar el termómetro en 8 a 10°, pero cuando sopla en el verano sólo en los Andes, ocasiona aquellos calores que llaman la atención a una altitud de 5.000 pies. Quizás se pueda explicar este comportamiento tan diferente de los vientos del este por las nieves que cubren los Andes en invierno y el gran recalentamiento de las pampas en verano, las que carecen de mucha vegetación. Se presentan mucho después de la puesta del sol, a menudo únicamente cerca de la medianoche, para soplar en seguida sin interrupción durante dieciocho a veinticuatro horas y en ocasiones durante dos días, con la violencia de un temporal, volcando a veces los árboles más altos en los bosques andinos. En el verano aportan una gran cantidad de vapores, de modo que todo el paisaje se presenta como si estuviera lleno de humo, y terminan con fuertes lluvias tan pronto cambian de dirección hacia el norte.

Alrededor de Antuco, en parte también en los valles transversales más apartados, se habían radicado los indígenas expulsados de su territorio. Aunque sólo pocos entendían algunas palabras de la lengua castellana, la mayoría de los campesinos, como también mi mozo, dominaban perfectamente el dialecto araucano que usaban, de modo que podía mantener relaciones con los caciques. La prudencia aconsejaba disfrutar de la benevolencia de estos semisalvajes, que podrían presentarse en cualquier momento como nuestros enemigos, y merecieron mi preocupación también por el hecho de tratarse de un pueblo todavía no descrito por ningún viajero, por lo cual se incluirán en este lugar los resultados de esa investigación.

Los pehuenches son nómades, y jamás se acostumbrarán a tener un domicilio fijo, diferenciándose ya a este respecto en muchos rasgos de los araucanos, que, por lo demás, pertenecen con ellos a la misma rama patagónica de la raza cobriza de América. Vagan permanentemente por los Andes, ya sea por una inclinación innata a la vida errante, o bien obligados a ello por la necesidad, y se presentan en ocasiones como pastores, que no conocen otra riqueza que sus rebaños, o valientes bandidos, que encomiendan en la guerra los quehaceres domésticos a las mujeres, bajan a las llanuras y realizan sus destructoras correrías a veces hasta

---

#### 89. EL SALTO DE LOS MELLIZOS.

La terraza de la Escalera del Diablo debe su origen a una potente capa de basalto que bajó por el valle y que se conservó en ella, como también en muchos otros puntos. Ocupa toda la parte superior de la fotografía, obligando a los esteros y arroyos a correr superficialmente, formando saltos en el barranco. Debajo de la capa vuelve a aflorar agua en forma de vertientes, como se puede ver en la parte inferior. *Fotografía: Carlos Keller R.*

las puertas de Buenos Aires, donde se les conoce con el nombre de indios pampas. Sólo cuando el invierno cubre todas las partes superiores de las montañas con profundas nieves, sobre todo en los meses fríos de julio y agosto, y cuando los interminables aguaceros y las indescriptibles crecidas de los ríos hacen imposible la vida vagabunda, construyen una vivienda un poco más protegida, para invernar en ella. Cuando se vuelve a derretir la nieve, suben a puntos cada vez más elevados de la montaña, pero sin salirse de un determinado distrito, que ha pertenecido desde tiempos inmemoriales a su tribu.

Los sufrimientos y las necesidades han inducido a las naciones más alejadas, entre las que no existió jamás ningún parentesco, a hacer los mismos inventos y aplicar los mismos procedimientos en la vida casera. El pehuenche representa un ejemplo al respecto, pues su vivienda, la elección de sus alimentos, su caballería y sus armas tienen mucho parecido con las de varios pueblos del norte del Asia. Su vivienda se asemeja a la de los tártaros y de los indígenas de Kansas, al interior de Estados Unidos. Algunos cueros de bueyes, bien preparados, colocados en forma cónica sobre palos plantados en la tierra, ofrecen suficiente abrigo contra



90. CAMPAMENTO PEHUENCHE. *Poeppig.*

Cerca del lago Laja, hacia el sur de él, los pehuenches han establecido su campamento en un bosque de araucarias. Sus carpas, formadas por un haz de varas cubiertas por cueros, se asemejan a las de muchas tribus norteamericanas y difieren totalmente de las araucanas, aun cuando los pehuenches fueron araucanizados en alto grado, como lo testimonia la descripción de Poeppig.



91. FAMILIA PEHUENCHE EN ANTUCO. *Rugendas.*

La carpa cónica es la misma dibujada por Poeppig. Una mujer está trenzando el cabello de otra. Una niña mantiene en posición vertical la cuna araucana típica, en que se encuentra un infante. El artefacto podía ser colocado en cualquier rincón, o colgarse para ser mecido; se le llevaba también en la misma posición sobre la espalda, a pie o a caballo. A la izquierda, una mujer está tejiendo. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

los helados golpes de viento desde las montañas nevadas y las lluvias del invierno. En aquellos Andes crece el útil colihue, una gramínea arbustiva con tronco ramoso, que se encuentra aun a altitudes en que termina la vegetación de los árboles, suministrándole al indio el esqueleto de su toldo. Sobre una pequeña planicie de los pastizales recién encontrados, el grupo que acaba de llegar construye esos toldos puntiagudos, eligiendo para ello la orilla de un vecino arroyo, cuya agua heladísima se emplea para bañarse en ella en todas las temporadas. En los alrededores pastan los rebaños, que no requieren vigilancia especial, pero frente al toldo se encuentra siempre un caballo ensillado, con la peligrosa lanza plantada en el suelo al lado de él. Al interior está encendida una fogata, en que se prepara algo a toda hora del día, pues sin horas fijas, cada miembro de la familia consume algo cuando tiene hambre. Tan pronto se sigue el viaje, se enrollan los cueros, y algunos caballos de carga transportan rápidamente el caserío móvil a un valle lejano. El menaje es poco numeroso, pues el nómada puede prescindir de una infinidad de objetos que necesita el agricultor. Algunos pellejos para dormir, algunos capachos cuadrangulares de cuero de vacuno y confeccionados con gran arte, las monturas

y sus accesorios, la lanza, el lazo y las boleadoras o bolas (*laquen* en araucano), representan casi todo lo que se alcanza a ver. En cada nuevo domicilio se vuelven a confeccionar los artefactos de greda que se usan en la cocina, pues los varones le dedican gran interés a la comida, pero sin demostrar mucha delicadeza en la elección de sus alimentos. Les parece sobre todo sabrosa la carne de yegua, y sólo la necesidad los podrá inducir a matar una vaca. Aun cuando están acostumbrados a preparar la carne al humo o a tostarla, no habrá ninguno que se niegue a consumirla en estado crudo cuando se encuentre impedido para encender fuego por la cercanía del enemigo.

Como no conocen los cultivos, por tratarse de una actividad que consideran deshonrosa y afeminada, se ven reducidos durante muchos meses a una dieta únicamente carnívora. Antes de la revolución adquirían de los chilenos grandes cantidades de maíz y leguminosas para sus rebaños, pero como consecuencia de la guerra ha terminado ahora este comercio. Tendrían que renunciar en absoluto al consumo de vegetales si la bondadosa naturaleza no se preocupara maternalmente de aquellos rudos indígenas, entregándoles las nutritivas semillas del pehuén, el fruto de la araucaria. La recolección y preparación de estas semillas y la confección de bebidas embriagantes (del molle, del maqui y de la chilca), que consumen los pehuenches en exceso, incumben a las mujeres. Como entre todos los pueblos que se hallan en un estado cultural muy bajo, las mujeres son bestias de trabajo que tienen mucho que sufrir y a quienes se encomiendan también labores que nadie consideraría como femeninas en otras regiones. El caballo que monta el marido en la madrugada, debe ser laceado, traído y ensillado por la mujer. Cuando las familias emigran, es un deber de las mujeres mantener la tropa en orden, cargar debidamente los animales destinados a ese objeto, descargarlos en los lugares de descanso y encender las fogatas: en una palabra, deben servir al déspota casero, quien se entrega al sosiego, pues adquirió sus mujeres como sirvientes. Durante la marcha, éstas llevan a los niños en fajas, en parte también en una especie de cunas (*cupilhue*), en las que es amarrada la criatura verticalmente, un dispositivo que se asemeja al de los caribes de San Vicente, que se encuentra ilustrado en la obra de Edwards. El menor descuido en alguno de estos múltiples deberes es castigado duramente, y llaman la atención las profundas cicatrices que cubren en gran número a algunas de estas mujeres. Pero, por otro lado, se hace difícil a los pretendientes lograr la posesión de una muchacha. Si se presenta uno se le fija un precio que, en relación con la fortuna de cada una de las partes, podrá consistir en caballos, monturas, espuelas de plata, adornos y armas, llamándose entonces *quegutún*; o bien en vacunos y ovejunos, lo que se denomina *mavutún*. Si el joven se muestra inclinado a pagar el precio, no se considera como contrario a la buena fe que el padre aumente su exigencia, procurando obtener del pretendiente el precio más



92. MUCHACHA PEHUENCHE EN ANTUCO. *Rugendas.*

Denota en su vestuario y adornos influencia araucana, pero no pertenece a esta cultura la larga capa, que es de cuero, siendo parecida a la que usaban los patagones, pero que posiblemente pertenezca a la cultura pehuenche antigua, antes que sufriera una profunda transformación por la influencia araucana.

*Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

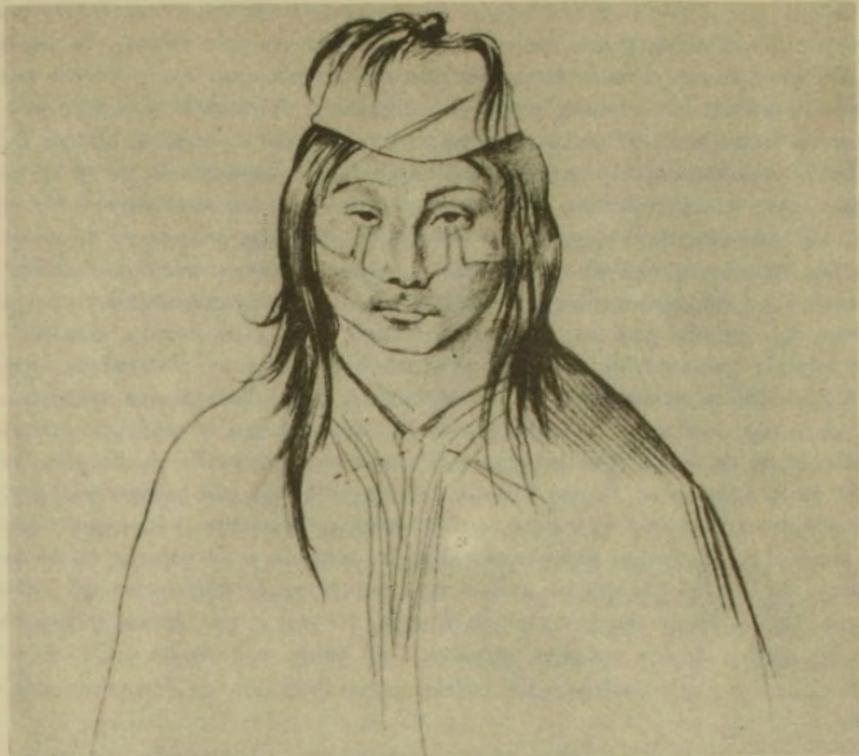
alto posible. Pero el trato no está terminado con dejar satisfechos a los padres, pues cada pariente de la muchacha tiene que recibir igualmente un regalo, de acuerdo con su grado de parentesco. No se acostumbran festividades o cualquiera clase de ceremonias civiles o religiosas al celebrar esta delicada unión.

El marido tiene el derecho de expulsar a sus mujeres<sup>1</sup>, y la observación de la convivencia entre esta gente no ofrece de ninguna manera cuadros amables de una tranquila felicidad hogareña. El marido se preocupa poco de sus mujeres y llega en su orgullo al extremo de considerarlas como una clase de criaturas que han sido colocadas por la naturaleza muy debajo del hombre. No conoce otra clase de inclinación hacia el género femenino que la animal, no por ser tan falto de sentimientos e incapaz de inclinaciones superiores como el autóctono de la América tropical, sino porque teme desmerecer su situación al exteriorizar tales sentimientos humanos.

El hecho de ser capaces estos indios de considerar la amistad con un congénere como un bien del más alto valor se desprende de una curiosa costumbre, que es común a todas las tribus parientes. Dos varones que se tienen simpatía celebran con algunas ceremonias un pacto de amistad (*lacutún*, verbo, derivado del sustantivo *lacu*, una pareja), el que se cumple concienzudamente y que no consiste —lo que es bastante extraño— en las superficialidades a que estos pueblos atribuyen tanta importancia, sino que comprende todas las situaciones de su vida. Dondequiera que se encuentren dos miembros del *lacu* están obligados a mantener preferentemente relaciones entre ellos; duermen en el campamento en el mismo pellejo, y no se separan jamás en la guerra para luchar en diferentes lugares. Se visitan con frecuencia, y corresponde entonces al anfitrión matar una oveja y comer su corazón asado, como primer guiso, solo con su amigo. En la lucha, cada cual está obligado a sacrificarse por el otro, y deben prestarse siempre la mayor ayuda en toda necesidad, sin temores ni consideraciones<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>A veces, una mujer abandona la casa de su marido, o regresa después de larga ausencia. Las consecuencias no son sangrientas, pero en caso que el marido no estuviera dispuesto a acoger de nuevo a la mujer, los padres están obligados a restituirle el precio de compra que pagó, recibiendo, en cambio, sus nietos, con que no se puede quedar ningún hombre separado. Con el pago del precio de compra de la novia, no están cumplidas de ninguna manera todas las obligaciones con los padres y consanguíneos. Si ellos necesitaran la ayuda del casado, éste tiene la obligación de prestarla. Entre los araucanos existe incluso la costumbre de hacer a los padres un regalo de importancia en caso que muriera la mujer. Esto es especialmente necesario si hubiera surgido la sospecha de que su muerte fue ocasionada por culpa o negligencia del marido. De una manera tan curiosa, se contraponen en este pueblo las costumbres y leyes, revelando algunas la existencia de sentimientos generosos y otras un, repugnante salvajismo.

<sup>2</sup>El campesino chileno observa una costumbre similar, en cuanto la relación entre los padrinos del bautismo y el bautizado tiene influencia sobre la vida futura, siendo considerada como sagrada y, por consiguiente, como fundamento de la mayor confianza y unión recíprocas. Existe también otra costumbre, a la que, por cierto, no se atribuye la importancia de una re-



93. JOVEN PEHUENCHE. *Rugendas.*

Como siempre en los indígenas, lleva la cara cuidadosamente depilada, y también las cejas han sido reducidas a una delgada línea. Por otra parte, lleva en la cara una pintura muy característica. Su poncho es araucano y de lana. El bonete no era usado por este pueblo y debe corresponder a la cultura pehuenche. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

Las familias no son numerosas, y parece —hasta donde es posible averiguar tales cosas entre pueblos salvajes— que nacen mucho más niñas que niños, lo que no se explicaría solamente por la poligamia, ya que muchos pehuenches pobres tienen que conformarse con una sola mujer. La educación está de acuerdo con el estado de la cultura. A los pocos meses, los niños ya aprenden a afirmarse en

lación cristiana y, por lo tanto, religiosa, pero que acerca a dos personas. La simple circunstancia de poseer éstas el mismo nombre las induce a llamarse a menudo *tocayos* (expresión conocida también entre los esclavos negros de las Indias Occidentales), haciéndose íntimos amigos. La repetición frecuente de ciertos nombres de santos muy populares excluye por supuesto la posibilidad de entrar con todos los que tienen el mismo nombre en la estrecha relación de un *tocayo*.

la montura detrás de la madre, y son pronto capaces de hacer cabalgatas prolongadas y rápidas, al igual que los adultos. Cuando crecen sus fuerzas, la muchacha aprende a machucar el maíz entre dos piedras, a conservar los pehuenes para el invierno, a cuidar los rebaños, a tejer un poncho, y finalmente la madre le transmite también sus conocimientos en la tintorería, que por lo general no son despreciables. El muchacho lleva una vida más agitada e independiente, y ya es un excelente jinete a una edad en que nuestros niños apenas son capaces de andar solos. Aprende pronto el ejercicio de las armas, participa más tarde en la guerra y en las reuniones, sin ser sometido a ceremonias tan crueles de iniciación y pubertad como las conocen los pueblos indígenas de Norteamérica. Pero los ancianos ven con agrado que los muchachos tengan entre ellos luchas sangrientas, y puede ocurrir que en tales ocasiones ellos mismos se vayan a las manos, pero sin usar los cuchillos, como lo hacen los moluches, cuyas borracheras terminan muchas veces con asesinatos. Si a pesar de ello alguno fuera muerto por casualidad, se aplicará la vindicta, y el asesino será asesinado indefectiblemente por los parientes de la otra parte. No se procede así, sin embargo, sin advertencia previa y sin exigir un precio por la sangre, que se paga comúnmente y que pone término a la pendencia. Entre los araucanos existe la costumbre de señalar el número y la índole de los objetos que se exigen en compensación, por medio del envío de un *pron* (un conjunto de cordones de diversos colores y que llevan nudos, similares a los quipos de los antiguos peruanos). El color rojo de los cordones señala que la falta de pago tendrá como consecuencia ineludible la venganza más sangrienta.

La industria de los adultos es poco importante, limitándose, por lo general, a la confección de objetos que consideran como indispensables para satisfacer su vanidad y su manía de engalanarse. Aun cuando algunos trabajan los metales, que consiguen en forma bruta de los chilenos, los productos elaborados son muy toscos, pues a menudo los martillos son reemplazados por piedras puntiagudas. Hasta donde se sepa, un pehuenche jamás ha logrado hasta ahora confeccionar una obra de arte tan sencilla como es el bocado del freno, por lo cual adquieren este artículo entre sus vecinos. Los ornamentos de plata que confeccionan no tienen otro mérito que su gran peso; durante mi permanencia, se había establecido la moda de emplear aros en forma de candados, pesando el par cerca de dos libras, de modo que era necesario afirmar este pesado adorno mediante cordones en la faja frontal, a fin de proteger las orejas. Merece admiración, en cambio, la preparación muy fina de tiras delgadas de cuero caballar sin curtir. Sobre un cordón de crin de caballo tejen, sin equivocarse jamás, entre doce y quince angostas tiras de cuero, formando con ellas diseños artísticos y que se usan para las riendas y las cintas de la montura. Han sido descritas en diversas ocasiones sus *zumeles*, que son botas de una sola pieza, confeccionadas con el cuero de las piernas traseras del caballo; para este fin, se corta el cuero por sobre la segunda

articulación en forma circular, desollándolo y haciéndolo flexible por medio de un cuidadoso raspaje y un curtido con *polcura*, una tierra aluminosa, muy frecuente en los Andes, resultando al final una especie de media, que sólo es preciso coser en la punta. Siempre los pehuenches han sido considerados por sus vecinos como un pueblo muy adicto a engalanarse, por lo cual se les tiene mucha desconfianza, sobre todo al convenir en una asamblea general una empresa bélica en contra de los españoles. En ellas, se presentaban los pehuenches tan adornados y pintados como mujeres, y sólo la valentía que demostraban en la lucha fue capaz de restituirles la buena reputación perdida entre sus parientes salvajes. El poncho, que ha sido adoptado por los blancos, cubre sus espaldas desnudas, y alrededor de sus caderas colocan un *chamal*, que es un paño que les cae hasta el tobillo, asemejándose a una falda femenina. Les desagradan los pantalones y las camisas, que jamás usan cuando se les obsequian. Los *zumeles* llevan botones de plata de mucho peso; el freno y una placa de plata, que tiene una anchura de un pie y que llevan los caciques ricos, representan seguramente un valor de algunas centenas de pesos. No se cubren la cabeza, permitiendo que crezca el cabello como protección contra el sol, anudándolo en el campamento; se entreteje una cinta colorada en el nudo, a fin de que éste no se deshaga. Las mujeres llevan un paño sencillo de lana, que deja libres los brazos y que se encuentra sostenido por una faja. Cuidan muy bien el cabello, juntándolo en dos largas trenzas, unidas más abajo en un semicírculo por medio de cordones, que llevan una gran cantidad de campanillas, sartas de vidrio y trozos de cobre pulidos. El cuello se encuentra rodeado por cordones similares, y este adorno es tan tosco, que pesa algunas libras en conjunto. El tamaño y peso de este aderezo revelan la riqueza de una mujer, y es fácil deducir la importancia de una visita, antes de verla, de los sonsonetes que hacen esos adornos.

Los pehuenches se encuentran siempre en guerra con alguno de sus vecinos, consistiendo la causa en las condiciones creadas por la vida nómada. Como dueños de grandes rebaños, tienen que recorrer considerables distancias, a fin de hallar nuevos pastizales. Si tropiezan, ahora, con otra tribu dentro del territorio que estiman por tradición de su propiedad, estallan luego pendencias, que podrán transformarse pronto en una guerra general, llevada a cabo sin concierto previo acerca de su dirección. Aun cuando la divergencia afecte a todo el pueblo, cada cacique saldrá con sus propios mocetones, sin reconocer a un jefe superior o aliarse con otros caciques. Consideran como el arte supremo de la guerra asaltar al enemigo en algún lugar en que se encuentre desprevenido, para dirigirse en seguida contra los campos abiertos y hacer sentir al campesino el inmenso terror de una guerra india. Saben ajustar sus correrías en el sentido de llegar de noche al lugar fronterizo destinado a ser aniquilado. Apenas aclara el día, se precipitan con un espantoso chivateo y sin orden alguno sobre la aldea indefensa, y la furiosa horda se reparte con tanta rapidez por sus calles, que los habitantes disponen pocas veces

del tiempo necesario para huir. Son verdaderamente pavorosas las escenas de barbarie y destrucción que se inician a continuación. Cuanto representa algún valor será robado, el resto será destruido; los rebaños serán arriados, y los excedentes de ellos, muertos. [Los varones y los muchachos adolescentes son asesinados sin misericordia; perdonan la vida a las mujeres de edad, después de maltratarlas cruelmente; las muchachas y las mujeres jóvenes son raptadas y, condenadas a vivir con los vencedores, tienen poca esperanza de volver a su patria.] El epílogo consiste en el incendio de los pobres ranchos, y entre las llamas y sobre las muestras sangrientas de los asesinatos se vuelve a alejar con gran celeridad el terrible tropel. Menos de dos horas son suficientes para iniciar y terminar estas escenas. Los indígenas desaparecen con la misma rapidez con que llegaron, y sólo los escombros humeantes y las lamentaciones de los escasos vecinos salvados testimonian su visita aniquiladora. Sin embargo, si las circunstancias inevitables los obligan a luchar, no carecen de valor. Su ataque es rápido y furioso, pero termina instantáneamente cuando se les opone una resistencia resuelta, y una vez rechazados, no



94. PERSECUCIÓN DE PEHUENCHES POR TROPAS CHILENAS. Poepig.

Los pehuenches han realizado un asalto, raptando una joven, con la que procuran huir, pero son perseguidos por tropas chilenas. Poepig comenta que se presenta a los indios en parte en lucha, en parte dedicados a arrear el ganado y huir con las mujeres que capturaron en su incursión. La vestimenta y el equipo, tanto de los indígenas como de los campesinos chilenos (y soldados) y de la muchacha raptada, corresponden fielmente a la realidad y se basan en esbozos con cuya ayuda el teniente primero Schubauer, del ejército de Sajonia, pintó un cuadro al óleo, a base del cual se confeccionó la litografía. Al fondo se ve el valle del río Laja, coronado por el volcán Antuco.

vuelven a repetirlo. Los brazos de hacerlo, se desprenden de la escasa ropa, subiéndose así a caballo, con los brazos y la cara untados con sangre fresca de caballo. No luchan jamás de a pie y no usan otra arma que la lanza, que consiste en una caña de colihue, con un largo de 18 pies y que lleva una punta de cobre, afirmada ingeniosamente, la que es terrible en sus manos. Colocados en una fila, a cierta distancia, inician el retumbante griterío del chivateo. Cuando se da la señal, dejan caer los cabellos largos y sueltos hacia adelante sobre la cara, y todos se precipitan gritando furiosamente en contra del enemigo, inclinándose sobre el cuello del caballo al galope y moviendo la lanza debajo del brazo. El enemigo está perdido si le abandona su sangre fría al contemplar ese gentío, que parece estar constituido por espíritus que se han escapado del infierno. Al huir, el pehuenche procura salvarse por su habilidad en el manejo del caballo, escapando incluso al chileno, a pesar de que éste usa a caballo caminos por los que no le seguiría ningún europeo. En la persecución, este mismo nómada no es menos terrible, pues lo que no está al alcance de su lanza será tocado con toda seguridad por las boleadoras.

Estos indígenas hacen muy raras veces prisioneros en sus numerosas correrías bélicas, y cada cual prefiere luchar hasta el último instante, antes de exponerse a un destino que podrá cerrarse sobre él en forma más o menos terrible, según el capricho del vencedor. Durante mi permanencia en Antuco, regresó un partido bélico desde los Andes australes, que había logrado hacer prisionero a un cacique de la odiada tribu de los moluches. El desgraciado debía ser víctima de la venganza, y ni la intercesión del comandante chileno ni el ofrecimiento de considerables obsequios lograron el menor efecto sobre los indios excitados, que esperaban la mañana siguiente con impaciencia. El prisionero aguardaba su suerte fatal con esa torpe indiferencia que no tiene nada de común con la valentía de un héroe; el individuo semidegenerado, que jamás experimentó la felicidad de una sensación sentimental, se separa sin mayores afectos de la obscuridad nocturna de su existencia. Durante toda la noche se escuchó el bullicio de la fiesta de la victoria, una repugnante bacanal, y con la primera luz de la mañana se reunió frente al fortín un amplio círculo de hombres y mujeres. El prisionero se encontraba al centro de un segundo círculo más estrecho, formado por unos veinte guerreros, cada cual armado de una larga lanza. Se habían excavado tres hoyos ante sus pies, y se le había entregado una vara corta, que tenía en sus manos. Relató de viva voz todas sus acciones y nombró a todos los enemigos que cayeron bajo su brazo, y cada nombre estaba simbolizado por un trozo que cortaba de la vara, arrojándolo en uno de los hoyos y pisándolo lleno de desprecio. El auditorio se presentaba in-

<sup>1</sup>La séptima tabla del Atlas muestra a los pehuenches comprometidos, en parte, en un combate y dedicados, en parte, en llevarse a las mujeres y los rebaños, de que se apoderaron en un asalto realizado en Chile. El vestuario y equipo, tanto de los indígenas como de los campesinos chilenos y de la muchacha raptada, son absolutamente fieles y se basan en apuntes, de acuerdo con los cuales el teniente primero del real ejército sajón Herr Schubauer pintó un cuadro al óleo. (Véase la ilustración del frente.)

dignado, exteriorizando ese sentimiento por medio de un ruido cada vez más fuerte, y las mujeres, desfiguradas en furias, acompañaban la enunciación de cada nombre con estridente griterío. Se bajó una lanza tras otra, rodeando en círculo cada vez más estrecho el pecho del enemigo, que hacía burla y se mofaba de ellos. Finalmente, arrojó el último trozo de la vara y pronunció el último y más importante de todos los nombres, y cien gargantas entonaron simultáneamente el espantoso chivateo. Cerca de veinte lanzas perforaron al prisionero, quien, levantado en sus puntas, cayó muerto al suelo.

Un acostumbramiento temprano al aspecto de tales hechos puede transformar en crueles también a individuos bien inspirados, sobre todo cuando un prejuicio religioso elimina la apariencia de estar cometándose un crimen. Los antucanos, gente honrada y sencilla, que me acogieron en la mejor forma, proceden con los indígenas de una manera muy inhumana cuando caen en sus manos después de un ataque malogrado. Las guerras que libra el blanco con los aborígenes en la América del Sur se caracterizan por un terror que se presenta raras veces en forma similar en nuestro continente. Una parte de los aliados cobrizos habían emprendido la fuga para aliarse con los enemigos en los Andes, descontentos por no haber cumplido su palabra el gobierno chileno, pero antes habían robado la mayoría de los caballos de los campesinos en los pastizales, curiosamente sin apoderarse de los míos, quizás por agradecimiento debido a algunos pequeños beneficios que les había hecho. Se ordenó la persecución, los campesinos de Antuco montaron sus caballos, y en la esperanza de llegar bajo esta protección a una región andina que habría quedado inaccesible sin aprovechar esta oportunidad, me incorporé al pequeño destacamento. Pero la ventaja que tenían los que habían huido era demasiado grande, por lo cual escaparon; sin embargo, cerca del volcán se habían atrasado dos mujeres que, cargadas con sus niños, no pudieron seguir a los demás con bastante rapidez a través de las puntiagudas escorias. El jefe de la milicia, Altamirano, un campesino de Antuco, quien había perdido su humanitarismo quizás por su propia suerte anterior, trató de matarlas con su sable, pero lo hizo en forma tan desgraciada, que sólo las hirió. Las mujeres, que imploraban misericordia, fueron atropelladas y pisadas por los caballos de los demás, recibiendo finalmente la muerte por pedradas que les largaron algunos más compasivos, lo que ocurrió antes que yo les pudiera prestar auxilio desde la retaguardia del destacamento, retenido por la aspereza del sendero<sup>1</sup>. Aun cuando la mayoría de los vecinos reprobó vivamente el hecho y el asesino fue destituido más tarde, lo ocurrido fue olvidado pronto y tenido como un episodio normal en la guerra con los indios.

En la paz, los pehuenches son hospitalarios con los forasteros, y conceden a sus relaciones comerciales siempre la mejor acogida. Pero por correcto que sea

<sup>1</sup>El cráneo de una de estas mujeres fue recogido más tarde para estudiar la formación racial y se encuentra en poder del consejero ministerial ordinario, Dr. von Fropiep, en Weimar.

su comportamiento con ellos, tampoco se creen obligados a tener consideraciones para con personas que no les han sido recomendadas. Estiman el asalto de un desconocido, frecuentemente unido a un asesinato, como algo tan honroso como un europeo una guerra librada de acuerdo con el derecho internacional.

En los tratos comerciales son honrados, desaprobando el hurto cobarde y la estafa. Si una caravana llegaba desde la Isla de La Laja al territorio pehuenche (Piren Vutan Mapu, es decir, el territorio más elevado de los Andes), después de un viaje de ocho días, se dirigía a la casa del cacique más poderoso, quien transmitía de inmediato la llegada a toda su tribu. Los interesados en efectuar el trueque llegaban desde todos los valles, negociaban los precios y recibían las mercaderías. Se fijaba de antemano el día de regreso de los chilenos, y no ocurrió jamás que faltaran los deudores para entregar las mercaderías convenidas, o que se procediera de una manera fraudulenta al hacerlo. Tal amistad para con los blancos en tiempos de paz no se encontraba, sin embargo, libre de egoísmo. Los indígenas son muy exigentes, pues aun cuando se acercan siempre al forastero con algún regalo, esperan recibir una retribución superior a su valor. Nada es tan fácil que ser considerado por ellos como avaro, y quien haya recibido alguna vez el epíteto de *culme huinca* (blanco avaro), ya no podrá ser considerado como verdadero amigo.

Atribuyen gran importancia a los cumplimientos, o al menos a la expresión mutua de respeto; les cae muy mal una recepción fría, y quien entre cubierto a sus toldos, será recordado de cumplir con su deber con las palabras de *entuge mi curtesia* (¡ríndeme cortesía!), pronunciadas con disgusto. Su saludo es el mismo de los araucanos, consistiendo en las palabras *mari-mari*, pero con una pronunciación menos precisa de la "r", que es difícil para ellos y que usan poco en su lengua. Una reserva apreciable de vino motivó que los caciques me visitaran con mayor frecuencia de la que habría deseado, pero a pesar de que tenían un conocimiento cabal de mi ignorancia de su lengua, siempre me saludaban con prolongadas arengas. El pehuenche común da la mano como saludo y sólo el cacique abraza al forastero. Se consideraría como muy descortés tratar de eludir esta ceremonia, y depende incluso de la forma cómo ella es respondida si uno es tenido como sincero o no. El abrazo tiene que ser dado con la mayor fuerza posible; mientras mayor sea el afecto, tanto menos soportable deberá ser la presión, y quien tenga la desgracia de ser considerado como una persona importante o de disfrutar de muchas simpatías, puede estar seguro de que después de varios saludos de esta índole apenas le quedará suficiente aliento para agradecer la cortesía de que se le ha hecho objeto. Y no debe olvidarse a este respecto que la etiqueta del pueblo exige que se vuelva la cabeza tres veces durante el abrazo, ora sobre el hombro derecho, ora sobre el izquierdo del nuevo amigo, y gritando tres veces *mari*. No faltan en tales ocasiones largos discursos, pero se puede encomendar la contestación al campesino que desempeña el papel de lenguaraz y que tiene igualmente mu-

cha afición por la oratoria. Aquellos nómades consideran que el mayor talento de un orador no consiste en ser conciso, sino inagotable, por lo cual sus asambleas son bastante aburridoras. En los consejos que celebran con oficiales chilenos, los caciques se sientan formando un círculo y el informante se coloca al centro de él. Inmóvil, con la mirada fija en el suelo, comienza lentamente su discurso, con voz fuerte, y grita la última palabra de cada período con una entonación que se encuentra una octava más arriba que la que se usa en el resto de su arenga. A veces muy uniforme, pero a veces gritando, el orador llega hasta la parte principal, cayendo de nuevo en el tono ordinario, pero golpeando las últimas palabras con gran rapidez. En vez de permitir que a continuación el lenguaraz dé a conocer al impaciente blanco el contenido de estos productos de la oratoria patagónica, se dirige el cacique más antiguo a éste, para repetirle el contenido de lo dicho, y sólo entonces se permite al campesino traducir el conjunto al castellano.

Sus canciones, que sólo se escuchan cuando se encuentran ebrios, son bastante similares a sus discursos; parece que todos carecen de afición a la música, pues jamás se descubre un instrumento sonoro en sus chozas. Cuando están embriagados, suelen bailar, supuesto que merezcan ese nombre ciertos extraños retorcimientos del cuerpo y la indicación del compás con los pies, batiendo la tierra y sin abandonar jamás el mismo lugar.

A pesar de toda la atención que me mereció el problema, no me fue posible encontrar indicios de un culto más profundo entre estos indígenas. Una observación curiosa, aunque hecha también ya entre otros pueblos, es que no tienen una palabra genérica para la Divinidad, sin algún epíteto. Los misioneros se han visto en la necesidad de tener que introducir la palabra Dios en Maynas y en la frontera de la Patagonia. La lengua de los pehuenches posee sólo determinadas palabras para expresar ciertos atributos de la Divinidad: *nguenlavquén* es el Dominador del Mar, y *nguentalca*, el Señor de los Truenos; pero nombres más delicados, inventados por una mentalidad ingenua y piadosa, y el concepto de la eternidad, que el espíritu más poderoso del blanco circunscribe con una palabra: estas dos cosas no es capaz de comprender el tosco aborígen americano. Inducidos por el instinto, aunque no por convicción, suponen todos los indios chilenos una duración infinita y creen en campos elíseos, pero los adornan con aquellas cosas que la fantasía del salvaje considera que constituyen la mayor felicidad y los mayores placeres. La opinión de todas las tribus traslada el paraíso al otro lado del Océano Pacífico, donde se pone el sol. Todo aquello que necesitará el fallecido para su viaje posterior, los aderezos para su caballo, sus armas y las nutritivas semillas de la araucaria, es colocado en su tumba, cavada a escasa profundidad. Se agregan al rico sus mejores alhajas de plata, y se ejerce una sangrienta venganza cuando el chileno se deja seducir a saquear el cadáver. La tribu de los huilliches tiene la costumbre de embalsamar al muerto y a su mejor caballo, secándolos en el humo de la fogata, para enterrarlos mucho más tarde; el moluche amarra el caballo al lado de la

tumba, dejando que se muera de hambre, siempre que no logre librarse él mismo. Con los cuerpos de las mujeres se tienen menos consideraciones, enterrándolos en cualquiera parte, sin mayores ceremonias. Todos creen en espíritus; los parientes más cercanos son más temidos por los sobrevivientes, atribuyéndoles la inclinación a perturbar la paz terrestre por su regreso en formas que espantan. Siempre sacan al muerto del toldo con los pies hacia adelante, pues si se transportara el cadáver en otra posición, podría regresar a él su ánima errante. Cuando la horda abandona el valle en que permaneció durante algún tiempo y en que enterró a algunos de los suyos, se inicia la marcha aplicando numerosas curiosas costumbres, cruzando muchas veces el sendero, a fin de que los espíritus que los persiguieran pierdan la huella.

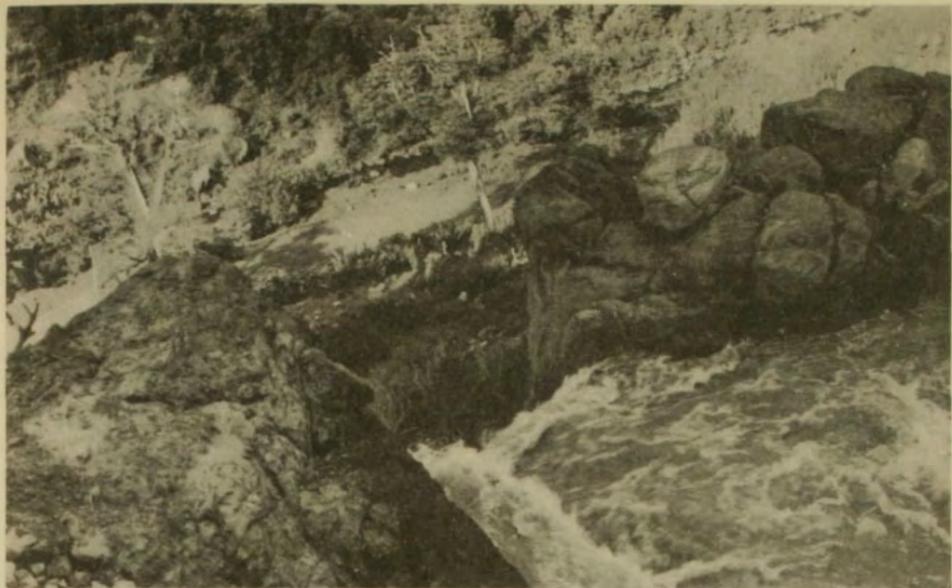
Siempre atribuyen a una causa sobrenatural el daño que reciben sus rebaños o cualquier acontecimiento desagradable que experimenten ellos mismos; esta superstición se ha transmitido asimismo al campesino chileno, quien también sostiene "que le han hecho un daño" cuando se enferma o sus animales domésticos han sido víctimas de alguna plaga. Para el indio nómada no puede haber un mal mayor que este último, por lo cual lo atribuye siempre a un acto mágico de una horda enemiga. Sus machis, que son individuos que se ufanan de mantener relaciones con poderes infernales<sup>1</sup>, maldicen alrededor de una fogata nocturna los rebaños del enemigo y procuran asegurar la prosperidad de los propios por medio de actos mágicos. Sólo la muerte violenta parece al pehuenche como algo natural; la enfermedad, en cambio, sobre todo cuando se presenta en forma menos clara, sería siempre la consecuencia de un encantamiento. Así como se honra a aquellos que son capaces de dañar al enemigo por su concomitancia con seres misteriosos, se persigue con la venganza a todos aquellos que emplean su poder en contra del propio grupo. Quien sea acusado de un delito de esta índole, está, por lo general, perdido; pero esta suerte es deparada raras veces a otras personas que a viudas sin hijos y sin protección. A la sentencia sigue en el acto la muerte en la hoguera, pero el veredicto sólo es pronunciado por la opinión pública.

Los machis, esta forma más rudimentaria y burda de un estado de sacerdotes, comprende ambos sexos, pero sus miembros no se distinguen exteriormente en nada de los demás indios. Son de edad avanzada y conocen las propiedades curativas de las plantas, pues en realidad son capaces de sanar muchos males externos

<sup>1</sup>Entre los araucanos existe una clara distinción entre dos clases de magia: la blanca es desempeñada por los machis; la negra, por los calcus. Es de suponer que los pehuenches, que adaptaron las instituciones araucanas, hayan hecho igual distingo. De acuerdo con él, los machis mantenían relaciones muy estrechas con Pillán, nombre que daban al Ser Supremo, implorando su protección en todos los asuntos que interesaban al pueblo y a sus miembros, mientras que los calcus, que en realidad sólo existían en la imaginación, como las brujas del hemisferio boreal, habrían ocasionado los males a que se refiere Poeppig, quien refunde equivocadamente las dos instituciones en una sola.— Nota del Traductor.

con sus conocimientos empíricos. Pero la cantidad de medicamentos usados normalmente no es grande y las plantas son en gran parte las mismas que aplica también el campesino chileno. Agregan casi siempre una cocción del canelo (*Drymis*). Conocen las sangrías, que aplican, aunque en forma imperfecta. Para hacerlas, usan un trozo de basalto (*malin*) aguzado con mucha dificultad, que se encuentra afirmado en el rajo de un mango confeccionado con madera dura. No saben abrir venas situadas en partes carnosas con ese instrumento, pero toman para ello una arteria superficial, o bien perforan un dedo de un lado a otro, ocasionando así una pérdida imperfecta de sangre.

Creer firmemente en una influencia de las estrellas, sobre todo de grupos muy brillantes, como la Cruz del Sur (*melirito*). No es fácil tener acceso a sus curaciones, y sólo a la amistad de un machi anciano, a quien di a conocer el poder curativo de algunas plantas (las cortezas astringentes de los sauces, de las raíces de la valeriana y del estramonio), debo haber podido participar en un *machitún* (acto de curación realizado por un machi). Para el efecto se había levantado una amplia choza cubierta con cueros, y participaron también algunos parientes del enfermo, que padecía visiblemente de reumatismo. Se cerró cuidadosamente la puerta, y un grito sordo de alerta espantó a los novedosos, que permanecieron al acecho en los alrededores. Al centro se había encendido una fogata con la sagrada leña del canelo y en torno se habían colocado ramas de este árbol tan apreciado. También ardían mansamente algunas sustancias resinosas, de modo que el estrecho recinto estaba lleno de espeso vapor. El machi inició el deshechizo con una canción lenta y pausada, que provenía sordamente desde lo más interior del pecho, y los presentes acompañaban el canto mágico haciendo sonar al compás algunas vejigas llenas de arvejas. A medida que se aclara la voz y que el canto se hace más rápido, aumenta este bullicio, y finalmente los ayudantes gritan en forma estridente. El médico cae en éxtasis, que degenera luego en un frenético rugido y repugnantes contorsiones del cuerpo. Tan pronto se precipita al suelo en convulsiones, se le presta ayuda, pero se encuentra tan furioso, que le sale espuma de la boca y la fuerza unida de todos los presentes apenas es suficiente para sujetarlo. Cuando permanece, por último, apaciguado e inmóvil en el suelo, un ayudante aprovecha esta calma para pasar lentamente la mano sobre el cuerpo del enfermo, manipulándolo de modo que el observador casi podría suponer que estos salvajes tienen un conocimiento empírico del magnetismo animal. El machi se levanta finalmente en forma lenta del suelo, como despertando del sueño, contemplando con serenidad a su alrededor. Se había logrado deshacer el maleficio, y el enfermo recibió brebajes de hierbas, cuyo conocimiento y preparación son transmitidos como un secreto de padre a hijo. Donde se presenta un dolor localizado, se señala como causa un cuerpo extraño introducido por un acto mágico. Se realiza un pequeño corte en el cutis, y es realmente de admirar la habilidad prestidigitadora de estos



95. LA PIEDRA DESDE LA CUAL SE PRECIPITO AL  
BARRANCO EL PEHUENCHE.

Uno de los episodios más dramáticos del libro de Poeppig es el del pehuenche que huyó y se refugió en una roca situada frente al barranco. Hela aquí, a la izquierda. *Fotografía: Carlos Keller R.*

cirujanos cobrizos, que hacen aparecer en la herida, por medio de la succión, lagartijas, agujas y pedazos de cuchillos.

A pesar de esta superstición, ningún indio de esta región tiene temor a la muerte violenta, siendo incluso capaz de proporcionársela él mismo. Cuando llegué al fortín de Trubunleo, con motivo de la ascensión al volcán, la pequeña guarnición se encontraba en curiosa excitación, pues en los alrededores habían sido hechos prisioneros dos pehuenches pertenecientes al bando enemigo, que reclamaban ser considerados como trófugas, pero que probablemente eran espías del enemigo cercano. Los caciques aliados insistían en su pronta ejecución, y, efectivamente, el oficial que comandaba ordenó que se formara un piquete y cargara los fusiles, pero sin conseguir de esta manera confesión alguna de parte de aquellos miserables, que quizás no tenían nada que confesar. El humanismo requería que se les pusiera en libertad, pero se les dejó momentáneamente bajo vigilancia, a fin de enviarlos al día siguiente a Los Angeles. Todo esto nada de bueno parecía prometerles, por lo cual aprovecharon un momento favorable para saltar con la rapidez del rayo sobre la palizada y el foso, escapando en dirección al volcán. El crecido torrente andino les cortó el camino hacia allá, y uno de ellos comenzó

a subir velozmente a un cerro próximo, pero cayó, alcanzado por varias balas, antes de llegar a una mancha de arbustos. El otro se movió durante mucho tiempo de un lado a otro, esquivando a los perseguidores, pero fue obligado a acercarse cada vez más al precipicio, en cuyo borde se encuentra el fortín. Asediado por todas partes, avanzó a la última roca saliente del terrible barranco, al que se precipita el río con fuertes estampidos de truenos. Extendió los brazos hacia el volcán, en cuyas profundidades interiores tiene su sede el dios Pillán, a que se atribuyen los más terribles fenómenos naturales, los rayos y terremotos, y a quien se encomienda el indio una vez en su vida, en el momento de su muerte. La figura grande y cobriza ofreció un aspecto aterrador, con su largo cabello negro que se agitaba en la tormenta y la desesperación que se expresaba en el rostro. Ya se acercaba el más temerario de los soldados lentamente al peligroso sitio, ya extendía su brazo para coger al fugitivo, cuando éste, cubriéndose la cabeza con su poncho, se arrojó con un espantoso grito al oscuro precipicio (véase la nota 5 al final del capítulo).

La araucaria, un árbol que suministra a los indios de los Andes patagónicos gran parte de sus alimentos, no crece en la tierra baja, y señala, también en lo referente a su propagación, un límite muy definido hacia el norte. Si bien se presenta artificialmente plantado en diversos lugares de la provincia de Concepción, donde ofrece un aspecto exterior enfermizo, es muy difícil lograr su pleno desarrollo, y de las muchas semillas frescas sembradas en Talcahuano resultaron sólo dos ejemplares, que luego perecieron. Sus necesidades principales parecen consistir en el aire andino, un clima más riguroso que el de las tierras bajas y un suelo pedregoso. En las vecindades de Antuco no se encuentra un solo ejemplar, y es necesario realizar una penosa excursión para poder satisfacer el anhelo de contemplar un bosque de árboles tan majestuosos.

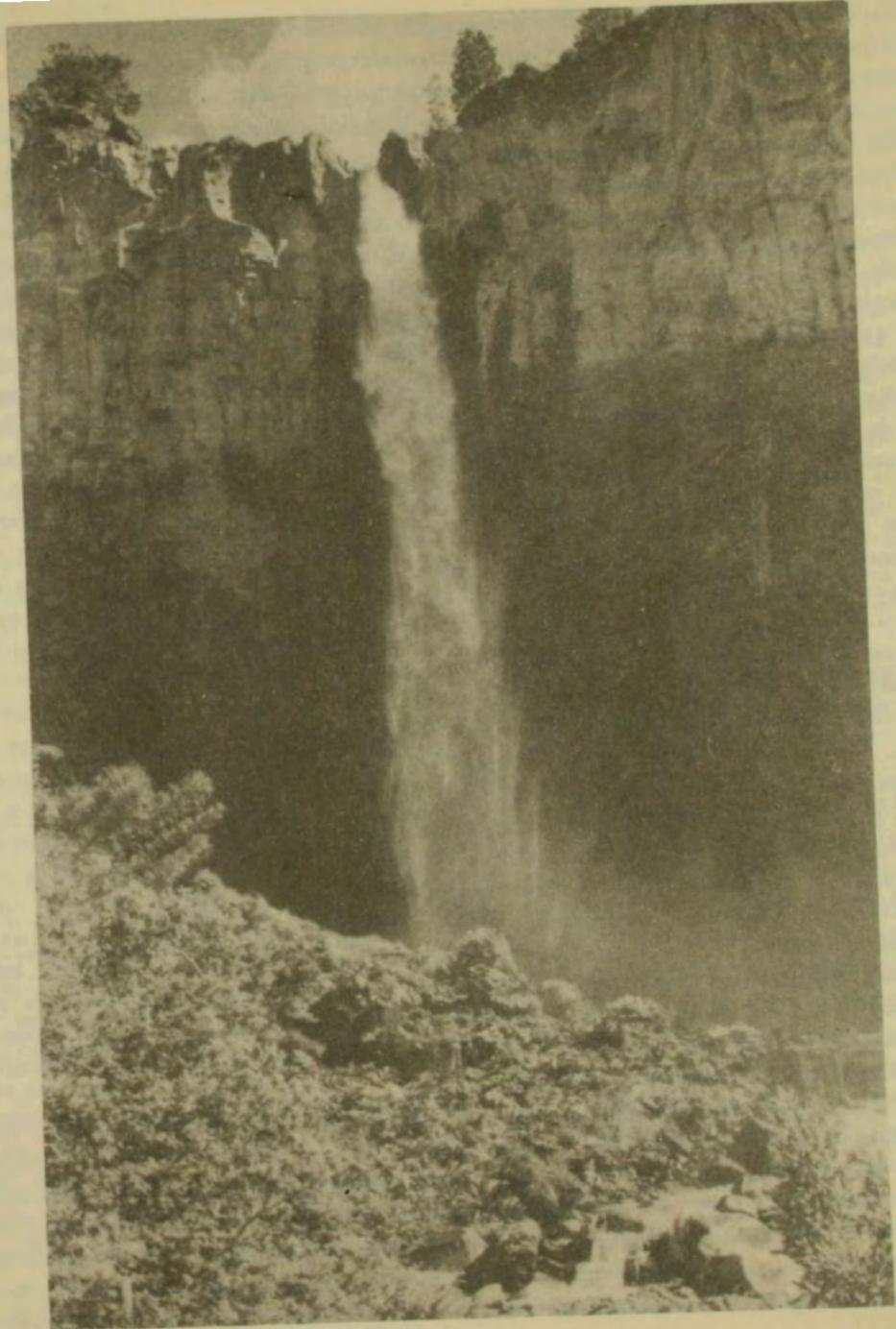
Entre Antuco y el fortín de Trubunleo desemboca un estrecho valle, con vegetación baja y densa, que sube rápidamente, y que estaría comunicado con la quebrada por la que corre el río Rucúé si no se elevara entre ellos un amplio des-

Poeppig atribuye a la Patagonia una extensión distinta que la que se le asigna actualmente. En Argentina se considera como tal el territorio situado al sur del lago Nahuelhuapi y de los ríos Limay y Negro; en Chile se admite como límite norte el lago Todos los Santos, y su desagüe, el río Petrohué, excluyendo en el litoral la Isla Grande de Chiloé y los archipiélagos del Mar Interior de Chiloé. Poeppig, en cambio, hace llegar la Patagonia hasta el lago Laja. Esto explica también su inclusión de los araucanos entre los pueblos patagónicos, que tampoco admite la etnología moderna.— Nota del Traductor.

---

#### 96. SALTO DEL TRUBUNLEO.

Y he aquí, también, el salto del Trubunleo, por el que se precipitó el pehuenche. Es mayor que el de Los Mellizos. En la parte superior se divisan nitidamente la capa basáltica y la roca desde donde cayó el indio. *Fotografía: Carlos Keller R.*



filadero. Ha recibido su nombre por un río que corre en su profundidad, el Quillayleuvu. Acompañado por un vigoroso campesino, que había adquirido un conocimiento exacto de las montañas en los tiempos mejores, cuando los antucanos poseían aún grandes rebaños, me dirigí a la cordillera por un camino que conocían sólo unos pocos. Debido a que no se le usaba desde muchos años, la vegetación impedía que penetráramos a caballo en el valle, por lo cual decidimos realizar una caminata a pie, cada uno provisto de una frazada de lana y de algunos víveres. Por todas partes se presentan obstáculos de esta índole al forastero que, inducido por su espíritu curioso o el interés científico, procure separarse de los pocos caminos que unen a las escasas poblaciones existentes en los Andes. No es para el coleccionista tan fácil como en Europa lograr sus tesoros en América, y la posesión de muchas plantas insignificantes sólo se consigue por medio de penurias y peligros que no se conocen en nuestro continente. Alrededor de las pequeñas aldeas o de la choza aislada que el viajero elige como domicilio se extiende un paisaje bravío y despoblado, a través del cual sólo es posible encontrar el verdadero rumbo cuando se posee un instinto topográfico muy definido, o conducen senderos que conoce únicamente el favorecido con una prolongada adaptación a esas regiones. Por lo general, el vecino que se aleja sólo de vez en cuando, para fines de negocios, de su domicilio y que no ha tenido la curiosidad de recorrer los bosques y quebradas despoblados, no posee un conocimiento de ellos, y ni siquiera es capaz de prestar utilidad al forastero por medio de una descripción. Este tendrá siempre dificultades para conseguir un acompañante, o bien la premura y el temor de éste lo obligarán a preferir viajar solo, corriendo con los peligros inherentes a ello. Pero si es experimentado y resistente y conoce las condiciones del país, podrá emprender tales excursiones sin temor, y al vencer dificultades sin la ayuda de nadie, el sentimiento de independencia y de confianza en su propia fuerza, ya demostrada, le hará olvidarse de todo lo desagradable que parecía resultar en un principio de su vida solitaria. No debe espantarlo la idea de que lo esperará una muerte lenta, un fin por agotamiento, si le ocurre algún accidente en lugares en que nadie lo buscará, ni nadie tampoco lo encontraría si lo buscara, haciendo así imposible su regreso, y muy pocas veces tendrá, en realidad, tales intuiciones al escalar solo, con algún peligro, una cima rocosa jamás visitada, o al ver recompensado su esfuerzo con un botín de hermosos objetos en una profunda y oscura quebrada, separado de todo contacto humano.

En la parte inferior del valle había ocurrido un incendio, y los troncos de los árboles se presentaban sin corteza, a veces con la madera semicarbonizada. Esta última cambia su color y densidad por un incendio, mejorando en lo referente a sus cualidades para ser elaborada, pero no sirve ya como leña, recibiendo el nombre de madera apellinada. Por razones desconocidas, ocurre a menudo un incendio en los Andes despoblados y consume todo hasta las alturas, donde prospera cerca de las nieves eternas el ñirre, la fagécea enana chilena ya mencionada.

Después de un incendio de esta índole, el bosque no vuelve a crecer con árboles elevados, sino que sólo genera una densa vegetación subarbórea, que se extiende entre los aislados árboles más altos que sobrevivieron. Aquella vegetación es muy curiosa, presentándose en toda la América como un conjunto inmigrado después de tales catástrofes. En Pennsylvania, las poco numerosas selvas a que todavía no han penetrado el roce y el hacha, y que se asemejan a un parque, se encuentran libres de vegetación subarbórea. Apenas el fuego haya destruido una faja, comienza a propagarse, sobre todo en las partes más altas de las montañas, un rododendro bastante elevado, que ofrece un bellissimo aspecto cuando se cubre de flores, pero que forma una espesura impenetrable. Donde no escapó un solo árbol a la furia del elemento, se presenta una encina arbustiva (*scrub-oak*, *Quercus ilicifolia* Wangerh.) que constituye un obstáculo para el cazador y es el mayor enemigo del campesino, pues tiene raíces tan profundas y genera con tanta facilidad nuevos vástagos, que sólo se le puede extirpar con grandes dificultades. Mucho más visibles son las consecuencias en la zona tórrida del mismo continente. En Cuba, el borde de un bosque destruido por el fuego es ocupado por una ortiga arbustiva terriblemente dolorosa (*Urtica baccifera* L.), representantes feos de los géneros *Psychotria*, *Piper* y otros arbustos inaparentes, y donde los cultivos no destruyen cuidadosamente la vegetación silvestre se forma un enjambre impenetrable de especies pertenecientes a los géneros *Smilax*, que tiene espinas encurvadas, e *Ipomoea* y otras enredaderas. En Chile se encuentran en tales partes consumidas por el roce, primero las muy dolorosas ortigas (*Loasa*), con sus tallos verticales o trepadores; les siguen matas con semillas espinudas, que se fijan a todos los objetos y que pertenecen a los géneros *Acaena* (amores secos, trun, cadillo, etc.), *Uncinia* (quinquín) y muchos otros. Poco después se propaga el colihue, una gramínea arbustiva, que caracteriza a muchas regiones de Chile, a igual que las bambúceas las partes cálidas del Asia o el género de las esclereáceas trepadoras y que forman espesuras increíblemente densas en la América tropical. Las cañas crecen en número apreciable desde una raíz rastrera, alcanzando en tierras fértiles 12 a 18 pies de altura, cubiertas en toda su longitud por manojos de hojas que tienen un color verde jugoso y por una corteza amarilla y dura, que parece pulida y que resiste a un cuchillo; en alto grado elásticas, dan un fuerte azote cuando vuelven a su posición normal, si se las aleja imprudentemente de ella. Encuentran ambientes apropiados en todas partes, desde el mar hasta la zona superior de los Andes, pero cerca de la línea de las nieves se transforman en una maraña baja, a través de la cual es muy difícil abrirse camino, pues uno se cae a menudo debido a que el pie se desliza fácilmente sobre los tallos resbaladizos que se extienden a lo largo del suelo. Para el chileno, esta planta es tan útil como el bambú para los asiáticos, y muchas partes de su vivienda consisten en colihues, pero quizás son casi mayores las desventajas que le aportan cuando invade un potrero recientemente descampado para

ser cultivado, o cuando se conservan sus raíces después de un roce. En la primavera siguiente se desarrollan rápidamente las cañas de las gramíneas entre las siembras en desarrollo, dificultando en el otoño la cosecha. Apenas se logra extirpar la raíz en alguna parte, pues siempre que se conserve sólo un pequeño trozo de ella, éste representará un germen para que se desarrolle una nueva planta, que se tiene que combatir incesantemente, con mucho trabajo.

Los numerosos árboles caídos obligaron a realizar largos rodeos en la parada y penosa ladera, pero el esfuerzo fue retribuido por una infinidad de hermosas plantas recolectadas. El martillo del carpintero o voquintralito, que es el representante más bello de todas las especies del género *Tropæolum*<sup>1</sup> que se encuentran en el Perú y Chile, extiende sus zarcillos en abundancia sobre los arbustos umbrosos, relumbrando a la distancia con su flor de colorado purpúreo. Al atardecer habíamos alcanzado la cumbre del desfiladero, que era de mediana altitud y que cierra el valle al fondo; la cercanía de la meta había sido revelada ya mucho antes por las copas densas y de color negruzco, que se podían percibir desde muy abajo por sus formas características, proporcionando nuevos bríos. Cuando llegamos entre las primeras araucarias, se acababa de poner el sol, pero quedaba algún tiempo para el reconocimiento.

En el suelo pedregoso y casi siempre desprovisto de vegetación, se extendían raíces que tenían un diámetro de 2 a 3 pies, semejantes a serpientes gigantes y cubiertas por una corteza muy áspera, similar a la del tronco; tiene éste forma absolutamente columnar y una altura de 50 a 100 pies. La copa sólo se desarrolla en la cuarta superior de la altura total, asemejándose a un cono aplastado. Las ramas inferiores rodean el tronco circularmente, en número de ocho a doce, y en los anillos superiores son cuatro a seis, de modo que el árbol tiene una forma extraordinariamente regular. Todas las ramas se extienden en sentido horizontal, y sólo las puntas están un poco dobladas hacia arriba. Están cubiertas en toda su longitud por hojas superpuestas en forma de escamas, que terminan en una punta aguda, tienen más de una pulgada de ancho y su textura es tan leñosa, que sólo se les puede separar mediante un corte afilado. El aspecto de todo el árbol es sorprendente, a pesar de no poder dejar de reconocerse algún lejano parentesco con nuestros pinos. Las frutas se encuentran en la extremidad de las ramas, tienen el tamaño de una cabeza humana, son esféricas y consisten en escamas que, ordenadas con gran precisión, cubren las semillas, dando su verdadera importancia al hermoso árbol.

<sup>1</sup>*Tropæolum speciosum* Poepp. Se encuentran allá también diversas otras plantas muy curiosas: la luma (*Myrtus bullata*), el arrayán (*M. chrysocarpa*), la estrella de los Andes (*Perezia prenanthoides*), *Senecio obscurus*, *Sida stelligera*, el cartucho (*Gerardia chilensis*), *Dichroma pallens*, *D. alpinum* (todas son especies nuevas), etc.

• La araucaria es la "palmera" de los indígenas que viven cerca de los Andes chilenos entre 37 y 48° de Lat. S.<sup>1</sup> Suministra a los pueblos nómades su alimentación vegetal en forma tanto más exclusiva cuanto más se encuentren alejados de los blancos y cuanto más difícil les sea procurarse las especies ordinarias de los cereales por medio del comercio. La gran extensión de los pinares (nombre con que se conocen en Chile estas selvas) y la cantidad sorprendentemente grande de semillas nutritivas que produce un solo árbol desarrollado sería suficiente para proteger a los pueblos indígenas del hambre, si las desavenencias existentes entre las hordas no impidieran la recolección pacífica. Una sola cabeza contiene entre doscientos y trescientos pehuenes (piñones), y no es raro encontrar entre veinte y treinta cabezas en un solo tronco. Ahora bien, suponiendo que no les faltara del todo alguna alimentación animal, un gran comedor no será capaz de consumir más de doscientas semillas al día, de lo que se desprende que un individuo podría ser alimentado durante un año con los frutos de a lo sumo dieciocho araucarias.) El pehuén tiene la forma de una almendra, pero es de doble tamaño; está rodeado por una epidermis coriácea y fácil de separar, y ofrece un sabor agradable al ser guisado, pero no es muy digestible; contiene aceite en cantidad muy pequeña; sólo la fécula parece estar ligada por un exceso de gluten de una manera tan especial, que el consumo ocasiona molestias del estómago al que no está acostumbrado a él, y por esta misma razón el fruto se vuelve a veces tan duro como una roca. Secando las semillas no demasiado maduras al sol, se desarrolla una substancia sacarífera, que parece presentarse sobre todo en los alrededores del embrión. Los indígenas consumen los pehuenes en estado fresco, cocido o tostado, y si se prescinde de un sabor un poco acre, esta última preparación le da un gusto casi igual al de la castaña. Para el invierno se le seca después de la cocción, y las mujeres conocen entonces la preparación de una especie de harina, usada para confeccionar un pan.) La recolección sería muy difícil si hubiera necesidad de subir cada vez a los árboles gigantes. Pero cuando a fines de marzo los pehuenes están maduros, se desintegra la piña, y su contenido, incluyendo las escamas, cae al suelo, como un regalo del cielo fácil de lograr, que comparten con el indio sólo un pequeño loro, el choroy (*Psittacus choroyus* Mol.), y una especie de pico gordo. Los frutos se encuentran en tal cantidad en el suelo de estos grandes bosques, extendidos a lo largo de muchas jornadas en territorio de los pehuenches y huilliches, que sólo se usa una pequeña parte de ellos. En tiempos antiguos los indígenas suministraban grandes cantidades de pehuenes al comercio, en Concepción y Valdivia, desde donde se los vendía también a Valparaíso y Lima; pero ahora se les

<sup>1</sup>La araucaria está propagada entre los lagos Laja y Nahuelhuapi, es decir, entre 37° y 41° de Lat. S.— Nota del Traductor.

ve poco en la costa, y los que llegan allá son demasiado viejos para conservar su sabor<sup>1</sup>.

La madera de la araucaria es colorada cuando ha sufrido por el calor de algún roce, pero normalmente es blanca hacia afuera e intensamente amarilla hacia el centro del tronco. No es superada por otras en cuanto a dureza y resistencia, y podría prestar múltiple utilidad en el futuro si las existencias fueran más accesibles. Se cree que podría ser aprovechada más tarde para la construcción de buques, pero es demasiado pesada para mástiles. Si se hieren las ramas o se cortan las escamas del fruto todavía no maduro, sale un jugo lechoso y espeso, que se transforma luego en una resina amarillenta. Es de sabor agradable, y de acuerdo con las opiniones medicinales de los chilenos, es apropiado para sanar los más violentos dolores reumáticos de cabeza, al colocarlo sobre el lugar afectado.

El bosque de araucarias de Antuco es el más boreal que se conoce en Chile, de modo que se puede suponer que el límite septentrional hasta el cual se encuentra propagado el rey de todos los árboles no tropicales de América corresponde a 36° de Lat. S. No se conoce el punto extremo hasta donde alcanzan estas selvas hacia el sur<sup>2</sup>, lo que no debe llamar la atención, pues hay cosas mucho más importantes que todavía no se conocen en la Patagonia Occidental. Parece en todo caso probable que el árbol no existe más allá de 46° de Lat. S. Entre Antuco y Valdivia se lo conoce sólo dentro de los Andes<sup>3</sup>, y de acuerdo con informaciones de los indígenas, sólo crece en su vertiente occidental, alejándose a lo sumo 1.500 a 2.000 pies debajo de la línea de las nieves, las que parece alcanzar en muchas partes. Más al sur se lo encuentra a menor altitud, y se afirma que prospera en el país de los cuncos y cerca de Osorno, no lejos del mar, en serranías de altitud mediana. El Corcovado, situado frente a Chiloé, se hallaría, según algunas informaciones,

<sup>1</sup>La causa por la cual no germinaron hasta ahora las semillas de las araucarias enviadas a Europa se debe a que no fueron recolectadas en el territorio indígena, sino adquiridas en la plaza de Valparaíso, donde se las ofrece cocidas o secadas. La excursión a Quillayleuvu permitió recoger semillas frescas de la araucaria, que llegaron en octubre de 1829 a Alemania, de modo que se las pudo sembrar siete meses después de haber madurado, precisamente en la época de la primavera chilena. De algunas centenas de semillas, germinaron unas treinta, pero la falta de conocimientos del verdadero clima en que prosperan los árboles y el error de mantener las plantas jóvenes en casas calefaccionadas, explican que la mayor parte de ellas perecieran en el primer año. Fue para mí, sin embargo, una gran satisfacción que se conservaran seis ejemplares en diversos lugares, según mis conocimientos los únicos existentes en Europa. Uno de ellos, que se encuentra en el jardín botánico de Leipzig, verdea alegremente, tiene una altura de unas veinte pulgadas y posee ya cuatro ramas largas y verticiliadas.

<sup>2</sup>Su propagación alcanza al norte hasta el lago Laja, a 37° 30' de Lat. S. El límite austral es el lago Nahuelhuapi, a 41° 00' de Lat. S.— Nota del Traductor.

<sup>3</sup>Poeppig ignoraba la existencia de bosques de araucarias situados en la cordillera de Nahuelbuta, que se encontraban en aquel tiempo en territorio araucano.— Nota del Traductor.

cubierto por grandes grupos de estos bellos árboles, desde su pie hasta el límite de la nieve<sup>1</sup>.

Por lo demás, los bosques de araucarias son casi tan estériles como los de pinos, y ofrecen al botánico pocas plantas pequeñas de algún interés. El árbol prospera sobre todo en los desfiladeros rocosos, donde falta el agua. Estábamos obligados a conseguir la nuestra a bastante distancia del campamento. Por otra parte, nuestra cocina no necesitaba una cantidad muy grande, y después de la comida muy frugal, nos tendimos sobre las duras rocas, para dormir al son de la canción nocturna de un temporal, que producía extrañas notas en las elevadas copas de los árboles. Todos nosotros, acostumbrados a campamentos de esa índole, algo primitiva, no nos habríamos dejado molestar por él si a la medianoche no hubiera descendido sobre nosotros una neblina tan húmeda, que casi apagó la fogata. Pero el asunto se volvió más grave cuando en medio de la tormenta el trueno y una granizada parecieron querer recordarnos que ni siquiera en los bosques de araucarias se está seguro de la cólera de la cordillera. Todos tiritábamos, pero mis compañeros quizás más de temor y superstición, aun cuando la temperatura (que era de 30°) alcanzó durante el mal tiempo un nivel suficientemente bajo para hacer estremecerse a quienes llevábamos sólo ropa liviana. La madrugada, esperada ansiosamente, volvió a presentar el cielo despejado y nos ofreció la posibilidad de encender una fogata para calentarnos. Un joven, que se nos había adherido el día anterior, subió a un árbol con la ayuda de su lazo que había amarrado en una de las ramas más bajas, y diversas ramas con sus frutos colosales, recolectadas en aquella mañana en los cerros de Quillayleuvu, siguieron su camino a Alemania, adonde llegaron con toda felicidad.

Desde la primavera existía el propósito de subir al volcán, pero había sido postergado varias veces, hasta que se iniciara el mes de febrero. La inseguridad del tiempo en grandes altitudes es más molesta en Chile que en Suiza, al viajar en la montaña, debido a que faltan refugios que ofrezcan alguna protección en aquellas soledades. Pero más que esta circunstancia, eran los movimientos amenazantes de los indios, que conocíamos por espías y prisioneros prófugos, los que impedían subir más allá del fortín, bastante indefenso, situado al pie del volcán. Era muy incierto en qué dirección podía ocurrir el ataque enemigo, y había manifiesto peligro de caer en manos del adversario que se acercara. Incluso el comandante de las tropas fronterizas de Los Angeles aconsejó a los antucanos preocuparse de su seguridad, es decir, que huyeran, para encontrar abrigo en los bosques. Pero había pasado la mayor parte del verano, y no era posible aplazar más

<sup>1</sup>Estas informaciones que recibió Poeppig no corresponden a la realidad. No existen araucarias en las tierras bajas de la Región de los Lagos, ni mucho menos en el Corcovado.— Nota del Traductor.

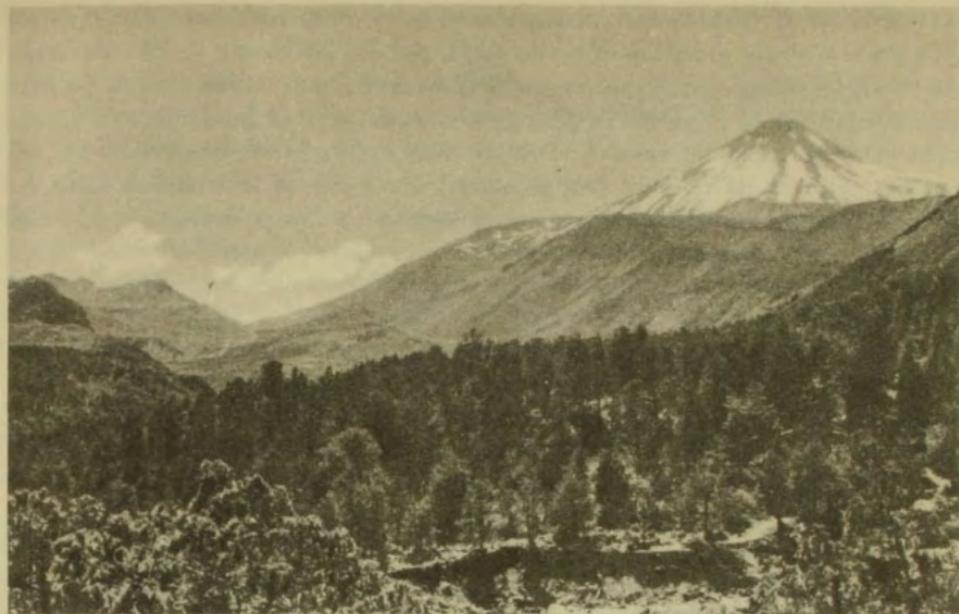


97. PANORAMA DEL VOLCÁN ANTUCO. *Poeppig.*

Poeppig comenta su dibujo expresando que desde el fortín la vista se dirige libremente sobre los desolados campos de lava, entre el río Trubunleo y el Laja y hasta la altura del único paso por el que pueden bajar los indios. El dibujo ha sido confeccionado desde la colina en que se encuentra el fortín. El paisaje sin árboles se extiende a la cálida luz del mediodía, con el volcán en plena majestad y con negras corrientes de lava que es posible reconocer en el día. Por el portillo situado al pie del volcán baja la lava recién surgida, y por ahí pasa un sendero apenas visible al territorio indígena. Esta erupción había interrumpido el antiguo sendero, reproducido en las fotografías anteriores, por el valle del río Trubunleo. A la izquierda, abajo, corre el río en estrecha vaguada —prosigue Poeppig—. Sobre el primer plano se muestran basaltos y curiosas fonolitas, que se encuentran superpuestas en forma de capas delgadas y ovals.

la ascensión del volcán, pues el tiempo se presentaba muy favorable e invitaba directamente a realizar la aventura.

Por fin salí de Antuco el 16 de febrero, siendo compadecido sin reservas por los buenos campesinos, que hicieron lo humanamente posible para inducirme a no emprender el viaje, que les pareció como un manifiesto reto a la Providencia. Ninguno de ellos estaba dispuesto a acompañarme, y fue una gran suerte que lo hiciera finalmente un individuo que vivía lejos de la aldea, pues había construido su casa en la selva, más allá del fortín, sin preocuparle que éste fuera víctima de un ataque. Antonio de Serra, un huaso vigoroso, había permanecido durante muchos años voluntariamente entre los indios, acompañándolos en sus correrías hasta muy al interior de la Patagonia, perteneciendo a esos tipos raros que sólo se en-



98. EL MISMO PANORAMA EN LA ACTUALIDAD.

Sobre el primer plano, el Trubunleo, que ha formado su lecho en la morrena basal, hasta alcanzar el banco de basalto. Detrás de él, donde había en tiempos de Poeppig un pedregal absoluto, se ha formado un bellissimo cipresal. Manifiestamente, este avance de la vegetación se encuentra en contradicción con la disminución de la glaciación, que revela una creciente sequía. La explicación es sencilla: la reposición de la vegetación se debe a que desde los tiempos de Poeppig no ha habido grandes erupciones que la destruyeran, como había ocurrido antes. *Fotografía: Carlos Keller R.*

cuentran en las fronteras con los indígenas y que han sido descritos, en parte, con mucho realismo, por un novelista moderno. No participaba en el temor a los indios, ni en la creencia en fantasmas, que mortifican constantemente a sus compatriotas, y era de excelente ánimo, pero al mismo tiempo capaz de cometer grandes crueldades bajo determinadas circunstancias: en una palabra, poseía uno de esos caracteres que sólo se pueden desarrollar en aquellos lugares en que la cultura moral del blanco, avanzada, por así decir, hasta su deslinde extremo, se hallaba en contacto inmediato con la barbarie del indio, siendo inevitable la lucha entre elementos tan diferentes. Siempre vuelve a encontrarse esta clase de gente en América, en que el descendiente de europeos, en parte lleno de orgullo por su origen y en parte inducido a ello por sus creencias religiosas, considera al indígena como un ser subordinado, con el que no se siente obligado a mantener siempre relaciones amistosas. De este modo se genera el espíritu bélico de estos habitantes fronterizos, y de la forma cómo se libran las guerras con los indios fluyen la dureza y resolu-

ción con que se ejecutan hechos sangrientos, en vivo contraste con el buen ánimo y la sinceridad que caracterizan a esta gente, como consecuencia de su aislamiento del resto del mundo. Sacrifican sin contemplaciones a uno de sus vecinos cobrizos cuando la suerte de la guerra lo pone en sus manos, pero se acostumbran a recibir la muerte con igual tranquilidad si tienen la desgracia de ser vencidos, y son, de esta manera, ora las víctimas, ora los activos ejecutores de la fatalidad. Están familiarizados con todas las astucias que el enemigo podría aplicarles, y, por consiguiente, son los mejores acompañantes cuando se trata de emprender una acción bélica en territorio enemigo, o bien de recorrer en él grandes distancias en calidad de espías.

No habría podido encontrar un chileno más apropiado para realizar la expedición al volcán; sólo quien reuniera en grado tan excelso como Serra las cualidades descritas se prestaba para acompañarme. A pesar de conocer mejor que cualquier otro compatriota las condiciones bravías de los Andes, le pareció demasiado temerario ascender el cerro hasta cerca de las lavas candentes, por lo cual me impulsó como única condición la de permanecer en el volcán en el lugar que él mismo indicara. Yo no tenía inconveniente en acceder, pues una vez alcanzada la región de la nieve de aquel cerro, jamás ascendido y, por consiguiente, totalmente desconocido, lo único que procedía, en todo caso, era confiar en el propio espíritu de observación, como lo había hecho ya en otras ocasiones, a fin de descubrir la mejor manera de realizar el ascenso, y en la resistencia propia, a fin de llevarlo a término. Los preparativos no requirieron mucho tiempo. Mi mozo, que era tan poco temeroso como Serra, se adhirió solícitamente, y nos armamos lo mejor que pudimos con sables y carabinas, pues no era del todo imposible un encuentro con los indios; mis acompañantes agregaron a esas armas la lanza, a que estaban acostumbrados. Para el caso que fuéramos retenidos en el cerro por el tiempo o los enemigos, llevamos alimentos para más de una semana, y para poder huir rápidamente en caso necesario, cada uno llevó a la brida un segundo caballo de muda.

Después de haber sido testigos del trágico suicidio del indio, a que ya se ha hecho referencia, salimos del fortín de Trubunleo el 17 de febrero. En realidad, aquel episodio debió habernos inducido a no hacerlo, pues el enemigo podía hallarse acampado en alguna parte al otro lado del volcán, habiendo despachado como espías a esos dos indios. En tal caso, sólo podíamos escapar a nuestra segura perdición si teníamos la suerte de descubrir oportunamente al enemigo. Confiando en el talento de Serra, se inició la marcha, mientras que la pequeña guarnición nos deseaba mucha suerte: carecía aquélla a menudo de lo más indispensable en ese desierto y en un puesto tan peligroso, al extremo que el comandante, que siempre se encontraba impago, recibía frecuentemente de mí los alimentos necesarios desde Antuco.

Alcanzamos en pocas horas el pie occidental del volcán, y nos vimos obliga-

dos a preparar temprano nuestro campamento en El Chacay, pues no existen pastizales más allá, hasta una distancia considerable. Nos acogió un bosquecillo de manzanos vueltos a la vida silvestre, protegiéndonos contra la inclemencia del viento y ocultándonos de los indígenas, en caso de encontrarse en los alrededores. El lugar estaba a mayor altura que el estrecho sendero que serpentea a través de las corrientes de lava que principian a escasa distancia y que carecen en tal forma de vegetación, que nada se podía mover en ellas sin ser observado. Como un oasis en medio del desierto, se hallaba ese lugar fértil entre restos volcánicos, y florecían en él numerosas plantas andinas. Un pequeño arroyo, que tiene su origen a poca distancia, en la nieve del volcán, forma pequeños pantanos entre las lavas, y está poblado tan densamente con pangues (*Gunnera*), que éstos excluyen a todas las demás plantas. El chileno les tiene siempre afición en los viajes, pues separa la corteza espinosa del tallo, de unas dos pulgadas de diámetro, chupando el abundante jugo que contiene, que considera como refrescante y sabroso. El europeo, en cambio, no concordará con esta opinión, pues estimará el jugo tan desagradable

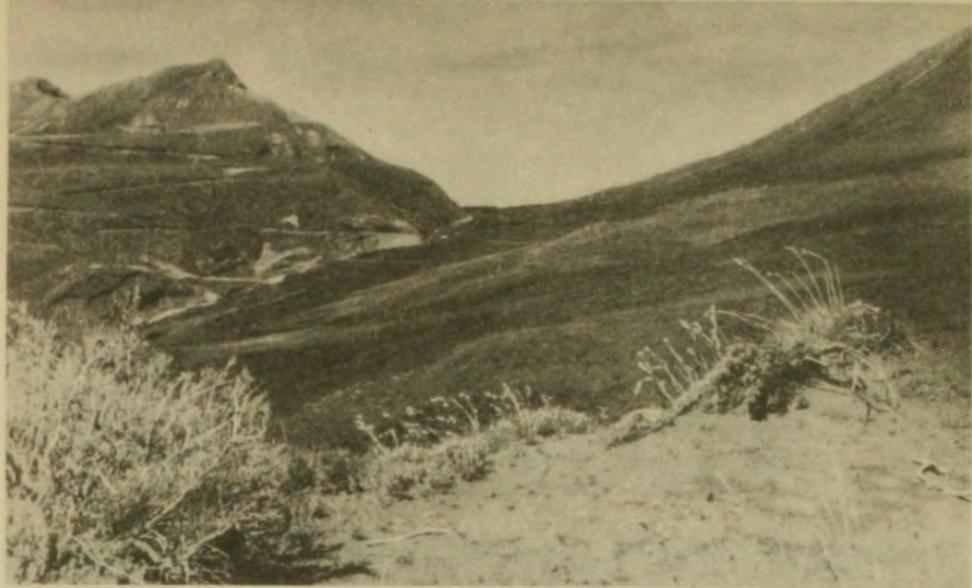


99. BOSQUECILLO DE COIHUES EN EL TÉRMINO DE LA VEGETACIÓN.

Poeppig relata que en su excursión al volcán Antuco pernoctó en un bosquecillo que es el último antes de alcanzar los campos de lavas. Helo aquí. Para alcanzarlo, es preciso subir un parado sendero, después de haber pasado por Chacay, para llegar a una pequeña cuenca con buenos pastos, un alegre arroyo, matorrales de radales (primer plano) y el bellissimo bosquecillo, que todavía existe y que es de coihues (*Nothofagus Dombeyi*). Al fondo, la ladera del antiguo volcán Cónдор. Fotografía: Carlos Keller R.

y astringente, aunque algo ácido, que renunciará gustosamente a su consumo. Se afirma, por lo demás, que el lugar donde crece la planta influiría notablemente, y el pangue (*nuyún* de los pehuenches; de ahí Nuyunhue, el lugar en que crece) de las montañas sería más acre, mientras que el de la costa tendría un gusto a tinta. Así como se expenden en la zona tórrida las cañas de azúcar, que se llevan del campo a la ciudad, donde se las chupa, los campesinos chilenos envían a las plazas aquellos tallos (llamados nalcas), que consumen con agrado todas las clases sociales. En las orillas más secas del arroyo crecía el chilco (*Fuchsia macrostemma* R. et Pav.) en abundancia, formando una maraña, adornada en todas direcciones con flores purpúreas y que no había visto en ninguna parte tan hermosas, a pesar de la frecuencia del arbusto. No obstante, la recolección de vegetales, por pródiga que fuera, se hizo casi imposible por algunas plantas que son verdaderas plagas del país. Los amores secos y pimpinelas (*Acaena pinnatifida* y *A. trifida* R. et Pav.) crecen en Chile en todos los lugares pastosos, pero secos, en abundancia fantástica, con cañas que alcanzan 2 ó 3 pies de altura, cubriéndose con semillas que tienen agudas espinas, las que se prenden al más leve roce al transeúnte y penetran tan profundamente en los tejidos de lana, que cuesta librarse de nuevo de ellas, por desagradable que sea la incesante picazón que producen en la piel. Al ser tocados, las espinas de las semillas se quiebran con facilidad, quedando prendidas en los dedos, que no se libran jamás de las heridas que les ocasionan los colihues y las finas espinas de los *Berberis*, *Colletia*, *Ceanothus*, etc. Las pimpinelas son muy dañinas para la crianza de ovejunos, pues donde se fijan sus semillas se forman núcleos y nudos en la lana, que obligan a cortarla y botarla, sin poder ser aprovechada; si no se hace así, se generan enfermedades de la piel, que pueden ocasionar la muerte al animal. Aquellas semillas penetran igualmente en tal forma en los pellones —las cubiertas de lana larga de las monturas, en que también se duerme—, que no lo dejan a uno conciliar el sueño, al cambiar frecuentemente de posición una vez acostado, lo que contribuye a la propagación de las semillas, por lo cual el campesino observa que esa planta se multiplica repentinamente en un potrero en que hasta entonces no crecía. La consecuencia es que luego desaparecen las plantas forrajeras valiosas, porque las *Acaena* son inextinguibles.

Durante la breve excursión, Serra se había ocupado de examinar los alrededores en un sentido muy diferente. Había subido hasta bastante arriba en un cerro vecino, a fin de tener desde su escondite una vista amplia sobre la región; intranquilizado por indicios de un campamento abandonado cerca del nuestro, se había acercado a él con muchas precauciones, descubriendo, en efecto, que hacía sólo pocos días una avanzada enemiga se había aventurado hasta ese lugar, probablemente para reconocer la zona. Las hierbas aplastadas le permitieron determinar el número de indios que habían dormido allí, y la dirección en que el matorral había sido eliminado o cruzado le reveló hechos que difícilmente sospecharía la ingenuidad



100. VISTA DESDE EL BOSQUECILLO AL PORTEZUELO DEL LAGO.

Tal como lo relata Poeppig, desde el bosquecillo se disfruta de una excelente vista al portezuelo del lago y los campos de lava que se extienden hacia abajo. Se debe ello a que al lado del mismo corre una profunda quebrada (por la que ha corrido una corriente de lava reciente: justamente la que interrumpió el tránsito por el antiguo sendero de los pehuenches que bajaba por el río Trubunleo). La ladera que cae a ella es casi perpendicular y profundísima. Desde una especie de rampa que bordea la cuenca del bosquecillo, se contempla el paisaje que muestra la fotografía. *Fotografía: Carlos Keller R.*

europea. Pero como todo indicaba que los vecinos intranquilizadores se habían alejado, se encendió una fogata, que siempre es un alegre acompañante de tales campamentos, pasándose la noche sin preocupaciones.

Los primeros pasos nos condujeron al día siguiente al sitio donde principian las antiguas corrientes de lava, que forman hacia arriba el único suelo del valle, el que se estrecha en una quebrada. El aspecto de los alrededores inmediatos es triste, pues las duras escorias no permiten el crecimiento de la vegetación, y sólo donde se ha formado de vez en cuando una tierra algo mejor, se encuentran pequeñas plantas andinas, casi degeneradas. Todo está ocupado por lavas negras y porosas, a veces como acumulaciones de formas muy grotescas, o bien como bloques del tamaño de una casa mediana, y finalmente como capas planas superpuestas. Si se mira hacia la derecha, se presenta un precipicio gris rojizo, con altura de quizás más de 1.000 pies, que apenas difiere en 15° de la vertical, consistente únicamente en masas endurecidas de cenizas y arenas, tan liso y sin ofrecer sostén alguno, que ningún pie humano jamás lo podría escalar. En forma de terrazas,

se alzan sobre él otros dos o tres precipicios, al parecer muy similares, y el último accidente visible, el más elevado, el cono gigantesco, pero por su color negro, poco atrayente, del volcán. El campo de lavas tiene un ancho de una hora de camino, ocupando todo el espacio entre el pie del volcán y el río Laja. Las lavas que afloran son grises oscuras, de sonido metálico, y se caracterizan por su tendencia a separarse en lajas planas bajo el paso de los animales. No se presentan en el volcán Antuco las lavas de un negro brillante, muy duras y pesadas, que se encuentran en Ischia en forma de corrientes compactas. La acumulación de los productos volcánicos en torno de él ha ocurrido más bien en forma de escombros, o al menos ha transmitido este aspecto a todas las antiguas corrientes la estructura pizarreña característica de las lavas, que se asemejan a las escorias de un alto horno, aunque producidas en escala gigantesca. Es posible observar el curso de cada una de las ramificaciones de estas corrientes, pero ninguna de ellas es muy espesa, y más arriba no se presentan separadas, pareciendo estar constituidas por una sola. Entre las diversas ramificaciones, se han formado pequeños valles, que tienen 20 a 30 pies de ancho, limitados por laderas bastante paradas, que tienen 3 a 4 varas de altura.



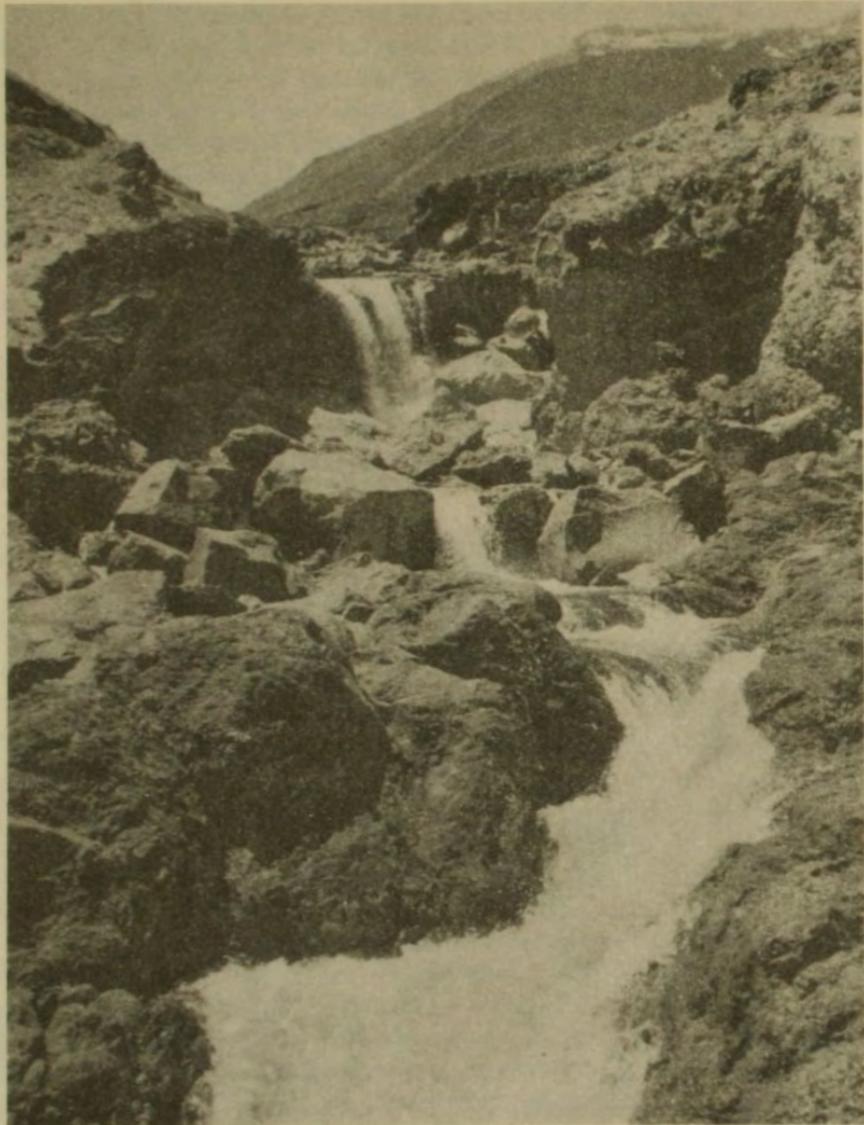
101. LOS OJOS DEL LAJA.

Poeppig no menciona una de las maravillas de la zona, que no le fue mostrada: los Ojos del Laja, situados aguas arriba de Chacay. Trátase de filtraciones del lago Laja, que corren entre dos capas de basaltos, en una de areniscas porosas y que afloran en este lugar con un gasto de 48 metros cúbicos por segundo. A la izquierda se les agrega el río Laja propiamente tal, que representa el rebase del lago homónimo. *Fotografía: Carlos Keller R.*

Las condiciones locales impidieron medir más de uno de esos brazos, el que contenía más o menos la cuarta parte de la masa total de las lavas, pudiendo ser consideradas éstas por su posición aislada como el producto de una sola erupción. El resultado dio 482.000 toesas cúbicas, pero es posible que el volumen real sea mucho mayor. El camino —si merece tal nombre una simple huella— era extraordinariamente áspero, y los caballos tenían que examinar el suelo traicionero antes de dar un paso. Sus dificultades eran aumentadas por el hecho de elevarse rápidamente el territorio y de estar cubierto el suelo por bloques aislados de lava, de tal magnitud, que a veces era muy penoso pasar alrededor de ellos. En tres partes es apenas posible avanzar, debido a que se hallan diseminadas escorias pequeñas y de ángulos agudos, que ceden al paso, rajando las pezuñas de los caballos u ocasionando dolorosas caídas del jinete que se ha bajado del suyo. Si se alcanza por fin el otro extremo de estas corrientes de lavas, que deben haberse generado en tiempos muy lejanos, uno se encuentra en la parte superior del valle de Antuco, que se asemeja en este sector a una estrecha garganta, por la que corre impetuosamente el río Laja, recién formado.

Es agradable alcanzar un lugar en que por fin termina el crujido de las lavas que se desintegran con estrépito, sobre una planicie de una arena muy sólida y de color café claro. A la izquierda, el río se precipita lleno de ímpetu juvenil y presentando infinitos saltos, entre basaltos de formas muy curiosas. La orilla opuesta consiste únicamente en lavas prismáticas de color celeste, que se transforman en un blanco lechoso en todos los sitios azotados con especial violencia por las espumosas olas. Las diferentes columnas presentan ángulos muy agudos y un pequeño diámetro, pero es imposible examinarlas, pues forman un precipicio muy parado y separado del observador por el río, y si bien éste tiene un ancho de sólo 40 pies, corre con gran furia<sup>1</sup>. Aun cuando se pudiera llegar a la otra orilla por medio de largos rodeos, el examen de esa pared no sería factible por su posición casi vertical, el que sólo sería posible dejándose bajar desde arriba amarrado en cables. Pero recompensa el aspecto de las masas de lavas que se encuentran inaccesibles, en la orilla izquierda. Están diseminados bloques de inmenso volumen, a veces separados, otras veces unidos en cadenas, que tienen 5 a 8 varas de altura y que quedan tan cerca los unos de los otros, que es difícil pasar a caballo entre ellos. Son los restos de un derrumbe que debe haber ocurrido en alguna parte de la ladera superior del cerro, pues muchas circunstancias comprueban que las lavas no se enfriaron en este lugar, sino que fueron arrojadas a él cuando ya se encontraban frías. Se observan diversas estratificaciones en las diferentes masas, en unos casos horizontales y en otros verticales, algunas con espesor de 5 pulgadas y hasta de 2 pies, consistentes en una lava dura; negra y mezclada fuertemente con piroxe-

<sup>1</sup>Trátase de porfiritas de edad cretácea, no de lavas volcánicas modernas como las del Antuco.— Nota del Traductor.

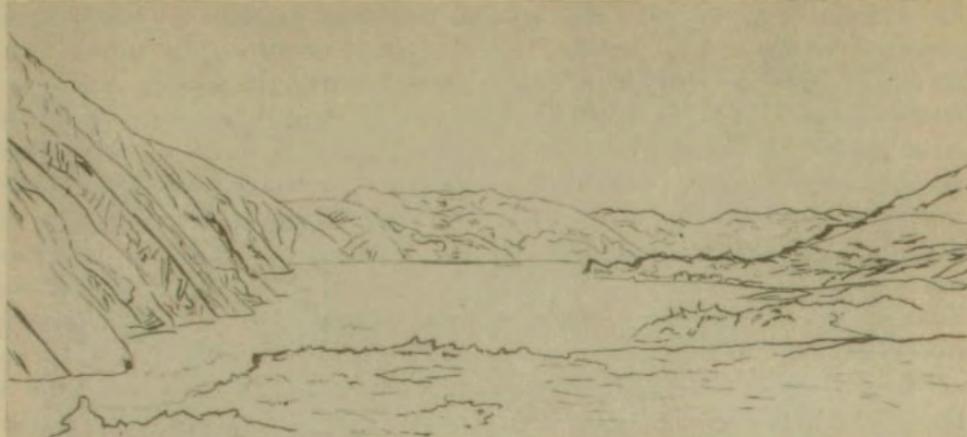


102. EL RÍO LAJA CERCA DE SU ORIGEN.

En tiempos de Poeppig, el lago Laja rebasaba permanentemente, lo que ahora no ocurre normalmente en verano. El torrente se ha formado un profundo lecho dentro de las corrientes de lava que han bajado del volcán (a la derecha, arriba). Las lavas que han corrido desde éste se apoyan a la izquierda en la cordillera de Polcura, que pertenece a las formaciones porfiríticas. Las lavas del Antuco presentan una estratificación de basaltos y escorias. *Fotografía Carlos Keller R.*

no y zeolita de forma romboidal, mientras que otras consisten en escorias más porosas y livianas, que no permiten reconocer los elementos que las forman. Donde la lava aflora del lago del volcán, se encuentra una roca aislada, con circunferencia de unas 12 varas, la que tiene 18 pies de altura y uno de sus costados en el agua. Probablemente no ha sido descrita todavía la forma de los basaltos que se presentan en ella. Las diversas columnas son claramente hexagonales, tienen posición vertical y consisten en eslabones. La superficie de cada uno de éstos es horizontal, muy lisa, y está cubierta de cantos ondulados que tienen una altura de una y media pulgada; les corresponden siempre las ranuras del eslabón siguiente. Están unidos éstos en forma tan precisa, que no se puede colocar un cuchillo entre ellos. Sería de importancia examinar con alguna determinación este afloramiento de basaltos articulados, llevando en lo posible trozos de las columnas a Europa. En el caso descrito, esto no era realizable, pues la cercanía de los indígenas y la necesidad de estar preparados para emprender rápidamente la fuga hacían imposible el uso de animales de carga, única manera de poder transportar tales fragmentos.

Después de haber encontrado de nuevo el estrecho sendero a través de estas oscuras masas, se sale a una amplia planicie, ocupada en su mayor parte por un lago y limitada al sur por el pie del volcán. Faltan en esta dirección todas las acumulaciones mayores de lava y se galopa sin dificultades sobre un suelo liso, consistente en arena café o blanca, similar a la de las dunas marinas. Aun cuando reina gran esterilidad en casi todas partes, existen lugares en que uno es sorprendido doblemente por una abigarrada vegetación. Por cierto que la nutrición no es suficiente para permitir el crecimiento de árboles, pero hay un gran número de plantas arbustivas, desconocidas en los alrededores de la aldea de Antuco. El paisaje ofrece muchos rasgos muy característicos. La planicie de arenas de color rojizo café o gris del primer plano, cuyo adorno vegetal se pierde a la vista en la lejanía; el espejo inmóvil y negro del lago, y la cordillera rocosa abrupta y pelada de Lincal-Malal, que se extienden hacia el norte, constituyen un paisaje que se distingue sobre todo por una gran aridez y tristeza. No es posible indicar la superficie del lago, pues se expande hacia el norte en varios brazos entre los cerros, pero su orilla austral parece extenderse unas cinco horas de camino. Su profundidad es seguramente extraordinaria, pues rellena un cráter extinguido, y, cerca de la orilla, el termómetro sumergido señaló una temperatura de sólo 8°. Probablemente, este frío ahuyenta todos los animales, pues en toda su longitud sólo se observaron algunos patos solitarios. El agua es de sabor insípido, se presenta muy tranquila y tiene a la luz del sol un color azul marino, pero las huellas de las olas en las orillas sobresalientes comprueban que los vientos desencadenados son capaces de ocasionar una terrible agitación en el engañoso espejo. Sobre la oscura superficie de arena se encuentran diseminados infinitos esqueletos blanqueados de caballos e



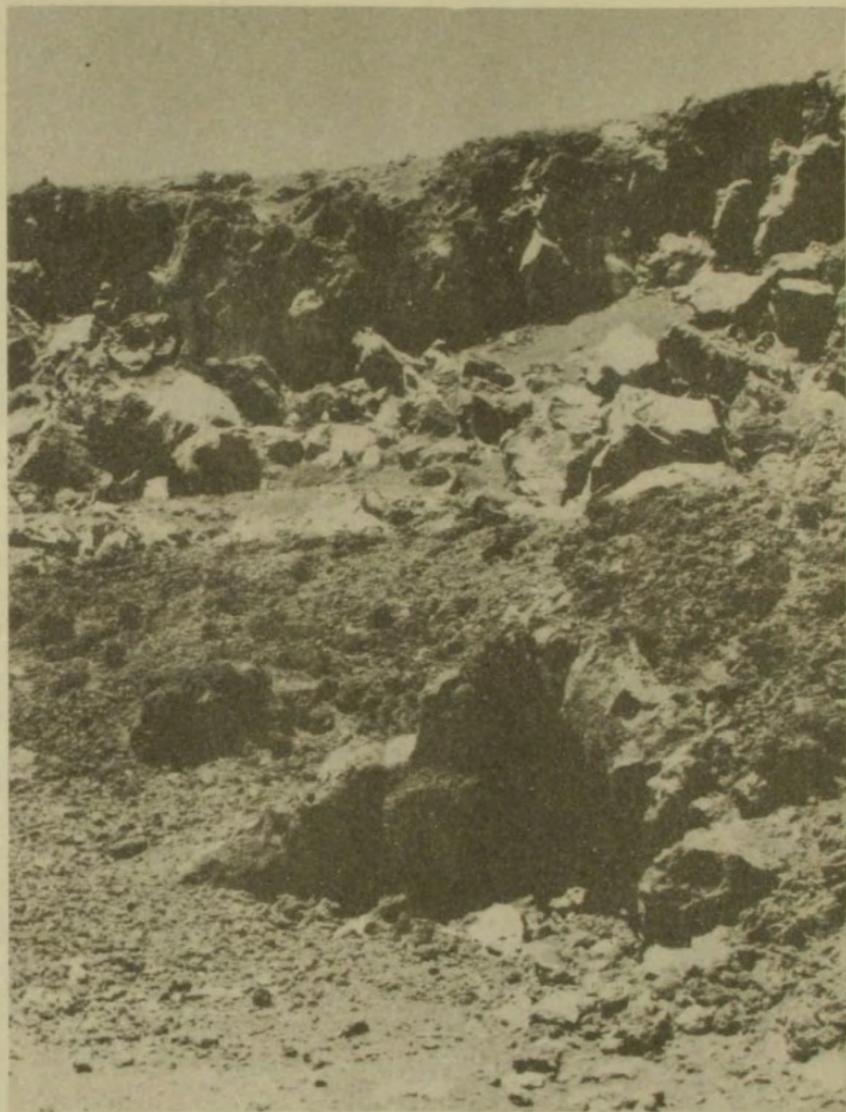
103. EL LAGO LAJA EN EL DESAGÜE. *Rugendas.*

A la izquierda, el desagüe. A la derecha del lago, una península formada por basaltos, detrás de la cual sigue la pendiente del volcán Antuco. Los cerros al fondo carecen de vegetación. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*



104. EL MISMO PANORAMA EN LA ACTUALIDAD.

Los cambios habidos son escasos, con excepción de haberse cubierto de vegetación los cerros del fondo. Es otra prueba de haber disminuido extraordinariamente la actividad volcánica. *Fotografía: Carlos Keller R.*



105. BASALTOS FRENTE AL LAGO LAJA.

Los basaltos se encuentran cerca de la península que aparece en los dos gráficos anteriores. Para Poeppig fue un problema explicar por qué presentan un frente cortado a pique, en vez de terminar en forma de una lengua: hoy se sabe que fueron cortados por un ventisquero que corrió por el lago en la época glacial. *Fotografía: Carlos Keller R.*



106. EL LAGO LAJA CON LA BAHÍA Y PENÍNSULA DE LOS TIMONES. *Rugendas.*

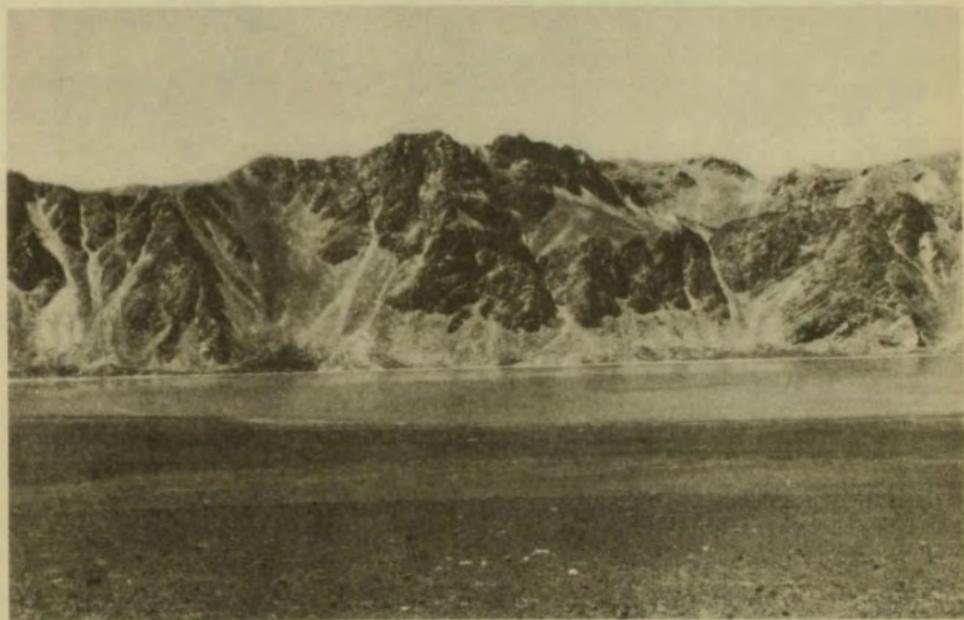
La bahía de Los Timones (centro) queda en el brazo del lago que se dirige a su extremo sureste. Está limitada ● la izquierda por la península homónima, sobre cuya extremidad corrió un ventisquero en la época glacial, aborregándola. *Original en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

incluso algunos restos humanos. Todos los animales que se cansen sobre las lavas del lado occidental, sin alcanzar el término de la planicie estéril, tienen que morir aquí de hambre. Las correrías de los indios y de los destacamentos del ejército chileno han contribuido mucho para aumentar aquellos tristes restos.

Por fin alcanzamos la vertiente oriental del volcán, de modo que lo habíamos rodeado completamente, encontrándose ahora su ancha masa entre nosotros y el valle de Antuco. Sus flancos habían sido reconocidos por nosotros en diversas partes, pero corrientes de lavas, que era fácil distinguir, como también la esterilidad y la falta de agua, aconsejaban prescindir de una ascensión desde el norte o este, aun cuando el cerro no se presentaba muy parado. Prosiguiendo incesantemente nuestro camino, pero haciendo adelantarse a ratos al experimentado Serra, a fin de reconocer posibles huellas de indios, alcanzamos en la tarde, una vez rodeado totalmente el cerro, una de sus ramificaciones, a cuyo pie se encuentra una caverna, que transmite su nombre —La Cueva— a toda la zona. Como ésta es elegida con frecuencia como campamento nocturno por los indios y está cerca del sendero que se sigue corrientemente, preferimos no usarla, para instalar nuestro campamento en la altura, donde no nos podría descubrir con tanta facilidad un enemigo, o donde no nos habría podido coger desprevenidos. Desde este lado, la Silla Velluda y el volcán se presentan unidos por un portezuelo bajo, en que, según todas las probabilidades, debían encontrarse agua y leña. Pero no era fácil trepar hasta allá a

través de una angosta quebrada, por lo cual se aplicó el procedimiento que usan los campesinos chilenos. Uno de nosotros subió a la altura por el único punto algo más accesible, a fin de hacerse cargo arriba de los caballos a medida que subieran, y por mucho que éstos se negaran a hacerlo, por temor a la fuerte pendiente y a las grandes rocas que se precipitaban hacia abajo, los que permanecieron en la parte inferior lograron obligar a los animales cansados, por medio de pedradas y de gritos, a intentar la peligrosa ascensión, lo que finalmente se consiguió, aunque todos quedaron heridos de mayor o menor gravedad por las caídas experimentadas.

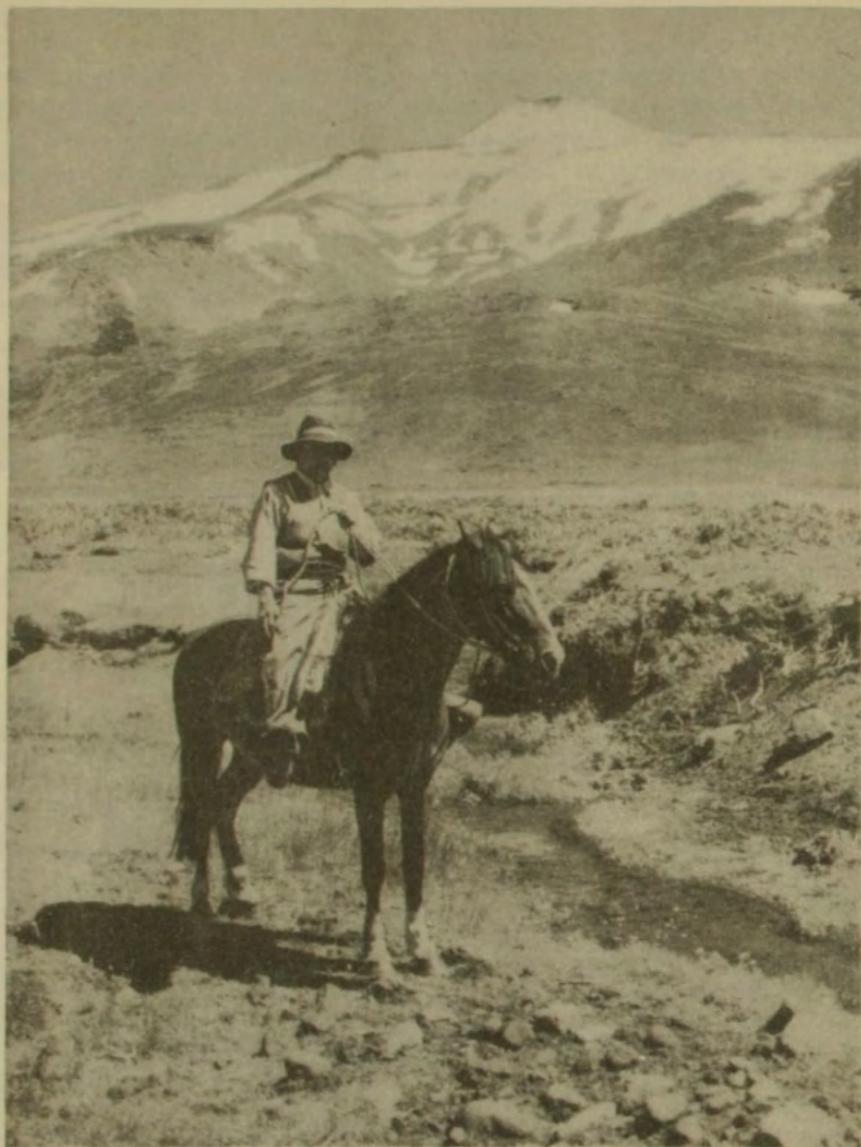
Reunidos sobre el desfiladero, continuamos el camino a pie hasta un lugar que reunía las condiciones necesarias para preparar un campamento en tales circunstancias. Un arroyo nos suministraba agua en abundancia, la que provenía de la nieve cercana; no hubo dificultades para juntar leña seca en la maraña de la vegetación baja y las fagáceas andinas, y disfrutábamos de una vista abierta sobre la llanura y el portezuelo andino, por el que tenía que pasar el enemigo, siempre que se encontrara en una proximidad tan peligrosa. Mientras que podíamos observar desde nuestro elevado sitio a los indios que se acercaran, reconociéndoles por



107. BARRANCOS EN LA PENÍNSULA DE LOS BUEYES DEL LAGO LAJA.

El barranco ha sido formado por un ventisquero de la época glacial. Se han conservado en él —como en todos los contornos del lago— vestigios de dos antiguas líneas de costa: una a 140 y la otra a 60 m. sobre el nivel actual. Se les observa también nitidamente en el desagüe (véase la fotografía N.º 98).

Fotografía: Carlos Keller R.



108. EL VOLCÁN ANTUCO MIRADO DESDE EL ORIENTE.

Poeppig se dirigió por este lugar hacia la izquierda y acampó en una planicie que no alcanza a aparecer. Subía por ahí un antiguo sendero de los pehuenches que bajaba al otro lado a Trubunleo (aparece en la fotografía N.º 86). Desde ese refugio emprendió al día siguiente la ascensión, subiendo primero a la planicie que aparece arriba y que corresponde al cráter del antiguo volcán Laja, dentro del cual se formó el cono del Antuco, al que subió finalmente. *Fotografía: Carlos Keller R.*

la nube de tierra que formaban desde una distancia de varias horas, estábamos nosotros mismos sin poder ser observados y seguros de un asalto, que era imposible en el sitio en que nos encontrábamos acampados.

La sensación de seguridad en nuestra fortaleza nos transmitió el mejor ánimo, aumentado por la convicción de que era fácil ascender el volcán desde esta parte. Nos adaptamos rápidamente a las condiciones del lugar, los caballos hallaron abundante talaje, luego levantamos algunas chozas construidas con ramas de los árboles, y encendimos una fogata, en que los dos acompañantes se hicieron cargo del servicio de la cocina. Todavía era bastante claro para emprender una excursión. Cerca de nuestro campamento se elevaba la Silla Velluda en su terrible magnitud; hacia el norte se extendía una serranía nevada, y más al oeste descendían los flancos arenosos o pedregosos del volcán hacia el valle. Con gran ruido, se precipitaba un arroyo sobre un cercano precipicio en la quebrada angosta y profunda, por cuya parte inferior habíamos subido a esta altura. Las dificultades que presentó el descenso se vieron compensadas pródigamente, pues la cantidad y hermosura de las plantas andinas transmitieron a las húmedas paredes rocosas el aspecto de un jardín botánico, en que se encuentra una especie distinta a cada paso. Por una parte, la situación más elevada o la nieve derretida habían conservado un gran número de plantas en flor, que ya habían terminado su breve existencia en los cerros alrededor de la aldea de Antuco, pero al mismo tiempo se ofrecía a la admirada vista una flora que era muy distinta de la observada hasta entonces y que coincidía con la que se halla en la extremidad austral de América, el frío territorio de Magallanes.

No sólo se descubrieron especies absolutamente idénticas con otras, ya descritas, que recolectaron antiguos viajeros cerca del Cabo de Hornos, sino que se agregaron diversas otras, adaptadas al mismo *habitat* climático, pero que ningún botánico había tenido la suerte de recolectar todavía. En el helado arroyo crece el curioso maillico (*Caltha sagittata* Cav.), cuyas hojas están provistas en la base de apéndices vueltos hacia atrás, y, extrañamente, se encuentran en él también una *Chara* y dos confervas. Donde se han formado pequeñas turberas, abunda el junquillo uniflor (*Juncus*), y se mezclan con él huilmos o ñuños (*Sisyrinchium*) colorados. La orilla está engastada por perdicéaceas, cubiertas por papilionáceas de flores grandes, y las rocas de lugares secos están pobladas por representantes del género *Senecio* con hojas afelpadas blanquizas, umbelas bajas y ejemplares enanos de los géneros *Arbutus* y *Empetrum*. De esto se desprende que probablemente no existe ninguna diferencia en la temperatura media de esta región andina, a 37° de Lat. S., y el territorio de Magallanes. Un viajero que permaneciera durante algunos meses en los Andes superiores de la latitud de Chiloé, por ejemplo en el Corcovado, no muy lejos del mar, podría recolectar sin muchas dificultades y penurias las mismas plantas que crecen también cerca de la costa en la Tierra del

Fuego, pero que sólo se pueden conseguir mediante expediciones difíciles y costosas.

La temperatura atmosférica (13°) era muy agradable de día en nuestro campamento, a pesar de comenzar las nieves eternas a escasa distancia de nosotros y de encontrarnos en el flanco austral del cerro, que siempre es mucho más frío en los Andes. Afortunadamente, no se presentó ninguno de los vientos ya mencionados en repetidas ocasiones y que a veces suelen cubrir de escarcha la cordillera en pleno verano.

Habríamos estado muy contentos con nuestro campamento en todo sentido si no se hubiera presentado una plaga absolutamente inesperada. Aun cuando existen tábanos en todas las partes andinas, se presentaron en tales cantidades alrededor de nuestro campamento, situado a una altitud superior a 8.000 pies, que se hacían verdaderamente insoportables. Nos rodeaban tres especies de tábanos en forma tan densa como los mosquitos tropicales, a que se refieren todos los viajeros con las más amargas lamentaciones, y eran tan molestos por su incesante zumbido como por su sed de sangre. Era imposible desarrollar alguna actividad sedentaria, y aun cuando se hacía sentir un fuerte calor al mediodía en nuestro campamento, que carecía de sombra, nos vimos obligados a pasar el día tendidos en el interior de él y envueltos en los pellones de las monturas, o bien a movernos incesantemente; pero aún en este último caso era necesario defenderse a cada instante contra los ataques de esos enemigos. Los caballos se mantenían al galope, y habrían huido si no lo hubiera impedido la pendiente tan pronunciada del faldeo.

En Chile existen unas ocho especies de *Conopsarios*, en parte mucho mayores que los europeos y caracterizados por colores bastante vivos. La vida de los soldados en el fortín de Trubunleo era muy poco agradable, pero los tábanos la transformaban en un verdadero martirio. Se puede afirmar, sin exagerar, que esta plaga tendrá como consecuencia que ciertas regiones de los Andes superiores no serán pobladas jamás por campesinos o no podrán ser destinadas a la ganadería, aun en el caso que se dispusiera de tierras fértiles y que éstas formaran extensos paños unidos cerca de los grandes volcanes. La plaga es igual en el territorio de los pehuenches, y tampoco falta en las pampas argentinas; pero, por razones ignoradas, se encuentran afectadas por ella determinadas regiones, que evitan cuidadosamente los nómades. En los Andes de Antuco, los tábanos se presentan por primera vez a mediados de noviembre en los bosques situados en las serranías, a unos 2.000 ó 3.000 pies debajo de la línea de las nieves, siendo muy raros en las tierras bajas. La primera especie que aparece tiene un abdomen amarillo pálido y una cabeza verde de cobre. Le sigue una especie gris negruzca, con alas grises, que vive sobre todo en los bosques batidos por el viento o en las praderas andinas. A fines de diciembre se presenta con gran frecuencia una tercera especie. Se la conoce en las provincias australes con el nombre de colihuacho, elude lugares sombreados y es la mayor de todas, de color negro brillante, caracterizándose por un

abdomen rodeado por pelos de color de hollín; la cabeza es verde clara. Afortunadamente, su existencia está limitada a siete semanas. En las montañas más elevadas se encuentra una cuarta especie, que es similar a la primera; se distingue de ella por fajas transversales en las alas, pero no es inferior a las demás en cuanto a astucia y sed de sangre. Las demás especies de tábanos viven, en parte, en las regiones septentrionales y, en parte, en las de la costa. Dos o tres coleópteros pican-tes, de un género (*Conops*) totalmente diferente y que aparecen a principios de la primavera, reciben por los chilenos el mismo nombre. Una observación atenta demuestra que estos animales que atormentan al hombre tienen hábitos curiosos en sus migraciones periódicas. Las primeras tres especies viven durante todo el verano, y sólo desaparecen después de intensas heladas. Viven, periódicamente, a determinadas altitudes, que fijan los límites de su propagación. En noviembre ocupan los bosques, pero no se encuentran en las regiones más elevadas, donde sólo crecen gramíneas y plantas bajas en lugares abiertos y rocosos, pero donde faltan los árboles. Cuando el mes de enero aporta grandes calores, se puede pasar por estas mismas selvas sin ser molestado, pero se es atacado, en cambio, con redoblado furor, tan pronto se sale de ellas a la zona de las marañas, o cuando se camina a lo largo de los desfiladeros pelados. En febrero abandonan de nuevo esta zona, manteniéndose por millares al lado del límite de las nieves, de modo que parece que buscan desde un principio una temperatura más baja y que sus migraciones tuvieran por objeto eludir los estratos caracterizados por un mayor recalentamiento de la atmósfera. Toleran, sin embargo, un calor muy grande, pues en el pico de Pilque, en que la temperatura se elevaba en febrero a 25° al mediodía, apenas permitían un corto descanso. Considerando su número extraordinariamente grande y el muy pequeño de cuadrúpedos salvajes y rebaños domésticos en los Andes, parece razonable admitir que se alimenten de dos fuentes, a igual que los mosquitos de las selvas tropicales, dependiendo probablemente en gran parte de jugos vegetales. Los chilenos opinan que los tábanos consumen el jugo resinoso segregado por pequeñas glándulas de las hojas del ñirre (*Fagus pumilio* Poepp.), y quizás se encuentren asimismo en las regiones más bajas plantas aptas para alimentar a los tábanos, antes de verdear aquel arbusto (en diciembre). El hecho de vivir los colihuachos también de jugos vegetales se desprende claramente de la circunstancia de encontrarse en sus intestinos una gran cantidad de miel vegetal. Los muchachos, que conocen esto, los persiguen de la misma manera que los de Europa al abejón que vive en la tierra, a fin de quitarles la vejiga que contiene la miel.

Cuando cerró la noche, fue necesario apagar nuestro fuego, pues aunque se hizo lo posible por rodearlo de ponchos y ramas que lo encubrieran, el fuerte viento alimentaba la llama a menudo de tal modo, que nos podía dar a conocer fácilmente a una horda enemiga que se suponía se hallaba en la vecindad. Se cargaron las armas con munición fresca, conviniéndose montar guardia en forma alternativa. El tiempo pasó, haciéndose sentir a cada instante los estremecimientos

inseparables del lugar en que nos encontrábamos. En lapsos regulares temblaba la tierra, y el trueno, que sonaba casi sin interrupción en el interior del volcán, parecía adquirir una doble intensidad. La noche era en extremo obscura y sensiblemente fría a esta altura. La iluminación roja que, sin representar una verdadera erupción, se elevaba de vez en cuando del cráter cercano, pero que era invisible para nosotros, tenía cierto aspecto sobrenatural. Mis acompañantes no pudieron dormir durante largo tiempo y, sentados alrededor de las escasas brasas, escuchaban en silencio los ruidos subterráneos, que precedían o seguían a la claridad que se propagaba repentinamente. La temida gallina ciega (*Caprimulgus*) se presentaba también aquí en silencioso vuelo alrededor de nosotros, el temporal originaba maravillosos sonidos entre las agudas rocas, y nuestros caballos se nos acercaban al trote, espantados y resoplando, de modo que casi hirieron en diversas ocasiones a los que dormían. Después de la medianoche, Serra hizo su ronda y quedó en pie hasta la madrugada, y cuando aclaró el día, nos encontrábamos entumecidos de frío, a pesar de disponer de suficientes pellones. Los contornos estaban cubiertos por un espeso rocío, y no fue fácil encender un fuego que nos calentara. Nos pusimos en marcha sin desayunar, a fin de intentar la ascensión, y como nadie conocía la zona, la marcha se asemejaba más bien a una expedición de descubrimiento, acerca de cuyo desenlace era imposible opinar de antemano. Después de haber trepado en una cumbre parada, nos encontramos en el límite de las nieves, que estaba apenas a 500 pies por sobre nuestro campamento. Se extendía frente a nosotros una segunda cumbre, que tenía la forma de una terraza; estaba cubierta casi en su totalidad por nieve helada, y sólo en su parte central se hallaba cortada por un desfiladero libre de nieve y bastante elevado. Aunque preparado para admitir algunos errores ópticos, nos sorprendió necesitar una hora completa para subir a una altura estimada en apenas 800 pies. Avanzando con dificultades sobre el desfiladero, entre lavas redondas, alcanzamos un nuevo escalón plano, rodeado por una cadena de colinas arenosas cónicas de color café o negro. Se pasó por ellas haciendo un gran esfuerzo, pues nos hundíamos hasta las rodillas en cada paso que avanzábamos entre las escorias trituradas, ocultas traicioneramente por la arena. A su lado occidental se extiende una planicie, que alcanzamos cerca de las nueve horas y que se nos presentó en todas partes en el sencillo vestido de nieve del invierno, excepción hecha de corrientes negras de lavas que se elevaban en forma destacada de ella. En este punto era visible por primera vez el cono superior del volcán, libre desde el cráter hasta su pie y limitando el borde septentrional de la llanura. Esta última tenía una longitud de más o menos media hora de camino, siendo un poco menos ancha, y une la Silla Velluda con el volcán, dando oportunidad para medir en algunas partes corrientes de lavas cuya altura vertical sobre la corteza de hielo en que uno se encuentra es de 20 a 30 pies.

La soledad del lugar es realmente espantosa, pues, fuera de las nubes de humo del cráter, no se observa en ninguna parte algo que se mueva, ni mucho menos

existen animales o plantas que vivifiquen los alrededores estériles. La nieve helada de la planicie, que se transforma de vez en cuando en auténtico hielo glacial; las lavas, que serpentean en él cual culebras negras; las escorias de color café en que nos encontrábamos; el gigantesco y parado precipicio de la Silla, con sus yertas masas de hielo; el cono gris del volcán a escasa distancia frente a nosotros; la falta de todo animal e incluso de líquenes, que adornan en otras partes las rocas de las cumbres más altas, propagaban sobre todo el panorama, a pesar del cielo despejado y del amable sol de madrugada, un aspecto terrorífico y sombrío. Como era de preverlo, ello no dejó de producir su efecto sobre mis acompañantes. Serra, para quien el plan de alcanzar hasta el cráter era un simple chiste, ahora que lo teníamos a la vista se negó a seguir acompañándome, pero prometió permanecer en ese lugar y esperar mi regreso, que parecía poner en duda. Su buen corazón se expresó por medio de súplicas y advertencias para que renunciara a la temeraria empresa. Sin mayores comentarios, continué solo mi camino, sin preocuparme de que también el mozo, que me venía acompañando desde la costa, seguía, sin decir nada, aunque un tanto avergonzado, el ejemplo de Serra. Después de una corta reflexión, pareció haberlo abandonado el miedo, y un cuarto de hora más tarde apareció al lado mío, trepando activamente el volcán, luego de haber intentado sin éxito seguirme en línea recta. Las piedras que rodaban bajo mis pies lo habían obligado a tomar otro camino, y sólo en el borde del cráter nos volvimos a unir.

Pero la ascensión era mucho más difícil de lo que nos había parecido desde alguna distancia; la inclinación de la ladera del cerro, aunque menos parada que en otros puntos, era en todo caso todavía de unos 50°, y sólo afirmándonos con las manos pudimos evitar en muchas partes que nos deslizáramos por la pendiente. Un obstáculo que no habíamos sospechado encontrar se nos presentó en forma del hielo de ventisquero, que cubre todo el cono, e impediría la ascensión si los escombros, escorias y cenizas, que caen incesantemente desde arriba, no hubieran formado una especie de capa encima de los hielos, que disminuye algo el deslizamiento. Quien contemple el volcán desde Antuco no se formará jamás la idea de que aquel cono negro, que sólo contiene nieve de vez en cuando en la cumbre, esté cubierto por un ventisquero de espesor desconocido. La arena, que cae a una temperatura bastante elevada de la nube de humo del cráter, queda fija en el hielo y forma una costra, con espesor de una pulgada. Mucho más peligroso es otro fenómeno. Sobre la cumbre más alta del cerro se encuentran, en la arena movediza, escorias sueltas en gran cantidad, que son removidas por el temporal. Al acercarse al borde, se deslizan con gran rapidez por la ladera empinada, adquiriendo finalmente tanta violencia, que saltan por el aire sobre prolongados trechos, poniendo en movimiento, a veces, acumulaciones completas de grandes trozos, que tocaron en forma casual. Por fortuna, la madrugada era más tranquila que la noche, por lo cual tropezamos con pocas de esas piedras en movimiento, que pasaron inofensivamente por sobre nosotros, describiendo un arco plano, y sólo los trozos más

pequeños que se deslizaban nos obligaban a desviarnos un poco. Pero ambos recibimos en diversas ocasiones sensibles impactos, y el mozo sufrió una contusión de importancia cuando se deslizó y precipitó al suelo, al tratar de esquivar rápidamente una piedra que volaba en dirección a él.

Después de media hora de trepar, se hizo más sensible el enrarecimiento del aire, pues a medida que disminuían las fuerzas físicas se dificultaba cada vez más la respiración, y mientras que al principio sólo era necesario descanzar después de cada cincuenta pasos, pronto fue menester hacerlo cada quince. Los últimos 200 pies del cono requirieron un cuarto de hora, debido a la fuerte inclinación y las dificultades para respirar. Agregábase la plaga de la sed, que no podía ser satisfecha en esta parte, y si bien tuvieron éxito las tentativas de derretir el hielo en un vaso, no era posible consumir el agua, pues la mezcla con granos de arena le transmitía un sabor a sulfato de hierro.

A medida que nos acercábamos al cráter aumentaba el estremecimiento del suelo, y por fin cayeron espesas nubes de arena sensiblemente cálidas sobre nosotros, debido a que algunos golpes de vientos casuales habían hecho cambiar el rumbo de la columna de humo del cráter en nuestra dirección. La inclinación del suelo y nuestro cansancio ocasionaban caídas, y las *manos sangraban cuando llegamos a la cumbre*. Era demasiado parada para que nos diéramos cuenta de su cercanía antes de alcanzarla, pero en realidad su proximidad se encontraba suficientemente insinuada por delgadas columnas de humo que salían por todas partes entre la arena y por el calor del suelo engañoso, pero que consideramos agradable después de haber andado durante horas sobre nieve y hielo. Después de un esfuerzo ininterrumpido de tres horas, se alcanzó finalmente la elevada meta; nos encontrábamos a escasísimos pasos del cráter, como los primeros seres humanos que habían escalado un volcán en Chile. Pero el triunfo sólo fue de corta duración, pues pronto comprobamos que el paradero era demasiado caluroso, y el viento aportó las espesas nubes de vapores en tal abundancia, que sólo pudimos salvarnos del peligro de asfixiarnos *tendiéndonos apresuradamente en el suelo*. Avanzamos algunos pasos, pero tuvimos que tendernos de nuevo, logrando, finalmente, alcanzar el borde septentrional, donde el viento nos protegía de aquel humo que salía de la chimenea y de las piedras que junto con él eran arrojadas hacia arriba, periódicamente, con gran violencia.

La cumbre del volcán está constituida por una pequeña planicie circular, en cuyo centro se eleva un segundo cono, pero de forma trunca, que rodea a la chimenea propiamente tal, comparable a una muralla anular, y que consiste en una masa de trozos sueltos de lava, de unos 50 pies de altura, pero tan parado, que se puede alcanzar su borde superior sólo trepando con las manos y los pies. Menos expuestos al peligro que antes en el flanco austral, no fue posible contemplar con más calma los alrededores. Inmediatamente bajo el escalador, el borde en que uno se encuentra y que tiene un ancho de apenas 8 pies se precipita

verticalmente hacia adentro, para formar las paredes interiores del cráter mismo. Lo peligroso del sitio permitió contemplar la misteriosa profundidad sólo en posición horizontal. Las masas rocosas se presentaban adornadas con los colores más vivos; en las murallas de color café y de estratificación inconfundible brillaban anchas fajas de lavas antiguas y bermejas, y en otras partes estaban cubiertas por brillantes hilos angostos y negros, a veces verticales y en otros casos formando una red. Rocas sobresalientes estaban recubiertas con eflorescencias de un color amarillo naranja (óxido de azufre), que se habían adherido en forma de costras, de estalactitas dispuestas en racimos, o que se presentaban sobre el fondo oscuro como delicados dibujos. Por medio de una vara que se hizo bajar en un lazo, fue posible raspar algo de una substancia que fue reconocida como azufre y que recubría las rocas en forma de escamas lameliformes y angostas. En el borde extremo del cráter, el mismo mineral se presenta en forma aún más curiosa. Imita hojitas lanceoladas, que se encuentran colocadas a la altura de algunas líneas sobre una delgada base, con color amarillo verde, y estructura en lugares arenosos conjuntos asociados y verticales, que se podrían confundir con grupos de plantas fanerogámicas en su primer estado de desarrollo. La chimenea, que pudimos observar totalmente en un momento en que un viento favorable sopló a un lado los vapores, parecía no tener una profundidad superior a 30 varas, y se encontraba cerrada por una colina de arena de color café, a cuyos lados terminaban dos chimeneas cilíndricas y de profundidad inconmensurable, que permitían la salida del humo. La mayor parte de aquellos vapores sale por una abertura lateral de la pared vertical. Era de forma oval, y se hallaba cubierta de tal manera con prolongaciones columnares de las capas superiores de lavas o de formaciones semejantes a estalactitas, que a primera vista se impuso una comparación con una ventana vidriera gótica gigantesca. El incesante temblar del suelo, los granitos de arena candente, cuyo contacto no se podía evitar cuando eran expulsados por las fuerzas endógenas, y los vapores de sabor desagradable y ácido, que provocaron pronto la tos, nos indujeron a volver a abandonar luego el borde, parecido a una cresta, del anillo superior, desde el cual nos había sido permitido echar una mirada —por así expresarme— al infierno. Logramos bajar con muchas dificultades por el flanco hasta la planicie anular, para poder dedicarnos a observar los alrededores, hasta donde lo permitía la falta absoluta de instrumentos físicos, protegidos en ese lugar de las manifestaciones desagradables de la cercana chimenea.

Es posible que el volcán Antuco sea uno de los más agudos después del pico de Tenerife y del Cotopaxi. Sorprende la circunferencia extraordinariamente pequeña de su cima, a pesar de destacarse ya desde la distancia por su configuración aguda. Con la excepción de una sola parte rajada, de corta extensión, logré dar una vuelta completa alrededor del cráter sobre la aguda cresta del anillo superior (a que los chilenos dan el nombre de Sombrerito), determinando de esta manera la circunferencia del cráter en cerca de 600 pasos; esta medición fue muy peligro-

sa. El cráter no tiene forma absolutamente circular, pues el eje es un poco más largo en la dirección de oeste a este. El humo y las paredes verticales que lo limitan impiden descender en él. La grieta que corta el anillo en su parte septentrional y por la cual no se puede pasar tiene un ancho de unos 20 pasos y contiene lavas candentes. La cima del cerro es muy parada en todos sus costados, pero cae casi vertical hacia el norte, donde se encuentran, a unos 800 pies debajo de la boca, grandes aberturas de que salen lentamente corrientes de lava, cuyo fulgor rojo se puede observar ya desde una distancia de 20 millas. Un fenómeno muy curioso es la gran heterogeneidad de los vapores que salen del cráter y que alternan con gran regularidad. Durante el tiempo pasado en el borde superior ocurrieron dos explosiones de ellos, y otras fueron escuchadas durante el ascenso; están acompañadas por un fuerte estremecimiento del suelo. Salía una gran cantidad de humo azul negruzco desde las grietas al interior del cráter, siendo soplado con bastante fuerza hacia arriba, pero sin ningún ruido. Propagaba un olor desagradable a azufre, provocando un sabor ácido en la boca y una irritación y tos en los pulmones. Repentinamente disminuía su producción, saliendo sólo fajas delgadas desde las grietas más grandes. Siguió un fuerte temblor; desde la profundidad fueron expulsados, con indescriptible violencia, vapores blanquísimos y que brillaban a la luz del sol, arrastrando consigo una nube de granos de arena blanca y de antiguos trozos de lava, que pesaban hasta media onza. Esta columna blanca de vapor parecía ascender sólo algunas centenas de pies, pero producía un ruido espantoso a su salida, sólo comparable con el que resulta al abrir la válvula de la mayor máquina a vapor, pero era veinte veces más fuerte. La presión atmosférica era igual que en el más violento temporal, impidiendo la respiración a quien se le acercara; pero el vapor no era ni caliente ni de mal olor, sino sólo muy húmedo. Tan pronto disminuyó su violencia, comenzó a salir de nuevo desde todas las grietas el humo negro, con igual intensidad que antes, y de esta manera alternaban en lapsos regulares de cuatro a cinco minutos las dos erupciones. Probablemente, el fenómeno permanece igual en tiempos de relativa calma, pues durante la hora que pasé en la mayor cercanía del cráter esa alternación no cesó ni demostró ninguna irregularidad. El vapor blanco se disipa a escasa altura en el aire, pero el humo negro se eleva extraordinariamente, ascendiendo con gran rapidez durante los primeros 400 ó 500 pies. Su disminución periódica puede observarse desde la distancia, en la aldea de Antuco. Los truenos, que se escuchan hasta muy lejos, y los ruidos sordos, que sólo se sienten en los flancos del cerro mismo, parecen estar relacionados más bien con la expulsión violenta de los vapores blancos que del humo negro.

Un fenómeno que se pudo observar frecuentemente en Antuco y que no constituía de ninguna manera una equivocación óptica, es la formación de auténticas nubes a base de estos vapores. En las mañanas con calma de los dos últimos meses de 1828, sobre todo antes de las nueve horas, se presentaba todo el cielo libre de nubes, faltando indicios que señalaran un cambio del tiempo. El va-

por blanco del volcán—más blanco que de costumbre— se elevaba tranquilamente hasta una altura considerable, y como si lo limitara algo pesado, formaba una capa horizontal, que adquiría un color cada vez más blanco, ampliando el volumen en el lapso de una hora y asemejándose en todo su aspecto a una nube corriente. Se separaba por fin de la columna de humo en que se apoyaba, y se dirigía lentamente y sin separarse hacia el norte, donde se mantenía como única hasta la tarde. En otras ocasiones se observó la formación de tres o cuatro nubes de esta índole, que se fusionaron más tarde, permaneciendo a veces sin moverse durante muchas horas, pero alejándose en otras oportunidades, impulsadas por corrientes atmosféricas superiores, para colocarse en la cumbre de los cerros y mezclarse siempre al atardecer con neblinas que ascendían desde el seno de los valles. A este último fenómeno sigue siempre lluvia, en forma indefectible, y el campesino de Antuco está tan convecido de ello por una larga experiencia, que considera al volcán como el productor de las nubes que entregan sus aguas en tiempos muy inoportunos, como el de las cosechas.

Además de las dos clases de vapores descritas y observadas en la boca misma del cerro, se presenta una tercera, pero que seguramente nadie podrá reconocer desde muy cerca, por los fenómenos peligrosos de que está acompañada. El humo negro oscuro es expedido entonces con indescriptible violencia por la boca, de modo que alcanza en pocos instantes alturas de más de 2.000 pies. Desde una distancia de 2 millas se distingue claramente el impulso de las masas espesas, para las cuales la boca es demasiado estrecha, pudiendo percibirse también a simple vista la velocidad con que suben. Este fenómeno, que podría explicarse por la inflamación repentina de un gran depósito de minerales combustibles, se presenta en raras ocasiones. En cinco meses, se lo observó una sola vez (el 18 de diciembre de 1823). La mañana era clara y serena, cuando salió de súbito una columna indescriptiblemente espesa y negra, que luego se expandió, hasta ocupar la cuarta parte del firmamento, que fue envuelta por una capa terriblemente negra. Encontrándome por casualidad cerca de la aldea, me fue fácil medir la columna, en compañía de un oficial chileno, para cuyo fin prestó un servicio útil una base que había sido medida anteriormente para realizar una medición trigonométrica del volcán. Pudimos establecer que la columna se elevaba 3.180 pies desde el cráter hasta su mayor elevación, y como la boca del volcán tiene un diámetro de 750 pies de oeste a este y de 350 pies de norte a sur, el volumen de aquella columna, suponiendo que haya tenido una forma exactamente cilíndrica<sup>1</sup>, era de 26.222.700 pies

<sup>1</sup>La expulsión periódica de vapor y la sorprendente altitud que puede alcanzar una columna de humo volcánico bajo la influencia favorable de una calma y de la sequedad atmosféricas, han sido observadas también por otros. Scoresby vio la salida de vapor cada cinco minutos en el volcán Esk, descubierto por él sobre la isla John Mayen (70° 49' a 71° 8' de Lat. N.), y estimó la altura de la columna de humo en 4.000 pies.

cúbicos. Más arriba el vapor se expandió más, cubriendo cumbres de cerros situados a una distancia conocida de 30 leguas. Después de tres horas, disminuyó el volumen de esas nubes negras, y al atardecer volvieron a salir, como antes, vapores corrientes y más livianos del cráter.

Es muy probable que las explosiones relacionadas con la expulsión del vapor blanco arrojen en forma de bombas las enormes masas de rocas que se encuentran aisladamente cerca del cerro. En la planicie anular del cráter se hallaba un bloque de lava café, en posición aislada y rodeado por arena y pequeños trozos de escorias. Como se asemejaba más o menos a un dardo, puede considerarse como muy exacto un cálculo que le atribuye 546 pies cúbicos como volumen, y como las lavas de esta clase tienen un elevado peso específico, el peso de esa roca no puede haber sido inferior a 22.500 libras. Su ubicación permitía establecer sin lugar a dudas que había sido arrojado del cráter en estado frío, pues como en todos los volcanes similares y muy agudos, ocurren también en el Antuco las erupciones de lavas en los flancos. Así se explica también por qué la cumbre no ha experimentado cambio de alguna importancia en su aspecto o altura, hasta donde se puedan recordar los antucanos. Precisamente, el derrumbe de la cumbre superior tendría que ser la consecuencia de cada erupción, pues está constituida únicamente por escorias acumuladas en forma suelta. Masas sólidas de lava, ya sea en forma de corrientes u ocupando amplias superficies, sólo se hallan más abajo. El último tercio del cono está cubierto nada más que por escombros, sin relación los unos con los otros, y que muy probablemente han sido arrojados del cráter, como fragmentos enfriados. Las corrientes frescas de lavas son bastante sólidas en su superficie, y sólo se encuentran cubiertas por trozos sueltos de escorias muy heterogéneas donde pasaron por hondonadas, empujando delante de sí materiales más antiguos, hasta que éstos cayeran hacia atrás, quedando encima de la lava reciente, un proceso que es similar al que se puede observar con los témpanos de hielo en un río grande. De esta manera se han generado sin duda las acumulaciones de hojas delgadas que se quiebran bajo el pie y que han sufrido mucho más por las influencias atmosféricas que las lavas compactas en que descansan. Queda a este respecto en claro que todos los productos del fuego interior, entre los que se cuenta el feldespato en mayor abundancia, son destruidos en primer lugar por los factores externos, pero llama la atención que precisamente se encuentre el feldespato con frecuencia en aquellas acumulaciones antiguas. Por otra parte, no se descubren lavas prismáticas entre las materias que llenan toda la zona en diversas formas, pero que constituyen sin duda productos del volcán actual.

Todos los basaltos, que representan una formación extraordinariamente grande, que se extiende a lo largo de muchas millas, comenzando en el mismo lago, provienen de una época en que la Silla Velluda constituía aún un cono inmenso e intacto y en que todavía no existía el volcán Antuco. En este último faltan en todas partes los basaltos columnares, pero en las corrientes más antiguas, que han sali-

do de grietas laterales, se observa, en lugar de ellos, el afloramiento de lavas porfiríticas, que merecen sin duda una descripción más detallada. Al pie del volcán se extienden hacia el sureste pequeños desfiladeros consistentes sólo en un conglomerado muy grueso y unido por una arcilla ferruginosa, siendo ésta también la roca que forma la mayoría de los cerros hasta donde termina hacia abajo el valle de Antuco. En esas eminencias se encuentran nidos de lavas, constituidos por estratos plegados y ordenados concéntricamente. Cada nido tiene un ancho de 15 a 20 pies, siendo desconocida su profundidad. Se observa sólo el diámetro transversal del cilindro formado por las capas crateriformes o lamelas, y el conjunto puede ser comparado perfectamente con el corte del tronco de un árbol. Cada capa tiene un espesor de 2 a 3 pulgadas y representa el corte vertical de una pared del cilindro; no tienen nunca forma absolutamente tubular, en el sentido de quedar incluidas las unas en las otras, sino que hacen contacto con sus bordes, o bien —lo que es más frecuente— se hallan superpuestas como vainas en esos puntos. Los pequeños espacios entre las capas plegadas están rellenos con una arcilla amarilla; el grano corresponde al de las lavas pizarreñas, pero es más duro y fino; apenas se reconocen los elementos originales de que están constituidas, y su color es blanquizo o amarillo. La circunferencia de estas curiosas acumulaciones no es muy regular, y es posible que estos cilindros, si fuese posible descubrirlos, presentarían un corte oval o aplastado, quizás también encurvado en su longitud. En la cima del precipicio que conducía a nuestro inaccesible campamento se encontraban grandes bloques de un conglomerado antiquísimo, que contenían trozos aislados de esas capas plegadas o crateriformes, sin mostrar un determinado orden alrededor de un centro. Eran casi siempre delgadas y filudas como un cuchillo en los bordes, de modo que todos nosotros nos herimos las manos por afirmarnos imprudentemente en ellos. Tenían un sonido claro como de metal, pero eran diferentes de la fonolita (en el sentido de los geólogos británicos), de que me llamó la atención un solo bloque cerca del fortín.

Es curioso que entre los numerosos productos del fuego subterráneo, que, en parte, son muy extraños, no se encuentren sustancias vítreas, ni se descubra piedra pómez; incluso la ceniza es poco frecuente, pues la boca expele sólo una arena fina, muy parecida a la mica en polvo, a menudo negra y brillante. Los antucanos no recuerdan tampoco haber experimentado una lluvia de cenizas, pero hablan de inmensas masas de rocas que habrían sido arrojadas hasta distancias increíbles por la última erupción. Uno de esos bloques, que pesa a lo menos 8.000 libras, se halla aislado a orillas del lago; como la distancia hasta el cráter no excede de media legua, parece merecer más fe la afirmación de que el mismo fue arrojado en presencia de varias personas, que el cuento de haber caído simultáneamente grandes piedras, arrojadas de la misma boca, en medio de una caravana comercial que se habría encontrado a una distancia de 12 leguas.

El volcán Antuco es uno de aquellos que ofrecen el curioso fenómeno de ter-

minar cada erupción mayor con un derrame de una gran cantidad de agua de temperatura fría. Esto lo saben todos los habitantes del valle y lo consideran como algo extraño, pero ninguno tiene conocimiento de las suposiciones, dudas y discusiones motivadas por el relato de tal fenómeno por viajeros que visitaron antiguamente Quito. No saben los sencillos campesinos que otros volcanes se caracterizan por el mismo comportamiento y que esos fenómenos son apropiados para desvirtuar ciertas teorías, por lo cual sus relatos merecen fe, pues son objetivos. Parece que la última erupción mayor ocurrió en 1820. Apenas habían pasado las manifestaciones más peligrosas, se puso en movimiento hacia el territorio de los pehuenches una caravana que había sido detenida mucho tiempo por ellas. Encontraron que al pie del volcán el suelo había sido abierto hasta una gran profundidad por una corriente de agua, que todavía salía de una grieta del cono, pero con volumen reducido. Los alrededores estaban cubiertos con un barro rojo amarillento de mal olor, que se encontraba acumulado hasta la altura de varias varas, sobre todo en las hondonadas de antiguas corrientes de lava, y que constituía un peligro para los jinetes. Las aguas del río Laja, que son siempre claras, habían sido enturbiasdas por ese barro, corriendo con dificultades y depositando sus pobladores muertos en las orillas. Aquel lecho fue examinado en diversas oportunidades por mí: tiene un ancho de 20 a 30 pasos y una profundidad de 3 a 15 pies, pasando por antiquísimos escombros sueltos. Aunque demasiado parado para poder seguirlo mucho tiempo, se le reconoce todavía como una zanja profunda en la mitad inferior del volcán, siendo posible que se encuentre tapado más arriba. En el cráter no se observa ningún indicio de él, pero los antucanos afirman que la corriente de agua salió de allí, pues al mismo tiempo se habría derrumbado gran parte del Sombrerito. Será muy difícil para un investigador posterior poder decidir si aquellos derrames de agua y barro son consecuencia de la filtración de las aguas de deshielo de los ventisqueros o si provienen de alguna comunicación que tenga el foco volcánico con el cercano lago, cuya profundidad es inconmensurable.

No fue fácil recolectar lavas de diversas clases cerca del cráter, pues es necesario remover a menudo algunos quintales de escoria antes de poder seleccionar algún trozo interesante en la acumulación uniforme. El deseo de conseguir lavas bermejas, visibles ya desde Tucapel, no pudo ser satisfecho, pues sus corrientes han bajado precisamente en las partes menos accesibles, hacia el oeste, donde la falda es tan parada, que no ofrece el menor sostén, existiendo el peligro de ser arrastrado por piedras que se deslicen. En los escombros del valle se presenta una lava café rojiza, pero está tan descompuesta y sus trozos son tan pequeños, que permiten reconocer muy poco, supuesto que pertenezcan realmente a aquella corriente de vivos colores.

Habíamos permanecido casi una hora en la cumbre más elevada, y a pesar de encontrarnos cerca de la boca, la muralla que la rodea y el viento nos protegieron contra los vapores asfixiantes; pero ambos sentíamos, en cambio, una te-

brillante sed, y no logramos satisfacerla por medio de los canelones de hielo de color brillante que colgaban en el costado austral de los bloques mayores, pues aun cuando no cambiaban su color, adquirirían durante el deshielo, al mediodía, quizás debido a su contacto con el humo, el sabor repugnante a tinta que se encuentra adherido a todos los objetos alrededor del cráter. Los escasos alimentos habían sido colocados por el mozo en el suelo, donde fueron tocados por granos de arena, resultando igualmente inconsumibles, pues parecían haber sido condimentados con vitriolo verde; pero tales padecimientos eran insignificantes en relación con aquellos que habríamos tenido que padecer si se hubiera producido un cambio en la dirección del viento o desencadenado repentinamente un temporal, y esta reflexión nos indujo a emprender el regreso tan pronto se había logrado el objeto de la ascensión, que sólo podía consistir en la recolección de los productos del cráter, pero no en realizar una serie de experimentos físicos.

Descansamos algún tiempo sobre las rocas que se encontraban diseminadas por todas partes. La vista es inmensa, pero no pintoresca. Aun cuando se contempla Chile desde Talca hasta Villarrica, es decir, en una longitud de cinco grados de latitud, la imagen se asemeja demasiado a una carta geográfica, para ser considerada como bella. Desaparecen los detalles, y el espacio infinito, en que se pierde la vista, no produce un efecto agradable sobre el observador. No se presentan los contrastes que caracterizan al panorama desde la cumbre de los volcanes de la Europa meridional. El volcán Antuco se encuentra en medio de una cordillera bravia y solitaria, pues el valle, escasamente poblado, el único en que vive gente en un gran radio, se pierde entre los cerros pelados más bajos y los gigantes nevados, que no han sido tocados jamás por un mortal. Desaparece el paisaje amable y variado ante una severa y espantosa grandiosidad, que atemoriza al observador y es adversa al juego engañoso de la fantasía. Sería imposible describir los sentimientos que animan en las cumbres de los Andes al solitario escalador, después de haberse elevado con gran esfuerzo por encima de las regiones en que suelen navegar las leves brisas de estío, y cuando lo envuelven a veces el humo y los vapores que tienen su origen en aquellas misteriosas profundidades a que jamás penetrará el ojo escudriñador de un ser humano. El absoluto silencio de aquellas alturas sólo se halla interrumpido por el silbido de las columnas de humo que irrumpen aisladamente; intensifica el espanto que producen el suelo candente, en el que una vara enterrada provoca de inmediato la salida de vapores, y las masas negras de escorias que cubren todos los alrededores, como también abajo, en la lejanía, el suelo sin vegetación del valle. El constante temblar de la punta, los fuertes ruidos en la profunda chimenea y la falta de seres vivos recuerdan al andinista haberse aventurado en una región no destinada a la actividad humana, en que la naturaleza lo recibe con amenazas y le recuerda que siempre será un extraño en ella. Desde el borde del cráter, que tiembla incesantemente, se contemplan, en primer lugar,

los rígidos ventisqueros de la Silla, y más allá, un segundo cordón de los Andes, que corre paralelamente al primero. Otro volcán, perteneciente a la parte interior y desconocida de los Andes patagónicos, es visible hacia levante<sup>1</sup>, y son numerosas las cúpulas campaniformes de pórfidos que, sin haber arrojado ellas mismas jamás fuego, han sido solevantadas por fuerzas subterráneas. A lo largo de todos estos cordones se encuentra señalado horizontalmente el límite de las nieves, con la uniformidad de la línea geométrica, pues sus pequeñas irregularidades desaparecen a tales distancias. Si no se encontrara limitado el horizonte por serranías bajas, que se prolongan hacia el sur, conteniendo los valles en que vive el pacífico pueblo de los hülliches, la mirada podría perderse al interior de la fabulosa Patagonia. En una cercanía engañadora se presentan la amplia planicie arenosa al pie oriental del volcán y el lago inerte, y más allá, hacia la medianoche, se extiende la cordillera de Chillán, como una altiplanicie de 8 leguas de longitud, sobre cuya superficie uniforme no se derrite jamás la nieve. Sólo en dirección a la tarde el paisaje es más amable, pues se contemplan las amplias llanuras abiertas de la rica provincia austral, adivinando el curso de los ríos casi únicamente por las oscuras fajas boscosas que adornan sus orillas, ya que pocas veces lo revela el relampagueo de un rayo del sol sobre su espejo. Si no se encontrara limitado por serranías bajas, debería ser fácil descubrir el Océano Pacífico. A tales distancias desaparece para la vista lo que el trabajo humano pueda haber creado en algunos pocos niveles; no es visible la aldea de Antuco, y sólo la palizada del fortín de Trubunleo, que brilla con su color blanco, recuerda que existen congéneres humanos.

La bajada desde la elevada cumbre fue casi aún más peligrosa que la subida, a pesar de alcanzar en menos de una hora la llanura en que nos esperaba Serra. Una grieta transversal y bastante ancha en el hielo, que habíamos dejado a un lado al subir, sin darnos cuenta de su presencia, habría permanecido también ahora ignorada, pues la ocultaba el flanco parado del cerro, pero el rumbo que seguimos nos condujo repentinamente cerca de ella. Podíamos intentar, sin duda, rodearla, pero era peligroso hacerlo en la falda inclinada, debido a que era difícil sostenerse en la nieve recientemente caída y que se había helado en seguida en la superficie. Fue suficiente un instante desafortunado para que me deslizará, cayera al suelo y comenzara a rodar con una velocidad cada vez mayor e imposible de detener en dirección a la ancha grieta. Realicé, sin embargo, una idea que se me ocurrió instintivamente, o sea, que al llegar al escabroso borde de ella, me diera yo mismo un fuerte impulso, para tratar de alcanzar la otra orilla. La salvación fue favorecida por la velocidad del movimiento en el plano inclinado y la feliz circunstancia de que no caía dándome vueltas, sino recostado, con los pies dirigidos hacia la grieta. Me

<sup>1</sup>Alude al volcán Tromen, situado a 120 Km. al ENE. del Antuco, cuyo pico norte tiene una altitud mayor que éste, pues se eleva a 3.980 m.; queda en territorio argentino.— Nota del Traductor.

apoyé violentamente con los brazos y las manos en el suelo y, gracias a ello, el cuerpo, que se deslizaba con extraordinaria rapidez, describió un arco bajo por el aire y aterrizó en posición vertical y sin lesiones en el borde opuesto, situado a unos 6 pies más abajo y limitando la grieta, cuyo ancho era de 12 pies. Si el lado del cerro hubiera sido menos parado y, por consiguiente, la velocidad al deslizarme menos grande, es difícil que el impulso voluntario que me di para arrojarme por el aire me hubiese podido salvar de caer en la grieta y de una muerte espantosa. Era sensible la pérdida de la mayor parte de los productos volcánicos recolectados cerca del cráter, que cayeron, amarrados en un gran paño, en la grieta. El mozo, que había presenciado la caída, tiritaba de tal manera, que le fue imposible seguir caminando durante un largo tiempo. Un lazo que le arrojé, en que se amarró mientras se mantuvo encima de la peligrosa abertura, le infundió más valor. Alcanzó finalmente un estrechamiento de la grieta, saltando al otro lado, libre de una gran pesadilla.

Serra enmudeció cuando nos vio regresar sanos y salvos, y no habría creído jamás que habíamos alcanzado la cumbre, si unos trapos negros, amarrados en palos, que nos sirvieron en lugar de banderas y que eran fáciles de reconocer en la nieve de la cumbre, no lo hubieran convencido de que habíamos llegado con toda felicidad al borde de la temida chimenea.

El mejor refresco era la nieve que se había derretido al sol del mediodía, juntándose el agua en pequeñas cavernas de las lavas, sin sabor mineral desagradable. Restablecidas las fuerzas, bajamos por las paradas faldas, y saludamos pronto la primera planta que se nos volvió a presentar, la hierba de la culebra (*Nassauvia nivalis* Poepp.), de forma extrañísima, con hojas plateadas y profundamente acanaladas, que abrazan el tallo como escamas. Crece aun en aquellos lugares donde el frío y la gran esterilidad impiden la vida de otros vegetales, y se encuentra todavía en medio de la nieve. Antes de la puesta del sol, alcanzamos la región del ñirre, pero fuimos asaltados simultáneamente por millares de tábanos. Encontramos nuestro campamento y el equipaje como los habíamos dejado en la madrugada, y los caballos, que sospechaban sin duda su liberación de aquella plaga, relinchaban alegremente cuando nos vieron. Mediante un esfuerzo común, logramos levantar una muralla de piedras y ramas, tan impenetrable que nos fue posible disfrutar del placer de una fogata que nos calentara, sin temores de ser reconocidos desde grandes distancias y, en realidad, el frío era tan grande en la medianoche, que nos hacía bien el calor del ñirre.

En pie ya antes de aclarar el día, arreamos con bastantes dificultades nuestros caballos por la parada quebrada al valle, donde llegaron todos, aunque más o menos lastimados. Cerca del lago fueron recolectadas todavía algunas plantas muy interesantes y reconocimos finalmente con más detenimiento el lugar en que nace el río Laja. Se fantasea mucho de él, y en Concepción las personas más ilustradas creían la leyenda de acuerdo con la cual el río se encontraría estrechado

en tal forma y sería tan correntoso, que si se dejara caer en él una bola de plomo, ésta no se hundiría, sino que sería arrastrada por las aguas. Donde el río sale del lago, lo recibe una quebrada basáltica con paredes regulares, semejante a un embocadero. En realidad, el río se encuentra estrechado en un lecho de sólo 30 pies de ancho y gran profundidad, a través del cual se precipita con vertiginosa velocidad, sin hacer olas, pero a pesar de ello, el espejo del agua obscura es capaz de mantener a flote una liviana hoja de lava sólo durante algunos pasos, pues en seguida se hunde.

Al atardecer alcanzamos el fortín. Parecía que la suerte misma hubiera tenido la intención de recompensar la perseverancia, pues un oficial llegado de Concepción, que no me había encontrado en Antuco, había traído hasta este desierto un paquete, que contenía, para mi gran satisfacción, cartas de la lejana patria y numerosos diarios de Londres, que me obsequiaba un amigo alemán de Valparaíso. Después de haber estado privado durante cinco meses de todo contacto con el extranjero, es fácil imaginarse el placer que me proporcionaron esas noticias. Los oficiales participaron sinceramente en la inesperada alegría, y los burdos soldados, que no carecían de buenos sentimientos y que me estaban agradecidos por botijas de vino y tabaco que les había obsequiado anteriormente, se reunieron con acostumbrada amabilidad en torno a nuestro grupo, pues en guarniciones de esta índole, en el límite extremo del mundo civilizado, no se respetaba una disciplina tan severa como se exige en Europa. El soldado se acerca en tales desiertos mucho más a los superiores, y se dejan a un lado ciertas limitaciones que no aprobaría en nuestro continente el partidario de una severa disciplina. Dentro de la protectora palizada, y animados por la sensación de seguridad que nos transmitían las voces de los centinelas, el regreso al mundo humano parecía ofrecer un nuevo encanto, y esta vez no fue necesario que nos entretuviera con sus cuentos el tambor, que había divertido a los oficiales y a mí muchas noches con sus historias, inventadas por él mismo en el estilo de Simbad, con motivo de mis visitas botánicas en el fortín. Se preparó una bebida caliente con las escasas reservas de vino, y todavía en la medianoche estábamos conversando sobre las maravillas del cráter, del que ninguno tenía una idea precisa. La ascensión al volcán había aumentado considerablemente el respeto que me tenían los guerreros semidesnudos, pues existía la creencia de que para hacerla se necesitaba más que el valor corriente. Me aportó entre los campesinos de Antuco la reputación poco grata de que disfrutaban entre gentes supersticiosas aquellos a quienes se atribuye dominio sobre poderes de que el mortal común hace bien en mantenerse alejado. Pasaron algunos días después de mi regreso a la aldea antes que los conocidos volvieran a usar la misma confianza anterior, y esta situación tuvo su epílogo cómico cuando un campesino, después de una larga explicación y de ofrecerme el sacrificio de algunas aves de corral, me pidió que le consiguiera algunos días de buen tiempo para su cosecha.

El volcán constituye para el chileno, a igual que para el salvaje co-

brizo, el objeto de un terror supersticioso. A pesar de ser cristiano, y de serlo con orgullo, el habitante de la provincia austral traslada a los volcanes la sede del reino de los espíritus infernales. Ora amenazante, ora en son de burla, dicho reino anuncia por medio de violentos truenos la llegada de indios enemigos, y los campesinos, dignos de compasión, salvan sus haberes y a los miembros de su familia mediante la fuga a zonas inaccesibles, tan pronto se escucha la voz de aquellos poderes malignos. El indígena atribuye al espíritu caprichoso, a que da el nombre de Pillán<sup>1</sup>, las mismas chimeneas de fuego como domicilio, y muchos creen que el cráter representa la entrada al mundo de un nebuloso más allá. Cuando una correría destinada al pillaje lo hace pasar frente a un cerro de esta índole, se detiene, para dirigirse con mucha seriedad al cono negro, sacrificando algunos de sus mejores bienes a los habitantes amenazantes del infierno, murmurando en baja voz, y se puede observar con frecuencia que los pehuenches, aun cuando se encuentren a una distancia segura, procuran reconciliarse con él soplando humo de tabaco hacia el volcán. Pero si truena con mucha violencia muy al interior del cerro, o si éste expelle por la boca nubes de humo más espesas que de costumbre, el indígena regresa. Su dios está encolerizado con él, y al testarudo que continuara la marcha, menospreciando temerariamente esta advertencia, sólo lo esperaría la perdición. Si pueblos que se han formado sobre una tierra que nunca permanece completamente tranquila, y que viven en presencia de numerosos volcanes, se muestran propensos a tales supersticiones, ello es una prueba de la grandiosidad de las manifestaciones, que preocupan incluso a la fantasía de un salvaje embrutecido y que no le son indiferentes, por mucho que se acostumbre a ellas. Es posible que el territorio pehuenche ofrezca a este respecto muchas novedades a un futuro explorador. Según informan, existen grandes lagos de asfalto en la región de Coipoleuvu, donde también se encuentran, como en Maynas, inmensos depósitos de sal, indicando, al parecer, una conjunción de causas similares, que abren, por una parte, los cráteres activos y, por otra, originan cerca de ellos abundantes yacimientos de sal. En esa misma montaña desconocida existen vertientes que expelen periódicamente agua que se encuentra en el punto de ebulli-

<sup>1</sup>En toda su exposición acerca de los indígenas, Poeppig es decididamente antiindigenista, lo que se explica fácilmente por sus experiencias en la guerra fronteriza, que conoció por su resuelta participación a favor del bando chileno. Como ocurre siempre en las guerras, que se inspiran en el odio, se atribuyen al adversario las peores condiciones. De esta actitud fluye también la identificación de su Ser Supremo con el espíritu del mal. En realidad, Pillán era para los araucanos la encarnación del principio del bien, y su nombre sólo podría traducirse por el de Dios y no por el de diablo. Si bien los araucanos conocían el espíritu del mal, que atribuían a los calcus, no conocían, al parecer, a una encarnación individual del mismo, como es el diablo de los cristianos. Es un error (desde el punto de vista de la etnología moderna) identificar a Pillán con el diablo, sólo explicable como una consecuencia del celo de los misioneros, que estaban interesados en extirpar la idolatría, denigrando las concepciones religiosas de los indígenas.— Nota del Traductor.

ción, a igual que los gueisires de Islandia, y pampas peladas, en que los indios, de acuerdo con sus informaciones, se procuran fuego inflamando corrientes de gases que suelen salir por una lanza que se hace penetrar profundamente en el suelo.

La permanencia en Antuco terminó una vida de dos años en Chile. La mayor parte de este tiempo fue pasado lejos de las ciudades de primera magnitud, el verano sobre todo, en regiones apartadas y entre gentes no influidas por el espíritu de los cuerpos y cuya idiosincrasia puede ser calificada de popular. Así como no se ha incluido en las descripciones de los acontecimientos del primer tiempo ningún juicio general sobre los chilenos, tampoco se formó éste en la realidad hasta que más de veinte meses de experiencia permitieron poder hacerlo con más facilidad y exactitud. Tampoco en este lugar quisiera expresar, como resumen de una convivencia prolongada con los chilenos, un juicio general sobre su moral, pues es muy difícil que una sola persona tenga suficiente capacidad para hacerlo después de corto tiempo y con precisión absoluta. La tarea de describir un pueblo situado lejos de nosotros, accesible al mundo sólo desde hace pocos años y sometido a miles de nuevas influencias que permiten considerarlo, de cierta manera, como trabado en una lucha de desarrollo, no es tan fácil como retratar la naturaleza física de un país. No se ofrecen en igual número los hechos fáciles de recolectar y de interpretar, y la mirada no abarca de un solo golpe las múltiples manifestaciones, que sólo el entendido es capaz de resumir claramente. Así como la roca más inaparente contiene a menudo las más ricas pepitas de oro, que sólo descubrirá el ojo agudo del conocedor, o que serán localizadas por casualidad, existen pueblos completos que ofrecen aspectos que sólo descubre e interpreta en debida forma quien esté familiarizado con ellos. Es por eso que se pronuncian siempre muchos juicios superficiales; la personalidad del observador y debilidades humanas generales perturban la claridad del veredicto, y, en el peor de los casos, el odio, el orgullo u otras bajas pasiones destacan intencionadamente los rasgos menos favorables y transmiten también a los mejores un fondo oscuro. La historia política de un pueblo es la historia de su carácter, pues aquélla se halla condicionada por este último. El asiático, oprimido desde milenios, dueño de un rico territorio, que lo alimenta con un pequeño esfuerzo, pero que ha atraído infinitas veces los más feroces conquistadores, se encuentra semicastrado y, acostumbrado a la esclavitud, ya no es capaz de concebir el concepto que expresa la palabra libertad. El aborígen cobrizo que recorre las selvas del Canadá como cazador, protegido por la pobreza de su patria en contra de toda tentativa de una conquista extranjera, pero que tiene que luchar al mismo tiempo con los rigores de su clima, llegó a constituir un primitivo que no se someterá jamás voluntariamente a la servidumbre, prefiriendo morir a someterse a su yugo, el que parece ya ineludible. Lo mismo puede aplicarse a Chile. Hace tres siglos, un puñado de aventureros apátridas se dirigió desde el Perú a ese país, haciendo grandes rodeos, para lograr un inmenso botín, que la fantasía de los conquistadores traslada siempre a todos

los países desconocidos. La mayoría de estos soldados se habían criado en campamentos militares, y habían luchado ya en las batallas libradas con motivo de la encarnizada lucha entre el emperador Carlos y su adversario Francisco. Escapados a la agitada Europa, habían llegado a los campos pacíficos del Nuevo Mundo, cuyas realizaciones extrañaban. Pero los habían acompañado a través de los mares su antigua nerviosidad, su afán de conquistas y sus ansias de acumular riquezas, y amargados por las dificultades que les oponían los nuevos territorios, ineptos para vencerlas sin ser premiados, se encontraban atormentados por una codicia cada vez más insaciable. Como lobos hambrientos, se precipitaron sobre el país que les prometía botín, y las centenas de miles de hijos del Inca, que no eran guerreros, se sometieron temblorosos a este puñado de soldados armados de corazas. El Perú era demasiado pobre para satisfacer las exigencias de todos por igual. Otro puñado volvió a reunirse dentro de corto tiempo, y esta afortunada reducción del número de cabezas intranquilas permitió aplazar por corto tiempo la catástrofe que ocurrió finalmente, cuando el conquistador enorgullecido se sintió demasiado independiente y menospreció y hasta se burló de la temida majestad del emperador. La expedición de Almagro sustrajo a muchos de esos españoles, que abandonaron el Perú en la creencia de que iban a descubrir un El Dorado. Pero antes que alcanzaran los bellos campos de Chile, experimentaron en el seno de los Andes aquellas terribles tempestades de invierno<sup>1</sup>, que ocasionaron la muerte de las dos terceras partes del inmenso ejército indígena auxiliar que los acompañaba, y tampoco algunos españoles volvieron a contemplar las tierras bajas y de clima suave. El espíritu rígido de los conquistadores, hasta entonces no abatido por nada, se encontró tan agobiado por la vista de esa miseria, que todos se olvidaron de los éxitos anteriores y se consideraron felices cuando los indígenas del país que acababan de descubrir, y que eran de cultura primitiva, se les acercaron amablemente, ofreciéndoles ayuda. En corto tiempo se restableció la expedición, y como el norte de Chile se había sometido sin resistencia al nuevo yugo, despertó el antiguo anhelo de alcanzar la meta, que se iba alejando cada vez más, a fin de descubrir por fin un país de cuyas maravillosas condiciones se había preocupado la fantasía desde los tiempos de Colón. Por primera vez estuvo reservado a los españoles encontrarse con un pueblo que los contempló con indiferencia y que no vaciló en resistir sus ataques. Los europeos sólo lograron establecerse firmemente tras ardua lucha, pero reconocieron temprano que no los esperaba en este país una retribución áurea. El suelo disputado sólo ofreció una guerra sanguinaria a los blancos, que tenían que considerarse, por lo general, contentos con poder mantenerse en sus fortificaciones, ante los ata-

<sup>1</sup>La época de las lluvias y nevazones en la zona del Altiplano y de la Puna de Atacama se presenta en verano y no en invierno, época en que son muy raros los temporales a que se refiere Poeppig. También Almagro fue sorprendido por una tempestad de verano.— Nota del Traductor.

ques de sus infatigables enemigos. Pronto se cansaron de seguir luchando, pues la guerra no les prometía ventajas. Separados por una gran distancia del Perú, que se debatía en guerras civiles, y anhelosos de lograr por fin la paz, los conquistadores exhaustos concluyeron por trocar la espada por el arado, sintiéndose felices de haber encontrado un país que era más hermoso que la patria casi olvidada, y en que la tranquila felicidad de la apacible vida civil les prometía más que las minas de plata del Perú.

En la parte ocupada por ellos, los españoles eran los únicos habitantes del país, pues los indígenas que no habían caído en la defensa palmo a palmo de sus antiguos dominios, huyeron ante la servidumbre de los blancos, o bien se reunieron en el lejano sur, a fin de continuar la guerra en la Frontera, no terminada todavía después de dos siglos de lucha. De esta manera, el poblador blanco de Chile se conservó sin mezcla ajena, la que pesa como una maldición sobre los países más hermosos de América. El nuevo reino no ofreció masas de indígenas sin voluntad, que perdieron su libertad por una imposición de la autoridad y que fueron sujetas a la condición de esclavos sumisos y apenas quejumbrosos, al duro yugo del nuevo dueño. El colono se vio obligado a trabajar la tierra con su propia mano, obteniendo una ganancia lenta, pero segura, y en muchos lugares era necesario tener siempre preparada la espada al lado del arado. Si bien algunos volvieron a salir del país, fastidiados, para intentar otra clase de suerte en el Perú, el dominio del país era de gran importancia para la corona española, por múltiples razones, por lo cual se adoptaron diversas medidas para aumentar la población europea. Pero, por mucho que se hiciera en este sentido, permanecieron en Chile sólo los más pobres y más trabajadores del conjunto de emigrantes que se dirigieron en el siglo XVII de España a América. A pesar de su fértil suelo, la provincia española de Galicia es demasiado pequeña para mantener su población, afamada con razón de ser más activa, de mejor idiosincrasia, más robusta físicamente y más adicta al trabajo que la de otras partes de la Península. Adversos al lujo, acostumbrados desde la juventud a una actividad dura e inclinados al cultivo de la tierra, los gallegos encontraron en Chile un país que correspondía por completo a sus anhelos, por lo cual desde un principio emigraron de preferencia hacia allá, así como el catalán, que es mercader, se dirigió casi exclusivamente a México, y el vasco, celoso de su nobleza, al Perú. Los gallegos, que merecen el nombre de los pomeranios de España, trasplantaron al Nuevo Mundo su actividad y virtudes hogareñas, pero el prejuicio de los europeos los persiguió también allá, pues la nobleza de Lima miraba llena de altanería a los chilenos, a aquellos sencillos campesinos, y ni siquiera en la época más reciente ha desaparecido ese menosprecio, que amenaza incluso con transformarse en odio, pues fue precisamente ese chileno menospreciado quien libertó al impotente peruano del yugo español y que amenaza con dejarlo muy atrás en cuanto a civilización y progreso general. Durante muchos años Chile permaneció, más que

cualquier otro país de la América hispana, separado de toda vinculación con el Viejo Mundo; su comercio estaba a cargo del Perú y también su gobierno dependía de él.

Fuera de la guerra que hacían los indígenas —limitada pronto a la frontera extrema—, nada perturbaba la paz general, pues Chile no ofrecía un campo tan amplio como su vecino del norte a la ambición y codicia. El Perú fue conmovido desde los primeros años después de la llegada de los españoles por las guerras civiles y los males que son inseparables de un exceso de negros e indios, y aun cuando las primeras fueron terminadas, los últimos se intensificaron a medida que transcurrió el tiempo, mientras que Chile quedó libre de ellos. Las minas de plata eran para el peruano español las únicas fuentes de riquezas, frecuentemente muy engañosas y que en definitiva no proporcionaban una ventaja real al pueblo. El chileno, en cambio, cultivaba su tierra, y adquirió de esta manera desde temprano afición al trabajo, sin el cual no puede subsistir. Donde la naturaleza brinda sus dones al hombre —por lo general, poco agradecido—, sin exigirle siquiera una mediana retribución por medio del trabajo, el excesivamente favorecido se enerva con facilidad, transformándose en un individuo netamente sensual, que se complace con la mera superficialidad y que estima que la penetración a mayores profundidades exige un esfuerzo demasiado grande. Es por eso que son tan raras las hermosas flores que alcancen un pleno desarrollo que se observan durante los primeros años de su vida en los pobladores de las bellas regiones cerca del ecuador. Los habitantes de países que parecen mucho menos favorecidos por la naturaleza son casi siempre bastante más felices que aquellos sobre quienes ha derramado su cuerno de la abundancia. Donde los habitantes están obligados a luchar con obstáculos que les opone la naturaleza, pero que no sean insalvables, florecerán de preferencia el arte y la ciencia. La industria actuará en forma incansable, y muchas creaciones de las activas generaciones se conservarán como un recuerdo, transmitido a los descendientes agradecidos. La necesidad siempre renovada de seguir el camino una vez elegido transmite a todo el pueblo un vigor moral mucho mayor, conserva e incrementa la civilización a medida que transcurren los siglos. Chile, con su suave clima, está situado en aquellas bellas latitudes en que el hombre tiene que hacer sin duda un esfuerzo para asegurar su existencia, pero en que de ninguna manera se exige un trabajo demasiado duro para lograr un sustento parco y a veces incierto. Ofrece para los cultivos un territorio más amplio que sus países vecinos, y el dominio de la tierra suministrará al trabajador el pan, el vino generoso y la lana para vestirse. La necesidad de provocar la cooperación a fin de facilitar el desempeño de la agricultura ha inducido allá a desarrollar los vínculos entre los vecinos en un grado poco conocido en el resto de América, y gracias a ellos se han tenido que desenvolver numerosas virtudes hogareñas. No todos pudieron encontrar ocupación en la agricultura, pues los cultivos de los cereales europeos exigen

diez veces más espacio que los de plantas alimenticias tropicales, y así se generaron en Chile desde los primeros tiempos diversas otras actividades, que no conoce o prefiere el poblador de regiones tropicales. Como estas mismas causas siguen actuando con igual fuerza, se levantará pronto sobre este sencillo edificio primitivo de un pueblo campesino el magnífico templo de la industria humana.

El chileno sólo debe ser juzgado desde los puntos de vista señalados, y quien le aplicara la medida europea sin limitaciones, no logrará comprenderlo. Un pueblo que vivió y actuó durante trescientos años separado del mundo y en la mayor uniformidad tradicional, sin haber tenido oportunidad de progresar con rapidez, tiene que haber sido afectado en la forma más extraordinaria por las transformaciones que le permitieron establecer repentinamente las vinculaciones que le faltaron durante tanto tiempo. Después de un breve lapso incierto, el chileno se presentó activamente en el escenario para sacar provecho de las ventajas que se le ofrecían, y ya no tiene validez lo que hace doce o quince años expresaron algunos extranjeros acerca de ignorancia y de una falta de industria. Hizo suyas con verdadera avidez las numerosas innovaciones que llegó a conocer por los europeos, repudiando en seguida los antiguos prejuicios; se manifestó en todas las clases sociales una mentalidad racionalmente calculadora, y los múltiples recursos del país son aprovechados mejor cada día. El pueblo no se caracteriza por una inclinación a jugar y a la superficialidad; por el contrario, se manifiesta en él de modo destacado la capacidad de pensar los problemas en forma tranquila y lógica. Imita con gran facilidad los modelos extranjeros, demostrando al mismo tiempo una perseverancia poco común, y a menudo uno tiene oportunidad de admirar la diligencia y capacidad inventiva que le permiten hacer instalaciones mecánicas con recursos muy sencillos, que el europeo haría con herramientas mucho más complicadas. A estas condiciones debe agregarse, como un feliz complemento, una gran facilidad comprensiva. Es admirable con qué rapidez incluso el campesino ignorante hace suyas las ideas de los extranjeros, supuesto que le agraden, y el hecho de haberse constituido en Chile, después de las revoluciones, mucho antes que en otras partes de la América del Sur, una organización política bien consolidada, es sin duda una prueba de que sus ciudadanos supieron reconocer y conservar con precisión lo que más les convenía.

De ninguna manera la preparación científica alcanza en Chile todavía el nivel de la parte boreal del mundo, pero existen suficientes razones para suponer que llegará a un alto grado de desarrollo en el futuro, pues han sido eliminados los obstáculos que antes lo impedían. La mayoría de la gente ilustrada ya habla en la actualidad francés, y la lengua universal del océano, la inglesa, que se usa simultáneamente en los dos polos, es dominada por muchos comerciantes jóvenes, a pesar de la dificultad mecánica que presenta para labios españoles. Dotado de mucho menos prejuicio para con el extranjero que los demás americanos, el chi-

leno ha modificado ya un gran número de sus costumbres de hogar, que un sentimiento más refinado considera como inconvenientes. La cálida sangre del hombre meridional motiva una libertad en las relaciones con las mujeres, que condenará quien haya nacido en avanzadas latitudes boreales, basándose en el sentimiento de una continencia que no le impone ningún sacrificio. Pero a este respecto, las costumbres ya han llegado a ser mucho más severas, y nadie podrá quejarse de transgresiones en la buena sociedad. En las clases populares, en cambio, predomina en esta materia todavía bastante de la antigua falta de consideraciones, y en Valparaíso y otros puertos se podrá comprobar incluso mucha corrupción; pero ella no va tan lejos que justifique las afirmaciones de antiguos viajeros acerca de este pueblo, de acuerdo con cuyas opiniones no se encontrarían en Chile mujeres fieles y muchachas virtuosas. Se ha cometido con demasiada frecuencia el error de juzgar a todo el país según las condiciones que reinan en Valparaíso, y el puerto más visitado de todo el Pacífico, en que es muy natural que se junten los más ruines aventureros, ha inducido a muchos extranjeros a juicios totalmente equivocados acerca de todo el país. En sus partes interiores, a las que, sin embargo, llegan raras veces los extranjeros, ni mucho menos permanecen en ellas durante algún tiempo, las virtudes y la felicidad que proporciona la vida familiar se encuentran tan generalizadas como entre los mejores pueblos de nuestro continente. Antiguamente, las mujeres tenían que sufrir aún más que los hombres por la imposibilidad de educarse en el país, pues no disfrutaban de la opción de poder dirigirse a Lima o Buenos Aires con ese propósito. Además, hasta hace veinte años existía todavía la costumbre, como ocurre aún en el Brasil, de mantenerlas encerradas en casa, o al menos de prohibirles aparecer mientras se hallara en ella un desconocido. Casi sin excepción de aspecto hermoso, dotadas de muchos bellos talentos, que no alcanzaban a desarrollar más tarde por falta de práctica, manteniendo relaciones con hombres que no eran capaces de influir sobre ellas favorablemente, por carecer de una instrucción superior, y dotadas, por último, de una gran viveza, las chilenas carecían de algunos encantos que proporciona la mera feminidad. Pero en pocos años se ha manifestado ya la influencia de una educación mejorada, y las hijas son muy diferentes a sus madres. El trato con mujeres ilustradas y honestas, procedentes de Gran Bretaña y Francia, que viven en Chile como esposas de extranjeros, ha motivado muchos cambios, y al menos existen ahora en las principales ciudades buenos institutos para la educación femenina.

La vida familiar es, en la mayoría de los casos, muy feliz; ambos sexos poseen muy poco de la frivolidad del americano tropical, y por esta razón los ejemplos de matrimonios felices no son de ninguna manera tan excepcionales como en el Brasil o el Perú. Entre las chilenas es rara la desenfrenada inclinación al lujo, que no vacila en lograr medios para satisfacerla y que se ve favorecida por la indiferencia de los hombres; es decir, no existe el desorden económico que

llama a veces la atención en las familias peruanas. En las zonas tórridas de América, el desarrollo del hombre es mucho más rápido que en Europa, lo que explica que el hijo se considere independiente del padre a una edad en que en un clima frío apenas piensa en estar destinado a poseer alguna vez una voluntad libre. La insensibilidad y frialdad en las relaciones familiares que resultan de esta manera hacen que el estudio de la vida familiar no sea un asunto muy agradable. En Chile, en cambio, los hijos tienen un gran respeto por sus padres, y la costumbre, que se ha transformado de hecho en ley, según la cual el yerno tiene la obligación de prestar ayuda a sus padres políticos ancianos o empobrecidos, comprueba que los vínculos que establece la vida familiar no son considerados con indiferencia.

De acuerdo con un prejuicio muy divulgado en los países boreales, se caracterizarían los pobladores de países de clima suave por sus desenfrenadas pasiones y su inconstancia. En Chile se encuentran sólo pocos ejemplos para comprobar esta afirmación, si los hay. Aun cuando aquel bello país recompensa a menudo los esfuerzos del empeñoso en forma más pródiga que Nápoles, suministrando un vino tan generoso como el de aquella región italiana, y ofreciendo un cielo cuyo azul se encuentra mucho menos empañado por nubes, hay muy pocos puntos morales de contacto entre un napolitano y un chileno. Este último es siempre serio y prudente, e incluso los individuos de las clases bajas no manifiestan jamás aquella viveza que se desata incontenible en animadas declamaciones o en extravagantes gestos. Todo su comportamiento se caracteriza por una tranquilidad muy segura, que difícilmente cederá por completo a una excitación, y por una gran prudencia en los peligros. También en las fiestas públicas el bullicio nunca está en relación con la masa reunida, y se comprobarán manifestaciones violentas sólo en estado de ebriedad. Estos rasgos esenciales del carácter chileno han inducido a observadores superficiales o inamistosos a expresar el cargo de existir una falta de sensibilidad, y han creído poder afirmar que los chilenos serían incapaces de todo vuelo superior, por su indolencia e indiferencia apática. No puede negarse que la mayoría de ellos aceptan una desgracia sin exteriorizar mucho el dolor, y que es necesario insultarlos gravemente para que pierdan su equilibrio, pero este comportamiento no proviene de ninguna manera de la flema innata, sino que sólo se hace comprensible si se analiza la situación en que vivía antiguamente todo el pueblo. El régimen español, cuyo yugo no era, por lo general, muy pesado, se basaba en el poder de la aristocracia, que no toleraba el desarrollo independiente de las clases inferiores. Como se desprende de las relaciones, ya descritas, en que se encontraban los inquilinos con los hacendados, como también de la distribución muy desigual de los patrimonios en un país en que sólo ciertas clases privilegiadas podían desempeñar el comercio de alguna importancia, administrar cargos públicos o poseer tierras, había un gran número de ciudadanos que se veían obligados a vivir, aunque no oprimidos como esclavos, tomando muchas consideraciones para con los pri-

vilegiados y poderosos. Como consecuencia de ello, los chilenos aprendieron a no exteriorizar sus sentimientos, y su aparente tranquilidad es más bien la consecuencia de una adaptación y convicción que de una torpeza del entendimiento innato.

El chileno de la generación más joven se caracteriza a este respecto por una mentalidad muy diferente, siendo mucho menos sufrido cuando se le hace una injusticia, pues ha aprendido a defender su propia causa y manifiesta sin reticencias sus verdaderos sentimientos. Por otra parte, aquella tranquilidad no está acompañada —como podría suponerse— por un resentimiento secreto o por una excitación oculta muy al interior. Apenas se conocen asesinatos alevosos, fríamente calculados y realizados por criminales inspirados en sentimientos de venganza, que se mantienen durante largo tiempo al acecho, salvando todos los obstáculos para satisfacer sus instintos sanguinarios. El chileno sólo recurre al cuchillo cuando se encuentra en estado de ebriedad, sobre todo en el juego, su única pero más pernicioso pasión, y los asaltos, que años atrás eran más frecuentes en los caminos principales, como consecuencia de la revolución, estaban relacionados sólo en casos muy raros con asesinatos. Aun cuando los registros policiales de Chile no merezcan tanta fe como los de Gran Bretaña, no admite duda que la proporción de los crímenes, sobre todo de los sangrientos, es mucho mayor en este último país. En Chile, el hombre común se caracteriza más bien por una inclinación a transgresiones legales de otra índole: por ejemplo, no considera siempre como deshonesto el hurto secreto de ciertos objetos; pero este rasgo no llamará la atención si se tiene en cuenta que se dispone sólo desde hace pocos años de una educación mejor y que antes existía un descuido sin parangón en lo referente a la educación religiosa y moral más elemental. Por lo demás, se quejan de tales manifestaciones de rasgos menos favorables mucho más los extranjeros que los criollos; se debe ello a que el prejuicio político o religioso en contra de aquéllos ha motivado y justificado ciertas transgresiones, bajo cuyas consecuencias el criollo tiene que sufrir en grado mucho menor. Con la mayor calma, los artesanos, los arrieros y otra gente de esa categoría tratan de cobrar al extranjero un precio exagerado por sus servicios, y en las grandes ciudades es necesario fijarse bien en esas pretensiones para no ser víctima de algún fraude; pero con igual indiferencia, quien hace exigencias descomedidas acepta que se le pague lo usual, sin perder muchas palabras por ello, y se irá al descubrir que el forastero es experimentado o, como se dice allá, es muy “ladino”. Pero aquel mismo individuo que no considera como deshonesto emplear la astucia y el engaño cuando se trata de negocios, no aplicará tales cualidades cuando el extranjero sea su huésped, y lejos de desarrollar rasgos perversos, le prestará la mayor ayuda posible, sin egoísmo alguno, demostrando una generosidad que dejará confundido al extranjero no habituado a ella. Fuera de las grandes ciudades y lejos de los caminos más transitados, tales rasgos menos favorables del carácter popular son cada vez más raros, pues al interior de las provincias el forastero es tratado con tanta honradez y amabilidad, que sólo una odiosidad pre-

concebida lo podría inducir a interpretar en forma equívoca todo el bien que recibió. La hospitalidad, que por razones obvias está desapareciendo de los alrededores de Santiago y Valparaíso, se manifiesta en forma ilimitada en las regiones alejadas, lo que es tanto más meritorio cuanto algunos extranjeros han abusado de ello en los últimos años y porque a menudo sólo fue retribuida por un comportamiento frío y descomedido y por críticas injustificadas.

La religiosidad de un pueblo, e incluso la del individuo, se encuentra acondicionada, en gran parte, por el nivel de la cultura moral general que los caracterice. Afortunadamente los chilenos no son ni ateístas ni pechoños. En general, no se justifica de ninguna manera el prejuicio que relaciona las condiciones religiosas de la América del Sur con la inquisición, los autos de fe, o al menos con la odiosidad e intolerancia de España. El chileno profesa su religión, sin menospreciar por ello a quienes piensen de otra manera, ni mucho menos se le ocurrirá perseguirlos por tal motivo, poseyendo en todo caso más tolerancia que numerosas sectas protestantes de los Estados Unidos, donde el forastero, ignorante de tales condiciones, pasará en mucha partes una vida muy desagradable en medio de una devoción afectada e intolerante. Como europeo de otra creencia, uno vive en Chile sin ser molestado por nadie y sin observar jamás el menor indicio de un repudio que provenga de esa causa. Quien haga una pequeña concesión a una debilidad que comparte el chileno con todos los criollos y que se justifica fácilmente: me refiero a la opinión exagerada que tiene de las excelencias de su propio país; quien se adapte a las costumbres que allí rigen, las que exigen la observación de muchas consideraciones en el trato mutuo; quien domine bien el castellano, en vez de hablar inglés o andar taciturno, conversando amablemente con todo el mundo, y quien esté, por fin, en condiciones de coronar estas ventajas con conocimientos musicales, puede estar seguro de ser acogido en la forma más amable y de mantener buenas relaciones permanentes y desinteresadas.

Los buenos modales de todas las clases sociales, su buena voluntad para prestar servicios y cierta afición a observar las formas exteriores, han atraído al chileno mucha burla e interpretaciones equivocadas. El extranjero se sonreirá quizás al reparar por primera vez en la ceremoniosa cortesía con que se dirigen la palabra incluso los arrieros al encontrarse casualmente, preguntando cómo les va y muchas otras cosas; pero después de una corta permanencia en el país, se comprobará con gran satisfacción que esa misma cortesía impone ciertas limitaciones inviolables a la reserva que el individuo debe observar siempre en el trato con los demás, de modo que uno mismo sale en definitiva ganando al acatar esas modalidades. El chileno, sin excluir al de las clases inferiores, no se comporta jamás en forma brutal o impertinente, y sabrá encontrar siempre algún ingenioso pretexto cuando una irresistible curiosidad lo induzca a visitar a un extranjero que se distinga por una actividad extraordinaria, o que tenga interés en conocer por otros motivos. Es manifiesto un sentimiento general por lo conveniente y permitido, por

lo cual es muy fácil entrar en nuevas relaciones, que nunca se ven entorpecidas. Los más sencillos campesinos revelan a menudo una delicadeza de sentimiento, o al menos una comprensión, que sorprende realmente y que sólo se hallará en esa misma clase como grandes excepciones en nuestros países. Nadie que haya mantenido relaciones prolongadas con este pueblo podrá dejar de reconocer su bondad, pues habrá recibido testimonios de ella, en mayor o menor grado. Si se la compara con el trato que reciben los extranjeros en el Perú, donde nadie, a pesar de todas las precauciones que tome, dejará de exteriorizar un odio malamente ocultado; si se recuerda que en Chile permanecieron después de la revolución más de tres mil españoles, que no fueron perseguidos y que ahora son respetados a igual que los hijos del propio país, mientras que los peruanos, que ni siquiera fueron capaces de libertarse sin ayuda externa, han seguido oprimiendo a los "godos", vencidos por mano ajena hasta los tiempos más recientes, se dispondrá de criterios para juzgar a estos dos pueblos. Que el chileno se encuentra favorecido por la naturaleza en sus condiciones espirituales en igual grado que lo es su patria en el sentido físico, y que posee todas las condiciones necesarias para lograr la grandeza que tiene a su alcance, eso lo comprueba de una manera contundente la alta situación que ha logrado conquistarse en pocos años.

Se acercaba el otoño, y el deber me llamaba a otro país. Por mucho que Chile pareciera invitar a una permanencia más prolongada y por prodigios que prometieran llegar a ser los frutos de una arriesgada expedición a la zona austral desconocida, diversas circunstancias secundarias me obligaron a renunciar involuntariamente a este plan preferido. Es doloroso para un viajero separarse de lugares que fueron durante largo tiempo el escenario de sus actividades, y se siente doblemente la despedida cuando en estos lejanos y desconocidos países uno se dirige al próximo lugar de estada con el sentimiento de una gran incertidumbre. El punto predilecto de excursiones breves, el magnífico pico de Pilque, retribuyó la última ascensión con algunas flores de otoño, como si me hubiera querido brindar algunas amables ofrendas de despedida para siempre. Acompañado por la mayoría de los campesinos de Antuco, agasajado por esta honrada gente con muchos pequeños recuerdos, me alejé de malas ganas lleno de nostalgia. Los indios aliados se hicieron cargo del acompañamiento a través del correntoso río, cerca de la aldea. Los caciques más nobles habían reunido a sus mocetones, conduciéndome en larga fila, con toda felicidad, a la orilla opuesta. Por fin, se despidieron también ellos; pero el recuerdo del extranjero de cutis claro que había llegado del otro lado del mar y que convivió tanto tiempo con ellos, se conservará durante muchos años entre los buenos antucanos y entre los aborígenes más primitivos de la Patagonia.

*Nota 1. La guerra con los Pincheira.*— Cuando los españoles se vieron obligados a combatir por segunda vez al pueblo sublevado de los chilenos, encontraron el apoyo de un partido compuesto de criollos que no compartían las opiniones de los demás. Los republicanos le dieron los nombres de pelucones o godos, persiguiéndolos con mayor celo que a los españoles peninsulares. Pertenecían a este partido muchos personajes honorables, pues es un error suponer que el levantamiento de los sudamericanos en contra del dominio español fue unánime y que todas las clases manifestaron igual enemistad en contra de los dominadores europeos. Requirió mucho tiempo después de la separación de España para reconciliar un gran número de individuos adversos al nuevo sistema, y se generaron muchos movimientos basados sólo en el deseo de venganza de aquel partido, que sabía perfectamente que ya no lograría jamás volver a establecer el dominio español en Chile. Pero también entre las clases más bajas había muchos partidarios de la Madre Patria, con la diferencia, sin embargo, de que la causa misma les era indiferente, pues sólo les preocupaban el pillaje y el desorden. So pretexto de defender el interés de Fernando o de la República, se formaron en muchas partes guerrillas que se asemejaban en que consideraban la lucha como una buena oportunidad para el juego desenfrenado de las pasiones, en ninguna guerra tan odiosas como cuando un déspota trata de ase-

gurar su poder en un pueblo poco civilizado. En aquel tiempo se declaró también partidario de los españoles un tal Pablo Pincheira, que hasta entonces había vivido como simple peón en la región de Chillán; organizó una guerrilla, y logró reunir en corto tiempo un número apreciable de partidarios de mala ralea, con quienes ya había mantenido relaciones con anterioridad y que los propios españoles habrían castigado sin duda si la debilidad del gobierno no hubiera favorecido los actos ilegales. Cuando los acontecimientos terminaron con el poder español, un grupo de soldados huyó al territorio indígena al otro lado del Bío-Bío, y se hicieron algunas tentativas para restablecer el antiguo yugo con la ayuda de pueblos araucanos. Seguro de que en corto tiempo los republicanos lograrían avanzar triunfalmente, y no dispuesto a someterse a la disciplina que algunos españoles habían tratado de imponerle, se retiró Pincheira a los Andes australes, donde logró atraerse a los indígenas. Se le adhirieron cada vez más partidarios, entre ellos algunos españoles huidos y sus cuatro hermanos, que se le agregaron en la montaña, después que su padre, que casi había llevado la vida de un salteador, fuera capturado y fusilado por los republicanos. Pronto la guerrilla de Pincheira constaba de algunas centenas de blancos, que por cierto constituían la hez de las provincias vecinas de Chile y La Plata, y aun cuando cayeron muchos en las revertas, las bajas fueron reemplazadas

por delincuentes que lograban escapar sin dificultades desde las tierras bajas a los Andes. Desde 1819, los ataques desde la montaña se repetían con tal frecuencia y eran tan funestos, que el gobierno se vio obligado a iniciar una guerra muy costosa, lo que sólo fue posible manteniendo para este fin un ejército permanente y muy desmoralizado, sin que pudiera preverse el término de las hostilidades. El nombre de Pincheira se hizo cada año más terrorífico, y las provincias australes, que ya habían sufrido mucho por la guerra contra los españoles, no pudieron recuperarse, pues raras veces pasaba un verano sin que se presentaran en repetidas ocasiones los terribles bandidos de los Andes, para cubrir una gran extensión del territorio con sangre y cenizas. Una parte del pueblo de los pehuenches había sido subyugado por ellos, pero otra parte les había seguido también de su propia voluntad, entregándose a su inclinación al pillaje, y pronto su *poder aumentó en tal forma*, que se atrevieron a atacar a las tropas del gobierno en batallas abiertas. Sólo raras veces era posible infligir una derrota a las ligeras guerrillas, y el efecto no era nunca duradero, pues al ser expulsado de Chile, Pincheira se dejaba caer con redoblado ímpetu en las pampas orientales. Dominaba la cordillera andina desde Talca hasta los orígenes del Bío-Bío, y se hizo invencible por adaptarse en todo sentido a las antiguas costumbres de las tribus nómadas aliadas. La horda salvaje pasaba el invierno al pie oriental de los Andes, donde vivía en parte con los indígenas, en

parte del botín del verano anterior; pero tan pronto se derretía la nieve, se concertaba un ataque a Chile, el que se realizaba con rapidez inesperada. Conocedores de cada valle y de cada boquete de la montaña, se acercaban los salteadores y sus aliados, recorriendo caminos de cien leguas alemanas, antes que se sospechara su proximidad. A través de pasos angostos, desconocidos a los chilenos y por eso no vigilados, y de obstáculos considerados como insalvables, Pincheira se dejaba caer desde los Andes en un lugar donde menos se le esperaba, destruía una hacienda tras otra, asesinaba o se llevaba por la fuerza a los habitantes, y antes que se hubiera salido en Chile de la consternación producida, aparecía inesperadamente en la vertiente oriental de los Andes, para propagar el mismo terror en los alrededores de Mendoza. Pero el peligro era tan grande únicamente hacia el sur de Santiago, debido a que la aridez de los Andes septentrionales, su mayor altitud y su aspereza no habrían permitido una permanencia prolongada a las hordas montadas. Todos los años los chilenos enviaban pequeños destacamentos a los Andes, pero éstos lograban muy raras veces trabar lucha con Pincheira, pues, advertido oportunamente por sus partidarios en la tierra baja, éste se retiraba, o bien, en otros casos, los planes de los oficiales chilenos no consultaban el término de la guerra por medio de operaciones enérgicas. Habían caído ya infinitas víctimas ante la furia de los bandidos, centenares de haciendas ha-

bían sido reducidas a cenizas, incontables mujeres habían sido raptadas, siendo condenadas a vivir con la banda, y los rumores sobre las terribles crueldades con que se daba muerte a los hombres hechos prisioneros habían propagado tal terror, que la amplia faja al pie de los Andes se encontraba casi despoblada. Se tuvo entonces la idea de neutralizar al enemigo bloqueándolo, pero entre Talca y los orígenes del Bio-Bío se abrían unos veinte boquetes, y como era necesario mantener una fuerza militar también en la frontera austral araucana, las tropas chilenas, que sumaban pocos millares de hombres, no eran suficientes para cerrar esos pasos. Si Pincheira no hubiera tenido el propósito de intentar un golpe en contra de Chillán durante mi permanencia en Antuco, y si una de sus hordas no hubiera sido vencida por los pehuenches aliados con los chilenos, es difícil que la guarnición de nuestro fortín le hubiera podido resistir. Más tarde volvió a pasar, en efecto, por aquella parte, y aun cuando Antuco tuvo también entonces la suerte de no ser tocado, la devastación fue tanto mayor en la región de Talca. Finalmente, los acontecimientos se desarrollaron en el sentido de que las tribus indígenas, excitadas por él, amenazaron con aniquilar en forma definitiva a las poblaciones blancas a ambos lados de los Andes australes, y sobre todo había sido destruida casi en su totalidad la provincia de San Luis por indios que siguieron los consejos de Pincheira. Más de mil familias de aquella región y de Mendoza habían sido sometidas a la

esclavitud o asesinadas<sup>1</sup>, y las dos repúblicas llamaron a las armas.

El valiente coronel don Manuel Bulnes inició en 1832, como comandante en jefe del ejército chileno (de sólo 1.000 hombres), las operaciones en contra de Pincheira. El triunfo no fue muy fácil, pues las bandas primitivas de salteadores se habían consolidado e incrementado mucho por el sometimiento de tribus indígenas y alianzas. El conjunto representaba un pueblo completo en migración, capaz de sufrir las peores inclemencias del tiempo y los mayores padecimientos, que estaba bien armado, que conocía perfectamente todas las guaridas en los Andes, que no se dejaba amedrentar por la nieve y los barrancos de las montañas y que podía también luchar con valor en caso de necesidad. Bulnes asaltó finalmente el campamento de Pincheira cerca de la laguna de Palanquín (Epulafquén), en los Andes de Chillán, el 14 de enero de 1832, matando a un gran número de los bandidos, y persiguió en seguida a los que huían, con tanto éxito que su propio jefe se entregó al final voluntariamente con un resto de sólo 15 hombres que le quedaban. Lo terrible que fue la actividad de este enemigo y la razón que tenían los campesinos para temer sus asaltos quedaron en claro por las circunstancias de librarse de la esclavitud en un solo campamento a 178 mujeres blancas, con 281 niños. Con

<sup>1</sup>Proclama del Capitán General de Mendoza, don Pedro Nolasco Ortiz, enero 22 de 1833 (reproducida en los diarios de Buenos Aires y Chile).

excepción de 10 que procedían de las provincias de La Plata, todas las restantes pertenecían a las provincias de Maule y Concepción.

La República de Chile ganó en diversos sentidos por el triunfo logrado sobre un enemigo de tal índole, y la liberación fue celebrada con gran entusiasmo. El pobre campesino podía vivir ahora en seguridad, la zona austral podía ser poblada de nuevo, era mucho más fácil mantener en orden a los indígenas, el Fisco podía economizar grandes sumas, y era posible reducir ahora el ejército, sin ningún peligro. Este último fue durante muchos años la única causa de todas las conmociones, pues se entregaba a cualquier revolucionario mediante una retribución moderada. Con mayor facilidad de la que se había esperado, se logró reducir gradualmente a los peligrosos militares, y ahora el gobierno puede dedicarse sin impedimentos ni amenazas al bien del país.

*Nota 2. Basaltos.*— Un afloramiento muy curioso de basaltos se encuentra ilustrado en la tabla del Atlas que lleva el título de Basaltos cerca de Antuco<sup>1</sup>. Se halla una gran masa de rocas aisladas al pie de los cerros que caen al valle como contrafuertes del pico de Pilque, el que es visible en el dibujo. Tiene una longitud de unos 80 pasos, siendo su amplitud de 50 a 100 y la altura de unos 60 pies. Consiste en una lava gruesa, de color gris y un poco porosa, la más común de todas las cla-

ses. En parte forma estratos superpuestos, en parte no se reconoce una estratificación determinada, en parte muestra un agrietamiento vertical en grandes bloques. Es posible que al interior constituya una sola masa compacta. Una corriente basáltica la ha separado en dos mitades desiguales. No se puede reconocer hasta dónde ella se extiende y si alcanza hasta el lado opuesto de la roca, la que es fácil de ascender y que también se encuentra libre arriba, pero se ha formado tierra en el lado opuesto, en la que crecen ejemplares espinudos del crucero (*Colletia*), que impiden el avance. Los basaltos representan prismas de cantos obtusos, son cuadrangulares o hexagonales, están superpuestos horizontalmente y hacen un contacto muy definido, con la única excepción de un lugar en que han sido destrozados. Las columnas tienen una longitud de 5 a 8 pies, están encajadas en sus puntas invisibles por la lava y determinan el ancho de la veta. Son muy altas, tienen gran semejanza con los basaltos negros de las proximidades y están cubiertas, en la superficie, a igual que éstos, por una costra amarillenta oxidada y unidas en algunas partes entre ellas por una arcilla dura como fierro, que las une también, en parte, con la lava de los alrededores. Bory St.-Vincent ha observado un afloramiento similar de vetas basálticas en medio de lavas no prismáticas en la Ile-de-France, pero presentaban ramificaciones y no consistían en columnas estratificadas horizontalmente las unas sobre las otras, para formar fajas ver-

<sup>1</sup>Véase la ilustración N.º 75.— Nota del Traductor.

tales. También Breislack vio en el monte Somma algo parecido a las vetas basálticas, aunque menos claramente desarrollado. En las islas del Océano Pacífico, estos apófisis de basalto en las lavas son seguramente menos raros. El naturalista Collie<sup>1</sup>, que acompañó la expedición del capitán Beechey, los encontró en todas las islas del grupo Gambier, sobre todo con rumbo de oeste a este. Pero parece que allá los basaltos tienen una estructura menos prismática. Por lo demás, la roca de lava de la zona de Antuco, a que se refiere el dibujo, es la única de su género, pues a pesar de la extraordinaria cantidad de basaltos, no conozco ninguna otra acumulación similar. Futuros viajeros que la vayan a visitar la hallarán con facilidad, pues se encuentra inmediatamente al lado del camino que se dirige desde la aldea (situada a media hora de camino) hacia Malalcura y Trubunleo, cerca de la heredad que pertenecía, cuando estuve allá, a un tal Hernández.

La parte del pico de Pilque que se observa al fondo de la tabla consiste en gran parte en un barranco, por lo cual contiene menos vegetación. Sólo en la cima, sobre todo en la pequeña quebrada, se manifiesta una sorprendente exuberancia de ella. Es muy fácil subir al cerro por el flanco opuesto, pero imposible por el que se ve en el dibujo. El pie se encuentra rodeado por quebradas profundas y peligrosas, y los

<sup>1</sup>Beechey. "Viaje...", loc. cit., tomo I, pág. 216.

faldeos están cubiertos por arbustos espesos y espinudos. Una tentativa de bajar por este lado de la cumbre casi me costó una vez la vida. Hubo necesidad de regresar y pasar la noche en el cerro, pues la obscuridad, que había caído entre tanto, no permitió el descenso. Sin alimentos, sin una gota de agua y sin fuego, no protegiendo el terno de delgado algodón contra la helada de la fría altura, aquel campamento solitario dejó un recuerdo muy desagradable.

*Nota 3. Los animales en los alrededores de Antuco.*— Como en todas las zonas volcánicas, la fauna de los alrededores de Antuco, a pesar de la gran fertilidad del suelo, es pobre en especies, sobre todo de los géneros superiores. Sólo aves de rapiña son frecuentes, siendo más raro el jote que en la zona de la costa; en contra de lo que se podría esperar, los pajarillos son poco frecuentes en los bosques, y será inútil buscar mamíferos, salvo escasas excepciones. Pero parece que en los Andes superiores existen tres diferentes animales parecidos a gamuzas, pues de dos he visto yo mismo las huellas en la nieve fresca, y observé en diversas oportunidades el pudú, pero siempre fuera del alcance de una escopeta corriente. Parece muy poco probable que este animal pertenezca al género de los antílopes, y seguramente no se identifica con *Antilope americana* Blainv., sino que debe atribuirse, de acuerdo con

Gmelin, a las ovejas<sup>1</sup>. No se mueve con mucha rapidez, y un perro de caza común sería capaz de capturarlo, si no se mantuviera siempre entre rocas muy inaccesibles y no fuera tan vigilante. En su tamaño parece no corresponder a la descripción de Molina, pues en todo caso alcanza a lo menos la altura de la cabra común, y las huellas que deja son mayores que las de ésta. El segundo animal parecido es el rucu, que debe tener un tamaño considerable, pues sus huellas ocupan una superficie que alcanza al doble de la de una cabra grande, y los antucanos afirman de él que su tamaño supera a la de ésta en la mitad. No lo vi nunca, dicen que es muy tímido y raro y que tiene cuernos retorcidos<sup>2</sup>. Se buscarán en Antuco también inútilmente los *Edentates*. Pero se encuentran más cercanos que en otras partes, pues un quirquincho (*Dasypus*) vive ya en el río Tucumán (Trocomán), en los Andes del territorio pehuenche, a unas 30 leguas al este de Antuco, el que vi sólo mutilado en posesión de indios que regresaban desde allá y que parece ser el auténtico *D. quadricinctus* Mol. En algunas quebradas rocosas abundan los murciélagos, que constituyen seguramente la alimentación principal de una lechuza bastante común (*Strix magellánica*). Dos especies cazadas pertenecen a un género que era considerado

como un gozo hasta ahora<sup>3</sup>. Los campesinos hablan también de animales nocturnos vampirescos, pero como trasladan su domicilio a la Patagonia, el país de las leyendas para todos los chilenos australes, parece que sus informaciones al respecto no merecen mucha fe<sup>4</sup>. El loro común o trichahue

<sup>3</sup>*Nycticeius* Raff.— Char. gen. emendatus. Os intermaxillare nullum. Incisores superiores duo, caninis adpositi, invicem remotissimi, conici, acuti: inferiores sex, truncati, subbilobi, transversim sucati. Nasus prominulus, cristatus, nudus, naribus apertis. Auriculæ mediocres, laterales, membrana interna. Cauda corpori subæqualis, membrana interfemorali deltoidea ad apicem verrucosum usque involuta.— *Animalia Chiroptera Americæ tam borealis quam australis, verosimiliter extra Tropicos solum habitantia. Generi præter notas species et Vespertilio villosissimus et V. ruber Geoffr. adnumerandi, qui olim ab Azara in finitimis territoriis La Plata regionibus observati fuer.*

*N. varius*, n. sp.— *N. auriculis minimis, ovatis, apice rotundatis; membrana aurium interna falciformi, obtusissima; membrana interfemorali antice nuda, postice pilosissima; dorso sericeo, ferrugineo; pectore ventreque fulvo et fuliginoso undulatis, torque jugulari pallida.*

*N. Macrotus*, n. sp.— *N. auriculis externis capite triplo longioribus, ovalibus, transversim rugosis, membrana interna gladiata; membrana interfemorali utrinque nuda; pectore, abdomine, dorsoque concoloribus, flavescenti murinis.*

Una descripción más detallada de estos animales y de una *Mustela*, probablemente nueva, se encuentra en las "Notizen...", de Froriep, tomo XXVII, pág. 217.

<sup>4</sup>Esta referencia hace alusión al piuchén o vampiro (*Desmodus rotundus* d'Orbigny), que existe efectivamente en el país.— Nota del Traductor.

<sup>1</sup>Pertenece a los ciervos. Las otras dos especies a que alude Poeppig son el huemul y el guanaco, que abundaban todavía en aquel tiempo.— Nota del Traductor.

<sup>2</sup>Sin duda, esta descripción corresponde al huemul.— Nota del Traductor.

(*Psittacus cyanoliseus* Mol.) establece sus colonias también en los Andes de Antuco, aunque con menos frecuencia que en las provincias septentrionales. Aun cuando tiene un plumaje multicolor, el colorido no es hermoso, y no comparte con sus parientes la capacidad de imitar los sonidos de la voz humana. Sus nidos colectivos pueden sorprender mucho a quien no los haya visto antes. Uno se acerca al mediodía a un barranco vertical y roqueño, después de una excursión muy penosa, creyéndose completamente solo; reina en los alrededores el más completo silencio, el que caracteriza la hora canicular en todas las zonas más cálidas de América, sobre todo en los países tropicales, cuando la mayor parte de los animales se encuentran entregados a un profundo sueño; de pronto se escucha desde todas partes una especie de gruñido, pero uno busca en vano a los animales que lo pudieran haber producido. Repentinamente se oye el grito de alarma de un loro; es contestado por muchos otros, y antes de que uno comprenda lo que está ocurriendo, se verá cercado por bandadas de esos pájaros peleadores, que rodean en estrecho círculo al caminante, expresándole de una manera contundente sus iras y amenazando con atacarlo. De la gran cantidad de hoyos que se encuentran en el barranco roqueño en descomposición, se asoman graciosamente las cabezas redondas de los loros, y los que no se levantan a volar, contribuyen al bullicio al menos con sus fuertes gritos. Cada abertura contiene un nido, que

ha sido horadado por sus dueños en las capas arcillosas que se hallan entre las paredes roqueñas, siendo posible contar algunas centenas de ellos. Siempre estas colonias han sido construidas con tanta inteligencia, que no se les puede acercar un ave de rapiña ni desde abajo ni desde arriba. Para los chilenos, un entretenimiento bastante peligroso es el de dedicarse a extraer las crías de los hoyos, siempre que lo permita la localidad. Se dejan caer en lazos desde el borde superior de las rocas y saquean los nidos, a pesar de los gritos de las aves adultas, y, efectivamente, los loros jóvenes constituyen un guiso agradable.

*Nota 4. La Isla de La Laja.*— La parte oriental de la bella provincia austral de Concepción recibió del pueblo el nombre de isla por encontrarse encerrada por varios ríos. En 1792, esta región, tratada con especial predilección por los dos O'Higgins, fue elevada a la categoría de una provincia, pero diversas circunstancias han obligado a volver a incorporarla, después de la revolución, como partido, a la provincia de Concepción. Está poblada ya desde hace doscientos años, pues la fundación de su cabecera, Los Angeles, que ha sido destruida frecuentemente, data de más o menos 1630. El mayor mercado que representaban las fuertes guarniciones cerca del teatro de guerra con los indígenas atrajo a muchos campesinos, y como se encontraban también las mayores encomiendas en la misma zona, como en tiempos pacíficos el comercio

con los indios era muy ventajoso y el suelo se caracterizaba por una fertilidad inagotable, la isla alcanzó a disfrutar un alto grado de bienestar. Los dos O'Higgins, dueños de la hacienda de San José de la Cantera, a 8 leguas de Antuco, ahora devastada, pero que sigue ostentando una huerta casi silvestre de viñedos y árboles frutales, cuyas magníficas frutas sólo maduran para ser consumidas por los pájaros, indujeron a muchos a inmigrar desde el norte, y a fines del régimen español la población se elevaba a 40.000. Estalló la guerra, los indígenas avanzaron desde todas partes al territorio no defendido, y sólo entonces quedó en evidencia la desventaja que significaba el estado indefenso de la población y su falta de preparación militar. Si los españoles hubieran reunido en colonias militares a los chilenos, que son valientes por naturaleza y muy robustos, en vez de vigilarlos cuidadosamente como si fueran menores de edad, tal como lo hacían desde tiempos antiguos, habría sido muy fácil mantener en jaque con las milicias a las hordas de salteadores cobrizos. Pero el campesino indefenso se vio en la necesidad de huir, y la provincia más bella de la república fue cubierta por cadáveres y colinas de cenizas, destruyéndose por medio siglo sus riquezas. Constituía ella un lugar de reunión para los indios aún después de la expulsión de los españoles, pues no existía ninguna fortificación que impidiera la penetración hasta su mismo corazón. Los fortines, que formaban antiguamente una cadena desde el

pie de los Andes hasta la desembocadura del Bío-Bío y que eran capaces de retener a los indígenas, habían sido destruidos, y durante mucho tiempo la república era demasiado débil para imponerse y restablecer las fortificaciones. Todavía en 1824 realizó una correría el cacique Marilúan, dedicándose al pillaje y asesinato de los campesinos que habían regresado. Durante mi permanencia en aquella zona, en el verano de 1828-29, el gobierno trató por fin de reconstruir los antiguos fortines, con gran desagrado de los bárbaros, para cuyo objeto despachó tropas al mando del general mayor Viel y del coronel Tupper. Este último, un hombre de gran energía, cumplió su misión en la mejor forma, y su conocimiento personal hizo que fuera para mí doblemente dolorosa la noticia según la cual habría sido asesinado después de la lucha revolucionaria de 1829, en forma crudelísima, por una horda compuesta por malos elementos del partido triunfante. El general Prieto, que comandaba en aquel tiempo el ejército de la Frontera y que era una buena persona, pero sin duda incapaz para ser el jefe del Estado (fue hecho Presidente después de la derrota de los partidarios de Pinto), secundó los propósitos del gobierno, aunque con la desaprobación de sus oficiales<sup>1</sup>. Esto será incomprensible para todo aquel que no conozca el espíritu que reinaba en el ejército republicano. El soldado, cuya vida se caracterizaba

<sup>1</sup>Fue uno de los mejores presidentes que tuvo Chile.— Nota del Traductor.

por una gran licencia y que había sacado mucho partido de la guerra contra los españoles, la que tenía a menudo la mayor semejanza con correrías de pillaje, tenía que desear que perdurara ese estado de cosas, que lo había transformado en un elemento indispensable. Por tal motivo, permitía con frecuencia, intencionalmente, que se escaparan los indios y sus caciques-bandidos, y la guerra no habría terminado nunca si el gobierno no hubiera aplicado desde los tiempos de Prieto la autoridad necesaria para impedir que se continuaran aplicando las tretas usadas hasta entonces por los subordinados. Los indios fueron batidos en tal forma, que es de esperar que se mantendrán tranquilos por un lapso más largo que en tiempos anteriores, y parece que ha amanecido un futuro mejor sobre la zona austral.

La Isla de La Laja tiene configuración casi triangular, y se encuentra rodeada en dos costados por ríos: al norte, por el Laja, y al sur, por el Bío-Bío, que recibe las aguas de aquél. Hacia el este, el límite esta constituido por los Andes, pero en ellos no se ha fijado una línea fronteriza propiamente tal. La superficie puede ser estimada en 180 leguas cuadradas, suponiendo que el límite oriental esté formado por el cordón de Antuco, el volcán y la Silla Velluda. La mayor parte del territorio es plano, encontrándose en él sólo colinas de escasa altura; es la mayor llanura que existe en Chile. Está limitada al oeste por los cerros de Los Guanacos, que representan una prolongación de las serranías del Bío-

Bío y de las colinas de Rere y Yumbel. En la cordillera andina perteneciente a la isla abundan magníficos valles, que se hallan despoblados y son casi desconocidos, con excepción del de Antuco. A pesar de ser los Andes en estas latitudes, por lo general, mucho más bajos que más al norte, contienen cerros muy altos, pues si se exceptúa el volcán aislado de Villarrica, que se observa claramente en el Bío-Bío superior, no se elevan hasta la zona de Chillán otros cerros tan por encima de la línea de nieves, que los que se encuentran cerca de Antuco. Tanto la parte plana como la montañosa se caracterizan por una gran fertilidad, existe agua en abundancia, la vertiente de las montañas ostenta las más hermosas selvas, no falta el pasto ni siquiera en las llanuras, y el clima es tan excelente, que la descripción resulta insuficiente para reflejar todas estas bondades. Se dispone de los más pródigos recursos para desarrollar la ganadería y los cultivos, y los caudalosos ríos permiten el transporte de los productos, aunque sólo en cantidades pequeñas. En los Andes, que son tan poco conocidos, las futuras generaciones tendrán un amplio campo para desarrollar las industrias, pues apenas se aprovecha la mitad de sus productos, y la montaña será cruzada alguna vez por una gran ruta comercial que unirá Concepción con Buenos Aires, pasando por parajes que ofrecen escasas dificultades topográficas y cuyo camino puede ser hecho carril con mucha facilidad<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>En los Andes de la Isla de La Laja hay dos pasos más conocidos, que han sido

usados ambos antiguamente por los chilenos para realizar su comercio con los indígenas. Lo que fue posible averiguar sobre el camino de Antuco al territorio de los pehuenches y puelches y a la provincia de Mendoza, será relatado en este lugar. La ruta me fue dada a conocer por escrito por un venerable misionero, el padre Gil, de Concepción, persona muy instruida, y ha sido confrontada por mí con las declaraciones de los antucanos.

Camino por los Andes desde Antuco a Mendoza, en jornadas:

1. Antuco (sin formar una aldea, esta zona ya estaba poblada por chilenos a mediados del siglo pasado) hasta el volcán, 6 leguas;

2. Hasta el término del lago, 6 leguas;

3. Hasta el valle de Liucura, 6 leguas;

4. Hasta el torrente andino de Grulevu, 8 leguas. Vegas de mala calidad;

5. Cerros parados hasta el río Tucumán (Trocómán), que es vadeable en todas partes en verano. El suelo es pedregoso; escorias; 3 leguas;

6. Río Nudquén (Neuquén), 8 leguas. Es ancho, correntoso y muy peligroso. Al otro lado de él se extiende una segunda cadena de aquellos Andes, caracterizada por cerros pelados, en que sólo crecen arbustos resinosos y aromáticos; los valles contienen buenas vegas, pero carecen totalmente de árboles;

7. La sierra misma tiene una longitud de 14 leguas, y se alcanza en este mismo día hasta Putunmallín. La jornada es muy penosa por la falta de agua y de forraje y por piedras que se deslizan, existiendo el peligro de ser alcanzados por ellas, pues cubren en forma suelta la falda de los cerros;

8. Hasta Pulmahuida, dos volcanes, de los cuales uno expide humo sólo de vez en cuando, mientras que el otro es casi tan activo como el Antuco. Entre ellos se encuentran el fértil valle y lago Tomén (Tromén); esta jornada, aunque sólo de 3 leguas, es una de las más penosas de todo el camino, pues se hallan acumulados los trozos más duros y agudos de lava, en cantidades tan grandes, que es a veces sólo posible pasar

entre ellos descargando las mulas y transportando las cargas al hombro, obligando a las mulas a salvar los bloques por medio de arriesgados saltos, entre los cuales no es posible pasar. Muchas se accidentan, quebrándose las patas, siendo dejadas abandonadas sin misericordia en este estado lamentable, para morir de hambre;

(9. Hacia el sureste de aquí se llega a Las Salinas, situado a 16 leguas, a orillas del Coipoleuvu. El camino carece de agua, por lo cual se le recorre preferentemente de noche. Se pasa el día juntando sal, regresando hasta Tomén, de modo que las mulas no beben durante veinticuatro horas. Las grandes pérdidas que experimentaron de esta manera los chilenos los indujeron a adquirir la sal, de preferencia, de los pehuenches, que la recolectaban de vez en cuando);

10. Hasta el río Colmuco, 21 leguas;

11. Hasta el río Chacaico, 10 leguas;

12. Hasta el río Vuta Covudleuvu, un río muy grande y quizás uno de los brazos superiores del Río Negro de los patagones, 5 leguas;

13. Hasta Mulalhue, donde comienza el territorio de los puelches, 2 leguas; hay buenas vegas, con pocos pobladores nómades. Queda más o menos a 34° 40'. Desde aquí hay seis jornadas hasta Mendoza, y son cerca de 98 leguas. El camino se extiende desde ahí en la precordillera andina, entre indios puelches. Desde la construcción del fuerte de San Carlos (en la vertiente oriental de los Andes), se dispone de un camino más cómodo por el valle del río Tunuyán, y aun cuando falta suficiente talaje, se dispone siempre de agua.

De todo esto se desprende que el camino a Mendoza, aun cuando se eleva menos a la región de las nubes, no está exento de peligros y dificultades. Es cierto que desde Chillán existe un sendero que pasa frente al volcán de Longaví (que se identifica quizás con el volcán de Chillán o el pico Descabezado de Miers), para salir de los Andes frente a San Carlos, el fortín fronterizo de los mendocinos en contra de los indígenas del sur; su longitud total sería mucho menor

que la del camino que sale de Antuco, que se ha descrito, pero es mucho menos conocido y parece transmontar los Andes en uno de sus puntos más elevados, pues tiene que cruzar el cordón amurallado y de configuración horizontal de la cordillera de Trupán o de Polcura, que se extiende desde el volcán de Chillán hacia el sur y que es visible desde todas partes en la zona austral de Chile. Su altitud sin duda no es inferior a 14.000 pies\*. Las dificultades para viajar son demasiado grandes en aquella parte totalmente brava de los Andes. Se podrán encontrar senderos, pero no se podrá saber hacia dónde conducirán en regiones tan despobladas. Es muy difícil conseguir guías, pues no están dispuestos a permanecer durante semanas en estos desiertos, aunque se les pague bien. Los indígenas suelen arrepentirse pronto de un contrato celebrado al respecto, y huyen. No existen alimentos en el viaje e incluso el agua escasea a veces, ya sea por la vecindad de rocas totalmente volcánicas o porque la temperatura no permite que se derrita la nieve. Sólo se puede avanzar con lentitud, pues es necesario hacer grandes rodeos y porque es preciso permitir que las bestias de carga se repongan de jornadas muy penosas sobre lavas y piedras sueltas. A pesar de todas las precauciones y cuidados, será imposible evitar la pérdida de algunos animales, pues por falta de herraduras se ponen fácilmente mancos o gastan las pezuñas en tal forma, que sería una crueldad sin nombre obligarlos a seguir avanzando. Una planta herbácea, descrita primero por Molina, que abunda sobre todo en el territorio de los pehuenches, mata con facilidad los caballos y mulas, y algunas termas minerales son tan perjudiciales para los animales extraños, que éstos se mueren rápidamente bajo los síntomas de una congestión cerebral, mientras que los nacidos en el mismo territorio pueden beber esa agua sin recibir ningún daño. De esto se desprende que la antigua leyenda acerca de un camino carril a través de los Andes

debe ser aceptada con grandes restricciones. Por lo demás, se desprenden de nuestros conocimientos sobre pantanos, desiertos salinos, ríos profundos y salteadores indígenas de aquellas regiones, que es muy difícil dirigirse desde la vertiente oriental de los Andes, entre 37 y 38° de Lat. S., en dirección recta a Buenos Aires, sino que será necesario llegar primero a Mendoza. Al segundo paso se llega por el valle de Villucura, y era antes más conocido, pues se llega por él a la cordillera de Trapa-Trapa, famosa por sus aguas minerales calientes, pero que no han podido ser visitadas por ningún blanco, pues están ocupadas por los indios. Se afirma que por este camino existen mucho menos dificultades que al seguir el primero y que, sobre todo, se presentarían menos corrientes de lavas. No cabe duda de que ambos caminos podrían ser mejorados mucho con poco trabajo; yo mismo me he convencido de que es posible transformar en carril el camino desde Tuapel casi hasta el valle de Liucura (es decir, a lo largo de 24 leguas). De las informaciones proporcionadas en los párrafos precedentes, se desprende que la mayor parte de lo que dice J. Miers ("Travels", I, pág. 355) sobre el paso de Antuco, y que se basa en noticias orales que escuchó, es falso.

\*La descripción de este segundo camino es muy confusa. Poeppig fue al parecer informado de que se podía llegar también a Mendoza viajando por el Valle Central de Chile desde Chillán hacia el norte, para transmontar los Andes por alguno de los pasos situados al sur de Santiago y llegar a San Carlos. Este camino pasa frente a los cerros de Chillán, Longaví y Descabezado, que son tres cumbres totalmente distintas y situadas en lugares muy diferentes. Para llegar desde Antuco a Chillán habría que cruzar, efectivamente, las serranías de Trupán o Polcura, a que se refiere, pero también podría dejárselas al oriente, rodeándolas.— Nota del Traductor.

La cabecera de la isla es Los Angeles, frecuentemente destruido y reconstruido en 1828, comprendiendo entonces unas 150 casas de barro, pero que poseía antes 600 viviendas bien edificadas y que contaba con una fuerza de 700 milicianos, encontrándose entre sus vecinos muchas de las mejores familias de la zona austral. Como principal plaza de armas de la línea con los araucanos y cuartel general del comandante en jefe de la Frontera, está defendido por un fuerte construido de piedras, con dos cañones, y está rodeado por palizadas y fosas. Se haya a una distancia de 19 leguas desde Antuco, pero el camino, que conduce sobre una llanura despoblada, es tan pastoso y agradable, que se le puede recorrer sin apurarse en un día<sup>1</sup>. Los vecinos de Los Angeles poseían la mayor habilidad en la confección de ponchos, y aun cuando este arte es ahora menos apreciado, desde que desaparecen cada vez más los trajes nacionales, los campesinos siguen prefiriendo los paños de

<sup>1</sup>Los alrededores ofrecen pocas novedades para el botánico; al menos fue esto lo que se desprendió de una breve visita en diciembre de 1828, que pudo haber tenido fácilmente un desenlace fatal, cuando escapé a una horda de moluches que habían atacado el territorio, cabalgando en compañía de mi mozo con gran esfuerzo durante toda la noche de Navidad, en medio de un incesante aguacero, aumentando el peligro por haber errado el camino sobre la llanura despoblada. Si no hubiéramos sido advertidos por un correo que pasó a todo galope, los indígenas nos habrían sorprendido en el campamento, alcanzado después de una larga jornada, y sin duda nos habrían dado muerte a los dos.

lana. Fuera de algunas pocas haciendas, que se han vuelto a poblar últimamente, toda la Isla de La Laja comprende sólo tres aldeas: Antuco (con Mirihue, a 36° 42' de Lat. S.), Santa Bárbara (37° 21' de Lat. S.), sobre el Bío-Bío, y Nacimiento (37° 17'), en la confluencia del Vergara con el Bío-Bío<sup>2</sup>. Este último río constituye la frontera austral, es correntoso y profundo, pero no constituye un obstáculo para los indios, que lo cruzan sobre algunas ramas, sosteniéndose de la cola de su caballo y encontrando a veces también material para construir una balsa en los carrizales. Los puntos que se han vuelto a fortificar son los siguientes, considerados desde los Andes hacia el mar: Santa Bárbara, San Carlos, Nacimiento y Talcamávida, este último a 15 leguas aguas arriba de Concepción. Hacia el este, los boquetes y salidas de los valles se encuentran cerrados por los fortines de Villucura y Trubunleo, y hacia el norte se prolonga esta cadena compuesta por fortines de palizadas hasta la latitud de Chillán.

*Nota 5. Los aborígenes de Chile.*— El conocimiento del pasado más remoto de Chile se pierde en una profunda obscuridad, a la que penetra sólo el rayo incierto de la tradición. Quien se ocupe del estudio de los aborígenes cobrizos no encontrará el más leve indicio que le permita explicar sus características

<sup>2</sup>Las verdaderas latitudes son las siguientes: Antuco 37° 20', Santa Bárbara 37° 39' y Nacimiento 37° 30'.— Nota del Traductor.

por medio de su historia. La sombría fila de incontados siglos no se halla interrumpida por ningún monumento histórico, y faltan pruebas irredargüibles para justificar una suposición expresada por algunos hace ya tiempo y reconocida ahora por muchos como una verdad. Los pueblos cobrizos que se presentan como los dueños actuales de tierras que experimentaron grandes transformaciones hasta una época reciente, no son de ninguna manera los mismos que pisaron como los primeros la tierra juvenil en los tiempos más remotos. Antiguamente vivía en ella otra clase de gente, espiritualmente mejor preparada y que por tal motivo se distinguió sin duda también en su aspecto físico de los patagones actuales. Así como la geología demuestra en forma contundente que la superficie de nuestro globo se generó en forma de estratos, miles de hechos hacen suponer que el género humano sufrió igualmente una transformación en los diversos continentes, que puede compararse con aquellas formaciones de la masa inerte e inorgánica. La inteligencia de la investigación humana no será capaz de establecer cómo ella ocurrió, pues más allá de los límites que la determinan se encuentra el reino de las meras suposiciones. Pero no puede ponerse en duda que en el Perú y en Chile vivieron pueblos de una cultura superior mucho tiempo antes de Manco Cápac, quien volvió a sembrar las semillas de una cultura humana que había experimentado su ocaso mucho antes, como tampoco que después de una población desaparecida se presentó otra diferente.

Cambios similares, que se supone ocurrieron en el Viejo Mundo en una época hasta la que no alcanzan los anales de la humanidad, deben haber ocurrido en América en un período que todavía es abarcado por los límites de los conocimientos históricos en el hemisferio oriental. Si América se hubiera encontrado en contacto con nuestro hemisferio hace más de dos milenios, es posible que no nos faltarían del todo las informaciones acerca de aquella catástrofe, que sospechamos, pero que no comprendemos, pues entre las influencias de la naturaleza que conocemos no se encuentra ninguna que en su forma corriente sea capaz de extirpar a los pobladores de todo un continente, y todavía, posiblemente, de una vez. Uno se resiste a admitir la suposición de que los aborígenes de América pudieran haber perecido en común, ya sea en un gran cataclismo que habría experimentado la tierra, o bien como víctimas de alguna de aquellas plagas que a veces todavía persiguen al género humano en forma de epidemias y hambrunas. La falta de tradiciones de cierta clase, por medio de las cuales se conservan aun entre los pueblos menos ilustrados a menudo verdades y conocimientos obscuramente sospechados sobre épocas y pueblos desaparecidos, constituyen una prueba acerca de la rapidez y el carácter absoluto de aquel aniquilamiento y acerca de la falta de enlace entre las razas antiguas y las primitivas que conocemos en la actualidad. El conocimiento que tiene el indígena chileno sobre aquel pasado alcanza sólo hasta la leyenda —que se

repite en todas partes— de un diluvio general, pero ello no le dice nada acerca del período que comprende la infancia de nuestro género, precediendo a su destrucción, y que se manifiesta en interpretaciones tan hermosas en muchos mitos del Asia. Sería muy equivocado deducir de la coexistencia de aquel mito al pie de los Andes patagónicos, en el Amazonas y el Orinoco, que la raza actual tenga la misma edad que la leyenda. Puede haber inmigrado mucho más tarde, y nadie sabe si no habrá escuchado la tradición mientras se encontraba en movimiento, conservándola a las generaciones posteriores. Con mayor claridad que los mitos de diluvios e inmigraciones, que no faltan a ninguno de aquellos pueblos, aunque relatan los hechos en forma imprecisa, nos hablan las ruinas de grandes edificios, que han sido hechos accesibles por la casualidad o la exploración consciente de nuestro tiempo, en la América del Norte y del Sur, en el Canadá, Perú, las Guayanas e incluso en Chile, y que han sido considerados con buenas razones como la obra de pueblos de una civilización superior y a la que corresponde una edad de unos dos mil años<sup>4</sup>. No fueron levantados por nóma-

<sup>4</sup>Hace algunos años se exploraron en el Canadá fortificaciones anulares (*mounds*), que son frecuentes. Se encontraron encima de ellas árboles cuya edad fue estimada en 800 años, no obstante lo cual se descubrió (ya sea por excavación o por la caída casual de un árbol) a gran profundidad una segunda muralla debajo de la primera, sobre la cual habían crecido árboles de una edad mucho mayor y que habían sido cortados ostensiblemente por la mano humana. Se desprende

des primitivos vagantes a través de los Andes, ni han sido construidos por pueblos cazadores poco numerosos, y tampoco por el indio miserable e incorregible que ocupa los llanos boscosos cerca del Ecuador, que lucha en medio de una naturaleza infinitamente rica con la indigencia y que a menudo apenas es capaz de procurarse lo necesario para vivir. Los pueblos desaparecidos, de cuyos conocimientos y educación superior se han conservado débiles indicios en una que otra idea oscura de las naciones actuales, eran de otra índole y quizás también de otra raza. La sola idea de pensar que un género humano mejor dotado pueda descender por alguna causa hasta la profundidad en que yacen los actuales indios para siempre, no teniendo ya ninguna salvación, llena de espanto ante la propia insignificancia y hace dudar en la justicia de los designios de un Poder Supremo. No está tampoco de acuerdo con la tendencia innegable de todo lo orgánico a la creación de formas superiores y con un repudio de todo retroceso, por lo cual se abandonará gustosamente esta última hipótesis, para cambiarla por aquella más agradable.

de diversos párrafos de la obra de Cieza de León, que existían todavía en el Perú, en la época de la conquista, edificios cuyas características anota aquel diligente y sincero cronista, y de los cuales afirmaban los propios peruanos haber sido construidos mucho antes de Manco Cápac por un pueblo de mayor talla y más blanco. En Chile se creía en 1831 haber encontrado en los Andes una antigua ciudad de construcción muy extraña, pero debe esperarse una confirmación de este último descubrimiento.

Con la llegada de los incas, desaparece el antiguo reino de la leyenda, y seguramente aquéllos tenían ya desde mucho antes un conocimiento de Chile cuando se resolvieron seriamente a someterlo. El décimo inca, Túpac Yupanqui, fue el primero que logró ampliar los límites de su imperio hacia el sur, y sus grandes preparativos parecen indicar que le era conocido el carácter guerrero del pueblo que se proponía invadir. La embajada pacífica que precedió al ataque, de acuerdo con la costumbre peruana, fue recibida, sin embargo, fríamente, y fue necesario realizar algunos esfuerzos, haciendo avanzar también otros ejércitos más, en forma amenazante, antes que se sometieran los habitantes de las provincias septentrionales, adoptando las costumbres y la idiosincrasia de los peruanos. La suerte favoreció mucho menos el avance hacia el sur del río Maule, y finalmente se vieron obligados también los incas a prescindir de seguir conquistando el país. Los indígenas del sur repudiaron los beneficios de la civilización que les fue ofrecida, lo que ocurrió ya entonces con igual obstinación con que rechazaron más tarde a los misioneros de los españoles, o los limitaron en sus actividades, y la persuasión lograba sobre ellos tan poco como el poder de las armas. El destino de los habitantes de las partes de Chile que se habían sometido al inca era muy diferente. En corto tiempo, la influencia poderosa pero insensible del nuevo gobierno, que se basaba, en parte, en principios teocráticos, había logrado modificar el carácter popular, adqui-

riendo el indígena, en cuanto a conocimientos, artes y civilizaciones, pero también en mansedumbre, una gran semejanza con el peruano propiamente tal. Almagro cruzó con infinitas penurias y pérdidas los Andes en 1535, bajando a las provincias septentrionales. El espíritu pacífico de los indígenas permitió a los restos del ejército de conquista tomar tranquilamente posesión del país, pero pronto aquél recibió refuerzos e, impulsado por el espíritu de ese tiempo, procuró ampliar el dominio hasta la zona austral, desconocida, a la que la leyenda trasladaba El Dorado. Estuvo reservado a los europeos hacer al otro lado del Bío-Bío las mismas experiencias que realizaron antiguamente los incas. Avanzaron con dificultad, tuvieron que luchar por cada paso, y sólo pudieron conservar el dominio de lo conquistado mediante una vigilancia permanente. Si bien lograron establecerse durante algún tiempo al sur del río fronterizo, y aun levantar ciudades y fortificaciones en medio del país de los indios, una sublevación unánime de éstos puso término a todas las colonias y expulsó a los blancos hacia el norte. Lo que ocurrió desde entonces se encuentra registrado extensamente por los historiadores de Chile, pero debe repetirse también en este lugar la observación de que la verdad sobre aquella lucha incesante no coincide de ninguna manera con la descripción poética de un Ercilla o del menos conocido Oña ("Arauco Domado"), sino que se trataba simplemente de una guerra partidista entre pocos europeos y hordas

nómadas salvajes, librada con una barbarie poco honrosa, que se prolonga hasta la actualidad y cuyos acontecimientos y el carácter de los bandos en lucha no poseen nada de grandioso o de poético<sup>1</sup>.

Si los españoles no lograron dominar a los indígenas en la mitad austral del país, la sumisión de éstos fue tanto más absoluta en la parte septentrional de él. Como en todas las demás posesiones, el contacto directo con los blancos fue de la influencia más perjudicial para los indios, pues fallecían con extraordinaria rapidez, o emigraban en grupos aislados, a fin de adherirse a las

<sup>1</sup>El gobierno español se cansó pronto de la guerra sangrienta y creyó poder someter a los indios por medio del terror, adoptando las medidas más violentas. De lo expresado por diversos escritores (Herrera, Dec. XIV y siguiente; Lic. Oña en "Arauco Domado") se desprende que si bien los indios fueron reunidos en misiones, aprovechaban siempre la primera oportunidad para volver a recurrir a las armas. Acerca de esta materia se encuentran algunas noticias interesantes en la obra extensa y algo aburridora del juriscónsulto español Solórzano ("Política Indiana", Amberes, 1723). Felipe III promulgó en Ventocilla, el 26 de mayo de 1608, una ordenanza destinada a acelerar el término de la guerra de Arauco. Ordenó en ella condenar a la esclavitud a todos los prisioneros de más de diez años de edad. Poco después (en 1610), esta orden fue revocada a instancias del jesuita Luis de Valdivia, el Las Casas de Chile, quien había prometido lograr la pacificación de aquel pueblo indomable por medio de la clemencia. Una experiencia de diez años, que pagó al final con su vida\*, demostró al misionero que se había equivocado, y que la política de su orden, que había logrado tantos éxitos en otras partes, no tuvo la menor influencia sobre aquellos indios. Felipe

tribus que permanecían independientes o buscar nuevos domicilios en regiones inaccesibles. Parece que la población de la región septentrional de Chile no fue pequeña en los tiempos de Almagro, pues algunas tribus, como los quillotanos, los promaucaes, los maulinos, etc., eran suficientemente poderosas para tratar de ofrecer alguna resistencia, al menos en los comienzos; pero de ellas apenas se han conservado algunos débiles restos. Sin ninguna duda, escaparon tan pronto el yugo español les pareció demasiado duro, dejando a los blancos como únicos dueños del país.

IV renovó la orden anterior (el 13 de abril de 1625), al parecer con algunos cargos de conciencia, pues en el prefacio de la cédula real se habla de haber sido convocado el Consejo de Indias y de un cuidadoso estudio. La guerra debía ser llevada sin perdón, entregando a los soldados sus prisioneros, con autorización para venderlos y marcarlos en la cara como de su propiedad. Este rigor llama tanto más la atención por cuanto una ley de Carlos V (de 1526) había prohibido estrictamente marcar a los indios con fierros candentes, en todos los dominios españoles. Pero ésta y otras medidas igualmente rigurosas fueron suspendidas poco a poco, y se comenzó a aplicar un espíritu más humanitario, a pesar de continuar la guerra. Una orden real, que no ha sido revocada más, prohibió en 1728, con motivo de una guerra contra los indios que mantenían muy alarmadas las provincias de Buenos Aires, Corrientes y Santa Fe, que se sometiera a la esclavitud a los prisioneros de guerra.

\*No es efectivo que el padre Luis de Valdivia hubiera muerto en la guerra de Arauco, como varios sacerdotes de su orden, pues falleció en 1642 en España, a la edad de 81 años.— Nota del Traductor.

Aunque Molina sostiene que a fines del siglo XVII un cacique guerrero de las naciones australes, a quien considera, según su costumbre, como un cerebro sobresaliente, habría invitado a los indígenas de Coquimbo y Quillota a sublevarse, tiene que tratarse de un error, pues parece muy difícil que en el siglo transcurrido desde entonces pudiera haber desaparecido por completo un pueblo numeroso, al extremo de contemplarse ahora en Coquimbo a un auténtico indio con la misma curiosidad que a un negro en el centro de Alemania. Con excepción de algunas pocas poblaciones sin importancia de indios bautizados en las provincias de Maule y Concepción (como la de San Cristóbal, cerca de Rere; la de San Pedro, sobre el Bío-Bío, y la de Arauco), no se encuentran representantes de los aborígenes cobrizos al norte del río fronterizo. Los diversos pueblos que viven más allá de las fronteras oriental y austral de Chile han conservado su independencia, pues aun cuando se mencionan en publicaciones más antiguas las reducciones de indios, éstas han vuelto a desaparecer entre tanto, o representan algo tan vago, que no deben ser confundidas con las poblaciones que han recibido este mismo nombre en el Paraguay, Perú y Guayanas. En vez de estar sometidos por distritos a los chilenos, aquellos indios viven en absoluta libertad, y esa designación no tiene otro sentido que el de señalar que un determinado indígena pertenece a un grupo que vive en cierta zona, cuyos límites corresponden a la reduc-

ción'. Un capitán general indujo antiguamente a los caciques de los pueblos libres a aceptar ciertas divisiones geográficas de estos últimos, lo que tenía por objeto facilitar al gobierno el descubrimiento de los culpables con motivo de alguna invasión en territorio ocupado por los españoles. Toda la influencia de la República sobre los indígenas independientes se limita a la reputación de que disfrutaban los comandantes militares de la frontera austral por su prudencia o popularidad. Las pocas numerosas misiones que existían entre las tribus libres han desaparecido en la revolución, y, a igual que en toda la América del Sur, se ha impuesto debido a ello de nuevo la antigua barbarie con gran rapidez. Los numerosos delincuentes y partidistas que buscaron refugio entre los indígenas después de terminada la lucha con España han inducido a éstos a muchas maldades, y la gran presteza con que adoptaron múltiples vicios, antes desconocidos, podría inducir al observador a creer en una inclinación predominante e innata del hombre hacia la maldad. Es por eso que el gobierno ha pensado seriamente en emplear el único remedio para impedirlo, que es el restablecimiento de las misiones. Por un edicto del

<sup>1</sup>Por reducción araucana se entiende un distrito que se encuentra ocupado por un grupo de familias sujetas a un mismo cacique. Tiene razón Poeppig en insistir en que el término evoca indebidamente la idea de una radicación artificial hecha por el gobierno español. En realidad, la reducción representa la forma de organización política, social y económica inveterada de los araucanos.— Nota del Traductor.

Presidente Prieto (promulgado en Santiago el 11 de enero de 1832), se restableció el colegio San Ildefonso, de los franciscanos, en Chillán. Se le restituyó una parte de sus rentas, y si la influencia de este instituto no resultara tan benéfica sobre los indios como en tiempos antiguos, al menos en la Frontera, la causa deberá buscarse únicamente en la escasez de sus recursos. Los órganos por medio de los cuales el gobierno procura tener influencia en tiempos de paz sobre sus vecinos cobrizos son los llamados capitanes de amigos, chilenos procedentes de las clases bajas y nacidos en la Frontera, cuyos padres ocupaban ya el mismo cargo, conocedores de la lengua araucana, dotados de buenos conocimientos geográficos y familiarizados con la mentalidad y el trato de los indígenas, con quienes se encuentran frecuentemente muy relacionados. Son más que simples lenguaraces, pues desempeñan cierto control y ocupan una posición representativa, y sólo gracias a su intervención es a menudo posible inducir a los aliados cobrizos a participar en una marcha o en un ataque. Mantienen siempre cordiales relaciones con los caciques y son muy habilosos en su calidad de simples campesinos. Las condiciones políticas de Chile durante los últimos veinte años dividieron también profundamente a los indios. Al comienzo de la guerra civil en la zona austral, muchas tribus se declararon a favor de los realistas o españoles, realizando una guerra de salteos contra la República. Después de la caída de Osorio, fueron obligados a lo menos los araucanos

por la fuerza de las armas a conservar la paz, pero se logró al precio de mucha sangre y de la destrucción completa de las provincias fronterizas. La lucha duró mucho más con los indígenas que vivían cerca de los Andes y que habían sido sometidos, en parte, por Pincheira. Debido a esa circunstancia, se dividieron algunos pueblos; la mitad de los pehuenches luchó con los chilenos contra sus propios compatriotas que se habían declarado a favor de Pincheira, viéndose obligados a emigrar en diversas oportunidades, por haber sido vencidos, por lo cual se radicaron cerca de Antuco y de Santa Bárbara, hasta que la guerra o la paz les permitiera el regreso a su territorio. Su suerte era tan lamentable como la de un grupo araucano que también había sido separado, pues el gobierno no le suministró los recursos más indispensables, de modo que aquellos aborígenes estuvieron sometidos por primera vez a privaciones. La consecuencia fue que una gran parte volvió a unirse con el enemigo, lo que prolongó la guerra por algunos años, con todos los salteos y destrucciones que le eran peculiares.

El territorio propio de la república se encuentra libre de pueblos indígenas, pero la vecindad de éstos en la frontera austral u oriental permitirá, a cualquier viajero que no tema pasar un verano cerca de la frontera extrema, reunir informaciones acerca de su propagación. Esto es especialmente fácil en la actualidad, después de haber terminado la prolongada guerra, dando motivo para aclarar muchos errores que han sido difundidos, en parte in-

tencionadamente, por escritores españoles. En forma general, a una enumeración de las naciones indígenas conocidas hasta ahora debe anticiparse la observación de que, a igual que en otros puntos del mismo continente, aparecen entre ellas muchos nombres que ignoran los pueblos mismos o que consideran a lo sumo como designaciones de ramas subordinadas y no separadas. Por falta de conocimiento de las len-

guas, se ha procurado incluso transformar a menudo a los acompañantes de un cacique poderoso en pueblos separados, por su costumbre de adoptar el nombre de su jefe, agregándole la sílaba "che". Esta significa en castellano gente, de modo que pincheirache, mariluanche, etc., significa la gente de la tropa de Pincheira o de Mariluán, un jefe moluche muy temido en su tiempo. De derivación similar son: lav-



109. MUJER MOLUCHE EN QUILAL, RÍO-BÍO. *Rugendas.*

El tipo somático difiere totalmente del pehuenche y es similar a uno todavía muy frecuente en el país. Expresa resolución, viveza e inteligencia. *Original (acuarela) en la Staatliche Graphische Sammlung, Munich.*

quenche, o gente del mar (el nombre de una rama de los araucanos); puelche, o gente del este; pehuenche, o gente que vive en los bosques de las araucarias; y así ocurre con todas las denominaciones que terminan con esa sílaba.

Si se considera como extinguido o expulsado el pueblo de los picunches, que habría vivido, según los escritores más antiguos, en los Andes desde Coquimbo hasta Santiago, debido a que no se encuentra al norte de 34° de Lat. S. ningún indicio de indígenas, y mucho menos en la vertiente occidental de los Andes, sólo quedan por describir aquellos pueblos indígenas que viven al sur de aquel paralelo, ya sea en el seno mismo de los Andes, o en el territorio entre esa montaña y el Océano Pacífico, al sur del Bío-Bío. En Europa se conocen mejor estos últimos indios con el nombre de araucanos. Sus domicilios se encuentran entre 37° 15' y 39° 30' de Lat. S. (río de Las Cruces) y entre los Andes y el mar; su vecindad o lejanía del océano y la modificación de su idiosincrasia proveniente de ese hecho han implicado su división en dos ramas principales: los indios costinos, desde Arauco hasta Valdivia, y los moluches, que ocupan las llanuras que se extienden a lo largo de los Andes (y que por eso son llamados indios llanistas en libros antiguos). Este pueblo es el mismo con que los españoles lucharon durante tanto tiempo y sin éxito suficiente y al que una exageración un poco irresponsable atribuyó un legendario grado de cultura. Pero disfruta de una civilización más elevada

que sus vecinos, pues está dedicado a la agricultura, construye casas sólidas y ha hecho al menos tentativas de establecer una forma de gobierno; pero constituye, a pesar de todo, sólo una horda de salvajes que tendrá que someterse, tarde o temprano, a las costumbres de los blancos, o —lo que es más probable— caerá en una lucha aniquiladora. Ambas ramas se consideran como pueblos distintos, perseguían en la revolución a menudo intereses diferentes y no disfrutaban de buena reputación. Los costinos han sufrido mucho en la última guerra, y se sostenía en 1828 que no eran capaces de poner mil hombres en pie de guerra. Mantienen múltiples relaciones con Concepción, y por este motivo son más fáciles de influir que el resto de sus parientes tribales. La república se encuentra actualmente en buen pie con ellos, pero es difícil que esta situación perdure por más tiempo que el necesario para que se restablezcan estos indios de su debilidad momentánea, que los induce a mantenerse en paz. Los pobladores de las misiones de Valdivia pertenecen a la misma tribu. No tienen misericordia con algún accidentado; su afán de pillaje no reconoce la voz humanitaria y, como muchas otras cosas, se buscará en vano la hombría de bien algo primitiva que se les ha atribuido. El forastero sin protección puede considerarse feliz si logra escapar desnudo a los salteos de que será objeto. Un buque inglés que se dirigía de Nueva Gales del Sur a Valparaíso, naufragó en 1828 en la desembocadura del Imperial (el Cautén de los indios, a 38½°

de Lat. S.), pero se salvaron la tripulación y los pasajeros en un bote a tierra. De inmediato se reunieron los araucanos, robaron a los infelices cuanto poseían y acordaron asesinarlos. Un blanco que viajaba por aquella zona, se acercó, y como se le temía y amenazó con una sangrienta venganza de parte de la república, logró salvar a los ingleses a lo menos la vida, huyendo éstos a Concepción<sup>1</sup>. Los moluches tienen una reputación todavía peor, siendo considerados como muy traicioneros. Han robado y asesinado en diversas oportunidades a los embajadores que los visitaron a su propia petición para concertar la paz, y todavía durante mi permanencia en Antuco trataron de preparar una celada similar al comandante de Los Angeles y cincuenta acompañantes. Desempeñaban en aquel tiempo un doble papel, pues engañaban alternativamente a Pincheira y a la República, combatiendo al uno o la otra, y sabían escapar siempre a la venganza por su astucia o

<sup>1</sup>Aquel blanco era el correo que el gobierno envía una vez al mes desde Concepción a Valdivia y Chiloé, de acuerdo con un convenio celebrado con los indígenas. El sistema de correos está más o menos bien organizado en Chile, pues existe el transporte de la correspondencia por tierra, en línea casi recta, entre Copiapó y Chiloé, y gracias al incremento del comercio se ha logrado que durante el verano sea despachado cada dos semanas un correo de Santa Rosa a Mendoza y Buenos Aires, que hace el viaje también en invierno, en cuanto lo permite la nieve. No existe, sin embargo, ninguna clase de despacho de correspondencia en el sentido lateral de la gran ruta descrita.

número. Entre los pehuenches, el nombre de moluches es considerado como un insulto, de igual significado que *auca*<sup>2</sup>, por lo cual estiman que no merecen fe los convenios y capitulaciones que se celebren con ellos. La división del territorio que corresponde a cada una de estas dos tribus es muy arbitraria, pues los araucanos no conocen una división en provincias ni en pretendidos distritos militares. Los indígenas han dado nombres propios a cier-

<sup>2</sup>Ningún indio acepta ser llamado así sin manifestar su enojo por atribuírsele esa designación. Es cierto que Molina sostiene lo contrario, afirmando que los araucanos se consideran halagados al ser nombrados así. El simple campesino de la frontera austral, que no sabe nada de aquel escritor, se cuida mucho de no llamar a un indio un *auca* o ladrón, aunque fuera en el enojo. Falkner ("Description of Patagonia", Hereford, 1774, pág. 96), que merece mucha fe y escribió antes que Molina, da a la palabra un significado aún menos adulador, pues la traduce con los términos de asesino y salvaje. En Maynas se vuelve a encontrar la misma palabra entre los indios bautizados de las misiones, aplicada en un sentido un poco despectivo a los salvajes no bautizados. También éstos conocen su significado, pero no revelan ninguna sensibilidad al usarla, pues cuando uno se encuentra sobre el Marañón con canoas o botes monaxilados, se suele hacer comúnmente la pregunta si los viajeros son cristianos o *aucas*\*.

\*La palabra pertenece a la lengua quechua, lo que explica su gran propagación, a que alude el autor, significando en ella enemigo, adversario, contrario, rival. Esta misma circunstancia explica también los diversos matices que expresa, de acuerdo con la tendencia de atribuir al adversario, sobre todo en la guerra, las peores cualidades imaginables.— Nota del Traductor.

tas regiones con límites naturales, a fin de separarlas de otras, de la misma manera que los chilenos cristianos les aplican nombres de vivos o muertos, o santos, o las llaman de Las Animas, Las Cruces, etc.; pero de ninguna manera corresponden los nombres de Toltén Alto, Toltén Bajo, Maquehua, Purén, etc., a la intención de realizar una división política, que a menudo el indio ni siquiera conoce. Por lo demás, uno se siente incluso indignado cuando se lee en medio de esos bárbaros la historia de Molina, no pudiendo reconocer uno solo de los rasgos que atribuye en sus bellas descripciones a aquellos subhombres embrutecidos o a los pueblos de salteadores indomados. Se les atribuyen conocimientos que nadie buscará entre salvajes que ni siquiera realizaron las primeras tentativas para conservar alguna ilustración mediante el invento de la escritura. Se relatan maravillas de disposiciones militares, cuando el observador objetivo reconoce únicamente hordas de salteadores primitivos, que en definitiva sólo se baten tan bien porque saben que el enemigo victorioso no les perdonaría la vida. Lo que ha escrito aquel chileno extremadamente partidista y lo que se lee en Herrera y en otros acerca de la elevada cultura de los araucanos son puras fábulas. Su pretendido régimen de gobierno, que sería parecido al de una república de la época de la juventud de Grecia, consiste sólo en el concierto de una horda para realizar un saqueo común; sus derrames de oratoria en el senado reunido representan escenas como la descrita anteriormente

(pág. 400), y la misma barbarie a que están sujetos en forma insalvable los demás indígenas de América, extiende sus alas nocturnas también sobre los aborígenes cobrizos de Chile.

Como rama de este pueblo deben considerarse asimismo los famosos boroanos, que ocupan un pequeño territorio entre los ríos Imperial y Toltén ( $38\frac{1}{2}$  a  $39^{\circ}$  de Lat. S.). No se distinguen del resto de sus compatriotas ni por la lengua, ni por las costumbres, ni por un grado superior de cultura, pero tienen una piel, aunque no blanca, más clara que aquéllos. Todavía se cree en Chile la leyenda de que su origen se debería a holandeses hechos prisioneros. El color de los indígenas chilenos no es oscuro, y aun entre los pehuenches he observado individuos que llamaban la atención por su color blanco. Uno de sus caciques, Neculeo, que me era especialmente adicto, pariente de Trinculmán, un aliado de Pincheira, muy famoso a su manera (cayó en el asalto de 1832), poseía el color típico de un campesino alemán muy expuesto a la intemperie, y tenía cabello totalmente plateado, lo que es muy raro en la raza americana. Por lo demás, los boroanos son pacíficos y no atacan poblaciones blancas con fines de pillaje, acaso sólo por vivir demasiado lejos de ellas. Desde Valdivia, algunos comerciantes mantienen ocasionalmente relaciones mercantiles con ellos.

Más allá del río Calle-Calle comienza el territorio de los cuncos. Se tiene muy escaso conocimiento de las costumbres de este pueblo, que es poco numeroso; pero los antiguos misione-

ros, sobre todo el padre Gil, de Concepción, que vivió mucho tiempo entre ellos, los describen como un pueblo bien inspirado y pacífico, similares a los peruanos en cuanto a esta última cualidad. Por lo general, su territorio es muy fértil, pero está cubierto en su mayor parte por selvas vírgenes, a través de las cuales los chilenos viajan en grupos de dos a tres personas desde Valdivia a Carelmapu y Chiloé. Son sin duda del mismo origen que los indígenas de Chiloé y muy diferentes de los araucanos, cuya lengua hablan, sin embargo, aunque con fuertes variaciones dialécticas. Según la opinión de Falkner, serían una rama de los huilliches, que ocupan desde la altura de Valdivia los valles que siguen hacia el sur, al pie de los Andes. Los chilenos conocen a éstos, a pesar de no haber participado en las guerras de la revolución; se les considera como un pueblo valiente que ha sabido defenderse de incursiones de parte de sus intranquilos vecinos, los moluches. Se dedican algo a la agricultura, pero sobre todo a la ganadería; viven en casas mejores, que a veces estarían cubiertas con tejas, y mantenían antiguamente relaciones comerciales con los chilenos que se dirigían desde Santa Bárbara (sobre el Bío-Bío superior) a su territorio. Se sabe poco de los pueblos que viven más al sur. Según Falkner, serían los chonos, poyus y keyus, todos los cuales pertenecerían a los huilliches, pero que probablemente son pueblos pescadores muy primitivos, dedicados al nomadismo en el territorio pedregoso y los archipiélagos de la costa pata-

gónica occidental; gente miserable, con la que tuvieron un contacto muy desagradable los sobrevivientes del naufragio de la "Wager", quienes no se formaron una idea muy favorable de su carácter.

En los Andes superiores y, en parte, también en su vertiente oriental, viven otros pueblos, pero que deben atribuirse por diversas razones, entre ellas sobre todo por el parentesco lingüístico, al grupo de los indígenas chilenos. Todos son nómades, realizan extensas migraciones y muestran, a igual que los demás, una inclinación al pillaje y a la guerra. Entre ellos ocupan el primer lugar los pehuenches. Los españoles sólo los conocieron por el año de 1581, cuando, instigados por los indios australes, irrumpieron desde los Andes y desolaron una parte de Chile. Aun cuando concertaron pronto la paz, no se logró establecer misiones entre ellos, pues desde los primeros tiempos se vio dificultada la obra de la conversión por su vida nómada y su repudio, a lo que se agregó el terror que inspiraron entre los misioneros por haber asesinado a varios de éstos. Su territorio se extiende aproximadamente de 34 a 37° de Lat. S. y se encuentra prolongado, en parte, hacia el este hasta las pampas situadas al pie andino. Como el límite oriental de la República de Chile ha sido fijado en la línea de cumbres de los Andes, pero existen a la altura de Chillán y Antuco, sin ninguna duda, dos cordones de igual altitud, es difícil decidir si los pehuenches viven en la república, como los araucanos, cuyo territorio puede ser reclamado por el

gobierno chileno, por cuanto la Constitución de 1828 fijó el Cabo de Hornos como límite austral. No puede preverse, sin embargo, en cuanto la república esté dispuesta a hacer valer sus exigencias en aquellos territorios y sea capaz de hacerlas efectivas; pasarán, en todo caso, muchos años antes que se discuta este problema, ya sea en forma pacífica o con la espada en la mano.

Los indígenas enumerados hasta ahora pertenecen estrictamente a la llamada rama araucana. La patagónica, que se deriva también de ella, distinguiéndose por su lengua y, en parte, por sus costumbres, tiene muy poco o ningún contacto con los chilenos, pues se encuentran extensos e importantes territorios y poderosas naciones entre ellos. Los puelches (de *puel*, el este, y *che*, gente) viven en la vertiente oriental de los Andes, más o menos desde 37° de Lat. S. hasta la región del Estrecho de Magallanes, siendo el mismo pueblo que los navegantes de la costa oriental conocen con el nombre de patagones; está dividido en varias tribus, le pertenece todo el territorio desde la frontera de la provincia de Buenos Aires hasta la Tierra del Fuego, pero sin tener parentesco con los habitantes de esta última, que representan un pueblo aislado y extraño. Todos los pueblos de esta rama son nómades, pues las condiciones de su territorio permiten los cultivos sólo en determinados lugares; son muy valientes, pero salteadores, y la civilización europea no se ha podido introducir entre ellos en forma duradera. Los indios que realizaron en 1830 y 1832 una guerra bas-

tante encarnizada en contra de Buenos Aires no pertenecían solamente a estas tribus, sino que contaban entre ellos también a los pehuenches de otros pueblos de los Andes, comprendidos todos en el territorio de la República de La Plata con el nombre genérico de indios pamperos. Bastante pacíficos al interior de su país, son despreciables salteadores donde viven cerca de la frontera, y habrían sido obligados ya hace tiempo a someterse a vivir en paz por cualquier otro gobierno que no fuera el español o el republicano, pues ambos se han demostrado impotentes para afrontarlos. Experimentaron, sin embargo, en 1831 pérdidas tan grandes, que parece difícil que vuelvan a pasar al otro lado de su frontera durante largo tiempo; la victoria que obtuvieron los chilenos sobre Pincheira puede asegurar la paz, pues sin duda aquel cacique y los blancos que lo acompañaban tenían mucha participación, aunque indirecta, en aquellos constantes ataques. Más cerca de la frontera, los diversos caciques son aliados de Buenos Aires, recibiendo como tales, a igual que los pehuenches en Chile, obsequios o sueldos, y luchan a favor del partido por el que se han declarado, al menos mientras el enemigo actual no les ofrezca condiciones más favorables o que la alianza con él les prometa mayores ventajas. En Chile, uno se encuentra con individuos que han sido llevados como prisioneros lejos a través de los Andes, hasta la Patagonia, y con otros que acompañaron en años anteriores voluntariamente a los españoles en operaciones bélicas y en viajes, y

en las provincias de Mendoza y San Luis hay a menudo gentes que han pasado largo tiempo como prisioneros de los indios patagones, pero ninguno de ellos menciona una talla extraordinaria como una característica de aquellos pueblos. Sólo la curiosa leyenda de hombres con colas, que ya existía en tiempos de Ovalle, se ha conservado, siendo creída en forma general en Antuco. El campesino fantasea de una nación que viviría en alguna parte en los brazos superiores del Río Negro de los Patagones y que tendría colas del largo de una vara, afirmando incluso varios haber visto tales individuos. El coronel Carrero, español de nacimiento, gobernador de la frontera indígena en 1828, pero quien disfrutaba de escasa reputación, por haber acompañado al terrible Benavides y por su dudosa vida posterior, me aseguró con toda frescura haber observado, en el tiempo que pasó como fugitivo entre los nómades de los Andes y de la Patagonia, el cadáver de un indio con cola; pero de su descripción sólo se desprendía que se habría tratado de una prolongación del hueso de la cola en cerca de tres pulgadas. Los pehuenches relatan las leyendas más ridículas acerca de aquel pueblo con cola, no muy numeroso, que viviría sin relaciones con sus vecinos y que sería muy valiente. Agregan que los varones serían corredores tan veloces, que serían capaces de alcanzar a los guanacos, pero que no podrían montar a caballo debido a su prominencia, luchando con grandes mazas, y que la honda sería en sus manos tan terrible como las armas de fuego. Si la leyenda

no fuera tan antigua y se encontrara tan propagada, no le habría dedicado ningún espacio en este lugar, pero no es imposible que alguna característica, aunque menos destacada que la que le atribuyen los chilenos, se podría encontrar en un pueblo de la extremidad austral de la América del Sur, así como en la punta austral del Africa el panículo adiposo de la mujeres de los hotentotes se observa como una gran variación de todo lo conocido.

En cuanto a sus formas corporales, todas las ramas de los pueblos indígenas chilenos tienen mucho de común. Nadie puede distinguir por su aspecto exterior a un moluche de un pehuenche, pues les faltan los diversos síntomas que conservan los pueblos del Marañón, incluso en estado semicivilizado, como pobladores de las misiones, que destacan sus diferencias populares y características especiales por medio del tatuaje o de la pintura. Llama la atención a primera vista la gran diferencia que existe entre estos pueblos y los de la América del Sur tropical. Nada lo comprueba mejor que la descripción de los rasgos físicos determinados entre los pehuenches. La estatura debe ser considerada un poco mayor que la mediana, siendo en promedio de 5 pies y 9 a 10 pulgadas. La talla es recta y vigorosa, pero la musculatura menos uniforme y hermosa que en el blanco. El pecho se presenta muy encurvado, el cuello es siempre corto, las manos y los pies son muy pequeños y los brazos, siempre casi demasiado cortos y siempre muy delgados. El cutis es blando y aterciopelado, ostentando en am-

los sexos un colorido que representa un promedio entre un café de sombra y el color cobrizo, mucho más claro que entre los indios civilizados del Amazonas (provincia de Pará) y que se puede considerar como blanco, en comparación con el de los mundurucúes o los pueblos del Japurá y Ucayali. Produce la sensación de guardar un término medio entre el cutis seco de los europeos y el desagradablemente grasoso de los negros, siendo cuidado mucho por baños, que se toman también en la temporada más fría, y por un gran aseo corporal. La fisonomía es bastante abierta, sin la timidez y la repugnante desconfianza que revela la del indio tropical; se manifiestan, sin embargo, cierta dureza y orgullosa decisión en ella, que podrían intimidar. El cráneo es relativamente más pequeño que en la raza caucásica, pero sus huesos son mucho más gruesos. La frente no es nunca muy elevada, pero tampoco se encuentra tan desfigurada por el cabello que crece hasta ella, como entre los aborígenes peruanos; es recta y nunca tan huidiza como en una cabeza típica de los cherokees. La cara es ancha, los pómulos y el arco de las cejas son salientes; la posición de los ojos no es más profunda que la del blanco, pero son siempre de color café obscuro, y ostentan un iris coloreado biliosamente. La nariz es con mayor frecuencia recta que encurvada, no muy grande, pero provista de amplias ventanas. El mentón es ancho y bajo y, en general, la parte inferior de la cara es algo saliente, pero la línea de la mandíbula inferior se halla fuertemente

redondeada. Los dientes son pequeños y de corte destacadamente truncado, deprimido y plano, una característica curiosa, que no proviene del consumo de mote (maíz tostado, acerca de cuya influencia destructora para los dientes se quejaban los conquistadores del Perú y que mencionaron en su manifiesto de guerra en contra de Carlos V, como prueba de sus padecimientos, cuando recurrieron a las armas durante la guerra civil contra el dominio y la ingratitud de los españoles), como ocurre entre los indios de la Sierra peruana, ni debe ser confundido con la costumbre de limar los dientes en forma puntiaguda, o mejor dicho, de quebrar los incisivos hasta darles esa forma, a que se someten por torpe coquetería incluso las mujeres mestizas en el Amazonas. En cambio, estos dientes, que tienen en la parte superior una superficie horizontal, con ancho de una o dos líneas, se conservan perfectamente, a lo que contribuye mucho quizás una fricción constante con pequeñas ramas del natri, una solanácea muy amarga. Las cejas son rectas, presentándose como fajas delgadas y angostas, muy similares a las de la raza mongólica. Esto podría inducir fácilmente a un juicio equivocado si no se supiera que los pehuenches se dedican a arrancar cuidadosamente las cejas, por considerar como muy indecente presentarse con algo más que una delgada y angosta faja de ellas. De la misma manera eliminan los escasos pelos de la barba. Su cabello principal es muy negro, largo y vigoroso, como en todas las razas americanas, encane-

ciendo sólo en la edad más avanzada.

La lengua de los indígenas chilenos es el llamado araucano, que se descompone en muchos dialectos, según lo hablen algunos de los pueblos nombrados. El idioma, acerca del cual existen varios tratados<sup>1</sup>, todos muy incompletos, se conservó en su forma original

<sup>1</sup>Febrés, "Gramática de la Lengua Araucana", Lima, 1765; es más sistemática y práctica que la obra de B. Havestatt, "Chilidugu...", Monaster, 1779, 3 volúmenes en octavo, que no sigue ningún plan. Existe también una tercera gramática, al parecer escrita asimismo por un jesuita e impresa en la América del Sur, que comprende un grueso volumen en dozavo, dividida de acuerdo con el modelo de antiguas gramáticas latinas, la que conocí en una oportunidad en Concepción, faltándole la hoja del título.

sólo entre los indios costinos (araucanos). El dialecto de los moluches es diferente, y difiere aún más el de los pehuenches. Tiene un sonido desagradable por la incesante repetición de la "u" y de las sílabas "ei" y "hue" al final de las palabras. La sintaxis no es aquella que pretende Molina, sino que es primitiva, como el pueblo a que pertenece. Lo único cómodo en su uso parecen ser las palabras compuestas. Como prueba citaré la designación Cunafcunpangui: el puma de los Andes que seca plantas, que me dieron los nómades, como una demostración cariñosa del respeto que les infundió la ascensión sin temores y solitaria de las sedes más difamadas de los espíritus en el seno de los Andes.

**Bibliografía**  
**e**  
**Indices**

## BIBLIOGRAFIA

### OBRAS DE POEPPIG SOBRE CHILE

1. *Zur Flora in Chile*. En: Froriep, *Notizen aus dem Gebiet der Natur- und Heilkunde*, Weimar, Nos. 23, 24, 31, 32 y 35.
2. *Ueber die Vegetation um Talcahuano*, ib., N.º 25, Weimar, 1929, págs. 3-6.
3. *Fragmentarum Synopseos plantarum phanerogamarum chilensis*, Leipzig, 1833.
4. *Selbstanzeige der Reisebeschreibung*. En: *Blätter für literarische Unterhaltung*, 1835. Nos. 72 y 73.
5. *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstromen während der Jahre 1827-32*, Leipzig, 1835, 2 tomos con Atlas. El tomo I se refiere únicamente a Chile; el II, al Perú y el Brasil.
6. *Im Schatten der Cordillera. Reisen in Chile*. Stuttgart, 1927. (Un extracto del tomo I de la obra anterior, comprendiendo aproximadamente las dos terceras partes de su contenido, por Wahrhold Drascher.)
7. *Nova Genera ac Species Plantarum in Regno Chilensi, Peruviano et in Terra Amazonica...* Leipzig, 1835, 3 tomos (obra de gran tamaño, con primorosas ilustraciones a color de las plantas recolectadas: una maravilla litográfica).
8. *Bemerkungen über den Handel zwischen Chile und Peru*. En: *Ausland*, Nos. 145-151, mayo y junio de 1838.

### OBRAS SOBRE POEPPIG

1. *Araucano (El)*. Reseña de la obra de Poeppig sobre su viaje a Chile, tomada del *Diario de la Sociedad Geográfica de Londres*. Santiago, 15 de marzo de 1839, N.º 446.
2. Biografía en: *Allgemeine Deutsche Biographie*, tomo XXVI, 1888, págs. 421-27.
3. DRASCHER, WAHRHOLD. *Einleitung*, en la obra *Im Schatten der Cordillera*, de Poeppig (véase el N.º 6 de sus obras).
4. KELLER, CARLOS. *Chile social y económico hace cien años*. Relación del viaje de Eduard Poeppig. En: *La Información*, N.º 126, Santiago, marzo de 1929.
5. KELLER, CARLOS. *Los indios pehuenches en 1828*. Estudios realizados por Eduard Poeppig. En: *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile*, Santiago, 1942, N.º 3.
6. KELLER, CARLOS. *Un viajero alemán en el Chile pipiolo*. En: *Finis Terrae*, N.º 11, Santiago, 1956.
7. LOOSER, GUALTERIO. *El naturalista Poeppig*. En: *Revista Universitaria*, Año XV, N.º 3, junio de 1930, Santiago.
8. RATZEL, FRIEDRICH. *Aus Eduard Poeppigs Nachlass, mit biographischer Einleitung*. En: *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig*, 1887.
9. URBAN, IGNAZ. *Eduard Poeppig (1798-1868)*. En: *Beiblatt zu den Botanischen Jahrbüchern*, N.º 53, tomo XXI, fascículo 4, Leipzig, 1896 (con retrato de Poeppig como hombre de edad).
10. WRISTLING. *Eduard Poeppig*. En: *Leipziger Illustrierte Zeitung*, tomo LI, octubre de 1868, págs. 243-45.

### OTRAS OBRAS CONSULTADAS PARA ESTA EDICIÓN

1. ARCHIVO NACIONAL. *Censo de 1813*. Santiago, 1953.
2. CORTÉS OJEDA, FRANCISCO. Relación de su viaje. En: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año V, Santiago, 1879.
3. FITZ-ROY, ROBERT, y KING, PHILIP PARKER. *Narrative of the Surveying Voyages of H. M.'s ships Adventure and Beagle*. Londres, 1839, 4 t.
4. FORSTER, GEORG ADAM. *Beschreibung einer Reise um die Welt in den Jahren 1772-75*. Berlin, 1779-80, 2 t.
5. CAY, CLAUDIO. *Atlas*. París, 1854, 2 t.
6. KELLER, CARLOS. *Chile es así*. Santiago, 1948. En la revista *Conferencia*, de la Universidad de Chile.
7. KELLER, CARLOS. *Revolución en la Agricultura*. Santiago, 1956.

8. KELLER, CARLOS. *La idea de Dios de los araucanos*. En: *Finis Terrae*, N.º 7, Santiago, 1955.
9. KELLER, CARLOS. *Los orígenes de Quillota*. En: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N.º 61, Santiago, 1960.
10. KELLER, CARLOS. *El pintor Rugendas y doña Carmen Arriagada*. Ib., N.º 59, Santiago, 1959.
11. LADRILLERO, JUAN. Relación de su viaje a Magallanes. En: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año VI, Santiago, 1880.
12. MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Los Aborígenes de Chile*, 1.ª ed., Santiago, 1882; 2.ª ed., Santiago, 1953 (con introducción de Carlos Keller).
13. SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO. *Viajes al Estrecho de Magallanes*. Buenos Aires, 1950, 2 t.
14. RIESENBERG, FELIX. *Cabo de Hornos*. Buenos Aires, 1946.
15. ULLOA, FRANCISCO DE. Antecedentes sobre su viaje a la Patagonia Occidental. En: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año V, Santiago, 1879.

#### OBRAS CITADAS POR POEPPIG<sup>1</sup>

1. *Almanaque de Valparaíso para el año 1826*. Valparaíso.
2. ANSON, LORD. *Viaje*. (Véase Walter Richard.)
3. ARAGO, DOMINIQUE-FRANCOIS. *Instructions, Rapports et Notices sur les voyages scientifiques*. París.
4. *Araucano (El)*. Sobre la vacunación en Chile. N.º 97, Santiago, 1832.
5. *Aurora de Chile (La)*. La renta del Estado de Chile. Santiago, 11 de agosto de 1827.
6. *Australian Almanac for 1828*. Sydney.
7. AZARA, FÉLIX DE. *Voyage dans l'Amérique Méridionale*. París, 1809, 4 t.
8. BAUZÁ, FELIPE. (Véase Faden.)
9. BEECHEY, FREDERICK WILLIAM. *Narrative of a Voyage to the Pacific...* 1831.
10. BERTERO, C. Notice pour l'Histoire naturelle de l'île Juan Fernandez. En: *Annuaire des Sciences Naturelles*. París, 1830.
11. BORY DE SAINT-VINCENT, JEAN-BAPTISTE-GEORGES-MARIE. *Voyage dans les quatre principales îles des mers de l'Afrique*. París, 1803, 3 t.
12. BRACKENRIDGE. *Voyage to South America*. Londres, 1820.
13. BREISLAK, SCIPIONE. *Istituzioni geologiche*. Milán, 1818-19, 3 t.
14. BUCH, CHRISTIAN LEOPOLD VON. *Geognostische Beobachtungen auf Reisen durch Deutschland und Italien*. Berlin, 1802 y 1809, 2 t.
15. BROUWER, HENDRICK. *Journal... van de Reyse... naer de Custen van Chili*. Ambers, 1646.
16. BYRON, GEORGE GORDON. *The Works of Lord Byron*, 17 t., 1832-33.
17. BYRON, JOHN. *An account of the great distress suffered by himself and his companions on the coast of Patagonia*. Dublín, 1817.
18. CALDCLEUGH, ALEXANDER. *Travels in South America...* Londres, 1825.
19. CAMOENS, LUIS DE. *Os Lusíadas*. Lisboa, 1572.
20. CIEZA DE LEÓN. *La Crónica del Perú* (Primera Parte). Sevilla, 1553.
21. *Constitución de 1828 de la República de Chile*. Santiago.
22. CÓRDOVA, ANTONIO DE. *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de La Cabeza*. Madrid, 1788.
23. CÓRDOVA, ANTONIO DE. *Apéndice a la relación del viaje a Magallanes...* Madrid, 1793.
24. DOBRIZHOFFER, MARTIN. *Historia de Abiponibus...*, *Paraguayae Natione*. 3 t., Viena, 1783.
25. ERCILLA, ALONSO DE. *La Araucana* (numerosas ediciones).
26. EDWARDS, GEORGE. *Gleanings of Natural History*, 1758-63.
27. FADEN, WILLIAM. *Camino que conduce desde Valparaíso a Buenos Aires*. Londres, 1810 (la carta de Felipe Bauzá).
28. FALKNER, THOMAS. *Description of Patagonia and the adjoining parts of South America*. Hereford, 1774.
29. FEBRÉS, ANDRÉS. *Gramática de la lengua araucana*. Lima, 1765.
30. FEUILLÉE, LOUIS. *Histoire des plantes médicinales qui sont le plus en usage aux royaumes du Pérou et du Chili*. París, 1714-25, 3 t.
31. FREZIER, AMÉDÉE-FRANCOIS. *Relation du voyage de la Mer du Sud...* París, 1714.
32. FRORIEP, LUDWIG FRIEDRICH VON. *Notizen aus dem Gebiet der Natur- und Heilkunde*. Weimar, 1822-36, 50 t.
33. GARILASO DE LA VEGA, INCA. *Comentarios Reales de los Incas*. Lisboa, 1609.

<sup>1</sup>Poeppig no publicó una bibliografía de las obras que cita, y sus citas consisten a menudo en indicar solamente el apellido del autor. El traductor ha creído de interés reunir todas las obras citadas en el texto, señalando referencias bibliográficas completas. Es impresionante la información que así resulta, a pesar de tratarse de los albores de la existencia independiente del país.

34. GMELIN, JOHANN-FRIEDRICH. *Onomatologia botánica completa*. Nuremberg, 1771-78, 9 t.
35. GRAHAM, MARY. *Journal of a Residence in Chile*, 1824.
36. HALL, BASIL. *Extracts from a Journal written on the coasts of Chili...* 1824.
37. HAVESTADT, BERNHARD. *Chilidugu*. Monaster, 1779.
38. HERRERA, ANTONIO DE. *Historia de los hechos de los castellanos...* Madrid, 1601-15, 4 t.
39. HOOKER, SIR WILLIAM JACKSON. *Botany of Beechey's Voyage to the Pacific...* 1831.
40. HUMBOLDT, ALEXANDER VON. *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, París, 1805-29, 30 t.
41. HUMBOLDT, ALEXANDER VON. *Distribution géographique des plantes*. París, 1817.
42. KITTLITZ, FRIEDRICH HEINRICH VON. (Véase su colaboración en la obra de Lütke.)
43. KOTZBUE, OTTO VON. *Entdeckungsreise nach der Südsee und der Behringsstrasse*. Weimar, 1821.
44. KUNZE, G. Artículo sobre *Nothochlaena hypoleuca*. (En: *Linnaea*, 1834.)
45. LA PÉROUSE (LAPÉROUSE), JEAN-FRANCOIS DE GALAUPE, CONDE. *Voyage autour du monde*. París, 1797, 4 t.
46. LESSON, RENÉ-PRIMEVERE. *Manuel d'Ornithologie*. París, 1828, 2 t.
47. *London Courier*. Londres, 20 de diciembre de 1827.
48. LÜTKE, FEODOR PLTROWITSCH, CONDE. *Voyage autour du monde*. París, 1835 y ss., 3 t.
49. *Mercurio (El)*. Valparaíso, septiembre de 1830.
50. *Mercurio Peruano*. Lima, 1791, tomo I (sobre habitadores de minas).
51. MIERS, JOHN. *Travels to Chile and La Plata*. Londres, 1826.
52. *Mil y Una Noches (Las)* (numerosas ediciones).
53. MOLINA, JUAN IGNACIO. *Historia Civil de Chile*. Madrid, 1788.
54. MOLINA, JUAN IGNACIO. *Historia Natural de Chile*. Madrid, 1788.
55. MORALEDA, JOSÉ DE. *Breve descripción de la provincia de Chiloé* (este informe se conocía en 1835 sólo por las referencias incluidas en las publicaciones sobre la expedición Malaspina).
56. MURR, en: *Bayer's Reise nach Peru*. Nuremberg, 1776.
57. NORIE. *Epitome of Practical Navigation*. Londres, 1828.
58. OLTMANN. *Tablas*. En: *Annuaire du Bureau des Longitudes*. París.
59. OÑA, PEDRO DE. *Arauco Domado*. Lima, 1596; Madrid, 1605.
60. ORTIZ, PEDRO NOLASCO. *Proclama del Capitán General de Mendoza*, 22 de enero de 1833, Mendoza.
61. OVALLE (OVAGLIE), ALONSO DE. *Historica Relazione del Regno di Cile*. Roma, 1646.
62. PONCHO CHILENO. Mapa de una parte de Chile. En: *La Araucana*, de Ercilla. Madrid, 1776.
63. PORTER, DAVID. *Journal of a Cruise made to the Pacific Ocean in the U. S. Frigate Essex*. Nueva York, 1815.
64. PRIETO, JOAQUÍN. *Mensaje al Congreso Nacional*. Santiago, 1833 (sobre el presupuesto).
65. RICHARD, WALTER. *A voyage round the world in the years 1740-44*. Londres, 1748.
66. SCHMIDMEYER, PETER. *Travels to Chile over the Andes*. Londres, 1824.
67. SCORESBY, WILLIAM. *An account of the Arctic Regions...* 1820.
68. SHAKESPEARE, WILLIAM. *The complete works* (numerosas ediciones).
69. SOLÓRZANO PEREIRA, J. DE. *Politica Indiana*. Amberes, 1723, 2 t.
70. SPILBERG, GEORG. Relación del viaje, publicada en Leide, 1619, en holandés, e incluida en diversas historias de viajes.
71. TEMPLE, EDMOND. *Travels through various parts of Peru...* Londres, 1830.
72. *United Service Journal*. Londres, 1830.
73. UNANUE, HIPÓLITO. *Observaciones sobre el clima en Lima...* Lima, 1806.
74. *Viajante Universal*. Lisboa, 1804. t. XIV.
75. WEDELL, JAMES. *A voyage to the South Pole*. Londres, 1825.
76. WILSON, ALEXANDER. *Ornitología Americana*. 1808, 5 t.
77. YRISARRI, ANTONIO JOSÉ DE. *Empréstito de Chile*. Santiago, 1833.

## INDICE DE ILUSTRACIONES<sup>1</sup>

	Pág.		Pág.
1. Eduard Poeppig (1798-1868) . . . . .	4	31. La iglesia de La Compañía, 1839. Rugendas . . . . .	218
2. El Cabo de Hornos, mirando hacia el este . . . . .	37	32. La Posada del Corregidor, en Santiago. . . . .	220
3. La isla del Cabo de Hornos . . . . .	38	33. Campo de batalla de Chacabuco . . . . .	222
4. Archipiélago Gusinde . . . . .	41	34. El río Aconcagua cerca de Las Vegas . . . . .	223
5. Veleró, 1834. Rugendas . . . . .	44	35. Campos cultivados aguas arriba de Los Andes . . . . .	224
6. Panorama de Valparaíso, 1834. Rugendas . . . . .	50	36. Puente colgante de Las Vizcachas sobre el río Aconcagua. . . . .	227
7. Panorama del puerto de Valparaíso, 1841. Rugendas . . . . .	67	37. Chozas de campesinos en Río Colorado . . . . .	228
8. El English Marine Hotel en Valparaíso, 1834. Rugendas . . . . .	70	38. Valle del Río Colorado . . . . .	230
9. Vista del Almendral, 1834. Rugendas . . . . .	72	39. Salto del Soldado, entre Río Colorado y Río Blanco . . . . .	233
10. Vista de Valparaíso desde el cerro Barón. Rugendas . . . . .	77	40. El valle del Aconcagua en Guardia Vieja . . . . .	234
11. Calle principal de Valparaíso. Rugendas . . . . .	79	41. El pretendido "Peñón Rajado" . . . . .	236
12. Hospital de Valparaíso y procesión del Carmen. Rugendas . . . . .	86	42. El estero de El Peñón . . . . .	237
13. Valle del río Aconcagua, en Concón . . . . .	99	43. La casucha de Ojos de Agua o Juncalillo . . . . .	238
14. Panorama del río Aconcagua hacia el interior. Poeppig . . . . .	100	44. Panorama desde el Alto de Las Lagunas a Juncal . . . . .	241
15. Valle del río Aconcagua frente a Quillota . . . . .	107	45. La casucha de La Calavera . . . . .	243
16. La ciudad de Quillota (izquierda) y el cerro Rautén . . . . .	109	46. El valle del río Juncalillo. Rugendas . . . . .	244
17. Huaso chileno en 1959 . . . . .	110	47. La cuesta de Caracoles que sube al portezuelo de Uspallata o de La Cumbre (3.800 m.) . . . . .	246
18. Joven de la sociedad frente al braseró. Rugendas . . . . .	113	48. La Cumbre o paso de Uspallata. 1834. Rugendas . . . . .	247
19. Joven de la sociedad como huaso. Rugendas . . . . .	115	49. Recua de mulas en Río Blanco . . . . .	252
20. Trillando a yeguas . . . . .	116	50. Ingeniería de plata. Schmidtmeier . . . . .	257
21. La Calle Larga (ahora Avenida 21 de Mayo) de Quillota . . . . .	120	51. Fundición de cobre. Schmidtmeier . . . . .	263
22. Escena campesina, 1835. Rugendas . . . . .	123	52. Panorama de la ciudad de San Felipe . . . . .	266
23. Parte de la ciudad de Quillota . . . . .	128	53. Alameda en la ciudad de San Felipe . . . . .	268
24. Parte central de la ciudad de Quillota . . . . .	129	54. Casa de tipo "colonial" en San Felipe . . . . .	269
25. Conchas marinas en la bahía de Concón . . . . .	146	55. Un pilar de madera artísticamente tallado, en San Felipe . . . . .	270
26. Costa granítica de la península de Quintero . . . . .	154	56. Caserón campesino cerca de San Felipe . . . . .	271
27. Autorretrato en traje nacional. Rugendas . . . . .	175	57. Campos de cultivos en El Almendral, San Felipe . . . . .	274
28. En la carretera, 1842. Rugendas . . . . .	176	58. Campos de Rinconada de Silva . . . . .	275
29. Panorama de Santiago desde el cerro Santa Lucía. Rugendas . . . . .	183	59. Un rincón detrás de la iglesia parroquial de Putaendo . . . . .	276
30. Calle Ahumada en Santiago. Rugendas . . . . .	206	60. Calle de la comunidad de Granalla . . . . .	278
		61. Patio en una casa campesina en Granalla . . . . .	279
		62. Estero de Ojos de Agua . . . . .	280
		63. Panorama de Talcahuano en 1828. Poeppig . . . . .	306

<sup>1</sup>Salvo los dibujos de Rugendas, Poeppig, Schmidtmeier y Miers, cuya procedencia se indica en cada caso, las restantes son fotografías, casi todas, de Carlos Keller.

	Pág.		Pág.
64. Balsa de cueros de lobos marinos inflados en Iquique, 1842. Rugendas . . . . .	308	87. Portón de entrada al fuerte de Vallear . . . . .	386
65. Cazando pájaros en la bahía de Talcahuano. Poeppig . . . . .	310	88. Palizada del fortín de Trubunleo . . . . .	388
66. Panorama de la bahía de Talcahuano desde Los Perales . . . . .	316	89. El salto de Los Mellizos . . . . .	390
67. Vegetación natural en el cerro Caracón (Concepción) . . . . .	318	90. Campamento pehuenche. Poeppig . . . . .	392
68. Chacra campesina en Santa Juana . . . . .	327	91. Familia pehuenche en Antuco. Rugendas . . . . .	393
69. Campesinos de La Florida en viaje a Concepción . . . . .	328	92. Muchacha pehuenche en Antuco. Rugendas . . . . .	395
70. Ruinas de la catedral en Concepción, 1835. Rugendas . . . . .	333	93. Joven pehuenche. Rugendas . . . . .	397
71. El embancamiento del Bío-Bío . . . . .	348	94. Persecución de pehuenches por tropas chilenas. Poeppig . . . . .	400
72. El ataque. Rugendas . . . . .	356	95. La piedra desde la cual se precipitó al barranco el pehuenche . . . . .	407
73. El rescate. Rugendas . . . . .	357	96. Salto del Trubunleo . . . . .	408
74. Panorama de Antuco . . . . .	364	97. Panorama del volcán Antuco. Poeppig . . . . .	416
75. Vista al cerrer Pilque. Poeppig . . . . .	366	98. El mismo panorama en la actualidad . . . . .	417
76. Panorama del cerro Pilque . . . . .	367	99. Bosquecillo de coihues en el término de la vegetación . . . . .	419
77. Roblería en las serranías de Antuco . . . . .	370	100. Vista desde el bosquecillo al portezuelo del lago . . . . .	421
78. La primera vegetación que cubre las faldas de la Sierra Velluda . . . . .	372	101. Los Ojos del Laja . . . . .	422
79. Valle del río Malalcura . . . . .	376	102. El río Laja cerca de su origen . . . . .	424
80. El puente de Trubunleo, al pie de la Sierra Velluda. Poeppig . . . . .	378	103. El lago Laja en el desagüe. Rugendas . . . . .	426
81. Fotografía del lugar que ocupaba el fortín . . . . .	379	104. El mismo panorama en la actualidad . . . . .	426
82. La Escalera del Diablo. Poeppig . . . . .	380	105. Basaltos frente al lago Laja . . . . .	427
83. Fotografía de la Escalera del Diablo . . . . .	381	106. El lago Laja con la bahía y península de Los Timones. Rugendas . . . . .	428
84. Panorama de la Sierra Velluda. Poeppig . . . . .	382	107. Barrancos en la península de Los Bueyes del lago Laja . . . . .	429
85. Fotografía del paisaje dibujado por Poeppig . . . . .	383	108. El volcán Antuco mirado desde el oriente . . . . .	430
86. El Sendero de los Pehuenches . . . . .	385	109. Mujer moluche en Quilal, Bío-Bío. Rugendas . . . . .	476

#### INDICE DE PLANOS

	Pág.		Pág.
1. Alrededores del Cabo de Hornos . . . . .	33	4. Valle del río Aconcagua . . . . .	221
2. Bahía de Valparaíso en 1838 . . . . .	66	5. Bahía de Talcahuano en 1836 . . . . .	299
3. Valparaíso, Concón, Quintero y Quillota . . . . .	105	6. Yumbel y lago Laja . . . . .	353

#### INDICE DE MÚSICA

	Pág.
Música de un Cuando, impreso en Valparaíso en 1828 . . . . .	272

# INDICE TOPONIMICO

## A

- Acapulco 341  
 Aconcagua 12, 96, 98-104, 106-108, 128, 130, 135, 223, 227, 228, 230, 233, 234, 237, 242, 264, 266 y\* 282  
 Aconcagua (ciudad). Véase San Felipe  
 Aculeo 129  
 Africa 93, 152, 482  
 Alemania 18, 22, 54, 58, 152, 162, 169, 200, 314, 331, 342, 344, 414, 415  
 Almendral, El 50, 68, 71, 72, 76, 77, 79, 80, 89, 274  
 Alpes 28, 228, 233, 240, 247, 248  
 Alpes Marítimas de France 132  
 Altiplano 449  
 Alto de Las Lagunas 238, 243, 341  
 Alto Perú 172  
 Amazonas 9, 10, 13, 149, 317, 471, 483  
 Amberes 189, 342, 473  
 América 10, 59, 65, 85, 98, 118, 122, 136, 137, 150, 156, 164, 181, 190-92, 196, 197, 217, 247, 267, 329, 354, 375, 391, 410, 411, 414, 417, 450, 451, 470, 479  
 América Central 332, 341  
 América del Norte 21, 92, 112, 131, 135, 144, 160, 196, 199, 200, 203, 297, 318, 324, 331, 339, 353, 371, 388, 398, 471  
 América del Sur 17, 21, 51, 54, 56, 62, 82, 87, 112, 129, 132, 137, 145, 156, 160, 164, 165, 184, 185, 204, 208, 217, 219, 259, 277, 278, 281, 282, 285, 316, 328, 330, 331, 334-36, 359, 371, 373, 402, 431, 452, 456, 471, 474, 482  
 América tropical 161, 165, 193, 313, 371, 396, 454  
 Ancud 203, 339  
 Andalién 304  
 Andalucía 143, 348  
 Andes 18, 28, 31, 32, 48, 52-54, 56, 57, 98, 99, 102, 114, 132, 133, 139, 147, 166, 167, 172, 174, 178, 195, 199, 200, 201, 203, 204, 220, 222, 258, 264, 265, 294-96, 298, 315, 319, 320, 323, 324, 326, 330, 331, 352, 359, 468, 472, 475, 477, 480, 481, 484  
 Andes de Antuco 262, 354, 360-457, 462-64, 466, 467 -  
 Andes de Santa Rosa 94, 95, 102, 103, 224-56, 278-82, 291  
 Andes, Los (ciudad). Véase Santa Rosa de Los Andes  
 Andes Patagónicos 408, 431, 432, 458, 459  
 Angeles, Los 366, 386, 388, 389, 407, 415, 464, 469, 478  
 Angol 165  
 Angosturas de Hualqui 348  
 Antiguo Mundo 192  
 Antillas 22, 311  
 Antuco 10, 12, 18, 95, 348, 355, 356, 359-457, 460, 462, 463, 466-69, 475, 480, 482  
 Araucanía 165, 190, 199, 202, 305  
 Arauco 165, 190, 197, 199, 296, 298, 300, 313, 473, 474, 477  
 Argentina 11, 32, 83, 385, 408, 444  
 Arica 137, 286, 341  
 Asia 329, 333, 339, 392, 411, 471  
 Atacama 286  
 Atahapo 164  
 Atures 164  
 Aurora 168  
 Australia. Véase Nueva Holanda  
 Austria-Hungría 9  
 Azores 167  
 Azules, Los 233
- ## B
- Baltimore 9, 21, 23, 40, 342  
 Ballenero 41  
 Ballenvelt 34  
 Barón 77, 217  
 Barra do Rio Negro 164  
 Bass 314  
 Batabanó 296  
 Beagle 41  
 Behring (Estrecho) 47  
 Bélgica 342  
 Bermudas 24  
 Bilbao 338  
 Bio-Bio 9, 52, 103, 104, 148, 165, 166, 187, 190, 197, 200, 298, 302, 306, 308, 318, 320, 325, 327, 329, 348, 352, 356, 357, 360, 375, 389, 458-60, 466, 469, 472-74, 476, 477, 480  
 Boca Chica 148, 300, 303, 304, 310  
 Boca Grande 300, 304  
 Boco 107  
 Bolivia. (Véase también Alto Perú) 282-86, 337, 340, 341  
 Boston 21, 342  
 Botany Bay 297  
 Bracomoros 174  
 Brasil 9-11, 29, 47, 69, 92, 164, 165, 191, 193, 235, 274, 339, 341, 342, 345, 453  
 Bremen 342  
 Brimstone 168  
 Bruck an der Muhr 31  
 Buena Esperanza (Cabo) 143, 331, 373  
 Buena Esperanza de Rere 354  
 Buenos Aires 22, 26, 31, 32, 51, 56, 102, 134, 174, 209, 219, 233, 235, 329, 331, 332, 339-41, 345, 865, 392, 453, 466, 468, 478-81  
 Bueyes, Los 429  
 Burdeos 342, 350
- ## C
- Cabo Blanco 30  
 Cabo de Hornos 9, 33, 37-45, 50, 52, 54, 55, 59, 60, 61, 65, 66, 76, 219, 296, 314, 333, 339, 431, 481  
 Cabo de Hornos (Punta en Valparaíso) 77  
 Cabo Frio 47  
 Cabo Verde 26-28  
 Cádiz 31, 336, 339, 340, 342  
 Cajamarca 261  
 Calavera, La 243, 251  
 Calbuco 165  
 Calcuta 333, 341  
 Calera, La 120  
 California 47, 66  
 Callao 167, 180, 189  
 Calle-Calle 104, 329, 479  
 Calle Larga 120, 223  
 Campana, La 101, 102, 106  
 Canadá 196, 448, 471  
 Cancha Rayada 316  
 Cantera, La 465  
 Cantón 339, 341, 344  
 Caracol 218  
 Caracoles 243, 246  
 Carelmapu 165, 480  
 Cartagena 26, 313  
 Casapi 94, 147  
 Casiquiare 164  
 Castillo, El 48  
 Cauquenes 188, 213  
 Cautén (Cautín) 477  
 Centinela, El 320, 380  
 Cerro de Pasco 9, 261  
 Citera 65

- Ciudades hanseáticas 340  
 Cobja 286, 289, 341  
 Cochabamba 285  
 Coipoleuvu 387, 447, 467  
 Colares 63  
 Colina 220  
 Colmuco 467  
 Colombia 26, 51, 165, 178, 191, 193, 219, 294, 332  
 Compañía, La 129  
 Concepción 60, 80, 106, 134, 135, 160, 148, 165, 178, 179, 188, 191, 197, 200-203, 207, 213, 289, 291, 301, 302, 305, 316, 318, 323, 325, 328-35, 340, 344, 347, 348, 350, 352, 353, 408, 413, 446, 461, 464, 466, 467, 469, 474, 477, 478, 480, 484  
 Concón 12, 50, 98-106, 145-48, 162, 163, 224, 228, 282, 325  
 Cónдор 348, 419  
 Constitución (puerto). Véase Maule  
 Conuco 213  
 Cook 41  
 Copiapó 137, 142, 213, 226, 258, 261, 262, 287, 288, 339, 478  
 Coquimbo 83, 106, 131, 137, 142, 213, 258, 262, 288, 289, 311, 329, 339, 340, 345, 474, 477  
 Corcovado, El 414, 415, 431  
 Cordillera de la Costa 49, 104, 158  
 Cordillera de los Andes. (Véase también Andes) 60  
 Córdoba 345  
 Coruña 58  
 Correo, El 275  
 Corriente Chileno-Peruana 60  
 Corriente del Golfo 24, 33  
 Corriente del Pacífico Sur 60  
 Corrientes 473  
 Costa Rica 341  
 Cotopaxi 437  
 Cristo Redentor 246  
 Cruces, Las 477  
 Cruz, La 120  
 Cuba 12, 22, 62, 137, 196, 295, 313, 331, 353, 411  
 Cuchero 94, 149  
 Cúdico 191  
 Cueva, La 428  
 Cuevas, Las 247  
 Cueva del Chivato 50  
 Cumbre, La 103, 229, 242, 245, 247, 250  
 Cuñacavi, 180  
 Curileuvu 31  
 Cuyo 224, 227, 238, 279, 280  
 Cuzco 195
- CH
- Chacabuco 106, 222, 316  
 Chacaico 467  
 Chacay, El 419, 422  
 Chachapoyas 195  
 Chañarcillo 261, 286-88  
 Chepe 302
- Chesapeake 24, 51  
 Chilicaucúen 107  
 Chiloé 32, 41, 52, 53, 55, 57, 61, 80, 131, 144, 165, 172, 184, 187-90, 213, 215, 292, 311, 329, 331, 339, 414, 431, 478, 480  
 Chillán 48, 57, 167, 190, 197, 213, 215, 350, 359, 361, 375, 444, 458, 466-69, 475, 480  
 Chille (río) 99  
 China 296, 314, 329, 341  
 Chiquitos 285  
 Chonos, Los 45, 60, 61, 311  
 Chuquisaca 284
- D
- Dallipulli 191  
 Danubio 349  
 Dehesa, La 106  
 Delaware 50  
 Descabezado, El 467, 468  
 Despoblado de Atacama 9  
 Diego Ramírez 39, 45  
 Dinamarca 274, 340  
 Dorado, El 449, 472  
 Duqueco 375, 388
- E
- Ecuador 341  
 Ega 331  
 Egipto 102  
 Epulafquén 460  
 Escalera del Diablo 380, 381, 390  
 Escocia 150  
 Esk 439  
 Esmeralda, La 72  
 Esmeraldas 164  
 España 10, 12, 26, 51, 53, 87, 118, 133, 189, 231, 270, 277, 335, 336, 342, 344, 450, 456, 458  
 Estados, Los 34, 35, 37, 42  
 Estados Unidos 9, 11, 12, 21, 23, 27, 49, 51, 133, 142, 144, 151, 194, 264, 314, 315, 337, 339, 340, 342, 344, 364, 392, 450  
 Estrecho de Magallanes 31, 40, 41, 52, 54-57, 59-61  
 Europa 9, 18, 21, 33, 44, 49, 50, 53, 56, 57, 59, 62, 69, 85, 89, 91, 112, 118, 120, 126, 129-33, 137, 141, 142, 161, 163, 166, 167, 171, 181, 187, 199, 201, 202, 204, 205, 219, 227, 254, 256-59, 264, 265, 280-82, 285, 287, 291, 304, 314, 323, 329, 332, 333, 336, 339, 350, 358, 373, 414, 425, 431, 443, 446, 449, 454, 477  
 Europa Central 347  
 Evout 34
- F
- Farellones, Los 308  
 Ferro 331  
 Fidji 33, 168  
 Filipinas, Las 341  
 Fingal 60
- Florida 23, 137, 213, 338, 331  
 Francia 9, 112, 203, 331, 337, 339, 340, 342, 350, 453  
 Frontera, La 197, 199, 212, 361, 450, 465, 475
- G
- Galápagos 297  
 Galicia 450  
 Gallegos 55  
 Gambier 462  
 Garonne 331  
 Génova 340  
 Georgia 196  
 Gibraltar 339, 342  
 Granalla 278, 279  
 Gran Bretaña. (Véase también Inglaterra) 145, 258, 297, 337, 340, 342, 351, 453, 455  
 Grecia 278, 479  
 Grimma 9  
 Grossglockner 245  
 Grulev 467  
 Guaimas 341  
 Guálgayoc 261  
 Guanacos, Los 466  
 Guardia, La. (Guardia de Los Hornillos o Guardia Vieja) 227, 238, 233-36, 238, 251, 252, 280  
 Guatemala 134, 331, 341  
 Guayanas 196, 471, 474  
 Guayaquil 89, 169, 201, 292, 311, 341  
 Guayas 329  
 Gusinde 41
- H
- Habana, La 87, 182, 342  
 Hamburgo 69, 339, 340, 342  
 Havre, El 342  
 Henry 24  
 Hereford 478  
 Herschel 38  
 Holanda 145, 340  
 Hornillos, Los. (Véase también La Guardia) 132  
 Hualpén 348  
 Hualqui 213, 348-52  
 Huallaga 9, 353  
 Huánuco 147, 149, 179, 331  
 Huasco 213, 262, 263, 288  
 Huaytecas, Las 45, 57, 60, 61, 311  
 Hudson 50
- I
- Ile-de-France 461  
 Illapel 106, 262  
 Imperial, La 165, 477, 479  
 India 264, 329  
 Indias Occidentales 56, 62, 69, 88, 124, 160, 200, 311, 317, 397  
 Indias Orientales 341  
 Inglaterra. (Véase también Gran Bretaña) 69, 82, 214, 263, 264, 288, 289, 339

Inglés, El 294  
Iquique 308  
Isla de La Laja 464-69  
Isla Grande de Chiloé 53, 408  
Isla Grande de Tierra del Fuego 60  
Isla Mocha 60, 296, 314  
Islandia 448  
Islay 341  
Italia 9, 45  
Itata 188, 353

J

Japón 297  
Japurá 483  
Juan Fernández 215, 291-99  
Juncal 103, 238, 240  
Juncalillo 238, 240, 243, 244, 246

K

Kansas 392  
Kuriles 315

L

Laguna de La Hora 157  
Laguna del Inca 242  
Laguna de Palos 22  
Lagunilla 74  
Laja 348, 359, 362-66, 375, 377, 378, 385, 386, 388, 392, 400, 408, 413, 414, 422, 423, 426-46, 466  
Laja, La 188, 385, 403  
Lambayeque 265, 331, 341  
Lamar 286  
Lampa 106  
Lancaster 388  
Lavapié 300, 302  
Leipzig 9-11, 13, 19, 169, 312, 371, 414  
Le Maire 34, 45, 55  
L'Hermite 45  
Ligua, La 102  
Lima 57, 84, 86, 87, 89, 91, 134-36, 143, 180, 182, 194, 195, 205, 209, 217, 260, 261, 292, 293, 295, 311, 312, 321, 329, 332, 336, 341, 413, 450, 453, 484  
Limay 408  
Linares 188, 213  
Lincal-Malal 425  
Lisboa 141  
Liucura 467, 468  
Liverpool 339, 342  
Londonderry 41  
Londres 69, 166, 214, 259, 319, 339, 342, 344, 446  
Longaví 467, 468  
Loros, Los 132, 231

LL

Llanos, Los 188  
Llauricocha 261

M

Macquerries 168  
Madrid 163, 191

Magallanes 10, 51, 52, 54, 56, 58, 59, 431  
Maipo 127, 129, 180, 187  
Maipú 316  
Maipures 164  
Malalcura 375, 376, 380, 462  
Malvinas, Las 52  
Mamoré 285  
Manila 291, 341  
Mapocho 219  
Maquehua 479  
Marañón 166, 478, 482  
Marilúan 465  
Mar Indico 339  
Mar Interior de Chiloé 408  
Marquesas, Las 297  
Marsella 342  
Más Afuera 297, 298  
Matanzas 22  
Mataquito 187  
Maule 84, 103, 104, 142, 148, 184, 188, 196, 325, 339, 387, 461, 472, 474  
Mainas 195, 313, 331, 351, 404, 447, 478  
Mediterráneo, El 132, 336  
Melipilla 129  
Mellizos, Los 380, 390, 409  
Mendoza 102, 130, 132, 166, 172, 178, 201, 229, 230, 235, 250, 251, 254, 255, 278, 279, 326, 345, 459, 460, 467, 468, 478, 482  
México 196, 292, 329, 331, 339-41, 344  
Mirihue 469  
Mississippi 51  
Molucas, Las 63  
Molle 288  
Monaster 484  
Mont Blanc 245  
Montevideo 254, 289, 339  
Morro de Talcahuano 304-06  
Moxos 285  
Moyaca 106  
Moyobamba 331  
Mulalhue 467

N

Nacimiento 165, 199, 306, 348, 469  
Nahuelbuta 414  
Nahuelhuapi 32, 165, 408, 413, 414  
Nantes 342  
Nápoles 454  
Navidad 61  
Newburyport 21  
Niebla 191  
Ninhue 213  
Noruega 57  
Nudquén (Neuquén) 467  
Nuestra Señora de La Concepción 32  
Nuestra Señora del Pilar 32  
Nuestra Señora de Los Desamparados 32  
Nueva Gales del Sur 66, 134, 315, 477

Nueva Holanda (Australia) 143, 152, 157, 314-16, 320, 329, 332, 333, 339, 371, 373  
Nueva Orleáns 137  
Nueva York 342  
Nueva Zelandia 339  
Nuevo Mundo. (Véase América)  
Nuremberg 112

O

Océano Antártico 23  
Océano Artico 58  
Océano Atlántico 23-26, 167, 314  
Océano Pacífico (Mar del Sur, Gran Océano) 21, 23, 37, 43, 47, 48, 50, 59, 69, 81, 85, 88, 135, 147, 167, 169, 196, 245, 292, 294, 296, 312, 314, 332, 336, 339, 340, 404, 444, 453, 477  
Ohio 388  
Ojos de Agua 238, 280  
Ojos del Laja 422  
Omaguas 149  
Oporto 331  
Orinoco 164, 471  
Oruro 285  
Osorno 165, 188, 190, 191, 414

P

Paita 341  
Pajonales 288  
Palanquin 460  
Panamá 47, 196  
Pan de Azúcar 288  
Pará 9, 63, 149, 295, 335, 483  
Paraguay 31, 172, 285, 317, 474  
Paramillo, El 247  
París 350  
Parral 188, 213  
Pascua 18, 83  
Patagonia 29-32, 59-61, 165, 289, 314, 404, 408, 414, 416, 444, 457, 481  
Patos, Los 83, 235  
Paz, La 143, 284  
Pemuco 213  
Penas 61  
Penco 167, 292, 304, 305  
Pennsylvania 306, 317, 364, 388, 411  
Peñón Rajado, El 235, 236  
Peñuelas 97  
Perales, Los 316  
Pernambuco 335  
Perú 9-11, 13, 17, 47, 51, 57, 68, 69, 78, 85, 88, 92, 94, 100, 102, 131, 132, 136, 137, 142, 143, 147, 149, 163, 172-74, 178, 180, 185, 186, 189, 191-96, 198, 200, 202, 203, 211, 219, 231, 258-62, 267, 274, 282, 283, 286, 287, 292, 308, 326, 327, 331, 332, 337, 339-41, 344, 350, 351, 353, 387, 412, 448-51, 453, 457, 470, 471, 474, 483  
Petacas 288  
Petorca 256, 267, 275  
Petrohué 408

- Philadelphia 21  
 Philipperville 56  
 Pilar 40, 45, 59, 60  
 Pilque 367, 369, 370, 433, 457, 461, 462  
 Piren Vutan Mapu 403  
 Pirineos 9  
 Pisco 331, 341  
 Plata, La 26, 29, 144, 178, 200, 235, 279, 341, 458, 461, 481  
 Plauen 9  
 Playa Ancha 50, 67  
 Polcura 364, 423, 468  
 Polo Sur 43, 54  
 Port Famine 56  
 Portillo 215, 235, 242  
 Potosí 262, 285, 287  
 Prado, Lo 180, 223  
 Primera Quebrada 132  
 Provenza 94, 137  
 Prusia 340, 344  
 Pudahuel 181  
 Puente Chico 266  
 Puente de Cal y Canto 206  
 Puerto, El (Valparaíso) 78  
 Puerto de Lobos y Leones 55  
 Pulmahuida 467  
 Puna de Atacama 449  
 Punta de Vacas 247  
 Puquios, Los 247  
 Purén 479  
 Putaendo 275, 276, 278  
 Putunmallín 467
- Q
- Quilal 478  
 Quilpué 266  
 Quillaylevu 410, 414, 415  
 Quillota 78, 96, 99, 100, 106-44, 217, 242, 474  
 Quinhue 213  
 Quintay 50  
 Quintero 12, 50, 83, 93, 147-63  
 Quirihue 213, 315  
 Quiriquina 300, 301, 303, 305  
 Quito 442
- R
- Rancagua 203  
 Rautén 109  
 Realaje 341  
 Región de los Lagos 415  
 Rere 106, 179, 213, 352-54, 466, 474  
 Rey Don Felipe 56  
 Rhin 349  
 Rinconada de Silva 275  
 Río Blanco 233, 234, 238, 252  
 Río Bueno 191  
 Río Colorado 132, 227-31, 233, 251, 256, 278  
 Río de Janeiro 72, 134, 332, 339-41  
 Rioja, La 235  
 Río Negro 31, 32, 331, 408, 467  
 Río Negro de Los Patagones 482  
 Ritoco 147-55  
 Roma 278
- Rompeolas 300  
 Rucúé 363, 408
- S
- Sajonia 344  
 Salem 342  
 Salinas, Las 302, 317, 467  
 Salta 296, 345  
 Salto del Soldado 233  
 San Antonio 49, 84  
 San Blas 66, 339-41  
 San Carlos 188, 213, 467-69  
 San Carlos de Chiloé. (Véase Ancud)  
 San Crisóbal 94, 474  
 Sandwich 296, 297, 339  
 San Felipe (Aconcagua) 128, 130, 203, 227, 264-78  
 San Francisco 42  
 San Ildefonso 475  
 San Isidro 109, 128  
 San Jorge 31  
 San José 191  
 San José de La Cantera 465  
 San Juan 34, 42, 45, 102, 201, 235, 279, 298, 345  
 San Julián 31  
 San Lucas 55  
 San Luis 255, 296, 460, 482  
 San Pablo 29  
 San Pedro 133, 165, 197, 300-02, 306, 474  
 San Petersburgo 54, 76  
 San Quintín 219  
 San Roque 29  
 San Salvador 341  
 Santa Bárbara 167, 191, 469, 475, 480  
 Santa Cruz de la Sierra 285  
 Santa Elena 247, 298  
 Santa Fe 473  
 Santa Juana 327  
 Santa Lucía 183  
 Santa María 313, 314  
 Santa Rosa de Los Andes 83, 96, 102, 137, 166, 172, 178, 203, 215, 220-24, 226, 227, 229, 234, 242, 251, 252, 256, 265, 282, 478  
 Santiago 10, 50, 53, 83, 87, 92, 97, 106, 129, 130, 135, 143, 166, 179, 180-220, 223, 227, 261, 262, 267, 271, 298, 333, 334, 340, 345, 359, 456, 459, 477  
 Santo Domingo 80, 129  
 Santos 341  
 San Vicente 305, 306, 308, 348, 394  
 Saña 174  
 Sevilla 59, 217  
 Shetland del Sur 39, 47, 55, 314  
 Sicilia 65, 156, 167  
 Sierra Peruana 192, 194, 483  
 Sierra (Silla) Velluda 367, 372, 375, 377, 378-85, 428, 431, 434, 435, 440, 444, 466  
 Siete Hermanas, Las 78
- Silla del Gobernador 68  
 Sendero de los Pehuenches 385  
 Sombrerito, El 437, 442  
 Somma 462  
 Sotomayor (plaza) 50  
 Suiza 9, 247, 415  
 Sydney 134
- T
- Taitao 61  
 Tajamar Gigante de Irlanda 60  
 Talahas 331  
 Talca 207, 357, 443, 459, 460  
 Talcahuano 12, 80, 84, 95, 134, 148, 168, 197, 200, 258, 288, 289, 292, 294, 298-333, 335, 339, 347, 362, 380, 408  
 Talcamávida 469  
 Tarija 296  
 Tenerife 437  
 Terranova 296  
 Tetas del Bio-Bio 303, 348  
 Themse 50  
 Tierra de Drake 43  
 Tierra del Fuego 34, 37, 42, 49, 56, 59, 314, 431, 481  
 Timones, Los 428  
 Tirol 247  
 Todos los Santos 408  
 Toitén 479  
 Tomé 80, 304, 305, 320  
 Trapa-Trapa 468  
 Travesía de Yumbel 358-60  
 Tres Montes 42, 53  
 Trinidad 56, 296  
 Trocomán 463, 467  
 Tromén 444, 467  
 Trubunleo 377-85, 407, 408, 416, 417, 421, 430, 432, 444, 462, 469  
 Trujillo 143, 267  
 Trupán 468  
 Tucapel 191, 213, 360-62, 388, 442, 468  
 Tucumán 102, 143, 172, 235, 463, 467  
 Tumbes 300, 302-04, 308, 312  
 Tunuyán 467
- U
- Ubahy 285  
 Ucayali 483  
 Uspallata 245-47, 250
- V
- Valdivia 45, 47, 103, 104, 165, 188, 190, 191, 200, 203, 213, 215, 303, 319, 331, 339, 353, 413, 414, 477-80  
 Valparaíso 9, 21, 44, 50, 51, 65-98, 100, 101, 104, 128, 130, 134, 135, 141, 143, 144, 146, 147, 156, 157, 166, 171, 178, 179, 182, 183, 197, 200-02, 204, 206, 213, 215, 217, 220, 262, 264, 282, 286, 291, 292, 300, 303, 311, 312, 320, 321, 323, 325, 329, 336, 337, 339, 340,

344, 345, 352, 384, 413, 414,  
446, 453, 456, 477  
Valle Central 11, 220, 468  
Valle Hermoso 245  
Vallenar 386  
Vega de Concepción, La 302,  
304, 320  
Vegas, Las 223  
Ventanilla, La 147  
Ventosilla 473  
Veracruz 66

Vergara 469  
Viejo Mundo 132, 179, 329, 331,  
451, 470  
Villa Nueva. Véase Santa Rosa  
de Los Andes  
Villarrica 165, 389, 443, 466  
Villucura 388, 468, 469  
Viña del Mar 77, 104  
Virginia 24, 342  
Vizcacha, La 106

Vizcachas, Las 226, 227  
Vuta Covudleuvu 467

W

Weimar 402

Y

Yeso 235  
Yumbel 213, 354-61, 366, 466  
Yungay 10  
Yunque, El 294

# INDICE ONOMASTICO

## A

Academia de París 293  
 Alcazaba, Simón de 55, 56  
 Aldunate, José Santiago 188  
 Almagro, Diego de 55, 83, 106,  
 197, 449, 472, 473  
 Altamira 402  
 Alvear 203  
 Anson, Lord 43, 45, 59, 294, 297  
 Antonio (mozo de Poeppig)  
 230, 281  
 Aquiles 66, 216  
 Arago 293  
 Araucano, El 11  
 Asia (buque) 66, 81, 84  
 Azara 317

## B

Bauzá, Felipe 166  
 Beechey, Frederick William, 44,  
 148, 303, 462  
 Benavides 305, 482  
 Bertero, C. 294  
 Blest, Dr. G. C. 203  
 Borgoño 207  
 Bory de Saint-Vincent 461  
 Brackenridge 184  
 Breislak, Scipione 462  
 Broadwood 112  
 Brouwer, Hendrick 189  
 Buch, Christian Leopold von 331  
 Bulnes, Manuel 167, 460  
 Byron, John 56, 57  
 Byron, Lord 163

## C

Caldcleugh, Alexander 99  
 Camoes 36  
 Cardel 31  
 Carlos V 55, 58, 449, 473, 483  
 Carrero 482  
 Cavendish 56  
 Cieza de León 471  
 Cochrane, Lord 157, 211  
 Collie 462  
 Colón, Cristóbal 155, 449  
 Compañía de las Filipinas 336  
 Congreso, El (buque) 66  
 Cook, James 18  
 Córdoba, Antonio de 51, 54-58  
 Cortés Ojeda, Francisco 60  
 Correa (familia) 129  
 Cruckshanks, Alexander 76  
 Cruz y Bahamonde, Nicolás de  
 191  
 Cunafunpangui 484

## D

Dobrizhoffer, Martin 31, 172

Doris 294  
 Drake 23

## E

Edwards, George 394  
 English Marine Hotel 67, 70  
 Ercilla 17, 219, 292, 300, 356,  
 357, 472  
 Essex 43

## F

Faden, William 166  
 Falkner (Falconer) 32, 478, 480  
 Febrés, Andrés 484  
 Felipe III 473  
 Felipe IV 473  
 Felipe V 31  
 Fernando V 458  
 Feuillée 85, 99, 314  
 Fitz-Roy, Roberto 59  
 Forster, Johann Georg Adam 18  
 Fortin 222  
 Fortuna 291, 293  
 Francisco I de Francia 449  
 Freire, Ramón 211  
 Frezier, Amédée-François 83-85,  
 99, 308, 314, 336  
 Froiep, Ludwig Friedrich von  
 169, 251, 308, 314, 402, 463

## G

Gallo, Miguel 287  
 Garcilaso de la Vega, Inca 143  
 Gay, Claudio 123, 296  
 Gil (padre) 467, 480  
 Gmelin, Johann-Friedrich 311,  
 463  
 Godoy, Juan 287  
 Graham, Mary 99, 167  
 Gulnare (buque) 13, 21, 25, 27,  
 40, 44, 54, 66

## H

Hall, Basil 44, 77, 112, 292, 348  
 Havestadt, Bernhard 484  
 Helms 263  
 Hernández 462  
 Homero 219  
 Hooker, Sir William Jackson  
 76, 94  
 Hotel Inglés 70  
 Humboldt, Alexander von 11, 18,  
 60, 132, 164, 184, 187, 344  
 Huth, Grüning y Cía. 76

## I

Inca 17, 136, 449  
 Isabel de Inglaterra 56

## K

Kindermann, August 10, 282,  
 338  
 King, Philip Parker 59  
 Kittlitz, Friedrich Heinrich von  
 76  
 Kotzebue, Otto von 47, 314, 319  
 Kunze, G. 13, 84

## L

Ladrillero, Juan 60  
 La Pérouse (Lapérouse) 42, 43  
 Lara, José María 282  
 Larraín, Joaquín 297  
 Larraín (familia) 129  
 Las Casas 473  
 Lastra, Francisco de la 87  
 Latorre, Mariano 12  
 Leroy 204  
 Lesson, René-Primevère 301, 312  
 Liljevalch 135  
 Lütke, Feodor Petrowitsch 76

## M

Magallanes, Hernando de 23, 55,  
 58  
 Malaspina 166  
 Manco Cápac 470, 471  
 Mariluán 476  
 Mathieux 213  
 Mayen, John 439  
 Medina, José Toribio 11  
 Mertens, Dr. 76  
 Miers, John 97, 99, 100, 106,  
 131, 135, 166, 167, 178, 184,  
 222, 227, 264, 467, 468  
 Minerva 289  
 Mogul 155  
 Molina, Juan Ignacio 49, 136,  
 154, 166, 178, 191, 255, 278,  
 279, 295, 310, 312, 317, 463,  
 468, 474, 478, 479, 484  
 Moller (buque) 72, 76  
 Morales, José de 60

## N

Napoleón 167  
 Neculeo 479  
 Noort, Oliver van 78  
 Norie 319

## O

O'Higgins, Ambrosio 130, 179,  
 238, 243, 386, 464, 465  
 O'Higgins, Bernardo 127, 211,  
 222, 316, 465  
 Oltmann 222  
 Oña, Pedro de 472, 473

Ortiz, Pedro Nolasco 460  
Osorio, Mariano 297, 475  
Ovalle (Ovaglio), Alonso de 56,  
59, 61, 292, 482

P

Palacios, Dr. 10  
Palma 213  
Picarte, Ramón 190, 191  
Pincheira 10, 167, 187, 356, 365,  
387, 389, 458-61, 475, 476, 478,  
479, 481  
Pinto, Francisco Antonio 179,  
209, 211, 297, 465  
Poeppig, Eduard 4, 9-15, 19, 37,  
44, 48, 50, 60, 61, 67, 70, 99,  
100, 107, 109, 110, 113, 115,  
116, 128, 129, 146, 154, 175,  
184, 198, 217, 220, 224, 227,  
234, 236, 240, 242, 245, 246,  
251, 252, 266, 268, 275, 280,  
306, 308, 310, 316, 327, 328,  
333, 357, 364, 372, 377-83, 388,  
392, 393, 400, 405, 407, 408,  
414-16, 419, 421, 422, 427, 430,  
447, 449, 468, 474  
Poncho Chileno 166, 386  
Portales, Diego 10, 11, 210, 217  
Porter, David 28, 43, 66, 297  
Prieto, Joaquín 213, 465, 466,  
475

Q

Quiroga (jesuita) 31  
Quiroga (caudillo de Mendoza)  
345

R

Radius, Dr. 13  
Ratzel, Friedrich 4, 11  
Riesenberg, Felix 37  
Rugendas, Johann Moritz 13, 44,  
50, 67, 70, 72, 77, 79, 86, 113,  
115, 123, 175, 176, 183, 206,  
218, 220, 244, 247, 308, 333,  
356, 357, 393, 395, 397, 426,  
428, 476

S

San Martín, José de 143, 200,  
211, 245  
Santa Cruz, Andrés de 217, 282  
Sarmiento de Gamboa, Pedro 56,  
60  
Schmidtmeyer, Peter 167, 183,  
184, 263  
Scholtz, S. F. 76  
Schubauer 13, 401  
Schwägriichen, Dr. 169  
Scoresby, William 293, 439  
Serra, Antonio de 416  
Shakespeare 239  
Simbad 446  
Siniavin (buque) 76, 80  
Sociedad de Jesús 61

Solórzano Pereira 473  
Spilberg, Georg 57, 58, 60  
Stankowich 72  
Strobl 31, 32

T

Temple 286  
Thayer 167, 168  
Toesca 218  
Trinculmán 479  
Trinius 13  
Túpac Yupanqui 472  
Tupper 209, 465

U

Ulloa, Francisco de 60  
Unanue, Hipólito 182

V

Valdivia, Luis de 473  
Valdivia, Pedro de 106  
Vancouver 78  
Vasco da Gama 36  
Viel, Benjamín 167, 465

W

Wager (buque) 59, 480  
Warspite (buque) 65, 66  
Wedell, James 42, 43, 54, 58,  
168  
Wilson, Alexander 151

Y

Yankee (buque) 167  
Yrisarri, Antonio J. de 184

# INDICE ANALITICO

## A

Aborígenes de Chile 469-84  
 Aconagua: era el nombre que se usaba para designar la ciudad de San Felipe 265  
 —el río en su desembocadura 101-03  
 —el cerro no es volcán 102  
 Administración pública: en 1830 se aspiraba por tener una justa y honrada 210  
 Aduanas 213  
 Agitación revolucionaria: había cansancio de ella 208  
 Agricultura: sus condiciones generales en 1828 129-44  
 —sus rendimientos 119, 126  
 Agricultura y minería: se complementan en Chile 345  
 Agua mala 307  
 Agua salida del volcán Antuco 442  
 Aguila 156  
 Aji: su cultivo 135  
 Alamos: sus plantaciones 180  
 Alcabala 213, 214, 345  
 Aldea: su falta en las partes del país que conoció Poeppig 163  
 Alemania: ocupaba el cuarto lugar en el comercio exterior 344  
 Alerce 331  
 Alfalfares 117, 126, 223  
 Algarrobo 221, 330  
 Alimentación: la población de Talcahuano consumía principalmente productos del mar 310  
 —la del minero 260  
 Alma popular: la trató de auscultar Poeppig 10  
 Almacenaje: derechos que se cobraban 338  
 Almacenes de abarrotes: se les llamaba esquinas 181, 214  
 Almacenes en la aduana de Valparaíso 337  
 Almagro: su expedición a Chile 449  
 Alpes y Cordillera de los Andes 248  
 América: no es un continente joven 52  
 Amor a la independencia: característica esencial de Chile 114  
 Amores secos 420  
 Anarquía: sus manifestaciones en tiempos de Poeppig 10, 219  
 Anclaje: sus derechos 338  
 Andes (Los): la Villa Nueva 223-25  
 Angeles (Los): centro de la defensa en el Bio-Bío 469  
 —su industria de ponchos 469  
 Antimonio en minerales de cobre (bronces) 263  
 Antracita en el Bio-Bío 306  
 Antuco: manifestaciones del volcán 363, 375  
 —vida en la aldea 365-67, 387  
 —colonización con indígenas 390  
 —ascensión al volcán 415, 428-47  
 —panorama desde la cumbre del volcán 443  
 Apancora 311  
 Arados ingleses y alemanes 131

Arañas 347  
 Araucano: se hablaba poco en Chile 196  
 Araucanos del norte y centro del país: huyeron hacia el sur 473, 474  
 Araucanos: cooperaron con los realistas 475  
 —su formidable resistencia 196, 449, 458, 473, 477  
 —impiden la ganadería 140  
 —empleo del canelo 155  
 —el pueblo 481  
 Araucaria 320, 408, 412-15  
 Arboles enanos 373  
 Arboles frutales: las plantaciones 137, 323  
 Arbustos de la Patagonia Occidental: arden con facilidad 58  
 Aristocracia criolla 454  
 Arrayán 412  
 Arriba: significaba tanto como sur 291  
 Arrieros: sus servicios 174  
 —sus buenos modales 456  
 Asfalto en el territorio de los pehuenches 447  
 Asiento: es centro minero 185  
 Auca 478  
 Autoinflamación de minerales 258, 288-89  
 Autos de fe 456  
 Avellano 319  
 Avena: su cultivo 133  
 Aves marinas: en Concón 150-51  
 —en Quintero 156  
 —en Talcahuano 324  
 Aves de rapiña 462  
 Aviador de minas 260  
 Azucena del campo 369  
 Azufre 387  
 —en minerales de cobre y en el carbón 288

## B

Bacalao de Juan Fernández 296  
 Baduca 274  
 Bailes nacionales 118, 271  
 Balsas de cueros de lobos marinos inflados 308  
 —de troncos 309  
 Balseo sobre el río Laja 362, 469  
 Baltimore: su importancia en la guerra de la independencia 23  
 Ballena 314, 324  
 Balleneros de Estados Unidos y Gran Bretaña 296, 339  
 Bancos comerciales: su falta en el país 338  
 Bancos de rescate de minerales en el Perú 261  
 Bandidaje en el sur: 167, 333, 347, 365, 458-61  
 Baqueanos 266  
 Barbacoas 231  
 Barrancos en el lago Laja 429  
 —en la cordillera andina 248  
 Basaltos en el volcán Antuco 427, 440, 461-62  
 Base para una medición trigonométrica en Antuco 439

Bayetilla: era un casimir de lana larga 142  
 Becasina cordillerana 317  
 Beneficio de minerales 261  
 Biblioteca Nacional: sus libros en 1827 217  
 Bio-Bío: su embancamiento 348  
 —posibilidad de construir un canal al Andalién 348  
 —las fortificaciones a lo largo del río 357, 465  
 Bizcocho para buques: el chileno reemplazó al norteamericano 135  
 Blancos: su convivencia con los araucanos 190  
 Bodegueros fraudulentos de vino 319, 331  
 Boleadoras 394, 401  
 Bolivia: una nación bien organizada 282-86  
 Bolsa de Londres: primera especulación en grande escala con minas chilenas 259  
 Bombas volcánicas arrojadas por el Antuco 440-41  
 Bongo 301  
 Boroanos (indios) 479  
 Bosque andino de Antuco 363, 367-73  
 —un relicto boreal en Quintero 156  
 —el del litoral de Concepción 300, 318  
 Brasero 321  
 Bronces de cobre: no se les sabía tratar antiguamente 263  
 Buques extranjeros 339  
 —nacionales 329, 339  
 —de guerra 340

## C

Caballares: su crianza 143  
 Caballos cimarrones (baguales) en Juan Fernández 296  
 —de los pehuenches: una raza especial 387  
 Cabello de ángel 371  
 Cabo de Hornos: el paisaje 35  
 —aspecto del mar 36  
 —temporales 35-42  
 —la mejor temporada para la navegación 43  
 —las corrientes marinas 41  
 —la mejor ruta 45  
 —necesidad de fundar una colonia para auxiliar a los naufragos 59  
 Cabras en Juan Fernández 296  
 Cal: su producción en Ritoque 147  
 Calafate 371  
 Calcu 405, 447  
 Calefacción: se usaba poco 97  
 Camarón de cola larga 317  
 Camarones 311  
 Camino de Concepción a Buenos Aires 466-68  
 —de Santiago a Concepción 294  
 —de Santiago a Mendoza 229, 235  
 —de Santiago a Valparaíso 179  
 Campamento pehuenche al pie del volcán Cónдор 420  
 Campesinado: cómo se formó en Chile 121  
 —su lealtad con el rey en la zona del Bío-Bío 122  
 —su buen ánimo y buena inclinación 282  
 Campos elíseos: idea de ellos que tenían los pehuenches 404  
 Canciones de los pehuenches 404  
 Candelero 309  
 Canelo 155, 406  
 Cangrejo 311  
 Cañamo: su cultivo 135  
 Capa pehuenche 395  
 Capitanes de amigos 475  
 Carbón de Talcahuano 258, 288, 305, 306, 327  
 Cardo: una plaga introducida 139  
 Carga y descarga: derechos que se cobran 338  
 Caribes: usaban una cuna similar a la araucana 394  
 Carne de yeguas: era preferida por los pehuenches 394  
 Cartas geográficas sobre Chile 163, 166, 167  
 Carrera de caballos a la chilena 275  
 Carretas: sólo se las usaba entre Santiago y Valparaíso 130  
 Casa de los Comunes: encuesta sobre la importación de cobre en Gran Bretaña 264;  
 —sobre comercio exterior con la América del Sur 344  
 Casuchas andinas: sus características 242, 244, 253, 254  
 Catalanes: su influencia en México 450  
 Catastro 213, 214  
 Cateos mineros 287  
 Caza de aves marinas en Talcahuano 310  
 Cebada: su cultivo 133  
 Cementerio de extranjeros en Valparaíso 352  
 Cena familiar en el campo 118  
 Ceniza volcánica 441  
 Censo de 1813 184  
 Censos varios 184-89  
 Centeno: no se cultivaba 133  
 Cereales: su cultivo en Concepción 332  
 —los británicos se apoderan de su comercio 336  
 Ciencia: su escaso desarrollo 217  
 Cigarra 255  
 Cigüeña 317  
 Ciprés 330, 375, 380, 388, 418  
 Circos glaciales: se les ha confundido con cráteres volcánicos 61  
 Ciruelos: sus plantaciones 137  
 Cisne chileno 157  
 Ciudades: su escaso desarrollo 165  
 —las provincianas 217  
 Claustro de monjas en Concepción 335  
 Clero chileno: su ilustración 351  
 Clima: no es superado por el de ningún país europeo 321  
 —en Antuco 389  
 —datos comparados 325  
 —en la Isla de La Laja 466  
 Cobre: 258, 261, 263, 264, 288, 342, 387  
 Coca: plantaciones en el Perú 259  
 Cochayuyo 312, 313  
 Código Civil: se hacía sentir su falta 124  
 Coihue 371, 382, 419  
 Colecciones de arte en Santiago 219  
 Colecciones de Poeppig 369  
 Coleópteros 374  
 Colihuacho 432-33  
 Colihue 160, 393, 411  
 Colonización de Juan Fernández 295  
 Comerciantes extranjeros: su función en la economía chilena 343  
 Comercio chileno: su transformación 343  
 Comercio de cabotaje 339  
 Comercio de caravana desde Antuco 386, 387, 403  
 Comercio exterior de Chile 336-45  
 Comercio interior 345  
 Comercio trasandino 345

Compañía (La): antiguo templo jesuita en Santiago 218  
 Concepción: ofrece la belleza que busca el europeo 323  
 —su antiguo esplendor 334  
 —su miseria y desmoralización 334  
 —su destrucción por la revolución 333-34  
 —construcción de un posible puerto fluvial 348  
 Concón: residencia de Miers y Poeppig 101  
 —el vado por el río Aconcagua 145  
 —el murciélago homínimo 151  
 Conchas explotadas para producir cal en Ritoque 146  
 Cónдор: el ave más grande del mundo 97, 315, 374  
 Conquistadores: el juicio de Poeppig 119, 448, 449  
 Consejo de Indias 473  
 Constitución: un monumento a ella se había erigido en San Felipe 277  
 Constitución de 1828: 119, 123, 209, 481  
 Cónsules y agentes extranjeros 340  
 Consumo de mercaderías extranjeras en Chile 344  
 Contrabando 344, 345  
 Contribución territorial: conveniencia de que reemplace al diezmo 214  
 Copihue 320  
 Cordillera de Chillán 375  
 Cordillera de los Andes: sorpresa al divisarla por primera vez 181  
 —su carácter 245-54  
 Corsarios de Baltimore en la guerra de la independencia sudamericana 21  
 Corsarios en el Atlántico 26  
 Cortesía de los arrieros 456  
 Correo: entre Chile y Mendoza 253  
 —entre Concepción y Valdivia 478  
 Corrientes marinas: en Magallanes 41, 60  
 —la Chileno-Peruana 60  
 Costinos (indios) 477, 484  
 Cráter: uno supuesto en la Sierra Velluda 384  
 —el del Antuco 436-40  
 Criminalidad: era muy pequeña en el país 455  
 Crucero español en la costa chilena en 1828 291  
 Crustáceos 309  
 Cuando (baile) 271-73  
 Cuarentena: derechos que se pagaban 338  
 Cuatrerismo 124  
 Cucurrito: animal descubierto por Poeppig 152, 169-70  
 Cueros vacunos 140, 141  
 Culme huinca 403  
 Cultivo de la tierra 131, 223, 388  
 Culto religioso de los pehuenches 115  
 Cultura general de Chile: un atraso de tres siglos 219  
 Cultura indígena: era elevada en Chile antes de la época de Manco Cápac 470  
 Cuna (cupihue) 394  
 Cuncos (indios de Osorno), 414, 479  
 Curagua: una variedad chilena del maíz 133  
 Curas rurales: su gran ilustración 351  
 Curtiduría rural 117

## CH

Chagual: su utilidad 94, 320  
 Chamal 356, 399  
 Chañarcillo: su descubrimiento y explotación 286-88  
 Chape sin concha amarillo 308

Charqui 140, 141, 297

Chicha de manzanas 190

Chile: un país en plena transformación 95, 121,  
 —se realizó en él una liberación del espíritu 96  
 —puede ser calificado como un "país café" 171  
 —un país libre de problemas raciales 194  
 —un país en el abrupto flanco andino 326  
 —la huerta de la América del Sur 329  
 —desempeñará un magnífico papel 329  
 —será el granero de sus vecinos 329  
 —tendrá millares de buques 329  
 —es el punto de enlace entre Occidente y Oriente 332  
 —es un país más hermoso que España 450  
 —dejará muy atrás al Perú 450, 451  
 —levantará pronto el magnífico templo de la industria humana 452  
 —vivió 300 años separado del mundo 452  
 —hizo suyos con avidez los progresos de Europa 452

Chile Central: comprende las mejores explotaciones agrícolas 127

Chile eterno: es el sentido más profundo de la obra de Poeppig 10, 14

Chileno: es activo y emprendedor 120

—es inclinado a la vida errante y movida 125  
 —quiere vivir libre e independientemente 140  
 —tiene un pronunciado sentimiento del propio valer 173  
 —medita seria y racionalmente sobre todos los problemas 208, 351, 452  
 —es un patriota a toda prueba, que exagera las ventajas de su país 279  
 —el sueño se caracteriza por gran capacidad intelectual 335, 349-50  
 —juicio general de Poeppig sobre él 448-57  
 —está luchando por superar el pasado 448  
 —se conservó sin mezclas raciales 450, 475  
 —se vio obligado a trabajar la tierra en vez de vivir de especulaciones mineras 450, 451  
 —se formó a base de los españoles más pobres y más trabajadores 450  
 —su ascendencia española es gallega, no vasco-castellana 450  
 —dio la libertad a los altaneros peruanos que lo despreciaban 450  
 —no le gusta jugarrear ni es superficial 452  
 —tiene una perseverancia poco común 452  
 —tiene una gran facilidad comprensiva 452  
 —su preparación científica es muy deficiente 452  
 —no se entusiasma fácilmente y aparenta ser indiferente 454  
 —no es ni ateísta ni pechoño 456  
 —se caracteriza por buenos modales de todas las clases sociales 456  
 —no es jamás descomedido 456  
 —es esencialmente bondadoso 457  
 —es valiente y muy robusto por naturaleza 465

Chiloé: se caracteriza por su espíritu tradicionalista 53

Chilotes: son excelentes soldados y, sobre todo, marinos 189

Chimbador 267

Chinos (clase de indios) 198

Cholitos 150

Cholos 197

Chonchón 363

Chonos (Los): un archipiélago estéril 60

Chonos (indios) 480  
Chonta 295  
Choroy 324, 413  
Chupalla (planta) 158

## D

Decadencia actual de los indígenas americanos 471  
Degu 151  
Derechos: de importación 337  
—de exportación 337  
—de tránsito 337  
Deuda interna 211, 212  
Dialéctica, lógica y filosofía: su predominio en la enseñanza 350  
Diezmos 138, 213, 214  
Diluvio (mito) 470  
Dios: el uso del término castellano en las lenguas indígenas para referirse al Ser Supremo 404  
Documentos públicos: su destrucción por los españoles al retirarse del país 184  
Dragones de la Frontera 355  
Dunas de Ritoque 145  
Duración media de la vida en Chile: es alta 189, 203  
Duraznos: sus plantaciones 137  
—bosques silvestres 52, 389

## E

Ebriedad: su influencia en la criminalidad 455  
Eclesiásticos: sus costumbres 268  
Edificación: la rural 111  
—la urbana 321  
Educación: religiosa 455  
—femenina 453  
Ejército: su escasa preparación profesional 167  
—sus efectivos 215  
—sus sueldos 216  
—los oficiales dados de baja 211, 215  
—Ejército de la Frontera 359, 400, 459, 460, 465  
Ejército Libertador: el paso de los Andes 245  
—sus batallones negros 200  
Embrujo revolucionario: se había disipado en Chile 219  
Emigración de la población de la región austral durante la revolución 186  
Empréstito británico de 1822 211  
Enciclopedismo brillante pero superficial de la enseñanza 219  
Encina (árbol): en Estados Unidos 411  
Encomiendas en Chiloé 189  
Energía: su falta en la explotación de minas 261  
Enfermedades: faltan muchas de las europeas en el país 204  
Enrarecimiento del aire al escalar el volcán Antuco 436  
Enseñanza: su propagación desde la revolución 92, 207  
Entradas del Estado 212, 213  
Epidemias: son muy raras en el país 201  
Escaleras: existían en los caminos andinos 231  
Escarlatina 204  
—Esclavitud de araucanos hechos prisioneros por los españoles 473  
Esclavos negros: su extinción en Chile 200  
Escorias del Antuco 435  
Escorpiones 347  
Escuadras extranjeras en el Pacífico 340  
Escuela Militar 207, 215

Escuelas de campo: su falta 350  
España: los monopolios que había establecido 51  
—su política de tierra de nadie en la Patagonia Occidental 55  
Español: era guerrero por excelencia 55  
Espino 179  
Esquinas: nombre con que se conocía a los almacenes de abarrotes 181  
Establos: no se conocían vestigios en el país 139  
Estadistas desinteresados: una especie rara en tiempos de Poeppig 278  
Estadísticas europeas del comercio exterior: no reflejan el intercambio con Chile 344  
Estados Unidos: el papel que desempeñan los negros en ese país 194  
—figuraba en segundo lugar en el comercio exterior del país 344  
Estanco 213, 338  
Estanqueros 209, 456  
Estilo literario de Poeppig: su carácter personal 11  
Estilo plateresco 270  
Estrella de mar: se las usaba contra el alcoholismo 312  
Estrellas: su influencia en la vida humana 411  
Excursiones para conocer el país: el método que usaba Poeppig 145  
Explotación del extranjero por artesanos y arrieros 455  
Extranjeros: la arrogancia de muchos de ellos 180  
—su buena acogida al comportarse debidamente 207

## F

Fagáceas 330  
Faldas de escombros en las cordilleras 225, 231  
Familia chilena: Poeppig la juzga feliz 453  
Fiebres tifoideas 203  
Fierro: su escasez en el país 264  
Finanzas 184, 209, 210  
Flamenco (ave) 316  
Flora chilena: en Valparaíso 93  
—en Concón, Ritoque y Quintero 149  
—en el valle andino de Aconcagua 229, 254  
—en los Andes de Antuco 367-74, 431  
—la magalánica en la alta cordillera de Antuco 431  
Flores confeccionadas con plumas 335  
Focas: su extinción por caza excesiva 57, 297, 313, 314  
Fondo de amortización de la deuda pública 212  
Formación del pueblo chileno: lo antiguo al lado de lo nuevo 108  
Francia: figuraba en tercer lugar en el comercio exterior del país 344  
—la propagación de la lengua francesa en Chile 452  
Franciscanos 190, 475  
Fréjoles: su cultivo 136  
Frutilla 324  
Fucsia 319  
Funcionarios públicos: su venalidad 181  
—muchos eran innecesarios antes de 1830 215

## G

Gálvez (fuerte de Talcahuano) 305  
Gallegos: su influencia en la formación del pueblo chileno 196

—Poeppig los llama los pomeranos de España 450  
Gallina ciega 363, 434  
Gamuzas: habría animales similares a ellas en los Andes de Antuco (se trataba de huemules) 462  
Ganadería 138-44  
—la de los pehuenches 399  
Gastos del Estado 209-10  
—secretos 215  
Gato de mar 313  
Gaviota 312  
Geólogos británicos 441  
Godos 457, 458  
Gran Bretaña: figuraba en primer lugar en el comercio exterior del país 336, 343  
Granito 376  
Guanaco 328, 463  
Guardia Cívica 216  
Guayaacán 330  
Gueisires 448  
Guerra de Arauco: una eterna preocupación en la población austral del país 350  
—su ferocidad 449  
Guerra en la montaña con bandidos 167  
Guerrillas interminables 458

## H

Habilitabilidad de la cordillera andina 249  
Habilitadores de minas 259  
Habitaciones campesinas 161  
Hacendados: prefieren desarrollar la ganadería a los cultivos 139  
"Hacer un daño" (mal tirado) 405  
Hacienda chilena: un ejemplo en Quillota 107-19  
—en Hualqui 350  
—en Lagunilla 74  
Hechos de Juan Fernández 294  
Herramientas: su falta en el país 260  
Hijos: cómo se les educaba 454  
Historiadores españoles 217, 219  
Hombre con cola: una patraña muy divulgada 59, 482  
Homéricos chilenos: sus escasos méritos literarios 219  
Hornos de reverbero: una innovación 263  
Hortalizas: su cultivo 136  
Hospital: derechos que se pagaban 338  
Hospitales 205  
Hospitalidad: de los pehuenches 402  
—de la población chilena 456  
Hualqui: la vida en una hacienda 349  
Huaso: su origen y su tipo 110, 114, 124, 268  
Huaytecas (Las): su escaso valor económico; 60  
Huemul 463  
Huillermo 159  
Huilliches 196, 444, 480  
Huillín 313  
Huínca 356  
Humanismo goetheano: su influencia en Poeppig 10  
Humo del volcán Antuco 438, 439

## I

Iglesia: dilapidación de sus bienes en la revolución 129  
—su pobreza 304  
—su extraordinaria ilustración 351  
Ilustración: su espíritu en Poeppig 10

Incas: su influencia en la Sierra Peruana 192  
—sus huellas en el paso de Uspallata 242  
—su falta de resistencia frente a los españoles 449  
—su conquista de Chile 472  
Indenture: una institución que había en Estados Unidos 199  
Indiecitinos en familias chilenas 199  
Indígenas: serán sometidos por el ejército chileno 165  
—se están extinguiendo en América 192  
—tienen mayor mortalidad que los blancos 203  
Indios pampas 392  
Infusorios: tiñen a veces grandes superficies en el Océano Pacífico 46  
Ingenio de plata: el método de beneficio 257  
Inglés: la lengua del comercio 452  
Inmigración española en Chile: su composición 192  
Inquisición: su escaso desarrollo en Chile 456  
Instituciones políticas en formación 219  
Instituto Nacional 207  
Institutos científicos en la capital 207, 219  
Instrucción pública 189  
Interés: la tasa que se pagaba 130  
Invierno en la región del Bio-Bio 322, 325  
Isla de La Laja: descripción de ella 464-69  
Islas: su surgimiento por solevantamiento 148

## J

Jabón 141  
Jaiba 311  
Jardín botánico en Santiago 207  
Jesuitas 190  
Jibia 311  
Jote: era la policía de aseo 182, 462  
Juan Fernández: descripción del archipiélago 294-99  
Juego: un vicio nacional 351, 455  
Juntas de vacuna 202  
Justicia: su administración 125  
Juventud: su influencia en la revolución 208

## K

Keyus (indios) 480

## L

Lacutún 396  
Ladrillos refractarios: no se les conocía 263  
Lagunilla: una hacienda 74  
Laja: orígenes del río 424, 446  
—el lago 425, 446  
Lana: era de mala calidad 117  
Langosta de Juan Fernández 296  
Lanza (arma) 401  
Laurel 160, 330  
Lava: sus corrientes en el Antuco 421, 438, 440, 441  
—la bermeja 442  
Lavaderos de oro 106, 354  
Lechería 142  
Lechuzas del día 363  
Legislación comercial 338  
Leguminosas: su cultivo 135  
Lenga 382  
Lengua araucana 476, 480, 484  
Lenguas indígenas vivas en el Perú 195  
Leña: su importancia para la minería 258  
Leoncito 158, 226

- Leones marinos 314  
 Leyendas populares 350  
 Liberías: no las había ni en Chile ni en el Perú 350  
 Liceo de Concepción 335  
 Límite oriental de la república 480  
 Lingue 330  
 Literatura 24  
 Literatura francesa de baratillo 350  
 Lobos marinos 57, 297, 313, 314  
 Locos: su abundancia en la bahía de Concón 147, 311  
 Loro común 463  
 Luche 313  
 Luma 412
- LL
- Llanistas (indios) 477  
 Lluvias 322
- M
- Machi 405  
 Machitún 406  
 Maderas chilenas: su exportación al Perú 329  
 Magallanes: por qué se incluyó en el territorio nacional 52  
 Magia blanca y negra 405  
 Magnetismo animal 406  
 Maillico 431  
 Maipo: canal terminado por Bernardo O'Higgins 127  
 Maitén 160  
 Maíz: su cultivo 133  
 Malones 355, 360, 365, 389, 390, 399, 475, 479  
 Mantas de plumas de Chiloé 189  
 Manzanos: sus plantaciones 137  
 —bosques silvestres 53, 388, 419  
 Maño 371  
 Maqui 319  
 Maremotos 167  
 Mari-Mari: la ceremonia de la salutación 403  
 Marina de Guerra 216  
 Marinos: su idiosincrasia 40  
 —el cariño que tienen por sus buques 25  
 Mariposas: Poeppig conoció sólo 9 especies en Chile 155  
 Maulinos 473  
 Mavutún 394  
 Mayorazgos: su abolición en 1828 119, 121, 122, 125, 138  
 Mayu 161  
 Medallita 324  
 Medicina 205  
 —la de los pehuenches 406  
 Médico: derecho que pagaban los buques 338  
 Menaje de los pehuenches 393  
 Mercaderías del comercio exterior: según origen y destino 340  
 Mercurio (mineral) 258  
 Mestizaje: su escasa trascendencia en Chile 197  
 Metalurgia pehuenche 398  
 Michai 371  
 Migraciones internas 186  
 Milicias 216  
 Militarismo 209  
 Minas: falta de capitales para trabajarlas 119  
 Minería: el chileno no depende de ella 261  
 —su desarrollo en 1828 256-64  
 —los metales en la cordillera andina 250, 256
- Minería y agricultura: su complementación 345  
 Mineros: su vida 260  
 Ministerio de Guerra y Marina 214  
 Ministerio de Hacienda 213  
 Mirtáceas 319  
 Misioneros: su interpretación equivocada de la religión de los indígenas 447  
 Misiones en la región austral 190-91, 473, 474, 477, 480  
 Molinillo pehuenche 398  
 Molinos: se estaban introduciendo modernos 135  
 Moluches 190, 355, 360, 361, 398, 401, 404, 477, 478, 480, 482  
 Molle 159, 331  
 Monasterios: se les obligó a dedicarse a la enseñanza o al cuidado de enfermos 92  
 Morbilidad: era muy baja en Chile 201  
 Mortalidad: en Santiago 182  
 —es mayor en las ciudades que en el campo 203  
 Mounds: cultura indígena norteamericana 471  
 Mozo chileno: su habilidad 173, 198  
 —el de Poeppig en Antuco había vivido con los indios 347  
 —Mujer: sus condiciones generales 112, 453  
 —su educación 453  
 —participa en las discusiones sobre política 208  
 —su situación entre los pehuenches 394  
 Mulares: su crianza 143, 174  
 Mulatos 193  
 Murciélagos 151, 256, 463
- N
- Nación más favorecida (cláusula en los tratados comerciales) 337  
 Nalca 420  
 Naranjos: sus plantaciones 137  
 Natalidad: es elevada en el país 199, 310  
 Naturaleza: Poeppig, un observador insuperable 11  
 Navajuela 307  
 Navegación: de Valparaíso a Talcahuano 291  
 —buques entrados en Valparaíso en 1832 339  
 —importancia de introducir la a vapor 345  
 Navidad chilena 264  
 Negreros: su actuación en el Océano Atlántico 26  
 Negros: su introducción en América 192  
 —su importancia 194  
 Nguenlavquén 404  
 Nguentaica 404  
 Nobleza de Lima: su menosprecio por los chilenos 450  
 Nubes de arena en el Antuco 436, 438  
 Nuevo orden: era en tiempos de Poeppig un anhelo nacional 209
- Ñ
- Nirre 410, 433, 445
- O
- Ojos de Agua: Poeppig casi se ahoga 280-82  
 Ojos del Laja 422  
 Olivillo 225  
 Olivos: sus plantaciones 137  
 Olor de la tierra en el mar 61  
 Oratoria sin significado: en los actos políticos 277  
 Orden público 209

Organización política del país: interés que le merece a Poeppig 10  
Ornamentos pehuenches 398  
Oro 106, 256, 354  
Orquídeas 369, 371  
Ortiga 371, 411  
Ostión 311  
Ostra 311  
Otoño en Estados Unidos: su belleza 21-22  
Otoño en Talcahuano 324  
Ovejunos: su crianza en el país 142  
—los de los pehuenches representaban una raza especial 387

## P

Padrino: su significado en Chile 396  
Palmera: la más austral en Rere 352  
Pallaqueo de minerales 263  
Pallares: no eran cultivados en Chile austral 136  
Pampas (indios) 481  
Pampas patagónicas australes: su población 196  
Pangue 419  
Papas: la silvestre en Valparaíso 93  
—prosperan hasta Magallanes 58  
Papeles de reforma 212  
Papel sellado 213  
Parteras 205  
Partido de los criollos: era el pipiolo 458  
Partidos políticos 208  
Pasos andinos 224  
Patagonia (indios) 481, 482  
Patagonia Occidental: su valor económico 51-60  
—su clima 53  
—el territorio continental 57  
Patagonia Oriental: su aspecto desde el mar 30  
—sus poblaciones 31-32  
Patentes 213  
Pato cordillerano 18  
Pato lile 312  
Peces en ríos andinos 255  
Peces en Talcahuano 312  
Pehuén 394  
Pehuenches 190, 354-59, 361, 386, 391-408, 432, 442, 447, 467, 475, 478, 480-84  
Pelucones 173, 209, 458  
Pellín 330, 410  
Perales silvestres 388  
Perú: su intercambio comercial con Chile 337  
Perrito: ave frecuente en Concón 150  
Perro de Juan Fernández 295  
Pesca: la importancia que tendrá en Juan Fernández 295  
Pescadores de Talcahuano 308  
Petorca: aridez del paisaje y minas de oro 256  
Picaflor 324  
Pico (crustáceo) 311  
Picunches 477  
Piche-piche 359  
Piedra pómez 414  
Pilintú: raza caballar pehuenche 133  
Pillán 384, 405, 408, 447  
Pillú 317  
Pimpinela 420  
Pinares 413  
Pincheira: sus correrías 458-61  
Pino europeo 267  
Piratas en el Océano Atlántico en 1826 26

Piures: su vida en Quintero 154  
—se les empleaba como afrodisíaco 311  
Plantas medicinales 205  
Plata 250, 257, 261, 262, 286, 287  
Plomo 262  
Población del país: falta un buen censo 183-89  
—su estimación oficial en 1832 187  
—la de la parte austral en 1827 188  
—de las misiones australes 190  
—la que había cuando llegó Almagro 473  
Poblaciones: sus características en el país 163  
Población fronteriza: sus padecimientos 416  
Podo prieto 308  
Poeppig: su método de viaje y estudio 12, 17  
—su simpatía por el país 12  
—su actitud antiespañola 12  
—su estudio de Chile en sus rincones 12  
—su herbario 18  
—sus condiciones de dibujante 13, 19  
—su importancia como naturalista 12  
—su influencia en Rengadas 12  
—influencia de su libro en la inmigración alemana habida en Chile 11  
Polcura 398  
Política: su predominio en las conversaciones 207  
—su manifestación en actos públicos de San Felipe 277  
Pólvora para minas 260  
Poncho 399  
Póquill 93  
Porfiritra 376, 423  
Poroto: un cultivo útil y rendidor 136  
Portales: un personaje de gran categoría 209-10  
—Poeppig intuye su importancia 11  
Posada del Corregidor 220  
Poyus (indios) 480  
Precios: las grandes variaciones que había en los de productos agrícolas 133  
—de alimentos en Valparaíso 144  
—de los productos ganaderos 141  
Prehistoria americana 119  
Prensa: castigo de los delitos de injuria y calumnias 92  
Presidio de Juan Fernández 297  
Primavera chilena: es breve, pero bellísima 97, 98, 322, 323  
—Prisioneros de guerra indígena 361, 401, 407, 473  
Procedimientos en uso en la minería 261  
Productos volcánicos en la zona central de la prov. de Concepción: son de procedencia andina 359  
Promaucaes 473  
Pron 398  
Propiedad: su origen entre los pehuenches 399  
—Prostitución indígena 197  
Protestantes: cómo se les trataba en el país 352, 456  
—matrimonios con católicos 352  
Pudú 317, 328, 462  
Pueblo chileno: su composición 191-97  
Puelche (viento) 323, 391  
Puelches (indios) 467  
Puentes: los de cimbra 226, 265  
—había sólo tres o cuatro mayores en el país 104, 265  
—en el camino de Los Andes a Mendoza había sólo dos 226  
Puertos: los derechos 338  
—su apertura al intercambio mundial 343

Pulga: una plaga nacional en tiempos de Poeppig

71

Pulperías 162, 214, 260

Puma 240

## Q

Quebradas andinas 248

Quechua 478

Quedqued 331

Quegútun 394

Quilineja 324

Quilmai 371

Quillay 225

Quillota: abastecía a Santiago y Valparaíso 100

—exportaba parte de su producción 128

Quillotanos: una tribu desaparecida 100, 473

Quinina 283

Quinoa: era muy cultivada 136

Quintero: fauna y flora de la península 153-56

—la bahía es mejor que la de Valparaíso 156-58

—hay un bosque que se conservó como relicto 156

Quintral 137, 371

Quirquincho 279, 463

Quiscos de candelabro 158, 225

## R

Rábano: tenía gran propagación en Juan Fernández 295

Rancho para buques 344

Rara 255

Ratón del Maule 317

Ratones en Juan Fernández 296

Raulí 330

Rayador negro 301

Razas de Chile 191-97

Recuas de mulas 265

Reducciones araucanas 474

Refugios: su falta en los Andes australes 415

Regadío 126, 127

Región austral: la única por la revolución 186

Religión católica: la única del país según la Constitución de 1828 352

Religiosidad 456

Religiosos de claustros: fueron obligados a dedicarse a la enseñanza y cuidado de enfermos 351

Remedios universales 204

Remesas de dinero a Europa: se hacían en buques de guerra 340

Represalias contra el Perú por haber impuesto derechos prohibitivos a productos chilenos 337

Rere: la aldea y su antigua importancia 352

Retroceso del mar 302

Revolución de 1829: la última violenta 209

Revolución Francesa: su influencia en Poeppig 10

Rey de las Islas: el arrendatario de Juan Fernández 297

Ríos chilenos: sus características 103-06, 130

Roble 330

Rodeos 140

Rododendro: su belleza en Estados Unidos 411

Romanticismo: su manifestación en Poeppig 10

Rosa de Chile 295

Rosas: su belleza en Juan Fernández 295

Rucu 463

Rugendas: paralelismo de su vida con la de Poeppig

13

—su importancia para reconstruir el pasado 13

Ruinas indígenas en la cordillera: se habría tratado de una ciudad perdida 471

Rusia: dos buques en viaje a Alaska llegan a Valparaíso 72, 76

—instalan un laboratorio y observatorio en El Almendral 77

## S

Sacrificio de prisioneros de guerra 361, 401

Sajuriana (baile) 274

Sal: su existencia en el país de los pehuenches 387, 447

Sándalo 296

San Felipe: una opulenta villa rural 264-78

Sangrías 406

Santiago: descripción de la capital 206-09

Saqueo de las arcas públicas durante la anarquía 211

Scrub-oak: una encina de Estados Unidos 411

Sebo 140, 141

Selvas australes de Chile 327

Sendero de los Pehuenches 382, 385, 421

Seqüía de 1829-32 142, 264

Sierra Velluda 380-86

— Sifilis: una plaga terrible 204

Silla del Gobernador: anunciaba el estado del tiempo 68

Socavones 261

Sociedades comerciales privilegiadas: faltaban en Chile 338

Sociedades mineras británicas: eran especuladoras y fraudulentas 258-59

Solevantamiento del continente 148

Sueldos de la administración pública 215

Supersticiones 205

## T

Tabaco: su comercio reservado al estanco 338

—su uso para fines mágicos por los pehuenches 447

Tábanos 255, 432, 445

Talcahuano: será un rival de Valparaíso 84, 298-318

—sus fortificaciones 304-05

—los daños que recibió en la guerra 305

Tapias 267

Tártaros: tenían viviendas como las de los pehuenches 392

Teatina: era confundida con *Trisetum berterioanum* 133

Té chino: una novedad en 1827 118

Tectónica: ella habría producido "peñones rajados" 235

Tembladeras 231

Temblores volcánicos en el Antuco 438

Témpanos cerca del Cabo de Hornos 39, 43

Tempestades eléctricas en los Andes de Antuco 383-84, 415

Temporal en las Antillas 25

Temporales en el Océano Pacífico 81, 293, 321

Tenio 319

Tercianas 201

Termas minerales: en Neuquén 468

—en Trapa-Trapa 468

Terneros: no eran beneficiados en el país 143

Terrazas del litoral 158

Terremoto de 1822 148, 167  
Terremotos 167  
Tiendas 214  
Tinta para escribir 315  
Tintorería rural: en Quillota 117  
—entre los pehuenches 398  
"Tirar un gallo" 277  
Tocayo 397  
Tolerancia del chileno 456  
Tonelaje: derecho que se cobraba 338  
Toponimia: deficiencias manifiestas 163  
Tordillo: clase de caballo preferido 143  
Torrentes andinos 363  
Traducción de Poeppig: ha procurado conservar fielmente el estilo original 11, 12, 13  
Transporte de minerales 258  
Trashumancia de la crianza ganadera 139  
—Traslados forzosos de poblaciones indígenas por los españoles 186  
Tratados comerciales: en general 337  
—con Estados Unidos 337  
Trato a los subalternos: es excelente en Chile 198-99  
Travesía de Yumbel: sus dificultades 359  
Triaca del cerro 239  
Tribunal de minería 262  
Tricahue 463-64  
Trigo: su cultivo 131-33, 234  
Trilla a yeguas 116  
Trópicos: su belleza y agradable clima en el mar 27-28  
Trubunleo: un fortín de avanzada extrema 377-86, 407-08  
Trucho 153  
Truqueo de mercaderías con pehuenches 403  
Tunas 226  
Tupa 305  
Turberas 431

## U

Universidad de Santiago 207  
Usura: leyes españolas para combatirla 130

## V

Vacuna antivariólica 201  
Vacunos: su crianza 140  
—cimarrones en Tumbes (Talcahuano) 303  
—cimarrones en Juan Fernández 296  
Vados: cómo se cruzaban los ríos sin puentes 265  
Valparaíso: la llegada y descripción del puerto 47-51  
—el paisaje desconsolador 67, 73, 78, 96  
—la influencia británica 69, 88  
—la arquitectura 70, 85  
—falta de combustible y agua 80  
—los temporales 81  
—el fuerte de San José destruido por el terremoto de 1822 84

—el rápido aumento de la población 85, 87  
—las chinganas 88, 90  
—es puerta de entrada de la civilización europea 89  
—la civilización europea prende en las clases superiores 89  
—sus diarios 91  
—la flora de los alrededores 93  
Valle Central 187  
Valle de Santiago 180-81  
Valles longitudinales 178  
Vapores en el Antuco 438, 439  
Vapores metálicos 354  
Vascos: su influencia en el Perú y escasa importancia en Chile 450  
Vega de Concepción 301-02  
—Venta de hijos por campesinos pobres 198  
Ventisqueros del período glacial 376, 380, 428  
Veranadas 139  
Verano: su esterilidad en la región boreal del país 171  
Verbena 251  
Vértebra del mundo: la cordillera andina 250  
Viajes marítimos: son monótonos de describir 24  
Viajes por la cordillera andina 252  
Viajes terrestres: cómo se hacían 145, 163, 172, 176  
Vidrio en el volcán Antuco 441  
Vientos en el Océano Pacífico Sur 59  
Vientos del sur: sus efectos secantes 171  
Vihuela 118  
Vinchuca 255  
Vino de Concepción: era el mejor del país y se le solicitaba en la capital 331  
Viñedos 117, 224  
Viruelas 202  
—Viviendas populares en Santiago 182  
Volcanes: su escasa actividad en la Patagonia Occidental 60  
—los activos en el país 326

## W

Whip poor Will: ave a que se atribuía en Estados Unidos igual influencia maligna que al chonchón en Chile 364  
Wild West: su parecido con la Frontera chilena 51

## Y

Yámana: el pueblo más austral de América 37  
Yumbel: centro de la resistencia española y chilena en la Frontera 354-59

## Z

Zancudos en Concepción 347  
Zorro plateado 317  
Zumeles 398

